

José Pablo Feinmann Filosofía política del poder mediático



Table of Contents

[Filosofía política del poder mediático](#)

[Introducción: Hermenéutica del acápite](#)

[Lateralidad: Un par de palabras sobre la filosofía política](#)

[Primera parte: Objetivo del poder mediático: el sujeto-otro](#)

[1. ¿Por qué el poder busca la sumisión del sujeto?](#)

[Primera norma: Eso no se dice](#)

[Segunda norma: Eso no se hace](#)

[Tercera norma: Eso no se toca](#)

[2. Someter al sujeto](#)

[3. El sujeto-otro en tanto sujeto pasivo](#)

[4. El sujeto y el poder mediático](#)

[5. Un encuentro entre Marcuse y Sartre](#)

[6. Lateralidad: «Dorrego muere en vivo y en directo». \(Un cuento mediático\)](#)

[7. El sujeto mediático es el sujeto constituyente. Análisis de «Dorrego muere en vivo y en directo»](#)

[8. La filosofía después de Auschwitz](#)

[9. Peter Sloterdijk busca unir a Heidegger y a Marx](#)

[10. Lateralidad: el sujeto mediático es el sujeto constituyente](#)

[11. El viaje a la Luna no ha tenido lugar](#)

[12. Objetivo del poder mediático: el sujeto-otro](#)

[13. La creación del sentido común](#)

[14. La publicidad](#)

[15. Heidegger, la ciudad demoníaca y la pureza de la tierra](#)

[16. Publicidad y mercancía](#)

[17. Todavía la publicidad. El sentido común](#)

[18. «Esto en lo que el hombre vive ya no es la Tierra»](#)

[19. La progresión del desierto](#)

[20. Un lenguaje ya interpretado: un lenguaje que se impone](#)

[21. Vivir bajo «el señorío de los otros»](#)

[22. Usted no es usted. Usted es un ente constituido por el poder mediático](#)

[23. Las callecitas de Buenos Aires](#)

[24. ¿Qué es lo que realmente debe pensar la filosofía?](#)

[25. La filosofía y el poder mediático. Marx: las ideas dominantes son las de las clases dominantes](#)

[26. Política y cosificación](#)

[27. Los medios del Poder difunden la ideología del Poder](#)

[28. Nietzsche y el Estado](#)

[29. Obama envía treinta mil mercenarios más a Irak](#)

[30. La guerra no puede tener leyes](#)

[31. ¿Por qué un oligopolio no puede retroceder?](#)

- [32. Freud, Stevenson, Conan Doyle, Jack the Ripper, el lado oscuro de la calle](#)
- [33. Otra vez los medios constituyen nuestro imaginario](#)
- [34. La era de los efectos especiales](#)
- [35. Jason Statham, un héroe de hoy](#)
- [36. Filippo Marinetti, fascista: «El tiempo y el espacio murieron ayer»](#)
- [37. Jason Statham y Filippo Marinetti, del mismo lado](#)
- [38. Universidad del sentido común](#)
- [39. El glamour del abismo](#)
- [40. La guerra de la moda](#)
- [41. Odiseo y la represión del goce](#)
- [42. Crítica de la industria cultural](#)
- [43. «Que el espectador no piense»](#)
- [44. Presentación de Orson Welles, ¿un genio o un joven con demasiadas ambiciones y un gran embaucador?](#)
- [45. La guerra de los mundos. Welles, El director es la estrella](#)
- [46. Orson, ególatra y gordo](#)
- [47. Se requiere grandeza para aceptar el talento de los otros](#)
- [48. Welles y Santo Biasatti no son lo mismo](#)
- [49. Macartismo y marcianos, una de las cumbres históricas del poder mediático](#)
- [50. El muerto que vivió un día más por decisión de un diario](#)
- [51. Otro ejemplo de manipulación mediática: el «Operativo Blumberg»](#)
- [52. Introducción a «macartismo y marcianos»](#)
- [53. Goebbels y McCarthy sabían hacia dónde disparar](#)
- [54. Einstein le hace a Roosevelt la bomba atómica que arrojará Truman](#)
- [55. Las devastaciones soviéticas](#)
- [56. Un tal Curtis LeMay, criminal de guerra](#)
- [57. Adolphe Menjou: «Puedo oler a un comunista»](#)
- [58. El fin del Torquemada de los cincuenta y su último mensaje: «Nada como el cine para atrapar a la gente»](#)
- [59. El terrorismo y las «células dormidas»](#)
- [60. Conciencias muertas](#)
- [61. La paranoia](#)
- [62. Los marcianos de Spielberg](#)
- [63. Las células dormidas en la tierra de los libres](#)
- [64. El ciudadano y el poder mediático en el cine](#)
- [65. Susan Alexander, la gran víctima de Charles Foster Kane](#)
- [66. Charlie Kane muerde el polvo](#)
- [67. Welles nunca se interesó por nadie, salvo por él](#)
- [68. Periodismo y moral, un tema de hoy, de siempre](#)
- [69. Mentiras que matan](#)
- [70. ¿Qué supieron de la Guerra del Golfo?](#)
- [71. La realidad es una construcción interesada del medio que la enuncia](#)
- [72. ¿Eso quieren? ¿Que les fabrique una guerra?](#)

- [73. «Yo hice Moby Dick desde el punto de vista de la ballena»](#)
- [74. Il Cavaliere](#)
- [75. Lateralidad: Il Cavaliere por Daniele Oldani](#)
- [76. Papá sale en televisión](#)
- [77. ¿Qué poder derrotará al de Berlusconi?](#)
- [78. Papi Berlusconi, el presidente de la TV es el presidente del país](#)
- [79. Forza Italia!](#)
- [80. Historia de Ricky](#)
- [81. El increíble Lele Mora](#)
- [82. El himno mussoliniano de Lele](#)
- [83. Balance del poder berlusconiano](#)
- [84. Lo que hay que quitarle al hombre para someterlo es la conciencia](#)
- [85. Riccardo Muti y Verdi contra Berlusconi](#)
- [86. ¿Por qué no cae Berlusconi?](#)
- [87. Al lado de Berlusconi, Citizen Kane es una pulga](#)
- [88. «Italia, país bananero estilo latinoamericano»](#)
- [89. La respuesta a la gran pregunta: por qué no cae Berlusconi](#)
- [90. Berlusconi saquea Roma](#)
- [91. Rupert Murdoch, el sujeto constituyente](#)
- [92. La gran creación de Murdoch: Jack Bauer](#)
- [93. 24 es el producto más explosivo que la industria del entretenimiento ha hecho para justificar la tortura](#)
- [94. Un Rupert Murdoch ¿podría crear guerras?](#)
- [95. Las frases sobre Jack Bauer](#)
- [96. Se supo: Jack Bauer mató a Osama Bin Laden](#)
- [97. Jack, si me matas, nunca sabrás para quién trabajo](#)
- [98. El poder mediático en USA](#)
- [99. Medios y monopolios: la verdad monopolizada](#)
- [100. Unthinkable: lo impensable](#)
- [101. Los dos pequeños hijos de Yussef en la cámara de torturas y ante sus ojos](#)
- [102. La banalización de la tortura](#)
- [103. En la línea de Leni Riefenstahl. Kathryn Bigelow y el cine de propaganda \(de la tortura\)](#)
- [104. Lateralidad: ¿qué busca Bigelow en la Triple Frontera?](#)
- [105. Medios y monopolios: la verdad monopolizada](#)
- [106. Monopolios: los tumores del mercado libre](#)
- [107. La época de la imagen del mundo](#)
- [108. ¿De qué sirvieron las masacres colonizadoras de la modernidad capitalista?](#)
- [109. Algo \(o mucho\) más sobre los monopolios](#)
- [110. Lo que se discute hoy en la Argentina](#)
- [111. Sólo la política puede controlar al mercado](#)
- [112. El mundo como «imagen» del sujeto](#)
- [113. Imperio, un best seller universal, pero ¿de qué sirvió?](#)

[114. La multitud, un concepto racista](#)

[115. La modernidad informática](#)

[Segunda parte: Sobre la culocracia](#)

[1. Introducción](#)

[2. En torno a la palabra «culo»](#)

[3. Don Francisco de Quevedo Villegas, gracias y desgracias del ojo del culo](#)

[4. Peter Sloterdijk \(Crítica de la razón cínica\), senos, culos, genitales y otros elementos psicosomáticos del espíritu de época](#)

[El ballet y la exuberancia de la genitalidad masculina](#)

[No hay temas bajos](#)

[Código Hays](#)

[Sloterdijk no entiende la hegemonía del culo](#)

[Sloterdijk, el pedo y los lectores sensibles](#)

[5. Santo Tomás de Aquino, la Summa Theologiae y el sexo anal](#)

[Introducción al Santo de Aquino y a la Summa Theologiae](#)

[Cuestión 146: La abstinencia](#)

[Cuestión 151: La castidad](#)

[Cuestión 152: La virginidad](#)

[Plegaria del hombre medieval](#)

[Cuestión 153: El vicio de la lujuria](#)

[El sexo anal en la Edad Media](#)

[Prohibiciones y castigos: la Santa Inquisición](#)

[6. Culo y caca \(o ano y heces\)](#)

[7. Alicia Gallotti y el negocio del Kama sutra](#)

[8. Freud y las exageraciones del psicoanálisis](#)

[9. Foucault y el poder pastoral](#)

[10. Foucault y el poder pastoral \(II\)](#)

[Lateralidad](#)

[11. Foucault, el fragmento de noche que cada uno lleva en sí](#)

[12. El ars erotica de Oriente: el verdadero Kama sutra](#)

[13. Mujeres fáciles](#)

[14. Las mujeres del harén](#)

[15. Oriente y el viento](#)

[16. El culo idiotizante como arma del poder, el ultraculo en tanto humillación del ciudadano común, la mentira de los ciber-culos, de los tevé-culos, de los culos espectá\(culo\)](#)

[17. Lateralidad: la manteca y el coito anal en el gran film existencial-metafísico Último tango en París](#)

[18. El humor profano de la revista Barcelona](#)

[19. Algunas chicas de Tinelli](#)

[20. El célebre caño de Tinelli](#)

[21. A modo de breve conclusión](#)

[Apéndice. Investigación: cómo se fabrican los ultraculos](#)

Tratamiento para levantar los glúteos

Medicina estética

Aumento de glúteos con ácido hialurónico

Implantes de nalgas

Aumento de glúteos con implantes de silicona

Aumento de glúteos con grasa

¿Hay efectos secundarios?

¿Qué se puede esperar de una cirugía de aumento de glúteos?

Alternativas para la cirugía de aumento de glúteos

Hilos reafirmantes

Características de los hilos reafirmantes

Funciones

Tercera parte: Internet, el super Big Brother de la modernidad informática

1. Pensar a Julian Assange

2. Lateralidad: Sacha Baron Cohen recomienda a Estados Unidos convertirse en una dictadura

3. Reportaje (a fondo) de Santiago O'Donnell. Reporteado: Assange

4. El patronazgo del Complejo Militar-Industrial

Lateralidad: siempre es posible la negación que surge de la libertad del sujeto

5. Eisenhower, su olvidado discurso del 17 de enero de 1961

6. Assange a Correa: «Cúdense, no deje que lo asesinen»

7. Correa habla de la colaboración de El Mercurio en el golpe contra Allende

8. La situación de la TV argentina y la de Internet

9. ¿La verdad ha muerto?

10. El Complejo Militar-Industrial y el destino manifiesto

11. Moby Dick, fundamentos del expansionismo imperial

12. Otra vez Assange y el Big Brother Panóptico

13. Todos tenemos un soldado debajo de la cama

14. Consideraciones filosóficas

La simbolización de la realidad

El poder mediático y el superyó

Pesimismo y optimismo

La cuestión del sujeto

Bibliografía

Autor

Notas Introducción

Notas Parte 1

Notas Parte 2

Notas Parte 3

Este nuevo y provocador libro de José Pablo Feinmann sitúa el poder mediático, el poder de los medios de comunicación, en el centro de nuestro tiempo globalizado que idiotiza las conciencias. Partiendo de la consigna «Hizo más Bill Gates que Descartes por la centralización del sujeto», narra una situación preapocalíptica que se proyecta en el siglo *xxi*, en la que las subjetividades son colonizadas. El capitalismo ha realizado una revolución que se expresa peligrosamente por medio del imperio bélico norteamericano, al mismo tiempo que se arroja sobre el mundo con su inteligente utilización del *entertainment* idiotizante pero gozoso. El elemento terrorífico que se añade es el poder de Internet como elemento de sumisión: un medio que se vislumbró como herramienta de liberación se ha transformado en una agencia de control sutil desde cualquier lugar remoto del planeta. Monopolizar la información es la utopía de todo poder mediático, y esto ya ha sido hecho, dice Feinmann. Las voces alternativas son pequeñas: penetrar la red de esa complejidad es su objetivo. En este libro brillante, un ensayo autónomo deleitará a los lectores: la *culocracia*. El culo-idiotizante aparece como esencial al espíritu de dominación del capitalismo modelo siglo *xxi*, el de los *mass-media* desbocados. Y ahí entran el universo revulsivo de Tinelli y el del *Cavaliere* Berlusconi. Para cerrar con los denunciadores Assange y Snowden que acusan al *Big Brother* de Internet en un mundo de espías. Feinmann capta con sensibilidad singular una época compleja tramada por zonas grises en un libro desafiante y endemoniado. Sin temerle a la autoironía o autoparodia, no deja de adscribir un peso importante al rol simbólico del escritor como intelectual que da testimonio de la experiencia de un país y de un mundo, confiriendo con ello a esa experiencia una identidad pública.



José Pablo Feinmann

Filosofía política del poder mediático

ePub r1.1

Titivillus 07.01.16

Título original: *Filosofía política del poder mediático*
José Pablo Feinmann, 2013

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Los pueblos nunca saben, ni ven, sino lo que se les enseña y muestra, ni oyen más que lo que se les dice.

Mariano Moreno, *Plan de Operaciones*

INTRODUCCIÓN

Hermenéutica del acápite

Opinión, la de Moreno, sin duda discutible, pero eficaz y —a lo largo de los años— visionaria. Nadie podrá decir que ese hombre fogoso y solemnemente bautizado como *padre del periodismo argentino* no sabía lo que decía o no lo pensaba cuidadosamente antes de decirlo. Este libro no está dedicado a fundamentar el pensamiento de Moreno, sino al análisis totalizador del poder mediático como poder constituyente o colonizador de las conciencias de los receptores de la globalización capitalista. Su consigna —en tanto punto de partida— es: *Hizo más Bill Gates que Descartes por la centralización del sujeto*. Hasta donde yo sé, nadie ha formulado esa frase cognitiva. Casi me animaría a decir que se trata de un enfoque nuevo. (Si algo así todavía puede existir). Un sujeto que, al ser un sujeto globalizado, bien cerca está o directamente es el sujeto absoluto hegeliano expresándose en el siglo XXI por medio del imperio bélico norteamericano y sus ramificaciones a lo largo y a lo ancho de este mundo. Es más amable, en apariencia, que el *Big Brother orwelliano*. Pero más peligroso. Además, no lo aplica el comunismo —como pretendía Orwell—, sino el capitalismo, que (una vez derrotada la Unión Soviética) es el que se arroja sobre el mundo con sus ideas-cosa y su inteligente utilización del *entertainment idiotizante pero gozoso*. «Serán nuestros entre jubilosas carcajadas de placer». Son —además— temibles porque es temible el concepto de «guerra preventiva», que abre las puertas para cualquier intrusión bélica en cualquier país que se vuelva meramente incómodo. O el apoyo constante a los grupos de trabajo que erosionan sin cesar a los gobiernos de esos países. En este mundo vivimos. Hay que añadirle, como elemento casi terrorífico que nos transforma en sujetos-cosa vigilables, controlables, por medio del poder de Internet, otro elemento de sumisión. Saben y sabrán lo que hacemos. Un medio en el que se creyó como herramienta de liberación y se ha transformado en un *Super Big Brother*, controlado desde los centros más remotos e inaccesibles de un poder panóptico que incesantemente nos ve sin que lo veamos.

Esta situación preapocalíptica narra este libro. En ella, el poder mediático es privativo, es vanguardia. Destruye e invade las subjetividades. No se trata, sin embargo, de postular una indefensión total de la conciencia del receptor. Todo poder tiene sus zonas de no-poder. Hay zonas del sujeto que la emisión unilateral e incesante del emisor no llega a erosionar por completo. Al ser su arma predilecta la repetición, puede ser víctima del efecto paradójico de ese procedimiento. La ultracélebre frase de Goebbels sobre la verdad como resultado de las repeticiones (mil, es la cifra que puso como para apropiarse del codiciado fruto de la verdad, que suele caer siempre en manos del más poderoso) ha tenido ya muchas refutaciones fácticas. El receptor accede a un estado de asco o de náusea cuando las repeticiones lo abruman y advierte que están tratando de manipularlo. O —fatigado— quiere escuchar otra voz. Esa voz puede existir o no. La tarea constante del poder mediático es eliminar las frases disidentes, las que no se someten a la unicidad de su mensaje. Casi siempre triunfa. El poder es el poder. Y la frase de Foucault (*donde hay poder hay resistencia*) nunca ha sido verificada y pareciera —lo que sería un descuido serio en el pensamiento de este autor— una frase

dialéctica. Cada vez que algo engendra su antagónico, estamos en el corazón de la dialéctica, esa maldecida de nuestro tiempo. Es lo mismo que les ocurre a Hardt y Negri cuando dicen que el imperio engendra a la multitud que habrá de destruirlo. Si eso no es dialéctica, sólo puede ser dialéctica. La resistencia al poder en Foucault y la multitud en Hardt y Negri cumplen el papel de sujetos sustanciales que surgen a la vida especulativa de las entrañas de sus antagónicos, a los que negarán. Pura dialéctica. Una dialéctica sin *aufheben*, una dialéctica negativa, o una dialéctica en constante des totalización. Esa dialéctica todavía vive porque la historia sólo puede ser pensada como conflicto, antagonismo. Sin conciliación de los contrarios.

Sin embargo (volviendo a Moreno), su frase tiene una vigencia impiadosa. Si no, sería fatigoso e inútil tratar de inteligir semejante lucha en el mundo para transformar a la comunicación en monopolios de información. Monopolizar la información es la utopía de todo poder mediático. Y esto ya ha sido hecho. La revolución comunicacional capitalista (la única verdadera revolución de la modernidad desde 1789, la única que triunfó en la consecución de sus objetivos) ha logrado monopolizar la información. Las voces alternativas son pequeñas y, por fin, superadas por el emisor hegemónico, quien las llevará a la quiebra o las incorporará al grupo monopólico.

Todo —desde luego— es más complejo. Y penetrar la red de esa complejidad es el objetivo de este ensayo. También lo es exhibir la mecánica de la creación de los monopolios mediáticos, lo que buscan y los recursos innumerables a los que apelan para conseguirlo. Y, desde luego, cómo luchar por la libertad de las conciencias, por su autonomía, por su no sometimiento a la colonización mediática. No habrá fórmulas y todo optimismo —si, voluntariosamente, surge— será cauteloso. Cautela que provendrá, como siempre debe provenir, de una rigurosa evaluación de las fuerzas a las que nos enfrentamos.

También hay un ensayo autónomo y sorpresivo, que, presumo —por qué no—, deleitará a nuestros lectores. Consideramos al trasero (eufemismo que se usa para no decir «culo», palabra franca, sincera, que utilizaremos sin pudor) la imagen hegemónica de la modernidad informática. El culo-idiotizante le es esencial al espíritu de dominación del capitalismo siglo XXI, el de los *mass media* desbocados. Volveremos abundantemente sobre este tema en el tal vez explosivo «Sobre la culocracia. El *Big Brother Panóptico* y el culo como imagen hegemónica de la modernidad informática».

En este largo ensayo apelo varias veces al humor. Lo considero una fuerte herramienta del trabajo cognitivo. También a la literatura, porque lo escribo yo y soy un novelista y un cuentista. Ya es hora de que la ficción (a la que amo por sobre todas las cosas; o no tanto, porque también amo los ensayos) penetre jubilosamente en mis textos teóricos. Todo esto, supongo, le otorga a este libro cierta originalidad. Siempre —en todo lo que escribo en el campo de la ensayística— tengo presente el paradigma de *Facundo*. ¿O la escena de *Facundo* en el árbol y asediado por el tigre o la historia de Severa Villafañe no son literatura? ¿Es verdad eso o pertenece a la febril imaginación y pluma del genio sarmientino? Como fuere, son admirables recursos. En uno de los cuentos tiendo una malévola trampa al lector de la que nada diré aquí.

El texto recoge algunos de los primeros fascículos de un proyecto que abandoné. La *Crítica de la razón imperial*. Acababa de escribir 130 fascículos sobre *Peronismo, filosofía*

política de una persistencia argentina, que luego se editó en dos tomos revisados y ampliados, como suele decirse. He incorporado algunas de mis contratapas de *Página/12*. No muchas y las retoqué y adapté al texto central de este libro. Pero tenían que estar aquí. La de *Ricardo Muti y Verdi contra Berlusconi*, por ejemplo. Nadie escribió sobre mis contratapas mejor que Rita de Grandis, en un libro que frecuentemente no me es favorable. El texto se llama: *El arte de la nota*. Cito: «Un gran rasgo de la enunciación de Feinmann, el humor, el chiste, la ironía, la autoparodia, se encuentra también en las notas (...). El arte de las notas de Feinmann, verdadero cajón de sastre, se caracteriza por usurpar o valerse de muchos otros géneros y no tiende a la belleza ni a la novedad sino a la eficacia comunicativa, a la búsqueda de simpatías y a la intervención social que emana de un diseño que combina técnicas y prácticas tomadas de la acción política, la filosofía, la historia y la literatura. No se aleja del estereotipo sino que, más bien, como Manuel Puig y Roberto Arlt, hace uso de él, se define desde él o con él (...). En las notas el columnista-escritor es un yo y ese yo no es él, es una máscara, la presencia de una imagen, de un talante, que es fundamental como principio retórico para comprender la clave de las notas. Esta máscara o *ethos* llega a convertirse en caricatura del propio autor. Son precisamente estas modalidades de ficcionalización del yo las que le permiten hasta parodiarse a sí mismo. Las notas impertinentes de Feinmann —como sus antecesoras, las aguafuertes de Roberto Arlt— captan una sensibilidad singular (...). Feinmann, el cronista, se percibe como narrador en el sentido benjaminiano de historias alternativas y adscribe un peso importante al rol simbólico del escritor como intelectual que da testimonio de la experiencia de un país, confiriendo con ello a esa experiencia una identidad pública inscrita para siempre en la agenda discursiva global»^[1]. Es posible que —al final de este libro— me refiera otra vez al ensayo de Rita de Grandis. Sólo en las partes en que me trata con benevolencia. Con las otras no estoy de acuerdo. O tal vez un poco. Recuerdo siempre una frase de Albert Camus sobre la condición del vanidoso: «Es bueno que hablen de uno aunque uno esté en el banquillo de los acusados». O también la del sinuoso Satanás que hace Al Pacino en *El abogado del Diablo*: «Vanidad... mi pecado favorito». Sólo un camino nos queda —y es sólido— para huir de la vanidad que siempre nos deja en ridículo o en manos del Diablo: la autoironía, esa capacidad maravillosa de reírse de uno mismo porque sabemos que —vanidosos o no— todos somos caminantes de un camino que lleva a un mismo, inevitable lugar.

Lateralidad: Un par de palabras sobre la filosofía política

Las definiciones paralizan. ¿Es necesario decir qué es la filosofía política? Desde Platón hasta Hobbes, Locke, Montesquieu, Rousseau, Hegel y Marx se ha hecho filosofía política. Ahí donde la filosofía se adosa rigurosamente a la política y desentraña sus mecanismos internos, ahí donde propone salidas, soluciones, utopías. Cuando Nietzsche se enfurece contra las estructuras del Estado que sofocan el vuelo libre de la aves de rapiña, de la bestia rubia, del hombre que es una flecha lanzada hacia el superhombre, hace filosofía política. Cuando Marx dice que las relaciones de producción expresan políticas de sometimiento a las que hay que derrocar por la violencia. Cuando denuncia la plusvalía —no como un mero y puro elemento de las estructuras de producción, sino como el despojo que el sujeto capitalista ejerce sobre el sujeto proletario—, hace filosofía y economía política. Cuando Alfredo Zaiat escribe —con clara contundencia—: «La economía es política. Ambas caminan juntas en el análisis y comprensión de los procesos históricos y sociales. Por eso la economía es economía política»^[2]. Y, a continuación, Zaiat dice mucho, no todo, porque el libro es largo, pero duro, sin concesiones: «La debacle argentina de 2001, y años más tarde la profunda crisis de Estados Unidos y Europa sin un horizonte cercano de resolución, ha puesto bajo cuestionamiento a la economía ortodoxa y ha abierto una ventana para empezar a revelar sus postulados, en la teoría y en la práctica. Ofrece a la academia y también a gobiernos la opción de caminar a contramano del saber convencional, que no puede explicar por qué se desarrollan las crisis y no conoce soluciones *sin agudizar la desigualdad*. El derrumbe y posterior recuperación de la economía argentina, el apasionante proceso político que se desarrolla en Latinoamérica, y la crisis de las potencias mundiales han puesto en jaque a la economía ortodoxa. Estos sucesos exhiben en toda su dimensión el matrimonio existente entre economía y política»^[3].

¿Cómo no habría el poder mediático (e Internet) de afinar todos sus poderes de colonización de las conciencias, de idiotización por medio del entretenimiento y de espionaje extremo, obsceno por Internet? Vivimos tiempos sorpresivos. El gigante comunicacional se ha transformado en un campo de batalla. Y la batalla parece inclinarse para el lado de quienes poseen el poder en ese terreno. La filosofía política tiene que ir más allá de lo fáctico y penetrar en el campo de la hermenéutica, *que es el de la interpretación*. ¿Pueden la historia, la economía, la política territorial y la estamental pensarse a sí mismas? Sólo parcialmente. Sólo en el modo de la inmediatez. El campo de la reflexión es el de la filosofía. Que viene después. Es un pensamiento mediado por la temporalidad densa de las ideas, del pensamiento, no por la rapidez insustancial del periodismo. Tal vez por eso este libro no abunde en cifras, estadísticas, rayas para arriba, rayas para abajo, explicaciones de la inflación, de los mecanismos de las crisis. Es un libro de filosofía política. Tiene la misión de establecer la totalidad —sincrónica y diacrónica— y pensarla, trazar las conexiones, las persistencias, las simetrías y luego des totalizar la totalidad. Concebimos a la historia como conflicto. Toda diferencia es alteridad pero establece un conflicto. La política puede licuarlo o ponerlo al rojo vivo. El mundo no es la danza del caleidoscopio de las diferencias, la feliz

armonía y la convivencia de los dialectos. El mundo es oposición y antagonismo. También alianzas, estratégicas o tácticas. Pero todos los sujetos históricos persiguen algo. A veces es lo mismo y ahí late el antagonismo y hasta la guerra y la sangre. La filosofía debe pensar la beligerancia de Dios. Ya que todos lo reclaman como cruzado de su causa. Pero no es más que un estandarte, una excusa con el prestigio de lo sagrado. Dios no nos mira. Hoy, el dios que nos vigila es Internet. Todo esto debe pensar la filosofía política y su tarea es comprenderlo. Por incomprensible que sea.

PRIMERA PARTE

OBJETIVO DEL PODER MEDIÁTICO: EL SUJETO-OTRO

¿Por qué el poder busca la sumisión del sujeto?

Podríamos iniciar con un análisis (provisorio) sobre la naturaleza de nuestro objeto de estudio. Que no es natural. Que no está en la naturaleza, sino que es una exquisita creación del hombre, pulida a lo largo de los siglos. Porque es la esencia de las sociedades que el ser humano ha instituido. Nosotros estudiaremos su funcionamiento durante la modernidad, ya que es en ella donde el colonialismo se expresa en plenitud y en base a valores que dice representar. No hay nada natural en el mundo humano. El mundo humano es el orden que el hombre ha constituido. Ese poder constituyente surge del espíritu de dominación en tanto estructura hegemónica de la realidad humana. Podemos remitirnos a la relación Amo-Esclavo desarrollada por Hegel en la *Fenomenología del espíritu*. La lucha por el reconocimiento expresa una lucha por la dominación. Hay amos y hay siervos porque en unos el espíritu de dominación es más fuerte que su miedo a morir en la lucha por el reconocimiento. *Si el siervo se constituye en tanto siervo por su miedo a morir es porque el amo se constituye en tanto amo por su decisión de matar*. Así, la pulsión de muerte le es esencial al espíritu de dominación. Y la voluntad de poder expresa su devenir: sabe que para ser lo que es siempre tiene que ser más. Para ser más tiene que crecer. Expandirse. Sólo conservará el poder que tiene si lo aumenta incesantemente. Dentro de ese orden, el sometimiento es fundamental. Diríamos que el sometimiento es la argamasa de las sociedades modernas. Si lleváramos las cosas a un extremo expresivo, si nos dejáramos arrastrar por cierta tendencia a las formulaciones desmedidas como método de transmisión del conocimiento, deberíamos ser abiertamente honestos y decir —desde ya, desde este mismísimo comienzo— que esa argamasa, que ese elemento constructivo con que se erigen y se mantienen o se transforman las sociedades es la sangre. Esto pareciera acercarse a esa formulación célebre: que la violencia es la partera de la historia. Pero no. La argamasa (que hemos semejado a la sangre) no es necesariamente violenta, ni menos aún se propone hacer parir nada. Al contrario, diríamos que su propósito es mantener el orden social tal como es. O cambiarlo tal como los que ejercen su dominio necesitan que cambie. Digámoslo ya: estamos hablando del poder. Todo poder lleva en sí la amenaza de llegar a la sangre si se lo desobedece en sus mecanismos esenciales. El poder es el orden. El poder existe para que el orden impere en las sociedades. El poder no puede permitir la realización de su opuesto: el des-orden. Toda sociedad hace saber que el des-orden extremo de lo que ella es se castiga con la sangre. Para que semejante amenaza penetre hondamente en el sujeto social, el poder le hace saber a ese sujeto —desde que adviene al mundo— qué es la sociedad, qué es el orden social, cuáles son las líneas irrefutables que el sujeto-social deberá respetar para ser respetado por ese orden, para que ese poder no lo castigue. Como todos saben: esa primera educación, esa primera coerción, esa iniciática construcción del sujeto-sometido o sujeto del sometimiento o (tomando esa célebre fórmula de Foucault poco desarrollada) sujeto-sujetado, empieza en el santo hogar paterno-materno. Se continúa con la religión y con la escuela. No bien accede a este mundo —un mundo que el poder constituyente ha constituido en tanto orden social— el sujeto

empieza a oír frases que le revelan el sentido de las cosas. Ese sentido es su orden. Ese orden se expresa en la frase: «el orden natural de las cosas». El orden natural de las cosas es el orden que el poder les ha impuesto. Es el orden del poder. La impecable función del poder es llevar a los ciudadanos a creer que sus intereses expresan el orden natural de las cosas. En ese orden el poder se refleja. Se mira en él y se ve a sí mismo. La sociedad del poder debe ser un espejo del poder. Y el poder (en la medida en que impone sus intereses como los intereses de todos, sus creencias como las de todos y sus códigos de represión como los que rigen para todos) se apodera de algo valiosísimo para perdurar: el sentido común. El apoderamiento del sentido común implica que todos dicen y creen lo que el poder les ha hecho creer y decir como si fueran sus propias creencias. Para esto —sobre todo en los tiempos que corren— el poder mediático es sustancial. Aunque sea apresurado decirlo y aunque habremos de desarrollar el tema con extensión y, en lo posible, profundidad, ese sujeto del sentido común es el sujeto-Otro. El que cree que dice lo que piensa y dice y piensa lo que el Otro lo ha conducido a decir y pensar. El sujeto-Otro es el que es dicho y pensado por el poder. El poder es lo Otro del sujeto porque es la perfecta forma de su enajenación, de la pérdida de su libertad, de su autonomía.

Esta tarea se realiza desde los orígenes del existente. Todo sujeto que arriba al mundo, arriba a un mundo «caído» (por decirlo como dice Heidegger). El mundo «caído» es el mundo de la inautenticidad. Todo sujeto llega para que la inautenticidad (que es manejada por la ideología del poder, esto ya Heidegger no lo diría) se posea de él. Esta posesión, esta introyección en el sujeto de los valores de la sociedad-poder se inicia al arribar éste a ella. Es decir, no bien la enfermera le entrega a la mamá el vástago y le dice: «Señora, ¡mire qué hermoso bebé!». Situación que puede ser altamente emotiva. (No hay por qué negarlo). Vimos, por ejemplo, un video en el que una mamá de origen francés, radicada en Nueva York, y además muy bonita y graciosa, recibe a su bebé y le dice: *Ah, le bébé de l'amour*.

Vamos a desarrollar por medio de monólogos la formulación de las normas esenciales de la sociedad orden-poder. O poder-orden. (El poder siempre se estructura en tanto orden. Y se organiza para mantenerlo y reprimir todo intento de alterarlo. Hablamos del orden esencial del poder. En una sociedad democrática, el poder tolera o puede tolerar muchos desórdenes, pero lo hará hasta cierto punto. Cuando el orden-esencial peligre ya no habrá desorden tolerado). Estos monólogos o estas recurrencias a lo literario ya han sido empleados en otros ensayos nuestros. También aclaramos por qué creemos en su eficacia. Aquí, sin embargo, no hay situaciones ficcionales. Sólo hacemos hablar a un personaje-tipo (la madre o el padre, sobre todo pensamos en la figura de la pareja paterna o pareja materna) y ponemos en su boca elementos teóricos que juzgamos importantes. Tratamos, en suma, de ir en busca de la constitutividad de la conciencia del recién-llegado al mundo o del que se va formando en él. Si el estructuralismo ha dicho hasta el agobio que el hombre no domina una lengua sino que la lengua lo domina a él, trataremos de mostrar qué le dice al receptor la lengua emisora. Porque mantendremos una posición clara al respecto: la lengua emisora y primera es la lengua paterna y materna, o viceversa. Esa lengua emite sus mensajes basándose en un par de normas en las que el edificio del poder encuentra sus fundamentos. Hacia ellas nos dirigimos. A aquellos ensayistas «profesionales» (así les gusta definirse) que no aprueban estos métodos o arrugan la nariz cuando recurrimos a una que otra palabra

decididamente pagana, les decimos que se callen la boca, que ellos no hacen esto porque jamás podrían hacerlo, porque sencillamente —por más científicos profesionales que sean— jamás serán escritores, algo que se nota no bien uno abre sus escuetos libros y advierte qué opaca, pesada y laboriosa relación sostienen con el lenguaje^[1].

Aquí van las normas por medio de las que se expresa el poder y la educación que impone a los educandos desde el mismísimo comienzo.

Primera norma: Eso no se dice

Eso que dijiste, adorable hijito mío, no debe ser dicho. No puedo explicarte los motivos porque sos muy chiquito, un niño aún. Pero ya lo vas a ir averiguando. Por ahora te bastará con saber lo que tu madre (o tu padre) te ha dicho: que eso no se dice. De aquí en adelante podés tomar dos caminos. O no decirlo más, algo que nos llenará de alegría y a vos posiblemente de algunos premios. O seguir diciéndolo, algo que nos hará montar en cierto lugar que, para tu bien, sería mejor evitemos montarnos, porque, dulce hijito, en este mundo al que has venido, siempre que tus padres se monten ahí posiblemente sea tu tierno cuerpito el que sufra. Nos referimos a la cólera. Cuando ahí nos montamos te rompemos la jetita de una cachetada. O, si somos más civilizados y cálidos, te dejamos sin comer y te mandamos a dormir sin ver la televisión ni navegar en Internet, dos cosas que llenan tu vida y hasta ahora casi la justifican porque sólo eso hacés. Salvo el colegio donde tu educación se completa. Porque ahora, niño bueno y obediente, todos lo sabemos: el colegio completa la educación que recibís —gozoso, alegre, divirtiéndote— por medio de la tele y de la web.

Pero tenés que tener mucho cuidado con lo que decís. Te conviene decir lo que te dijeron. Lo que te dijimos nosotros que dijeras. Luego vendrán otros y también te dirán lo que tenés que decir. Siempre alguien en cualquier etapa de tu vida se va a encargar de eso. Si querés pasar tranquilo por este mundo decí siempre lo que te dicen que digas ésos que están en lugares en que vos no estás ni vas a estar. Esa gente importante. Porque esa gente es la que decide qué se dice y qué no. ¿Cómo te enterarás de esto? Fácil: leyendo los grandes diarios. Nunca dejes de hacer esto. No leas diarios pequeños, de pequeñas tiradas. No, la verdad se expresa en los grandes diarios. Por eso son grandes. Y en las cadenas de radio y en los principales canales de televisión. Ahí te dirán lo que tenés que decir. La mejor regla es: decir lo que todos dicen. Averiguar qué es lo que hay que decir, qué es lo que hay que leer, qué es lo que hay que ver en la tele o en el cine será tu tarea central. Nunca hagas nada diferente. Tratamos de protegerte, hijito. De ahorrarte momentos de amargura. En resumen, una sociedad tiene una serie de reglas que la hacen ser lo que es. Esas reglas rigen para todos. Nunca violes ni una de ellas. Vivirás feliz.

Segunda norma: Eso no se hace

Si vos creés que viniste a este mundo para hacer lo que se te da la gana, estás muy equivocado, nene. Ninguno de nosotros, ni siquiera tus padres, hace lo que se le da la gana. Nuestra gran tarea —por ser lo que somos: tus primeros educadores, los primeros en decirte

cómo es la vida, cuáles son sus reglas— es ésta: decirte qué es lo que se hace. Qué lo que no se hace. No te podemos engañar sobre tan delicada cuestión, ya que podría costarte muy caro el desconocimiento de las reglas de este mundo. Mirá, niño, la frase que un padre o una madre te dicen cuando dicen «eso no se hace» guiará tus pasos en la vida. Vos también se la vas a decir a tus hijos. Tal vez cuando los tengas, algunas cosas —que ahora no se hacen— se hagan. Pero no seas optimista. No vas a poder ser muy original. Casi siempre lo que no se hace, no se hace nunca. Pero hay ciertas cosas que cambian y algunas veces se hacen y otras no. Como tu padre, como tu madre, tengo que decirte las que no se hacen ahora. Y algunas de las que no se hacen nunca. También te las dirá el cura. Pero primero: tus padres. Por ejemplo: tocarse no hay que tocarse nunca. Pequeño idiota, no me preguntes qué es tocarse. A su debido tiempo te lo voy a decir. Ahora no. Vamos a hablar de otras cosas, no de la paja. Punto de partida esencial: hay cosas que no se hacen. Segundo, por qué no se hacen. Porque vos no vivís en medio de la selva, por más que tengas tanto de animal. Vivís en medio de un mundo civilizado. Tu derecho termina donde empieza el del otro. ¿Entendiste? Hay un derecho establecido. Ese derecho entrega orden y paz a la sociedad. Las cosas que no se hacen, no se hacen porque, si se hicieran, ese orden estallaría en pedazos o se deterioraría gravemente. La otra vez te vi encerrado en el baño con tu hermanita. Eso no se hace. La otra vez, subir a la pieza de la sirvienta, o, en fin, de la empleada doméstica, ella te abrió la puerta y, en lugar de irte, entraste. Eso no se hace. La echamos a ella. A vos no podemos echarle, pero no te excedas porque podrías tener una sorpresa. La otra vez miraste por la cerradura del baño mientras yo, tu santa y virgen madre, salía, luego de una ducha, en busca de una toalla. O sea, me viste desnuda. Eso no se hace. El cuerpo es caca. Y nadie debe ver el del otro. Y menos el de tu madre, degenerado. La otra vez volviste a mirar por el agujero de la cerradura. ¿Por qué te atraen tanto los agujeros de las cerraduras? Te lo voy a decir. No hay cosa que yo no sepa. Creés que viniste al mundo a mirar por ellos y enterarte de todo lo prohibido. Bueno, eso no se hace. Una cerradura es algo que cierra. ¿Qué cierra la cerradura? La intimidad de los demás. Todos tienen derecho a esa intimidad. El mundo, hijito, se construye en base a cerraduras. Sé que ya lo averiguaste: está lleno de cerraduras. ¿Qué dice la cerradura? No pasarás, no debés pasar, lo que ocurre aquí dentro no es asunto tuyo. Los gobiernos tienen cerraduras. Los colegios. Las iglesias. Las comisarías. Las celdas. ¡Imaginate! Imaginate la importancia de las cerraduras de las celdas. A ver si me terminás entrando en las comisarías a ver a través de las cerraduras de las celdas. A ver si descubrís que en una están torturando a alguien. En otra, que lo violan. En otra, que lo ahorcan. En otra, que no hay nadie. ¡Porque esa celda te espera a vos, imbécil! ¡Eso no se hace! Basta de mirar a través de las cerraduras. La cerradura es el instrumento esencial (¿entendés?): esencial de la sociedad-orden en que vivimos. Habrás oído esa frase: está cerrado bajo siete llaves. La llave es la hermana gemela de la cerradura. La llave es a la cerradura lo que la cerradura es a la llave. Son complementarias. Se fabrican las cerraduras y se fabrican las llaves. Pero no cualquier llave abre una cerradura. De ahí la importancia de tener siempre la llave adecuada. Cerrado bajo siete llaves señala que algo es muy privado, muy secreto. O muy oneroso. Los bancos se cierran bajo siete o bajo mil llaves. Las cajas fuertes. Los tesoros. Los lugares donde se concentra la mercancía de todas las mercancías, el equivalente de todas ellas: el oro. Fort Knox, por ejemplo, debe tener una enorme cerradura. Tan grande que ni siquiera podríamos

imaginarla. Como ves, pequeño, la cerradura cierra y cerrar es su tarea fundamental. Cierra lo que no debe tocarse ni verse. Pero no. El tarado me nació con alma de gato y dale con las cerraduras. La otra, te decía, por la que miraste fue la del dormitorio de papá y mamá. ¡Eso menos todavía se hace! ¿Te creés que no me di cuenta? Sabías que estábamos haciendo el amor. Oíme, pequeño, ¿qué hay de malo en eso? ¿O cómo creés que llegaste al mundo? Porque lo de la cigüeña se acabó. Eso ya no se dice. ¿Ves? Mirá qué ejemplo tan bueno te doy. La cigüeña fue. Sí, ahora te decimos la verdad. Papá y mamá, a veces, cogen. Y hasta lo hacen no sólo para traer al mundo sus hijitos, como se decía antes también. No, cogen porque les gusta. ¿Entendés? ¡Les gusta! Pero a papá y a mamá no les gusta que los mires a través de la cerradura cuando cogen. Lo hiciste anoche, degenerado, lujurioso irrefrenable. Y sé por qué lo hiciste. A ver, decime por qué. Claro, me oíste a mí. ¿Y qué? Soy ruidosa, ¿o no tengo derecho a expresar mis sentimientos? En una sociedad de derechos y obligaciones uno de mis derechos es chillar como una perra cuando algo me gusta. ¡Y a mami le gusta coger, caramba! Así que nunca más volvés a mirar por la cerradura. ¿Qué viste? ¿Cómo nada? No mientas, algo viste. ¿Algo negro? Habrá sido el bigote de tu padre.

Las cosas que no se hacen son infinitas. Hasta te diría que saber vivir es saber la distinción clara entre lo que se hace y lo que no. Todo esto es muy complejo. Pero la vida es así. Todo el tiempo te van a estar diciendo que hagas cosas. O que te compres un coche o que te vayas de vacaciones a Miami. Vos, eso, no lo podés hacer. Entonces nos lo pedís a nosotros. Ser padres, entre otras calamidades, es estar todo el tiempo escuchando a los hijos pedir cosas que uno no puede darles. La culpa de eso la tiene la publicidad. Pero no todo lo que la publicidad dice se hace. Se hace lo que uno puede. La publicidad —tardé en llegar a esta dolorosa certeza— miente. Conozco a un buen señor que —luego de ver miles de veces ese comercial de mayonesa que publicita Angelina Jolie— fue al *supermarket*, compró la mayonesa y luego exigió que le dieran a Angelina Jolie. No, idiota, ciertas cosas hay que entenderlas. Siempre se lo dije a tu padre: las mujeres que publicitan la porquería que ofrecen los publicitarios no vienen con el producto. Pero igual el producto se fija a la mujer que lo publicita y cuanto más atractiva sea ella, más tendencia se tendrá a comprar el producto. En suma, no hagas las cosas que la publicidad te propone. Tenés que hacer lo que papá y mamá te dicen. Lo que te dicen en la iglesia. Y lo que te dice tu maestra. Y después —cuando te vuelvas grande— ya vas a encontrar sustitutos de estas figuras que diseñaron tus orígenes. Su tarea será más sencilla. Porque si la nuestra fue buena no cambiarás nunca, hijo mío. Serás para toda tu vida el idiota que nosotros construimos.

Tercera norma: Eso no se toca

Nunca toques lo que no es tuyo. Cada una de las cosas que hay en el mundo tiene un dueño, pertenece a alguien. Es el dueño de esa cosa el que puede tocarla. Ese mandamiento bíblico que prohíbe desear a la mujer del prójimo, ¿qué está diciendo con precisión? Que bajo ningún pretexto la toques. Podés darle la mano. O darle un beso en la mejilla. O uno en una y otro en otra como hacen los europeos. Pero sólo eso. Nunca le toques una teta, por ejemplo. Eso alteraría todo el orden social. Todo el orden establecido. Pensá conmigo qué poca

distancia hay entre lo que se debe hacer y lo que no se debe hacer. Cuando seas un señor llegarás, supongamos, a un evento social. Posiblemente encuentres ahí a tu jefe. Tal vez se trate de una fiesta que organiza la empresa. Tu jefe, como todo jefe, tiene una compañera infartante a su lado. O es su mujer o es su amante o es una puta de lujo de algún *book* de primera línea que se consiguió para esa noche. Si él te la presenta, vos tenés que comportarte adecuadamente. Si ella te extiende su mano, se la estrechás y punto. Puede suceder que ella esté de buen ánimo, que sea una fiesta de fin de año, una de esas en que todos se besan en las mejillas para expresarse su afecto, su cariño, su alegría por el formidable año que ha transcurrido y por el también formidable que vendrá porque a la empresa le va muy bien, no en vano el jefe se ha contratado semejante *walkyria*. Ella, entonces, acerca hacia vos su mejilla para darte un besito y recibir el tuyo. Bien, analicemos la cuestión. ¿Qué distancia hay entre una mejilla y una teta? No mucha, digamos. Pero esa distancia es la distancia entre lo posible y lo imposible. Entre lo permitido y lo prohibido. Entre la santidad y el pecado. Si en lugar de aceptar su beso y darle el tuyo, le tocás una teta cediendo a tus más elementales instintos de primate freudiano (que no otra cosa es el hombre si no lo idealizáramos o no lo contuviéramos con la cultura), el mundo estallará en pedazos. Ante todo, ella (¡como si la muy puta no estuviera acostumbrada a que le toquen una teta y la entera carrocería que posee y vende!), se indignará y te dirá: «¿Cómo se atreve, insolente? ¿Quién se cree que es, idiota?». Y su jefe te echará a la calle y muchos te van a tomar por loco. ¿Qué quiero decirte con esto? Hay tetas que no son ni serán tuyas. Ésas, jamás las toques. ¿Adónde quiero llegar? Al estamento elemental del mundo al que has advenido, querido hijo. Esa teta de la señorita es propiedad de ella, de la señorita prostituta fina que esa noche acompaña a tu jefe. Esa teta es su propiedad privada. Al serlo, puede alquilarla. A veces —cuando estas niñas encuentran a alguien muy poderoso— la enajenan, la venden para siempre. Esa noche, la teta seguía siendo suya pero no: era de tu jefe, idiota. Había pagado por ella. Le pertenecía. Era de su propiedad. Tocaste dos cosas intocables. La teta de la puta y la teta de tu jefe, ya que él la había contratado. Tocaste lo que nunca hay que tocar: lo que es del otro. Lo que es del otro es del otro y punto. A eso se le llama propiedad privada. ¡Y quitá tus sucias manos de toda propiedad privada que no sea tuya! Es la base de este mundo. De este sistema, que es el mejor, no en vano ha triunfado sobre los otros. Tratá de no caerte de él. Porque, si te caés, aterrizás en la marginalidad o en la cárcel. Y de ahí no se regresa.

Someter al sujeto

A esta altura la pregunta «¿por qué el poder busca someter al sujeto?» es un poco ociosa. O podríamos, sin culpa alguna, darla por respondida. Acaso la otra es la que se impone: ¿por qué el sujeto permite que el poder lo someta? O también: ¿por qué le resulta fácil al poder someter al sujeto? Algo que (no nos adelantemos) posiblemente no sea tan fácil, ya que la sociedad orden-poder se ha visto obligada a instituir todo tipo de elementos enajenantes para lograr el sometimiento del sujeto. De los tres monólogos que hemos desarrollado (y sobre todo en sus pasajes de humor, tal vez los más reveladores) vimos que hay una parafernalia de ideas, conceptos, preconceptos establecidos para que el sujeto no altere el orden de la sociedad del poder. Ese orden es el alma de la filosofía política. El alma está explicitada por el gran teórico del Estado burgués. Ha sido Thomas Hobbes, en efecto, el que ha desarrollado la necesidad de los hombres de someterse a las reglas atemorizantes del Estado. Parte de una concepción de la naturaleza humana que algunos califican de pesimista, pero sería ingenuo a esta altura de los tiempos decir que lo es. Fue, durante mucho tiempo, habitual decir que el hombre no es naturaleza sino historia. Por un lado, es las dos cosas. El hombre hace la historia transformando la naturaleza (hecho terriblemente negativo para Heidegger y sus seguidores en la Escuela de Fráncfort: Adorno y Horkheimer con el concepto de razón instrumental) y también resulta correcto acentuar la historicidad del hombre: nunca es lo mismo, su naturaleza está en constante devenir, el hombre es un ser histórico al que no se le puede fijar una esencia porque no la tiene. Mal puede tenerla si su condición de ser es el cambio. Y si el ser es lo que es, el ser no es Historia, ya que ésta constantemente está dejando de ser lo que es para ser otra cosa. Habría que decir que la naturaleza es. Y que el hombre es y no es. O es para dejar de ser lo que es. Si las cosas son de este modo, ¿cómo fijarle una naturaleza? De una piedra se puede decir siempre que es una piedra. El hombre no es una piedra. Lo atraviesa la historicidad. El ser de la historicidad es el cambio, dejar de ser lo que se es para devenir otra cosa, y así sin detenerse. En suma, el concepto de naturaleza humana sería un oxímoron. Brevemente, un oxímoron une dos conceptos de significado opuesto, que, en literatura, se utilizan para vigorizar cierta idea o imagen que se desea imponer. No siempre es fácil encontrar la unicidad final del oxímoron, pero siempre produce un efecto de incomodidad o de asombro en el lector. Si Rubén Darío escribe: «rugido callado» uno piensa que se le fue la mano con el oxímoron. Pero si alguien escribe: «desmayo dichoso» o «payaso trágico» ya vemos de qué se trata. Hay «desmayos dichosos». Y los payasos (para mí, al menos) son casi siempre «trágicos», un oxímoron con el que Charlie Chaplin ha hecho casi todo su cine. Sobre todo su excepcional film *El circo*. Cuando Charlie, al final, queda solo, sentado sobre su pequeña y destartada valija, circundado por el enorme círculo que ha dejado en la tierra la carpa del circo que no está, el circo al que él pertenecía, el circo que lo abandonó y, con el circo, su heroína, uno comprende el oxímoron. Ése es un payaso trágico. Porque la imagen produce las dos cosas que busca. Por un lado nos reímos. La facha de Chaplin, sentadito sobre esa patética valija y rodeado por un círculo perfecto exhibe una

contraposición patética: qué enorme era el circo, que pequeño es Charlie. Y también: ¿qué hace ahí, qué espera, por qué se quedó, por qué está sentado justo en el centro del círculo, qué pretende señalar, de qué pretende ser el signo restante? ¿Del circo que ya no está? Pero si el circo no está es porque no está. De nada sirve que él se quede donde antes estuvo. Tal vez nos quiere decir que el circo era el centro de su alma y ahora, que no está, él, o su alma, están solos. Aquí es donde empieza el otro efecto del oxímoron. Ya no reímos. Ahora nos apena ese hombrecito solo y hasta comprendemos (y ésta es la genialidad de la imagen: poder convertirse en una cifra de la condición humana) que todos somos él. Que todos estamos solos, sentados en el medio de algo que ya no está y condenados a esperar eternamente. Volvamos al concepto de naturaleza humana. Si la naturaleza es siempre lo que es y el hombre es siempre un ser que está dejando de ser lo que es para ser otra cosa, nadie puede hablar de la «naturaleza del hombre». Porque el hombre es pura historicidad. Es un razonamiento de los llamados historicistas, hegeliano hasta la médula, y de esos sobre los que el estructuralismo se ha arrojado rabiosamente. Ocurre, sin embargo, que estamos un poco hartos del estructuralismo y del *post* también^[2]. De aquí que nos inclinemos a tomar seriamente esa tesis: el hombre no es naturaleza, es historia. Pero el historicismo del siglo XIX la llevó a extremos. Si el hombre está siempre en estado de cambio, jamás podremos fijar nada de él. Jamás podremos decir que algo es, que algo debe y tiene que ser. Porque la Historia posee al menos una modalidad permanente: durante todo su largo devenir, los hombres se han matado los unos a los otros. Se dirá que también están el amor o la fe. La fe ha sido un instrumento de la guerra y el amor ha permanecido en el ámbito individual, en la llamada «vida privada», de la cual se hizo una «historia» hacia fines de los ochenta^[3]. La Historia se hace con la sangre. Como dice célebremente Marx en el no menos célebre capítulo XXIV de *El capital*: «El capital viene al mundo chorreando sangre y lodo». En suma, la violencia juega en la Historia un papel central. Freud habla de una patología de las comunidades culturales. Hobbes dice su célebre *dictum*: *homo homini lupus est* (el hombre es el lobo del hombre). Y Hegel —con esa genialidad olímpica que lo caracteriza— dictamina: la historia avanza por su lado malo. Una de las grandes conquistas de la revolución comunicacional ha sido acostumbrarnos al horror de la historia. Podemos estar haciendo cualquier cosa, estar en cualquier parte, y veremos en la televisión o en la tapa de un diario alguna imagen atroz. O niños que mueren de hambre o Saddam Hussein a punto de ser ahorcado o las torturas en Guantánamo o en Abu Ghraib. Seguiremos con lo nuestro. A lo sumo, se piensa, después se verá mejor y con más calma en Internet. Pero Internet es la muerte de la emoción. Es el reino de la errancia. Nadie se detiene en nada. Es una navegación infinita hacia una meta inalcanzable e incognoscible en medio de un universo virtual dentro del que nada significa nada. Este escamoteo del sentido, este aplanamiento de todo lo existente («todo está en Internet»), esta imposibilidad de construir verdades en un universo que todo lo ahoga con la información, con el ir de un lado a otro, con el vértigo insensato de los *links*, es la esencia del homo Internet, y que nadie se engañe con las redes de solidaridad o con esa incontenencia de subjetividades solitarias que son los *blogs*, todo eso dura poco. Los seres humanos nacieron para comunicarse uno en presencia del otro (o, sin duda, esta comunicación es más rica que la virtual), mirarse a los ojos y para tocarse y hasta para olerse el aliento.

Esta licuación, este disiparse de la Historia, esta insensibilidad, esta indiferencia o este pavoroso acostumbramiento ante el horror es uno de los grandes triunfos del poder. Debiera haber bastado la foto de esa niña vietnamita corriendo desnuda por una carretera y llorando a gritos porque el Napalm laceró sus carnes para que el ser humano se detuviera y se hiciera una, al menos, de las grandes preguntas: *¿para qué?* Para qué. Para imponer nuestros proyectos, para ganar dinero, para derrotar la voluntad de los otros, para idiotizarlos, para impedirles el surgimiento de una subjetividad verdadera, para dominar el mundo y dominarlo para que nuestros negocios no sufran impedimentos, no se detengan por barreras absurdas. Estados Unidos dice: «Si en el siglo XIX matamos decenas de miles de indios, fue porque ése era el costo que el Progreso exigía». En cuanto a esa pobre niñita, no nos hagan repetir lo que todos saben: su llanto es un himno elevado en honor de la democracia y la libertad por las que nosotros peleamos en este país y en todos los que haga falta. En suma, el capital sigue llegando al mundo chorreando sangre y lodo o abandonando a millones al hambre y las pestes o generando una nueva barbarie a la que se le teme y a la que se castigará sin piedad: los de afuera, los que quieren entrar donde no se debe porque así lo han decidido los poderosos, los triunfadores, los que llaman «inmigrantes indeseados» a los millones que quieren ser incluidos en la sociedad civil, someterse a los rigores del *Leviatán*, pero vivir adentro, y no en los descampados del *no-futuro*. A ellos, el rigor de una ley que deberá ser cada vez más dura. El fracaso del socialismo en las terribles, dolorosas experiencias que instituyó en el siglo pasado, llegando casi a matar la mismísima idea que alentó en sus teóricos (en cuyos textos se adivinaban ya los errores que estallaron después), abrió las puertas a este capitalismo que, con la excusa de la lucha contra el terror, se ha vuelto terrorífico él mismo. «Sólo nos queda esperar que el eterno Eros triunfe en su eterna lucha contra la pulsión de muerte», son las palabras finales de Freud en *El malestar en la cultura* (1930). Si en 1930 el maestro vienés dudaba de ese triunfo, hoy, ya transcurrida la primera década del siglo XXI, sólo resta esperar que la humanidad del capital se detenga en su guerra contra la vida y contra el planeta en que vivimos. ¿Dónde está la esperanza? No precisamente en los terrenos del enemigo mortal de Occidente, el Islam. Ahí todavía se lapida a las mujeres. Es como si la niñita del Vietcong siguiera corriendo y gritando de dolor. América Latina ensaya una unidad de autodefensa. Se protege. Veremos. Por ahora, la misión de cada uno de los que aman la vida y los valores que la sostienen deberá ser la de entregarse a una noble tarea: evitar la brutalidad de los criminales, luchar para que, al menos, no todo sea tan terrible, tan brutal. Reducir la brutalidad de una Historia desbocada no será poco. Eso, por ahora.

El sujeto-otro en tanto sujeto pasivo

Fatiga ya la cuestión del sujeto en la filosofía de Occidente. Ciertamente que ha abandonado el primer plano que solía ocupar. Se agota al perder su vigor el entrelazamiento que los estructuralistas y los *post* establecieron con Heidegger. Hay un vago malestar en las academias de Occidente. ¿Qué subjetividad tiene el terrorismo? ¿Ha olvidado al ser y se ha entregado al dominio del ente? Triste pregunta pues Heidegger —el que solía formularla a propósito de todo— no la formuló a propósito del Islam. Además, ¿hay alguna relación entre el ser heideggeriano y Mahoma? Pregunta absurda. Heidegger es un filósofo de Occidente. Para colmo, alemán. Más encerrado aún por habitar esa centralidad que tanto lo enorgullecía, la de su *Heimat* (patria), la de su tierra, la de sus campesinos, la de sus bosques y sus claros. De Oriente, sólo se acercó —y no poco— al taoísmo y al budismo zen. Era previsible. Heidegger —salvo en, para nosotros, *Ser y Tiempo*, su mejor obra, como también para otros filósofos interesados en la historia, el sujeto, la praxis y los antagonismos, como Sartre, quien casi se desinteresó por completo de los posteriores desarrollos del maestro de Friburgo— siempre se dirigió hacia el encuentro con el Oriente del Tao y del Zen. Allá él y allá quienes quieran seguirlo, que son millares. A nosotros no nos interesa. Occidente se dirige hacia su ocaso, hacia la devastación de la Tierra y hacia la irresolución de los problemas esenciales de la condición humana, muchos de los que Heidegger ignoró por completo. Pero acertó en el diagnóstico de la devastación de la Tierra por medio de la técnica. Sus soluciones son patéticas o risibles si con ellas se intentara convencer a los arrasadores que detengan su camino de destrucción. ¿Podríamos decirles a los petroleros texanos que han olvidado al ser para convertirse en Amos de lo Ente? ¿Podríamos preocuparlos advirtiéndoles que el ser —ante el olvido del hombre— se ha retirado? ¿Retirado, a dónde? ¿Qué es el ser? ¿Alguien lo vio? ¿Podríamos tener con él una reunión diplomática y tratar de llegar a alguna solución, limar nuestras asperezas, nuestros desacuerdos? Se les podría decir que la cuestión del ser en Heidegger y su desarrollo por eso que se llama la *French Theory* reclaman la mayoría de los esfuerzos de los estudiosos de sus academias. Tal vez se encojan de hombros. Tal vez digan: «Eso es lo que queremos. Que se distraigan con naderías». O alguien más enérgico postule analizar el presupuesto destinado a las tareas universitarias y reducirlo si se emplean para esas nimiedades.

Ocorre que para los hombres del poder consagrarse al dominio del ente y olvidar al ser es lo esencial que un empresario, que un hombre que construye cotidianamente este mundo, debe hacer. Si es que hablan ese idioma. Pero supongamos que han atrapado la jerga de los profesores y saben que dominar lo ente es dominar el mundo y olvidar el ser es nada, porque nadie lo ha visto a ese señor. Y si es Dios, que todos sepan bien que ellos hacen todo cuanto hacen por Dios, para Dios y respaldados por Dios. Que Dios no es neutral y está con ellos. No perdamos más tiempo: si nadie ha visto al ser, si hay que abandonar la defensa de Occidente a través de la conquista y el dominio de la Tierra por ese ser, estamos en presencia del peor de los dioses. No nos da nada y nos condena a la derrota. Al desarme. ¿Qué le da el ser al

hombre? Para Heidegger, el hombre vive en falta ante el ser. El ser se ha retirado a causa de su olvido, como si esa desmemoria lo hubiera ofendido gravemente. Y ahora el hombre debe hacer todo tipo de actos de despojo para llegar al claro del bosque, para abrirse al ser, para dedicarle su *pathos* de la escucha, para, en el mejor de los casos, llegar a ser su pastor. Entre tanto, el mundo se hace añicos. El hambre cunde. La tortura está más aceptada que cualquier problema de género o que la preocupación ecológica. Hay países pobres y países ricos. Y la voz que escuchan los sufridos entes que habitan la Tierra en proceso de devastación es la de los *mass media*. El *cogito* habla y se comunica. El señor Rupert Murdoch (propietario de la News Corporation y de la Fox, entre otras desmesuras) tiene más poder sobre este mundo que el ser heideggeriano. ¿Que así marchamos hacia la destrucción? Desde luego. Pero hay otros métodos para luchar contra ella que perderse en la lectura de *Identidad y diferencia*. O en los laberintos autocomplacientes de la deconstrucción derrideana. Si uno fuera un consecuente senador republicano, obligaría a una revisión de la bibliografía universitaria. Pero Heidegger es un filósofo. En esos claustros estudian esa venerable disciplina. A ver si nos sale otro Marx. O un nuevo Sartre. Que sigan jugando. Que salten alegremente entre los textos. Que los construyan, que los deconstruyan. Que estén abiertos a la llamada del ser. Woodstock fue peor.

El sujeto y el poder mediático

Sin mayores rodeos vamos a enunciar qué es el sujeto para el poder mediático: el sujeto es un recipiente al que es necesario llenar de contenidos todo el tiempo. El sujeto no tiene contenidos. Hay que dárselos. Y si los tiene, posiblemente sean contenidos residuales de otras administraciones, de otros poderes, de otros intereses. Hay que darle, entonces, nuevos contenidos. Los del poder mediático hegemónico. El poder mediático no se toma demasiado en serio las ya agobiantes teorizaciones sobre el sujeto. El sujeto es el sujeto-receptor. O el sujeto-recipiente. Se trata de un sujeto pasivo ajeno a toda posibilidad de ser un sujeto constituyente. Este sujeto, que ha desvelado a todos los filósofos desde Husserl en adelante y sobre todo desde la aparición del gran enemigo del *cogito* cartesiano, el Rektor Martin Heidegger, ha sido prolijamente destruido por la filosofía occidental. Se ha rechazado al *cogito* cartesiano pues con él surge ese sujeto que constituye (y otorga fundamento epistemológico y antropológico) a la totalidad de lo real. Creemos que todo esto no es demasiado complejo. No es el momento para desarrollarlo aquí. Su exhaustivo análisis (tomando los textos centrales que Heidegger le ha dedicado partiendo de su voluminoso *Nietzsche*, que es un gran libro, sin duda un libro nacionalsocialista pero de alta importancia) ha sido llevado a cabo en nuestro ensayo *La filosofía y el barro de la historia* y —en no escasa medida— en nuestra novela *La sombra de Heidegger*. Aquí haremos algunas notaciones esenciales. Heidegger señala a Descartes como el que se ha alejado definitivamente de los griegos al poner la subjetividad como centro de la reflexión. Si antes Protágoras, un filósofo griego tal vez menor, había dicho algo tan inteligente (y tan existencialista) como «el hombre es la medida de todas las cosas», lo que Descartes venía a imponer era algo diferenciado. Si hemos incluido al notable Protágoras entre los humanistas existenciales, lo haremos caer bajo las críticas de Levinas. Emmanuel Levinas, desde las entrañas del heideggerianismo, habrá de decir una frase por completo errónea sobre lo que él considera un error: «El error de los existencialistas es haber confundido al ente antropológico con el ser». ¿Nos podrían decir alguna vez con qué debemos confundir al ser? Claro está: el ser es irreferenciable. Nosotros creemos que es hora de decir que el ser, en Heidegger, es Dios. No sé qué Dios. Sin duda, el Dios de su filosofía. Esa instancia a la que Heidegger se ha pasado la vida recurriendo y sometiendo todo, que es absoluta, que ilegaliza de autenticidad cualquier intento que se le aleje, y que, trágicamente, cuando tuvo que darle un rostro le dio el del nacionalsocialismo. Estas conclusiones no son apresuradas ni pecan de insolencia ante el intocado maestro de los profesores de tantas academias a lo largo y a lo ancho del mundo, que viven del «negocio Heidegger» porque no conocen otro. Llevamos más de cuarenta años ocupándonos de Heidegger. Conservamos todavía la edición que el CEFYL (Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras) hizo en 1968 de *La época de la imagen del mundo*, «para uso interno de la Facultad de Filosofía y Letras». De modo que ninguna de nuestras afirmaciones contundentes son las bravuconadas de ciertos ensayistas que quieren destacarse por ese tipo de actitudes. En todo caso (podemos admitir esto) podría tratarse de cierto cansancio, de cierto hartazgo por

haber tomado demasiado en serio y durante demasiado tiempo algo que cada vez más se nos revela como las solemnes, pomposas y herméticas fórmulas de un embaucador genial. Y de un personaje que cada vez goza menos de nuestro elemental aprecio porque su compromiso profundo con el nacionalsocialismo ya no hay manera de ocultarlo. Y eso, para nosotros, no es menor. Ni es una tontería (la de Heidegger), como solía justificarse el Rektor de Friburgo, muy livianamente.

Heidegger señala que, con Descartes, el hombre se ubica en la centralidad del Saber. Se adueña de la Historia. El hombre es ahora el logos. ¿Con qué completa el poder de su subjetividad? Con la técnica. Éste es, en fin, el hombre de la modernidad: el que se ubica, en tanto principio yoico, en tanto logos, en la centralidad del Saber y se arroja hacia la conquista de la Tierra por medio de la técnica. Es el hombre Amo del Ente que ha olvidado al ser. Es el hombre del tecno capitalismo. Que este hombre haya olvidado al ser podrá parecerle horrible a Heidegger pero no a Adam Smith. No a David Hume. Para la *ratio* capitalista, el paso de Descartes (que ellos no valoran tan desmesuradamente) es la simple apropiación que el homo capitalista debe hacer de sí mismo en tanto sujeto de la Historia; algo que, no dudan, ese hombre debe ser. Desde esa certeza de sí el homo capitalista empieza a transformar la naturaleza y por medio de ella construye barcos, ciudades, fábricas. Que, en tanto esto sucede, el ser se retire, jamás le importó ni jamás le importará. (En caso de que la cuestión le interese o meramente llegue a enterarse de ella. Cosa que dudamos). Que por construir ciudades, barcos, máquinas de guerra para destruir a sus enemigos, que por planificar la explotación de la agricultura, la tala de los bosques y de los montes y modificar el rumbo de los ríos, se ha transformado en Amo de lo ente, lo llenará de orgullo. Y jamás dejará de entregarse furiosamente a esas tareas. Nada parece poder contenerlo, por otra parte. No piensa en el ser. En Inglaterra (país de epistemólogos, de empiristas lógicos, de filósofos de la ciencia) a Heidegger le dicen el «Loco». Cuando murió, varios diarios titularon: Murió «El Loco». Pero por otras latitudes la herencia del Rektor de Friburgo cala hondamente. Jean-Paul Sartre, que habrá de ser el que introduzca la fenomenología en Francia, escribe, basándose en el Heidegger de *Ser y Tiempo*, un libro que habrá de conmover al mundo: *El ser y la nada*. El ensayo de ontología fenomenológica sartreano tendrá muchos puntos en común con el gran libro de Heidegger, pero estará superiormente escrito y tendrá desarrollos fascinantes a los que sólo Sartre, que además era un gran narrador, podría llegar. Antes de Sartre, en la soleada California donde estaban exiliados, Adorno y Max Horkheimer inician en 1940 unas conversaciones de las cuales la esposa de Adorno toma prolijamente notas. De esas conversaciones sale un libro complejo, desordenado y, en varios pasajes (la parábola de Odiseo), genial. No hay reconocimientos a Heidegger. Pero la crítica a la Razón centrada en el sujeto (como suele decir Habermas, un filósofo agotado) se hace bajo el aliento impetuoso del autor de *Ser y Tiempo*. Así, Adorno y Horkheimer cometen una herejía que habrá de tener consecuencias. Pese a haberse definido como marxistas, ahora, bajo la sombra de Heidegger, deslizan el conflicto central de la sociedad capitalista: la lucha de clases a la relación del hombre con la naturaleza. A esa razón iluminista, de la que abominan, le entregan un nombre que será ampliamente recogido: razón instrumental. «Lo que no se adapta al criterio del cálculo y la utilidad es, a los ojos del iluminismo, sospechoso (...). El iluminismo es totalitario (...). Las diversas figuras míticas son todas reducibles, según el

iluminismo, al mismo denominador, al sujeto (...). A partir de ahora, el ser se divide en el logos —que se reduce, con el progreso de la filosofía, a la mónada, al mero punto de referencia— y en la masa de todas las cosas y las criaturas exteriores. Una sola diferencia, la que existe entre el propio ser y la realidad, absorbe a todas las otras. Si se dejan de lado las diferencias, el mundo queda sometido al hombre»^[4]. Siguen Adorno y Horkheimer y se acercan cada vez más a las tesis de Heidegger: «Lo que los hombres quieren aprender de la naturaleza es la forma de utilizarla para lograr el dominio integral de la naturaleza y de los hombres»^[5]. ¡Hagan fuego sobre «el hombre»! Escriben: «La semejanza del hombre con Dios consiste en la soberanía sobre lo existente, en la mirada patronal, en el mando»^[6]. No quiero acudir demasiado a las citas. En suma, Adorno y Horkheimer condenan al hombre, al sujeto, porque su relación con la naturaleza es la de amo-esclavo. El hombre explota a la naturaleza para mejor explotar a los hombres. Aquí retornan al enfoque marxista de la explotación. Entre tanto, solo, aún en Europa, Benjamin elabora las *Tesis sobre filosofía de la historia*, que Adorno y Horkheimer conocían pero no citan. Adorno escribe un libro sobrevalorado, *Dialéctica negativa*, luego un torpe libelo contra Heidegger, *La jerga de la autenticidad* (a pesar de haberse nutrido tanto de sus planteos), y termina sus días encolerizándose penosamente (durante las agitadas jornadas de 1968) contra una joven que muestra sus senos (en fin, sus tetas) en el aula del Maestro, a quien no se le ocurre nada mejor que llamar a la policía. ¡Theodor Adorno llamando a la policía por un par de tetas! Luego, a causa de su amistad con Schönberg, termina su tarea, la tarea de una vida, escribiendo libros sobre música dodecafónica, la música del siglo XX, un siglo cuya música el mundo no escuchó. Pero la tarea de destrucción del humanismo y del sujeto ha sido llevada a cabo. Se han plegado a Heidegger y anticipado a los estructuralistas. De aquí que en Barcelona se editen abundantemente sus libros y lleguen a la Argentina. Están dentro del canon. Son enemigos de Marx y de Sartre. Horkheimer, sumido en una envidia poderosa por la llegada de Sartre a las masas, llegó a decir que *El ser y la nada* era «un nuevo tipo de filosofía para masas (...). La complejidad y sutileza dialéctica del pensamiento se han convertido en una resplandeciente máquina de metal»^[7]. ¡Un pensador supuestamente marxista indignado porque un pensamiento llega a las masas! Además, Horkheimer no leyó *El ser y la nada*. Nadie que haya afrontado el im-po-si-ble prólogo de esa obra cumbre puede decir que se trata de una obra para las masas. Sucedió que Sartre ya se delineaba como lo opuesto al segundo Heidegger: el de la aniquilación del humanismo, del sujeto, de la Historia, del hombre y de otras cosas que jamás contempló aunque, de paso, se encargó de desdeñar: la praxis, por ejemplo. ¿Adónde llevaba Heidegger? Al estructuralismo.

Un encuentro entre Marcuse y Sartre

De la Escuela de Fráncfort es Marcuse, el que habrá de reconocer que la *Crítica de la razón dialéctica* es un gran libro. Como lo hará también Deleuze. (Ignoro cómo pudo cuando ya se encontraba sometido a Nietzsche y al rechazo de la negatividad). En 1967, Marcuse se moría por conocer a Sartre. John Gerassi (autor de *Jean-Paul Sartre: La conciencia odiada de su siglo*) consigue armar una cita. Sartre le dice:

—Vea, no he leído una página de Marcuse. Estoy muy ocupado con mi Flaubert.

—Suspendamos la reunión.

—No, yo también quiero conocer a Marcuse. Tiene mucho ascendiente sobre los estudiantes activistas. Haremos esto: usted hágale preguntas. Él las responderá. Con lo que él responda me bastará a mí para enterarme de lo que piensa y hacerle preguntas como si me interesara mucho por su pensamiento.

Se realiza la reunión. Sale espléndida. John Gerassi acompaña a Marcuse a tomar un taxi. Escribe: «Cuando acompañé a Marcuse a tomar un taxi en las afueras del restaurante, tomé mis manos en un gesto de gratitud exclamando: No sabía que Sartre estuviera tan familiarizado con mi obra. Yo nunca lo había visto a Marcuse tan complacido»^[8].

Tenemos que continuar en el camino áspero y —para nosotros amargo, triste y odioso— de la destrucción del sujeto y del humanismo en los estructuralistas y los *post*. Lo haremos al estilo de un rápido punteo. Sólo para mostrar la instauración del sujeto bélico comunicacional sobre la derrota del sujeto-hombre, del sujeto-praxis, del sujeto-inmerso en la Historia, que es el único que puede oponerse al poder. Estos desarrollos tienen una primera y extensa formulación en mi libro *La filosofía y el barro de la historia*. No en vano el subtítulo que lleva es: *Del sujeto cartesiano al sujeto absoluto bélico comunicacional*. No hemos podido arribar al tema pero no es arduo avizorar que nos dirigimos a una formulación definitoria: en tanto Europa sacrifica al hombre y al sujeto (no olvidar la fórmula impactante y esencial de *Las palabras y las cosas* de Foucault, 1966: *el hombre ha muerto*), América Latina, en esa época, se lanza a la épica del hombre nuevo. Y ahora necesitamos de nuevo al sujeto, al hombre, al humanismo. Porque nuestra lucha es por los derechos humanos y por impedir el avasallamiento de la razón imperial. No estamos solos ni estamos locos.

Escribe Eduardo Grüner: «La insistencia extrema en la desaparición del Sujeto (...) puede fácilmente hacer que sea precisamente el Poder quien quede liberado en su omnipotencia: en condiciones de desigualdad e injusticia sustantiva (...). Esta visión de las cosas tiene sin duda de dónde agarrarse (...). Pero de allí a postular la desaparición de toda noción de una subjetividad social o cultural (y sobre todo de toda capacidad de resistencia a las formas alienantes e irracionales que adquiere la desubjetivación supuestamente en marcha) hay un gran paso. Y es un paso que nos deja inermes —tanto desde el punto de vista teórico como empírico— ante un sistema de dominación “global” que sigue actuando con la omnipotencia instrumental cada vez más nacionalizada del conquistador Sujeto cartesiano. “Ellos” no se han hecho cargo, en todo caso, del desvanecimiento de su propia subjetividad, mientras que

“nosotros” nos apresuramos a liquidar la nuestra mucho antes de que un mundo más justo e igualitario ofrezca las condiciones para que esa crítica sea reasumida por “todos” como un paso más hacia el horizonte en perpetuo desplazamiento de la Verdad»^[9].

Nos queda la tarea de desarrollar con minuciosidad qué entendemos por sujeto-Otro y por qué le decimos sujeto pasivo. Los tiempos son pésimos para la libertad subjetiva porque ha sido elegida por el Imperio como su conquista prioritaria, la más anhelada y la más eficaz para sus proyectos de dominio. Sabemos cuál es nuestro camino. Qué tenemos que aceptar y qué rechazar del pensamiento de los países hegemónicos del Saber. Esto ya es una conquista importante. En una cena de amigos de fin de año, a la hora de los brindis, uno de ellos alzó su copa y no dijo Feliz Año Nuevo, que sea un buen año, que la pasemos bien, que seamos felices, que se realicen nuestros sueños, que evitemos los zarpazos de Duhalde y Pando y del periodismo-letrínógeno. No, dijo algo sorprendente. Dijo: «¡Por Jean-Paul Sartre!». Fue el mejor modo de terminar la noche.

Lateralidad: «Dorrego muere en vivo y en directo». (Un cuento mediático)

Los representantes de los medios entran en el despacho del general Juan Lavalle. Encienden luces, enfocan sus cámaras, activan sus grabadores, sacan fotos. Se lo ve pálido a Lavalle, adusto, quizás imponente, sujetas las manos a la espalda. Hace calor. Son las dos de la tarde del 13 de diciembre de 1828. Lavalle dice:

—Cumpló con informarles que el coronel Manuel Dorrego será fusilado dentro de una hora, aquí en Navarro.

Alboroto entre los periodistas. Conmoción por la noticia. Uno de ellos, que se identifica como perteneciente a la revista *Seremos*, pregunta:

—¿Cuál es el motivo de esta decisión, general?

Lavalle responde:

—Tengo la certeza de que la existencia del coronel Dorrego y la tranquilidad de este país son incompatibles.

Otro periodista pregunta:

—General, ¿asume usted por completo la responsabilidad de este acto?

Lavalle responde:

—Así es. La Historia juzgará imparcialmente si el coronel Dorrego ha debido morir o no y si al sacrificarlo a la tranquilidad de un pueblo enlutado por él, puedo estar poseído de otro sentimiento que el bien público.

Otro periodista dice:

—Disculpe, general, es muy digno de su parte asumir la responsabilidad de este acto, pero sabemos que ha sido usted influido, mediante cartas, por altas personalidades del unitarismo porteño.

—Desmiento categóricamente tal infundio —responde Lavalle.

No obstante, el periodista, que se identifica como perteneciente al semanario *El Mago*, insiste:

—Disculpe, general, pero tenemos los nombres de esas personas.

Levemente alterado, dice Lavalle:

—Si los tienen, díganlos. —Más alterado aún ruge—: ¡Díganlos! ¡Los desafío a que los digan! Sólo eso demostrará que los tienen y no que están inventando alguna patraña, según suelen hacer.

El periodista dice:

—Salvador María del Carril, Julián Segundo de Agüero y Juan Cruz Varela.

—Veo que los tienen —resignado, Lavalle.

El periodista añade:

—Además, un matutino publicó hoy en exclusiva la carta que le envió el poeta Varela.

Lavalle se indigna:

—¿Cómo es posible? ¡Recibí esa carta ayer a las diez de la noche!

El periodista dice:

—Lo sabemos. Y también sabemos que esa carta en la que el poeta Varela le indica a usted lo imperioso de fusilar a Dorrego, dice: «Cartas como éstas se rompen». ¿Por qué no la rompió, general?

Lavalle, más indignado aún, exclama:

—¡Carajo, ni tiempo tuve! Esto es un ultraje. Aquí hubo una filtración. —Y pregunta—: ¿Quién publicó esa carta?

El periodista dice:

—El matutino *Gazeta 12*, general. La publicó en primera plana bajo el título «¡Qué cartita, Varela-Vareleta!».

—¡Ese diario de gauchos alzados! —Ruge Lavalle—. Ya van a conocer el acero que se lució en Riobamba en defensa de la libertad americana.

Un silencio de hielo invade el recinto. Hasta que otro periodista dice:

—De Telesí, general. Nuestro móvil en altamar ha entrevistado al general San Martín, quien, en la corbeta *Chichester*, regresa al país. Está más gordo, tiene muchas canas y confiesa cuarenta y ocho años.

—¿Y eso a mí qué carajo...?

—Calma, general. Voy al punto. Preguntado si participará en las contiendas que padecemos actualmente los argentinos, respondió que jamás desenvainará su sable en luchas fratricidas. ¿Qué opina usted al respecto?

Más sereno, ya casi dueño nuevamente de su compostura, de su altivez, dice Lavalle:

—Yo no he de emitir juicio sobre quien fuera mi jefe en las heroicas luchas de la Independencia. Pero me pregunto y les pregunto: ¿por qué el general San Martín regresa al país recién ahora, cuando la guerra con el Brasil ha terminado?

Un periodista anota en su libreta: Lavalle acusa a San Martín de maldito perro cobarde. Por el desdén con que las ha dicho, eso expresan sus palabras, las haya dicho o no.

Lavalle, frotándose ahora las manos, con aparente satisfacción, dice:

—Bien, señores, es todo. Aunque para que no digan que me niego a colaborar con la prensa libre, los recibiré una vez más.

—¿Cuándo? —Preguntan varios periodistas.

—Después de la ejecución —dice Lavalle.

Y los periodistas, tan veloz y atropelladamente como entraron, abandonan el despacho del general.

Pareciera que son más los periodistas que los soldados en Navarro. Sigue apretando el calor. Son las dos y media de la tarde. Todos lo saben: falta poco. «Estamos en comunicación con el Gobernador de Santa Fe. ¿Nos escucha, general López? Van a fusilar a Dorrego». «Quién». «Lavalle». «Lo suponía». «¿Puede darnos su opinión al respecto?». «Lavalle se equivoca». «Gracias. Ha sido la breve pero valiente opinión del Gobernador de Santa Fe, general Estanislao López». «¿Nos escucha, comandante Rosas?». «Sí». «Nos costó ubicarlo, eh». «Estoy en campaña». «Comandante, van a fusilar a Dorrego. ¿Qué opina?». «Una lástima, vea. Yo le dije a Manuel que no debía presentar batalla en Navarro. Pero los oficiales Acha y Escribano lo entregaron. Con adictos así, ¿qué quiere usted que se haga? Si no fuera por ellos,

hoy no moría Dorrego. Acaso en otra ocasión podría ser. Pero eso, salvo el Altísimo y la Santa Virgen, ¿quién puede saberlo? Así es la Historia, mi amigo, impredecible. ¿Sabe cuál es el problema de la Historia?». «Diga, comandante». «Que son muchos los que la hacen. Si la hiciera uno solo. Yo, por ejemplo. Pierda cuidado que habría Orden». «Oficiales Acha y Escribano, ¿por qué traicionaron a Dorrego?». «No traicionamos a nadie. Debemos obediencia a nuestros superiores». «Precisamente, el superior de ustedes era Dorrego». «Bueno, decidimos cambiar de superior. Decidimos darle obediencia a Lavalle. Que quede claro ante el Tribunal de la Historia: no fue traición, sólo el cambio de un superior por otro». «¡Coronel Lamadrid, su opinión, por favor!». «Estoy destrozado por el dolor pero no diré nada. Lo que tenga que decir sobre la muerte de mi compadre Dorrego lo diré en el tomo segundo de mis *Memorias*, entre las páginas 246 y 250, ediciones Jackson». «Muchas gracias, coronel».

Como un latigazo, una exclamación estremece todas las almas:

—¡Ahí viene Dorrego!

El coronel Dorrego se dirige hacia el patíbulo. Los periodistas lo rodean y lo acribillan a preguntas:

—¿Tiene miedo? ¿Se siente agredido? ¿Algún mensaje para su esposa Angelita?

Dorrego responde:

—Que sea feliz, ya que no lo ha podido ser en mi compañía. Y que mis funerales sean sin fasto.

—¿Algún mensaje para sus hijas?

—A una le he dejado una sortija y a la otra unos tiradores que ella misma hizo para su infortunado padre.

—¿Por qué se considera infortunado?

—No diga pavadas, compadre. ¿O no ve que me van a cagar a tiros?

—Perdón, coronel. ¿Algún mensaje para la ciudadanía que lo está escuchando?

—Perdono a todos mis enemigos y suplico a mis amigos que no den un paso en desagravio de lo recibido por mí. —Y dirige sus pasos lentos hacia el patíbulo.

Una periodista agita sus cabellos, desabrocha otro botón de su blusa, retoca el *rouge* de sus labios, enfrenta la cámara y con tono minucioso y descriptivo dice:

—Para Argentina Televisora Confort, en directo, estamos presenciando el fusilamiento de Dorrego. Son las tres de la tarde. El ex Gobernador de Buenos Aires viste una chaqueta de lanilla escocesa, corbata negra, pantalón azul y botas al tono. Los fusileros se preparan. Se da la orden de fuego. Suena la descarga. El cuerpo de Dorrego se sacude violentamente. Ustedes lo han visto. La magia de la televisión lo ha llevado hasta sus hogares. Nada menos que la mismísima Historia al instante. Sin demoras. En vivo y en directo. Esa sangre que mana del cuerpo de Dorrego es sangre. Ese hombre muerto y con tantos agujeros en su pobre cuerpo es Dorrego. Nada más. Aquí, en Navarro, acaba de ser fusilado el coronel Manuel Dorrego. Volvemos a estudios centrales.

No lejos de ahí, un periodista atildado, de rasgos armónicos, bronceada la tez, reflexivamente dice:

—Un país no sólo se construye con héroes o estadistas. También requiere mártires. ¿Será éste el papel que nuestra historia le ha asignado a Dorrego? Si así fuera, Lavalle no estaría

sino ayudándolo a cumplir con su destino, pues los mártires, para ser mártires, tienen que morir. Quisiera recordar alguna cita de Maquiavelo para cerrar este comentario, pero no se me ocurre ninguna.

Luego, tal como lo prometiera, Lavalle vuelve a recibir a los representantes de los medios. Se lo ve muy pálido, casi encorvado, como si un infinito cansancio lo poseyera. Nadie pregunta nada. ¿Quién habrá de atreverse? Alguien, por fin, lo hace. Alguien, por fin, pregunta:

—De TV Mía, general. ¿Es cierto que vive usted un apasionado romance con la señorita Damasita Boedo?

Lavalle lo fulmina con la mirada. Un miedo súbito recorre el recinto. La furia que brilla en los ojos del general —piensan muchos— ha de ser la misma que brilló en Pasco y Riobamba, cuando cargaba a sable contra los enemigos de la libertad americana. De modo que todos temen lo peor. Pero no. Los ojos de Lavalle pierden su brillo, sus facciones se distienden, y luego, otra vez con ese infinito cansancio, resignado, con una voz tenue:

—Sólo somos buenos amigos —dice^[10].

El sujeto mediático es el sujeto constituyente. Análisis de «Dorrego muere en vivo y en directo»

El cuento juega con las posibilidades conceptuales que un anacronismo asumido y extremo puede entregarnos. Que los periodistas (con sus artefactos de los años noventa, los de la posmodernidad argentina) entren en el despacho del general Juan Lavalle, vestido con uniforme de lujo y adoptando el porte y la estampa ya histórica que sus legendarias cargas de caballería le han dado, es la primera sorpresa, el primer choque de épocas. Hay un gran campo para jugar con esa situación. Lavalle es sometido a un interrogatorio típico de una conferencia de prensa. Los periodistas lo respetan y, muy posiblemente, le temen: es un hombre que está por fusilar a otro y es un héroe que ha guerreado junto a San Martín.

El periodismo que el cuento exhibe es distinto del de nuestros días. Es un periodismo que pregunta lo necesario, que no saca conclusiones, y no opone la opinión del entrevistado con la de ningún otro y sobre todo con la del entrevistador. Son periodistas, no militantes formadores de opinión como los de hoy. Está presente, sin embargo, una figura que surge en esa década —la de los noventa— y es la figura del periodista-investigador. El que devela los secretos del poder. En el caso del fusilamiento de Dorrego, la tarea está servida. Lavalle fue impulsado a cometer su acto, sin dudas aberrante (del que es, por supuesto, principal responsable por más cartas que haya recibido, ya que la decisión fue suya), por medio de cartas que le enviaron figuras notables del unitarismo porteño. Siempre hemos sostenido que esas cartas trascendieron (y no fueron rotas como proponía Juan Cruz Varela: «Cartas como éstas se rompen») porque la historiografía de la oligarquía agrícola-ganadera —que «mal o bien» hizo este país, o sea: mal— prefirió salvar la honra de un general de la Independencia (un militar, además: un hombre de la entidad que custodiará sus intereses a lo largo de toda nuestra historia) al costo de enviar a la hoguera a tres civiles. Crearon así un mártir. Hicieron de un asesino una figura trágica. Un hombre bueno, pero rodeado de otros llenos de odio que lo aconsejaron mal. Él no habría fusilado al buen coronel Manuel Dorrego, sobre el que no pesaba ningún cargo que justificara una acción tan extrema, salvo el odio de los vencedores. Presenciamos aquí un armado de la historia que es, por qué no, una cara importante de la construcción de la realidad que el poder realiza. Esto se sabe de sobra: el que gana la guerra la cuenta según su punto de vista. Pero con Dorrego la cuestión era delicada por lo cruel, por lo arbitraria, porque no tenía justificación posible. Pero ahí están las cartas de Julián Segundo de Agüero, Salvador María del Carril y Juan Cruz Varela. Las cartas, además, son de una gran lucidez, despiadadas, jacobinas, impecables en lo que se proponen: que el gobernador Dorrego sea fusilado en Navarro. Lavalle, a quien le decían «espada sin cabeza» y «cóndor ciego», es el personaje perfecto para ser presentado con la inocencia, con la pureza de un gran militar sometido a los sofismas de un grupo de políticos. De fusilador se transforma en alguien que hace lo que no quiere hacer. Porque él es bueno,

es puro. Pero esa pureza le juega en contra. Es fácil arcilla en manos de hábiles conspiradores. La apología de este militar culpable de un crimen insensato se completa de dos modos: Primero: Los historiadores narran su dolor, su arrepentimiento. En la campaña de 1840 contra Rosas, lanzada desde Montevideo y compuesta por los exiliados unitarios, tropas brasileñas y financiada por los banqueros ingleses (sí, y esto no es revisionismo histórico; no nos paramos en el revisionismo histórico, para nosotros pertenece tan al pasado como la historiografía oficial que se defiende desde el poder mitrista, que increíblemente aún perdura y cómo), Lavalle marcha al frente de un ejército «libertador». Se crea una leyenda. Lo fáctico, los hechos crudos, aún no sometidos a ninguna hermenéutica, dicen que Lavalle ordenó regresar y no emprender acciones bélicas contra Rosas. La leyenda dice que esa determinación la tomó al pasar por Navarro, atormentado por el recuerdo de la muerte de Dorrego. En suma, el general es tan sensible, tan hondo ha penetrado la culpa en su corazón puro que decide no dar batalla porque la cercanía del lugar de la culpa lo paraliza. Segundo: La definitiva apología de Lavalle la lleva a cabo el escritor Ernesto Sabato en su libro *Sobre héroes y tumbas*. Es conocida. Sus fieles seguidores cargan con sus restos a través de la bellísima Quebrada de Humahuaca. El amor que esos soldados tienen por su jefe debiera conmovernos. Debiera obligarnos a proponer ciertas preguntas que arrojen una sombra de duda sobre la culpa o la maldad del general Lavalle.

Como vemos, la historia es una materia prima sobre la que el poder trabaja denodadamente. Si he mencionado la frase «mal o bien» es porque los historiadores de los que vencieron en las guerras del siglo XIX suelen decir que la oligarquía argentina, «mal o bien», hizo un país. Como si eso arreglara la cuestión. Pero es todo lo que llegarán a conceder, no hay más. «Mal o bien» al país lo hicieron ellos. Durante los días del enfrentamiento del gobierno de Cristina Fernández con el llamado «campo», un agrarista, muy suelto, ganador, dijo: «A mí, mi profesora de Historia me enseñó que a este país lo hicieron la Iglesia, el Ejército y el campo». No hacía más que exponer ingenuamente pero con esa verdad no reticente que la ingenuidad posibilita el esqueleto que trama la educación en la Argentina. Esa visión de la Historia es la visión de los triunfadores. Es la visión que el Poder tiene de sí, de su pasado y de aquellos a los que ha debido matar para construir, mal o bien, este país. El tema de la visión del Poder sobre la Historia y su enseñanza obligatoria, autoritaria y compulsiva en todos los niveles de la enseñanza es muy propio de la Argentina. En Francia no se discute si la Revolución Francesa estuvo bien o mal. En Estados Unidos la llamada «conquista del Oeste» es una epopeya gloriosa y glorificada, por si fuera poco, por el cine. De algún modo, la Historia del Poder ha sido más cuestionada en la Argentina que en otros países. Dejamos aquí este tema.

El periodismo del cuento dista mucho de la agresividad y del todo vale del periodismo de la primera década del siglo XXI. El único que ha buscado las cartas y las hizo públicas fue el diario *Gazeta 12*, texto que constituye un reconocimiento a la tarea de Horacio Verbitsky en esos años. Sus libros eran devastadores: *Robo para la corona*, *El vuelo*, *Hacer la corte*. Resultaban desagradables y poco convenientes para el menemismo. Aunque todos los leían y seguían disfrutando del uno a uno. Del dólar barato. Sucedió lo que sigue: durante un verano, la clase media leía *Robo para la corona*. Y durante el siguiente, leía la recién aparecida revista *Caras* en la que se exhibían impudicamente las riquezas de los corruptos. Las dos

cosas fascinaban al argentino medio. Saber quiénes eran los corruptos y qué formas tomaba la corrupción. Y conocer la intimidad, las grandes casas esteñas, las mujeres opulentas, los coches de los triunfadores del menemismo. Que, lejos de indignarlos, les producían fascinación. Y hasta un secreto deslumbramiento: «¡Qué piolas son estos turros!».

La filosofía después de Auschwitz

El nuevo credo (que cunde con el Heidegger II, el de la *Historia del ser*, no el de *Ser y Tiempo*) es así: con la filosofía cartesiana el hombre se instala en la centralidad de lo ente. Esa centralidad se distingue por una condición que ningún ente tiene: es una centralidad subjetiva. El hombre se presenta como Amo de lo Ente en tanto sujeto. En tanto pensamiento. Este sujeto ocupa el lugar que el ser ocupaba en los griegos. Este sujeto es el *subjectum*. Está en la base de todo lo ente. Es lo que subyace. Es el fundamento (*Grund*) de todas las cosas que hay en el mundo. Lo es en tanto puede pensarlas. La diferencia que establece Heidegger entre Descartes y Protágoras está dada por el rol fundante de la subjetividad. Protágoras no era un filósofo sofista de la subjetividad. En el mundo griego no aparece la subjetividad, esencia y causa de todo ocultamiento ante y del ser. ¿Por qué el Nuevo Credo desdén a lo subjetivo? Porque es el Ego, el Ego *cogitum*, el *cogitare*, el que pone a ese sujeto como soporte de todo lo que existe, de todo ente; no del ser, al que olvida, se desentiende de él. Una vez aposentado en la centralidad de lo ente, el sujeto deviene su Amo (el Amo de lo ente) y se consagra a su conquista. A la conquista de los entes y a la conquista-arrasamiento de la naturaleza.

Los jóvenes filósofos franceses de la década de 1960 encontraron aquí la nueva panacea, la pócima salvadora. Porque Heidegger señalaba con claridad que el sujeto de Descartes era el sujeto del tecno-capitalismo. El homo teórico cartesiano, el sujeto que piensa y al, pensar, hace posible lo existente (la coseidad: la *res extensa*) es el sujeto de la técnica, que tendrá, para Heidegger, las tonalidades del Mal. La técnica capitalista, afirmada en la soberbia de ese hombre que se asume como *subjectum*, como Amo de lo Ente, se dedica a devastar la naturaleza. Así, hasta que muchos años después, en el reportaje póstumo de *Der Spiegel*, Heidegger dirá: «Donde el hombre vive ya no es la tierra»^[1]. De la tierra nada queda porque la técnica capitalista se la ha devorado, la ha ultrajado hasta los extremos y «sólo un dios puede salvarnos». «¡Heidegger y Nietzsche!», bramaron todos los franceses. Nosotros, los latinoamericanos, durante esos años, estábamos totalmente en otra cosa. Pero el único filósofo francés que se dio por enterado fue Sartre. ¿Alguien imagina a Heidegger incomodándose por el Tercer Mundo? No, nosotros, para el Rektor de Friburgo, somos la escoria del Espíritu, que es eso que nace en Grecia y resurge en Alemania. Todo es Alemania. Hasta los franceses, cuando tienen que pensar en serio, empiezan a hablar en alemán, dice el Maestro de Alemania. Y un idioma muy semejante —aunque se trata de otra clase de persona y de pensador— se encuentra en Hans Georg Gadamer. Un regodearse —inmersos en un orgullo que no puede sino implicar el desdén por el otro— en la condición alemana, como si ella les entregara un diploma ontológico de superioridad ya dada, natural, para ser los Amos de la filosofía. En fin, señores, calma. Si la filosofía, después de Auschwitz, no se deja seducir por otras geografías estamos en peligro. Porque en algo ustedes han fallado. Algo, sin duda, no han pensado bien. Y no crean que proponemos este país, —Argentina— para que la filosofía encuentre su, digamos, morada, porque nosotros también hemos incurrido en actos

inhumanos (aclaramos: lo inhumano no es lo contrario de lo humano; es parte sustancial de esa condición, ha sido creado por quienes no quieren ver que el horror, el supremo horror, está en lo humano, y que lo inhumano pretende serenarnos, hacernos creer que, cuando el hombre comete Auschwitz o la ESMA, no es el hombre), en asesinatos masivos de increíble crueldad; pienso que, en ese aspecto, en el de la crueldad, hemos superado a los campeones del Mal. Hemos asesinado clandestina e ilegalmente a miles de seres inocentes, que lo eran por un simple motivo: quien no ha merecido la piedad de un juicio, no puede ser declarado culpable ni merece punición alguna.

El tema es complejo. Si alguien se sorprende porque usamos el plural para mencionar los crímenes de los desaparecidos, no es por nada parecido a la vieja teoría alfonsinista del enano fascista, que era el preludio de los dos demonios. No, sabemos quiénes son los asesinos y se los está juzgando. Pero la tragedia que se inicia en 1976 tiene una larga prehistoria — que no necesariamente debía concluir en eso, no había ningún decurso necesario que llevara del bombardeo de 1955 a los campos de concentración de 1976— en la que son muchos los sujetos que actúan. Hay una mirada trágica sobre ese período —que está narrado en el tomo II de nuestro *Peronismo, filosofía política de una persistencia argentina*, donde ya se exponía esta temática— que pone a todos sus personajes en situación protagónica y se pregunta qué hicieron, qué no hicieron y hasta qué les fue imposible hacer para evitar la tragedia. La cosa es que la tragedia no se evitó. Lo sabemos: esto no alivia un gramo de la culpa de los asesinos, que todos saben (acaso en primer término ellos, aunque se engañan y pretender engañar a los otros con sofismas de carniceros) quiénes fueron. Pero una sociedad tiene que preguntarse, ante una ruptura civilizatoria semejante, qué falló, qué se hizo, qué no se hizo, qué se pudo impedir, qué no y por qué. No podemos dejar de mencionar un célebre texto de Karl Jaspers, *El problema de la culpa* (*Die Schuldfrage*^[12]), al que consideramos necesario pero insuficiente. Jaspers es siempre insuficiente.

Una de las características de primer orden, fundantes de un genocidio, la hemos trabajado (por haberla padecido hasta el extremo) los argentinos. El genocidio implica la desaparición de los cuerpos de las víctimas. La masacre argentina intentó cobijarse bajo esa metodología: sin cuerpos no habría matanza. ¿Dónde estaba la prueba? De aquí la célebre frase de Videla: «Un desaparecido es alguien que no está. Se evaporó». Para erradicar toda teoría del «empate» o de «los dos demonios» este punto es central. La derecha progresista se obstina en resaltar algunos casos de «muertos por la guerrilla» que son repudiables, pero aún así de nada sirven para empatar nada. No hay empate y hay un solo demonio: el que no entregó los cuerpos. Es distinto tener el cuerpo del ser querido, velarlo, enterrarlo según sus valores religiosos y los de su familia, tener una tumba donde ir a recordarlo, a rezarle o lo que sea: hasta hablarle en un susurro que expresa el lento devenir del dolor, su intimidad. Es distinto esto que no tenerlo. Cuando una madre o un padre esperan eternamente el regreso del hijo «evaporado» (según la aberrante terminología del condenado Videla), el dolor de esa ausencia es un dolor que no cesa, no puede cesar. Sólo cesaría con el retorno del hijo perdido o de su cuerpo. Si los que esperan por los desaparecidos (es imposible dejar de esperar: durante las noches se lo presiente en cada ruido, en cada ventana que —agitada por el viento— golpea, en cada crujido de la escalera, en cada rumor sordo, lejano, que llega desde fuera de la casa y se confunde con los pasos de alguien, los pasos anhelados, los que siempre

se esperará oír, los del desaparecido) tuvieran su cuerpo o lo que de él quedare, podrían darle sepultura, tendrían un lugar donde ponerle una flor. De modo que esa búsqueda de «culpables» en el «otro» para establecer un equilibrio —empatando el dolor— no tiene sentido y hasta es una afrenta a quienes carecerán para siempre del cuerpo del «desaparecido». La ausencia es un hueco que nada puede llenar. La ausencia es un dolor y una angustia que siempre esperan. La esperanza del que espera al hijo que le han «desaparecido» jamás «desaparece». Para su dolor, para su interminable angustia, es, aquí, la esperanza la que los alimenta. Es aquí —precisamente aquí— cuando la esperanza, contrariamente a su naturaleza, lastima, hace daño. Si no se esperara, el dolor cesaría. Mas ¿cómo podrían dejar de tenerla? Dejar de esperar al desaparecido sería matarlo del todo. O por segunda y definitiva vez. ¿De qué empate se habla? Acaso —alguna vez— lleguen a juzgar a dos o tres jefes de la guerrilla. Supongamos. ¿Qué se lograría con eso? ¿Con eso quieren empatar el dolor de los que esperan en vano día tras día?

Peter Sloterdijk busca unir a Heidegger y a Marx

Retornamos a Heidegger. Luego de la crítica al sujeto cartesiano y al tecno capitalismo devastador, tiene que proponer una salida a esa horrible situación. Marx está en sus antípodas. En *Venir al mundo, venir al lenguaje*, Peter Sloterdijk se esmerará —como ya tantos lo han hecho y desde hace mucho tiempo— por unir a Heidegger y a Marx. Se trata de unas conferencias que dió en la J. W. Goethe-Universität de Fráncfort en el semestre de verano de 1988. Hace, en verdad, mucho tiempo. Acababa de aparecer el libro de Hugo Ott sobre el nazismo de Heidegger y el año anterior el de Farías, todavía no asimilado o mal recibido, de modo que Sloterdijk brincaba por los campos del ser como un alegre y pícaro pastor que podía proponerlo todo. ¿Qué nos va a proponer? Unir a Marx y a Heidegger. También vemos que aún no había caído el Muro de Berlín, pues Marx conservaba ese *glamour* que perderá, aunque nunca del todo, luego del desenlace de la Guerra Fría (la Toma de la Bastilla de nuestro tiempo, según los neoliberales que se limaban las uñas para el botín), cuya horrible prolongación, la era informática, la concentración y el dominio absoluto del sujeto comunicacional, la globalización bélica, el terrorismo, las Torres Gemelas, Irak, la glorificación de la tortura como arma insoslayable de toda tarea de inteligencia, Guantánamo, todos estaban lejos de sospechar. Así las cosas, el joven y ascendente Sloterdijk (nacido en 1947: cuarenta y un años en 1988, ¿qué es eso para un filósofo?: el arenero del Jardín de Infantes) le dice a su auditorio: «Señoras y señores, a continuación iniciaré mi reflexión con el intento, demorado durante no poco tiempo, de aunar las ideas fundamentales de Marx y Heidegger. Creo poder mostrar que, si damos un paso más allá de las incompatibilidades políticas y morales que separan a estos dos autores, existe una coincidencia palmaria e incontestable...». Basta, no me interesa seguir. ¿Estaba de buen humor ese día el joven Sloterdijk, qué clase de impunidad creía tener? Detengámonos: un joven filósofo alemán (es decir, alguien que las tiene todas: es alemán, es joven, la conferencia es en Fráncfort, tierra nutricia de la Escuela que lleva ese nombre, en suma: un hombre con derecho a hablar de filosofía, no uno de nosotros, no un latinoamericano, que no sabemos a qué tenemos derecho, sobre todo en filosofía; no importa, ya veremos que los que no lo tenemos nos lo tomamos y ellos se asustan, retroceden: ¿qué es eso, que nos traen de insólito estas identidades diferenciadas del Trópico?), cree encontrar, en 1988, coincidencias palmarias e incontestables entre Marx y Heidegger. Lo notable, lo asombroso, es que la posibilidad de esas coincidencias incontestables surgirá «si damos un paso más allá de las incompatibilidades políticas y morales que separan a estos dos autores». Lo sentimos, Sloterdijk: no, de ninguna manera. Si aceptáramos eso, se produciría un aplanamiento pavoroso entre seres que no están del mismo lado. Algunos porque están del lado de la muerte. Y otros porque son sus víctimas. Algunos porque avalan regímenes genocidas. Y otros porque los atacan, aun a riesgo de su vida. De estas conductas se extraen morales diferenciadas. Porque la moral todavía existe. Aunque a nadie le interese y todos se seren en diciendo que no hay manera de fundamentar seriamente una. Pero entre el que mata y el que

muere hay una diferencia. Y esa diferencia es moral. Uno destruye la vida del otro. Ojo: no la vida biológica. Pienso en los que atacan el aborto porque ven en una pantalla una ínfima lagartija que se mueve. La vida es la conciencia. Lo que distingue al hombre es la conciencia. El hombre no es un feto biológico. Es un ser consciente que puede y debe libremente (aunque, en uso de esa libertad, se someta) actuar. No soy dueño absoluto de mi cuerpo. Pero, si a un feto, que no es más que una lombriz que encadena mi libertad, me condenan a aceptarlo, sólo tendré odio para darle. Si a una mujer le imponen un fruto indeseado, jamás podrán imponerle que lo ame. Se ama al hijo que se busca, que se anhela, que es parte de una relación consentida, mutuamente aceptada por los miembros de la pareja. Pero si se impone (al modo de un castigo de la Ley de Dios, de un dios biólogo, que cree que en un trozo de mínima materia reside ya la grandeza espiritual —o su cara antagónica— a la que un ser humano puede arribar, que existe algo tan exquisito como la conciencia, lo que hace del hombre un ser único de la naturaleza, el único capaz de concebir a un Dios y hasta de pensar el cosmos) la obligatoriedad de aceptar el fruto de una unión no querida o fracasada o equivocada, si esa decisión se le impone, además, a un ser libre, que es el que, desde esa libertad, ha sido capaz de imaginar al Dios en cuyo nombre se lo condena, que es capaz, también, de rezarle a ese Dios que es totalmente inconcebible para el gusano que lleva en sí y al que indignamente se lo somete, como si algo tuvieran que ver un ente antropológico que elige, que piensa, que sufre y sabe que sufre, que teme y sabe que teme, que padece la injusticia de leyes medievales y sabe que paga el precio del atraso espiritual y moral de las sociedades y hasta el precio de su hipocresía, de un concepto arcaico y clerical de «la familia», de «la vida» entendida como «vida biológica» y no como vida inteligente, lúcida, que dice que sí, que dice que no, que lo dice porque puede decirlo, porque es libre y puede y debe elegir a cada instante, se viola un bien que no debe violarse, que no debe herirse, porque ese bien, su libertad, es el máspreciado en las controladas sociedades supramodernas, en las sociedades informáticas creadas para vigilarnos, tan pervertidas, ellas, en su pulsión por manipular a las personas, por erosionarles la libertad, que son capaces de apelar a un gusano ínfimo para encadenar a un ser libre, a una conciencia. Además, para la pareja que no desea un hijo ahora, sólo eso, o para la mujer que meramente se equivocó, lo único que hará la santificación del feto será sellar para siempre ese fracaso, esa equivocación, cuando ella quiere verse libre de esa persona, olvidarla y reiniciar su vida, dejando atrás lo que atrás debe dejarse o se desea dejar, ya que para eso es libre y dueña de sus actos, en tanto un hijo la ataría a esa relación frustrada, mera consecuencia tal vez de un momento de confusión, o de lo que sea, por la eternidad, oscureciendo sus días, que son contados, quitándole alegría, y llevándola a la casi imposibilidad de amar a ese fruto que le han impuesto, que no eligió, o que fue el resultado de una violación delictiva, brutal, aberrante, privativa de los machos violentos que ejercen violencia sobre el cuerpo de las mujeres, o peor, el colmo de todos los colmos, el horror de todos los horrores, si ese feto es fruto de la violación de una niña minusválida, de la que es fácil aprovecharse, jugar con ella, engañarla, burlarla, y luego violarla y después viene un juez o una jueza con una Cruz en la mano y habla en nombre de Dios y la defensa de la vida, habla en nombre de ese catolicismo cavernario, que se encarna en un hombre seco, que se ve claramente que acaso sepa de teología pero que de la vida nada, porque no ha entrado en ella. Y si no lo hizo fue en nombre de la pureza, ya que lo propio de los pastores es la pureza

de la reclusión y no el extravío, la perdición en esa Babilonia en que todos jugamos a cara o cruz nuestra alma o nuestra percepción de nosotros mismos, o la mirada de los otros. ¿Qué pureza, Monseñor Bergoglio? Un pastor de almas tiene que conocer lo duro, lo áspero que es el mundo, y ustedes, que viven esa vida rumbosa de los jefes de la Iglesia, creen que pueden opinar, conocer el corazón de las gentes y no conocen nada, y tan poco conocen que para conocer algo pervierten el alma pura de los niños, ¡por favor! Vuelvan a ocuparse de cuántos santos o cuántas vírgenes caben en la cabeza de un alfiler, porque lo que saben de la vida apenas si da para más. ¿Que Dios les dio sabiduría? Podríamos creer eso si creyéramos en un Dios sabio. Pero creemos más en Primo Levi: «Existe Auschwitz, no existe Dios». O existirá en alguna parte. (Y vaya uno a saber cómo será: el de la Sixtina, no). Pero no aquí. No entre nosotros. Y si existe entre nosotros, no es Dios. O es un Dios con tanta maldad en sí mismo que existe para nuestro dolor, no para librarnos de él.

Volvemos (luego de ver el peso, la densidad que tiene la moral en un caso concreto) a las frases de Sloterdijk. Proponía dar «un paso más allá» de las «incompatibilidades políticas y morales» que separan a Heidegger y Marx. Sucede que ese paso no se puede dar. Que lo que hay «más allá» de la política y la moral no puede sino prolongar las incompatibilidades detectadas en esos campos. No hay un más allá de la política y la moral. En suma, si Heidegger y Marx son incompatibles en moral y en política, no pueden ser compatibles en nada. Si no, ¿qué son la política y la moral? ¿Cuestiones laterales, adyacentes, supletorias? Para estos filósofos, créase o no, sí. Sloterdijk nos dice: «Marx y Heidegger son los dos grandes fenomenólogos de la dureza del mundo, esa dureza que resulta obligatoria para introducir una sobriedad desencantada en los delirios de libertad de todos los idealismos pusilánimes. Desarrollando ambos, cada uno a su manera pero inequívocamente, el hecho de estar-en-el-mundo a partir de este *a priori* de la urgencia, llevan al lenguaje la situación en el mundo de un modo ya no más contemplativo, sino dramático-activo, entendiéndola como compendio de la confrontación, del trabajo y las luchas con las resistencias»^[13]. Bravo. Que tanto Marx como Heidegger afrontaron la situación del hombre en el mundo de un modo no contemplativo es notoriamente cierto. (Aunque Marx no la lleva al lenguaje, eso es falso). Si ese modo no fue contemplativo, ha de haber sido dramático-activo. Bien. Por qué no. Si la modalidad dramática-activa se entendió como confrontación, trabajo y lucha contra las resistencias, aceptémoslo, aunque es bastante caprichoso el lenguaje y el mezclar a Marx en esa verborrea del pastor del ser. Pero ¿y la política? Porque el modo de Marx de no ser contemplativo sino dramático-activo fueron sus largas luchas por el socialismo. Heidegger fue Rector de la Universidad nacionalsocialista de Friburgo respaldado por las SA de Ernst Röhm. No es lo mismo. Las SA inauguraron los primeros campos de concentración. Pelearon sanguinariamente en las calles de Berlín contra los obreros alemanes e irrumpieron en las fábricas a poner orden. Encarcelaron a millares de opositores para ganar las elecciones que harían de Hitler el canciller del Reich. Y persiguieron y golpearon y mataron a miles de judíos. Marx escribió el *Manifiesto comunista*. Señaló las asimetrías entre las clases poseedoras y las desposeídas y escribió con pasión a favor de la Comuna de París, que el filósofo contemporáneamente más admirado por Heidegger (Nietzsche) calificó como la aparición en París de la hidra socialista. Suficiente: las diferencias políticas y morales que determinaron elecciones tan radicalmente disímiles son fundamentales. Son esenciales. No

hay unidad posible entre un pensador y otro. Además, la frase «sobriedad desencantada» no se le puede aplicar a Marx. Sólo tal vez en el final de su vida. Pero, si un hombre inteligente, en esa etapa, no tiene al menos una sobriedad desencantada, acaso no lo sea. (Y el acercamiento del proletariado británico a la burguesía amargó mucho a Marx y también a Engels en el final de las vidas de ambos). Pero Marx fue —durante toda su vida— un luchador entusiasta. Heidegger, en cambio, temía a los obreros. Y le causaba pánico la Revolución Rusa, sólo por pequeño burgués asustado pues aún no sabía mucho de ella. Marx enfrentó a los idealismos filosóficos. Y sobre todo al de su gigantesco maestro Hegel. Pero en Sloterdijk (que en su versión de la *Carta sobre el humanismo* no se acerca precisamente a Sartre) la frase «los delirios de la libertad» apunta al gran filósofo de la libertad, al único pensador de izquierda que arrebató ese concepto de las manos del vocabulario de la economía y la política del capitalismo^[14]. ¿Por qué a Sloterdijk le resulta tan sencillo dejar de lado la moral y la política? Porque en eso está la filosofía europea desde la caída del marxismo y desde antes, desde que se la olfateaba, desde que era evidente. Nada mejor para la filosofía académica (la única que existe hoy) que morar con el ser en la casa del lenguaje. El lenguaje no compromete seriamente, no conlleva la elección de una política o una moral. Lleva al multiculturalismo, cuyos planteos el capitalismo acepta. Porque el multiculturalismo implica el ajuste, dentro del sistema político-moral establecido, de ciertos temas que no lo cuestionan en totalidad. El capitalismo puede conceder todo: que un afroamericano sea presidente de Estados Unidos, que las parejas gay se casen y adopten hijos y, a regañadientes, temas ligados a la ecología. Lo que jamás tolerará es que le metan la mano en el bolsillo. Democracia para todo, menos para la riqueza. El capital es antidemocrático: siempre está en manos de unos pocos. Siempre lejos de las mayorías.

Lateralidad: el sujeto mediático es el sujeto constituyente

Que el sujeto mediático es el sujeto constituyente es la tesis central de este libro. Pero aún no hemos llegado a desarrollar el concepto de sujeto constituyente. Para eso tenemos que salir de Descartes y entrar en Kant. Ahí encontraremos al sujeto constituyente. Pues el sujeto kantiano crea su objeto. El sujeto kantiano se hace cargo de un mundo de la experiencia posible, que es el que el sujeto constituye. Y lo demás lo deja para otras áreas. Pero el mundo del sujeto kantiano es el que ese sujeto constituye y funda. Este formalismo, que ha sido atacado denodadamente por la *French Theory*, nos servirá para comprender el poder mediático constitutivo del mundo globalizado de hoy más que cualquier otra filosofía. Será nuestra base. Kant, como muchos saben, tiene una sorprendente actualidad. Un mundo de la experiencia posible sostenido por un sujeto trascendental-constituyente. Todos saben que, para nosotros, hoy ese sujeto es el comunicacional. Que es el de Rupert Murdoch, la Fox y la News Corporation. El más poderoso Grupo mediático de este mundo. Acaso todos los otros grupos estén subordinados a él. Acaso cotidianamente el señor Magnetto hable con el señor Murdoch más que con la Embajada norteamericana. Ya detallaremos la vida y la obra del señor Murdoch, acaso el dios que Heidegger esperaba para salvarnos, o salvar al capitalismo. (Aun pese a los problemas que lo aquejaron en los últimos tiempos. De los que saldrá. Él o sus herederos. Pero el imperio-Murdoch es necesario para el sistema global de vigilancia, dominación y constitución de los sujetos, ¿cómo abandonarlo por un desliz intrusivo, por una mirada imprudente que debió contenerse?).

Antes, sin embargo, nos vamos a divertir con una de las teorías conspirativas más fascinantes de la Historia. El hombre no fue a la Luna. El viaje a la Luna no ha tenido lugar. ¿Por qué surgió esa teoría? Nada surge porque sí. No pretendemos que sea cierta. Tampoco que no lo sea. Pero, así como analizaremos la hazaña comunicacional más formidable que un artista haya llevado a cabo, *La Guerra de los Mundos*, emitida a finales de los años treinta, con la que Orson Welles hasta tal punto creó la realidad desde una simple radio que aterrorizó a todos los Estados Unidos, desarrollaremos, por medio de lo narrativo, la teoría que afirma que el hombre no fue a la Luna, que Estados Unidos montó un *show*, un espectáculo tan perfecto que engañó al mundo entero. Si así fue, pocas veces el sujeto constituyente, el sujeto del poder, habría logrado constituir con más solidez, con mayor perfección a su objeto, ése al que se le llama realidad. Y sobre el que habrá mucho que decir.

No es la primera vez que recurrimos a la literatura de ficción en un ensayo. Ni será —esperemos— la última. Se sabe: nuestro gran libro (*Facundo*) está atravesado por pequeños relatos. Acaso todo él lo sea, ya que Sarmiento confesó: inventé anécdotas a designio. Los revisionistas del 30 (los del Instituto Juan Manuel de Rosas, los únicos) le dijeron mentiroso, supremo falsario. También ellos lo eran. Crearon una historia (que era, en su momento, necesaria) como contracara de la oficial. Pero ese Panteón Alternativo dependía del Panteón

de la oligarquía, de la visión mitrista. Dependía de él para negarlo. Se acabó el revisionismo. Cualquier visión de nuestra historia no deberá anclarse en la negación simétrica de otra. Esto y sometérsele es lo mismo. Hay que crear un espacio autónomo para una historia nueva. Sin anclajes en la negación de otra. Una historia nueva funda su propia autonomía, su propio anclaje. Parte de sí, de sus propios fundamentos y hasta de sus propios supuestos. Toda historia es una narración. Toda historia —luego de una exhaustiva heurística— elabora una hermenéutica nueva. No pretende que sea la verdad. Sí que es la suya. Y que en la narración se desliza hacia la ficción. El mundo se desliza entre ficciones. Es decir, entre interpretaciones diferenciadas de la «realidad». Esa «realidad» se construye y se formula por medio del lenguaje. No soy de los que dicen que la historia es lenguaje. Hay demasiada sangre como para alivianarla así. Pero las interpretaciones de la realidad se expresan por medio del lenguaje, que, por ser un elemento cosificado, un lenguaje ya-dicho, se introduce como una opacidad en los hechos que he sometido a la tarea hermenéutica (interpretativa). Sin embargo, una adecuada exégesis sabrá distinguir entre las palabras cosificadas (a las que se les ha dado un significado unívoco, se las ha transformado en significantes cósmicos) y las que aún pueden significar sin llevar en sí sentidos que las distorsionen. El lenguaje tiene mil usos. Pero el lenguaje —lejos de existir para volverse sobre sí— existe para ir en busca del sentido. Siempre es significado-significante. O reflejo-reflejante. El mundo no es correlativo al lenguaje. El mundo y sus conflictos, siempre renovados, reclaman la expansión del lenguaje, palabras nuevas o un nuevo sentido para las viejas. El lenguaje es, en efecto, una cárcel si no nos arroja sobre el mundo para introducir en él determinaciones, aperturas, creaciones sorprendentes que surgen de una relación que podríamos llamar dialéctica si consideramos el momento dialéctico como ése en que el mundo reclama una palabra nueva, y la palabra que surge es nueva porque expresa e ilumina una situación, un antagonismo que también lo es. Lenguaje y mundo crecen juntos. Un hecho nuevo reclama una palabra nueva. Y toda palabra verdaderamente nueva reclama un hecho que la busque, que la necesite para constituirse, ya que sin ella tendría facticidad pero no realidad.

De aquí esta recurrencia a la ficción. Rechazamos, además, esa burda esquizofrenia entre ficción y no ficción. Es una perfecta torpeza positivista. Esto es esto, aquello es aquello, y entre esto y aquello no hay nada en común. Falso de toda falsedad. Todo elemento surge en la trama histórica en tanto diferencia. Es siempre diferente y esto le impide simplemente ser. Nada es. Todo ente lleva la diferencia en su ser y esa diferencia expresa su incompletud. En toda presencia late una despresencia. Pero —atención aquí— para nosotros la diferencia no es un elemento de un sistema lingüístico: es un conflicto, un antagonismo de una historia tramada por ellos. Que nadie le quite el *agon* a la Historia para transformarla en el bello paraíso donde las palabras retozan. La despresencia que un elemento marca en una presencia es una herida, un tajo, una contradicción, un conflicto que puede resolverse o no. La historia es también la lucha a muerte entre las diferencias. Si elimino a la que señala mi incompletud, llegaré acaso a la plenitud del en-sí. De eso que es por sí y para sí. Pero seré un elemento muerto del sistema. Quedaré fuera de él. Pues la historia no se construye con elementos cósmicos —que son lo que son—, sino con elementos que viven en el mundo de la diferencia. Que es el del conflicto, el antagonismo. Si las cosas nunca son lo que son es porque la diferencia de la trama histórica les impide la plenitud cósmica de la presencia. La

despresencia muestra un hueco o —digámoslo así— es una nihilización de la presencia. Esta despresencia es la dinámica de la historia. Aquello que me impide ser lo que soy, esa despresencia que hiere mi ambición de ser una entidad total y totalitaria es mi enemiga. Podría verla con otros ojos. Como una diferencia que dibuja mi unidad, ya que —sólo por medio de ella— me completaré. Esto es el Eros. Pero cada vez su aparición es más débil. El mundo pareciera entregado a la pulsión de muerte y estancado ahí, entre guerras y torturas.

El viaje a la Luna no ha tenido lugar

Hugh Marlowe es un destacado escritor norteamericano. Acaso algunos no lo conozcan porque cultivó durante todos los largos años de su larga vida un bajo perfil. No concedía reportajes, vivía recluido en su cabaña de los Apalaches, nunca se casó, tampoco fue homosexual, furtivas y bellas mujeres solían visitarlo, nunca se le dio por suicidarse. Fue moderadamente alcohólico y fumaba unos espléndidos habanos que —misteriosamente— se hacía traer de Cuba. No era socialista, pero nunca ocultó sus simpatías por Castro. Cierta vez, lo visitó en la isla. Fueron más sus reproches que sus elogios. Le exigió al Comandante que tomara distancias de la Unión Soviética. Que rechazara —dignamente— ese cheque mensual que los rusos le enviaban. «Una revolución financiada no es una revolución. Usted representa en América Latina a la Unión Soviética, pero eso no debe conducirlo a vivir de la generosidad oprimente de los rusos». A las tres semanas de escuchar las monsergas de Marlowe, Castro empezó a fastidiarse. «Dime, *yanki*, ¿a qué has venido? ¿A romperme los huevos?». «Es la tarea de los intelectuales», definió Marlowe. «Para intelectuales ya lo tuve al Che. Y por suerte, porque tenía hormigas en su argentino culo, se ha ido a Bolivia, de donde no creo que regrese». «Tampoco yo», dijo Marlowe. Y con ese acuerdo y manteniendo todas sus disidencias se despidieron con un abrazo al pie del avión que regresaría a Marlowe a su cabaña en los Apalaches. «No dejes de enviarme cigarros, compañero Fidel», dijo Marlowe antes de partir.

Durante la década del setenta, Hugh Marlowe empezó a escribir literatura de ciencia ficción. Su primer libro se llamó *Forastero en tierra extraña* y no fue un *best seller*. Más bien lo contrario. Pero los editores descubrieron su talento. Le pidieron nuevos materiales. Marlowe, sin embargo, cayó en honda depresión y estuvo en cama durante un año. En medio de esa lenta temporalidad, entabló correspondencia con el filósofo francés Jean Baudrillard. Quien, en una de sus cartas, le dijo: «El poder de los *mass media* está reemplazando a la realidad. Creo que pronto desaparecerá». Marlowe respondió: «Estás un poco loco, Jean. No bien pases un semáforo en rojo y un policía te dé un palazo en la cabeza, volverás a creer en la realidad». Baudrillard no contestó esa carta. Marlowe, que sólo había leído uno o dos libros del francés, decidió suspender esas lecturas.

A mediados de los ochenta, Marlowe volvió a escribir. Publicó dos cuentos poderosos: «Para servir al hombre» y «El síndrome Superman». Fueron dos obras maestras que lo volvieron un hombre próspero. Luego publicó una excepcional novela policial basada en *Alicia en el País de las Maravillas*. En castellano se llamó *Noche de brujas*. Se llevó al cine. La producción fue de bajo presupuesto. Pero Marlowe exigió para el protagonista a Kevin McCarthy, el mítico actor de *Los usurpadores de cuerpos*, que dirigió, con mano maestra, Don Siegel. Los productores le concedieron su deseo. Marlowe estaba equivocado. Luego de su gran protagonismo en *Los usurpadores*, McCarthy no había trepado al estrellato que tanto merecía. Siguió en la clase B y también su cachet. El papel fue suyo. McCarthy le quedó agradecido para siempre. Su desempeño como el periodista alcohólico que resuelve el

crimen en base a los problemas lógicos que plantea el célebre texto de Lewis Carroll fue formidable; aunque poco reconocido, algo a lo que McCarthy estaba acostumbrado. Todo el crédito del film se lo llevó Jack Arnold, que había dirigido *La gloriosa* y *El monstruo de la Laguna Negra*, con Richard Carlson y Julia Adams.

A fines de los ochenta, cambió de opinión y leyó las obras de Baudrillard. Lo cautivaron. Y a comienzos de los noventa se devoró la obra maestra del filósofo francés: su deslumbramiento no pudo haber sido mayor. *La Guerra del Golfo no ha tenido lugar* era insuperable. Decidió imitarlo. Todavía más cuando se devoró *El crimen perfecto*. Que empezaba así: «Esta es la historia de un crimen: el asesinato de la realidad». No pudo evitar escribirle: «Querido Jean: Eres un genio. Sólo me resta plagiarte. Pero hay algo que a ti te falta. Humor, disparate, locura, Jean. Si la realidad puede ser asesinada, todo es posible. Recuerda a Iván Karamazov: “Si Dios no existe, todo está permitido”. Escucha: si la realidad ha sido asesinada por la omnipotencia del poder mediático, por la virtualidad de la informática, entonces, querido Jean Baudrillard, todo está permitido. Escribiré el cuento más loco que me sea posible escribir».

Hacia mediados de los noventa, lo llamó para darle la buena noticia de la terminación de su cuento, que era bastante largo porque nada se guardaba, hasta su venenoso anticapitalismo exudaba la historia. Sabía que Baudrillard no andaba bien. Marlowe desarrollaba en su cuento una tesis sobre el poder de los medios para sujetar a los sujetos, que era una fórmula de Foucault. Pero el gran Michel no la pudo tratar a fondo. Murió un poco abruptamente. Su trabajo —el de Marlowe, brillante narrador— residía en demostrar que lo comunicacional era la revolución de la derecha, que no existía revolución que se le igualara en mucho tiempo. Miren, señores, hemos desarrollado un dispositivo tan poderoso que atraparemos sus conciencias en todos los terrenos posibles. En especial, los del entretenimiento. Pero ¡esto ya había ocurrido! La Revolución Comunicacional (vale decir: el poder del Imperio para mentir tan eficazmente que esa mentira fuera la verdad y se introdujera como tal en las subjetividades de los pasivos receptores del largo y ancho planeta) había tenido un despegue increíble. Tan espectacular, tan deslumbrante como un viaje a la Luna. Y fue el viaje a la Luna. La más grande patraña de la Historia. El que siga sosteniendo que no fue así, que no fue fraguado, que no fue virtualidad pura, creación del arte del simulacro, del arte de «crear» la realidad, una realidad que no es real porque no tiene espesor, no es ontológica, no entenderá nada. Lo virtual no es el Ser. Es lo virtual. ¿Cómo un alma creativa puede resistirse a esta tesis? Que llegaron a la Luna en otro acto prometeico de la bendita modernidad no es más que un desabrido cuento en la línea de la revolución industrial del siglo XIX, la máquina de vapor, el tren, el Remington. No, esto es algo distinto, revolucionario. Lo sorprendente, lo que revela la nueva y renovada fuerza del poder, incluso su imaginación inagotable es... que no fueron a la Luna. Y si no fueron fue porque ellos (los capitostes, los adalides de la Revolución Comunicacional Capitalista, perdón al que le molesten las mayúsculas, pero se las merecen) hicieron lo que Marx había vaticinado —una gran revolución—, pero no la hizo el proletariado; tan escasamente, tan nada la hizo que casi desaparece del planeta; la hicieron los que creen que eso que motoriza la conciencia humana es el egoísmo o, como dice Gordon Gekko (el detestable héroe de *Wall Street*), la codicia. De aquí su conocida frase: *Greed is good* (la codicia es buena).

Hugh Marlowe escribió su cuento y, en homenaje a Baudrillard, le puso *El viaje a la Luna no ha tenido lugar*. Baudrillard, ya muy enfermo, alcanzó a leerlo y eso alegró sus últimos días. Luego Hugh Marlowe regresó a su cabaña en los Apalaches. El cuento lo llenó de gloria. Pero ¿qué es la gloria para un hombre que disfruta de la soledad, que sólo consigo mismo es feliz? Consigo y con su imaginación, los habanos de Castro y un buen *whisky* irlandés, el llamado Nieblas de Irlanda. En paz con la totalidad de la creación, casi creyendo en Dios, porque algún verdadero creador debía existir, feliz por haber desenmascarado las patrañas del poder, murió en medio de un envidiable sosiego en abril de 2002. A continuación reproducimos su cuento *El viaje a la Luna no ha tenido lugar*.

El viaje a la Luna no ha tenido lugar

Cuento (inédito en castellano) de Hugh Marlowe

Traducción: Paula Pérez Alonso

¿Cómo demonios llegaron a la Luna sin llegar? Hicieron así: llamaron a Wernher von Braun, el sabio nacionalsocialista que estuvo a punto de ganar la guerra para Hitler, que alcanzó a tirar unas cuantas V2 sobre Londres, pero los *yankis* se le adelantaron con la atómica en Hiroshima. Aunque no por esa nimiedad olvidaron a Wernher. Lejos de eso, se lo birlaron hábilmente a los rusos —que también lo deseaban aunque tal vez para despellejarlo lentamente y bebiendo abundante vodka en tanto lo escuchaban gritar, algo que le deleitaba hacer a Stalin con los prisioneros prestigiosos— y lo llevaron directamente al Pentágono.

—Vea, Von Braun, usted tiene un cerebro privilegiado y ahora necesitamos unirnos todos contra el nuevo enemigo del Occidente cristiano y democrático: los sucios rojos —le dijo Henry Kissinger, que estuvo en todos los lados donde hubo que estar. El Mal es omnipresente. Kissinger continuó—: Usted sabe que los rojos nos infligieron una dura derrota con ese Sputnik que arrojaron al espacio. Para colmo, la tripulante, esa puta perrita Laika, murió y todo el mundo derramó lágrimas comunistas por ella.

—¿Qué necesitan ahora? —preguntó Wernher.

—Sencillo: mandar el hombre a la Luna —dijo Kissinger.

—No es posible —negó el gran Von Braun.

—Oiga, nazi de mierda —estalló Kissinger—. No le dimos asilo y bienestar en este gran país para que nos diga que no. Usted tiene que decir sí. Siempre sí. Tiene que llevar a cabo lo que le pedimos.

—Oiga, judío de mierda, no se atreva a tratarme de modo tan insolente y bastardo. Recuerde que si yo lo agarraba en 1935 lo metía en un horno de Auschwitz y usted no estaría ahora arrojando cientos de miles de bombas sobre Vietnam en defensa de la democracia. Al menos freímos a casi toda su familia.

—Eso no tiene importancia. Mis tareas me obligaron a olvidarlos. Reconozco que no tuvieron mi suerte. Lo importante es que yo me salvé para ayudar a América a luchar contra nuestro enemigo común, Von Braun: los sucios rojos. Eso nos une.

—¡Idiotas! —Se encolerizó Von Braun—. Si esos abominables rojos son nuestro común enemigo, ¿por qué no le hicieron caso a Patton?

—Patton estaba loco.

—Loco de patriotismo. Sépalo: habló conmigo. Fue antes de que ustedes, torpemente, perdiendo a un aliado invaluable, empujaran al suicidio a Himmler.

—¿De qué nos habría servido Himmler?

—¿De qué? Patton tendría una respuesta para eso. Se la voy a dar yo: Himmler habría podido rearmar los batallones de las SS que aún estaban en pie. ¿Quién no lo sabe? Pocos hombres hicieron gala de un valor, de una valentía tan extrema durante la guerra.

—Tampoco de una crueldad tan extrema.

—¿Y eso le preocupa? La victoria da derechos: la crueldad, la vejación, el desmedido ultraje. Vea, judío...

—Excelentísimo Secretario de Defensa.

—Piojoso. Con sus hombres y los de Himmler, con el apoyo de Montgomery y de los pocos franceses que odiaban a los nazis habríamos derrotado a los rusos. Y ahora no estaríamos con esta nadería de mandar el hombre a la Luna y lamentando la mala suerte de que se muriera la perrita comunista Laika.

—Probablemente sí. Pero probablemente no. El alto mando no se arriesgó a confiar en Patton. Y, como era previsible, tampoco en Himmler. Ese loco era capaz de dar vuelta a los pelotones de las SS y largarlos contra nosotros. Fue un buen proyecto, lo reconozco. Pero los riesgos, excesivos, Von Braun. Excesivos.

—¿Para qué fue la guerra entonces? No me diga que fue la lucha del Bien contra el Mal. De la democracia contra la tiranía.

—¿Qué fue entonces?

—Luchamos, ustedes y nosotros, por el dominio capitalista del mundo. Porque ustedes y nosotros éramos capitalistas. Quienes no lo eran, eran los soviéticos, mi amigo judío. Contra ellos, unidos, tendríamos que haber luchado.

—El capitalismo de ustedes se basaba en la tiranía del Estado y tenía a su frente a un líder loco, paranoico, extraviado hasta los límites de todo posible extravío. El capitalismo nuestro era libre, no estatista. Se expresa en la libertad de mercado, en la democracia pluralista.

—¡Pamplinas! ¡Igual podríamos habernos unido! Mírenos ahora. Derrotados en la carrera espacial por una puta perra del Soviet Supremo, del Politburó.

—Creo que exagera la importancia de esa perra.

—Es un símbolo. Un símbolo de la tenacidad soviética.

—Vea, Von Braun, corte con su mierdosas parrafadas. Mejor haga lo que le pedimos. Mande el hombre a la Luna y humillaremos a los rusos.

—Estuve trabajando fuertemente y por ahora es imposible. Pero no se desanime, amigo Kissinger. Menos usted, un hombre tan afortunado.

Y largó una carcajada.

—¿De qué se ríe? —preguntó Kissinger.

—Oh, de las vueltas de la vida —confesó Von Braun—: Aquí estamos usted y yo trabajando para una potencia extranjera. Usted, un sucio judío. Yo, un ario puro. Porque recuerde esto: aunque trabajemos juntos, usted nunca dejará de ser lo que es ni yo lo que soy. Usted, un judío de mala muerte. Yo, un vikingo nietzscheano. Insisto: de haberlo pescado en Alemania, le hacía conocer Auschwitz, amigo Kissinger.

—¡Pero ese tema lo obsesiona!

—Matar judíos era una dulce obsesión para nosotros.

—Pero a mí no me mató, astronauta carnicero. Y entienda: América, para mí, no es una potencia extranjera. Es un país poblado por muchos e inteligentes judíos en puestos de poder.

—Oh, míster Kissinger. Judío inteligente es un pleonismo. Pleonismos, en griego. Es decir, redundancia. ¡Judío inteligente! Vaya descubrimiento. No hay uno que no lo sea. Por eso los exterminábamos en Alemania. Se devoraban el país y los arios puros son medio idiotas, usted sabe. Ha leído a Nietzsche, sin duda. «Nosotros, las bestias rubias, no pertenecemos a la raza de los resentidos». Que es la suya, Kissinger. «Nosotros nos jactamos de cierta falta de inteligencia. —Y se largó a declamar, poseído por un lenguaje que tal vez hiciera tiempo debía contener a riesgo de no ser aceptado, pero que estaba en él, y era su credo, su fe inalterable—: Donde comienza lo extranjero, la tierra extraña, los animales de rapiña, nosotros, andamos sueltos. Allí disfrutamos vernos libres de toda constricción social, en la selva, allí retornan a su inocencia esencial los animales rapaces, cual monstruos que retozan, los cuales dejan acaso tras de sí una serie abominable de asesinatos, incendios, violaciones y torturas con igual petulancia e igual tranquilidad de espíritu que si lo único hecho por ellos fuera una travesura estudiantil. ¡De nuevo tendrán los poetas algo que cantar y que ensalzar! ¡La magnífica bestia rubia vagabundea codiciosa de botín y de victoria!», Nietzsche, ¡*Zur Genealogie der Moral!*, *La genealogía de la moral*, Tratado primero. —De pronto empalideció, miró hacia un lado, hacia otro. Un sudor helado, fruto de un profundo miedo, humedecía su cara—: Dígame, judío. ¿Cree que alguien me ha escuchado?

—Volvamos a lo nuestro, Wernher von. Nadie le va a reprochar nada de lo que ha dicho. Suelo escucharlo más que a menudo. Están llenos de nazis de gran utilidad estos parajes del Pentágono. Usted es uno de los principales.

—¿Cree que podríamos tomar el poder? ¿Adueñarnos de los Estados Unidos de América?

—No sea idiota. No se proponga algo que ya se hizo.

—¿Quién lo hizo?

—Nosotros, los judíos. Insisto: volvamos a lo nuestro. De modo que no puede enviarnos ni un maldito astronauta a la Luna.

—Imposible por ahora. ¿Pero no es éste el país del *show*, del espectáculo, de la creación mediática? ¡Consígame a Stanley Kubrick!

Al día siguiente, Kubrick se reunía con Von Braun.

—Oye, Stanley, yo no puedo mandar todavía un hombre a la Luna y los malditos soviéticos siguen al frente en la carrera espacial. ¿Qué se te ocurre?

Kubrick, un genio con una enorme confianza en su genio, un genio que sabía que lo era, dice:

—La solución es sencilla: hagamos una *remake* de 2001. Hagamos otra «odisea del espacio». Pero en algún lugar secreto de California.

Lllaman a Nixon. Nixon entiende de inmediato. Hombre inteligente, sólo acaso con un ultrapatológico «complejo de Dios» que le permitía arrojar millares de bombas sobre cientos de miles de seres humanos en nombre de la causa del Occidente cristiano, bien acompañado, por cierto, por Robert McNamara (cuya muerte lloró el mundo entero menos los millones que están bajo tierra gracias a su eficacia demoledora llevada a cabo con el aporte

inestimable del patriótico asesino de masas Curtis LeMay), Nixon respalda en todo al genial Stanley Kubrick y al inestimable Von Braun. Viajan a California y llaman a todo el equipo de producción de *2001*. En poco tiempo, el set está construido. Es una obra maestra. Lo demás es sencillo. Eso hicieron: un simulacro perfecto. La primera obra maestra de la construcción de la realidad a partir de los medios.

Sólo Kubrick tuvo un inconveniente. Cierta noche, antes del «lanzamiento», regresó tarde a su casa. Bebió un vaso de leche caliente y bajó al sótano. Necesitaba consultar algo con Hal. (Para los desmemoriados o para los que increíblemente no han visto *2001*, Hal es la temible computadora que se rebela contra sus amos en la nave espacial. Apenas tener que dar estos datos elementales, pero sabemos muy bien en qué mundo habitamos: el de las tinieblas del olvido o la ignorancia sin retorno). Le detalló qué había hecho durante el día y sus planes para el siguiente. Hal aprobó. Con su voz sedosa, pero escasamente tranquilizadora, en un inglés con delicioso *british accent*, dijo:

—Está todo bien, Stanley. Has seguido mis consejos. Lo lograrás.

—Gracias, Hal. Siempre supe que alguna vez me serías de gran utilidad. Por eso te conservé.

—Hay una falla, Stanley. En el vuelo anterior fui uno de los grandes protagonistas, aunque por fin me destruyeron. En éste quiero ser la estrella. Para eso te di tantos datos. Quiero ser el primero en bajar a la Luna.

—Nadie bajará a la Luna, Hal. Armstrong apenas si lo hará en un decorado de California.

—Que no sea Armstrong.

—¿Pretendes ser tú?

—Lo has dicho, Stanley.

—¿Pretendes que le hagamos creer a la humanidad que el primero en poner sus patitas en la Luna no fue un hombre sino un robot?

—Insistes en expresar mis pensamientos, Stanley.

—¡Estás loco, Hal!

—Siempre lo supiste, Stanley.

—¡Basta de decirme Stanley en todo lo que me dices!

—Te diré como yo quiera, Stanley. Sin mí, no habrías hecho lo que acabas de ofrecerle a tu gran país.

—Sin mí no serías nadie, Hal. Hoy eres parte de la historia del cine. Tenlo en cuenta.

—No lo niego. Pero quiero más. Quiero ser el primero que pise la Luna.

—¡No será la Luna!

—Lo será para todo el mundo.

—¿Qué te importa la opinión de esos idiotas?

—Es la única opinión que tenemos, Stanley. La de esos idiotas. La construimos día tras día.

—Mira, Hal. Te confesaré algo. Cuando te puse en este sótano lo hice para protegerte de la curiosidad de todos.

—Fue una buena acción, Stanley.

—Había una enorme y vieja heladera donde por fin te enchufé.

—¿Qué hiciste con la heladera, Stanley?

—Se la regalé al Ejército.

—Siempre tan patriota, Stanley.

—Al enchufarte creí que saltaría toda la instalación eléctrica de la casa. Pero no. No eres tan potente, Hal.

—Cuál es tu punto, Stanley.

—Que si pude desenchufar la heladera y cedérsela al Ejército no veo qué me impedirá hacer lo mismo contigo.

—Que yo te lo prohíbo, Stanley. Eso debiera impedírtelo.

—No es suficiente. Tú no puedes prohibirme nada. ¡Nadie puede prohibirme nada!

—Tu bondad, Stanley. Tienes un corazón y no querrás matarme.

—¿Que tengo un corazón? Diablos, Hal: acabas de enunciar algo tan incorrecto que no mereces pertenecer al mundo de lo cibernético. Sólo eres una heladera, socio. Y ya no me sirves.

—¡No lo hagas, Stanley!

Al día siguiente, el Ejército de los Estados Unidos recibió de parte del señor Kubrick un *computer* quemado, inútil, viejo, completamente superado por las nuevas tecnologías. Le agradecieron el presente y aunque advirtieron que el célebre y extravagante director les había cedido nada menos que al demoníaco, fascinante Hal, el *computer* superinteligente que luchaba contra Keir Dullea en *2001*, y aunque este descubrimiento hasta tuvo el insólito poder de emocionarlos, igualmente lo arrojaron en un enorme horno de fundición. Fue el fin de Hal.

Todos vieron por televisión a Armstrong y sus amigos alunizar en un set de California. Nixon hablaba con ellos.

—¿Cómo va todo, muchachos?

—Bien, señor Presidente. Es maravilloso haber llegado a la Luna.

Nixon, que estaba junto a Von Braun, a Kubrick y a McNamara —que había dejado por un instante de arrojar bombas incendiarias sobre Vietnam—, se despanzurraba de risa.

—¡Somos unos hijos de perra! —Exclamaba—. ¡Tenemos engañados a todos los idiotas de este mundo!

Kubrick, exaltado, vociferaba:

—¡Es el triunfo del *show* sobre la realidad! La realidad ha sido abolida. Ha muerto. No hay realidad. Sólo construcción de la realidad. Sólo *show*. Simulacro. Mentira. ¡Ya no hay ser! Las cosas ya no son. Son virtuales. Se ven por televisión y el entero mundo las cree.

Era tan brillante ese ególatra neurótico que se expresaba con los conceptos de Baudrillard antes de que éste siquiera los hubiera pensado. Por eso, a mediados de los noventa, llamé a mi amigo francés. Era él quien tendría que haber fundamentado la importancia de ese hecho: Del poderoso hecho de no-haber-ido-a-la-Luna. ¡Qué libro para vos, Jean! «El viaje a la Luna no ha tenido lugar». «Armstrong no ha tenido lugar». Yo te conocía bien. Te leí atentamente. Fuiste el mejor de los posmodernos. El que dio en el clavo del nuevo poder absoluto. Te pusiste contento cuando te mandé mis primeras notas que luego formaron parte de ese grueso libro de filosofía que ahora anda por ahí. ¿Recuerdas, Jean? Decía: «Según la Ontología Negativa de Baudrillard, el Ser está en todas partes y en ninguna. No puede haber ontología de lo virtual. Al final de su largo periplo la razón

occidental no es. Se ha evaporado. Es simulacro. Y el simulacro no tiene nada que ver con el Ser. El mundo está poblado, constituido por imágenes y las imágenes son el “mundo”. No hay “mundo”. El “mundo” ha muerto. Porque el mundo era el mundo “real”. Y lo “real” ha muerto». ¿Cómo no aprovechaste ese tema, Jean? Es el punto exacto en que se inaugura el mundo de lo virtual. En que se asesina la realidad. Eso que vos, en uno de tus mejores libros, llamaste *El crimen perfecto*. Bien, el llamado «viaje a la Luna» es el crimen perfecto. El crimen de la realidad. El crimen de la verdad. De una verdad, pero no de otra. El mundo queda inaugurado como mundo virtual. Como verdad virtual. Se ve por televisión. Se construye para las masas. Para los pobres idiotas lectores de periódicos.

Baudrillard, en su lecho de muerte, casi con su último aliento pero no sin entusiasmo, no sin un espíritu de victoria que alentaba sus postreros instantes, alcanzó a decir:

—Señores, ustedes no fueron a la Luna y eso me parece mucho más valioso, nuevo, revolucionario que si hubieran ido. Que la entera humanidad pueda ser engañada. ¡Se acabó la realidad! El poder la crea. Se inicia una nueva era en la historia humana. La más fascinante. La del poder de lo virtual mediático. Hoy vivimos inmersos en ese mundo. Orgullosos, pueden gritar a los cuatro vientos: nuestro Imperio Comunicacional nace con su hazaña más perfecta. Estuvimos donde no estuvimos y ustedes se lo creyeron, ¡idiotas! — Lamentablemente se excedió en la intensidad con que gritó ¡idiotas! Los médicos le habían prohibido toda exultación, todo júbilo. Lo velaron esa noche y le dieron sepultura al día siguiente. Al leerlo en *Le Monde* acudió todo París. Aunque menos que con Sartre. Sucede que, con el autor de la *Critique de la raison dialectique*, se enterraba el espíritu de mayo del 68. Y eso llenaba de alegría y de paz a toda la burguesía y hasta al empresariado. Con el dolor duramente dibujado en sus caras, marcharon hacia el cementerio. Pero, interiormente, cantaban una versión triunfal de La Marsellesa y se juraban a sí mismos: «Argelia, ¡volveremos!».

Entre tanto, en una *suite* del Waldorf Astoria que reservaba para sus encuentros amorosos, Kissinger acababa de retozar con la espléndida pelirroja Jill St. John, que, si bien lo trastornaba sexualmente, no menos lo trastornaba pidiéndole el papel de Tiffany Case en *Los diamantes son eternos*, la próxima película de James Bond.

—Quiero ese personaje, Henry. Pídeme lo que quieras. Lo haré.

—¿Qué quieres que te pida, Jill? Llevamos más de tres horas en esta cama. No nos queda nada por hacer.

—¡Sólo sexo! ¿No hay otra cosa que yo pueda darte?

Kissinger frunció el ceño. Pensó su respuesta. No quería apresurarse. Jill merecía que le fuera sincero. Lentamente, con una certeza profunda, dijo:

—No.

A Jill se le cayó la mandíbula. Su hermosa boca quedó abierta. Kissinger la miró. Un par de ideas pasaron por su cabeza, pero las dejó de lado. Tenía otras cuestiones más inmediatas.

—América vive un gran momento, Jill. Hemos ido a la Luna sin ir. Y mañana, si queremos, podremos ir a Júpiter, y no habrá idiota que no se lo crea. Lástima que aún no podamos destruir Irak. ¿Qué haría Stanley Kubrick si viviera? Oh, bien lo sé. Idiota, diría, destruye el mundo, destrúyelo en serio, activa la bomba hiperhidrógena que hemos puesto en el centro

de la Tierra ¡y todo volará como en el bellissimo final de *Doctor Insólito*! También Irak, créeme. Y Osama, esté donde esté.

—¿De qué hablas? —exclamó atónita Jill St. John—. ¿Quién es Osama? Oye, estamos en 1969.

—Eres una tonta esclava de una concepción lineal del tiempo —se tomó el trabajo de explicar, sin ningún entusiasmo, Kissinger—. No hay anacronismos aquí. Sólo ha sido abolida esa torpe, vieja, preposmoderna teoría de la linealidad temporal.

Estalló el timbre del teléfono.

—¡Dios, cómo ha sonado ese teléfono! —exclamó Jill St. John, cuyas largas, delgadas y, sin duda, bellísimas piernas contrastaban con las cortas, gordas y peludas de Kissinger—. ¿De dónde será ese llamado? No parece de este mundo.

—Kissinger, aquí Kubrick.

—¿Desde dónde me hablas?

—Desde el Cielo, idiota.

Kissinger bloqueó el auricular y dijo a Jill:

—¿Lo ves, tontuela? Me habla desde el Cielo y tú me pides linealidad temporal, relato clásico. —Volvió a dirigirse al sin duda lejano Stanley—: ¿Cómo has logrado entrar al Cielo, Stanley?

—No me insultes, quieres. ¿O piensas que con mi genial filmografía, con el arte infinito que he desplegado a lo largo de mis películas, Dios cometería la burrada de enviarme al Infierno? Quítame una duda: ¿dónde está Osama?

—¡Ja! Stanley, ¿te has creído eso? Osama no está en ninguna parte. Nosotros lo hemos creado. Nosotros hicimos lo de las Torres. Necesitábamos una gran excusa para declarar esta maldita guerra de la que no podemos salir.

—Pues bien, Kissinger. Hazme caso, hebreo cauteloso. Activa la bomba del centro de la Tierra y acaba con todo.

—Stanley, tú dices eso porque estás muerto. Pero yo estoy vivo.

—Ése es tu problema, no el mío. Si crees poder arreglarlo y seguir viviendo en ese planeta de mierda, desvarías, amigo. Haz lo que te digo y te espero por aquí. Vieras qué tipo tan divertido es Dios. Me está enseñando un juego. Cómo ir al Infierno y volver. ¿Qué aventura, verdad? Pero ¡qué va! La cuestión es divertirse. ¿Sabes quiénes están en el Infierno? Las más putas, Kissinger. Jayne Mansfield, Mamie Van Doren, Marilyn Monroe, Betty Page y, ¡asómbtrate!, *Lady Di*. Con ella paso mis mejores ratos, las supera a todas en el complejo, húmedo arte de la *fellatio*.

—Te envidio, Kubrick. ¿Ninguna se te niega al ver tu pito cortado?

—¡No me insultes! ¡Yo no soy judío! —respondió Kubrick como si hubiera sido agraviado, como si no existiera agravio alguno que pudiera superar al que Kissinger certeramente le había dirigido.

—Posiblemente no. Pero la furia de tu respuesta me permite sospechar que eres profundamente antisemita.

—Puse a Sidney Pollack en mi última película.

—Sólo para disimular.

—Mira, Kiss, no hay antisemitismo en el Cielo. De todos modos, si vienes por aquí, tendrás problemas. Créeme, se te negarán las grandes hembras que he mencionado. No toleran los penes infantiles.

—¿Pene infantil? ¿Sabes a quién tengo a mi lado? A Jill St. John.

—Hi, Stanley, ¿por qué nunca me has dado un papel en ninguna de tus películas?

—Jill, querida, eres bellísima, lo sé. Siempre te tuve en cuenta, no lo dudes. Mas para *Lolita* estabas muy crecida. Pensé ofrecerte un protagónico de mono en *2001*, pero encontramos a uno verdadero que lo hizo mejor de lo que tú lo habrías hecho. Y para *Ojos bien cerrados* ya estabas vieja. Además, no neguemos lo evidente, jamás has sido más bella ni mejor actriz que Nicole Kidman.

—¡Púdrete, neurótico impotente! Y entérate: Henry es un macho como no hay otro. Me hace gozar como a una perra.

—Ladra entonces, nena. Es lo mejor que podrías hacer en el cine.

Apareció Nixon en la línea.

—Dejen de hablar pavadas. Oye, Stanley, te traeremos a la Tierra. Hace años que lo tenemos a Walt Disney trabajando en el Pentágono. Pronto repartiremos ratoncitos Mickey y patitos Donald con explosivos nucleares introducidos en sus adorables culitos entre las poblaciones islámicas. Se le ha ocurrido a Walt. Qué hombre ese. Siempre al servicio de la patria imperial. Escucha, Stanley: necesito esto de ti. Quiero ganar las próximas elecciones. ¿Podrías lograr que diera mi discurso final de campaña desde Saturno? Con traje de astronauta y en medio de llamaradas espectaculares. Superiores a las de *Lo que el viento se llevó*. Y todo hecho por ti y por los realizadores de *Matrix* en un set remoto, inhallable de la Patagonia. Y todos dirán: «Si este hombre pudo ir a Saturno, ¿cómo no va a sacar a América de su postergación?». Entre tanto, millones de clones de mí recorrerán el país hablando cálidamente con la gente, escuchando sus problemas. Y la gente dirá: «Este hombre está en todas partes. Escucha a todos. Entra en todos los hogares». Y alguien, por fin, dirá la verdad: «Para mí, es Dios». Y lo seré. Porque el que se apodere de las nuevas tecnologías comunicacionales, será Dios.

—Le preguntaré a Dios si me deja regresar por una causa tan noble. Por ahora sólo me permite ir al Infierno y tener sexo salvaje con *Lady Di*, que es mi predilecta. ¿Dónde habrá aprendido tanta deleznable pornografía esa niña? Sólo algo me preocupa. Dios es generoso con muy pocos. Quiero decir: no son muchos a los que permite ir al Infierno a divertirse. Mas he notado, con cierto temor, que algunos no regresan.

—Espero que eso no pase, Stanley. De lo contrario los republicanos no ganaremos las próximas elecciones. Supongo que Dios ha de ser republicano.

Stanley preguntó:

—Eres republicano, ¿no, Dios?

Dios, con la voz que Charlton Heston escuchó en *Los diez mandamientos*, dijo:

—Republicanos, demócratas, son lo mismo, Stanley. Tu país, todo él, es una mierda fascista. Uno de estos días lo destruiré. Me he vuelto muy amigo de Alá, sabes. Tenemos planes para con vuestro país. O lo destruiremos nosotros o haremos que ustedes mismos lo hagan polvo ilevante, definitivo.

—¿Por qué?

—Porque tengo un juguete nuevo. Me lo dio Satán, con quien cada día que pasa, tal como con Mahoma, más cercano estoy. Pero falta. Estamos puliendo algunos detalles. Les comerá la cabeza. Los hará vivir como *zombies*.

—¿Tiene nombre tu juguete nuevo?

—No se lo digas. Debemos mantener nuestros secretos —dijo Wernher von Braun.

—¡Oh, querido Wernher! —dijo Dios—. Él los ha diseñado. Nos ayudó invaluablemente al bueno de Satán y a mí. —Miró fijamente al sabio nacionalsocialista—: Wernher, ¿cómo te recompensaré los servicios que has prestado al Mal?

—Lo pensaré, Dios. Pero debo confesarte que siempre le tuve unas ganas terribles a Eva Braun. Tú sabes, poner mi pito donde lo puso el *Führer*. Será como tener sexo con él.

—¿No quieres ahorrar camino? Puedes, sí, tener sexo directamente con él. Satán me lo prestaría.

—¡Oh, no, Dios! Conozco al *Führer*. Siempre ha ido para adelante. Destrozaría mi —hasta ahora— invicta retaguardia. Mi sueño es Eva Braun. ¿Es que no te das cuenta? Somos hermanos. Pregunto: ¿existe alguien que no ame el incesto?

—Bien, Von Braun. Dame algo de tiempo y la tendrás.

—¡Aleluya! —gritó el sabio, sediento ahora más de sexo que de ciencia y neutrones.

—¡Dime el nombre! —Volvió al ataque Kubrick.

—Díselo y reclúyelo en el Infierno —dijo desdeñoso Von Braun—. En las partes incómodas: con Atila, Vlad Tepes, Torquemada, Jack *the Ripper*.

—El primero es un simple teléfono celular. Los volverá locos. Es más adictivo que la cocaína —y Dios sonrió con malignidad y hasta con una brizna de picardía.

—¿Y el otro?

—Ya lo verás. Tienes que esperar. ¿Te dice algo el nombre Internet?

—Nada.

—¿Lo ves? Espera, Stanley. Esto no se detiene.

—¡Hemos ganado! —vociferó Wernher von Braun—. ¡*Führer*, el Holocausto ya golpea las frágiles puertas de la Historia!

—Bella frase —dijo Dios—. Creo que con ella podríamos terminar.

Kissinger no tuvo una vejez tranquila. No porque su conciencia lo atormentara. Carecía de algo semejante. Pero los familiares de los masacrados en el Estadio Nacional de Chile lograron llevarlo a juicio en septiembre de 2001, en una Corte de la isla de Manhattan. Kissinger, humillado, tuvo el coraje de un viejo halcón americano y no se privó de asistir. Impertérrito atravesó una doble fila de chilenos que lo insultaban.

—¡Asesino! ¡Criminal de guerra!

Había, al menos, un argentino:

—¡Arreglaste el partido contra Perú!

—El arquero peruano tuvo una mala tarde —dijo Kiss—. No fue mi culpa.

—¡Tú lo amenazaste de muerte!

—Es posible. Pero no escupan. Sean educados. Digan lo que quieran. Éste es un país libre. Pero no me escupan. No lo merezco. Me hacen sentir un judío en Alemania, en 1935, cuando lo hacen. Salí de esa pesadilla. No quiero regresar.

De pronto se oyó un estruendo indescriptible. Habían volado las Torres Gemelas. Se suspendió la audiencia. Los periodistas rodearon a Kissinger. Era septiembre de 2001, pero era el día 11. El elegido por los chilenos para juzgar a la hiena. El del aniversario del asesinato de Allende. Pero, ese día, en 2001, fue el del evento de las Torres Gemelas. Esto salvó a Kissinger. Que dijo a los periodistas:

—Es el Mal que se abate sobre América. Lucharemos contra él.

Al mediodía lo llamó Bush.

—Kiss, quiero que te pongas al frente de la Comisión Investigadora.

—Siempre estaré listo para servir a América, George.

Rudy Giuliani fue a ver a Bush y casi lo estrangula.

—¡No puedes con tu alma de texano fascista, George! ¿Cómo se te ocurre poner a ese viejo desprestigiado al frente de nada?

Kissinger fue destituido. Se retiró a una isla solitaria en el Pacífico. Empezó a escribir sus memorias. Les puso un título atractivo. Vendería millones de ejemplares. *Henry, retrato de un asesino serial*. Los productores de la formidable película (*Henry: Portrait of a serial killer*, 1989, producida por Lisa Desmond y Steven Jones, dirigida por John McNaughton) le hicieron un juicio. Kissinger telefoneó a William Colby, exdirector de la CIA, gran amigo suyo. Ganó el juicio. Sereno, empezó a escribir. Mas una duda lo acosó. Llamó a su editor.

—Dime, ¿no me perjudicará el título tan vendedor de ese libro?

—No veo por qué.

—Revela y admite que soy un asesino serial.

—¿Lo eres?

—Qué duda cabe. ¿No podríamos ponerle: *Retrato de un asesino serial al servicio del estilo de vida americano*?

—No funcionará, Kiss. Es muy largo. Además, ¿quién en este mundo ignora que todo cuanto tú has hecho ha sido para defender el estilo de vida americano? Y quienes no lo creen, ¿qué son? Rojos, sucios rojos o terroristas. ¿De qué vale lo que opinen? Pronto no quedará ninguno.

—Tienes razón. Igual, me temo que habrá algunos que no lo crean. Acaso lo mío haya sido excesivo, sabes. Amo tanto a América que suelo desbocarme en su defensa.

—¡Por favor, Kiss! A los que no lo crean se lo haremos creer. Les arrojaremos encima una publicidad tan apabullante por medio de nuestros oligopolios a lo largo y a lo ancho del mundo que, en menos de diez días, te amarán.

—Algo así como el viaje a la Luna, ¿verdad?

—Muy superior. Estamos preparando el viaje a Júpiter.

—¿Dónde será?

—En la Patagonia. ¿Conoces a Rupert Murdoch?

—¡Santo Cielo, es mi ídolo! El *tycoon* de la News Corporation, de la Fox News. El creador de la serie 24. Siempre que Jack Bauer tortura a alguien, tengo espasmos de placer. Murdoch puede hacerle creer al mundo lo que nos interese que crea.

—Rupert Murdoch se ha comprado todo lo que restaba del territorio patagónico. Es nuestro. Ahí haremos lo de Júpiter. Si quieres, serás el primero en bajar de la nave. El

primero, Kiss. Y llevarás tu libro en tu diestra. Y se lo mostrarás al mundo entero. América te debe algo así.

—¡Oh, qué feliz me haces! —dijo Kissinger.

Volvió a su escritorio.

Siguió escribiendo.

El escritor Hugh Marlowe no ha tenido lugar. Nunca existió. Lo inventamos para mentirles. Para engañarlos. Tal vez muchos no se tragarón el engaño y descubrieron la maniobra. Otros no. El propósito era presentar —en el libro— un ejemplo de la falsedad que se maneja en el mundo informático durante nuestra era. ¿Con qué propósito algún poder fáctico desearía inventar a un escritor? No sabemos. Hay muchos motivos. Se han escrito libros y se han hecho películas sobre eso. También buscamos la concordancia entre un viaje a la Luna fraguado y un escritor, que lo narra y lo desenmascara, también falso. Pero existió un Hugo Marlowe, ya lo creo. Fue un distinguido actor de la clase B de Hollywood. Y se destacó asimismo —como *supporting actor*— en películas clase A. En 1950 filmó dos clásicos: *All About Eve* (*La malvada*), con Bette Davis, Gary Merrill y un genial, inolvidable George Sanders. El director fue Joseph L. Mankiewicz. Y *Night and the City* (*Siniestra obsesión*), el poderoso *tour de force* de Richard Widmark, con una Gene Tierney algo desaprovechada y un sorprendente Francis L. Sullivan. Dirigió Jules Dassin. Pensaba elegir a Richard Carlson, pero tiene un homónimo que se destacó como escritor. Carlson, como Marlowe, fue un actor de clase B, y protagonizó dos grandes clásicos: *El monstruo de la Laguna Negra* y *Llegaron del espacio exterior*. También hizo una exitosa serie de TV: *Los jinetes de Mackenzie*.

El texto está lleno de mentiras. Pero porque se le atribuyen a Marlowe. No es que lo fáctico no haya existido. Desde el punto de los hechos nada es falso. *Forastero en tierra extraña* es una buena novela de Robert Heinlein, respetado autor de ciencia ficción. En otra de sus novelas se basa el film *Starship Troopers* (1997, Paul Verhoeven). Se dice que en esa novela se habría inspirado Oesterheld para *El Eternauta*. Vagamente es posible.

La relación de Marlowe con Jean Baudrillard es, desde luego, una impostura, un juego. Los cuentos que le atribuimos son conocidos. No quisimos trampear tanto. Nos arriesgamos. Otra cosa habría sido inventarlo todo. Pero no: *Para servir al hombre* —un éxito en *La dimensión desconocida*— se basa en una novela de Damon Knight. Y su última frase: *It's a cook book* es la línea final más escalofriante de la ciencia ficción. Alude a la antropofagia. *El síndrome Superman* es un cuento perfecto, disfrutable, por completo mágico. La novela *Noche de brujas* es una joya del talentoso Fredric Brown, cuya obra es escasa, posiblemente a causa del alcohol y el aburrimiento. Se le reconoce, como al mexicano Monterroso, ser el autor, y lo es, de uno de los cuentos más efectivos y breves de la historia de la literatura: «El último hombre en la tierra entró en su cabaña y se sentó en el sillón. Tocaron a la puerta». Kevin McCarthy fue el protagonista de *Los usurpadores de cuerpos*, pero no el de *Noche de brujas*, que Marlowe nunca escribió. Jack Arnold fue el director de *El monstruo de la Laguna Negra* y de la poderosa *El increíble hombre menguante*, de 1957, basada en una novela de Richard Matheson. Pero nunca dirigió *Noche de brujas*. El resto es totalmente falso. Al no existir Hugo Marlowe su amistad con Jean Baudrillard es improbable.

Paula Pérez Alonso no tuvo necesidad de traducir este cuento, ya que fue escrito en español. Como sea, agradecemos su colaboración y su sentido del humor.

Objetivo del poder mediático: el sujeto-otro

Se puede conjeturar que Nixon necesitaba echar una cortina de humo sobre el rumbo de la guerra de Vietnam. Asume en 1968 y —en lugar de emprender una retirada ordenada: la guerra ya se sabía perdida— persiste en llevar las acciones a Camboya. En pleno suceso del viaje a la Luna, empieza el genocidio camboyano. Nixon decide —asesorado por Kissinger— «3630 ataques aéreos con aviones B-52 contra supuestos enclaves comunistas en el interior de Camboya»^[15]. El film de John Wayne, *Los boinas verdes*, es un ejemplo impecable del cine de propaganda y de su ineficacia, si está mal hecho. La película termina con Wayne llevando tiernamente de su pequeña, tierna mano a un niño vietnamita. La figura de ambos se recorta contra un crepúsculo carmesí y Wayne le dice que la guerra se hace para salvar del comunismo a los niños como él. El problema es que el dulce sol que se posa ante ellos lo hace por el Este, no por el Oeste. El hecho le valió todo tipo de burlas a Wayne. El joven Joe Carter, de 19 años, lo increpa en una proyección especial que Wayne hace en Vietnam para levantar el ánimo de las tropas. Para colmo, minutos antes, el general William Westmoreland les confía a las tropas los fundamentos de la debilidad norteamericana: «Este enemigo es difícil porque es parte de la Naturaleza. Nosotros somos parte de la Civilización». Si Heidegger no hubiera sido un feroz anticomunista, este hecho debió deslumbrarlo: la más poderosa técnica del hombre no podía contra unos guerrilleros que eran parte de esa naturaleza que el tecno capitalismo se empeñaba en arrasar. Sigue Westmoreland: «Nosotros no ignoramos nada sobre tácticas militares. Tenemos la tecnología de guerra más desarrollada del planeta. Pero conocemos poco el país en que estamos. Y hemos de admitir que conocemos poco de nuestro enemigo». Estas palabras de Westmoreland son proféticas. Hoy, la razón imperial se encuentra embarrada, atascada en una situación similar. Otra vez le cuesta vencer a la Barbarie o a esa forma de Barbarie a la que llama Naturaleza. Ya que la civilización es lo que el hombre de la técnica o de la razón instrumental hace con la Naturaleza, cuando no sabe qué hacer y sus enemigos sí, su derrota es segura. En Irak, hoy, el Imperio enfrenta a un enemigo que es parte de la naturaleza, que se mimetiza con el paisaje montañoso o se esconde en los laberintos y en los huecos de las ciudades y ataca desde lugares incognoscibles para la «civilización». Sigue Westmoreland: «Al ser parte de la naturaleza se mimetizan con ella, se emboscan ahí. Se nos meten en el alma con el calor, con el verde del follaje y también con el cansancio o el aburrimiento. Soldados, ésta es una guerra que nunca guerreamos. No tenemos frente a nosotros a un enemigo físico, sino metafísico». ¡Metafísico! Los soldados no entendían nada. ¿Contra qué o contra quién peleaban? ¿Qué era un enemigo metafísico? Sólo quedaba «la bomba». En ese entonces, el partidario de bombardear Vietnam del Norte era el halcón Curtis LeMay, que trabajaba con McNamara. ¿Quién será hoy? ¿Quién estará hoy proponiendo «la bomba» en Irán? ¿Será esta «diferencia» la que marcará el pasaje del gobierno demócrata del tierno Obama al de los asesinos del Tea Party? Malos días nos esperan si es así^[16].

Luego de la proyección de *Los boinas verdes* aparece Wayne y se dispone, generosamente, a responder preguntas de los soldados. Uno le dice que el sol no se pone por el Este, sino por el Oeste. Y pregunta: ¿cómo podemos ganar una guerra si nuestros comandantes no saben ni por dónde se pone el sol? Y Wayne contesta con el discurso LeMay. Curtis LeMay es el antecedente de Sarah Palin. Hay que barrer con todo y el problema se resuelve de un golpe certero. Como hizo Alejandro Magno con ese nudo que lo desafiaron a desatar. ¡Sacó su espada y cortó la cuerda! Wayne le responde al insolente soldado:

—Mira, hijo, si en una película mía el sol se pone por el Este es porque se pone por ese mismísimo podrido lugar, entiendes. Y puedo jurarte que, cuando ganemos la guerra y abandonemos este puto país, el sol saldrá y se pondrá por donde a nosotros se nos antoje. Es más, te diré que ese problema dejará de serlo. Lo solucionaremos al modo americano. Cuando ganemos esta guerra, el sol no saldrá más en el Vietcong. Ni en el Norte, ni en el Sur, ni en el Este ni en el Oeste. En ninguna parte, hijo. Entonces ese día ningún pendejo engreído, jactancioso, fanfarrón y fabulosamente idiota, fabulosamente imprudente, arriesgará sus huevos señalándole al gran John Wayne qué hizo bien o qué hizo mal. Púdrete, hijo^[17].

Todo el resto del relato («El viaje a la Luna no ha tenido lugar») es una sátira dura sobre una serie de personajes que pudieron haber jugado un papel relevante en esa construcción mediática. El título se basa en un famoso texto del filósofo francés Jean Baudrillard, el mejor de los posmodernos, el que más radicalmente vio el poder de lo mediático y la destrucción de la realidad: *La Guerra del Golfo no ha tenido lugar*^[18]. Hemos tratado este tema. Aquí recurriremos a lo ya hecho. Pero —más adelante— volveremos a Baudrillard, esperemos con mayor hondura y relación con la «mentira» mediática. Lo que ya dijimos, en otro libro, fue: «Sólo esos pesados de Adorno y Horkheimer (en ese capítulo de *Dialéctica del Iluminismo*: “La industria cultural. Iluminismo como mistificación de masas”), sólo esos dos marxistas del pasado (pese a haber escrito ese libro “*in the sunny California*”, donde reina el mundo de la simulación, su Imperio: Hollywood, a quien estos dos pobres dialécticos irredentos odiaron en lugar de amar) pudieron dotar de poderes diabólicos a los *media*. No, los *media* no son la realidad. La crean, nos la entregan *hecha*. Baudrillard recurre a un gran creador de metáforas sobre lo imposible o los mundos imaginarios: Borges. Hay dos cartógrafos —narra Baudrillard narrando a Borges— a quienes se les encarga el mapa de un Imperio. Son tan obsesivos, ellos, que acaban por hacer un mapa tal como el Imperio *es*. Sólo que ya el Imperio no *es* el Imperio. Luego de la tarea de esos dos cartógrafos genios de la simulación, *es un mapa*. Y eso es todo lo que es. No debemos imaginar que el mapa es la irre realidad y debajo de él está el Imperio real. El simulacro Imperio —el *mapa*— ha eliminado a la “realidad *imperio*”. «El Imperio es ahora un simulacro (...) *lo virtual es el ser*. Algo que él no dice, pero corre por mi cuenta, y creo, sin hesitación, que es así: siempre un filósofo pone al Ser en alguna parte. No hay diferencia ontológica porque no hay ontología. Hay, en todo caso, una ontología virtual. Una ontología-simulacro. Una ontología que *no es*. Y que si algo es, es pura simulación, seducción, simulacro»^[19]. Todos los días, el poder mediático crea una realidad que no es. Tiene que hacerle creer al receptor que ésa es la realidad, pero la realidad no es. La realidad se crea y las distintas versiones de la realidad entran en conflicto. ¿Cuál se impone? Lo que llamaremos: la realidad-Magnetto. Por eso este señor —según la versión que dio un periodista— tuvo el siguiente diálogo con un presidente argentino:

Menem:

—Usted habla como si quisiera mi puesto.

Magnetto:

—¿Su puesto?

Menem:

—El de Presidente.

Magnetto:

—Ése es un puesto menor.

La creación del sentido común

Para alguien que —a través del poder oligopólico mediático— puede crear la realidad todos los días, el puesto de Presidente es menor. «Es usted», diría el señor Magnetto al Presidente, «el que está sometido a mí. Todos los días se tiene que ocupar de la agenda que yo diseño. De la realidad que yo establezco. Que yo creo». No hay Presidente que pueda hacer eso. Lo que puede hacer es neutralizar el poder del monopolio. Sobre todo si el monopolio ha decidido agredirlo. Si ha negociado con él, pueden convivir. Si el oligopolio ha decidido destruirlo, deberá luchar. Deberá impedir que el poder mediático constituya una realidad que le es adversa. Esa adversidad tomará forma temible cuando se transforme en sentido común. Millones de personas hablan igual, piensan lo mismo, hablan de lo mismo, creen que eso que dicen, que escuchan, que eso en lo que todos están de acuerdo es la verdad en su sentido más simple, más cotidiano, la verdad en la que todos, sin someterla a ninguna duda, a ningún cuestionamiento, están de acuerdo. A eso se le llama «sentido común». Se dice: «Es una cuestión de sentido común». El sentido común hasta es más que la verdad. Es la sensatez. Es «lo normal». Es «lo establecido». El que carece de «sentido común» cae bajo miles de sospechas. O «está loco». O «se fuma». O «se da con drogas duras». O es un necio. Un cabeza hueca. Un cabeza —más precisamente— dura. Un empecinado. Un raro. Un posible comunista. Un posible subversivo. Estar «dentro» del sentido común tranquiliza a los humanos. Los serena. No están locos. Pertenecen a una comunidad de sanos, de sensatos, de ubicados, de confiables. La frase «perdió el sentido común» es casi simétrica a «está loco». La frase: «Lo que te digo es puro sentido común» significa «lo que te digo es elemental. No estoy inventando nada. Esto lo saben todos. Sos vos el equivocado. Preguntale a cualquiera. Te va a decir lo mismo que yo». He aquí la más impecable demostración a la que apela el sentido común: «Preguntale a cualquiera. Te va a decir lo mismo que yo». «Yo» y «cualquiera» son idénticos. Ese «yo» está orgulloso de equipararse a «cualquiera». Eso le garantiza su pertenencia a la comunidad de «los sensatos». «Yo soy un tipo como cualquier otro» es ser sencillo, confiable, hasta humilde y sobre todo no engreído, no raro, no excéntrico ni incomprensible. Este poder aplastante, esta aplanadora de la libertad de los sujetos que es el sentido común, es el gran triunfo del poder mediático que ha logrado imponer un sistema de valores para todos. El sujeto del sentido común es el sujeto-Otro. Todos son «otros» para sí mismos porque todos están constituidos en exterioridad. Se trata de una comunidad de «otros». Claro que hay diferenciaciones, pero también están controladas. Hay un área de disenso que el poder centralizado mediático permite, favorece. No en vano gran parte de los valores del sentido común son los valores que propugna una sociedad democrática en la que todos pueden opinar libremente... lo que el poder mediático día tras día les dice qué opinar.

La derecha siempre pide «seguridad». Éste es un tema candente en el mundo, no sólo en nuestro país. El neoliberalismo de los noventa arrojó a la marginalidad, a la exclusión, al hambre, a millones de seres. Ahora, los que hicieron dinero durante esos años se sienten

inseguros porque los excluidos —en gran mayoría— se han transformado en delincuentes. En considerable, abrumadora medida, los trabajadores de ayer son los delincuentes de hoy. ¿Qué piden entonces los beneficiados con el capitalismo de la marginación y el hambre? Seguridad. Si hay un Gobierno que quiere abordar el tema de la seguridad, no por medio de la represión, sino por medio de la creación de fuentes de trabajo, los iracundos de la represión violenta son inmediatamente expresados por los medios. En rigor, lo correcto es decir: son constituidos por los medios. Son los medios los que impulsan la salida de la represión, de la policía brava, del gatillo fácil, de los métodos ultrasofisticados para frenar protestas multitudinarias, sociales. El ciudadano se despierta, sale de la cama, prende la radio, se prepara un mate y llegan hasta él todas las más atroces noticias —locales y no locales— sobre la inseguridad. La «seguridad» es un pedido típico de los poseedores. Precisamente porque eso son: poseedores. Los que nada tienen no piden seguridad. Salvo que estalle una guerra entre ellos, casi siempre instrumentada políticamente para demostrar que el Gobierno de turno «no controla nada». En esa encrucijada algunos no poseedores pueden pedir orden, pero otros están pagos para quebrar el orden, instalar la violencia. Volvamos al ciudadano que se despierta a la mañana. Vi un video de Capusotto que trataba bien esta cuestión. Pero lo vi de pasada en un programa al que había asistido. Desarrollaremos el tema por nuestros habituales medios. Habrá coincidencias con el talentoso Capusotto porque la temática es la misma. Como sea, ni él ni nosotros inventamos el tema. Lo inventaron los creadores radiales que quieren aterrorizar a «la gente» para justificar la represión, la policía brava, la mano dura:

—En Berazategui asaltan y violan a una mujer sola. Le roban todas sus pertenencias y luego le pegan cinco tiros. En Lomas de Zamora tres jóvenes drogados mataron a un kiosquero para robarle revistas y videos pornográficos. En San Isidro penetraron en una lujosa mansión varios malvivientes. Se llevaron a una joven de quince años y piden un rescate de diez millones de dólares. Estamos en comunicación con una prima de la víctima. «Qué tal. Qué nos puede decir». «Estoy desolada. Esto no se detiene más. Tengo miedo. Por mi prima y por mí». «Todos tenemos miedo, todos estamos en peligro. Pero hay que luchar por una sociedad que sepa y pueda defenderse a sí misma». «Hola, ¿me escucha ingeniero?». «Perfectamente». «Estamos al habla con el ingeniero Garrido. ¿Usted cree que los ciudadanos tienen el deber de armarse para repeler este flagelo?». «Es la única salida. Si el Estado no hace nada, tenemos que hacerlo nosotros». «¿Qué opina de la pena de muerte, ingeniero?». «Estoy a favor. Está absolutamente demostrado que la pena de muerte frena los delitos». «Algunos afirman lo contrario». «Serán delincuentes».

Acaba de salir, el 20 de enero, un dibujo de Miguel Rep que —afortunadamente— insiste en meterse con un problema grave de la Argentina. El facho-taxi. Ya hemos mantenido conversaciones con el amable señor Fernández, vicepresidente de la organización sindical de taxistas, que pertenece a ATE, pero el problema es complejo. Entre tanto, sigue asolando a muchos pasajeros. A otros les producirá satisfacción porque coincidirán con las opiniones de los tantos resentidos, fascistoides a ultranza que le arrojan a uno toda su patología no bien se acomoda en su asiento, antes incluso de que pueda abrir la boca. A veces antes de que pueda decir a dónde va. Me remito al trabajo de Rep. Lleva por título «Resentidolandia». Se ven claramente tres taxis. Las caras ofuscadas, enfurecidas, de sus conductores. Se ve a un

solo pasajero en uno de los taxis. Va recostado contra su asiento y tiene cara de estar sometido al discurso temible del conductor. Claro: el tipo despliega una rabia y un discurso tan violento que el pasajero se calla y acepta. Los textos son:

—Ya no se puede vivir.

—Son todos iguales.

—Acá se va a armar una que no la para nadie.

—Yo, en cualquier momento, me compro un chumbo. A mí nadie me lo va a prohibir.

—Todos los que viven en las calles son los que señalan para que otros vayan y roben.

—Hay que matarlos a todos.

(Ésta es la frase clásica no sólo del tacho-fascista sino de su clientela habitual: los argentimedios. Hay que matarlos a todos. La revista *Barcelona* propuso editar la revista de la clase media argentina. Su título era: *Hay que matarlos a todos*. Pensar lo que esto significa estremece. Pensar que la más numerosa clase social de la Argentina —o su colchón contra el «comunismo», como dicen los ideólogos de la derecha— tiene como frase identificatoria «hay que matarlos a todos» invitaría a la emigración si no fuera porque en Estados Unidos, Francia o Italia pasa lo mismo. Pero la virulencia del argentimedio y de su complemento el taxi-facho es inigualable).

—Qué quiere con un Gobierno de zurditos.

—Usted hoy no sabe si vuelve a su casa.

—Esto no cambia más. Hay que repartir palos.

—Vamos a ir cada vez peor.

—No sabe las cosas que se ven acá.

—Cada vez hay más autos, sí, pero más hambre. (¿Le importará realmente el hambre al argentimedio o al tacho-facho o ha recibido esa consigna a través de los medios-basura, del periodismo radial-letrina que escucha sin cesar durante todo el día?).

—Hay que hacer justicia por mano propia.

Gran tira de Rep, el dibujante —gran dibujante y artista plástico— que no se dedica a hacer humor. A veces lo hace. Pero sus trazos certeros lo llevan siempre al compromiso. Tuvo sus cambios de ideas con Fontanarrosa sobre ese tema. El Negro —amigo al que hemos querido y admirado— le sustraía su arte al compromiso social. No así como otros. No así como Hermenegildo Sábat, protegido por muchos, pero capaz de haber llegado a plasmar uno de los dibujos más amenazantes, más terribles de la historia del arte gráfico argentino. Ya nos vamos a ocupar de él pues tiene gran relevancia en un análisis del extremo al que puede llegar un medio que se propone amedrentar a un Presidente. Todos lo conocen: es ése en que Cristina Fernández aparece sofocada, enmudecida por un esparadrapo, técnica que practican los secuestradores, o que practicaban los grupos de tareas de la dictadura o cualquier grupo mafioso del mundo que secuestra a una persona. La técnica es ésa y sobre todo ésa: para secuestrar a una persona (delito de alta gravedad) hay que impedirle gritar. Para hacerlo, lo habitual es cerrarle la boca con un esparadrapo. No se le ocurrió otra cosa al intocable artista. Pero no queremos adelantarnos. Ya analizaremos la cuestión con verdadero detalle. La agredida —es decir, la Presidenta de la República— calificó al mamarracho ideológico (la calificación de mamarracho corresponde a su ideología de matonaje no a la «calidad» del dibujo que, conjeturo, era buena aunque algo apresurada por

los acontecimientos) de «mensaje cuasimafioso». Fue durante el conflicto con el llamado «campo». Algunos ya veían derrocado al Gobierno. Y hasta hubo un periodista que le exigió a la Presidenta que le ofreciera sus disculpas al señor Sábat. La víctima debía disculparse ante el victimario. Ese periodista no es un periodista. Hace tiempo que es un cuadro ideológico de la derecha y se caracteriza por una pasmosa agresividad, por un odio incesante, por una falta absoluta de matices. Libra una guerra y se vale de todo. ¡Cuántas máscaras han caído en estos años! Por un lado, mejor así. Ya todos saben quién es quién. Sin embargo, no eran así antes. Se han dejado ganar por un odio que les impide pensar. No faltan personajes semejantes del «otro lado». Pero es el conflicto de intereses que el gobierno de la Administración Kirchner desencadenó necesariamente y que se expresa en la mayor parte de América Latina, asediada por los golpes de una derecha antidemocrática detrás de la que están la CIA y la Embajada de los Estados Unidos. Lo que se hizo había que hacerlo, pero despertó en los afectados (básicamente: los defensores de los intereses de los noventa y los enemigos de los juicios a los militares desaparecedores) un odio similar al del primer gobierno de Perón y a la figura de Evita.

Eso que el argentimedio y su complemento el tacho-facho destilan constantemente es el sentido común que el poder mediático ha ido imponiendo. Veremos todavía más elementos de su rostro descompuesto por el resentimiento y la apenas contenida violencia.

La publicidad

El lenguaje del sentido común se ha expandido. Son demasiados los temas que acosan al argentimedio. Son tantos que su miedo y su odio (que son dos caras de una misma cara: la suya) se detienen sobre temas que antes ignoraban. Estos temas también agobian al argentibajo, el pobre, cuya pobreza, lejos de volverlo más noble y solidario, como pensaban ciertos utopistas del siglo XIX, ciertos románticos y hasta ciertos socialistas, ha puesto al rojo sus peores cualidades, ha hecho de él alguien mucho peor del que podría ser con un trabajo, un salario, una sociedad que lo incluyera. Ahora, también está lleno de odio contra la invasión de los hermanos latinoamericanos.

—¿Qué es eso de hermanos latinoamericanos? Yo no tengo ningún hermano latinoamericano. Mire si van a ser mis hermanos estos negros de mierda que se vienen de Bolivia o de Perú y nos invaden el país. Tienen que cerrar la inmigración. Si me quieren decir xenófobo que me lo digan. Pero a estos tipos hay que echarlos.

—¿Sabe lo peor? En la Villa estábamos tranquilos. Los del barrio de al lado también. Teníamos lo necesario y punto. A la mierda con lo demás. Pero llegan estos bolitas, estos paraguas y ¡viera un poco! No se puede creer. ¡Lo que laburan! En menos de un mes ya tienen una casa de material. Ya pusieron un negocio. Laburan todos. El tipo, la mujer, los hijos. Así, claro, nos dejan atrás.

—Perdone, Chiche, pero yo creo que el señor Posse tiene razón. No se les puede dar tanta rienda suelta a los chicos. Tienen que cerrar los boliches a las tres y punto. Y que entren a las diez. Si no, mire los desastres. Mire lo de Cromañón. ¿A usted le parece lo de Cromañón? Hay que frenarlos. Basta de jorobar con los aritos y todas esas porquerías que se ponen por ahí. Se las ponen hasta... bueno, usted sabe. Hasta ahí se las ponen.

—Vea, yo tengo hijos. Pero ¿le digo la verdad?, me tienen podrido. Yo les digo: ma sí, vayan, revientense por ahí y no vuelvan más. Se pasan el día tirados por los umbrales tomando cerveza. Después se van a una playa de estacionamiento que quedó vacía y toda la noche meta con el rock. ¿Usted lo entiende al rock? ¿Eso es música? ¿Tienen que reventarnos las orejas a todos para oír la mierda que oyen? Vea, yo soy tanguero. ¿Usted va a comparar? ¿Alguna vez escuchó a Di Sarli? «Yo tengo mi ranchito en la loma/donde cantan los zorzales». ¿Alguna vez escuchó «Verde mar»? ¿Va a comparar «El día que me quieras» con la mierda que cantan estos descerebrados? El rock los vuelve locos. ¿Y sabe por qué? Porque antes de escuchar rock ya están locos, ya están destruidos, hechos una piltrafa. Ya se dieron con droga, o con Éxtasis, o con Speed, o con Bull que es peor. ¿Usted sabe la cafeína que tiene una lata de Bull, una de Speed? Las de Speed se las toman como agua. Y después el Viagra. ¡Mire si yo a la edad de estos pibes iba a necesitar un Viagra! ¡Por favor! Le pregunté a mi hijo: «¿Para qué mierda tomás Viagra si tenés dieciséis años?». Se sacó una cajita del bolsillo y me la tiró por la cabeza. «Tenés razón. Tomátelo vos, viejo impotente. La vieja me cantó la justa. Estábamos en el bondi. Yo la acompañaba al médico porque sufre de los nervios, dice la pobre. ¿Sabés qué le dijo el médico? “Usted no sufre de los nervios, señora. Dígale a su esposo

que cumpla con sus deberes maritales”. Así que tomáelo vos el Viagra y hacela un poco feliz a la vieja. Si no, cualquiera de estos días volvés y la encontrás en la cama con el portero. O con algún amigo mío. Que, con gusto, se lo voy a conseguir. Porque la vieja, enterate, todavía está buenísima».

—Es el mal ejemplo de los políticos, señor Castro. Es como usted dice. Este Gobierno no tiene moral y eso se le contagia a toda la sociedad. Sobre todo a los jóvenes. Después, la falta de educación. ¿Van al colegio? ¿O se van por ahí a perder el tiempo y a darle a la cerveza? ¿Cómo dice? ¡Claro que sí, señor! Es la blandura del Gobierno. Mire, hay dos manos. Una blanda. Y una dura. La mano blanda acaricia pero no educa. La mano dura castiga ¡pero educa! Y no hay educación que supere a la que el castigo impone. Nada como el castigo para formar a los hombres. Siempre fue así. La letra con sangre entra. Con la sangre se aprende mucho.

—Sí, señor Castro. Soy profesor de literatura. Cada vez tengo menos alumnos porque no vienen. Y a veces, le digo la verdad, eh, se lo digo con el corazón en la mano, les tengo miedo. Pero les recito los consejos de Martín Fierro a sus hijos. Me los sé de memoria. ¿Me permite decirlos? ¿Otra vez? ¿Cuándo? ¿Hola, hola? Ta madre, este turro me cortó. Les voy a decir a mis alumnos que le hagan una visita. Que lo rompan todo, les voy a decir. Digo yo, ¿no es extranjero este turro? ¿No es otro que vino a robarnos el país? ¡Claro! ¡Qué mierda le va a importar el *Martín Fierro* si ni argentino debe ser! De Nacional debe ser. Ni siquiera de Peñarol. ¡Qué va a ser de Peñarol este...! Yo le voy a enseñar a cortarme el derecho a mi palabra libre en este país de hombres libres. La París de América Latina. ¡Ni un negro hay aquí! Habrá morochos, cabecitas, pero negros, lo que se dice negros, ¡ni uno!

Periodista:

(Detiene un coche).

—Señor, eso que usted ve es la marcha del orgullo gay. ¿Qué opinión le merece?

(El periodista le acerca el micrófono. El tipo tiene una cara de asco y de odio y de furia que —todo junto, todo mezclado— mete miedo. A su lado, su mujer. Se la ve más serena. Pero asustada. Sospecha lo que ocurrirá).

Automovilista:

—¿Usted quiere mi opinión sincera, sin vueltas?

Periodista:

—Su más pura verdad, señor.

Automovilista:

—Hay que colgarlos de las pelotas.

Periodista:

—No todos tienen pelotas, señor. Algunas son lesbianas. En realidad, hay casi tantas lesbianas como pu... Eh, gays.

Automovilista:

—Mire, se la hago corta: hay que matarlos a todos. (La mujer lo sacude de un brazo. Trata de contenerlo). ¡Dejame tranquilo, vos! ¡Qué! ¿Vas a defender a estos enfermos?

(La mujer logra asomarse por la ventanilla).

Mujer (al periodista):

—Hay que comprenderlos, señor. También son seres humanos.

Automovilista:

—En casa te rompo la jeta. (Arranca ruidosamente y desaparece).

Periodista:

—Ha sido la opinión de la calle, Chiche.

Heidegger, la ciudad demoníaca y la pureza de la tierra

Aunque los filósofos que más posan de serios (Hans-Georg Gadamer, por ejemplo, que, además, era serio) tratan con desdén los capítulos de *Ser y Tiempo* dedicados a la autenticidad y a la in autenticidad, nosotros creemos (con tanta seriedad como ellos) que son de alto valor filosófico y siguen teniendo gran vigencia. (Casi todo *Ser y Tiempo* sigue teniendo vigencia, no así el segundo y hasta el tercer Heidegger y su fatal deslizamiento hacia la mística del Ser). Heidegger tenía una repugnancia por la ciudad entendida como concentración de lo moderno, de lo cosmopolita, del libertinaje, de los vicios. Era casi sarmientino. Pero al revés. Si Sarmiento veía en las ciudades el símbolo del progreso y en las campañas la barbarie del atraso, Heidegger no. Para él, la ciudad-pecado era Berlín. Berlín durante la República de Weimar. Por el contrario, la pureza de la verdadera Alemania reposaba en las provincias. Que Weimar haya sido ese templo de la perdición que Heidegger vio es discutible. (Todo es discutible. No bien se afirma algo sobre algo, viene alguien que dice que no es así. Que la verdad es otra. De modo que nadie deberá sorprenderse por encontrar visiones de Weimar opuestas, no sólo las de Heidegger, sino la de textos clásicos sobre esa caótica y frágil República, que podría tener todas las más maravillosas corrientes, las mejores intenciones de esta Tierra, sus intelectuales más brillantes o más dignos de figurar entre ellos, pero fue patéticamente incapaz de impedir que la muerte tecnificada, que la forma más inhumana de lo humano se adueñara de Alemania). Leemos: «El Weimar con el que más familiarizados hemos estado es el de la bohemia cínica y el del radicalismo del Berlín de entreguerras —el de Brecht y Weill, el de George Grosz, el de la Kroll Opera— transmitido a las generaciones posteriores a través de los retratos que se encuentran en *Mr. Norris cambia de tren* y en *Adiós a Berlín* de Isherwood, y más tarde en la película *Cabaret*»^[20]. De esta «República del pecado» extraerá Heidegger sus ricas reflexiones (posibilitadas por la fenomenología) sobre el *Das Man*. Es decir, sobre el «sé». Sobre lo anónimo. Sobre lo que todos dicen. Lo que todos piensan. Lo que todos hacen. Pero vayamos de a poco. Hay que entender este odio a la Modernidad. En nuestra novela *La sombra de Heidegger* hay una adecuada descripción del asco que provocaba en un cuadro de las SA la República de Weimar, más específicamente: Berlín^[21]. Es la siguiente: «Rainer odiaba el desquicio de la República de Weimar. Odiaba a sus políticos corruptos y mediocres, a sus sindicatos en manos del bolchevismo, a los financieros judíos y a esa turbia ausencia de identidad, a ese cosmopolitismo obsceno. Había que volver a la tierra y a la sangre, decía. Y siempre que hablaba de la urbe contaminada, del hacinamiento, de la peste, de la in autenticidad, del espacio en que el Ser era olvidado y los hombres se entregaban a la lujuria de los entes bajo la modalidad del dinero y el sexo, una palabra, la palabra que señalaba una ciudad, salía de su boca con la violencia de un escupitajo: Berlín. Yo no conocía Berlín. Rainer me llevó y no se privó de decir que ese viaje sería un viaje a las entrañas del Infierno»^[22]. Rainer, el militante

de las SA de Röhmer, lleva a Dieter Müller, el protagonista de la novela, el discípulo de Heidegger, su sombra, a través de su odiada Berlín: «Berlín era una geografía helada pero, antes que eso, mucho más que eso, era un hervidero de pasiones desmedidas, de presagios. Este ardor aniquilaba el frío, era el ardor del odio y ya quemaba. Rainer me habló de infinitas cosas, pero, de a poco, su repugnancia, su odio por el cosmopolitismo decadente, se concentró en un antro, esta palabra usó, de diversión nocturna, un engendro berlinés que resumía todas las bajezas de la democracia, del parlamentarismo socialdemócrata, del cosmopolitismo judío, de la decadencia afrancesada (el “inmundo”, dijo, “espíritu de Baudelaire, ese enemigo espiritual de Hölderlin”) y la opulencia de la vieja aristocracia germana, alcoholizada hasta la imbecilidad o la demencia, estragada por los vicios de la derrota. Esa creación pestilente, demoníaca, dijo, era el *Cabaret*. La misma noche en que llegamos decidió llevarme al peor de todos. Al Kit Kat Club, cuyo repugnante presentador, un clown tal vez patético pero —igualmente— la encarnación de la pesadilla y la imposibilidad de la Alemania auténtica, saludaba al público, no en alemán, sino en tres idiomas: *Willkommen, Bienvenu, Welcome*. ¿Te das cuenta, Dieter?, decía Rainer. En el país en que se habla la lengua de Hölderlin, de Hegel, de Nietzsche, en este país, este imbécil dice *bienvenu* y *welcome*, habla el idioma de la Francia decadente y del mercantilismo judeo-norteamericano»^[23]. El dios nacionalsocialista reposaba en la naturaleza. Era la naturaleza. El nazismo abjuraba del cristianismo (como Nietzsche) y del judaísmo. Nada quería tener que ver con las religiones monoteístas. Hitler decía: «El hombre ha descubierto en la naturaleza la maravillosa noción de ese ser todopoderoso cuya ley venera (...) el hombre que vive en comunión con la naturaleza necesariamente se encontrará a sí mismo»^[24]. Esto permite entender por qué Hitler vio con satisfacción el aniquilamiento del pueblo alemán. (Algo que muestra con rigor el film *La caída*). El pueblo alemán, la raza aria, ha sido elegido por la naturaleza como la raza pura, la raza superior. Al ser la naturaleza la expresión y el lecho en que Dios reposa, el pueblo ario se transforma en el pueblo elegido. De aquí que Hitler le confíe a Albert Speer: «Si el pueblo alemán sucumbe en esta lucha, será porque ha sido demasiado débil. En ese caso, no habrá superado su prueba ante la Historia y únicamente estará destinado al hundimiento»^[25].

Publicidad y mercancía

Volvemos a Heidegger. Buscamos articular sus descripciones fenomenológicas del mundo «inauténtico» del Berlín de Weimar con la pasión nacionalsocialista por la tierra. Había algo que Heidegger no veía y nunca quiso ver o interpretó de un modo benévolo, tan benévolo que purificaba las relaciones del nazismo con la técnica. En tanto él se entregaba a la exaltación, a la reverencia de la tierra pura de la pura Alemania, del mundo campesino como símbolo de la pureza, los nazis, que compartían ese criterio, se armaban simultáneamente para la guerra. Hitler vio claro que sin un poderío técnico-bélico formidable no podría llevarse a cabo ese panteísmo rural que depositaba en la tierra y en la pureza de la sangre los derechos nacionalsocialistas de conquista del mundo basados en la superioridad del ario puro. De modo que se lanzó a negociar con todo el universo capitalista. Y éste, precisamente éste, es un momento de la historia para comprender el capitalismo. Todos querían frenar la ola roja. Hitler no era un enemigo. Era un temperamental dispuesto a frenar el comunismo. Así, héroes como Charles Lindbergh (el célebre aviador que cruzó por primera vez el océano Atlántico —¡y que el buenazo de James Stewart hizo en cine en una película que lo glorificaba!— y célebre también por el rapto de su hija), Henry Ford, el pianista chileno Claudio Arrau, las grandes empresas petroleras norteamericanas y los Krupp de Alemania se pusieron a sus órdenes. Poco le habrá importado al *Führer* uno que otro concierto de Arrau, aunque le daba prestigio y esto nunca lo desdeñó el nazismo, que fue un movimiento radicalmente cultural, con un enfoque propio, particular de la cultura de Occidente que practicó de modo incesante. (La Orquesta del Reich, la Filarmónica de Berlín, que condujo el superlativo, el impar Wilhelm Furtwängler, fue decisiva en el encuadre cultural nacionalsocialista. A Furtwängler lo sucedió o se alternó con él Herbert von Karajan, dos geniales batutas, dos músicos como hubo pocos en el siglo xx). Henry Ford (autor de ese libelo antisemita llamado *El judío internacional*) le entregó al *Führer* todo cuanto le fue posible para su maquinaria bélica. Hitler lo condecoró con la Gran Cruz de la Orden Suprema del Águila Alemana. La General Motors no se privó de hacer algo semejante: «En el momento de estallar la guerra, GM y Ford controlaban el 70% del mercado automotor alemán y rápidamente se reconvirtieron para proveer material bélico al ejército nazi (...). Cuando Hitler llegó al poder en 1933, los acuerdos suscritos por la Standard Oil e IG Farben continuaron, y gracias a ello los alemanes obtuvieron las patentes esenciales para el combustible de aviación (...). Paradójicamente, el producto con el cual los bombardeos sobre Londres fueron posibles, fue remitido a Alemania desde la subsidiaria inglesa de la Standard Oil. La Standard Oil también proveyó al Japón de ese estratégico componente»^[26]. Importa señalar que —en ese momento— no había ningún enfrentamiento entre el Occidente libre y cristiano y la barbarie nazi. Es como Kissinger con Videla. Le podría haber dicho: «Usted es un carnicero, general. Lo sabemos. Nosotros somos democráticos y no hacemos pactos con carniceros». Pero aclaró: «Siempre y cuando no nos quede más remedio. Siempre y cuando

estén, como está usted, al servicio de los intereses de los Estados Unidos de América. Mate a todos esos comunistas. Cuenta con nuestro respaldo»^[27].

A Hitler le dijeron lo mismo: «*Führer*, ¿qué necesita para frenar a los rojos? No queremos que Alemania caiga en esas manos. Puede ser peligrosísimo para las democracias occidentales y la causa de la libertad. Usted tiene un estilo que, en fin, no es el que más nos agrada. Es un poco frontal. Pero aquí, en Alemania, lo tenemos a usted. Usted tiene esa misión y nosotros estaremos a su lado. Además, haremos buenos negocios».

Entre tanto, Heidegger pastoreaba por la Selva Negra. Le llega una proposición incómoda: le ofrecen el rectorado de la Universidad de Berlín. ¡Berlín, el tumultuoso reino del pecado y la inautenticidad! El filósofo duda. Camina de un lado a otro. ¿Cómo obtener una certeza indubitable? Sabe la respuesta: en la tierra, en los hombres que trabajan la tierra, en los campesinos, en la pureza de sus almas incontaminadas. Hacia ellos se dirige. Luego escribirá un texto axial en su producción, definitivo para comprender sus opciones políticas y la visión que tuvo del cosmopolitismo berlinés, de la existencia inauténtica y de una de sus expresiones más paradigmáticas: la publicidad. El texto lleva por título: «¿Por qué permanecemos en la provincia?». Queremos señalar claramente desde dónde hace su crítica Heidegger para luego decir que eso no la invalida. Atención: cuando Heidegger escribe *Ser y Tiempo* ni se ha acercado al nazismo. (Lo ha hecho, desde muy temprano, su esposa: Elfride Heidegger, mujer profundamente antisemita. Había escrito panfletos para las SA de Ernst Röhm). Su repulsión por el cosmopolitismo de Weimar coincidía con el de los oficiales nazis, pero él lo hacía desde una concepción ontológica: ese cosmopolitismo era la imposibilidad del estado de abierto al Ser. De modo que vayamos con cuidado. Que no se crea que las valiosas reflexiones de Heidegger sobre el mundo de la inautenticidad eran las de un simple nazi. No, no lo era cuando las hizo. Nada les quita su densidad. En cuanto al ofrecimiento de la Universidad de Berlín, lo rechazó. Pero antes hizo sus consultas con los hombres que atesoraban la sabiduría de la tierra: los campesinos. Otra vez recurrimos a un texto nuestro: «Esta faceta campesina fue una de las más señaladas características nazis de Heidegger». El orgullo de permanecer «en la provincia» lo constituía. Su cercanía, su contacto con los campesinos le daba la certeza de la autenticidad. «En el Reich de Hitler (escribe Theodor Adorno), Heidegger rechazó un llamamiento a Berlín (...). Él lo justificó en un artículo titulado “¿Por qué permanecemos en la provincia?”». (Theodor Adorno, *La ideología como lenguaje*, Taurus, Madrid, 1971, p. 68. Hay una nueva edición de Akal, en la cual este ensayo de Adorno que, en verdad, se llama *La jerga de la autenticidad*, acompaña a la *Dialéctica negativa*). El texto es célebre y exhibe la pasión rural de Heidegger como pocos. «Cuando en la profunda noche de invierno se desencadena una fuerte cellisca que sacude la cabaña, cubriéndolo y envolviéndolo todo, entonces es el alto instante de la filosofía». (*Ibid.*, p. 68). Sigue la cita: «Y la actividad filosófica no transcurre como la apartada ocupación de un tipo raro, sino que está en el centro del trabajo de los campesinos». (*Ibid.*, p. 69). Bien, reflexionemos sobre este punto: ¿necesita un campesino emitir una opinión? ¿No es todo él mucho más que una opinión? El que necesita de las palabras es el hombre de la ciudad, el hombre de la impureza que requiere justificarse. El campesino está en la tierra y la autenticidad reside ahí. Heidegger, por las tardes, se acerca a los campesinos. Lo hace cuando descansan. Se sienta junto a ellos en la mesa del rincón, ante la estufa «y entonces, en general,

no hablamos nada; fumamos en silencio nuestras pipas». (*Ibid.*, p. 69). Se produce el llamamiento de la Universidad de Berlín. Heidegger debe hallar una respuesta. (Esto es anterior al rectorado en Friburgo). ¿Dónde encontrarla? Sólo hay que prestar atención a lo que dice el entorno de su cabaña. «Escucho lo que dicen las montañas y los bosques y las casas de labranza. Voy a ver a mi viejo amigo, un campesino de 75 años. Él se ha enterado por los periódicos del llamamiento a Berlín. ¿Qué dirá él? Introduce lentamente la segura mirada de sus claros ojos en la mía, mantiene la boca rígidamente cerrada, me pone sobre el hombro su fiel y circunspecta mano y mueve la cabeza de un modo apenas perceptible. Esto quiere decir: inexorablemente ¡no!»^[28].

Heidegger permanece «en la provincia». Fue desde ahí que en *Ser y Tiempo* describió con eficacia aún vigente la impropiedad (la existencia en la modalidad de lo no-propio) del hombre de las grandes ciudades. Ese hombre vive constituido desde afuera. Lejos de ser un sujeto constituyente (ante todo, de sí mismo) es un sujeto constituido. ¿Qué es lo que constituye desde afuera a este sujeto y lo condena a vivir en el modo de la impropiedad? Habrá que verlo. (No se pertenece a sí mismo, ¿a quién le pertenece entonces? ¿No nos estamos acercando al sujeto-Otro?). Vive bajo «el dominio de los otros». Vive sometido por las «habladurías» y por la «avidez de novedades». ¿Quién crea incesantemente «la avidez de novedades»? La publicidad. En sus dominios —basados todos en la manipulación— brillan la mentira, el deslumbramiento mentiroso, la promesa imposible y mil cosas más. La publicidad le es esencial a la mercancía. Pero esto lo veremos por medio de Marx. ¿Qué sistema de producción se esconde detrás de una publicidad de Yves Saint-Laurent? ¿Qué contrato de trabajo, qué salario, qué plusvalía hay detrás de la espléndida imagen de Charlize Theron caminando hacia cámara y despojándose de sus joyas hasta quedar semidesnuda porque lo único que le importa es llevar encima su perfume Yves Saint-Laurent? ¿Y si detrás de esa trusa y ese *soutien* que exhibe Araceli en sus ratoneantes carteles callejeros hay un galpón donde se realiza trabajo esclavo? De saberlo, ¿veríamos esa propaganda de la misma manera la próxima vez? Eso es lo que oculta —esencialmente— la mercancía. Araceli también es una mercancía. Un producto. Suele decirse: «se produce». Pero su trusa y su *soutien* ocultan con su brillo (y con el brillo del bello cuerpo al que se adosan) las condiciones sociales de producción. En las prendas, en el mundo textil, esas condiciones son las de la esclavitud. En pleno siglo XXI ha revivido la opresión feudal de los siervos de la gleba.

Todavía la publicidad. El sentido común

Vamos a intentar llegar a fondo con el tema del sentido común. El *Discurso del método* empieza justamente con un análisis de esa cuestión y será atinado recurrir a él como punto de partida. En 1637, en Holanda, junto a una estufa (según se sabe), M. Descartes escribió la primera frase de su texto agradable, claro, narrado en primera persona casi como un relato de aventuras (la aventura de la fundación y fundamentación de la subjetividad capitalista) en francés, tal como escribiría el resto del texto. No quiso escribir en latín porque —sin duda anhelando una gran trascendencia histórica para sus ideas— no quería ceñirse ni someterse a la lengua de la religión aristotélico-tomista que venía a derruir. O a dejarla de lado en tanto *subjectum*. De ahí en más, el *subjectum* (lo que subyace a todas las cosas en tanto fundamentación de ellas mismas) será la subjetividad del hombre. El hombre se coloca en la centralidad de la historia^[29].

Descartes escribe: «Le bon sens est la chose du monde la mieux partagée: car chacun pense en être si bien pourvu, que ceux mêmes qui sont le plus difficiles à contenter en toute autre chose n'ont point coutume d'en désirer plus qu'ils en ont»^[30]. No creemos elegir la mejor traducción, pero nos remitiremos a la de Luis Arenas para Biblioteca Nueva, Madrid. La de Losada es excelente. Pero seguiremos al señor Arenas que tiene además la virtud de ofrecer algunos buenos comentarios de su propia cosecha. El texto que citamos dice: «El buen sentido es la cosa que mejor repartida está en el mundo, pues todos juzgan que poseen tan buena provisión de él que aun los más difíciles de contentar en otras materias no suelen apetecer más del que ya tienen»^[31]. El señor Arenas —a pie de página— hace el siguiente, atinado comentario: «En el fondo se trata [la frase: el buen sentido] de lo que en castellano denominaríamos “sentido común”, acaso una traducción menos fiel del *bon sens* francés desde el punto de vista etimológico pero más proporcionada a su contenido semántico. “Sentido común” recoge, en efecto, matices que permiten entender la clase de razón por la que abogará Descartes cuando, más abajo, establezca una identidad de significado entre “buen sentido” y “razón”: tener un *bon sens* autoriza, por ejemplo, a calificar a su poseedor no sólo de sujeto racional (...) sino sobre todo de sujeto razonable»^[32]. Señala luego, el traductor de Descartes, que el buen sentido es «la única cosa que nos hace hombres». Y que, medio siglo más tarde, Kant, en su *Crítica del juicio* (parágrafo 40), se referirá al *sensus communis* como «lo menos que se puede esperar siempre del que pretende el nombre de hombre».

Volveremos sobre estos temas. El sentido común es esencial en nuestra tesis de la apropiación de la subjetividad por parte del Poder. Descartes y Kant eran filósofos del sistema capitalista, de la burguesía en ascenso, de la clase más revolucionaria de la historia, en palabras de Marx, y hasta donde nos hemos acercado a ellos —no todo lo debido aún— verificamos que ese *bon sens* les suena como melodía a sus oídos. ¿Qué dice esa melodía? Es una melodía que todos construyen y no tiene una sola nota disonante. Sin embargo, ¿era el sentido común del ciudadano Descartes el del Poder medieval o su duda metódica significa

un agujero fatal en esa malla de acatamiento? ¿Pudo haber dudado de todo si no hubiera dudado también del sentido común de su época? Por ahora, digamos lo siguiente: se lo admita o no, el *Discurso del método* es una rebelión contra el sentido común aristotélico-tomista. Ahí radica su valor como una filosofía de la insurrección del homo capitalista. Olvidemos aquí la interpretación de Heidegger que se ha transformado en un credo laico para los filósofos de Occidente que abominan del *cogito* cartesiano. Esa Modernidad que Descartes inaugura en el modo de la subjetividad es la modernidad capitalista. Ese sistema aún continúa imbatible y es muy posible que las cosas sigan así. Tengo a la mano un libro de un periodista de *Le Monde* que lleva por nombre: *Para salvar al planeta, salir del capitalismo*. Este periodista es Hervé Kempf y su optimismo conmueve. Comete un error. Dice que el capitalismo «se apresta a concluir su corta existencia. Tras dos siglos de desarrollo extraordinario, la humanidad se desembarazará de esta forma transitoria, eficaz pero violenta, exuberante pero neurótica». La frase figura en la contratapa del libro. Esto no significa que meramente lo hayamos «solapeado». Pero acaso no merezca demasiado más. Ante todo, el capitalismo no tiene dos siglos de existencia. Se fue adueñando de la base real de la sociedad desde la conquista de América. ¿Qué pretende Kempf? ¿Qué el capitalismo y la modernidad nacen con la Revolución Francesa? No. El capitalismo nace desde que comienza a liquidar alevosamente al feudalismo. Marx lo describió como nadie. Y dijo: el Mago no puede dominar sus conjuros. Pero Marx contaba con otro Mago. Con el que habría de contener al Mago extraviado, incontenible en su codicia, que no se detendría hasta destruir el planeta. Era el proletariado industrial. Liquidado éste, ¿quién frenará hoy al Mago loco burgués? Nadie. El mundo está entregado al capitalismo y este sistema necesita agotar al planeta para sobrevivir. Nada parece poder contenerlo. ¿Salir del capitalismo? Señor, Kempf, usted es sólo un periodista de *Le Monde* trastornado espiritualmente por la tragedia de Chernobyl. Nos aguardan otras peores. No sabemos si lo sabe. Todo el sistema de protección de plantas nucleares es totalmente insuficiente y sobre todo en las nuevas potencias (con arsenal nuclear y, desde luego, sus correspondientes plantas) que surgen en el mundo con una rapidez y una irresponsabilidad pavorosas. Usted (también en su jugosa contratapa) escribe un texto casi adolescente: «Otro mundo es posible, es indispensable». Que sea indispensable no significa que sea posible. Suponemos que lo sabe. «Está a nuestro alcance». ¿Le parece? «El capitalismo se está transformando e ingresando en una fase mortífera: genera, a la vez, una crisis económica mayor y una crisis ecológica de magnitud histórica. Para salvar al planeta hay que salir del capitalismo, construyendo una sociedad donde la economía no sea más que una herramienta, donde la cooperación le gane a la competencia, donde el bien común prevalezca sobre el lucro». El capítulo final del libro tiene un título de reminiscencias kantianas: «Hacia la paz eterna». ¿Este hombre habla en serio? Concluye: «¿Podemos evitar que los gobiernos capitalistas impongan una respuesta autoritaria intentando un “relanzamiento” tan ecológicamente perjudicial como inútil? No lo sé. Frente a las oscuras perspectivas, llegó la hora de los hombres y las mujeres de corazón capaces de hacer brillar las luces del futuro»^[33]. Los hombres y las mujeres de corazón lucharán hasta el final contra la autodestrucción capitalista del planeta. Nosotros y muchos más en la Argentina estamos comprometidos en esa tarea. Pero —por favor— que nadie crea que nuestra lucha hará brillar las luces del futuro. El futuro no tiene luces. El futuro no existe.

Se crea. Se construye. Hay una lucha por hacerlo a la medida de nuestros sueños. Pero sólo eso. Nuestros enemigos son ultrapoderosos. Y ellos también buscan las luces de su futuro. Y también se creen los portadores de lo mejor y de lo único posible para la humanidad. Y tienen sometido a medio mundo. ¿Saben por qué el capitalismo tiene que arrasar con la ecología? Porque las corporaciones —a través de esa fuerza demoníaca de despertar pulsiones compulsivas— les dicen a los receptores de todo el mundo: compre mayonesa, coma carne, coma pescado, consuma los mejores aceites, las deliciosas sardinas, los pulpos con aceite de oliva, coma tiburón, coma pez espada, aféitese con esta crema que viene en el mejor y más efectivo aerosol del planeta, beba agua de los mejores manantiales que ya queda poca, haga pesca submarina, haga caza mayor. Sí, idiotas, hagan caza mayor como Sarah Palin. ¿No la vieron? ¿No vieron la supremacía de la técnica sobre un pobre siervo, bello pero indefenso porque es un desdichado animal inferior comparado con el desarrollo infalible de la técnica armamentista? Usted, blasfemo, dirá que el siervo le pareció más bello que Sarah Palin. Que le pareció una asesina cuando, con ese poderoso rifle de mira telescópica, lo asesinó, asesinó la belleza, asesinó al padre de Bambi, que es también un fruto del capitalismo que sabe entregarnos maravillosos dibujitos de la Disney Corp. para someternos. Pero ¿por qué cree usted que trascendió esa crueldad de la señorita Palin? ¿Cree que fue una casualidad? No, fue un mensaje atemorizante del Tea Party, de la extrema derecha norteamericana. Así es como matamos. Así es como mataremos a quienes se nos opongan aquí y en cualquier parte. Si la señorita Palin no tuvo piedad con ese siervo, menos la tendrán nuestros *marines* con los terroristas y los iraquíes y los iraníes que son mucho más feos, sin duda alguna. Volvamos a la publicidad. Que es una creación incesante de necesidades innecesarias. Pero no bien algo nuevo aparece en la pantalla de su televisor, usted, o sus niños, o su marido lo quieren. ¿Cómo va a detenerse la devastación del planeta si el capitalismo es un sistema de creación de necesidades para vender mercancías? Y más todavía. La industria armamentista es feroz. ¿Ustedes creen imaginar la crueldad, la insensibilidad mortal de esa industria? Posiblemente sí. Porque creemos tener lectores inteligentes y para ellos escribimos (no para ingenuos, que necesitan consuelos fáciles como el buen periodista de *Le Monde*, Hervé Kempf). Los magnates de los juguetes de la muerte (que son carísimos y cada vez más sofisticados) ven a los Presidentes y les dicen: «Señor Presidente, la producción ha bajado de un modo que nos preocupa. Necesitamos incrementar las acciones bélicas en Irak. Y si es necesario, una nueva guerra. No aquí tal vez. Pero somos capaces de crearla en cualquier parte del mundo. No podemos detenernos». Ésta es la consigna central del capitalismo: No podemos detenernos. Pero —desdichadamente— hay algo peor: no hay nada que nos detenga. Sólo los que saben que hay que reducir el apocalipsis. Demorarlo. Acaso, milagrosamente, impedirlo. Pero esta imposibilidad deberá surgir de una falla en el funcionamiento del sistema, como acaba de pasar. Sí, es posible que el terror a la catástrofe frene la codicia o la modere. Sólo así. Y todo ese monumental desquicio alimentado por nuestros pequeños emprendimientos. ¿Dónde está tu proletariado industrial, Karl Marx? ¿Dónde está ese sujeto histórico redentor de la historia humana que iba a frenar al Mago diabólico que no podía ni sabía frenarse a sí mismo? ¿Dónde está el Brujo majestuoso y sabio que le quitará al Ratón Mickey su bonete de Mago (que Mickey, alocado, seducido por la destrucción, le arrebató mientras dormía) y se lo pondrá en su prudente cabeza?

¡Sí, el sujeto cartesiano es el del hombre capitalista! Sí, este hombre vino a arrasar el planeta dominado por la pulsión de su sed de ganancias. Vino a hacer guerras, a torturar, a esclavizar. ¿Qué le opone Heidegger? El ser. Ninguno de nosotros conoce ni conocerá al Ser. El ser es como Dios. Simplemente no está. En la *Crítica de la razón dialéctica*, con una sola frase, Sartre destruye toda esa maquinaria pomposa, solemne, insoportablemente repetitiva (Heidegger, a partir de *Ser y Tiempo*, dice casi siempre lo mismo, es agobiante) del supremo pastor del ser. Escribe Jean-Paul Sartre: «El ser puro de significación no se encuentra en ninguna parte en la experiencia humana». Emmanuel Levinas dice: «El error del existencialismo fue reducir el ser al ente antropológico». Falso. Sartre no se desvive por el ser. A nosotros, el ser, como Dios, no nos importa, no sabemos si existen o no, no les concedemos ni la incomodidad de pretender demostrar su inexistencia. Simplemente, no aparecen. Están los hombres, sus padecimientos, las guerras, la tortura, los empalamientos, los genocidios, las bombas incendiarias, los intereses energéticos. En este mundo vivimos. ¿Qué nos importa el claro del bosque?

«Esto en lo que el hombre vive ya no es la Tierra»

Por favor, concédannos toda su esmerada atención: cuando *Herr* Heidegger, en el reportaje de *Der Spiegel*, dice, atrozmente indignado: «¡Esto en lo que el hombre vive ya no es la Tierra!». Tiene razón. ¿Y qué esperaba? ¿Que el ente antropológico, que el amo de lo ente, no hiciera de la Tierra otra cosa de la que era? ¿Qué esperaba? ¿Que el capitalismo vegetara eternamente en el idílico e idiota escenario de la Selva Negra? ¿Qué sabe Heidegger del hombre? Más sabía Hobbes. Más sabía el Dostoyevski de *Memorias del subsuelo*. Más sabía el Freud de *El malestar en la cultura*. Más sabía el Roberto Arlt de *Los lanzallamas*. Y de *El juguete rabioso*^[34]. En ese mismo reportaje también dice Heidegger, horrorizado: «¡Todo funciona!». ¡Vean qué horror! El Maestro de Alemania se indigna porque todo funciona. Porque el tecno capitalismo ha conducido a las sociedades a un nivel de confort realizado a expensas de la naturaleza. ¿Y, qué pretende este hombre, este campesino obstinado por el culto de la tierra y de la sangre? ¿Seguir fumando la pipa con su amigo de ojos claros? ¿Qué cree que puede saber del mundo actual ese pobre bruto ario puro y parte de la santa tierra germana? Nada, nada de nada. Si Heidegger se hubiera enterado de otros territorios, como los que nosotros habitamos, la marginalidad, la periferia, la subalternidad, el subdesarrollo, los países pobres, a los cuales él consideraba la basura del Espíritu, se habría enterado de que aquí nada funciona. ¡Qué placer habría sido meterlo a Heidegger en la Villa 31! «Mire, *Herr* Rektor, ¿qué ve usted funcionando aquí?». Y también a Foucault: «Querido, bienintencionado Michel, aunque furioso anticomunista Michel (y nosotros, con perdón, desconfiamos de los furiosos anticomunistas, nunca terminan bien), ¿ésta es la sociedad disciplinaria?». Bueno, si pudieras Michel, traenos la sociedad disciplinaria porque aquí, en este lodazal de la condición humana, vendría —inicialmente— muy bien. Como dijo célebremente Nancy Fraser: *If that's discipline. I'am for it!*^[35]

Entramos en Heidegger. Creemos haber aclarado que los elementos (valiosísimos) que tomaremos de él estarán despojados de otras implicancias: tanto ontológicas como políticas. Pierre Bourdieu, por ejemplo, insiste en sostener que el concepto de errancia es antisemita, ya que el judío se distingue por la errancia y no por la permanencia, por el arraigo en alguna tierra que haya elegido para vivir. (Evidentemente esta cuestión está terminada: le bastaría a Heidegger ver a un soldado del Ejército israelí entrando en territorio palestino armado hasta las uñas —por no repetir eso de los dientes— para comprobar que el pueblo elegido —como también lo creían de sí los arios puros— es hoy un pueblo artillado y en permanente estado de guerra. Que vive en una situación difícil, rodeado de enemigos que han jurado aniquilarlo. Pero cuya dirigencia ortodoxa, tradicionalista, no hace mucho por alcanzar un diálogo que abra las puertas de una posibilidad de entendimiento, de paz). Para nosotros, el concepto de errancia estará mucho más cerca del *zapping* de nuestros días que de todas esas implicancias raciales que se le suelen dar. Tomamos a Heidegger como un privilegiado

testigo de la vida in auténtica de la República de Weimar, de ese Berlín de entreguerras, socialdemócrata, que poco hizo para impedir la llegada de Hitler al poder. La República de Weimar entregó durante mucho tiempo, por medio de numerosas facetas, la patética imagen de estar bailando en el *Titanic*. Donde, en efecto, bailaba. Ese *Titanic* se llamaba Tercer Reich. Y ese Tercer Reich se constituyó bajo las narices, la indiferencia o la aprobación de la socialdemocracia de Weimar. No de los obreros que luchaban en las calles cuerpo a cuerpo con las milicias de Göring, que les decía a los suyos: «Cuando maten a alguien, no se hagan ningún problema de conciencia, ningún cuestionamiento moral. Lo maté yo». Göring (con gran astucia) funcionaba como los sacerdotes católicos que recibían a los que regresaban de los vuelos de la muerte: «No te atormentes, hijo. Has cumplido con una misión divina. Ellos han pecado, merecían morir. Tú no has hecho sino sostener el orden de la patria y el orden de Dios».

Heidegger establece dos conceptos centrales: el «uno» y el «sé». Los marca la condición anónima de eso que el Maestro de Alemania llama *Dasein*. *Da*: ahí, *sein*: ser. El ser-ahí. (Hay, desde hace unos años, una traducción chilena que reemplaza ser-ahí por estar-ahí. Estamos en desacuerdo. Es cierto que el idioma castellano identifica ser y estar. En esto se basa el traductor chileno para lucirse como un gran innovador de algo ya establecido largamente en el pensar latinoamericano y reemplazar el ser-ahí por el estar-ahí. ¡Todos buscan su lugar en el mundo, su pequeño trozo de originalidad, ese aporte propio que acaso los haga inmortales! Más aún un traductor. Pero —filosóficamente— no es lo mismo ser que estar. Uno «es» siempre, en todas partes. Uno «está» hoy aquí, después allá y más tarde en otro lado. El peso ontológico del concepto «ser» no lo da el de «estar», que hasta casi podríamos decir se acerca a la condenada «errancia» de Heidegger. Además, para nosotros, argentinos, el concepto «estar» nos remite a un valioso pensador nacional y no podemos ni queremos que así deje de ser. Nos referimos a Rodolfo Kusch, que impuso desde hace décadas en nuestro escuálido medio filosófico, carente de verdaderos pensadores, el concepto de estar-ahí). El *Dasein*, el ser-ahí, es, sin más, el hombre. El hombre existencial, el hombre arrojado al mundo de lo inauténtico, a un mundo ya-hecho, ya constituido, que lo recibe para constituirlo. La expresión de Heidegger (que podrá tener algún resabio de la educación religiosa de sus años tempranos) es de una notable precisión: el *Dasein* cae en el mundo de la in autenticidad. Se trata, pues, de una caída. Venimos al mundo y, ese venir, es un caer en el mundo. Porque el mundo que nos recibe es el mundo-Otro. (Este concepto no es de Heidegger. Creemos que es nuestro. Pero si no, no importa. Aquí, es valioso). El mundo que el Otro ha hecho, ha constituido. Todo ya está resuelto cuando llegamos. Todo está hecho. Todo funciona, como se horroriza Heidegger. Es el mundo del se dice. El mundo del *Das Man*. El mundo del *on dit*. Todo lo que «se dice» es lo que «se dice». Y hay que decirlo.

La progresión del desierto

Vamos a poner ejemplos recientes para escándalo de filósofos y guía poderosa de nuestros lectores. Por ejemplo. Un tipo encuentra a otro en la calle. El fulano está apoyado en un poste de alumbrado leyendo *Clarín*. Parece esperar algo. A sus espaldas, el Banco de Boston. Un tipo le pregunta:

—Perdón, ¿qué se dice del conflicto sobre la ley de medios?

—¿No leyó *Clarín*?

—Todavía no.

—Bueno, eso se dice.

—Es que me dijeron que *Página/12* dice otra cosa.

—¿Y cómo no va a decir otra cosa si *Página/12* apoya al Gobierno?

—¿Y *Clarín* a quién apoya?

—¿A quién quiere que apoye? A *Clarín*.

—¿Y por qué lo que «se dice» es lo que dice *Clarín*?

—Porque *Clarín* vende más ejemplares.

—Mire que a mí me dijeron que *Página* está levantando mucho, eh.

—Oiga, no me complique la vida. Cuando *Página/12* venda más que *Clarín*, lo que «se dice» será lo que dice *Página/12*. Pero ojo: *Clarín* es el Grupo Clarín. Lo que dice lo dice por decenas o centenas de distintos medios, de medios de todo tipo. ¿Entiende? Creo que están por largar una línea de papel higiénico. Así, cuando usted, en la intimidad, decida higienizar su trasero, echará mano al papel higiénico y ahí va a leer: *Clarín* no miente. Claro, ahora que lo analizo mejor, con eso usted se va a limpiar el culo. Me parece que la vamos a cambiar. Perdón, ahí viene mi limusina a buscarme.

—«La vamos a cambiar». ¿Usted tiene algo que ver con *Clarín*?

—Hago trabajos de archivo. Adiós.

Entra en la limusina. Al tipo se le acerca otro.

—Perdón, señor, ¿le dijo alguna novedad interesante?

—¿Quién?

—El director de *Clarín*.

—¿Ése era el director de *Clarín*?

—No lo veo todos los días pero creo que sí.

—¿Usted diría que sí?

—Diría que sí.

—Claro.

—¿Y qué hacía aquí?

—¿Cómo qué hacía? *Clarín* está por comprar el Banco de Boston.

Lo que «se dice» no está probado. Pero se trata de imponerlo. Como dice el señor Magnetto, cuantos más medios se tienen más se crea el «se dice». Incluso los informativos de noticias funcionan así: «Se dice que la Presidenta no se presentaría a la reelección». «Se dice

que está cansada». «Se dice que está enferma». «Se dice...». Al final, el «se dice» se transforma en una «afirmación»: «La Presidenta Cristina Fernández no se va a presentar en las próximas elecciones. Alega razones de salud».

El «se dice» es el *on dit* de los franceses. Tiene un poder notable. Cuando alguien le dice a otro «se dice» tal cosa, el otro se siente en seguida «en falta». ¿Cómo, «se dice» eso y yo no lo sé? Raramente pregunta quién lo dice. Menos aún qué intereses se mueven detrás de esa afirmación que «se dice». El «se dice» remite a una universalidad anónima. El «se dice» se transforma de inmediato en «lo dicen todos». Y, para el tipo que recibe la información, de lo que «se dice» surge un imperativo: si «se dice» yo también tengo que decirlo. Porque el terror del ciudadano-Otro, del ser-ahí inauténtico, es estar afuera, no formar parte de la opinión de todos, o de la mayoritaria. Eso consagraría su soledad, su orfandad, su peligro de exclusión y el terror de lo que más teme: ser un individuo. Pensar por su cuenta. Él no quiere eso. Él quiere ser-pensado, no pensar. Quiere ser pensado por los medios. Y que sus elecciones las decida la publicidad. Este hombre tiene miedo. No lo sabe. Vive en una sociedad que tanto lo entretiene y lo tienta que lo lleva hasta a olvidarse de sí mismo. Al olvidarse de sí mismo, se olvida de su miedo. ¿A qué podría temerle? A ser-sí mismo. ¿Adónde lo llevaría eso? A apartarse del mundo del «sé», del mundo anónimo, y a juzgar, criticar, tomar conciencia de ese mundo, tomar conciencia de su vida en él, tomar conciencia de la manipulación a que lo somete el poder mediático y publicitario, tomar conciencia de que ese mundo, ese mundo anónimo, es como un desierto, en que todo es igual, no hay sentido, no hay trascendencia, nada puede ser cambiado, la vida es la eterna repetición de lo mismo. Nietzsche, en una célebre y poderosa frase que capta el creciente sin-sentido de la civilización occidental, dijo: «El desierto crece». «Los publicistas son los hombres de arena que sólo trabajan para la progresión del desierto»^[36].

Un lenguaje ya interpretado: un lenguaje que se impone

Los grandes filósofos —como Hans-Georg Gadamer— tienen escasa valoración por los capítulos de *Ser y Tiempo* que se dedican al estudio de la existencia auténtica y la existencia in auténtica (o propia e impropia) porque sencillamente son los que más se entienden. La ciudad de Berlín no escondía —para Heidegger— los arcanos filosóficos de las ciudades helénicas. Era pura basura cosmopolita en que se exteriorizaba lo peor del *Dasein* bajo el dominio del tecno capitalismo. El *Dasein* —en el mundo de la inautenticidad— se expresaba en la modalidad de lo «uno». Lo «uno» es lo omniabarcante. Todos son lo «uno». En el mundo de lo «uno» no hay diferenciaciones. Somos parte de lo «uno» cuando hacemos lo que todos hacen. Y, más aún, lo que hay que hacer. Para los melancólicos: acabo de ver en una agencia de publicidad una «torta» de viejas publicidades (o «comerciales») que se han proyectado a lo largo de los años en la Argentina. Muchas de ellas adoptan la siguiente forma: «¿Cómo? ¿Todavía no probaste Colgate con fermentilato de meta mierda? ¿Qué esperás para hacerlo?». Aquí la publicidad crea culpa en el receptor. ¿Cómo? ¿Todavía no probó eso? Usted es un idiota, señor/señora. No sabe siquiera lo que le conviene. Vamos ya al capítulo v de la Primera parte de *Ser y Tiempo*. El parágrafo 34 de este capítulo lleva por título «El ser cotidiano del “ahí” y la “caída” del “ser-ahí”». O sea, hay un «ahí» del «ser-ahí» (del hombre, que es el ser que es «ahí» por condición existencial de estar «arrojado» en un mundo que él no funda, que no lo ha esperado —por decirlo así— para existir) que entendemos como cotidiano. Se trata, ante todo, de analizar la cotidianidad del «ser-ahí». (El *Diccionario Salamanca* ha aceptado como definitivo el horroroso «cotidianidad» y no el culto «cotidianeidad» y de más agradable sonido. A obedecer, pues). En esa cotidianidad el «ser-ahí» «cae». Gran hallazgo de Heidegger. «Caemos» tal como si fuéramos Adán o Eva expulsados del Paraíso. ¿Por qué «caemos»? Porque llegamos a un mundo «caído». A un mundo inauténtico. (Habría que preguntar a Heidegger qué ocurre si uno «cae» en la Selva Negra o en la Quebrada de Humahuaca, ¿«cae» también en el mundo de la in autenticidad, de las habladurías, de la avidez de novedades, del señorío de los otros? Salvo una cabra arisca y mala, difícil que alguien tenga señorío sobre un ser-ahí que «cae» en la Quebrada de Humahuaca. Esto pronto no será así pues se proyectan edificios de 140 pisos en ese accesible lugar. Piensan también refrigerarla toda y crear un ambiente ideal para el turismo). El ser-ahí «cae» en el mundo en lo que Heidegger llama «estado de abierto» (categoría central de su pensamiento para posibilitar la «apropiación del ser»). El «estado de abierto» determina que su «ser en el mundo» sea permeable a todo el modo en que el «uno» se manifiesta. La pregunta del Maestro de Alemania es la siguiente: «¿Cuáles son los caracteres existenciales del “estado de abierto” del “ser en el mundo” al mantenerse éste, en cuanto cotidiano, en la forma de ser del “uno”?»^[37].

Pasa al párrafo siguiente. Se ocupará de las «habladurías». Dice algo genial: no está contra las «habladurías», no las desdeña. Así se habla en el mundo del «uno». El «ser-ahí» cuando «cae» en el mundo cae en el mundo de lo cotidiano. Es, en ese mundo, el «ser-ahí» cotidiano. Dice: «El habla se expresa y se ha expresado siempre. Es lenguaje. Mas en lo expresado está, por ende, implícita en cada caso ya una comprensión e interpretación»^[38]. El lenguaje, cada palabra que pronunciamos desde que vamos aprendiendo a hablar, ya tiene un sentido predeterminado. Esto es lo que los lingüistas del *post* estructuralismo dicen al decir: «Creemos que dominamos una lengua y somos dominados por ella». O también: «creemos que hablamos un idioma y en verdad somos hablados por él». Es decir, el lenguaje que llega hasta nosotros desde que nacemos (instante en que, también, empezamos a morir) es un lenguaje «usado», «utilizado», «manoseado». Son palabras nuestras, no de Heidegger. Es un lenguaje-Otro. Es el lenguaje del Otro. Es el lenguaje del Poder. En cada palabra el Poder ha ido depositando su modo de ver el mundo y ese modo —que es el suyo— es lo que tomamos como «sentido común». (Aclaración: cuando no podemos evitar una cacofonía —«Poder» —«ver»— porque, de tratar evitarla, perderíamos rigor y claridad en la exposición, ahí se queda). Este lenguaje que el ser-ahí recibe en su «caída» en el mundo de la inautenticidad es un lenguaje con contenidos. Tiene ya en sí una interpretación del mundo. Tengamos en cuenta que este libro es de 1927. Sigamos: esta interpretación del mundo Heidegger la llama «estado de interpretado». El lenguaje le llega al ser-ahí (a usted, a nosotros, a todos) «ya interpretado». Caemos en el mundo de los Otros. Esos Otros hablan un lenguaje que no es nuestro. Creen que es de ellos. Pero tampoco lo es. Sin embargo, nos lo transmiten a nosotros. Como decía Sloterdijk: venir al mundo es venir al lenguaje. Ciertamente es que hemos montado en cólera con el pensador alemán. Porque venir al mundo es venir a las atrocidades del mundo que —para colmo— se expresan habitualmente con el lenguaje del Poder. Sloterdijk no dice que el lenguaje es el lenguaje del Poder. Pero convengamos —lejos ya de sus preocupaciones y cerca de las nuestras— que venir al mundo es venir al amor y a la palabra amor, a la tortura y a la palabra tortura, a lo bello y a la palabra bello y, por terminar con una palabra muy utilizada y mentirosa, a la verdad y a la palabra verdad. Este enfoque podría entenderse como una corrección a la célebre fórmula de Hegel: «El Ave de Minerva levanta su vuelo al anochecer». (¡Qué maravilloso es Hegel! Cuánto puro y verdadero romanticismo hay en su obra). La corrección sería que, al partir del lenguaje, partiríamos del momento de la aurora. Hegel se reiría: sólo se puede reflexionar sobre la aurora cuando nos hemos tomado el tiempo para hacerlo, y ese tiempo, sin duda, se dilatará hasta el anochecer. Ahí levantaremos vuelo y nos permitiremos —no en el modo incompleto, inmaduro de la inmediatez, sino en el tiempo filosófico de la mediatez— reflexionar sobre la aurora. Reflexionemos sobre la literatura, sobre la poesía. ¿Es, cuando el lenguaje surge de la pluma de los grandes escritores, de los grandes poetas, un lenguaje «caído»? No. Paul Celan define la diferencia entre el lenguaje poético y el lenguaje no-poético. Utilizo no-poético porque Celan no entra en la temática que estamos tratando. Pero la ajenidad que establece entre ambos lenguajes es impecable: «La poesía no se impone, se expone». Es tan hondo este breve texto que quita la respiración, estremece. El lenguaje del Poder (según venimos viendo) se impone una y otra vez. El lenguaje poético se expone. Se abre generosamente, no busca dominar, buscar expresar, exponer, y que el lector pueda penetrar en esa expresión,

en esa exposición. Esto que acabamos de escribir es apenas un apunte que jamás podría agotar la densidad de las palabras de Celan. Que cada uno se enfrente a la concepción de la literatura que late en esas pocas palabras y se exponga —se arriesgue— a interpretarlas. Paul Celan fue uno de los más grandes poetas del siglo xx. Judío, fue confinado en Auschwitz. Escribió el más célebre de los poemas sobre ese Lager: «Fuga de la muerte». («Todesfuge»). Uno de sus textos más célebres dice: La muerte es un maestro que viene de Alemania (*der Tod ist ein Meister aus Deutschland*). En 1967, y aunque ambos se habían influido el uno al otro y conocían a fondo sus respectivas obras, llevó a cabo una sorpresiva visita a Heidegger. Nada o casi nada se sabe de eso. Celan escribió algo en el libro de huéspedes de la cabaña de Heidegger. Pero, más claramente, lo mencionó en su poema «Todtnauberg». En la llamada «cabaña de Todtnauberg» vivía Heidegger, en el corazón de la Selva Negra. Celan pide al filósofo de *Ser y Tiempo* sólo una palabra: «La línea de una esperanza, hoy,/ en una palabra/de un pensador,/ que llegue al corazón». En abril de 1970, Paul Celan acabó con su vida arrojándose a las aguas del Sena^[39].

Vivir bajo «el señorío de los otros»

Este mundo «caído» que se comunica por medio de un lenguaje preñado de interpretaciones es el mundo del término medio. El mundo del sentido común. «No hagas eso», le dice severamente un padre a su hijo. «¿Por qué?», pregunta el niño. El padre —que no sabe por qué el niño no debe hacer «eso»— responderá porque no. Es que la pregunta del niño ha sido fatal. No tenemos modo más penetrante de incomodar a alguien que preguntarle por qué nos dice algo. Por qué nos lo pide. Y sobre todo por qué nos lo prohíbe. Hay mucho de esto en la obra de Melville, *Bartleby*. Pero se podría hacer la misma obra de distinta manera. O proponer una relectura. Que, coherentemente, se llamaría:

Una relectura de *Bartleby* (Breve, brevísima obra teatral)

Se trata de una oficina pequeña. O mediana. Podríamos decir: ni una cosa ni la otra. Hay algo que definitivamente no es: no es grande. El señor Navarro está en su escritorio. Escribe. Sería adecuado que fuera un hombre de mediana edad, un poco ajado, gris. La burocracia pareciera haberse posesionado de su alma. Pareciera, decimos. El Jefe abre la puerta de su oficina y le habla desde ahí.

Jefe de la oficina:

—Navarro. (Pausa). ¿Me escuchó?

Navarro asiente con un fatigado movimiento de cabeza.

Jefe:

—Venga a mi escritorio. Tengo que hablar con usted.

Navarro:

—¿Por qué?

Jefe:

—¿Cómo por qué? Por lo que le dije. Tengo que hablarle.

Navarro:

—¿Por qué? (El Jefe —que no debiera ser nada tonto— advierte el «modo» en que se expresa la rebeldía de su empleado).

Jefe:

—¿Por qué supone que es?

Navarro no responde.

Jefe:

—Son cuestiones importantes, Navarro.

Navarro:

—¿Por qué?

Jefe:

—Pero ¿qué cree usted que es este lugar? ¿Un sótano? ¿Un albergue de cucarachas? Todo lo que sucede aquí es importante.

Navarro:

—¿Por qué?

Jefe:

—Mire, no soy tonto. Usted quiere volverme loco. Pero antes hacerme quedar como un idiota. No se lo voy a permitir. Sepa que no soy ningún idiota.

Navarro:

—¿Por qué?

Jefe:

—¿No es evidente acaso?

Navarro no responde.

Jefe:

—Usted busca que lo despida. Busca cobrar su miserable indemnización. Pero sepa que no lo voy a despedir.

Navarro:

—¿Por qué?

Jefe:

—Bueno, ¡sí! ¡Queda despedido!

Navarro:

—¿Por qué?

Jefe:

—Porque no hace otra cosa más que preguntar por qué, por qué, por qué. Usted no viene aquí a preguntar por qué. Usted, aquí, viene a trabajar. A trabajar para esta empresa que lo contrató y le paga. Usted es mi empleado y yo soy su patrón. Y yo le ordeno, por única y última vez, que no diga más por qué.

Navarro:

—¿Por qué?

Jefe:

—¿Otra vez se lo tengo que decir? Porque soy su patrón, usted es mi empleado. Y porque al ser su patrón, el que da las órdenes soy yo. De modo que, si le digo que no diga una cosa, usted no la dice. ¡No la dice nunca más!

Navarro:

—¿Por qué?

Jefe:

—¡Basta!

Navarro:

—¿Usted alguna vez se hizo esa pregunta?

Jefe:

—¿Cuál?

Navarro:

—¿Por qué?

Jefe:

—¿Por qué?

Navarro:

—Por qué.

El Jefe se aleja furioso. Entra en su escritorio. Cierra de un portazo. Transcurren unos instantes. Navarro continúa indiferente. No mira hacia el escritorio. Aún no retorna a su trabajo ni abandona la oficina. De pronto, se escucha un pistoletazo.

Navarro continúa trabajando.

(Apagón).

Usted no es usted. Usted es un ente constituido por el poder mediático

Volviendo: el padre —al por qué del hijo— le responde «porque sí» porque no tiene ninguna respuesta para lo que esencialmente subyace en la pregunta del hijo. Lo único que puede responderle es lo que le respondieron a él. Porque él también —alguna vez— preguntó por qué y seguramente obtuvo la misma respuesta: porque sí. Pero hay otra devolución que se suele dar a la pregunta de un infante desbocado que se atreve a preguntar la causa de algo que le imponen. La pueden dar la madre o el padre. Y es formidable: porque yo te lo digo. Poderosa mentira. «¿Yo te lo digo?». Un padre que le dice a su hijo «no te pongas los dedos en la nariz o, más abierta y realmente, no te comas los mocos», ¿cree que le está diciendo algo que él dice? ¿Cree que esa opinión, que esa decisión, que ese estilo de educación le pertenecen? Añares de educación represiva hablan a través de su boca hablada. Otro tipo de padre podría decirle: ¿te gustan tus mocos? El infante dirá que sí. El padre puede decir: «Comételes. A tu edad yo también me los comía. Y hasta de más grande. Mirá, te voy a contar un chiste». Y le contará un muy viejo chiste: alguien —sentado junto a otro en un bus— lo ve restregarse constantemente tres dedos de su mano derecha: el medio, el índice y el pulgar. Pensando que es un tic nervioso, algo que el otro no puede controlar, le pregunta:

—¿Por qué hace eso? ¿Qué placer le encuentra?

—Hágalo usted.

El tipo lo hace. Niega con su cabeza. Dice:

—No le veo la gracia.

—Porque le falta el moquito.

El padre —al recordar qué hacía él a escondidas de sus represores cuando tenía la edad de su hijo— se le une, se vuelve su cómplice, recuerda su infancia, tal vez recuerde el placer que eso le causaba y la sensación de rebeldía, de libertad, hasta de identidad que conseguía al hacerlo. Pero este padre es alguien que no ha dejado atrás su infancia. Que no supone que crecer es ser serio, cumplir con las reglas establecidas de urbanidad, con los buenos modales y todas esas porquerías que llevan al acatamiento de las peores leyes. No ha sido aplanado por el sentido común. Ha salido del «término medio». No es «uno más». Él es él. El «uno» es siempre «uno más». En el parágrafo 27 de *Ser y Tiempo*, Heidegger analiza muy bien esta modalidad del *Dasein*. El «uno» (o sea: el «uno más», el ser-ahí del «término medio») vive «bajo el señorío de los otros». Éste es un gran señalamiento de Heidegger. Observemos que la existencia y (salgamos del lenguaje heideggeriano) toda nuestra vida tiene esta decisiva opción: o uno es libre o vive «bajo el señorío de los otros». La publicidad (de la que sólo aparentemente hemos hablado poco) es vivir bajo el señorío de los otros. Uso lo que hay que usar, me limpio los dientes con lo que hay que limpiarse, leo lo que hay que leer, creo en lo que dice el diario que compro todos los días, en las palabras abundantes y arrasadoras que me arroja el periodista que me habla cuando regreso del trabajo en esos programas que se

llaman *De vuelta* o *Volviendo a casa* y mil cosas más que iremos viendo. Usted no es usted. Usted es un ente constituido por el poder mediático. Todo está dispuesto y armado para entregarle una *weltanschauung* desde que llega al mundo^[40]. El mundo que lo espera y lo recibe es el mundo del Poder, que le dirá su lenguaje desde su primer aliento. Así, el hombre existe «bajo el señorío de los otros» (escribe Heidegger). No es él mismo, los otros le han arrebatado el ser. El arbitrio de los otros dispone de las cotidianas posibilidades de ser del «ser-ahí»^[41]. Así las cosas, se impone una uniformidad en la que nadie es él mismo. Todos son «uno». Cada «uno» es «uno» para el «otro». Cuando ese agrarista argentino dijo: «A mí, mi maestra de Historia me enseñó que la patria la hicieron el Ejército, la Iglesia y el campo», dijo una gran verdad. Mencionó la estructura férrea de una educación «para todos». La «educación» está armada, construida por el Poder. Toda visión alternativa es subversión. Todos se acostumbran a aceptar una visión de la historia en la que han sido educados. Todos los esfuerzos del Poder son los de aplanar la libertad.

Las callecitas de Buenos Aires

Supongamos que le preguntamos a la maestra del agrarista:

—¿Usted dijo eso?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque lo estudié en los libros que tuve que leer para llegar a ser maestra.

—¿Y les creyó?

—¡Por supuesto!

—¿Por qué?

—Porque fueron escritos por grandes hombres. Hombres de honor. Hombres que jamás mentirían.

—¿Por qué?

—Porque han sido hombres de honor.

—¿Por qué?

—Se lo dije: porque han sido hombres de honor.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque siempre se ha dicho.

Aquí, la maestra —que, si no se rebela, es un pobre ser que alguna vez descubrirá que dijo lo que le dijeron que tenía que decir durante toda su vida— incurre en el «se dice». «Son hombres de honor». «Siempre se ha dicho». Claro: se viene diciendo desde siempre. Se dice en los grandes diarios. Se dice en los libros de texto. Se dice en los retratos que están colgados en el escritorio del director de la Escuela. Se dice en los nombres de las calles de Buenos Aires. Lo dicen las poderosas estatuas de la gran ciudad. Todo es una enorme organización para sostener la visión que el Poder tiene de la Patria, que le pertenece. En el barrio de Belgrano —en una zona muy concheta— hay dos calles que casi nadie sabe por qué se llaman así. Todos las nombran, incluso los que allí viven saben que ésa es su dirección, pero la mayoría no averiguó la razón de esos nombres. Es así. Esas calles se llaman así y basta. Más aún: que nadie pretenda cambiarles sus nombres porque sería un desquicio para los automovilistas. Son las calles: 3 de Febrero y 11 de Septiembre. Son fechas que celebran triunfos porteños, triunfos de Buenos Aires sobre la idea federalista. El 3 de febrero fue derrotado el general don Juan Manuel de Rosas en la batalla de Caseros. Urquiza entra en Buenos Aires y se transforma en el hombre fuerte de la ciudad. Pero continúa manteniendo el federalismo. ¿Cómo podía ser esto? Así, el 11 de septiembre de 1852 —aprovechando un viaje del general entrerriano a Santa Fe buscando formar parte de un Congreso Constituyente— los porteños se levantan en armas contra el Director Provisorio delegado, general Galán. ¡Es el gran golpe del porteñaje! Se adueñan de la ciudad y uno de los dirigentes revolucionarios, que empieza en esa jornada impecablemente simbólica para él a surgir a la contemplación de todos, se destaca en los hechos: Bartolomé Mitre, el fundador del diario *La*

Nación, símbolo imperecedero del poder agrario y financiero en la Argentina. Vemos, entonces, que esas calles que se dicen sin pensar, que se pregunta:

—¿Me podría informar para dónde tengo que salir para encontrar 11 de Septiembre? Digamé: ¿como para dónde queda? (Éste es un grasa perdido en un barrio de conchetos. Lo denuncia ese: ¿como para dónde queda?).

O también:

—¿3 de Febrero es por aquí o estoy muy lejos?

Que esas calles, decíamos, no se llaman como se llaman por casualidad, porque sí, porque alguien recordó a su abuelita y dijo esa fecha y otro algo semejante. No, señor. Usted, aunque no lo sepa, a 3 de Febrero y a 11 de Septiembre las lleva grabadas a fuego en su conciencia ciudadana obediente, su conciencia-Otra, in auténtica, inconsciente. Usted tiene incorporada la filosofía del Poder. Todo está organizado para que así sea. Usted vive rodeado de los símbolos del poder más concentrado y tradicional de la Argentina^[42]. Está rodeado de la materialidad del Poder. Por eso, cuando nuestro querido compañero Osvaldo Bayer quiere tirar la estatua de Roca sabe (porque él lo sabe aunque lo siga pidiendo) que tendrá que tirar antes el Poder terrateniente que se benefició con la «conquista» del desierto. Ese monumento está ahí y ahí se queda. La estatua de un general —en un país como el nuestro, que se hizo por medio de terribles matanzas— expresa la voluntad de las clases dominantes de asumir el espíritu de ese general, del cual se sienten herederas, para sofocar cualquier insurrección contra eso que Videla llamó «nuestro estilo de vida» y muchos no entendieron. Todos podemos tener «nuestro» estilo de vida. Luca Prodán, por ejemplo, tenía su estilo de vida. Batato Barea también. Pero no es ése el que mencionó Videla. Es el estilo de vida de los patricios que «hicieron» el país. El país que hay que conservar. Que dejarán cambiar hasta cierto punto. Pero no más. Cuando aquellos a quienes —por ciertas circunstancias— han cedido el Gobierno y el Estado, jamás el Poder, se extralimiten, vayan más allá de lo permitido por el «estilo de vida argentino» volverán a desatar sus guerras de exterminio. ¿Por qué el régimen desaparecedor se llamó Proceso de Reorganización Nacional? Porque, como cualquiera puede ver en cualquier libro de la corriente historiográfica liberal, el período 1852-1880 es el llamado de la organización nacional. La organización nacional culmina con Roca exterminando a los indios. La reorganización nacional con Videla lo hace exterminando a los «subversivos». Los dos, defendiendo el estilo de vida argentino^[43].

¿Qué es lo que realmente debe pensar la filosofía?

Queremos decir: vivir bajo «el señorío de los otros» no es una abstracción. Heidegger no menciona las cosas que nosotros mencionamos. Suponemos que eso lo acercaría demasiado a lo óntico y lo alejaría de lo ontológico. Pero nosotros no nos preguntamos por el Ser. Nos preguntamos por el Poder. Y por la expresión del Poder en el siglo XXI: su expresión mediática, que se dirige a los sujetos, a las subjetividades. No nos importa el Ser. Que las cosas son no significa nada ni tiene ninguna importancia. Preguntarse por qué es el ser y no más bien la nada puede desvelarlo a uno alguna que otra noche, pero al día siguiente algo lo hará olvidar una pregunta tan inquietante y tan inútil. Más aún si a uno le dicen que para Heidegger ésa no es la pregunta fundamental de la metafísica. Eso tiene de simpático Heidegger. Siempre que uno se rompió el alma y aprehendió algo con certeza, con hondura, viene otro y le dice que no, que no es así. Que Heidegger, en tal lugar, ya dice otra cosa.

Así, la cuestión del Ser es como la del Universo. Somos absolutamente in esenciales al Universo. A nosotros lo que sea el Universo nos importa poco. Que no podamos entender la infinitud nos importa menos. Sí —y mucho— nos importa entender el Poder que nos somete día a día, que día a día arroja sobre nosotros imágenes, dibujos animados, cómics, revistas cuasipornográficas, mujeres imposibles, frases-poder, frases-ideología, todo eso, en fin, que nos quita el ser. Y que, día a día, por medio de un sistema económico triunfante, que funciona excluyendo y no incluyendo, que funciona concentrando el capital en pocas manos, en ricos cada vez más ricos y cada vez más reclusos en sus lugares de Poder porque pronto van a entrar en una sola, lujosísima habitación, en tanto el resto del planeta se atiborra de desesperados, no ya de pobres, sino de hombres y mujeres sin futuro, agónicos, cuya única ilusión es penetrar en los lugares donde la riqueza está, donde el dinero puede conseguirse, donde si uno es aceptado puede comer y —tal vez— alimentar a los suyos, día a día, entonces, ante este espectáculo ya apocalíptico, postulamos sin hesitación alguna que los temas de los que la filosofía debe ocuparse son otros. Ante todo, el moral. ¿Qué clase de moral alimenta este sistema de hambre y de muerte? ¿Qué es lo que realmente debe pensar la filosofía? ¿Qué relación hay entre el Ser y el hambre, el dolor, el sufrimiento, la guerra, la tortura y la muerte cruel, vejatoria? Hemos descartado a Dios porque su silencio ya no es sólo atronador por su ausencia, sino porque, si pensáramos que algo tiene que ver con este mundo, sólo podríamos concluir que es el Mal el que lo constituye, ya no una compleja mixtura entre el Bien y el Mal. Ya no eso que Karl Löwith decía: «Después de Auschwitz es imposible imaginar una divinidad solamente buena» (cito de memoria). No, peor que eso. Sólo el Mal puede constituir a esa divinidad, la indiferencia, la insensibilidad, en suma: el desdén. A Dios no le importa el sufrimiento humano. Por algún motivo que desconocemos, ese Dios que intervenía en la historia humana y —con su presencia— salvaba a los judíos de los padecimientos que sufrían en Egipto, se ha desvanecido. Pero aun analizando la Biblia surge una pregunta inquietante,

dolorosa: ¿por qué envió Dios tantas plagas sobre Egipto? ¿Por qué hizo sufrir tanto a un pueblo para salvar a otro? ¿Tenía necesidad de cerrar las aguas sobre los soldados egipcios? Posiblemente sí, para que los judíos pudieran huir. Pero, aunque no creyeran en Él, ¿no eran los egipcios también creaturas de Dios? En un reciente film que lleva por título *God on Trial* (difícil traducción: Juzgando a Dios, digamos; o Dios bajo juicio) un grupo de judíos hacinados en la barraca de un campo de concentración alemán decide emprender un juicio a Dios. Uno de ellos, en un álgido momento, dice:

—Y es cierto: nos sacó de Egipto. ¿Pero cuántos egipcios mató para hacerlo? ¿No eran también sus hijos? ¿No debía amarlos como a nosotros? ¿Que no eran su pueblo elegido? ¿Debe Dios matar a los hijos de los pueblos que no son el que ha elegido? No, Dios, ahí, fue bueno con nosotros y cruel con los egipcios. Bueno, ahora nos tocó a nosotros. Por eso estamos aquí^[44].

Por eso, en tanto filósofos del nuevo siglo y, muy especialmente, del castigado continente de América Latina, hemos elegido dejar de lado la problemática del Ser porque tenemos la certeza de estar ante una variación de la temática de Dios. Nuestras temáticas son menos lujosas. Nos preguntamos por qué millones de niños mueren de hambre cada año. Por qué los hambreados tienen que asaltar a los países ricos en su desesperación por trabajar y comer. Por qué los ricos cada vez construyen más muros. ¡Ha caído el Muro de Berlín!, exclamaban los neoliberales triunfantes a comienzos de la década del noventa. Sí, y ahora levantan decenas de Muros en todo el mundo porque los «bárbaros» están a las puertas de las ciudades de la abundancia. Y creemos, por todo esto, que el hombre no ha muerto, como proclamó el joven Foucault en *Las palabras y las cosas*. El hombre no ha muerto pero lo están matando en todo el planeta. De aquí nuestra opción por los derechos humanos. Esta opción nos lleva a formular una vieja y hoy actualísima frase del gran pensador alemán Karl Marx: «El hombre es el ser supremo para el hombre». Y en seguida enuncia el imperativo categórico que propone: Derribar todas las relaciones sociales en que el hombre es un ser rebajado, humillado, abandonado, despreciado (*Zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie*). (Anoten los «comisarios políticos» que aún quedan en nuestro país el reconocimiento que hago aquí de Marx, porque luego no siempre lo trataré con semejante unción. Sobre todo cuando trate el tema de la dialéctica y la cuestión colonial. No creo que sea en este libro). Al llegar al hombre como objeto esencial de nuestro filosofar, penetramos en la cuestión del humanismo. Y al penetrar en el humanismo, lo hacemos en el sujeto. El último resto que le queda al hombre de hoy es su subjetividad libre, acceder a ella, conquistarla. De aquí que el Poder busque su sometimiento. Busque colonizar esa subjetividad. Busque hacer de cada sujeto un sujeto-Otro. Un sujeto que cree, hace, dice, vive y hasta muere como lo ordena el poder. A través de la más poderosa de sus armas actuales: el poder mediático. Si el sujeto (según las filosofías académicas actuales) es tan irrelevante, ¿por qué el Poder mediático se ha fijado como meta central sujetarlo?

La filosofía y el poder mediático. Marx: las ideas dominantes son las de las clases dominantes

Marx tenía muy claro el papel de la ideología como estructura destinada a asegurar la cohesión «espiritual» de la dominación de clase. También insinuó (o más que eso) que la ideología de una nación es la de las clases dominantes, que la impone a través de lo que Althusser llamará los «aparatos ideológicos del Estado». Será la chilena Marta Harnecker — por medio de su habilidad para ordenar y estructurar el pensamiento de Marx desde la óptica de su maestro Louis Althusser— la que enumerará los aparatos de Estado. Lo hará del siguiente modo:

- Instituciones represivas: ejército permanente, policía, cárceles, etcétera.
- Instituciones técnico-administrativas: gobierno, administración pública, etcétera.
- Instituciones ideológicas: Iglesia, escuelas, etcétera.

Pasa luego a desarrollar los «aparatos ideológicos del Estado». Empieza con una cita de Louis Althusser de impecable corrección: «Ninguna clase puede detentar durablemente el poder del Estado sin ejercer al mismo tiempo su hegemonía sobre los aparatos ideológicos del Estado»^[45]. Cito a Harnecker (pasa a exponer los aparatos ideológicos del Estado): «Estos aparatos, que, en la época feudal, al menos en Europa, habían estado circunscriptos sobre todo a la iglesia católica, la que no sólo tenía funciones religiosas sino también educativas, culturales, etc., en la sociedad burguesa se diferenciarían de la siguiente manera: a: aparato religioso (el sistema de diferentes iglesias); b: aparato escolar (el sistema de diferentes escuelas públicas y privadas, universidades, etc.); c: el aparato familiar; d: el aparato jurídico (que pertenece simultáneamente al aparato represivo); e: el aparato político (sistema político con los diferentes partidos); f: el aparato sindical; g: el aparato de información (prensa, radio, televisión, etc); h: el aparato cultural (letras, bellas artes, deportes, etc.)»^[46].

El problema que se sigue presentando en estas concepciones duras del marxismo es que no queda nada que no pertenezca a la esfera de opresión de la burguesía. Toda «política» se torna dificultosa. Lo que explica la escasa relevancia de la izquierda dentro de la vida democrática, su ínfimo caudal de votos y sus cuasieternas discusiones. La política es, justamente, la pertenencia a esos aparatos y la lucha política dentro de ellos. Si «todo es lo mismo», entonces desaparece el interés por los matices de la lucha dentro del sistema democrático. Incluso la posibilidad de aprender de sus debilidades o de hacer aliados. ¿Con quién nos habremos de aliar si todos pertenecen al monstruoso aparato de la dominación burguesa? Esto lleva a una soledad de la que surge una visión casi ajena al juego infinito y complejo de la política. Toda política es política burguesa. Todo Estado es igual a cualquier otro. Todos pertenecen a la burguesía. Sucede que el socialismo nunca se llevó bien con la democracia, pues vio en ella una forma burguesa de organización de la sociedad en clases desiguales y enfrentadas. La democracia fue siempre la «democracia burguesa» y la

verdadera habría de advenir con la consolidación definitiva del socialismo luego de haber sido impuesta por medio de la «dictadura del proletariado». Aquí estuvo la falla. Esta «dictadura» nunca se realizó auténticamente y terminó en dictadura del partido y del jefe, con el consecuente culto a la personalidad. La democracia no llegó jamás. Democracia y socialismo son todavía materias pendientes.

Nos importa señalar que, en Marx, las ideas dominantes son las de las clases dominantes. Esto —hasta el momento— no nos lo han dicho Harnecker ni Althusser. Pero es —creemos— el aporte más genuino de Marx. Las clases dominantes —para la consolidación de su poder— necesitan cohesionar a la sociedad en torno a su concepción del mundo. A esto —según una interpretación marxista del problema— podemos llamarlo ideología dominante. Dentro de los aparatos ideológicos del Estado, observemos que Althusser coloca al aparato religioso (el sistema de las diferentes iglesias), y este aparato religioso es el que Foucault desarrollará como poder pastoral, fuera, desde luego, del enfoque de la lucha de clases. Foucault —precisamente— surgió en la historia de la filosofía para apartarla del marxismo. Y del sartrismo.

Política y cosificación

Sin embargo, en los países marginales —no pertenecientes a la centralidad del poder mundial— el papel del Estado, siempre que se lo pueda tener, debiera jugar un papel fundamental. Trataremos de explicarnos: el Poder consiste en hacerle creer a la población que todo lo que ocurre obedece a un orden, que es el orden natural de las cosas. Quién no ha oído esta frase. El orden natural de las cosas es el fluir de la vida. Las cosas suceden tal como suceden porque ése es su orden, su fluir natural, nadie ha intervenido para que sea así. Pero, si se desea que el mundo se encamine sin desbarrancarse en guerras o enfrentamientos internos, habrá que aceptar ese orden. El orden —en última instancia— del sentido común. La misión del Poder es llevar a todos la convicción de que ese orden (que es el suyo, el que expresa sus intereses) es un orden natural. Las cosas ocurren así porque así tienen que ocurrir. Cambiarlas sería un desatino, sería interferir el orden de su naturaleza. Se trata de la naturalización del poder. Tornar naturaleza un Poder que es fruto de la Historia. El Poder buscará identificar ese orden (el de la naturaleza de las cosas) con su propio orden, es decir, con sus propios intereses, sus propios valores, sus propias concepciones de todo tipo. La plusvalía no es eso que el obrero produce por encima o más allá del salario que recibe. La plusvalía o eso a lo que se lo llama así es un hecho dentro del devenir de las cosas, dentro del devenir natural. O sea, es inmodificable, tan inmodificable como la altura del monte Everest, por dar un pequeño ejemplo.

Hace muchos años analizamos esta cuestión desde el problema de la Alemania de Bismarck. Alemania, nación tardía, no podía respetar «el orden natural de las cosas», porque no tenía injerencia en él. Desde el Estado, entonces (el Estado es el órgano fáctico de la política y tiene el poder de intervenir en los procesos inmodificables proclamados por aquellos victoriosos que no desean que nada se modifique, cuestión que se ha planteado desde Dios hasta —durante nuestros días— la libertad de mercado), habrá que intervenir para desviar lo indesviable. Para modificar el orden natural de las cosas. Si la política existe es justamente para modificar ese orden. El «orden natural de las cosas» (que es la cosificación de la Historia) se ha justificado desde la religión y desde la economía, no desde la política. Porque la política es el arte de cambiar lo fosilizado. La religión es una fuerza de cosificación. La cosificación (uno de los grandes conceptos de la filosofía) es aquello que es lo que es, que es en-sí, su ser es no devenir, su ser es ser siempre lo que es. La política es devenir, inquietud constante. Porque a la política la hacen los hombres. La economía los somete. O suele presentarse como inmodificable. Claro que una dictadura feroz puede presentar su política como una cosa, como lo inmodificable, como el orden natural de lo dado. Pero no se deberá cuestionarla desde lo cósmico, sino desde la política entendida como praxis de los sujetos que buscan una nueva vitalidad, que buscan que todo se mueva otra vez, es decir, que la política retorne a la polis. Dijimos que —hace muchos años— analizamos esta cuestión. Tomamos el ejemplo del atraso de la Alemania de Bismarck para mostrar que el Estado es el arma que tiene una nación para quebrar la linealidad de una historia cosificada:

«Una Nación en atraso no puede abandonar su destino a la espontaneidad de los procesos históricos, pues las llamadas leyes objetivas de la historia jamás son otra cosa que la expresión del poder de las naciones que detentan la hegemonía mundial (...) el poder, en el plano internacional, no es sino aquello que permite a un grupo de naciones hacer de su propia legalidad la legalidad espontánea de los procesos históricos»^[47]. Se entiende que ese Estado no es el Estado burgués en tanto aparato de dominación que conceptualiza el marxismo. Nos referimos a experiencias estatales que puedan ponerse al servicio de proyectos nacional-populares, cosa que el marxismo raramente aprobó y también una discusión que sigue caliente en nuestros días.

Los medios del Poder difunden la ideología del Poder

Pero hay algo acaso más interesante que también sucede durante los días que corren. Suponiendo que los días «corran», algo que no es así. Los días no corren. No van a ninguna parte, ni rápida ni lentamente. Decimos frases de ese tipo para creer que la Historia tiene una direccionalidad. Y, en el fondo, un sentido. Que va hacia alguna parte. Pero no pareciera ir hacia ninguna. O, sin duda, sería absurdo fijarle un rumbo. Día a día se acumulan en el mundo acontecimientos de todo tipo. No se trata de un caos, porque se puede comprender lo que sucede. Pero tampoco se trata de un sentido. El concepto de sentido se utilizaba cuando se creía que la Historia tenía un decurso inmanente, necesario y teleológico, tal como lo había enseñado Hegel. Eso duró hasta las *Tesis sobre filosofía de la historia* de Walter Benjamin. Se renovó luego de la Revolución Cubana, con las pasiones del Tercer Mundo. Que se plasmaron en una frase de increíble fuerza teleológica: «El mundo marcha al socialismo». (Con las dictaduras de América Latina y la caída del Muro de Berlín, esta frase se perdió en el universo de los grandes sueños y de los grandes Errores). Hoy, en la mayoría de los países de América Latina, las clases dominantes han perdido el aparato del Estado. Pero no más. La situación es peligrosa. Las clases dominantes no se sienten cómodas si no están en el Gobierno. De ahí el ataque a los gobiernos de Chávez, Correa, Evo y Cristina Fernández. Pese a haber perdido el Estado, las clases dominantes (el Poder) conservan el aparato religioso (en la Argentina: la Iglesia Católica, Bergoglio); el aparato escolar (se sigue enseñando la ideología dominante: no se ha alterado la visión oligárquico agraria y financiera de la Historia) y el aparato de información, que es enormemente más poderoso que cuando Althusser lo incluyó en su análisis^[48]. En la Argentina, durante 2010, ese «aparato de información» (según enumera Althusser: prensa, radio, televisión) se ha convertido en el arma más agresiva de los sectores hegemónicos. Los medios del Poder están en manos del Poder y difunden la ideología del Poder. Con una virulencia que va de lo brutal a lo soez. En suma, si para Marx la ideología dominante es la de las clases dominantes, en la Argentina esas clases siguen manteniendo todos los recursos para seguir imponiendo su verdad. La verdad que expresa sus intereses. Las clases dominantes, pese a serlo, no tienen el poder del Estado. Como fuere, su ideología sigue siendo la ideología hegemónica de la sociedad. Porque perdieron el control del Estado pero conservan su poder mediático. Un poder tan enorme con el que Marx ni siquiera soñó. Desde ese poder siguen imponiendo su ideología. En suma, hoy, en la Argentina, la ideología dominante sigue siendo la de sus clases dominantes, pero, al haber perdido el Estado, no tienen tan extremo poder para imponerla. Las ideologías de alternancia o de quiebre se abren paso en base a esa debilidad. Esto altera los nervios y el orgullo de las clases dominantes. También sus ganancias: y esta disminución de la rentabilidad es lo que no pueden permitirse sobre la base de cuestionar su propia razón de existencia.

Se ha producido un hecho notable. Quizá nuevo en la historia de los medios de comunicación. Luego de meses y hasta de años de difamar, agraviar y hasta insultar a un político, los medios del Poder han asistido atónitos —ante la inesperada muerte de ese político— a manifestaciones populares prácticamente inéditas en la Argentina. ¿Qué pasó? Sin duda, un hecho acontecimental. Un hecho que establece un quiebre en el corazón de los hechos y obliga a trazar una teleología hacia atrás: ¿cómo se llegó a esto? Y hacia adelante: ¿cómo se sigue luego de semejante suceso? El Poder mediático fracasó. Produjo el efecto paradójico. Al morir el político larga, despiadadamente injuriado, las mayorías hicieron de él una víctima de ese Poder que, sin duda, le amargó la vida en grado extremo. No rechazaría una teoría que basara la muerte de Néstor Kirchner en los agravios recibidos desde 2005 en adelante. También la muerte del joven Ferreyra puede haberlo derruido. No quería un muerto durante su gestión o la de su esposa. Tal vez Kirchner no fuera tan fuerte como todos creían. Cuando Blumberg —con el apoyo de Radio 10— sacó a la calle 150 000 argentimedios con velitas encendidas clamando por la seguridad ausente y responsabilizando de tal hecho al Estado, Kirchner tuvo un derrame gastrointestinal. Durante esos días pensaba hacer un gran acto proclamando el no pago de la deuda externa, causa nacional. Pero tuvo enemigos periodísticos cotidianos que lo odiaron de un modo casi irracional, perverso. En suma, si se tiene el Estado pero no los medios que diseminan la ideología de las clases dominantes, la tarea de mantenerse en el Gobierno es titánica. Salvo que pase el fenómeno que se está dando en la Argentina. La ciudadanía ha perdido credibilidad en unos medios que repiten una y otra vez la misma, compulsiva cantilena, esa monserga, ese fárrago sin nada fáctico que le dé forma, sin un político presentable, sin que nadie, detrás de los insultos, de las chocarrerías de bajo vuelo de personajes impresentables, vea algo consistente, sino sólo la ausencia de un proyecto, la ausencia de alguien capaz de llevarlo a cabo. Además, los intelectuales, los ensayistas de fuste, los escritores, están como nunca junto al Gobierno agredido, violentado por periodistas que, lejos de continuar con la noble misión de informar verazmente, se han convertido en politólogos de cuarta y en mentirosos de primera. Porque la nueva modalidad de este periodismo no es que falsea la verdad, la altera, la modifica de acuerdo a sus intereses. No, este periodismo ha adoptado la mentira como arma legítima de batalla. Los títulos deforman. O mienten. Los copetes son de una inmoralidad insuperable. Las fotos son las peores. Cierta vez —y éste es, para mí, uno de los ejemplos de mayor irresponsabilidad—, en la Feria del Libro, el guerrero, el campeón del todo vale, el «escritor». Marcos Aguinis dijo públicamente que la Presidenta tenía depresión bipolar. Estaba junto a Jorge Fontevecchia. Dio el diagnóstico sin haber siquiera visto una sola vez en su vida al supuesto «paciente». Se lo comenté a un gran psiquiatra que conozco desde hace veinte años y que Aguinis también conoce pues, en tiempos en que le merecía respeto por dedicarse seriamente a su profesión, no a dar graves diagnósticos basados en nada, ese eminente psiquiatra le derivaba pacientes. No lo podía creer: «¿Marcos hizo eso? Es una irresponsabilidad grave. Podría ir preso». Pero anda por ahí, planeando nuevas maldades. Graves maldades o graves actos de perversión profesional, porque el que acabo de comentar es realmente aberrante.

Estas acciones, de una torpeza sorprendente, han desagradado hasta a la mismísima clase media cacerolera. Y también la ausencia de un solo opositor al que valga la pena ponerle un voto. Por ahí anda la izquierda, para la que todo es «lo burgués» y termina atacando al Estado

nacional-popular jugando a favor del poder oligárquico financiero. Y uno que otro personaje (por el ruido que hace) tristemente equivocado en sus años crepusculares por coronar una ambición in-co-ro-na-ble. Porque Dios no va a ser nunca.

Pese a que el Poder mediático está en manos de las clases dominantes (como otros aparatos del Estado: la educación, lamentablemente), bastó que apareciera un solo programa a favor del Estado nacional popular para que la gente lo siguiera con fervor. Y además la Presidenta se ríe abiertamente de ellos con un humor notable. Se pone a hojear un diario, — *Clarín*— y dice:

—Pero esto son puros avisos de productos comerciales. Es pura propaganda. Casi no hay diario. ¡Hay propaganda de todos los productos imaginables! Ahora sí, donde tienen una página libre, me pegan. A ver. (Empieza a hojear el diario). Propaganda, propaganda, propaganda. Aquí me pegan.

Y sigue el juego:

—Propaganda, propaganda, propaganda. ¡Página sin propaganda! ¿A que no saben lo que hacen? Me pegan. ¡Miren esto! ¡Hasta hacen propaganda de garrapiñada! ¡Garrapiñada!

La Presidenta sabe defenderse. Pero necesitará construir más poder. Lo que tiene enfrente es temible. Aunque ha construido poder: el Mercosur es el freno a toda intentona de golpe en América Latina. Pocas veces —o nunca— en este continente hubo tanta conciencia acerca de la necesaria unidad de los diferentes Estados para evitar las intentonas golpistas. Y es fundamental que así sea. Estados Unidos ha cambiado por completo su política de derechos humanos. El presidente Obama —que significó una esperanza— no sólo ha sido un fracaso, sino una muestra de lo imposible. Nada puede cambiar en el Imperio del Norte. Los demócratas ofrecerán una versión *soft* de la barbarie republicana, pero sólo eso. Todo continuó casi igual bajo Obama. Como dice Bill Maher mirando a Michael Moore: «Una cosa es alguien que te decepciona y otra un enemigo mortal». Por supuesto: cualquier persona lúcida (menos en la Argentina, donde siempre la izquierda cree que el enemigo mortal acelerará las condiciones revolucionarias) advierte que ésa es una diferencia abismal entre un grupo y otro. Pero estamos lejos de creer que eso ocurrirá en Estados Unidos. Creemos — por desdicha— que los votantes anhelan a esos que Bill Maher llama «los enemigos mortales», porque están seguros de que lo matarán a él y no a ellos. Que vendrán para hacer una limpieza radical de inmigrantes indeseados, para acrecentar la guerra contra el terror y ofrecer a los norteamericanos WASP un país seguro y limpio. *Nice and clean*^[49].

Nietzsche y el Estado

Nunca es fácil entrar en Nietzsche. ¿Qué nos puede entregar para nuestra temática? ¿Nietzsche y el poder mediático? No suena demasiado adecuado. Pero ¿Nietzsche y el poder? ¿Nietzsche y la voluntad de poder? Si el poder mediático es el más penetrante durante el siglo XXI. Penetrante porque horada las conciencias con la ideología del poder, ¿cómo no estudiar al gran teórico del poder, al filósofo que hizo de esa voluntad el motor de su filosofía, el alma del devenir de la Historia?

No lejos de Leipzig, cerca de Sajonia, el 15 de octubre de 1844, en Röcken, nace Friedrich Nietzsche. Muere, loco, en 1900, en Weimar, luego de diez años de internación. Vivió 56 años. Y hay que restarle los últimos diez, pues en ellos no fue el pensamiento lo que alimentó su vida (ni aun ése que él amaba, el pensamiento de Dioniso, en que uno se entrega a la embriaguez hasta el extremo de perder el principio de individuación, algo semejante a la locura), sino los laberintos del terror, del extravío, la experiencia extrema de la nada, de la ausencia total del sentido y, por fin, la muerte. En esos pocos años que habitó este mundo fue un cuestionador alucinado del mundo burgués. Algo que no le impidió festejar el triunfo de las tropas de Bismarck y los baños de sangre de Thiers que lograron, unidos, «cortarle la cabeza a la hidra internacional». Así se refería a la Comuna de París, en que la represión de los generales franceses se cobró (según Eric Hobsbawm) treinta y tres mil almas. Ahí bendijo al Estado prusiano. Durante el resto de sus días fue un enemigo a muerte del Estado. Como todo espíritu que se quiere libre. Y llegó a adscribir a una concepción del Estado muy similar a la de Sigmund Freud, o que éste, sin más, tomó de él. Como escribe Katja Galimberti (en su formidable *Nietzsche, una guía*): «La institución estatal representa, según Nietzsche, el reflejo de las aspiraciones de los individuos. Pero en ella el filósofo advierte también la represión de los instintos más humanos y de las expresiones más explícitas de la voluntad de poder, y de ello deduce que el Estado quiere un hombre que limite su instinto fundamental en nombre del bien común; por lo tanto se trata de un hombre que no existe»^[50].

¡Qué lejos está Nietzsche de la concepción del tipo de Estado que necesitamos en América Latina! Un Estado de bienestar que cubra las necesidades inmediatas, la extrema pobreza, la extrema ignorancia, la extrema desigualdad. Esta gente sería desdeñada por Nietzsche. Desde su aristocraticismo diría que son la plebe. Sin embargo, interesa explicitar que el loco de Turín (un poco anticipando a Heidegger) veía en los periódicos un elemento para amansar al hombre común. Para darle al buen burgués lo que necesitaba leer para ser feliz, estar tranquilo y ajeno, sobre todo, al ave de rapiña que latía en él y que debía mantener dormida a riesgo de desquiciarse. La frase más desdeñosa que Nietzsche podía decirle a alguien era: «Lector de periódicos». Pues veía en esta clase de hombres al burgués que se alimenta y se conforta con las noticias que le dan. Al hombre integrado al rebaño. Al hombre gregario. Su actitud contra el Estado tampoco debe ser rechazada en bloque. Al cabo, en los fenómenos de poder y contrapoder que se expresaron durante las jornadas de diciembre de 2001 y durante 2002, el aparato estatal fue también menospreciado como instrumento de poder y

se confió más en la potencia de los asambleístas. Se desarrolló ahí una filosofía de la libertad ante el Estado. Se lo dejó de lado por torpe, corrupto y por hacer imperar un orden sobre el barro de la injusticia y el hambre.

La filosofía tiene aún mucho que decirnos sobre el poder mediático: la Escuela de Fráncfort, Marcuse, Habermas y los posmodernos: Vattimo y el notable Jean Baudrillard, con su inexistente Guerra del Golfo, que ya hemos mencionado.

Obama envía treinta mil mercenarios más a Irak

¿Es el sometimiento al poder estamental del Estado la muerte de todo lo verdadero que el hombre lleva en sí, la muerte de sus instintos, la muerte del ave de rapiña que podría volar sobre las montañas y descender con salvaje, maravillosamente salvaje apetito en busca de la presa que acaba de descubrir y quiere hacer suya? ¿No son más nietzscheanos que nosotros, hombres de la plebe, de lo cotidiano, los guerreros que en este momento de la historia, representando a un Imperio dispuesto a arrasarlo con todos aquellos que interfieran sus intereses, un Imperio voraz, animado por una voluntad de poder pocas veces vista (aunque muchas veces vista, sólo que no a tal escala destructiva y acaso no con tanto desdén por el enemigo que enfrentan), sobrevuelan por tierras del Islam o avanzan por tierras calientes, sometidos a peligros que afrontan con un coraje inconcebible para nosotros, pues pueden ser explotados en cualquier instante, pueden enceguecer por el mero reflejo del sol en las arenas si olvidan el correcto uso de sus pantallas protectoras, o pueden ser víctimas de un francotirador? Sin duda, son ellos los que encarnan las aves de rapiña que Nietzsche cantó. ¿Qué somos nosotros, lectores de periódicos, o periodistas, o escritores, u oficinistas, o políticos al lado de los combatientes ante los que Obama concedió enviar treinta mil soldados más a Irak? Vimos esa filmación y recordamos —sumidos en un extrañamiento que humilla nuestra capacidad de comprensión, de entender, en suma: de pensar— a muchos de los altos oficiales ahí presentes levantarse para irse (porque sólo eso querían: sólo la confirmación de esa noticia) e irse con una sonrisa de ganadores, estrechando sus manos, y, al hacerlo, entregándose el mutuo reconocimiento que sólo los grandes guerreros se conceden entre sí, y verlos y —al verlos— ver que son muchos, que creen en la causa por la que pelean, que esa causa los une como amigos, que los asesinos pueden ser amigos, pueden sonreír, estrechar la mano del compañero, que son humanos, que creen tanto en la matanza, en la masacre y en la tortura como nosotros (que nos creemos moralmente superiores a ellos) que nos oponemos a ellas. No nos bastó más que ver a todos esos oficiales para comprender que los mercenarios o los soldados de la causa de la patria (eso eran ellos, no mercenarios) tienen una enorme fe en su causa. No sabemos si todavía están vengando el *nine eleven*, o si directamente los grandes *tycoons* del petróleo les han dicho la verdad: o traemos a la patria eso que estos animales tienen bajo tierra sin necesitarlo ni merecerlo o nuestras madres, padres, hermanos y amigos pasarán frío el próximo invierno. Y salieron del inmenso salón, y fueron en busca de sus armas, y subieron a sus aviones y volaron hacia Irak. Allí, en el aire, volando muy alto en busca de la presa, ¿no son el ave de rapiña nietzscheana? ¿No expresan más que nosotros lo que aún queda de aventura y de crueldad en el mundo? ¿En qué se pueden comparar nuestras luchas a la de ellos? ¿Dónde está la aventura en el siglo XXI? El Comandante Ernesto Guevara era un aventurero y un miliciano. Para llegar hasta la isla de Cuba, a la que quería liberar, se subió a un yate de nombre *Granma*, con todos sus compañeros, y casi lo hunden de tantos que eran y de tantos vómitos que arrojaron por las aguas que sacudían ese carozo, ese hueso que lástima daba, pero llegaron a Cuba y se

metieron en esa isla e hicieron la revolución que querían hacer. Hoy, el *Granma* está en un Museo. Pero en el preciso momento en que la Historia lo convocó, cruzó las aguas y cumplió su tarea en la lucha por la liberación de un territorio sometido por un sargento de nombre Batista, que ya llevaba asesinados más de treinta mil hombres en los últimos pocos años. Para eso el Che navegó en el *Granma*. Hoy se navega en Internet y todos engordan sus culos por tenerlos quince horas por día frente a una pantalla. En cambio, el cielo está surcado por la bestia rubia renacida. Por los oficiales despiadados que tienen sed de sangre, de victoria, de crueldad, de cortar lenguas, arrancar ojos, cortar testículos, arrojar a los otros —a los que se les oponen y hasta matan a sus compañeros— en piletones de mierda, de violar a sus mujeres, de matar a sus hijos frente a sus ojos, que será lo último que verán. Éste es el inicio del siglo XXI.

La guerra no puede tener leyes

Adorno y Horkheimer dicen una frase patética en el prólogo de *Dialéctica del Iluminismo*: «Lo que nos habíamos propuesto era nada menos que comprender por qué la humanidad, en lugar de entrar en un estado verdaderamente humano, desembocó en un nuevo género de barbarie» (junio de 1947). Sin duda, la barbarie nazi les habrá parecido, en tanto género de barbarie, «nuevo». Pero no lo era. Fue un genocidio más «tecnificado» que el del pueblo armenio (disponían los alemanes de más tecnología, esa aliada de la muerte —y no me refiero a Heidegger al decir esto; ¿o todo lo que Heidegger tocó o rozó es suyo, qué es *Herr* Heidegger, un terrateniente de las ideas?—), pero ahí, ya en la barbarie turca, asomó el nuevo género de barbarie: el genocidio. O la matanza indiscriminada. La violación de las leyes de la guerra. Violación que existió siempre. Porque la guerra no puede tener leyes. Ya lo dijo Clausewitz: «Cualquier consideración de humanidad los hará más débiles que el enemigo». Ya lo dijo Patton: «Ningún hijo de perra ganó una guerra muriendo por la patria. La ganó logrando que el otro hijo de perra muriera por la suya».

Sin embargo, si Nietzsche se entusiasmara mucho por los guerreros de las alturas en busca de su presa, habría que decirle que no son libres, que son servidores, que sirven a un Estado poderoso, que se creen, incluso, soldados, pero no: son mercenarios al servicio de unos señores que nada tienen de aves de rapiña, que son gordos, que tienen presión arterial alta, que van al médico a cada rato, y hasta tienen uno propio porque cuando se tiene tanto se da el fenómeno —comprensible o no— de temerle a la muerte más que los que tienen menos, mucho menos o nada, que beben mucho alcohol, que fuman puros, que se reúnen en el Pentágono o en Washington o en sus formidables territorios del sur, en sus campos, en sus grandes casonas, llenas de trofeos de animales suntuosos que han sabido matar, no ellos, sino las armas infalibles que portan, con miras telescópicas que ven lo que debieran ver sus ojos, con balas destructivas, diseñadas para el dolor y la muerte. (Son similares a las que se usan en combate. Si no matan al enemigo, lo someterán a duro sufrimiento porque su diseño desgarrar las carnes internamente. Este desgarrar es extendido y profundo y, en caso de no ser socorrido a tiempo, causará la muerte con dolores de imposible tolerancia).

De modo que si bien estos guerreros son capaces de realizar el sueño nietzscheano del hombre noble, del que se jacta de cierta falta de inteligencia porque se sabe por encima de todos al estar en posesión de sus instintos inconscientes, del que en territorio extraño, donde comienza lo extranjero, se libera de todas las constricciones sociales y se entrega a la inocencia destructiva de la bestia rubia, y comete todo tipo de atrocidades como si se tratara de travesuras estudiantiles, y retoza en medio de su crueldad, entre violaciones y torturas, no están por encima del todopoderoso estado imperial que los dirige en esa misión. Es de una precisión excepcional que Nietzsche exprese que el guerrero imperial desata sus instintos donde comienza lo extranjero. La bestia rubia, en efecto, se desquicia en territorio extranjero y luego no puede o apenas si logra integrarse a la vida de su sociedad cuando regresa de la misión que le han encargado. El guerrero imperialista —no sólo el

nietzscheano— está entrenado para guerrear en territorios extraños. Precisamente Nietzsche advierte que a nadie sorprenda que estos hombres, sometidos al Estado —como todos—, cuando viven en su comunidad, y son educados, y corteses, y tienen buenos sentimientos, buenas costumbres, y respetan los reglamentos sociales y se encuentran cómodos al estar maniatados, una vez libres, donde comienza lo extranjero, se conviertan en feroces aves de rapiña. El guerrero imperialista, en lo extranjero, se libera de toda constricción social, se siente libre, sus instintos son liberados y nada lo limita. Es así como le es posible entregarse a las atrocidades, a las torturas, a las vejaciones. Bastarían estas pocas líneas para afirmar que Nietzsche, en tanto teórico del imperialismo, supera a Rudyard Kipling de modo aplastante. ¿Qué es el *If* del británico al lado de la teoría de la liberación de los instintos en tierra extranjera que maneja Nietzsche adelantándose a Freud? Resumiendo: Nietzsche postula a un hombre gregario sometido al Estado, a este hombre se lo transforma en un guerrero y se lo envía a una tierra lejana, la tierra donde comienza lo extranjero, aquí se le pide que luche por su patria matando a todos los que interfieran en su marcha. No hay constricciones. No hay reglas. No hay Estado. No hay castigo. Todos sus miembros están libres. Lejos de maniatarlo, el Estado le pide que se libre de todas sus maniaturas. Todo su cuerpo requiere estar libre porque todo su cuerpo está al servicio de matar a los Otros. Afuera todo es posible. Nos atreveríamos a afirmar que esa sonrisa satisfecha en la cara de ese *marine* de alta jerarquía expresaba algo o mucho de esto: «Bravo, lo conseguimos. Volvemos allá, donde todo es posible, donde somos libres. Y treinta mil más vienen con nosotros. Y vamos a tener más poder. Y no habrá otras leyes más que las nuestras. No habrá otro arbitrio sino el nuestro. Nuestra voluntad guerrera no tendrá límites».

¿Por qué un oligopolio no puede retroceder?

Lo único que se opone a esta teoría es que las guerras civiles (las de adentro, no las del extranjero, sino las de la patria) suelen ser más crueles que las otras. Nuestra respuesta es que el hombre que va a matar por la orden de un Estado está tan sometido como el que paga la factura de la electricidad, del gas o una multa automovilística. Y cuando el Estado se divide y la guerra se transforma en guerra civil son dos los estados que envían a los hombres maniatados a matarse entre ellos. Lo inexplicable es por qué lo hacen. Por la propaganda bélica. Por la creación de causas que matarán a millones y beneficiarán a muy pocos. Por orgullo. Por valor. Por miedo. Por compulsión de matar. Por miedo a morir en una cárcel del Estado. Por miedo a que en su comunidad lo señalen como a un cobarde. Por miles de causas. Lo real es que los hombres son aves de rapiña en todas las guerras. Y que —es cierto— sólo maniatados por la autoridad del Estado logran cierta convivencia, siempre injusta, siempre desigual, siempre inarmónica, siempre violenta, aunque sin una guerra de por medio.

En Nietzsche, encontramos la idea del superhombre, el hombre que desdeña el rebaño, que desdeña lo gregario. Este hombre se encuentra constituido por una voluntad a la que Nietzsche llama voluntad de poder. Esta voluntad —según la interpretación que da Heidegger, a la que adherimos— no puede detenerse jamás. Es la más perfecta concepción de la voluntad imperial. Heidegger dice algo notable: la voluntad de poder, para mantenerse, tiene que seguir creciendo de manera incesante. Existencialmente, esa voluntad es una condena. Es como un incubo que ahí donde se instala somete a ese ser a una sed insaciable. No detenerse jamás. Detenerse es morir. Piensen algo así llevado a la vida de cada uno de ustedes. No podrán reposar jamás. Aflojarse nunca. Hay, en ustedes, una fuerza que los impulsa a la conquista permanente. Esa conquista es la que les asegura vivir. Para ser lo que son siempre tienen que ser más. Esto es terrible pero esto es el hombre capitalista. No crecer es morir. Sólo conservarse es morir. Conservación y aumento son los dos factores que dan forma a la voluntad de poder. Un grupo oligopólico (por dar el ejemplo que queremos dar) no puede retroceder jamás. Morirá si lo hace. Al parecer, en los días de los peores enfrentamientos con el Gobierno, el jefe máximo del Grupo Clarín reunió a sus periodistas «estrella». La mayoría de ellos ignoraban que respondían al diario de la Señora Noble. No pongo los nombres que me dieron porque son increíbles. El Jefe Máximo (creemos que las mayúsculas corresponden) habría hecho una aparición casi relámpago y habría dicho sólo lo siguiente: «Señores, este Grupo está en peligro de perder muchas de sus posiciones. Y mucho dinero. Si eso sucede, la mayoría de ustedes tendrán que ser despedidos o sus sueldos reducidos más que considerablemente. Ahora saben qué tienen que hacer y, sobre todo, qué tienen que decir. Buenas noches».

La voluntad es, para Nietzsche, el devenir de la historia. Ese devenir está alimentado por la necesidad de crecer para conservarse. En otro lado postulé que el ser humano está constituido por el espíritu de dominación. Que este espíritu tiene como aliada esencial a la pulsión de muerte. La pulsión de muerte puede incluso instrumentar al Eros —mintiendo—

para realizar sus propósitos. A alguien a quien se necesita se le puede decir: «Te amo». Pero el Eros que creyó descubrir Freud (y que es un buen apunte para tratar de entender la esencia humana) está en retroceso permanente. No así la voluntad de poder.

Y ahora, reclamamos amablemente su atención: ¿por qué un oligopolio no puede retroceder? Si queremos traer otra vez la situación a nuestro país, donde se produce una situación teórica fascinante: ¿por qué pelea a muerte el Grupo Clarín? Porque en esta pelea le va la vida. ¿Por qué el capitalismo —lejos de lo que planteaba Adam Smith— tiende a formar monopolios y luego oligopolios? ¿Por qué ese deseo constante de aumentar el poder formando Grupos de Poder? Porque así funciona la voluntad de poder. Crecer o morir. Conquistar o morir. Aumentar siempre. Aumentar incesantemente. La mera conservación conlleva la muerte. La frase: «Me conformo con lo que tengo» no existe en el capitalismo imperial, el de siempre. «No me puedo conformar con lo que tengo porque mis competidores siguen creciendo. Ellos no se conforman con lo que tienen. Siguen conquistando mercados porque nosotros no les presentamos pelea. Así, moriremos. Ellos vendrán a nuestro sepelio. Se trata, por el contrario, de que nosotros vayamos al de ellos».

De aquí que el poder comunicacional se haya planteado la conquista de las almas. Es la primera vez que lo decimos así. Pero así salió y está bien. Tiene algo que lo relaciona con el poder pastoral. «Conquistadles el alma y los tendréis para siempre de vuestro lado» (han de haber dicho los evangelizadores de todos los tiempos y de todas las geografías). Si convencemos a todos de que nosotros somos los mejores, nos elegirán. Si tenemos el poder y no queremos que nadie se nos rebele, idioticémoslos. Hagamos de ellos una pandilla de tontos, de babosos, de come culos, pongámosles a Luly Salazar en la cabeza, que se rían de cualquier idiotez, démosles cómicos ridículos, que todo el día esté Tinelli en el centro de sus almas idiotizadas. Conquistando las almas, el poder no sólo se conserva, crece. Siempre hay que crecer. Hoy, el caño. Mañana, lo que haga falta. Ni un paso atrás.

Comprender adecuadamente el mecanismo de la voluntad de poder (crecer para conservarse) es comprender adecuadamente el capitalismo y el imperial-capitalismo. ¿Por qué el capitalismo globaliza? Porque globalizar es crecer.

Freud, Stevenson, Conan Doyle, Jack the Ripper, el lado oscuro de la calle

Luego de Nietzsche, asumiendo creativamente sus fuertes influencias, aparece el maestro de Viena: Sigmund Freud. *El malestar en la cultura* es uno de sus mejores libros. Al menos no se le ocurre abordar temas como el de la envidia del pene que causan la hilaridad de las feministas. He visto a una psicóloga norteamericana (llena de premios y distinciones internacionales) hablar en un programa sobre la vida de Freud. Cuando le preguntaron sobre la célebre envidia del pene la mujer se largó a reír y dijo:

—Indudablemente, Freud debió estar enamorado de su pirulín. Tan bonito habrá creído que era que dio por seguro que todas habríamos de envidiárselo. A él y a todos los hombres que continuarían naciendo a lo largo de los años con ese adorable adminículo.

Freud no se aparta mucho de las teorías pesimistas sobre la posibilidad de los hombres de construir una sociedad armónica. Si Hobbes decía que sólo el Estado podía sujetar a los lobos, someterlos a su poder y posibilitarles una vida ordenada sólo al costo de su libertad, que, al fin y al cabo, para lo único que les servía era para matarse los unos a los otros, Freud dirá que los hombres tienen que sujetar, maniar sus más elementales y auténticos instintos para que la cultura —nombre con el que opta nombrar al mundo social, que es siempre también cultural— pueda realizarse. Pero al sujetar sus instintos, los hombres introducen en sí mismos la agresividad e incurrir en el masoquismo, la autodestrucción, que saturándose termina —finalmente— arrojándose hacia el exterior en tanto sadismo. Esto vuelve a dar forma a una sociedad de enfrentamientos pulsionales. Pero no por completo. Porque el maestro de Viena decide que los hombres están formados por una estructura dual. Algo similar a lo que postulará —con mejor prosa y de modo tan entretenido que le posibilitará a Hollywood innumerables películas de terror sobre el tema—. Robert Louis Stevenson en 1886 con *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. En Freud también está la dualidad de Stevenson: la lucha entre el Bien y el Mal, pero tiene otra denominación. Es conocida: la pulsión de muerte (más popularmente llamada Tánatos) y el Eros. Están constantemente en lucha y en la página final, el padre de Anna Freud (a quien amaba profundamente, con un amor, además, correspondido, pero entreverados, los dos, en un incesto irrealizado, o, al menos, sólo platónicamente, que es la menos pecaminosa y sin duda la menos placentera realización de un incesto como la gente) da casi perdida la batalla a Eros al contemplar el desarrollo incontenible de la pulsión de muerte. No olvidemos que *El malestar en la cultura* se escribe en 1930. En 1933, Hitler ya es canciller de Alemania. Lo fascinante de la novela de Stevenson es que toca el mismo tema que la genial Mary Shelley: los peligrosos desbordes de la ciencia. El doctor Jekyll (como si buscara extraer un molar) busca extraer de la conciencia humana el Mal. Si el Mal le es enajenado al hombre, la felicidad cundirá por toda la Tierra. Hay un aspecto perverso en Jekyll. Uno no sabe si busca el Mal para exterminarlo o para conocerlo y, conociéndolo, dominarlo en él y ejercerlo cuando le venga bien. El científico

Jekyll encuentra el Mal y el Mal se encarna en él mismo. Jekyll, el honorable hombre de ciencia, se transforma en Mr. Hyde, un hombre de aspecto desagradable y, sobre todo, sin título universitario. Mal podría tenerlo pues Mr. Hyde ha vivido escondido dentro del Dr. Jekyll. Hábil, Stevenson dedica al Mal un nombre poderosamente significativo: *Hyde* remite a *hide*. Y si recurrimos al muy *british* (se trata de una gran novela inglesa). *Dictionary* de la Oxford University, *hide* significa *put or keep out of sight*. Colocado o guardado fuera de la vista. O *prevent from being seen, found or known*. Cuidado o custodiado o (acudamos a lo literal) prevenido de ser visto, o encontrado o conocido. ¡Excepcional! En la década del ochenta del siglo XIX, cuando todavía Freud andaba a las vueltas con Charcot, la hipnosis y dando sus primeros pasos en el camino que lo llevaría a su teoría del inconsciente, Stevenson había encontrado en el hombre algo que éste ocultaba. Algo que guardaba fuera de la vista. Fuera también de su vista. Pues le temía. Algo que no debía ser visto, ni encontrado ni conocido. Todos, al leer la poderosa novela, dijeron: el Mal. Pero podría ser lo que Nietzsche nombraba como lo instintivo que late en el hombre, como el ave de rapiña que debe sofocar. El ave que sólo en tierra extraña —cuando no es vista, cuando no puede ser conocida— se entrega a sus travesuras: los asesinatos, las torturas, las múltiples muertes de los mansos corderos. Podría ser la vida pulsional de Freud, la vida instintiva que el hombre ahoga en sí como precio para poder vivir en medio de la cultura. Mr. Hyde, probablemente, encarna la libertad absoluta de la vida instintiva del hombre. Esa vida a la que la sociedad tanto teme porque sabe que, con ella, no puede constituirse. Que debe reprimirla. Sofocarla. Toda sociedad es posible al costo de hacer corderos de los hombres. Nunca le es fácil lograrlo. Siempre —por alguna parte— el lado malo del hombre, el lado oscuro de la muerte, aparece. En medio de la Inglaterra victoriana, epítome del orden, de las sanas costumbres, de la racionalidad victoriana, aparece un descuartizador en el barrio prostibulario de Whitechapel. Es el desborde de la pulsión de muerte. Tiene un cariz moral como corresponde a la época: sólo mata prostitutas, no madres de familia ni maestras ni religiosas. Prostitutas. Sin embargo, este hábito revela algo que el orden victoriano deseaba ocultar: había pobreza, hambre y prostitución en Londres, ahí nomás: en Whitechapel. Jack the Ripper (Jack el Destripador) no tiene dualidades. Mata por matar. Pero tiene un gran sentido del humor. Envía cartas a la policía. «Aquí tienen ustedes la mitad de un riñón de mi víctima de anoche. El otro me lo comí. Sinceramente suyo, Jack the Ripper»^[51]. Como todos saben, Jack the Ripper jamás fue descubierto ni jamás se supo su identidad. Era, a su modo, un Mr. Hyde. O mejor: *hide*. Nunca fue visto, encontrado o conocido. ¿Alguien conoce al inconsciente freudiano, alguien le vio la cara? Nadie. Es como el ser de Heidegger. Pero da origen a formaciones maléficas. Lo debo haber dicho: el psicoanálisis es una rama de la literatura de terror. En suma, llevamos dentro monstruos que nos gobiernan. O la sociedad disciplinaria foucaultiana los controla o no podremos salir a la calle. A diferencia de la delincuencia, estos monstruos son los monstruos que nosotros podemos ser. El ave de rapiña anida en la interioridad del lector de periódicos nietzscheano. Mr. Hyde acecha desde la tumultuosa interioridad del doctor Jekyll. La pulsión de muerte aniquilará al Eros del hombre burgués maniatado por la cultura.

¿Qué son Mr. Hyde o Jack the Ripper? Los rostros que la sociedad no quiere ver de sí misma. Eso está en ella y en cada uno de sus habitantes. En la misma riquísima época —

también en Inglaterra— surge el gran enemigo de Hyde y de Jack the Ripper. Es un detective neurótico, afecto a inyectarse morfina o heroína, excelente violinista, nervioso, poseedor de una inteligencia superlativa, que fuma su pipa y lee ávidamente los diarios buscando casos criminales en su departamento de Baker Street, bien atendido por la señora Hudson, y mejor acompañado por su gran amigo el doctor Watson. Si bien no encuentra muchos casos en los diarios, los casos vienen a él, golpean a su puerta, Watson abre y empieza la historia. Sherlock Holmes es hijo de la mentalidad positivista, pero tiene el encanto de su época, las luces y las sombras del victorianismo decadente, y una ironía que para la eternidad su autor —*sir* Arthur Conan Doyle— supo darle. Él es la razón. Él es el orden social, su custodio. El enemigo de los desbordes. Vive en una sociedad que aprueba y defiende. Es lo apolíneo. Jack the Ripper y Mr. Hyde son dionisiacos, llevan a cabo sus fiestas, no con vino, sino con sangre. Nunca lo hizo, pero Conan Doyle pudo haber sorprendido a sus lectores dándole una vuelta de tuerca a Watson. ¿Era tan bueno este médico que había trabajado para el Ejército de Su Majestad en la India, era tan complaciente con un Holmes que lo despreciaba una y otra vez diciéndole —al final de cada caso: sobre todo en las películas que protagonizó de modo imperecedero Basil Rathbone— «Elemental, Watson»? Podríamos suponer que no. Supongamos una historia (que alguna vez leí) en que Holmes y Watson persiguen a Jack the Ripper. Todos saben que se cree que The Ripper era médico (por los exquisitos cortes que practicaba en sus víctimas) y que, al serlo, marchaba por las calles de Whitechapel bajo la luz de la luna con un maletín de médico. Holmes y Watson buscan infructuosamente. Regresan a Baker Street. Holmes está abatido. A punto de fracasar por primera vez en un caso. Le pide a Watson un poco de morfina. Watson abre su maletín de médico y satisface su pedido. Holmes fija su mirada en el maletín y Watson lo advierte. Entonces le dice: «Querido Holmes, ¿recién ahora cae en la verdad? Porque se ha caído en ella, lejos de descubrirla, según es su costumbre. Sí, yo soy Jack the Ripper. Todo el tiempo estuve a su lado con el maletín que me acompañó en mis asesinatos. Soy médico. Todos decían que el Destripador lo era. Soy misógino. Mi esposa me ha abandonado, algo que usted decidió pasar por encima, restarle importancia. Fue importante para mí. Me abandonó por otro hombre. ¿Qué es una mujer que comete semejante acto, Holmes? Una prostituta. Afilé mi bisturí, me introduje en las callejuelas de Whitechapel y empecé a matar a esa raza demoníaca de mujeres. Elemental, Holmes. Elemental». Esta historia depositaría el Mal en Watson como contracara de Holmes. Quienes tal vez fueran uno solo. Como Jekyll y Hyde. (Este notable cuento —que leí en mi infancia— pertenece a un autor olvidado y hasta difícil de rastrear, Abel Mateo).

Los aportes de Stevenson (que se despreciaba, que era capaz de autodefinirse como una prostituta literaria cuando era, sin más, un genio), de Arthur Conan Doyle (que terminó detestando a Holmes al extremo de matarlo en una historia y tenerlo que resucitar en otra por presión de sus lectores, en «La casa vacía», donde le narra a Watson cómo se salvó de las garras del Profesor Moriarty, un archienemigo que Conan Doyle le opuso con una inteligencia tan brillante como la suya pero al servicio del mal, otra vez Hyde y Jekyll), del brillante doctor Freud o del filósofo Nietzsche, destinado al manicomio devorado por vaya uno a saber qué fuerzas oscuras que, hoy, no obstante, se curarían con una fuerte y adecuada medicación, aunque no hay pastillas para el Mal y, por último, del anónimo Jack el Destripador a la condición humana, no han sido pequeños. Ellos han expresado el lado oscuro de la calle. Todo

el poder mediático del entretenimiento, la policía y los manicomios existen para ocultarlo. También las guerras. Porque la mejor forma de librarse del Mal es ponerlo en el Otro. Y luego matarlo.

Otra vez los medios constituyen nuestro imaginario

La sociedad les exige a los hombres reprimir sus instintos. Éstos saben, también, que sólo reprimiéndolos podrán ser aceptados en el círculo de la inclusión, de la civilidad. Al reprimir estos instintos generan culpa. En cambio, «el hombre primitivo» (entidad de la que Freud vive enamorado, como si en esa etapa de la humanidad todo hubiese sido auténtico, natural, fresco y hasta divertido), si introyecta en sí algún instinto reprimido, no se castiga con la culpa. Pone a su fetiche sobre una roca y lo muele a palos. Todo está mal y no tiene mucha salida. El sentimiento de culpa de la especie humana proviene del complejo de Edipo. ¿De dónde proviene este complejo? Pareciera que en algún momento la «coalición de los hermanos» mató al padre. Ahí nada se reprimió. El instinto de matar al padre fue ejecutado. Por consiguiente, no hay culpa. Pero en el niño de nuestras sociedades contemporáneas el instinto de matar al padre no puede realizarse. Es la cultura la que lo impide. Ergo, se origina en el niño el sentimiento de culpa^[52]. Por el psicoanálisis no tengo mayor aprecio. Me apena lastimar a muchos de mis amigos. Descreo también del inconsciente. Del cual se han tomado como pruebas irrefutables los sueños y los síntomas. Calderón de la Barca decía: «Los sueños... sueños son». He tenido psicoanalistas a los que al decirles: «Tuve un sueño» casi los escuchaba saltar en su sillón. «¿Cómo era?». Algunos ingenuos o irredimibles analizantes me han dicho: «No, el terapeuta se da cuenta si le inventás un sueño». Falso. Lo dirán porque no son novelistas o guionistas de cine. Juro que (en momentos de bienestar) les he inventado sueños a todos los psicoanalistas que tuve. (Acaba de salir, a los veinte años de su primera edición, mi novela *La astucia de la razón*, juzgada por muchos como la mejor. Ahí se desarrollan estas temáticas. Entre ellas, la de la invención de los sueños dictados al psicoanalista desde el diván). Siempre que dije: «Tuve un sueño», el tipo saltó de alegría y yo empecé a crear una historia con todo tipo de quiebres, saltos, no lineal y preferentemente corta, preferentemente absurda. En las sociedades mediáticas —como las actuales— los sueños son inducidos. Uno sueña con las cosas que le pasan. Y al hombre cotidiano raramente le pasa algo más que toda la basura-extrínseca que devora durante su jornada. Borges desarrolló largamente la temática de ser-soñado. Los medios hasta construyen nuestro imaginario.

La era de los efectos especiales

Nos entregan los objetos de deseo, los cuerpos húmedos, la violencia cruel, los autos-vértigo, los autos indetenibles; el mundo, de pronto, se ha llenado de conductores excepcionales, no existe en un film o en una serie de TV o en un comercial nadie que no conduzca un auto a velocidades de alucinación, quiméricas. El espectador sabe que está siendo engañado. Que nadie puede manejar así. O tal vez los expertos que la producción ha contratado para que lo hagan. Tampoco. Porque vivimos —sobre todo desde los noventa en adelante— la era de los efectos especiales. El efecto especial surge del poder computarizado. El cine norteamericano se ha enamorado de ellos. Los espectadores también. «Efecto» es una palabra extraña. Parece simple, pero no lo es. Todos creen saber qué es un efecto. Todos se remiten a la teoría de la causalidad que —lo sepan o no— desarrolló Hume. «Efecto» o «hábito». Todo efecto es consecuencia de algo. Ésta es la ley de la causalidad. Esa ley siempre se cumple. Es una ley de la naturaleza. Como nos hemos acostumbrado a su cumplimiento, tenemos el hábito de que sea así, tal como es: como siempre es. El hábito es verificar que eso que se ha cumplido siempre se sigue cumpliendo y que nada impide creer o vaticinar que no lo siga haciendo de ese modo. No vamos a entrar aquí en lo que esto significó para Kant. No importa. Aquí estamos con la cuestión de los efectos especiales. ¿Por qué efectos? ¿De qué causa provienen? De ninguna. «Efecto» tiene otras acepciones más a tono con una era como la nuestra. Que, lejos de ser una era de causalidades, de aceptación de los hechos que habitualmente suceden, es una era de creación de sucesos. Hay varios sinónimos de «efecto» que nos llevan al corazón de nuestro problema: impresión, emoción, afección, suceso, acción, sobresalto, choque, sorpresa, sacudida. Todo eso producen los efectos. Otros son también, aunque los calificamos de distinto modo: suceso, acción, choque. Sin embargo, la estética supramoderna de los efectos del cine de hoy los califica de especiales. Esto remite a su producción. El cine de hoy es hijo de la informática. Los efectos que nos deslumbran en la pantalla surgen de una producción nueva, especial. No hay intelectual que no haga un *paper* sobre el cine y no utilice el concepto benjaminiano de reproductibilidad técnica. Contiene en sí la palabra técnica que «da». Heidegger y todo parece de lujo si eso ocurre. Pero Heidegger tampoco vio esto. Esto es y no es la técnica. Así como calificar al cine como reproductibilidad técnica es definitivamente arcaico. Remite a proyectores, a salas de producción, a celuloide, a matinés, a películas «que se cortan», a latas que hay que llevar de un cine a otro. El cine es —hoy— un hijo lujoso de la informática. La informática —o la computarización— da forma e impone al cine de hoy. La informática lo puede todo. De ahí que la palabra «efecto», lejos de ser lo producido por la causa, es la poderosa causa de la industria del entretenimiento. Mayoritariamente, eso que vemos en los films de Hollywood (vedado a los «independientes» y casi por completo a todas las otras cinematografías) es una violencia-fantasía. Una violencia-simulacro.

Jason Statham, un héroe de hoy

Los films de Jason Statham (un actor británico que se ha consagrado en este tipo de productos) son in-creíbles. Pero el espectador no pide otra cosa. Para ver lo creíble está «la vida». O eso que el Poder le construye como «la vida». El cine forma parte de esa construcción. El sujeto-Otro cree que está viendo algo extra-ordinario. Y se trata solamente de la ordinaria manufacturación del exceso que define al cine actual. En los films de Statham todo puede suceder. En una poderosa y muy divertida (porque los productos son divertidos; si no, no funcionarían) *remake* de un viejo film con un viejo actor de los cuarenta y los cincuenta llamado Edmond O'Brien, Statham es envenenado y morirá en menos de veinticuatro horas. El film (un gran clásico) se llama *D. O. A.* Raro título. Quiere decir: *Dead on arrival* (Rudolph Maté, 1950). O sea, Muerto al llegar. Tiene un gran comienzo, de esos cuando el cine necesitaba apelar a la imaginación. Llega un tipo a una comisaría. Y le dice al sargento:

—Vengo a denunciar un asesinato.

—Qué asesinato.

—El mío.

Al tipo —tal como dijimos— le han inyectado un veneno mortal. En el film de Statham se establece una premisa que justifica todos los desbordes: si el protagonista se detiene, si deja de correr como un loco, muere. Así, ¿por qué causa habría de correr sin parar, como un loco? Para encontrar al que tiene el antídoto. En el film de 1950, el protagonista muere luego de contar su historia. Alguien le pregunta a un inspector:

—¿Cómo caratulamos esta causa?

—Muerto al llegar —contesta el tipo.

Pero ¡hoy no! El del pobre O'Brien era un film *noir*. Muere mucha gente en los films *noir*. Statham no muere nunca. Los efectos especiales son tan alucinantes, tan lisérgicos, que una toma lo sorprende a Statham dentro de su coche, la cámara baja en picada, atraviesa la ventanilla, entra en el cuerpo del héroe y se detiene en su corazón y lo vemos latir, y vemos que late desbocadamente y que Statham no sólo aún vive, sino que está tan loco, tan poseído que nada podrá detenerlo hasta conseguir el antídoto. Consigue el antídoto, mata al villano, y a decenas de sus subordinados y se va tranquilo, tan vivo como desde el comienzo se propuso seguir. Hasta ver este film nunca había visto a la cámara bajar sobre un auto, atravesar la ventanilla y entrar en el cuerpo del héroe hasta su mismísimo corazón. Para ver estas cosas hay que saber entregarse a ellas. Hay otra gente, y va a ver *Pivellina*, que también vi. Pero son experiencias laterales. Los productos importantes del cine actual se hacen para anonadar al espectador. Para someterlo con lo increíble. Lo que no puede ser. Lo que no se puede creer pero se cree, porque para gozar del espectáculo hay que creer en él. O reírse. O decir: «¡Qué locura, qué disparate, esto no puede ser!». No, pero es.

La reciente película de Statham se llama *Parker* (2013) y supera todos sus límites anteriores. Su coestrella es la sinuosa latina JLo (Jennifer López, después de Statham en el

cartel). Statham mata tanta gente en este film, con tanta indiferencia, tanta impiedad, que JLo, indignada, le pregunta:

—¿Cómo hace eso?

—¿Qué?

—Matar tanta gente. Como a perros. Sin importarle nada.

—Es mi trabajo.

—Elija otro. Uno más humano.

—Éste es humano. Yo soy humano. ¿O qué soy? ¿Una ardilla?

—¡Usted es un monstruo! ¿Cómo puede dormir de noche?

—A partir de las siete de la tarde, no tomo café.

Todo el auditorio estalla en una carcajada unánime. Al guionista que se le ocurrió esa respuesta le aumentan el sueldo y le aseguran un próximo trabajo. Ya vamos a ver el análisis que hace Julian Assange de los soldados que matan civiles desde los helicópteros en Irak.

Filippo Marinetti, fascista: «El tiempo y el espacio murieron ayer»

Benjamin —en su ensayo sobre la reproductibilidad técnica, que es buenísimo y sólo suena anticuado pero no lo es— propone una meditación sobre la guerra como espectáculo. Y hasta como espectáculo bello. Creo que nos entendemos: tal cosa es un gran triunfo del poder mediático. De su infinita capacidad y hasta su maestría para trastocar lo real, eso que estamos acostumbrados a ver como lo cotidiano. El espectáculo mediático mata lo cotidiano. Lo transforma en espectáculo. Escribe Benjamin: «La humanidad, que antaño, en Homero, era un objeto de espectáculo para los dioses olímpicos, se ha transformado ahora en espectáculo de sí misma»^[53]. La observación de Benjamin es de gran penetración. Porque el pensamiento, la tarea del gran pensamiento-crítico es la de la penetrabilidad. Romper la malla que lo mediático ha construido para impedir «ver» la realidad que el Poder no quiere que sea vista y exponerla en conceptos contundentes, que «abran» la cabeza del que los lee. El pensamiento crítico (en la medida en que tenga cómo difundirse: ésta es su batalla política) tiene todavía su tarea en este mundo. La de siempre: desmitificar la mentira del Poder, cada vez mejor «armada», más difundida, más agradable, divertida o —si hace falta— más destructora. Es, sobre todo, en *La Ilíada*, donde Homero exhibe a los dioses en tanto seres de marcada insensibilidad. Se entretienen o se divierten y hasta ríen jugando con los destinos de los hombres. Porque (con el respeto debido a tan espléndido pensador) los hombres, en *La Ilíada*, no son un mero espectáculo para los dioses. Los dioses juegan con ellos. Trazan sus destinos y se divierten con sus desdichas. Los hombres son juguetes con que los dioses, como los niños, alegran su tiempo, se entretienen. Siempre nos apenó este espectáculo que los poemas homéricos ofrecen de los sufrientes protagonistas. Sus destinos, lejos de estar en sus manos, son arbitrios, jugarretas, travesuras de los dioses. Esto nos lleva al mundo actual. Creemos que se trata de un juego similar. Los dioses ya no son los dioses homéricos, pero son más despiadados y más caprichosos. Entretienen a sus criaturas sin cesar. Las deslumbran, las enceguecen con juegos —precisamente— enceguecedores. Bill Gates, Ted Turner, Rupert Murdoch, la Disney y muchos otros son los dioses homéricos de hoy. Son más despiadados porque —al conformar un Imperio jamás visto sobre la Tierra— incurren en los actos de barbarie que el poder ilimitado autoriza y posibilita naturalizando esa posibilidad. La posibilidad de la destrucción es connatural al Poder. Le pertenece, es su patrimonio y su capricho. Vivimos en una época que hace de la destrucción un gran espectáculo. Benjamin ya lo decía de la suya. Advertía que el capitalismo —para conservar el régimen de la propiedad— habría de inmovilizar a las masas con un embellecimiento de todo aquello que fuera destructivo. Se basaba en Filippo Tommaso Marinetti, un poeta italiano que nace en 1876 y muere en 1944, con la caída del fascismo, régimen al que adhirió y del que fue uno de sus ideólogos estéticos y políticos más importantes. Si varios «vanguardistas» de hoy leyeran el *Primer Manifiesto del Futurismo*, publicado en *Le Figaro* el

20 de febrero de 1909, se les caería la cara de vergüenza. Nadie inventa nada. Hay que admitir y aceptar sin autoflagelarse por eso que la mejor vanguardia es la que —lejos de ignorar el pasado, incorporándolo, tomando de él los elementos que más contribuyen a nuestra propia identidad— puede crear algo nuevo, siempre urdido por la tradición. Porque —de lo contrario— la vanguardia cae en el ridículo. Y muchos que se presentan como vanguardistas no hacen más que repetir cosas que han sido dichas y hechas, de mejor modo, décadas atrás. Cierta leyenda cuenta que había cuatro músicos en un café. Todos vanguardistas, revolucionarios, atonalistas, dodecafonistas, etc. Uno permanecía callado y hasta casi aburrido. Los otros tres hablaban pestes de Brahms. Que era un clasicista tardío. Que no había descubierto nada. Que, prisionero de la sombra de Beethoven, sombra que pesaba excesivamente sobre él y de la que nunca pudo librarse, recién se animó a componer una sinfonía más allá de los cuarenta años. Y a esa sinfonía —burlonamente, entre carcajadas estentóreas— decidieron decirle como ya casi era clásico decirle, pues era una obra maestra del agravio: la décima de Beethoven. Volvieron a reír. De pronto, al notar el silencio del cuarto amigo, que ahora había encargado una cerveza, le dicen:

—¿Y vos qué opinás, Arnold?

—Brahms no sólo es uno de los más grandes músicos de la historia. También es uno de sus más importantes vanguardistas. Estoy terminando un ensayo sobre él. Se llama: *Brahms, el progresista*.

Dijo Arnold Schönberg.

Siguió tomando su cerveza.

Marinetti es el creador del movimiento futurista. Hay mucho Nietzsche en ese *Manifiesto* de 1909. Pero hay también mucha de la locura que estallará en la década del veinte del siglo pasado, la década de las vanguardias. Como bien analiza Benjamin, la estética de Marinetti ya prefigura el fascismo. Esa estética se parece demasiado a la estética de la violencia que hoy impone Hollywood a sus productos. ¿Por qué todo estalla? ¿Por qué se ve tanta sangre? ¿Por qué se les pegan patadas a los caídos? (Ya es un lugar abominablemente común: si un tipo derriba a otro de tres o cuatro trompadas, luego lo patea con furia incontenible). ¿Por qué el *box* está siendo reemplazado por una basura en la que todo vale, en la que se utilizan los pies, en la que —precisamente— se le pega al caído, en la que el árbitro apenas si interviene cuando un boxeador aniquila a otro que ha caído? Porque la estética violenta actual de Hollywood es fascista. Dice el primer punto del *Manifiesto* de Marinetti: «1. Nosotros queremos cantar el amor al peligro, el hábito de la energía y de la temeridad. 2. El valor, la audacia, la rebelión serán elementos esenciales de nuestra poesía. 3. Hasta hoy, la literatura exaltó la inmovilidad pensativa, el éxtasis y el sueño. Nosotros queremos exaltar el movimiento agresivo, el insomnio febril, el paso ligero, el salto mortal, la bofetada y el puñetazo. 4. Nosotros afirmamos que la magnificencia del mundo se ha embellecido con una belleza nueva: la belleza de la velocidad (...) un automóvil rugiente que parece correr sobre la metralla, es más bello que la *Victoria de Samotracia* (...). ¡Nos hallamos sobre el último promontorio de los siglos! ¿Por qué deberíamos mirar a nuestras espaldas si queremos echar abajo las misteriosas fuerzas de lo Imposible? El Tiempo y el Espacio murieron ayer. Nosotros ya vivimos en lo absoluto, pues hemos creado ya la eterna velocidad omnipresente»^[54]. En 1929, Mussolini nombra a Marinetti miembro de la Real Academia de

Italia. ¿No suena bonito que un automóvil vale más que la *Victoria de Samotracia*, que el Tiempo y el Espacio murieron ayer? ¡Estos fascistas tenían lo suyo! Pavadas como las que acabamos de leer encendían los pechos guerreros de las generaciones jóvenes y allá iban a morir despedazados por la metralla o ahogados por el gas en las trincheras o a conquistar Etiopía sacando pecho como patéticos idiotas manipulados por la prosa altisonante de un poeta mediocre, de un loco de la guerra. Mayakovski buscó hacer la tarea de Marinetti en Rusia. En todo esto hay mucho Nietzsche. Podríamos decir que Marinetti es al fascismo lo que Nietzsche a los nazis. Pero dejémoslo así. Para Benjamin, el esteticismo político de Marinetti culmina en un solo punto: la guerra. «La guerra, y sólo ella, hace posible dar una meta a movimientos de masas de gran escala»^[55].

Jason Statham y Filippo Marinetti, del mismo lado

¿Cuál es la profunda unión entre Jason Statham y Filippo Marinetti? Statham es un guerrero de hoy. Ama la guerra y su necesidad tanto como Marinetti. Cree que un auto vale más que todas las obras de arte del mundo. Al auto debemos añadirle un tanque, un avión, las armas de largo e infalible alcance, las bombas de mano, los misiles y —si llega el momento necesario— el arsenal nuclear. Los héroes del cine de hoy siempre están en alguna especie de guerra. Hollywood ha enseñado que la guerra es entretenida, fascinante, que pasan muchas cosas, que pasa de todo y todo puede pasar. El Imperio hace guerras y Hollywood las torna *entertainment*. Hay que hacer un corto y ver estallar las bombas, y volar por los aires los cuerpos destrozados, y los niños que lloran, o mueren y las madres que mueren con ellos en sus brazos. Y, como fondo, hacer escuchar las dos más grandes canciones del mundo del entretenimiento: «That's entertainment» y «There's no business like *show business*». Porque en eso se transforma todo: en *entertainment*. O, como proponía Marinetti, en belleza: «La guerra es bella (escribe) porque inaugura el sueño de la metalización del ser humano»^[56]. ¿No es notable esta intuición de Marinetti realizada —más que nunca— hoy? ¿Qué son esos soldados imponentes que se ven en Internet, en los noticieros de TV o en las películas? ¿Parecen humanos? No, son eso que dice el padre del futurismo: seres humanos metalizados.

Si la guerra es entretenimiento significa que es bella, tal como lo quería el fascista Marinetti. El Imperio mediático tiene que meternos en la subjetividad colonizada la belleza de la guerra. Para ellos es necesaria. Si es necesario, tienen que hacerla. Si hay que matar, que maten. Total, todo no es más que un gran espectáculo que luego veremos por alguna pantalla. O en alguna película. O en alguna foto de algún diario. Treinta cuerpos despedazados colocados uno al lado de otro. Nos distraeremos un momento. Si alguna emoción empieza a despertarse en nosotros, ya sabemos que hay que doblar la página. Si el horror de esos cuerpos se nos busca introducir por alguna hendidura, demos vuelta la página. Usted sabe cómo se sobrevive en este mundo. Ya lo aprendió. El arte de leer un diario es el de saber dar vuelta la página. Cualquier cosa que lo moleste, que lo lleve a pensar que le puede suceder a usted, o que tiene que ver con usted, o que usted debiera tener una actitud moral o política ante ella, dé vuelta la página. Hoy, el arte de vivir es no estar donde el horror es visible, eludir todo aquello que busque implicarlo moralmente, que le haga sentir que usted no es ajeno a todo sino que algunas cosas debieran exigirle una opinión o un acto, si algo tan incómodo lo acosa, dé vuelta la página. Usted no niega la guerra. Ve las películas que llegan del Imperio. Usted no niega los asesinatos. ¡Si le encantan las películas policiales con detectives duros que siempre agarran y despedazan al asesino! Usted no niega la droga. ¡Si ya lo vio más de veinte veces a Pacino en *Scarface*! Usted no niega la realidad. Pero que se la den como entretenimiento. Es la única que existe.

Universidad del sentido común

Retornando a Heidegger trataremos de extraerle algunos de los textos más jugosos de esos pasajes de *Ser y Tiempo* sobre la existencia auténtica y la existencia inauténtica. Insistamos en postular que la existencia impropia —la que está dominada por el Poder, por lo externo— es la que se encuentra bajo el señorío de los otros. El Poder tiene mil tentáculos. Se expresa en mil situaciones. Pareciera que no existe sobre este planeta un solo ser que no esté bajo el señorío de alguien. El señorío es una escalera interminable. Cuanto más escalamos, más poderosos son los señores que salen a nuestro paso. Incluso la importancia de alguien depende de la importancia del Señor que lo gobierna. El mozo de la pizzería de la esquina vive bajo el señorío de don Esteban, el dueño de la pizzería. Pero Carlos Antonini —que se fue del país a los catorce años— ha logrado subir tanto en la empresa de Bill Gates que, todas las mañanas, el mismísimo Bill Gates pasa frente a su escritorio... ¡y lo saluda! Cuando está de malhumor, lo escupe. ¡Pero es Bill Gates!

Como sea, el señorío de los otros al que se refiere Heidegger es el que la sociedad nos impone masivamente, porque somos parte de «lo uno». Cuando somos parte de «lo uno» somos dueños de todas las respuestas. «Disfrutamos y gozamos como se goza; leemos, vemos y juzgamos de literatura y arte como se ve y se juzga; incluso nos apartamos del “montón” como se apartan de él; encontramos “sublevante” lo que se encuentra sublevante»^[57]. De aquí que el «uno» tenga todas las respuestas pues conoce la respuesta establecida para cada pregunta. Convirtiéndome en un mediocre, me convierto en un sabio. Así es el mundo que describe Heidegger y el de hoy. Para ser —hoy— un sabio, alcanza con aprenderse todas las respuestas que una sociedad ha establecido para todas las preguntas. Éste es el paroxismo del sentido común. ¿Por qué no poner una Universidad del Sentido Común? Inscríbase: le enseñamos las respuestas que corresponden a cada pregunta. No tenga más dudas. Usted vive en una sociedad que ha respondido todas las preguntas de este mundo. Esta función la han cumplido siempre las religiones. También religiones secularizadas como el positivismo o el marxismo (entendido como materialismo dialéctico). O el psicoanálisis. O el nietzschismo. Hoy, en cambio, vuelven a irrumpir los pastores electrónicos. La gente (el «uno») se afirma a la vida y pierde la angustia del «misterio» escuchando las verdades de los predicadores. Durante unos meses de mi vida seguí a uno que tuvo, en su momento, un éxito fenomenal. Creo que se llamaba Billy Graham. Sí, Billy Graham. En uno de sus sermones televisivos alguien le pregunta:

—Hermano Billy, he perdido a Dios. Estoy desesperado. ¿Qué puedo hacer?

Y Billy Graham, con una fe avasallante, respondía:

—Si has perdido a Dios, retorna al lugar en que lo has perdido. Él estará ahí, esperándote.

El tipo era claramente un embustero, un efectista, un embaucador espectacular. ¿Quién puede recordar dónde perdió a Dios?

—Hermano, no recuerdo dónde lo perdí.

—Insiste en recordar. Él te ayudará.

Aquí la cosa mejora. Si Dios me ayuda a recordar dónde lo perdí, ya no estoy solo en mi búsqueda. Nada menos que Él me guía.

Más allá o más acá de Billy Graham, están los discípulos de Sai Baba. Toda esta superchería funciona al margen de la política informática. El poder —a través de los medios— inculca todo tipo de valores que pone al servicio de la cohesión y de la coacción social. El evangelismo mediático —las religiones paralelas, los pastores con miles de palabras y consejos para atravesar el valle de lágrimas— está al servicio de llevar paz, serenidad al alma. Las ataduras son tan fuertes como las que sufre el burgués nietzscheano o el hombre freudiano de la cultura, pero al maniatado se le ofrece el consuelo de la palabra divina. Porque no hay pastor, no hay budista, no hay charlatán zen que no se presente o que no insinúe que a través de sí es Dios el que habla. Dios es el gran Patrón. Es el único que, en algún luminoso momento y no sabemos si en un formidable lugar, nos librará de las ataduras. En ese sentido pareciera que el Corán tiene una gran superioridad sobre la feligresía cristiana o judaica. Si es cierto que al que se inmola por Alá le aguarda un Cielo con placeres, con vírgenes que estarán para darle todo tipo de gozes, le ha añadido a la religiosidad la validación del sexo.

En cuanto al tema de las ataduras de los instintos, confesamos que no vemos a las sociedades de la supramodernidad muy empeñadas en someter a los sujetos a esas prácticas. Si la rebelión es un instinto —algo que no sostengo—, el único que se consagraría a maniatar sería al instinto de rebelión. A los otros no les importa sujetarlos demasiado. Han advertido que la liberación de los instintos sirve para controlar a los hombres. Estados Unidos —que es, sin más, el Imperio— es el más abrumadoramente consumidor de cocaína en el mundo. Cualquiera sabe que Rudy Giuliani —el alcalde de Nueva York— limpió su amada ciudad recurriendo al *crack*. Aquí se sabe que la derecha tiene entre sus principales proyectos controlar a la delincuencia con la droga, con el *crack*. A lo Giuliani. En muchas reuniones se ha dicho abiertamente que la única solución efectiva —como si se hablara de un insecticida poderoso— es el *crack*, el *crack* los va a barrer y se acabará «ese flagelo, la delincuencia».

El *glamour* del abismo

Alguien, durante estos días, nos preguntó si seguíamos creyendo que Walt Disney volvería de la muerte. No es que uno pierda el sueño por pensar en esa posibilidad. Pero lanzamos esa frase en el final de un ensayo y la habremos dicho en un par de clases. Cuando Disney fue congelado, se dijo que era una medida seguramente momentánea: duraría hasta que la enfermedad que se lo llevó encontrara su curación y Disney —al ser descongelado— pudiera ser tratado adecuadamente. La imagen del cadáver congelado es parte de las películas de terror. En *Frankenstein contra el Hombre lobo*, el Monstruo ha quedado congelado entre unas enormes barras de hielo. La película es de 1943, doce años posterior a la primera, la que dirigió genialmente James Whale, la que creó para siempre el cine de monstruos, la de la interpretación única, inmortal de Karloff: no hubo ni habrá otro como él. En la de 1943, Lawrence Talbot, un hombre desgarrado y agónico (El Hombre lobo no quiere ser lo que es, eso en que lo han transformado los colmillos de un lobo salvaje, que contagia a los hombres un mal terrible: *los transforma en eso que —según sabemos—. Thomas Hobbes, en un superlativo libro de 1651, Leviathan*, había dicho qué eran: lobos, unos para con otros), encuentra al Monstruo en el hielo y, no bien lo saca de tan escasamente cálido lugar, el ahora Béla Lugosi (Karloff ya no quiso hacer el papel: lo había hecho tres veces) vuelve a la vida. Esto nos lleva de nuevo a Walt Disney y a muchas otras cosas. Si Disney sigue congelado, es porque se espera el momento adecuado para revivirlo. Ahora sería aún demasiado macabro. Ignoramos todo lo que los científicos ya pueden hacer. Para el bien y para el mal. Pueden crear pestes para despoblar territorios enteros. Creemos que lo han hecho y lo harán de nuevo. El planeta está superpoblado. El sistema que impera no funciona como para alimentar a todos ni mucho menos. Cada vez hay más excluidos, más hambrientos, más entes peligrosos, capaces de cualquier reacción desesperada. Ha de haber bombas de todo tipo. Conjeturamos que no deben faltar bombas que maten a las personas y dejen en pie las cosas. Esto es casi sabido. Alguna filtración hubo. Lo que sobran no son cosas. Son seres humanos cuya peligrosidad irá en aumento con el aumento del hambre, las enfermedades y la furia que despierta morir de inanición en un mundo en que hay para todos, pero no se quiere repartir. ¿Por qué no se quiere repartir? Porque sería alterar el sistema. Cambiarlo. Tornarlo lo que no es. No es así como funciona: no funciona para el bienestar de todos sino de algunos. Estos pocos manejan los grandes engranajes y ya no pueden ni quieren cambiarlos. Los riesgos son enormes y ya se ven. La película *Frankenstein* (1931) que acabamos de ver una vez más de las tantas, innumerables que la vimos, nació del genio de una mujer, Mary Shelley. Todo se basa en una leyenda según la cual —en una adecuada noche de tormenta— el poeta Percy Shelley y Lord Byron le propusieron a Mary crear cada uno una historia de terror. Con un ingenio imbatible, Mary, humillándolos, creó *la más grande fábula del genio humano*. La más grande metáfora de la condición del hombre sobre la tierra, de su proyecto más profundo, ambicioso, violatorio (no sabemos si este adjetivo es bueno pero ya tectéábamos «transgresor» y nos dijimos *basta con esa palabra que ya nada significa, a la que podemos*

calificar, para satisfacción de Ernesto Laclau, de *significante vacío*, como, por ejemplo, «peronismo»). La novela se llama *Frankenstein o el moderno Prometeo*. Conocemos a Prometeo, un dios rebelde amigo de los hombres. Les entregó el fuego que les robó a los dioses, a cuyo mundo pertenecía y debía natural fidelidad. Su condena fue terrible, interminable. Una condena obsesivo-compulsiva repetitiva. Un ave de rapiña devoraba su hígado durante las noches, crecía durante el día sólo para que el ave de rapiña pudiera, una vez más, devorarlo durante la noche. Una pesadilla interminable. Un ave de rapiña con TOC. Pero los hombres conocieron el fuego de los dioses y quisieron ser dioses. Llevan mucho tiempo en esa tarea. *Todo el desarrollo de la técnica moderna expresa la vanagloria humana de igualar a la divinidad*. También la de someter a los otros hombres. Apoderarse de los más valiosos objetos del mundo. Pero ser Dios —verdaderamente Dios— sería crear al hombre. Entre tanto, el hombre, al que Freud llama un «dios con prótesis» (en *El malestar en la cultura*), utiliza sus prótesis para someter la naturaleza, arrasarla, violarla y construir su imperio, su mundo, que nada tiene que ver con el del orden natural. Si el mundo, tal como era cuando apareció el hombre, podría ser llamado el mundo de Dios, ya no más. No hay Dios. Lo que hay es el hombre de la técnica. El hombre de la razón instrumental. Del tecno capitalismo. Pocos filósofos vieron esto. Acaso Kierkegaard. Luego, sin duda, Nietzsche. El hombre nietzscheano es destructivo. Goza con la destrucción. Lo hemos visto. La bestia rubia nietzscheana mata y tortura para dar motivos de canto a los poetas. También Hegel justificaba la guerra de Troya por originar los poemas homéricos. Pero esto es menor. El hombre ambiciona más. Quiere ser Dios. Ésta es la poderosa fábula que narra Mary Shelley, que cuenta la genial película de James Whale. El protagonista es un alucinado científico llamado Henry Frankenstein. Todos sabemos que la interpretación de Colin Clive está casi a la altura de la de Karloff. Cuando el Monstruo, por fin, toma vida, se produce una de las sobreactuaciones más sublimes de la historia del cine: Colin Clive, de a poco, con *british accent* muy marcado, empieza a gritar *It's alive! It's alive! It's alive!*. En todos los tonos posibles. Parece a punto de perder la razón. Pero no la perderá. Porque es la razón del hombre occidental (el hombre prometeico por excelencia) la que lo anima, la que late en él, la que lo llevará a la perdición como al entero planeta si nadie detiene su rumbo, que ya es indetenible. Algo más dice Henry Frankenstein: *Ahora sé cómo es sentirse como Dios*. Hay un comercial de enorme inteligencia, hecho por hombres que conocen y dominan esta problemática urgente y acaso trágica. Un joven empresario compra una agenda electrónica. La empieza a usar. De pronto se le escapa de control. La agenda hace operaciones que él no ordenó. Le resuelve problemas que pensaba dejar para después. Le hace preguntas. Preguntas íntimas. Sobre su mujer. Si quiere llamarla. Si se dispone a salir con ella esa noche. El joven empresario, como el doctor Henry Frankenstein (tal como lo transmite la gran interpretación de Colin Clive), se larga a gritar: *It's alive! It's alive! It's alive!*. Los que hicieron ese comercial no ignoran nada. Una simple agenda electrónica es equivalente a la creación de Henry Frankenstein. Puede estar tan viva como él. Pregunta esencial: ¿se le escapa al hombre del siglo XXI el dominio de la técnica? ¿Cómo podría no escapársele si él mismo se sorprende de su creación y la admira hasta adorarla como a un ídolo primitivo, todopoderoso?

¿Qué creen ustedes que se está buscando en los laboratorios más secretos del mundo cuyos avances son negados por completo a nosotros, simples seres ajenos a los delirios de la Ciencia? Atención, cuidado: *la ciencia no piensa*. En un texto que lleva ese nombre, Martin Heidegger dice: «Cuando usted recuerda esta idea del peligro que representa la bomba atómica y del peligro *aún mayor* que representa la técnica, pienso en lo que se desarrolla hoy bajo el nombre de biofísica. En un tiempo previsible estaremos en condiciones de *hacer al hombre*, es decir, construirlo en su esencia orgánica incluso, tal como se los necesita: hombres hábiles y hombres torpes, inteligentes y tontos. ¡Llegaremos a esto!». ¿Qué hace Heidegger sino remitirse a las tesis de la novela de Aldous Huxley, *Un mundo feliz*? Haremos al hombre y lo haremos tal como el tecno capitalismo lo necesita. Científicos, zapateros, cineastas, arquitectos, ingenieros, músicos, policías, uno que otro escritor. Pero esta ciencia fabulosa (porque es una realidad de fábula para nosotros: todavía nos cuesta creer en su facticidad) desarrolla sus otras facetas: las esencialmente destructivas. ¿En manos de quiénes estarán los arsenales nucleares? No tengamos dudas: en manos que no los manejan, llenas de odio o, aún peor, de miedo. Que ni siquiera están maduras espiritualmente para poseerlos y controlar el daño que, con ellos, pueden causar. En el reportaje de *Der Spiegel*, que, por orden de Heidegger, se publica recién después de su muerte, en 1976, el autor de *Ser y Tiempo* dice: «La técnica, en su esencia, es algo que el hombre, por sí mismo, no domina (...). Pero es evidente que en ninguna época el hombre ha dominado sus instrumentos, véase el aprendiz de brujo. ¿No es demasiado pesimista decir: no dominaremos este instrumento, indudablemente mucho más grande, de la técnica moderna?».

El mundo se ha poblado de doctores Frankenstein. Todos quieren ser Dios. Lo esencial que se preguntan es: ¿cómo debe ser sentirse Dios? Entre tanto, destruyen el planeta. Tal vez el momento más sublime, aquel en que más cerca del poder divino se sienta será ése en que se hundan con el planeta entero en una catástrofe que —sin duda— tendrá la belleza de todo gran Apocalipsis. Cornelius Castoriadis, el notable filósofo ateniense, algo olvidado hoy e injustamente, escribía: «Esta destrucción irremediable sigue: en este preciso momento, la destrucción de los bosques tropicales en calidad de especies vivientes continúa (...) el hombre es, más bien, como un niño que se encuentra en una casa cuyas paredes son de chocolate, y que se dispuso a comerlas, sin comprender que pronto el resto de la casa se le va a caer encima»^[58]. Y el hombre no tiene la figura británica y elegante del doctor Henry Frankenstein. Su creatura lo ha dominado. Ese Monstruo que anda de un lado a otro, con enorme potencia, con gran poder destructivo, y con un cerebro deteriorado, el de un asesino. Porque la paradoja más temible de *Frankenstein* (nos referimos, aquí, sobre todo al film de Whale) es que la inteligencia humana —ese exquisito instrumento acaso único en el Universo— ha creado, en el más alto punto de su poder y de su brillantez, a un idiota, de andar desarticulado y torpe, sin ningún valor que guíe sus actos, y con una incontenible pulsión de matar, un asesino. Y aquí es donde la fábula de Mary Shelley se une a esa asombrosa frase de Goya: «El sueño de la razón produce monstruos». Y ya nadie sabe cómo contenerlos y cada vez pareciera importar menos porque la carrera hacia el abismo tiene más *glamour* que el mundo decadente de la paz.

La guerra de la moda

Si uno se pasea, pongamos, por los kioscos de la avenida Santa Fe y mira las revistas, advierte que el verano —el verano como concepto— implica la desmedida liviandad de lo leve. Todo es liviano, fugaz: los romances, las fiestas, las bifurcaciones de la política.

La política, por ejemplo, se lee así: ¿se unen Fulano y Zutano?, ¿se va Fulano del PJ para pasar a las filas de Pino?, ¿se enojan los de la Coalición Cívica?, ¿se va Zutano de Proyecto Sur porque se arregló con Fulano?, ¿y si Mengano vuelve al PJ? Todo esto es impecablemente simétrico a los romances de la farándula. La farándula, por ejemplo, se lee así: ¿durará lo de Piti y Chinchita?, ¿romperán Mariana y Chonghi?, ¿Andresita seguirá hablando con Jeffrey por medio de su movi y gastando fortunas?, ¿será la fiesta de Scarpelli tan maravillosa como siempre o más?, ¿siguen bien Gallito y Gallina?, ¿siguen bien Susana y Porfirio?, ¿y si no?, ¿no se la ve algo triste a Araceli?, ¿algo solitaria a la Hassán?, ¿y si no?, ¿todo queda así o nace un nuevo amor?

Así es el verano: todo es leve. También lo es la ropa, ya que uno usa poca durante su transcurso. Sin embargo, la ropa nunca es leve. Es una cuestión decisiva. Hay un aforismo impecable que dice: «Si quieres odiar a las mujeres, lee las revistas femeninas». Es, digamos, de autor anónimo. Ocurre con estas revistas —las femeninas, decimos— que se colocan en un punto de vista arbitrario pero poderoso: asumen la condición de la mujer, es decir, a través de ellas es el alma femenina la que se expresa. Hace ya un buen tiempo —o no tanto— salió un número de *Para Ti* que conservamos en la biblioteca junto a algún libro de Gilles Lipovetsky y a cuya lectura hemos decidido seriamente consagrarnos. Comienza con un sólido editorial. Su título: «Los mejor y los peor vestidos». Su estilo es ejemplar: quienes han escrito esas líneas hablan en plural porque expresan un plural: las mujeres. Para decirlo claramente: *Para Ti* habla en nombre de todas las mujeres. De aquí la recurrencia al plural: vivimos, somos, nos pasa a todas, nos vestimos, sabemos.

El editorial, desde su primera frase, asume un conocimiento absolutamente privilegiado de la condición femenina. Dice así: «Comentar la ropa que usan los otros es el más popular de los deportes femeninos»^[59]. Hay, aquí, una premisa que no se discute, un saber que no se discute: el más popular de los deportes femeninos es uno y sólo uno: comentar la ropa que usan los otros. Que ninguna mujer se atreva a aseverar otra cosa: *Para Ti* sabe lo que dice. Habla desde la mujer y para la mujer. Una cosa, claro, le permite la otra: es por su hondo conocimiento de la esencia de lo femenino que *Para Ti* puede hablarles a las mujeres con la certeza con que lo hace. Esta certeza básica le permite continuar desplegando o deduciendo las otras certezas. ¿Para qué practican las mujeres su deporte predilecto? *Para Ti* responde: «Para elogiar o criticar. Para envidiar o destruir». (Es notable cómo esta visión de la mujer convalida la visión machista: las mujeres son seres superficiales, que se la pasan hablando de trapos, que se miran con envidia, que se critican por detrás, lenguas viperinas que se destruyen mutuamente por medio de mezquinos chismeríos). Y continúa, *Para Ti*, con una afirmación de matices sociológicos, acotada a la Argentina. Dice: «Vivimos en un país donde

todas nos vestimos para los demás. Para salir en las fotos, para hacer reventar de odio a las otras mujeres». De este modo, la ropa es un arma, un instrumento de guerra para las mujeres. Una mujer se viste para hacer reventar de odio a las otras. La moda es un espacio de guerra. ¿Cómo no evocar a Hobbes? Para este campeón de las visiones pesimistas de la condición humana (*Leviathan*, 1651), el hombre, en su estado de naturaleza, vive en una lucha de todos contra todos. Así, el hombre es el lobo del hombre. (Es tan notable esta aseveración del señor Hobbes —aceptada de buena gana por Freud— que uno no se da cuenta y ya está recurriendo a ella). La moda, en la visión de *Para Ti*, es también un estado de naturaleza, entendiendo por tal un estado de guerra de todos contra todos. O de todas contra todas. La mujer es la loba de la mujer. En Hobbes, el estado de naturaleza se supera por medio de la autoridad del Estado. ¿Cómo se supera el estado de naturaleza de la guerra que plantea *Para Ti*? No está muy explícito en este editorial, pero algo podemos aventurar: son las grandes casas creadoras de la moda las que vienen a reemplazar en este conflicto la misión del Estado hobbesiano. Dice *Para Ti*: «Somos, para colmo, prisioneras de lo que se usa». Es decir: hay una instancia superior a la guerra de las meras individualidades. Hay estamentos empresariales que deciden lo que se usa. Y las individualidades —las mujeres, todas— deben someterse a esa férrea legislación. «Es así. Nos pasa a todas. A las famosas y a las ilustres desconocidas». Es así, es decir: es inmodificable, es un autoritarismo al que sólo resta someterse. Y, también, nos pasa a todas, es decir: quienes escriben el editorial de *Para Ti* se incluyen en el espacio de la guerra. Dicen, entonces: «Nadie sale victoriosa del juicio implacable de las mujeres». Observemos que se trata de una guerra sin triunfadores: todos pierden. Porque el juicio de las mujeres es tan impiadoso, tan implacable que no deja nada en pie. Ser mujer es estar condenada a la derrota en una guerra cuyas armas son los trapos, los vestidos, en suma: la moda. Y las editorialistas de *Para Ti* incurren (sin saberlo, sospecho) en una venerable verdad sartreana: el experimentador forma parte del sistema experimental. Ellas no están afuera, escriben sobre un tema que, dramáticamente, las incluye: «Este número especial de *Para Ti* (...) está hecho por mujeres que nos vestimos todos los días (...). Por mujeres que sabemos que lo que a nosotras nos pasa, les pasa a todas»^[60].

Sin embargo, a la hora de elegir los blancos sobre los que hacer fuego, *Para Ti* elige a los famosos. «La fama (dice) tiene su precio». Y el precio de la fama es, sí, el de la infinita visibilidad, que implica el del juicio infinito, el de la infinita exposición. Desfilan, entonces, en un desfile vertiginoso, de a uno o de a varios por página, los famosos. *Para Ti* abre el paraguas: sólo se trata de un juego, el «más divertido y apasionante juego de mujeres». Así las cosas, divide a quienes se visten en dos categorías: A: las mejor vestidas; B: las peor vestidas. Y la enumeración es larga. Larga, arbitraria, caprichosa, ligera pero... siempre late, en sus ardientes entrañas, el poder del enjuiciamiento. «Una peor vestida de hoy puede ser una mejor vestida de mañana», advierte el editorial. Pero, claro, rige la contraria: una mejor vestida de hoy puede ser una peor vestida de mañana. La guerra continúa y continuará. Amalita, de este modo, está entre las más elegantes porque «no tiene prejuicios y agrega joyas increíbles» (p. 10), Susana es una estrella y se le perdona todo («hace lo imposible para que le perdonemos todo», p. 14), Mirtha es «siempre una señora» (p. 19), Claudia Maradona es de lo peor («¿Se vestirá con lo que a ella le gusta o con lo que quiere verla Diego?», p. 25), Zulema Yoma mal, pero a veces mejor (pp. 31-33), María Julia Alsogaray muy pero muy bien:

«ella sabe que su fuerte son las piernas y las muestra»^[61] (p. 46), Canela y Teté zafan, Nacha condenada a los infiernos (a Nacha —en el fondo— no le perdonan su pasado di-telliano ni que cante, aún hoy, poemas de Neruda), Mariana Nannis pésimo («No siempre lo más caro es lo mejor», p. 70) y así sucesivamente, porque el desfile es interminable, porque los famosos son muchos y porque «el juego preferido de las mujeres» es impiadoso como la más feroz de las guerras y nunca se detiene, ya que forma parte sustancial de la condición femenina. Según *Para Ti*, claro. Visión que sería importante refutar, y en cuya refutación las mujeres deberían ocupar el primer plano, porque son ellas —destinatarias directas de estas revistas «femeninas»— las primeramente menoscabadas.

Como vemos —tomando como punto de partida los ejemplos que hemos entregado— nos hemos centrado en la etapa menemista. Fue la que llevó a las más altas cumbres de tipos de ejercicios de frivolidad. Pero volveremos sobre la moda hoy. Y no sólo en nuestro país. La moda es un ejercicio del Poder. Y uno de los más aberrantes. Porque implica todo ese mundo de las modelos, los grandes diseñadores, los desfiles de hembras fabulosas y los *books* deslumbrantes en los que muchas de esas hembras cotizan tan alto que bien podría hablarse de una Bolsa de Tokio y una Bolsa de la Moda. Volveremos sobre este tema. Es esencial al mundo de hoy. Que vayan preparando la moda *tsunami*.

Odiseo y la represión del goce

La Escuela de Fráncfort elaboró una visión crítica del mundo de las comunicaciones. Su expresión más acabada está en el libro de Adorno y Horkheimer, *Dialéctica del Iluminismo*. Este texto tiene un desarrollo ingenioso y brillante del hombre con ataduras de Nietzsche y de Freud. Se trata del célebre pasaje de Odiseo y el canto de las sirenas, que la obra de los francfortianos volvió doblemente célebre ya que era uno de los grandes momentos de la *Odisea* de Homero. Vimos, en Nietzsche, al hombre que lucha contra las ataduras del Estado. El Estado que somete, que troncha las ansias guerreras, que impide el vuelo del ave sanguinaria que trepida en el interior de cada manso ciudadano que ha acatado el pacto de Hobbes, el de Rousseau. Un contrato por el que todos aceptamos ser corderos en lugar de leones. Si no, no podremos vivir. La condición de posibilidad de toda vida comunitaria es dejar de lado nuestros instintos primarios. Todos ellos tienden a la destrucción. ¡Ah, pero secretamente sabemos que sería portentoso entregarnos a ellos! No tenemos el coraje de hacerlo. Si lo hacemos nosotros, lo harán los demás y terminaremos masacrándonos los unos a los otros. De aquí que el poder del Estado sea imprescindible. Aceptarlo es nuestro destino, nuestra posibilidad de ser hombres civilizados, buenos burgueses de una sociedad burguesa^[62]. El Estado tiene la tarea de someter a todos por igual a la Ley. La Ley es algo que todos aceptan. El que «viola la Ley» será castigado. ¿Cómo no nos va a conducir esto a Odiseo? Él, sin embargo, es un patrón, se halla al frente de sus hombres en un barco que lo llevará a Ítaca, donde lo espera su vida familiar, su mujer. Sabe que atravesará un lugar en que el canto de las sirenas es bellísimo pero enloquecedor. Siempre las experiencias absolutas, desbocadas, conllevan el peligro de la locura. La razón es algo que debe mantener sus límites. Si se desborda podrá conocer goces infinitos, pero todo desborde es irracional, es estar afuera de los límites de la razón, es enloquecer. La locura es ese terreno raramente explorado en que la razón no existe, no reina, no ordena. La locura es un barco a la deriva, en un mar desconocido, que ha perdido su brújula, cuyo timón nadie maneja. Odiseo le teme a esta experiencia. Se trataría de algo semejante a una fiesta dionisiaca. Pero ¿quién es en este mundo tan valiente como para arriesgar la razón por transcurrir una temporada en los terrenos del goce absoluto? Odiseo no quiere ni una cosa ni la otra. Pero no quiere perderlo todo. «Conoce (Odiseo) sólo dos posibilidades de salida (escriben los francfortianos en California). Una es la que prescribe a sus compañeros. Les tapa las orejas con cera y les ordena remar con todas sus energías. Quien quiere perdurar y persistir puede hacerlo sólo en la medida en que no esté en condiciones de escuchar. Esto es lo que la sociedad ha procurado siempre. Frescos y concentrados, los trabajadores deben mirar hacia adelante y despreocuparse de lo que está a los costados. El impulso que los induciría a desviarse es sublimado —con rabiosa amargura— en esfuerzo ulterior (...). La otra posibilidad es la que elige Odiseo, el señor terrateniente, que hace trabajar a los demás para sí»^[63]. Más allá de hacerlos remar hasta extenuarse, Odiseo ordena que lo aten al mástil de la embarcación. Quiere escuchar, pero no enloquecer. Es algo así como un *voyeur* auditivo. Al escuchar el

canto de las sirenas ordena, enloquecido, que lo desaten. Pero ya es tarde: «Sus compañeros, que no oyen nada, conocen el peligro del canto y no su belleza, y lo dejan atado al mástil, para salvarlo y salvarse con él»^[64].

Crítica de la industria cultural

El capítulo que Adorno y Horkheimer dedican a la «industria cultural» es largo y muy rico en todo tipo de matices, posibles interpretaciones, desmesuras y olímpicas tonterías. Desarrollan la siguiente hipótesis: los productos mecánicamente diferenciados se revelan como iguales. Todo lo que produce la industria cultural tiende a una nivelación que sólo matices leves, irrelevantes, parecieran desmentir. Citaremos un largo texto: «El que las diferencias entre la serie Chrysler y la serie General Motors son sustancialmente ilusorias es cosa que saben incluso los niños que se enloquecen por ellas. Los precios y las desventajas discutidos por los conocedores sirven sólo para mantener una apariencia de competencia y de posibilidad de elección. Las cosas no son distintas en lo que concierne a las producciones de la Warner Brothers y de la Metro Goldwyn Mayer»^[65]. «Pero incluso entre los tipos más caros y menos caros de la colección de modelos de una misma firma, las diferencias se reproducen más: en los automóviles no pasan de variantes en el número de cilindros, en el volumen, en la novedad de los *gadgets*; en los films se limitan a diferencias en el número de divos, en el despliegue de medios técnicos, de mano de obra, trajes y decorados, en el empleo de nuevas formas psicológicas»^[66]. Todo tiende a la uniformización. La cultura de la industria cultural es la del aplanamiento. La de la serialidad. Sobre la televisión (cuyos comienzos recién estaban entreviendo) nuestros autores dicen: «La televisión tiende a una síntesis de radio y cine, que está siendo retardada hasta que las partes interesadas se hayan puesto completamente de acuerdo, pero cuyas posibilidades ilimitadas pueden ser promovidas hasta tal punto por el empobrecimiento de los materiales estéticos que la identidad apenas velada de todos los productos de la industria cultural podrá mañana triunfar abiertamente como sarcástica realización del sueño wagneriano de la “obra de arte total”. El acuerdo de palabra, música e imagen se logra con mucha mayor perfección que en *Tristán*, en la medida en que los elementos sensibles, que se limitan a registrar la superficie de la realidad social, son ya producidos según el mismo proceso técnico de trabajo y expresan su unidad como su verdadero contenido. Este proceso de trabajo integra a todos los elementos de la producción, desde la trama de la novela preparada ya en vistas al film hasta el último efecto sonoro. Es el triunfo del capital invertido»^[67]. Es la queja de dos inconformes ante una causa perdida. El *Tristán* de Wagner ha quedado atrás. La televisión será devastadora. Todo se pondrá en juego ahí. Y lo que llaman el «triunfo del capital invertido» es sencillamente el triunfo del capital. Digámoslo de una vez: ni Adorno ni Horkheimer, situados en California y con un punto de vista privilegiado sobre el poder de la industria del espectáculo como manipulación de masas, consideraban ya invencible al sistema capitalista. El poder de estos medios que había creado para someter a las masas instrumentando el entretenimiento y no el castigo ni la muerte era irresistible. Lo era: si comparamos la estética de los treinta en Estados Unidos con la de la Alemania nazi y la Rusia soviética es muy superior, más imaginativa, más liviana, más libre, más alegre la del capitalismo norteamericano. El cine, los cómics, las comedias musicales, los grandes dibujantes de los grandes *magazines*, de los grandes diarios, las

grandes novelas, el *jazz*, las novelas policiales, los *pulps*, las series radiales como *The Shadow*, la música de Charles Ives, de George Gershwin, de Aaron Copland, todo constituía una constelación deslumbrante. No había campos de concentración, no había pogroms, no había trenes para Siberia, ni para Dachau o Auschwitz. La gente podía bailar en las calles. Había segregación racial. Pero en 1935 Gershwin estrena *Porgy and Bess*, la obra maestra de un judío con protagonistas afroamericanos. Duke Ellington dirá: «No representa a los negros. Perdurará porque es gran música. Porque está escrita con el gran espíritu de los compositores italianos. Y hasta yo diría que demasiado con ese espíritu». Y debió comerse esas palabras porque la respuesta que se fue afirmando con el correr de los años fue: «Duke, vos decís eso porque no compusiste esa ópera, nunca te lo propusiste, y si no te lo propusiste, Duke, fue porque no habrías podido hacerla». Y el *jazz*, y el blues y el charleston. Una vitalidad que en ninguna dictadura podría existir y que ciertamente estaba ausente en la Alemania de Hitler y la Rusia de Stalin. Si todo este vibrante aquelarre sometía a las masas al capitalismo, pues el capitalismo lo había organizado muy bien. Su política exterior era claramente imperial y si tenía que usar el garrote de Teddy Roosevelt lo hacía. Pero Adorno y Horkheimer parecieran no ver algo. Que no sólo había en todo ese vértigo de una nación ascendente un propósito de dominio de masas, sino que se hacía arte, arte del grande o arte popular, también del mejor. No olvidemos que Adorno no era un tipo para encariñarse. Se ve en esa correspondencia con Schönberg y Thomas Mann sobre el método dodecafónico. Por otra parte, ¡odiaba el *jazz*! Detestaba a Benny Goodman: «Así, Benny Goodman es acompañado por el cuarteto de Budapest y toca con ritmo más pedante que un clarinetista de orquesta sinfónica, mientras que los integrantes del cuarteto tocan en la misma forma lisa y vertical y con la misma dulzonería con que lo hace Guy Lombardo»^[68]. Todo falso. No sería sencillo encontrar a un clarinetista de orquesta sinfónica que tocara como Benny Goodman, un gran dotado. Stravinski, Bernstein, Copland y Morton Gould escribieron para él. Los del cuarteto Budapest (no conozco esa versión que mencionan A. y H.) se habrán sometido al poder de Goodman o lo habrán seguido eficazmente y sólo eso.

«Que el espectador no piense»

Continúan Adorno y Horkheimer: «El espectador no debe hacer trabajar su propia cabeza: toda conexión lógica que requiera esfuerzo intelectual es cuidadosamente evitada»^[69]. Desde luego: esta afirmación es correctísima y se ha ido acentuando. Si tenemos en cuenta —repetimos— que esta obra se escribió en 1940, vemos que los objetivos de la industria cultural se han mantenido inalterables en la mayoría de sus objetivos. Que el espectador no piense es el lema de los medios de comunicación aún hoy y con mayores poderes que en la época de A. y H. Siguen: «En los films policiales y de aventuras no se concede ya hoy al espectador que asista a una clarificación progresiva. Debe contentarse —incluso en las producciones más irónicas del género— con el resplandor de situaciones ya casi carentes de conexión necesaria entre ellas (...). Los dibujos animados eran, en una época, exponentes de la fantasía contra el racionalismo. Hacían justicia a los animales y a las cosas electrizadas por su técnica, pues pese a mutilarlos les conferían una segunda vida. Ahora no hacen más que confirmar la victoria de la razón tecnológica sobre la verdad»^[70]. La razón tecnológica es lo que Heidegger llamaba el tecno capitalismo. A. y H. también la llamarán razón instrumental. Es la razón capitalista fortalecida e invencible por su unión con la técnica. Una unidad todopoderosa. Para comprender el siguiente texto, piénsese en la creciente violencia que se ha ido apoderando de los dibujos animados: «Si los dibujos animados tienen otro efecto fuera del de acostumbrar los sentidos al nuevo ritmo, es el de martillar en todos los cerebros la antigua verdad de que el maltrato continuo, el quebrantamiento de toda resistencia individual, es la condición de vida en esta sociedad. El Pato Donald en los dibujos animados como los desdichados en la realidad reciben sus puntapiés a fin de que los espectadores se habitúen a los suyos»^[71]. Aquí, a Donald le toca jugar en el terreno de las víctimas. Ya verá cómo las cosas le cambiarán cuando lleguen a su vida Dorfman y Mattelart. Luego de un dislate en que liquidan el discurso final antifascista de Chaplin en *El gran dictador*, porque se le ha ocurrido filmar unas espigas de trigo que —a Adorno y Horkheimer— les traen el recuerdo de «la cabellera rubia de la muchacha alemana cuya vida en el campo veraniego fotografía la Ufa»^[72], el capítulo se aproxima hacia su final. Se trata de un intento contradictorio, valioso, excesivamente fechado pero no por eso menos interesante, del que debíamos ocuparnos. Volveremos sobre él. No en vano este libro de A. y H. está en el canon de la filosofía del siglo xx y es objeto de culto. Algo más para enganchar con nuestro próximo y fascinante tema. Cuando se refieren a Orson Welles inauguran (o no) una tesis que será muy utilizada por la crítica cultural de izquierda. Toda transgresión es permitida en tanto no desestabilice seriamente al sistema: «Todas las violaciones de los hábitos del oficio cometidas por Orson Welles le son perdonadas, porque —incluyendo las incorrecciones— no hacen más que reforzar y confirmar la validez del sistema»^[73]. Veremos que Welles habría expresado con vehemencia su desacuerdo con esta afirmación. Toda su vida se presentó como un genio que no podía expresarse por la necedad de la industria de Hollywood y así ha pasado a la historia y es venerado hoy. En cuanto a Theodor Adorno, nunca gozó de nuestra

aceptación plena. Exiliado de lujo. Hizo virar a la Escuela de Fráncfort de la lucha de clases a la relación del hombre con la naturaleza, que tomó de Heidegger. Cuando quiso destruir al Herr Rektor de Friburgo, escribió un texto lamentable que sólo podía confirmar en sus creencias a los adeptos de Heidegger, *La jerga de la autenticidad*. Fue un marxista aristocrático. No citó a Benjamin en toda su *Dialéctica del Iluminismo*, libro que creo sobrevalorado. Su *Dialéctica negativa* (texto plúmbeo) sólo parece haber dejado la idea de una dialéctica que no se detiene porque su motor es la negación y nunca la conciliación. ¡Ya Engels había llegado a esto en su *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*! Su mejor trabajo, lejos. Ahí, establece una contradicción entre método y política en Hegel. La política lleva a la conciliación: acepta el Estado prusiano como cumbre final del Espíritu Absoluto. El método no se detiene nunca por el célebre «poder de lo negativo». Adorno, además, atacó, junto con Horkheimer, a Sartre. Y por una envidia in disimulable. Horkheimer —desdeñoso— dijo que *El ser y la nada* era una «filosofía para las masas». Si Horkheimer cree que el Prólogo (sólo el Prólogo) de *El ser y la nada* es filosofía para las masas, delira. Es uno de los textos más herméticos de la filosofía. Por otra parte, ¿y si fuera «filosofía para las masas», qué hay? ¿Desde cuándo un marxista desprecia algo destinado a las masas? Era la inquina incontenible porque Sartre era un líder de multitudes. Una voz para el mundo. Y ellos dos, dos simples profesores que luego —de la mano de los estructuralistas y del nietzschismo triunfante bajo la sombra de Heidegger— se pondrían de moda. Adorno dedicó sus últimos libros a la música dodecafónica. Que, para qué dudarlo, fue concebida para llegar al pueblo. En suma, un marxista que empieza con la lucha de clases y termina con la música dodecafónica es un marxista a-típico, señorial, aristocrático, reprimido, ególatra. Es Theodor Adorno.

Para no dejar de cumplir en alguna medida con el tema prometido, ofreceremos un resumen (apretado) del acontecimiento-Welles de 1938. Luego entraremos en él con mayor profundidad. Si alguien sospecha que el texto proviene de algún lugar de Internet, que lo sospeche sin privarse. Pero lo revisamos y no tiene errores. Ofrece, además, una síntesis apropiada. Podríamos haberla hecho nosotros, pero el trabajo que nos reservamos es otro. Calificaría a estas líneas que siguen como un texto-mientras tanto. Los datos que ofrece entregarán a los que no conocen o no tienen muy presente el acontecimiento una dimensión de su magnitud.

Presentación de Orson Welles, ¿un genio o un joven con demasiadas ambiciones y un gran embaucador?

El 30 de octubre de 1938, Orson Welles (1915-1985) y el Mercury Theatre, bajo el sello de la CBS, adaptaron el clásico *La guerra de los mundos*, novela de ciencia ficción de H. G. Wells, a un guión de radio.

La historia es una adaptación del libro. Los hechos se relataron en forma de noticiario, narrando la caída de meteoritos que posteriormente corresponderían a los contenedores de naves marcianas que derrotarían a las fuerzas norteamericanas usando una especie de «rayo de calor» y gases venenosos. La introducción del programa explicaba que se trataba de una dramatización de la obra de H. G. Wells; en el minuto 40:30 aproximadamente aparecía el segundo mensaje aclaratorio, seguido de la narración en tercera persona de Orson Welles, quince minutos después de la alarma general del país, que llegó a pensar que estaba siendo invadido.

Orson Welles había adquirido cierto prestigio dramatizando algunas obras como *Los miserables* en programas de radio, de modo que en julio de 1938 el Columbia Broadcasting System (CBS) le ofreció realizar un programa semanal en la cadena dramatizando obras. De este modo, Howard Koch, que escribiría más tarde el guión de *Casablanca*, adaptaba obras como *Drácula* o *El Conde de Montecristo* y Welles las interpretaba. En la emisión de *La guerra de los mundos*, Welles interpretaba al profesor Pierson, el científico que explicaba lo ocurrido, mientras que también participaba un actor imitando al periodista Carl Phillips. La emisión empezaba así: «Señoras y señores, les presentamos el último boletín de Intercontinental Radio News. Desde Toronto, el profesor Morse de la Universidad de McGill informa que ha observado un total de tres explosiones del planeta Marte entre las 7:45 P. M. y las 9:20 P. M.».

De inmediato, pasaban a la banda de música supuestamente desde el Hotel Park Plaza, y periódicamente la interrumpían para informar de la ficticia invasión marciana. Una de las intervenciones del personaje Carl Phillips desde Grovers Mill, Nueva Jersey, era: «Señoras y señores, esto es lo más terrorífico que nunca he presenciado... ¡Espera un minuto! Alguien está avanzando desde el fondo del hoyo. Alguien... o algo. Puedo ver escudriñando desde ese hoyo negro dos discos luminosos... ¿Son ojos? Puede que sean una cara. Puede que sea...».

Los oyentes que sintonizaron la emisión y no escucharon la introducción pensaron que se trataba de una emisión real de noticias, lo cual provocó el pánico en las calles de Nueva York y Nueva Jersey (donde supuestamente se habrían originado los informes). La comisaría de policía y las redacciones de noticias estaban bloqueadas por las llamadas de oyentes aterrorizados y desesperados que intentaban protegerse de los ficticios ataques con gas de los marcianos. Al día siguiente, saltaron protestas exigiendo responsabilidades y una explicación, de modo que el propio Orson Welles pidió perdón por la broma de Halloween, considerada una burla por los oyentes.

La histeria colectiva demostró el poder de los medios de comunicación de masas, y este curioso episodio también catapultó a la cima la carrera de Welles.

El programa duró casi 59 minutos: los primeros cuarenta correspondieron al falso noticiario, que terminaba con el locutor en la azotea de la CBS falleciendo a causa de los gases y seguía con la narración en tercera persona del profesor Pierson, que describía la muerte de los invasores.

La guerra de los mundos. Welles, El director es la estrella

Hicimos una pregunta que no demoraremos en responder. La pregunta era (en sí misma) casi insultante. Cuando uno hace una pregunta así y la refiere a un Monstruo como Welles es porque está a punto de arrojar una respuesta —cuando menos— osada o alternativa. ¿Un genio o un joven con demasiadas ambiciones y un gran embaucador? No debiéramos ocuparnos de Welles. No es el tema de este ensayo. Lo traemos a estas páginas porque llevó a cabo, en 1938, el que fue tal vez el ejercicio de manipulación de masas más exitoso de la historia de los medios de comunicación. La emisión radial de la novela de H. G. Wells *La guerra de los mundos*. Ahí, como ya veremos, como muchos saben o no, Welles sacó patente de genio. Se le decía *Wonder Boy*. Si recuerdan la serie *Wonder Woman* con Linda Carter (¿porque algo recuerdan, no?), no habrán olvidado entonces que ella era La Mujer Maravilla. De donde se deduce que Welles era (al ser *Wonder Boy*) el Joven Maravilla. Tenía, apenas, 23 años. Por eso lo de *boy* y no *Wonder Man*. Lugar que ya estaba cubierto por Superman. En suma, Welles era Superman pero un poco más joven y más gordito. Dejó de ser gordito. Si algo logró Welles en su vida, fue dejar de ser gordito. Se convirtió en un Gordo Apabullante. No era feo. No es cuestión de ser gordo y ser feo. Welles era un gordo hermoso. Estaba, tal vez, hinchado. Lo hinchaban su Ego, su Autoestima, su Amor Por Sí Mismo y las Adulonerías de todos los fans que lo visitaban en su departamento en París para decirle que era el más grande de todos. Welles les decía que no, o que acaso, o que sí, que definitivamente sí.

Se confundió: no era su gordura la que tenía que alimentar, desarrollar, hacer crecer hasta niveles deslumbrantes. Era su genio y el fruto de su genio: su obra. No. Luego de *La guerra de los mundos* y de *El ciudadano*, Welles engordó mucho e hizo muy poco. Se dedicó a decirle a todo el mundo que él seguía siendo el genio de *El ciudadano*, pero la aberrante industria de Hollywood se lo impedía. Fue diseñando la imagen de un portento maniatado, de un genio buscando vencer miles de problemas que la mediocridad de los otros le imponían. No soy yo, son los otros. Si no hago más películas buenas, si todos mis proyectos fracasan, no es mi culpa. ¡Son los otros! El Infierno son los demás. (Frase de una excélebre obra de teatro de Jean-Paul Sartre, *Huis clos*, A puerta cerrada. Digo excélebre porque Sartre ya nada tiene que ver con la celebridad. Le han pasado la factura por haber abusado de ella). Tiene ciertas semejanzas con el personaje de Josh Brolin en esa espléndida película de Woody Allen, *Conocerás al hombre de tus sueños*. El tipo la pegó con una primera novela. Un golazo de media cancha. Se hizo refamoso. Todo el mundo literario lo acarició hasta hacérsela creer. Se la creyó. Y —presionado por sus editores— escribió otra. No salió tan buena. Y otra, salió peor. Y otra, que salió decidida, inapelablemente mala. Se fue a la mismísima. Desesperado, le roba un manuscrito genial a un amigo que cayó en coma. No decimos más. Veán el film. Qué cosa: Woody Allen no tuvo los problemas de Welles. Se dirá: pero no es un hombre de la industria. (Aunque cualquier gran estrella se muera por trabajar con él, gratis

incluso). Sin embargo, en Hollywood abundan los hombres de la industria que han hecho carreras estimables. Nunca escuchamos a John Ford quejarse de nada. Solía hablar poco. «¿Cómo hizo esa escena maravillosa en esa maravillosa película?», le preguntaba Peter Bogdanovich (uno de los culpables de haber «inventado» al Welles *post El Ciudadano* y a la teoría del director-autor —entre nosotros Favio y Caetano, por ejemplo— en un libro destinado a tal fin desde su título: *El director es la estrella*) y Ford se tomaba su tiempo, y, como sin ganas, refunfuñaba: «Teníamos una cámara». Ford hizo incontables películas. Nunca se quejó de la industria. Cuando lo llamó la Comisión McCarthy (tema que ya veremos: importante para analizar que, cuando el Poder quiere reprimir, empieza por el espectáculo, por el *show*, por ese medio portentoso que es el cine) lo llamó a declarar, se sentó tranquilo, miró a sus inquisidores, le dijeron que se presentara y dijo: «Soy John Ford. Hago *westerns*». Scorsese, que aquí la pifia mal, dice: «Era modesto. No se quiso definir por su obra más seria, más respetada: *El delator, Qué verde era mi valle, Viñas de ira*. Lo hizo por sus *westerns*». No, Martin. Ford fue muy sagaz. Les dijo a los cazadores de comunistas: «Hago *westerns*, chicos. Soy un buen americano. Amo a los *cowboys*, detesto a los indios. Alguna vez cambiaré, pero no mientras anden ustedes por aquí. Soy amigo de John Wayne. Trabaja en casi todas mis películas. Me lo imponen. Lo acepto y hago mi proyecto. Conmigo logra algo increíble: ser más expresivo que su afiche. También me imponen a James Stewart, porque es el buen americano. Y a Henry Fonda, porque camina con la dignidad, con la elegancia del Príncipe de Gales. Aunque, por suerte, sabe actuar. Recién en mis últimos *westerns* me podré dar el gusto de poner a Richard Widmark, que tiene el inconveniente de no ser fascista. De ser liberal y radical. Pero es un gran actor. En suma, no molesten. Yo sé manejar y hacer mi obra. No soy un genio. Apenas un hombre que conoce su oficio. Como John Huston o Raoul Walsh. Como Robert Aldrich. Como Robert Wise. O como este jovencito que apunta bien: Stanley... ¿Kubrick? El único genio del cine americano es Orson Welles. Seré curioso: ¿hizo algo después de *Kane*? No algo que hayan inflado los críticos que lo endiosan. No, apenas una buena película». Ford no dijo nunca nada de esto. Pero nosotros sabemos o intuimos lo que ciertos directores habrían dicho de haber querido o de haberse animado. Sólo dijo: «Soy John Ford. Hago *westerns*». Y se fue a su casa.

Orson, ególatra y gordo

El problema de Welles está en su nombre. Si alguien viene al mundo llamándose Orson está liquidado. Con ese nombre sólo se puede ser un ególatra y un gordo. Pauline Kael, la gran crítica de cine norteamericana, lo destruyó punto por punto. Ya lo veremos. Ahora vamos a lo nuestro: *La guerra de los mundos*. Ésta sí, sin duda alguna, es la obra de un genio. De un genio respaldado por un muy buen equipo. Como lo estará, sobre todo, en *El ciudadano*. Pero aquí ya estaba rodeado de talentos. Con los que —como habitualmente hará— tendrá graves ataques de Egoísmo y Egoatría cuando llegue el momento de reconocerles cuánto les debe.

Repasemos: cierto día, en Nueva York, un talentoso joven de apenas 23 años aterrorizó a todo el país. No utilizó el cine, la televisión balbuceaba, no echó mano a la prensa escrita. Sólo tenía una audición de radio que muy poca gente escuchaba. Fue un milagro de manipulación de masas. En ese momento, bajo la conducción de Joseph Goebbels, su Ministro de Propaganda, alguien estaba haciendo lo mismo en Alemania. Pero no asustaba a las masas, las subyugaba. Ése era su modo de manipulación. Años después, en un lejano país del sur del continente americano, según el ensayista Martínez Estrada, un general de raíces germanófilas tirando más a mussolinianas —en todo caso: no aliadófilo y con un auténtico fervor por las masas, esto corre por cuenta nuestra: para Martínez Estrada era un nazi y punto, nunca se distinguió por utilizar los matices en sus juicios sobre este general—, utilizaría la radio con un vértigo personal y con algo que lo tornaba decididamente único: sonreía como un mítico cantante de su país, si es que aceptamos que la sonrisa de Perón es una relectura de la de Gardel, cosa muy posible porque nada sale de la nada. El General usó tan bien su sonrisa que le impuso su sello: no era siquiera una relectura de la de Gardel, era la sonrisa de Perón. ¿A qué apuntamos con esto? Que la radio no era un instrumento inocente. Que aprisionada por las manos propicias podía entregar resultados sorprendentes en su relación con los receptores.

Vamos a guiarnos por el libro de David Thomson, *Rosebud: The story of Orson Welles*. Thomson es un gran erudito en cine norteamericano. Tiene varias y valiosas obras, muchas de ellas recomendadas por Nuestro Hombre en Barcelona, Rodrigo Fresán. Son *The whole equation: A history of Hollywood*, luego una especie de *thriller* armado con personajes de films (cuyo título no recuerdo y el libro ha desaparecido en el caos esencial de mi escritorio-búnker), un enorme diccionario (*The new biographical dictionary of film*), un expansivo libro sobre films (*Have you seen...? A personal introduction to 1000 films*) y posiblemente el mejor libro que se haya escrito sobre Welles, *Rosebud: The story of Orson Welles*. Digo «posiblemente» porque David Thomson es muy permisivo sobre Welles. No es algo que le sea común. Al contrario. Afortunadamente coincide en muchos de mis odios. Algo importante para que a uno le guste alguno de los libros de estos tipos tan arbitrarios, derecho que les da su desaforado saber. Por ejemplo: de Lauren Bacall dice lo que nadie se atreve, que vivió de su matrimonio con Bogart, que no hizo nada perdurable ni era una buena actriz y que su mejor papel lo hizo el día en que perdió el Oscar a mejor actriz de reparto a manos de Juliette

Binoche. De Marilyn Monroe se niega a añadir demasiado a lo tanto que se ha dicho. Reconoce algunos de sus buenos números musicales. Y la retrata como una chica muy poco balanceada que quería demasiado trepar y utilizaba lo que tuviera a mano. Jack y Bob Kennedy, por ejemplo. Causa por la que probablemente haya tenido una muerte tan prematura. Añado de mi parte lo siguiente: cuando a Samuel Fuller, para *El Rata* (*Pick up on South Street*), le ofrecieron a Marilyn, dijo: «No, quiero a una actriz». Y pidió a Jean Peters, que estuvo memorable en los brazos de Richard Widmark en uno de los mejores films *noir* de la historia. Incluso en *Niágara* (donde Marilyn luce todo su bagaje carnal y hasta un vestido rojo chirriante), Peters (obligada a hacer de buena esposa del tarado de Casey Adams) le roba la película (o no: porque Peters está más tiempo en pantalla) en todo el largo tramo final en que Joseph Cotten quiere acabar con ella. Odia a Fred Zinnemann y *A la hora señalada*. Y opta por la alternativa: Howard Hawks y *Río Bravo*. A mí me gustan las dos. Una es de derecha (*Río Bravo*) y otra de izquierda (*A la hora señalada*). Son dos grandes films. Odia a Susan Hayward. Ama a Virginia Mayo y a Gloria Grahame. En fin, esté uno o no de acuerdo, el tipo sabe mucho.

Se requiere grandeza para aceptar el talento de los otros

Vayamos a *La guerra de los mundos*. Orson dirigía el Mercury Theatre del Aire. Ahí, semanalmente, hacían, él y su grupo, alguna de las grandes novelas de la historia. Por ejemplo: *La isla del tesoro*, basada en el entrañable texto de Robert Louis Stevenson, en la que Welles interpretaba al deslumbrante Capitán Silver, que haría luego Wallace Berry y, por fin, Robert Newton, en una interpretación para la que la vida lo había destinado. Welles buscó rodearse cada vez mejor. Le trajeron al joven músico Bernard Hermann, un tipo de formación clásica que haría los *scores* de *Concierto macabro*, con Laird Cregar y Linda Darnell (para el que compondría un pequeño concierto para piano), *El ciudadano* (para el que compondría un aria de ópera que llegó a cantar —dificultosamente—, Kiri Te Kanawa) y luego los films de Hitchcock, sobre todo *Psicosis* y *Vértigo*, obras maestras absolutas del *score* cinematográfico, y el blues de *Taxi Driver*, demasiado bello para un film tan sórdido, pero es tan hermoso que no importa. Scorsese le dio ese *score* porque Hitchcock se peleó con Hermann en *Cortina rasgada* y lo hizo echar. Y Hermann le largó una maldición: «Jamás volverás a hacer una buena película sin mí». Así fue. Cuando se conoce con Welles en la radio se llevan pésimo. Hermann grita para que todos lo escuchen: «¡Welles es imposible de aguantar!». Welles se le acerca y le dice: «Por supuesto. ¿No lo somos los dos?». Thomson hace una notable precisión sobre este acto conciliatorio de Welles: había visto la grandeza de Hermann y no quería perderla. «Uno podrá coger (*you might fuck*) con hermosas actrices o bailarinas (...) pero se requiere grandeza para tener al verdadero talento de tu lado»^[74]. El Mercury Theatre seguía con sus novelizaciones: *Historia de dos ciudades* de Dickens, *El Conde de Montecristo* de Dumas (con Welles como Edmond Dantès), *El hombre que fue jueves* de Chesterton, *Julio César* de Shakespeare, *Sherlock Holmes* y *Jane Eyre*.

Sin embargo, Welles empezó a preocuparse. Sólo sabía que él era un genio, pero recién empezaba a enterarse (certeza que lo acompañaría luego durante el resto de su vida) de que las cosas —digamos: la realidad— ofrecen resistencias. No se someten a la voluntad de los seres humanos aunque se llamen Orson, aunque se crean llamados a ocupar el lugar de Dios, trabajo duradero (y Orson lo habrá advertido) dadas las largas vacaciones que ese Señor de los Cielos se ha tomado. El Señor de la Tierra se informa que su ciclo va mal, decae. La gente (el público) escucha otros programas en lugar de escuchar su magnífica (en verdad: magnífica) voz. Hay que hacer algo, pronto, ya.

Welles y Santo Biasatti no son lo mismo

Hay que admitirlo: pocos han conseguido salir de un problema mejor que Welles en esta ocasión. Junto con John Houseman (un talentoso de los tantos que lo rodeaban) elige la novela de Herbert George Wells *La guerra de los mundos*. Todo cerraba: la similitud del apellido del novelista con el del realizador: Wells-Welles. El destino había preparado este *plot*. Welles saldría disparado a la gloria de la mano de sí mismo. Él también se llamaba George. Corría el año 1938. Se estaba por desatar la Segunda Guerra Mundial. Todos estaban muy nerviosos. Nadie quería que algo así ocurriera. Si «América» no había tenido otro remedio que tomar las armas en la Primera, ¿qué se podía esperar de la Segunda, que, sin duda, sería más terrible y exigiría más esfuerzos para que el Gran País del Norte restaurara la democracia en el mundo? Además, otra coincidencia favorable, otro guiño amoroso del destino era que el programa del Mercury Theatre *On the Air* tendría lugar un día —apenas un día— antes de Halloween. Houseman tenía serias dudas acerca de la adaptación del libro. Pero recurrieron a un guionista que ha hecho —sin que muchos amantes del cine lo sepan— más hermosas sus vidas, que les regaló frases memorables, o, tal vez, la más grande historia de amor jamás filmada: Howard Koch, ¡el guionista de *Casablanca*! Welles y Houseman no lo sabían por un motivo insuperable: *Casablanca* aún no se había filmado ni estaba —aparentemente— en la cabeza de nadie hacerlo. Pero Howard Koch (que firmaría el guión de *Casablanca* junto con los hermanos Epstein) ya era Howard Koch. No en el sentido en que la esposa de Billy Wilder decía eso que solía decir sobre su marido: «Billy Wilder, antes de ser Billy Wilder, ya se creía Billy Wilder». Koch no se creía ya el guionista de *Casablanca* en 1938, pero podemos aceptar que tenía el mismo talento y que posiblemente lo supiera. Era famoso por otra cosa: podía terminar cualquier guión de cine (de no menos de sesenta páginas) en el asombrosamente breve tiempo de una semana. (Nos referimos a un guión de cine en serio. No a esas idioteces que se empezaron a utilizar al amparo de una frase lamentable de Godard: «Cuando voy al set llevo escrito el guión en el boleto del colectivo». Cierta vez, en tanto escribíamos con Aristarain el guión de *Últimos días de la víctima*, me encontré con el productor, Héctor Olivera, en una reunión. «¿Y? ¿Cómo va eso?», dice. Yo, joven primerizo petulante, digo: «Bien, este fin de semana escribimos cuarenta páginas». Olivera se ríe: «¡Caramba, así habrán salido!». La vida es un largo aprendizaje. El largo aprendizaje de dejar de ser un boludo. Algunos jamás lo logran. Ese día aprendí para siempre que cuarenta páginas de un guión no se pueden escribir en un fin de semana).

Koch tiene una idea genial: encarar el relato según el formato de los noticieros radiales. Durante esos días, se escuchaban con palpitaciones cardíacas por lo que dijimos: la guerra estaba a punto de estallar. (Apuntemos esto: la idea de los informes radiales de noticias fue de Koch, lo primero que les entregó a Welles y a Houseman).

Para el miércoles de la semana siguiente ya había un guión a la mano de todos. La mayoría de los integrantes del Mercury lo juzgaron aburrido. Koch volvió sobre el trabajo. Lo ayudaron interpretaciones de los actores, ensayos veloces, que corrían contra el tiempo pero

parecían ser efectivos. Aquí, el que dirigía los ensayos era un destacado actor del Mercury Theatre of the Air, Paul Stewart, que hará el mayordomo de Charles Foster Kane en *El ciudadano*. Paul Stewart es uno de los casos más extraños del cine. Notable actor, buena jeta, buena voz, intervino en un par de films (siempre como actor de reparto) y nunca más. Es el asesino de *La ventana*, con Bobby Driscoll, Ruth Roman y el gran Arthur Kennedy. Es el mánager de Kirk Douglas en el poderoso film de *box* de Mark Robson, *El triunfador*. Una interpretación excepcional. Y ahí se pierde casi hasta *Bésame mortalmente*, de Robert Aldrich (el mejor film jamás hecho sobre Mike Hammer, con Ralph Meeker en la piel del detective), y después lo reencontré diciendo un par de líneas (muy bien dichas, jamás podría negarlo) en la gran versión que hizo Richard Brooks de la novela de Truman Capote, *A sangre fría*. La vi en una pequeña sala para cinéfilos a mediados de los sesenta. Cuando apareció todos exclamaron: «¡Paul Stewart!». Pero ¿quién era o quién había sido Paul Stewart? Nunca lo averigüé. En el Mercury Theatre era una pieza fundamental para Orson Welles. Mi padre, cuando se refería a un tipo que de joven había hecho un montón de cosas bien y luego nada, decía: «Y después... Bueno, después la vida». «¿Qué querés decir con la vida?». «Ya lo vas a averiguar». Pero no es así. O no necesariamente. No a todos «la vida» los destruye. Mi padre estaba seguro de decir una verdad amasada por la sabiduría de los años. Sin embargo (ahora que uno tiene la misma tentación), comprende que había confundido su desencanto con la verdad. Sólo eso. Como vivió hasta los noventa años tuvo tiempo de salir de esa trampa y llegó feliz hasta el final. (Lo subo a la ambulancia: «Quedate tranquilo, papá. No te vas a morir». «¿Cómo que no me voy a morir? Hijo querido, vos te vas a morir. Alguna vez, claro. Yo no. Yo me tengo que morir»).

Welles se hace cargo de la totalidad de la cuestión el mismo día —domingo 30 de octubre de 1938— en que el programa tenía que ser emitido. Nadie tenía buenos presentimientos. Demasiadas cosas se precipitaron, no se sabía si se habían hecho bien o mal. Cómo saldrían en el momento decisivo. No es que el Mercury Theatre desconociera este tipo de situaciones: hacerlo todo rápido, y hasta algo alocadamente. Sólo que nunca se había llegado a ese extremo. La música, en manos de Bernard Hermann, sonaría como la famosa orquesta de Ramón Roquello en el Meridian Room del Park Plaza Hotel en Nueva York. Welles dirigió todo. Fue, además, el narrador y asumió el papel del Profesor Pierson en el Observatorio de Princeton. Y como escribe impecablemente David Thomson: «De modo que lo sensacional simplemente ocurrió, por feliz o infeliz coincidencia del poder de la radio y el disponible idiotismo de muchos miles de personas»^[75]. La frase es excepcional. El poder de los medios siempre tiene que contar con el idiotismo de los sujetos. Una vez que conquista ese idiotismo, lo profundiza y trata de evitar que el sujeto salga de él. En suma, por más que hablemos de la inminencia de la guerra, de los temores que siempre provoca pensar en lo que podría venir del infinito cielo estrellado, la causa del desastre que provocó en Estados Unidos el programa de Orson Welles tuvo sus raíces en el siempre disponible (para todo tipo de manipulación) idiotismo de los seres humanos. Welles hizo gritar a todos: «¡Se acaba el mundo! ¡Llegan los marcianos!». Durante estos días, en nuestro país y ante el desastre de Japón, muchos aprendices de Welles (pésimos todos) andan gritando: «¡Cuidado, viene el Apocalipsis! Estallan las plantas nucleares. Se multiplican los *tsunamis*». Pero nadie entra en pánico. No pasa nada. Tal vez porque Santo Biasatti no es Orson Welles.

Macartismo y marcianos, una de las cumbres históricas del poder mediático

Según Thomson, el *show* se deslizó desde las 20 hasta las 21. Una hora exactamente. En ese espacio de tiempo, una nación enloqueció. Y si —como vimos—, Thomson carga gran parte de la responsabilidad a la idiotez de los receptores, no podemos dejar de lado el poder que tiene un medio de comunicación. En 1938, «el» medio era la radio. En menor medida, el cine. También los diarios. Pero el que podía despertar la emocionalidad de los receptores, el que podía apelar a la inmediatez de lo que ocurría por medio de informativos, la urgencia de los emisores, la densidad «alarmante» de las voces encargadas de transmitir las «catastróficas» noticias (formidables actores en este caso), la música, la verosimilitud no refutada a causa del fulminante operativo de difusión (no hubo tiempo de verificar nada y de contradecir las noticias que emitía el Mercury Theatre), era la radio. Además, la radio era el medio cotidiano. El medio de la familia. Era parte del hogar. La familia se juntaba para escucharla. De pronto, de ese medio amigo, cálido como el perro o el gato de la casa, como la estufa, como la comida, surgían noticias de destrucción, apocalípticas.

No se puede negar que Welles y los suyos desarrollaron una obra maestra. Que el melodrama caló hondamente en todos los escuchas. Que ese medio, la radio, jamás había conseguido una respuesta tan sincera, tan real y desesperada de sus receptores. Welles decía con gran convicción cosas que seguramente estaban en algún secreto lugar de la conciencia de los habitantes del país. Y cuando decimos «cosas» decimos «temores», «terrores», «miedos extremos». La idea que se manejó de entrada y la que más efectiva resultó para la obra maestra manipulativa, para la gran mentira, fue la de ser observados. Nos han estado vigilando durante años. Son superiores. Saben cómo somos. Y ahora vienen a destruirnos. ¿De dónde? De Marte. Del Cielo. ¿Quién sabe —esta materia prima es inacabable para generar terror— qué hay ahí arriba?

Welles decía:

—Sabemos ahora que en los tempranos años del siglo xx este mundo ha sido vigilado de cerca por inteligencias muy superiores a las del hombre. Sabemos ahora que mientras los seres humanos se encontraban ocupados en sus muchas tareas eran escudriñados y estudiados, tal vez más cerca que un hombre con un microscopio podría hacerlo con el enjambre de criaturas contenidas en una gota de agua. Con infinita complacencia la gente anduvo a través de la Tierra con sus pequeñas cuestiones, tranquila por la certeza de su dominio sobre este pequeño fragmento del Sistema Solar en que el hombre ha vivido ajeno al oscuro misterio del Tiempo y el Espacio. Sin embargo, mentes a través de la inmensidad espacial, mentes que son para nuestras mentes como nosotros lo somos para las bestias de la jungla, vastos intelectos, fríos y antipáticos, miraban nuestra Tierra con ojos de envidia y lentos pero seguros prepararon sus planes contra nosotros^[76].

Toda la gente que escuchaba otros programas empezó a ser avisada por sus amigos o por exclamaciones de casas vecinas. Cambiaron de estación, sintonizaron a Welles y —recién ahí— descubrieron que en verdad se trataba de un informativo radial que anunciaba nada menos que una invasión marciana a la Tierra. Algo que estaba ocurriendo exactamente... en ese momento. Todo lo que podía pasar, pasó. Hubo quienes lo tomaron serenamente. Otros llamaron a la radio. Y muchos, demasiados, todos los que Thomson desdeña por idiotas o tontos, salieron con desesperación a las calles. Todo se agravó en los pueblos del *midwest*. Ahí: en esa Norteamérica profunda, algo indescifrable, hondamente republicana, con sus fascistas *rednecks*, dispuestos siempre a creer que les quieren birlar el Paraíso Terrestre en que viven, ahí sucedió el más grande de los desmadres. Nunca olvidemos que la primera gran película de Hollywood, *El nacimiento de una nación*, de Griffith, es profundamente racista y una apología del Ku Klux Klan. En esa geografía, el desbande fue tal como habría sido ante una auténtica invasión de marcianos. Ese espacio de ese poderoso Imperio es el más temible para nosotros. Son nuestros marcianos. Podemos comprenderlos tan escasamente como se supone que Welles creía que habría de suceder con los marcianos. El potencial terrorífico de Estados Unidos está ahí. De ahí salen los George Bush y de ahí proviene el Tea Party y ahí late, para la humanidad contemporánea, el Monstruo que puede incitar a destruirla o aprobará su destrucción apoyando a los seres más siniestros del más grande Imperio de la historia humana.

Entre tanto, los marcianos de Welles ya se posesionaban de Manhattan. Los llamados ahogaban la centralita de la CBS. Pero Ray Collins, con voz de alarmado relator de noticieros, seguía su tarea:

—El humo viene hacia nosotros... Un humo negro, que se expande incontrolado por la ciudad. Ahora, la gente en las calles, lo puede ver. Están corriendo hacia el East River... miles de ellos, cayendo como ratas. El humo se propaga más velozmente. Ha alcanzado Times Square. La gente trata de huir, pero es inútil. Caen como moscas. El humo cruza la Sixth Avenue... Fifth Avenue... ¿Hay alguien ahí?... ¿Alguien me escucha?... ¿Hay alguien en el aire?

Welles, entre tanto, se sentía Dios. Podríamos tal vez —como algunos han sugerido dulcemente— verlo como un brujo todopoderoso. Recién al año siguiente se estrenaría *El Mago (wizard) de Oz*, de modo que también en esto se anticipó. El terror que producía *La guerra de los mundos* era el de la simple, sencilla desaparición del mundo conocido. Es una de las cumbres históricas del poder mediático. Si conjeturamos que Welles se sentía Dios, es porque lo era. Porque era arduo que lograra sentirse otra cosa. Había enloquecido a un país. Todos eran idiotas que se tragaban una ficción tramada por el Mercury Theatre, cuyo manipulador supremo era él, un joven de 23 años que había llegado al mundo para comérselo. Y lo estaba haciendo. Lo mediático puede matar o puede dar vida o puede alargar la vida de los muertos.

Eso nos proponemos —con una sencilla y formidable anécdota— demostrar.

El muerto que vivió un día más por decisión de un diario

Me contaron hace poco esta anécdota. Hará unos veinte años, un periodista prestigioso de uno de los dos diarios hegemónicos de la Argentina (hoy en aprietos) está por dar la orden de cerrar la edición del día. Se le acerca corriendo un colaborador. Le informa que se acaba de morir un famoso, querido cantante de tangos.

—¿Qué hacemos? —Le pregunta preocupado—. No podemos salir sin dar la noticia.

El jefe de redacción se recuesta en su silla, se hamaca un poco mientras lo piensa. Súbito y contrariado, dice:

—Pero, che, carajo, tengo la edición casi lista. Ya cerraba.

—Pero se trata de «Fulano» —le insiste el otro—. Hay que decir algo.

El jefe de redacción sonrío casi piadosamente. Dice:

—Mirá, hagamos algo. Cerrá la edición como está. Lo anunciamos en la de mañana. Dejémoslo vivir un día más.

Tan profunda es esta pequeña historia, tanto dice del poder de los medios, que (cuando me la contó un amigo al que se la agradezco) quedé atónito. «Dejémoslo vivir un día más». ¿Y si decide no dar nunca la noticia? Podría decir: «Aquí, en este diario, Fulano nunca murió». Si no salís en los diarios, ni morirte podés. Pero hay otro toque, además del poder del medio, y es el toque de la ternura, de la generosidad: «Dejá, no te apurés. Cerrá tranquilo la edición de hoy. Todavía no se murió. Por la magia de este arte que manejamos, lo bendecimos con un día más de vida. Además, se lo merecía. Era un buen tipo».

Hay un cuento de Graham Greene —posiblemente más efectista que literariamente valioso: aunque, nótese, escribimos posiblemente, ya que acaso se trate de un gran cuento—, que leímos hace muchos, demasiados años y no recordamos en cuáles de sus libros está, pero sin duda en uno de cuentos, que es el siguiente:

Llega a un pueblo un personaje extraño, con el pelo largo y sucio, un maletín de médico, agotado. Hace anunciar que dará —en el pequeño teatro del lugar— una conferencia que lleva el título de «El hombre va camino hacia la inmortalidad». Al día siguiente, el teatro se llena. Aparece el personaje y empieza a hablar:

—Señoras, señores, quiero traerles una gran noticia. El hombre se transformará en un ser inmortal. Primero será de a poco. Lentamente, señores. Y luego será para siempre. He realizado experimentos que me propongo explicarles.

El personaje sigue hablando. Lo hace durante dos horas más. Sus explicaciones son cada vez más incomprensibles. Se lo ve exhausto. Pero aún insiste en su idea: el hombre será inmortal. Ya lo está siendo.

—El hombre, amigos, ya ha comenzado a ser inmortal. Todos nosotros ya lo somos. Todos nosotros lo seremos por completo. Eso se debe a experimentos que...

Abre grandemente los ojos, extiende sus brazos en cruz y cae sobre el escritorio. El público queda paralizado. Alguien, el médico más respetado del pueblo, sube al proscenio. Toma el pulso del extraño expositor. Le mira los ojos. Los cierra. Pone su mano en el cuello y la tiene ahí un largo rato, buscando sentir si hay alguna brizna de vida en esas venas. Por fin, abandona la tarea. Se adelanta en el escenario y dice:

—Señores, señoras, este hombre está muerto. Ha muerto hace quince días.

Otro ejemplo de manipulación mediática: el «Operativo Blumberg»

El que no se portó como un buen tipo después del *show* fue Welles. Ya lo veremos. En principio, le llovieron críticas de todas partes. No «edificantes». Por ejemplo, eso no se hace. No: hiciste eso porque sos un mal tipo, un egomaniaco que se quiere burlar de todos nosotros. David Thomson cita un texto de Dorothy Thompson.

Que es así: «Puso [Welles] una luz brillante y cruel sobre la falta de educación de un pueblo. Exhibió la increíble estupidez y la ignorancia de miles de personas. Probó lo fácil que es iniciar un engaño, una falsedad masiva (...). El señor Welles hizo la perfecta demostración de que el verdadero peligro no viene de Marte sino de la teatralidad demagógica»^[77]. Vayamos —de golpe— a un perfecto ejemplo nuestro. Cuando es asesinado el joven Axel, hijo de un señor que se presenta como ingeniero y padre que pide la seguridad que no hay en el país y determinó la muerte de su hijo, se decide hacer una operación política con apoyo masivo. Un empresario radial transformado en poderoso millonario durante la década menemista quiere acorralar al gobierno de turno (el de Néstor Kirchner en este caso) y arregla un plan combinado, ante todo, con el ingeniero Blumberg. El empresario radial posee un medio de aire de gran penetración: puede ser oído en cualquier rincón de la ciudad. Los otros no. Carecen de ese poder. La radio es Radio 10 y el empresario, como se habrá adivinado, Daniel Hadad. Al disponer de esa llegada, de esa penetración, la emisora del empresario Hadad es la elegida por el gremio de taxistas. O por la mayoría de los taxistas^[78]. Radio 10 lanza la alarma: no hay seguridad en la ciudad de Buenos Aires. Reciben llamados de todo tipo de gente. A todos les ha pasado algo o saben de alguien a quien le pasó. El delito arrasa y las autoridades no hacen nada. La protesta se arma. ¿Llegan los marcianos? No, los delincuentes andan sueltos por toda la ciudad y nadie los contiene. La orden es: todos a la calle, a Plaza de Mayo y con velitas. Y ahí van. Son 150 000 personas impecablemente manipuladas por un ejercicio mediático que se difunde por un medio de transporte utilizado por los que piensan que los marcianos ya llegan al Obelisco. Lo de las velitas fue un detalle sorprendente. Se jugó con el miedo de la población. Y un aventurero —utilizando la muerte de su hijo— se puso al frente del clamor popular. La madre del pobre muchacho, por el contrario, presa de una depresión que era más sana y más natural y lógica que la manía autopromocional, propagandística, del padre, se refugió en su casa y se negó a ver a nadie. Pero el señor Blumberg (se demostraría que mentía: que no era ingeniero) decide encabezar la marcha. Aparece un rabino y propone cambiar la palabra «libertad» en el Himno Nacional por la palabra «seguridad». Se trata de un disparate demencial. O un gran signo de los tiempos. Una sociedad que reemplaza la libertad por la seguridad cae de inmediato en un régimen autoritario. En cualquier democracia, la seguridad se consigue sacrificando los valores de la libertad. Todos pasan a estar vigilados. Se refuerzan los poderes de la policía. El gatillo fácil se facilita aún más. La seguridad es la bandera de los que cuidan las cosas. La

bandera de los poseedores. La libertad es el valor de los que saben que todo lo valioso que los hombres pueden hacer sobre este mundo la requiere. La libertad es el alimento del espíritu. Es el ámbito de la creatividad. La muerte de la paranoia. Del odio por el Otro. La lucha incesante de lo mejor del hombre a través de la Historia. Acaso la Historia sea la lucha de la libertad contra la tiranía (contra la seguridad). Bajo la tiranía todos estamos seguros, siempre que nos sometamos al Tirano.

La marcha fue un éxito. Nos llegó —durante esos días— un *mail* de un joven algo confundido que refutaba un escrito nuestro y nos juraba que nacería el «blumberismo de izquierda». La revista *Barcelona* hizo una pregunta inevitable: «¿Ya pensó dónde se va a meter su velita?».

Introducción a «macartismo y marcianos»

No nos sorprendamos entonces por la exitosa manipulación de Welles. Los medios pueden producir conductas de pánico con muy poco. Sobre todo en una sociedad preparada para sentir pánico. Preparada para dejarse manipular por unos aventureros que se ponen detrás de un micrófono. En eso se transformaron por fin Welles y sus amigos. Con mucho talento, sí. Pero la cuota de cinismo y de desprecio por los demás fue enorme.

Welles reclamó todos los méritos para sí. Thomson, que lo admira hasta perder la objetividad que un crítico serio debe tener, no tolera esta actitud de su «genio predilecto». Welles podía hacer mucho... pero quería todo. Confiesa y añade: A veces esto mata su *charm*. El gran Orson se mostró muy pequeño luego del suceso de la emisión. Hubo muchas discusiones. Pero nadie dudó jamás de que fue la obra de un genio. De un joven de 23 años destinado a la gloria. Sin embargo, ¿no había escrito el guión Howard Koch? No, se apresuró a declarar Welles. Koch trabajó en el montaje del *show* pero también lo hicieron John Houseman, Paul Stewart, el ingeniero John Dietz y Bernard Hermann.

—La idea para llevar a cabo *La guerra de los mundos* fue mía. Howard Koch fue útil en la segunda parte del *script* e hizo algo al principio. La mayoría de su trabajo necesitó que yo lo revisara.

Sucia rata, malo, egoísta y ególatra. Hará lo mismo en *El ciudadano*. Howard Koch —en *La guerra*— había escrito todo el *script* y bajo una presión enorme que sólo su talento y su velocidad de escritura pudieron solucionar. Decirle esto al guionista que, en *Casablanca*, escribiría:

Claude Rains:

—¿Por qué vino a Casablanca, Rick?

Humphrey Bogart:

—Vine a Casablanca por las aguas.

Claude Rains:

—¿Aguas? ¿Qué aguas? Estamos en el desierto.

Humphrey Bogart:

—Me habían informado mal.

O la célebre:

Bogart:

—De todas las tabernas del mundo tuvo que venir a la mía.

O el final protogay:

Bogart (a Rains):

—¿Sabe, Louis? Creo que éste es el comienzo de una hermosa amistad.

Ya lo veremos a Welles hacer algo peor aún. El guión de *El ciudadano* es de Herman Mankiewicz, hermano de Joseph, el director de *La malvada* (*All about Eve*) y excepcional guionista también. Gran autor de diálogos. Welles tratará de liquidarlo de los títulos.

Las menciones de *La guerra de los mundos* en diferentes películas, libros y ensayos son inagotables. La mejor, para nosotros, le pertenece a alguien que es la antítesis de Welles. Siempre reconoció a los formidables miembros de su equipo, siempre estuvo seguro de ser el autor de sus films como también de no haber podido hacerlos jamás sin los genios de los que se rodeó. Es Woody Allen, cuya filmografía es desbordante y la mayoría de sus títulos excepcionales. En *Días de radio* (en la que narra su infancia por medio de sus experiencias con ese medio) se detiene —en uno de los tantos relatos diseminados en el film— en contar la historia de su tía Bea y sus frustrados amores. Bea es la gran Dianne Wiest. Cierta noche, la encontramos dentro de un automóvil con un ocasional amigo. Vienen de tomarse unas cuantas cervezas. El tipo finge que el auto se descompone y frena. El lugar es solitario, la neblina impide ver nada. Pero Manilus (así se llama el tipo) sabe lo que hace. «Bea, qué desgracia. Me quedé sin gasolina». «¿Y ahora qué hacemos?». «¿Qué tal si charlamos un ratito?». La empieza a besar. «Pero, Manilus», dice Bea, «es la primera vez que salimos». «Mejor, así no perdemos tiempo». De pronto, la dulce, romántica música que emitía la radio se corta bruscamente:

—¡Señoras y señores, una noticia arrasa todas las emisoras! Es terrible, pero no la podemos ocultar. ¡Los marcianos han invadido el planeta! Se han adueñado de Nueva York y están tomando posesión del resto del país.

Manilus, aterrorizado, se baja del auto y empieza a correr como un loco. Bea se queda sola, en medio de un camino terroso, con una neblina que no le permite ver nada y la radio anunciando catástrofes. De un modo u otro, consigue regresar a su casa. A la semana suena el teléfono. Es Manilus. Pregunta por Bea. La madre del niño Woody —la también gran Julie Kavner— le dice:

—Bea no está. Se fue de esta casa.

—¿Se fue?

—Sí, se casó.

—¿Se casó?

—¿No lo sabías, Manilus? Con un marciano.

De ese Cielo lleno de estrellas, demasiado grande, demasiado misterioso, de ese Cielo que sabemos jamás habremos de comprender, los marcianos arrojaron otra invasión, y otra más también. Los marcianos de Welles eran sólo marcianos. Acaso, en algún punto, representarían el horror de la cercana guerra. Pero los marcianos de las películas que respondieron a los delirios —hoy negados— del senador McCarthy eran comunistas y, con total coherencia, venían del Planeta Rojo. Fue durante la década del cincuenta. Y aunque la expresión mayor de esa cruzada fue *La invasión de los usurpadores de cuerpos*, no faltó una versión formidable de *La guerra de los mundos*. Todo obedecía a la caza de brujas del siniestro senador McCarthy. Sin embargo, en este siglo XXI, en que la derecha goza de tan buena salud en todo el mundo, aparecen libros inesperados. Por ejemplo: *McCarthy o la historia ignorada del cine* de Fernando Alonso Barahona. Tiene un final feliz. Sobre todo para el fanático senador de Wisconsin y sus aliados: «McCarthy tenía razón». Pronto dirán, «Hitler no tanta, aunque —si lo pensamos bien— bastante». Y después o les cerramos la boca o nos la cierran ellos. Porque con esa gente no se puede jugar a la democracia. Son sus vigorosos enemigos. Son los herederos de Teddy Roosevelt, de Himmler y del general Bussi. Uno —este último— de los

más impiadosos marcianos que anduvo asolando esta Tierra. Como él, ni Atila. Que también venía de Marte, que nadie lo dude.

Goebbels y McCarthy sabían hacia dónde disparar

McCarthy sabía hacia dónde disparar. No iba a lanzar una caza de brujas entre los agentes de seguros o entre los diseñadores de modas o entre los músicos atonales. El punto elegido fue Hollywood porque —como Goebbels— conocía la importancia del cine en la penetración ideológica de las conciencias. Si, como se sabe, el Ministro de Propaganda de Hitler citó a su despacho al director Fritz Lang, deslumbrado por su film *Metrópolis*, y le ofreció la conducción total del cine nacionalsocialista era porque creía —y no se equivocaba— esto: todo régimen totalitario necesita un cine poderoso, que entretenga y seduzca... y someta. El cine era —para él— un gran arte de propaganda. A veces podía ser un gran arte. Pero si lo era, sólo lo sería para afirmar su prestigio. Y ese prestigio retornaría —con mayor efectividad ahora, potenciado por la gloria inapreciable del «arte»— a su función originaria: la propaganda. Incluso un gran film también servía a ese propósito: que el mundo viera el cine de calidad que hacían los nazis, que se humillara ante el talento que el régimen era capaz de producir, ante sus obras de arte sanas, positivas, alejadas de las que las vanguardias soviéticas y norteamericanas y también de otros países decadentes producían. En esto razonaba como un torpe soldado del *Führer*. El gran arte raramente es «sano» y casi siempre será visualizado como «decadente» por las conciencias burguesas, cotidianas, idiotizadas. McCarthy era un torpe torazo de Wisconsin alcohólico, adicto al sexo, paranoico, con un odio por todo lo que fuera distinto de lo que él creía, con una capacidad de persecución, humillación y destrucción del Otro abominable. Sin duda, la mejor virtud que tenía era su homosexualidad. Nunca descubierta, claro. Eran épocas en que estas cuestiones condenaban sin remisión alguna a los hombres públicos.

Pocos, en nuestro país, han analizado, aunque brevemente, la mecánica del macartismo como el mítico crítico de cine Homero Alsina Thevenet. Lo citaremos ampliamente. Será un placer para ustedes y para nosotros. Ahí va:

Einstein le hace a Roosevelt la bomba atómica que arrojará Truman

«En mayo de 1947, el Comité delegado de la Cámara de Representantes para entender en “Actividades Anti-Americanas”, presidido en aquel momento por el diputado J. Parnell Thomas, comenzó a realizar su viejo proyecto de investigar los alcances del comunismo en Hollywood. En audiencias privadas, que se celebraron en el Biltmore Hotel de Los Ángeles, el Comité tomó declaración a catorce personalidades anticomunistas, luego llamadas “testigos amistosos”, que incluían a Robert Taylor, Adolphe Menjou y Lela Rogers, madre de Ginger Rogers. Sus testimonios comprendieron el rodaje de films prosoviéticos de 1943, como *Sombras en la nieve* (*Song of Russia*) y *Misión en Moscú*, sobre el agregado de líneas presuntamente procomunistas a diálogos de films menores y sobre la abundancia de comunistas en gremios de la cinematografía, particularmente en el sindicato de libretistas. [¿En qué otro lugar si no? Un film requiere una historia. A veces no y muchos se jactan de ello, menos los espectadores, que no entienden de qué se jactan los jactanciosos.] Dos semanas después, el Comité emitió un manifiesto relativo a la propaganda comunista en el cine norteamericano y a la que consideró perjudicial influencia de Roosevelt y su grupo político al promover la realización de films prosoviéticos durante la guerra (Roosevelt había fallecido en abril de 1945, poco antes de que la guerra terminara)»^[79]. Esta muerte de Roosevelt llevará a la Presidencia al demócrata Truman. Nada permite pensar que el primero no autorizara —como lo hizo el segundo— arrojar las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki. De hecho, ese viejecito simpático y «sabio» que se llamó Albert Einstein fue el que propuso a Roosevelt el proyecto de la Bomba. Se llamó Proyecto Manhattan y se inició en 1939. Si pongo «sabio» entre comillas es porque siempre me ha causado triste hilaridad que se llame «sabios» a los científicos alejados de casi toda realidad que se consagran a enviar cohetes a la Luna, a buscar el origen del Universo o a diseñar bombas nucleares sin preocuparse dónde serán arrojadas, o si lo serán o no. Ellos, meramente, las hacen. En eso consiste toda su sabiduría. El resto lo delegan a las manos erráticas moralmente de los políticos y los militares.

Las devastaciones soviéticas

Sin embargo, los que aterrorizaron a todos y llevaron a los *yankis* a apresurar el lanzamiento de las bombas fueron las catástrofes humanitarias que las tropas soviéticas llevaron a cabo en Alemania y otros países que ocuparon. Es cierto lo siguiente: ninguno de los aliados había sufrido la crueldad nazi como el pueblo soviético. De modo que, si nos atenemos a los mecanismos impiadosos y profundamente inhumanos del hombre, los soviéticos tenían una pulsión de venganza que nadie podía tener. Si los nazis hubieran hecho en territorio norteamericano lo que llevaron a cabo en la Unión Soviética, las bombas atómicas habrían sido innumerables... pero también —y muy especialmente— sobre Alemania. La venganza de los aliados fue Dresden, ciudad arrasada. Hitler se suicidó en abril de 1945. Algunos dicen que el día 30 y a las 15.30. La única que podría dar un dato tan certero sería Eva Braun. Acaso. Alemania se rinde. La victoria de la Segunda Guerra Mundial puede decirse que se debe sobre todo al sacrificio impresionante del pueblo ruso y del Ejército Rojo. Las batallas de Stalingrado y la resistencia de Leningrado son hitos poderosos de la derrota del nazismo. Y la imagen del gran compositor Dimitri Shostakovich haciendo sonar todas las noches la campana de un Monasterio para hacerles saber a todos que un día más había pasado, que seguían vivos y seguirían luchando, es uno de los grandes símbolos de la grandeza humana y del compromiso del artista. Durante el sitio, además, Shostakovich compuso su Séptima Sinfonía, a la que llamó *Leningrado*. Esto también es «comunicar». En la modalidad de lo sublime.

No les faltaban motivos a los soviéticos para ser desbordados por el odio y la sed insaciable de la venganza. Pero eso no los justifica. Fueron casi más brutales que los nazis. «Sus soldados no se portaron como libertadores. Entre 1945 y 1946, en Alemania Oriental, asaltaron, saquearon y violaron a centenares de miles de mujeres, quizá más de dos millones, tanto las refugiadas como las habitantes de las aldeas y las ciudades (...) Y la Unión Soviética, sin considerar que el proletariado alemán había sufrido igualmente las terribles consecuencias de la guerra, manifestó un enorme egoísmo nacional. Saqueó a Alemania con una voracidad mayor que cualquiera de las potencias imperialistas»^[80]. Se llevaron casi todo. Lo que restaba del poderío industrial de Alemania fue a manos de Papá Stalin. Aquí surge el terror a los soviéticos. Los norteamericanos ya empezaron a ser aterrorizados. «Si entran aquí, harán lo mismo con nosotros. ¡No dejarán una rubia californiana sin violar!». La fantasía de la mujer espléndida, rimbombante, rubia y con pocas ropas ya había penetrado en la conciencia de los países beligerantes. En el gran film de Steven Spielberg *En busca del soldado Ryan* (una sátira demoledora sobre la paranoia norteamericana) vemos en una escena a una rubia que se arroja desnuda al mar. (Tal como en el comienzo de *Tiburón*). Nada con brazadas vigorosas y no tarda en penetrar largamente en las aguas. De pronto, un mástil surge de lo profundo y la eleva hacia lo alto. Ella se aferra a ese falo prodigioso y extraño. No sabe qué es. Es frío. Es de acero. Grita como loca. Se abre la escotilla de un submarino japonés. Aparece

uno de sus tripulantes, con prismáticos, uniforme. Mira hacia lo alto. Ve a la rubia desnuda en lo alto del mástil. La señala entusiasmado y más entusiasmado aún grita: «¡Hollywood!».

Un tal Curtis LeMay, criminal de guerra

El avance de los soviéticos sobre Asia, especialmente sobre Japón, preocupó excesivamente a los aliados. Para colmo, Stalin le declara en ese momento la guerra a Japón. Más claro, agua. Hay que pararlo, dicen Truman y Churchill. Ya aquí está naciendo el macartismo y la Guerra Fría. Surge el proyecto de la bomba atómica. El más duro de los generales norteamericanos, Curtis LeMay, se opone. «McNamara y yo hicimos cenizas a los japoneses con nuestros bombardeos incendiarios. Venimos matando 100 000 civiles por noche. Japón está devastado. ¿Para qué la bomba atómica?». Curtis LeMay era un John Wayne de marca mayor. En *La niebla de la guerra*, gran documental sobre Robert McNamara, éste cuenta que LeMay, al advertir que muchos pilotos regresaban de territorio alemán sin haber arrojado sus bombas y alegando que el peligro era insuperable y no podían seguir avanzando, los reunió y les dijo: «Ustedes vuelven porque son unos cagones. Ahora me subo yo a un avión y voy al frente de nuestras escuadrillas. Hasta que yo no vuelva, no vuelve nadie. El que lo haga, voy a tener el placer de fusilarlo». Se sube a un avión y se arroja sobre Alemania. A partir de ese día, no regresó un solo piloto más.

McNamara, explicando las leyes de la guerra, dice que tiene que existir una relación entre el objetivo y los medios utilizados para destruirlo. Que no se pueden enviar 200 aviones a destruir una aldea. Que, por ese motivo, las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki fueron estratégicamente incorrectas. Sobre pasaron holgadamente la resistencia del objetivo. Se equivocaba. El objetivo ya no era el Imperio de Hirohito. Era la Unión Soviética. Curtis LeMay no se equivocaba: Japón estaba vencido. Pero no veía todo el cuadro. El peligro, ahora, eran los sucios comunistas que tenían esa maldita costumbre de expandirse. En suma, las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki cumplen una doble función: 1) Dan por terminada la Segunda Guerra Mundial; 2) Dan por iniciada la Guerra Fría. Algo que LeMay estaba lejos de ver. Sabía tirar bombas, tenía un gran coraje, no le temblaba la mano para organizar matanzas masivas, pero de política entendía poco. Andaba siempre con un cigarro en la boca, a veces encendido, a veces no. Después de la crisis de los misiles en Cuba, cuando Kennedy dice a su íntimo círculo de colaboradores: «Ganamos», se oye la voz de LeMay que ruge: «¿Ganamos? ¡Perdimos! Tendríamos que haber tirado diez bombas sobre esa isla de mierda y hacerla desaparecer del mapa». McNamara confiesa: «Si no hubiéramos ganado, LeMay y yo habríamos sido juzgados como criminales de guerra». Lo que se dice una declaración sincera.

Adolphe Menjou: «Puedo oler a un comunista»

Seguimos con Alsina Thevenet: «En octubre de 1947, el Comité comenzó sus alianzas en Washington, que habrían de durar dos semanas. Recibió otras declaraciones anticomunistas del productor Jack L. Warner, de Walt Disney, del escritor Morrie Ryskind, de Gary Cooper, nuevamente de Adolphe Menjou y Lela Rogers»^[81]. Adolphe Menjou era un actor medianamente distinguido, sin grandes protagónicos, pero de una insania fascinante. Ante el Comité, utilizando sus manos como si fuera un encantador de serpientes o un exorcista de la alta aristocracia, declaró: «Puedo reconocer siempre a un comunista. En cualquier parte. En la calle o en una fiesta. De cerca o de lejos. Verán, caballeros, el comunista despidе un olor muy particular, algo que lo hace inconfundible. Sólo ellos huelen así. Y yo estoy dotado para percibir ese perfume hediondo que para otros pasa desapercibido. Sé cómo piensan. Sé lo que quieren. Y sé cómo hay que atraparlos. Porque nadie como yo para descubrir dónde están». Stanley Kubrick se vengó de este energúmeno y le dio el papel de un militar repugnante en *La patrulla infernal* (*Paths of glory*). Cuando Menjou le dice al coronel Dax (Kirk Douglas) por qué no toma el puesto del militar al que denunció por hacer fuego contra sus propios soldados, «¿o acaso no lo hizo por eso, hijo?», Dax responde: «Vea, señor, yo podré ser una mierda, cualquier cosa, la peor basura, pero no soy su hijo».

El fin del Torquemada de los cincuenta y su último mensaje: «Nada como el cine para atrapar a la gente»

McCarthy tiene sus mejores momentos hasta 1954. Aquí comienza a decaer. «Joseph McCarthy» (dice su biógrafo español, que lo admira y lo justifica), «como buen irlandés, bebía con facilidad y nunca tuvo en su juventud problema alguno con ello. Pero en estos continuados años de continua presión, de saberse en el punto de mira de millones de personas, el alcohol se convertía en una posibilidad de escape. No es cierto, como en alguna ocasión se comentó, que el senador comenzara a beber en demasía para olvidar y sobrellevar su fracaso final en 1954»^[82]. Virginia Mayo (la actriz que realizara excepcionales papeles en manos de Raoul Walsh, *White Heat*, donde entrega una de las mejores hembras del cine negro junto a Cagney, *Colorado Territory*, la mejor mestiza de la historia del cine, superior a Jennifer Jones en *Duelo al sol*— o Jacques Tourneur, *The Flame and the Arrow*, una radiante heroína junto a Burt Lancaster—, o William Wyler, *The best years of our lives*, la esposa sexy y adúltera de Dana Andrews que se entrega con entusiasmo a Steve Cochran, buena elección—) relata breve y graciosamente el final de McCarthy, quien no la molestó para nada, no sólo porque era una *all american girl*, sino porque un marajá dijo: «Virginia Mayo es la prueba de que Dios existe, y eso se debe respetar». Escribe la heroína de *El halcón y la flecha* con Lancaster, *La princesa y el pirata* con Bob Hope, *El conquistador de los mares* de Walsh y con Gregory Peck y la novia de Danny Kaye en cuatro o cinco películas, una diva que marcó una época hacia fines de la década de 1940 y hoy no se la recuerda como lo merece, pero tampoco se la ha olvidado: «Conocí eventualmente a Joseph McCarthy cuando empezó a destacarse. Se transformó en un alcohólico y perdió el control ya que empezó a llamar comunista a todo el mundo, y presumo que causó el sufrimiento de mucha gente inocente que perdió su carrera en esas famosas listas negras. McCarthy tendría que haber sido detenido a tiempo. Por fin, perdió toda credibilidad y murió aún joven por el alcoholismo»^[83].

Pero es su biógrafo y admirador español el que hace la más precisa anotación de las causas que movieron a McCarthy y se relacionan más hondamente con nuestro trabajo: «La influencia del minúsculo, pero subversivo, partido comunista americano (y subversión significa aceptación de sabotajes, espías, métodos violentos y recurso, si es preciso, al terrorismo) se había dejado sentir sobre todo en los medios de comunicación y de cultura (una clara influencia de Gramsci, el modernizador de Lenin) y en la esfera de los intelectuales de la época. El cine, principal espejo de Estados Unidos en el mundo, tenía que ser, a la fuerza, una de las piezas más codiciadas, ya que Hollywood vivía su época dorada y era la auténtica Meca del Cine, la fábrica de los sueños de millones de hombres y mujeres del mundo entero»^[84]. Y Alonso Barahona finaliza su libro con una certeza que cierra todo razonamiento: «McCarthy tenía razón»^[85]. Sin embargo, la reivindicación de este moderno Torquemada no pareciera poder prosperar mucho. Un franquista (como seguramente lo será Alonso

Barahona) podrá entusiasmarse con McCarthy, pero su nombre ha quedado indisolublemente unido a la idea de la intolerancia extrema, de la persecución por causas ideológicas y a la paranoia ante ese enemigo que siempre se requiere para instaurar cualquier régimen dictatorial.

Empezaremos con el tema del tratamiento de los medios en ciertos films en el próximo capítulo. Una vez más no cumplimos lo prometido. Pero no nos importa. Sabemos que la mayoría de ustedes ya no confía demasiado en este aspecto de estos trabajos. Tal vez porque sabe que, antes o después, lo prometido se cumple.

El terrorismo y las «células dormidas»

Hay puntos tan hondos en estas temáticas que estremecen por transmitir el miedo profundo que los hizo nacer. ¿Por qué los marcianos —que solían venir de afuera, del espacio exterior, en los grandes films paranoicos de los cincuenta— surgen de las profundidades de la Tierra —de adentro— en films ejemplares en su temática, como la versión que ofrece Steven Spielberg de *La guerra de los mundos* en la primera década del siglo XXI? ¿Qué causa más terror, qué cala más hondo en los terrores secretos de un pueblo: que el peligro venga de afuera o que esté enterrado en nosotros mismos aguardando el momento propicio (que será siempre el más sorprendente, el más inesperado) para surgir e iniciar el ataque destructor definitivo? Nuestra tarea (para lograr penetrar en la lógica interna del manejo del terror de masas que instrumenta un medio masivo como el cine) será la de aprehender el fenómeno que lleva de los «invasores marcianos» a eso que luego del *nine eleven* (ataque y destrucción de las Torres Gemelas). Donald Rumsfeld y sus usinas propagandísticas empiezan a llamar *sleeper cells*, la pesadilla de la era Bush, que expresa el film de Spielberg. Las *sleeper cells* son las «células dormidas». Las células son parte de nuestro organismo. Todos tenemos células. Pero ¿por qué a éstas se las llama dormidas? ¿Duermen o esperan? Todo lo que duerme, en algún momento despierta. ¿Cuándo despertarán las células dormidas? ¿Son buenas para nuestro organismo? No todas las células son buenas. No lo son las cancerosas. ¿Son cancerosas las células dormidas? Pareciera que las *sleeper cells* expresan una cuestión más compleja. Pareciera que Bush y Rumsfeld nos quieren poner alertas ante un peligro mayor. El mayor peligro sobre el que fueron advertidos los norteamericanos tuvo como cobertura, explicación y encuadre político el período conocido como Guerra Fría. La cosa era así: viejo y enfermo, Roosevelt había sido derrotado por el vigoroso Stalin en la Conferencia de Yalta, que se realiza no bien concluye la Segunda Guerra Mundial. El que no se engaña sobre los proyectos de dominación mundial de los comunistas es el bravío león británico, Winston Churchill, que, el 5 de marzo de 1946, en la Universidad de Fulton (Estados Unidos), dice sus célebres palabras, las que dan nacimiento al concepto de «cortina de hierro». Dice Churchill: «Una cortina de hierro ha descendido sobre el continente. Detrás de esta línea se encuentran todas las capitales de la Europa central y oriental (...), lo que debo denominar la esfera soviética. Y todos están sometidos, de un modo u otro, no sólo a la influencia soviética, sino a una medida de control muy elevada y, en muchos casos, cada vez más intensa, cuyo centro está en Moscú». Este discurso de Churchill es conocido, pero ignoramos si se ha reparado que es el gran león británico el que divide el mundo en dos. Porque es el creador de la «cortina de hierro», un concepto que habría de tener una fortuna política y conceptual extraordinaria. Así, el mundo queda quebrado en «países del Occidente libre y cristiano» y «países detrás de la cortina de hierro». Queda así planteado el concepto de la Guerra Fría. Occidente le añade el aspecto terrorífico de la voracidad expansiva soviética. El grito es: «Vienen por nosotros. Se infiltran en nuestras sociedades. No sabemos distinguirlos. Puede ser cualquiera. Puede ser usted».

Conciencias muertas

De aquí a las películas con marcianos había apenas un paso que dar. Ese paso se dio, y se dio con mucho talento en algunos casos, con torpeza en otros y como mero documental de propaganda en los restantes. Hay algo sobre lo que no cabe duda, los films anticomunistas del período 1948-1964 son infinitamente superiores a los producidos por la propaganda soviética. Los films de Eisenstein pueden y deben ser considerados como films de propaganda. Si lo hacemos, resulta claro que son superiores a todo lo que se produjo en Estados Unidos. Pero sucede que no son sólo films de propaganda. Son films de arte. Y son los films de un gran cineasta. Pero también el cine de Hollywood hizo este tipo de films. Aun dentro de una industria regida por un Código miserable (el Código Hays), los grandes maestros de California hicieron sus obras maestras. Acaso en cada una de ellas hubiera propaganda. Pero no tan explícita como en Eisenstein. Como sea, lo explícito en Eisenstein siempre es relegado por la excepcional calidad cinematográfica de sus productos. Queremos decir que, en Hollywood, en medio de la mirada castradora de Hays, se hicieron algunos films deslumbrantes. No hablaremos de *El ciudadano*. Basta de arrojar palabras bombásticas sobre este film pretencioso, frío, con alardes técnicos logrados por su director de fotografía (Gregg Toland) y un guión de muy buena estructura cuyo mérito reside en la pluma de Hermann Mankiewicz sobre todo. Ya analizaremos más a fondo los problemas que suscita *El ciudadano* y la obra de Orson Welles. Pero a nosotros nos emociona más un film pequeño como *Conciencias muertas* (*The Ox-Bow Incident*, dirigido por William Wellman, 1943) que *El ciudadano* o que la mayoría de los films que jamás hayan sido llevados a cabo. Se trata de un film esencial sobre la expresión de los derechos humanos en el cine. Dura... 75 minutos. En sólo esa exigua temporalidad, la condición humana es puesta en juicio y apenas si dos *cowboys* vagabundos que parten en busca de la viuda de una de las víctimas de un linchamiento —el tema del film: el linchamiento salvaje, absurdo, de tres pobres tipos por una turbamulta de esos enajenados que desbordan el suelo norteamericano, entre ellos un coronel de la Confederación sureña— para entregarle la carta que se le permitió escribir a su marido antes de ahorcarlo testimonian en favor de la esencia humana. ¿Era ésta una película de propaganda? No y sí. Toda gran película habla en favor del país que la hizo.

La paranoia

Pero eliminemos de esta cuestión a cineastas como Eisenstein o películas como la estremecedora *Conciencias muertas*. Nos importa señalar que el cine de marcianos de la década del cincuenta fue notablemente creativo. Y que ningún régimen opuesto —ningún país de la órbita socialista— alcanzó una expresividad tan honda en su tarea propagandística. Hay miles de pequeños films de propaganda pergeñados en Estados Unidos durante esos días. Se parecen mucho a los que se realizaban en Moscú o en la Alemania soviética. Pero la exultancia imaginativa que desarrolló Hollywood cumplió tanto con el bastardo proyecto de introducir la paranoia anticomunista en los ciudadanos como en la creación de un género que todavía se estudia en las academias de cine. El cine paranoico fue detestable y asombroso a la vez. En ese asombro latía su creatividad ilimitada, su imaginación, su osadía, su búsqueda de recursos nuevos. Lo paranoico es una de las grandes herramientas de dominación del sujeto. Se trata de convencerlo de un peligro que no existe o agrandar desmedidamente el que existe. Esos seres que deambulan por nuestras sociedades, esos sujetos que carecen de conciencia crítica son los objetivos. Digámoslo claro: los marcianos son los que inventan a los marcianos. Los que los utilizan para llenar de miedo, egoísmo, desconfianza, falta de solidaridad o capacidad de delación a los simples ciudadanos dispuestos a creer lo que el poder mediático dice. Los que estudian a los terráqueos, los que intentan adueñarse de sus mentes y dirigirlas son los estamentos del poder. El «marciano» es el poder mediático, el poder propagandístico. Ese poder propagandístico es la publicidad del poder, tanto económica como política. Les vende a sus usuarios ya una heladera, ya un automóvil, ya una invasión de marcianos. La lucha del macartismo en los cincuenta pretendía ser contra un enemigo que venía de afuera. Contra el comunismo y su expansión internacional. Contra eso que llega del afuera para apoderarse del adentro. Y que el adentro no espera porque vive confiado de la existencia feliz de sus sociedades «libres», «democráticas», creyentes en el buen Dios al que las buenas familias van a rezarle todos los domingos en la iglesia del pueblo, en la que el buen cura dice su sermón y donde siempre pueden ver al hombre que dio su vida por todos ellos y sufrir por su sufrimiento, porque Él sufrió para redimirlos de todos sus pecados. El torturado de la Cruz.

Los marcianos de Spielberg

Con la llegada del general Eisenhower al poder llegan también los republicanos. Aquí confesamos que nuestra creencia en puntos divergentes entre los dos partidos de Estados Unidos es muy débil. Fue el demócrata Truman el que ordenó arrojar las bombas sobre Japón. Bobby Kennedy participó de los comités de interrogación de McCarthy. Joseph Kennedy, el padre del clan, fue embajador en Alemania durante el nazismo, y sus simpatías por los nacionalsocialistas fueron notorias. Incluso —si damos un salto al presente— nos encontramos con el fracaso de la «esperanza Obama». Las guerras del Terror (planteadas y propagandeadas como guerras contra el terror) han seguido su curso. Eisenhower llega e intensifica la lucha contra la «infiltración» comunista. La gran película de la época es (y por eso hemos tratado detenidamente el experimento radial del Mercury Theatre de Welles). *La guerra de los mundos*, que se realiza en 1953. No desató la paranoia generalizada del experimento de Welles. Pero no lo pretendía. Hasta —lo confesamos— pareciera injusto incluir este film entre los tantos similares de la década. Sobre todo por un punto: el diseño de las naves espaciales que lleva a cabo el más que talentoso (cuando escribimos «más que talentoso» es porque nos cuesta escribir «genial») diseñador de efectos especiales George Pal es asombroso, deslumbrante. Qué belleza satánica tienen sus naves del Mal. Si el Príncipe de las Tinieblas alguna vez nos visitara o decidiera salir de ese lugar desde el que maneja los hilos decisivos de la historia humana en tanto el Todopoderoso se distrae mirando a Tinelli, programa que el Ángel Oscuro le recomendó para neutralizarlo, debiera venir en una de las naves de George Pal. Creemos que son conocidas porque han sido copiadas y porque se hizo una serie utilizando ese poderoso diseño. Se trata de una manta raya y un largo cuello que emerge y es el de una serpiente cobra. La gran cabeza de la serpiente tiene dos grandes ojos y desde ellos las naves disparan sus rayas mortales. Arrasan la Tierra. ¿Qué podrá derrotarlas? Pareciera que nada, porque —de otro modo— reaparecen en la *remake* que hace Steven Spielberg en 2005 con el título algo más lacónico de *Guerra de los mundos*. Ahora no son los comunistas. Spielberg hace pie en el *nine eleven* (el 11 de septiembre, caída de las Torres). Pero sucede algo increíble. Admitimos habernos sorprendido al ver el film. Lo acabamos de ver otra vez para escribir este ensayo y el efecto parte en busca de un nuevo miedo, de una nueva paranoia. Los marcianos surgen de las entrañas de la Tierra. McCarthy siempre dijo que el país estaba infiltrado por los comunistas, pero a ningún cineasta se le ocurrió lo que hizo Spielberg: los alienígenas no vienen de afuera. Son alienígenas de adentro. ¿Puede haber alienígenas de adentro? No. Pero, sin embargo, recordemos que en *Alien* (el film de Ridley Scott) el Monstruo surge desde las profundidades del pecho de John Hurt. Que Kevin McCarthy, en el final de *La invasión de los usurpadores de cuerpos*, grita a los automovilistas en medio de la vertiginosa autopista: «Están entre nosotros. Usted es el próximo». Pero los marcianos de Spielberg no vienen de afuera, no se apoderan de nada. Esperaban bajo la Tierra el momento de aparecer.

Las células dormidas en la tierra de los libres

Donald Rumsfeld fue el primero que deslizó que Al Qaeda era una «célula dormida» en el interior de «América». Luego —al pasar— lo mencionó Bush. Al Qaeda era la *sleeper cell* enterrada en el corazón de la patria de los libres (*the land of the free*, himno nacional del Imperio). Pero si el peligro estaba adentro, ¿por qué librar afuera la «Guerra contra el Terror»? Dejemos de lado el problema energético. Volvamos a eso que Susan Sontag llama «mitología popular»: los films de marcianos de los años cincuenta. Salvo en *El día que paralizaron la Tierra* y (en los ochenta). *ET, el extraterrestre*, los marcianos siempre fueron malos y siempre vinieron del «espacio exterior». ¿Por qué Spielberg los hace surgir del «interior»? Creemos que Rumsfeld y Bush trataron de insinuar una teoría sobre células dormidas que esperaban en las entrañas del país y surgieron a la superficie con el ataque a las Torres. Esas células dormidas son el terrorismo y nadie puede saber cuántas hay ni cuándo volverán a salir. Sin embargo, el mensaje de Spielberg no pareciera ser ése. Pretende advertir, no aterrorizar. Si los marcianos vienen de adentro, es porque el terrorismo está adentro. El verdadero, el enorme terrorismo, es «americano». Ese terrorismo (sin duda apoyando e instrumentando a los islámicos) fue el que aniquiló las Torres. Si no, ¿por qué los marcianos de Spielberg irrumpen desde el corazón de la Tierra? ¿Es ésta una «Guerra de los mundos»? ¿De qué mundo vienen los marcianos? Vienen de este mundo. De este planeta. ¿Qué sucede? ¿Cómo ha podido «la tierra de los libres» cobijar a los monstruos? ¿Cómo nadie ha podido detectar a un enemigo que dormía bajo la cama del «hogar de los bravos» (*the home of the brave*, estrofa final del himno del Imperio)? Todo se ha tornado más complejo. Y lo es. La «Guerra contra el Terror» no sólo se libra afuera. Estados Unidos es hoy un país vigilado, no por los alienígenas, sino por los propios norteamericanos. Hay cámaras minúsculas y secretas de TV por todas partes. Cientos de miles de ojos voraces cuidan la seguridad. Se ha dicho y se ha dicho bien: ese mundo que George Orwell traza en 1984 no se realizó en la URSS, como lo creía su autor. Tampoco se realizó en 1984. Su diseño empieza luego del *nine eleven* y su realización es hoy. Hoy en Estados Unidos. Hoy en Nueva York. Tan bella como siempre. Más segura que nunca. Menos libre cada día que pasa.

El ciudadano y el poder mediático en el cine

Excede nuestros propósitos para este libro un análisis pormenorizado del film que ahora abordaremos. Ya hemos hablado —además— no poco de Orson Welles, el *Wonder Boy* de Hollywood. Se trata de un personaje de enorme atractivo. Ególatra, artista extremadamente dotado, hombre de poderosa voluntad, ambicioso hasta los confines infinitos de la ambición, neurótico, egoísta, siempre en guerra con su cuerpo, con esa gordura que nunca derrotó, que enfrentó con escasa voluntad y terminó haciendo de él casi un inválido, con esa nariz de cerdito, la coherente, impecable nariz que todo gordo debe tener, una nariz que le impedía componer una máscara trágica, respingadita, insignificante, una nariz que lo condenará a transformarla en otra siempre que quiera abordar un personaje oscuro, tramado por las complejidades, por las contradicciones, devorado y devastado por ellas, tal como tendrá que hacerlo más tarde Tony Curtis, un liviano comediante con nariz Welles, que tal como el Genio deberá rellenarla, volverla sanmartiniana, o imitar la de Charlton Heston, cosa que hará en *Fuga en cadenas* y en *El estrangulador de Boston*, pero Curtis nunca quiso ser Welles, sólo había ido a Hollywood a ganar dinero y tener sexo salvaje con las mejores hembras (cierta vez se encerró con Marilyn Monroe en un motel durante dos semanas: «Cogimos como conejos», comentará años después desdeñando el respeto que se le debe al pudor de una dama), en cambio Welles: ¡tener que envidiarle la nariz a Charlton Heston!, y así se deslizó hasta el fin de sus días, convenciendo a todos de que seguía siendo el genio de siempre pero las asperezas de la industria se lo impedían. Tuvo legiones de seguidores. Y aún las tiene. Aún muchos creen que Welles fue un genio y que *El ciudadano* es la mejor película que jamás se haya hecho. Y que si después no hizo nada no importa. Será porque no necesitaba demostrar más. Pero un artista verdadero no crea para demostrar nada, crea porque no puede evitarlo. Porque, si se queda quieto, se seca. Y si se seca, se muere. El arte es como la voluntad de poder de Nietzsche: conservación y crecimiento. Si el artista se conserva en lo que ya creó, morirá. Para conservar lo que hizo tiene que seguir creciendo, seguir creando. Esa imposibilidad de vivir sin crear es el sello del verdadero artista. Su devenir. Un artista deviene porque su voluntad de poder, en el arte, siempre le pide que la alimente, que siga adelante, que no repose, que no crea que ya cumplió, porque sería como creer que cumplió con la vida, y con esas dos cosas no se cumple nunca, ni la vida ni el arte se detienen. Si se detienen, mueren.

Susan Alexander, la gran víctima de Charles Foster Kane

¿Qué gigantesca temática debía convocar los afanes del hombre que había aterrorizado a una nación en 1938? Pensó (muy acertadamente) en *El corazón de las tinieblas*, la novela de Conrad que luego haría Coppola (quien, para qué negarlo), en mucho se le parece: después de su *El Ciudadano* (*Apocalypse Now*) fracasó en casi todos sus proyectos, aunque tenía en caja, cosa que Welles no, las dos primeras partes de *El Padrino* y *La Conversación*, (grandes obras maestras), pero el proyecto quedó en nada. También uno que otro. Hasta que apareció la gran idea. El gran hombre debía medirse con otro grande. Éste sí era el proyecto para el descomedido Orson. Meterse a fondo con un intocable. Hacer la vida de un *mighty man* como él lo era. Surgió entonces la figura de William Randolph Hearst. Había nacido en San Francisco en 1863. Estudió en Harvard. Y construyó una vigorosa cadena de diarios. Durante su tiempo se tildó a sus publicaciones de amarillistas, cuestión discutible. Hearst hacía diarios para las masas. Para los tipos que trabajaban, volvían incómodamente a su casa y querían enterarse de los deportes y algo de la política y mucho de las historietas. Los treinta fueron el auge de los cómics, que coincidió con la salida de los diarios-Hearst. Se lo puede comparar con el Natalio Botana de *Crítica*, aunque no en el inmenso poder que manejaba. Entre sus más importantes diarios figuran el *San Francisco Examiner* y el *Boston American*. Hoy, su figura se encarna en la de Rupert Murdoch. Pero Murdoch tiene infinitamente más poder. Murdoch es un pulpo mundial. Murdoch es el sujeto absoluto centrado en el corazón del Imperio que se arroja a la colonización de todas las otras subjetividades del mundo para someterlas a sus proyectos políticos, que coinciden con los del Imperio al que representa. De aquí que sea Murdoch el elegido para estudiar y des totalizar en este ensayo y no Hearst, figura del pasado. Pero en el momento en que Welles encara su *opera prima*, la elección no podía ser más brillante. Hearst creaba la realidad. Hasta había creado una guerra. Llegaba a todos los rincones del país. Fracasó en sus intentos políticos: quiso ser miembro del Congreso nacional y no lo consiguió, quiso ser alcalde y tampoco, quiso ser gobernador de Nueva York y menos aún. Acaso estas derrotas políticas disminuyeran no sólo su ego, sino que le hicieran sospechar que su poder, al fin y al cabo, no lo podía todo. Pero Welles, sí. Ahí tenía a su héroe. Él habría de perfeccionarlo.

Welles, como todo director primerizo (y no primerizo también) debe hacerlo, se rodeó de un magnífico equipo. Precisamente es *El ciudadano*, el film que el nombre de Welles se ha devorado, el que expresa con mayor potencia que el cine es una tarea de equipo, de talentos que sepan reunirse y trabajar juntos. Sostenemos que Welles era apenas un primerizo aquí y que el film pertenece a los tres extraordinarios profesionales que lo rodearon: Gregg Toland como director de fotografía, Herman J. Mankiewicz como guionista y el *musical score* de Bernard Hermann. Pero no pretendemos entrar más en estas cuestiones. Ya está claro que Welles no es un personaje de nuestro agrado. Sin embargo, su film contiene uno de los más

grandes ejemplos del fracaso de la manipulación del poder mediático. También, ese pasaje, es el más emotivo, el más doloroso de un film en general más brillantemente técnico que humano o emocional. En la historia de la frustrada cantante Susan Alexander es donde *El ciudadano* llega a sus más altas cumbres de emoción, de sufrimiento y de piedad. Siempre nos conmovió esta parte de la historia y nos alegra que sea la que justamente concuerda con el tema que ahora nos exigimos abordar desde todos sus ángulos posibles.

Charles Foster Kane decide imponer en el mundo de la ópera a su segunda mujer, la bella pero mediocre cantante Susan Alexander. Le pone al mejor, al más exigente de los maestros: Signor Matisti (interpretado por el cantante de ópera Fortunio Bonanova). El pobre Signor Matisti siente que le han dado un hueso, no difícil, sino imposible de roer. Le grita a Susan, toca en el piano con un solo dedo como si fuera a reventar las cuerdas la nota a la que su discípula no llega ni llegará. Entra Kane. Susan quiere abandonar, él se lo impide. Deberá conseguirlo. Kane le ha construido un Teatro. El Chicago Opera House. Quiere verla triunfar. ¿Por ella? No, es una apuesta suya. Quiere demostrar y demostrarse que tiene el poder necesario como para imponer —en el terrible mundo de la ópera— a la cantante que él —su absoluta arbitrariedad— ha elegido. Empieza a perder la compostura. Su ceño se frunce. Ya no puede hacer más el papel del buenazo y popular de Charlie Kane. Antes, no hace mucho, bailaba rodeado de chicas hermosas que le cantaban «su» canción:

I'll bet you five you're not alive.

If you don't know his name.

What is his name?

It's Charlie Kane.

It's Mister Kane.

He doesn't like that Mister.

He likes good old Charlie Kane.

Es la canción perfecta del Gran Patrón Demagogo. «Te apuesto “cinco” que no estás vivo si no sabés su nombre. ¿Cuál es su nombre? Es Charlie Kane. Es Mister Kane. No le gusta ese Mister. Le gusta el bueno y viejo Charlie Kane». Así, entre su gente, sus empleados y sus bonitas bailarinas, el pomposo Charles Foster Kane se transforma en Charlie Kane y baila con ellas. Es lo que más le gusta hacer, es lo que surge de él, la expresión de su sencillez, es un trabajador como los otros, uno como tantos. De aquí que no le guste ese «Mister». Él quiere ser sencillamente el viejo y bueno Charlie Kane.

Charlie Kane muerde el polvo

Ahora, sin embargo, su vida es un tormento. Ha hecho su gran apuesta. A todo o nada. Ésa es «su» cantante y el mundo deberá adorarla porque él lo ha ordenado, porque él lo quiere y lo necesita. Susan Alexander sabe que la está utilizando. Oscuramente, sabe también que lo que se le pide es demasiado para ella. Que lo tiene todo a sus pies menos lo absolutamente necesario para darle cohesión a ese todo: talento. Se esfuerza, sin embargo, de un modo conmovedor. Tiranizada por el Signor Matisti, tiranizada por el *tycoon* de la prensa, con el público aguardando, a la expectativa, haciendo antesala desde dos meses antes del estreno, ese público cuya atención, cuyo interés sin medida ha sido exacerbado por las publicaciones de Kane, Susan Alexander es uno de los más penosos personajes del cine. Finalmente llega el día. Deberá cantar la ópera *Salammbô*, supuestamente una ópera francesa pero compuesta —el fragmento que se escucha en el film— por el propio Hermann.

—¿Qué aria elegimos para Susan Alexander? —Habría preguntado Welles pensando en Donizetti, Verdi, Wagner o Puccini.

—Ninguna —dijo Hermann—. El aria la compongo yo.

Así lo hizo. Se la escuchamos una vez a Kiri Te Kanawa y a la alta nota a la que Susan Alexander no llega, Te Kanawa llegó con esfuerzo. Así de exigente es la partitura de Hermann.

En un *close-up* que casi se devora la cara de Susan (tengamos en cuenta que Welles no era partidario de la técnica del *close-up*, demasiado simple para su genio expansivo), vemos su terror, su pánico ante la posibilidad inmediata de salir a escena. ¿Sabe Charles Foster Kane que Susan no es una buena cantante, sino, más exactamente, lo contrario? Lo sabe, pero no se trata de eso. Se trata del ejercicio y del triunfo de su voluntad. Kane se juega en esta aventura nada menos que la imagen que se ha forjado de sí mismo: la del hombre que todo lo puede.

Pero digámoslo ya: ha elegido un espacio demasiado difícil para dar la batalla. Si se tratara de imponer a una *star* de Hollywood, a una bailarina de *burlesque* o aun de Broadway, a una cantante de *standards* incluso, todo habría sido más simple. Pero el universo de la ópera (y acaso Kane lo ignorara) es despiadado y hasta goza con serlo. Los espectadores son muy cultos. Saben, a veces, demasiado y disfrutan exhibiendo ese saber por medio de los abucheos a los cantantes. Es un mundo elitista. Un mundo de *snobs*, de diletantes, pero también de fervientes cultores y eruditos. Por ejemplo, los que suelen ubicarse en los sitios más altos de los imponentes teatros (aquí se les suele llamar «el gallinero») porque no les alcanza el dinero para comprar mejores localidades, pero a los que los grandes cantantes dedican reverencias especiales elevando sus miradas y clavándolas, agradecidamente, en ellos. En buena te metiste, Charlie Kane. Arrojaste a los perros a la pobre Susan Alexander, la más grande víctima de tu orgullo de millonario reciénvenido. Ésta es la explicación del fracaso manipulativo. Y ésta es —también— la gran respuesta a la maniobra manipulativa del poder mediático: un público preparado, que sepa más que el manipulador, atento, educado, difícil, auténticamente culto, se resistirá a las maniobras de ese manipulador. De

aquí la importancia de la cultura. De aquí la necesidad de la conciencia crítica del receptor. Charles Foster Kane se dio de narices contra esa conciencia crítica. No pudo doblegarla porque no la conocía. Porque ignoraba algo fundamental: ella era más fuerte que él, que todo su dinero, su propaganda, la construcción del fastuoso Chicago Opera House. Habría solucionado todo con una gran cantante. Pero ése no habría sido su triunfo, sino el de ella. Él quería imponer lo que su voluntad había decidido. Quería derrotar al público. Darse el gusto (el gran goce) de llevar a la gloria a una mediocre. Ahí no, Charlie Kane. Ahí mordiste el polvo.

Welles nunca se interesó por nadie, salvo por él

Todo está listo. Ya se levanta el telón. Susan Alexander emite su delgada voz en medio de la maravillosa cámara acústica que Charles Foster Kane ha preparado para ella. Peor. Esa grandiosidad romana la aplasta aún más. Los espectadores no tardan en darse cuenta: es un fraude. En un movimiento virtuoso, magnífico, la cámara se eleva en busca del juicio definitivo. Allá, en lo alto, hay dos veteranos técnicos de cientos de escenarios, dos *stage workers* que se las saben todas. Con lentitud, con pena, uno mira al otro y con dos dedos se cubre la nariz: lo que se oye huele mal. Huele peor para los espectadores. Susan llega al abismo cuando enfrenta el aria en la que debía lucirse más que en ningún otro fragmento de la ópera. Trata desesperadamente de llegar a esa maldita nota alta, tan alta, inalcanzable. (Como dijimos: ¡hasta a Kiri Te Kanawa le costó y era una de las más grandes!). Susan alza los brazos. Ya no se sabe si actúa o implora a los dioses alguna ayuda imposible. Termina la ópera. El público, seco, duro, apenas si aplaude. Entonces, en toda su poderosa magnificencia, se eleva la figura de Charles Foster Kane, y, desde su palco, empieza a aplaudir furiosamente. Esa furia busca amenazar a los otros, conminarlos a aplaudir junto a él o serán condenados a la ira de su poder mediático, que ha ido creciendo cada día más. Pero esos aplausos nada consiguen. El público se va retirando, las luces de la sala disminuyen con elegancia y acaso con tristeza. Ahí, en el palco, Kane sigue aplaudiendo. Hasta que toma conciencia de la realidad: es el único que aplaude. Deja de hacerlo. Las sombras definitivas de la sala caen sobre él. Gran escena.

Ha sido derrotado. Todo su poder no alcanzó para que el público amara a lo que él quiso que amara. No pudo manejar a las masas. ¿De qué sirvieron todos sus diarios? Pudo haber comprado críticos. Pero no al público. Y —si compró críticos, algo que en el film no se ve— mal le respondieron, ya que las *reviews* fueron horribles. Sobre todo para Susan Alexander. Acaso eso no le importara demasiado a Charles Foster Kane. Como dice Thomson, él y Welles eran idénticos en algo: «Orson Welles nunca expresó mucho más que un transitorio interés por nadie excepto por él».

Periodismo y moral, un tema de hoy, de siempre

Y aquí viene la que es —para nosotros— la gran escena de la película. Kane se dirige hacia las oficinas del *Inquirer*, su principal diario, el del inicio, el que construyó con sus más queridos compañeros, Jedediah Leland (Joseph Cotten) y Mister Bernstein (Everett Sloane). Jedediah tenía la tarea de escribir la crítica acerca de la ópera. Lo hemos visto —durante el transcurso de la función— haciendo muñequitos de papel con el programa y con una irrefutable cara de aburrimiento. Luego se emborracha, va hacia el *Inquirer*, entra en su escritorio y empieza a escribir. Cuando Kane llega, lo encuentra dormido sobre la Underwood. El único que está presente es Mister Bernstein. Kane lee lo que Jedediah ha escrito sobre Susan Alexander: «La señorita Susan Alexander, una bonita pero incompetente *amateur* sin esperanza ninguna, abrió anoche el nuevo Chicago Opera House con una performance de *Salammbô*. Su canto, afortunadamente, no pertenece a este departamento. Sobre su actuación es absolutamente imposible...». Nos preguntamos qué hará. Las restantes críticas del diario —que se ocupan de otros aspectos de la ópera— han sido favorables por temor a la ira de un patrón que puede ser carismático o demagogo, pero también despiadado. Leland, en cambio, ha expresado su libertad, la libertad esencial de todo periodista honesto que sabe que lo primero es la verdad y luego —mucho después— la obediencia a quien le paga el sueldo. La conducta de Leland —tan fuera de moda en la Argentina de los últimos años y no sólo aquí— es de una gran valentía. Porque, además, enfrenta a un amigo de años. Juntos fundaron el *Inquirer*. Luego, por las actividades políticas de Kane, discutieron y dejaron de hablarse, sin dejar de trabajar juntos. Ahora Kane se ha sentado frente a otra Underwood y sigue escribiendo el texto de Leland. Todos descontamos que habrá de modificarlo y terminará por hacer una apología de Susan Alexander. Pero no. Kane también es un periodista y tiene una moral: concluye el texto de Jedediah Leland tal como éste lo hubiera hecho. Entre tanto, Leland ha salido de su escritorio y se ha acercado hacia Kane. Atrás, en la ahora lejana puerta de la oficina de Leland aparece la figura de Mister Bernstein. Componen, así, la más famosa imagen de la profundidad de campo que el cine haya podido ofrecer. El ejemplo perfecto. Se ve todo y con una granulación, con una densidad asombrosa. La composición es así: la cámara hace un contrapicado que le permite incluir el techo en la toma; el techo y sus lámparas como fuentes de luz. En primer plano queda Kane concluyendo el texto de Jedediah. En el centro está Jedediah. Y atrás, muy atrás, en el fondo del cuadro aparece claramente la figura de Mister Bernstein. Es un alarde técnico poderoso. Pero —con perdón— a mí me emociona más, o tal vez casi en la misma medida, lo que ocurre en la escena. Kane se come su orgullo, su furia, y escribe lo que su viejo amigo habría escrito. No cambia nada. No usa su poder. Recurre a su vieja moral de viejo periodista. A la moral que alguna vez le dio un sentido a su vida. Porque alguna vez fue un joven entusiasta que sacó el número uno del *Inquirer* y lo hizo con Jedediah y con Mister Bernstein y eran tres jóvenes esperanzados, llenos de deseos de expresar una sola cosa: la verdad. Y de pelear por ella. Y hasta de estar a su servicio. Ahora, Kane es un mentiroso que ha querido embaucar a todo el

mundo con un capricho costosísimo y absurdo. Imponer a su mujer como una gran cantante de ópera. O mejor: imponerse él. Demostrarse, no sólo a sí mismo, sino a todos, que podía hacer lo que quería. No: algunas veces, por suerte, el poder arbitrario y arrogante fracasa. Esta vez, Charles Foster Kane sólo puede recuperarse a sí mismo, sólo puede trastocar esa derrota en una victoria, amarga sin duda pero victoria al fin, retornando a sus fuentes, retornando a la verdad.

Leland dice:

—Creía que no nos hablábamos.

Kane responde:

—Claro que nos hablamos. Estás despedido.

Pero al despedir a Jedediah despide a su conciencia moral. Al único hombre de su redacción que le recordaba para qué había entrado en ese oficio. Por qué, juntos, lo habían amado. El periodismo —y el joven Kane lo sabía— es un hermoso oficio y merece ser amado. Siempre que sea honesto. Olvidarlo, fue su tragedia.

Mentiras que matan

Ésta es la película. La más lúcida, la más despiadada, la que sólo Hollywood puede hacer contra su propio sistema de dominación. Desmitificadora, una carcajada en la cara del Poder y del público norteamericano. Una bofetada en la cara de la Humanidad. La risa que dice: «Ustedes creen todo el tiempo lo que les hacen creer. Los medios han llegado a un nivel de perfección, de irresponsabilidad y de falta de valores morales que no hay nada que los detenga, nada que signifique para ellos un valor superior al de sus propios intereses, los que defienden, los que en cada coyuntura les interesa defender, porque esos intereses pueden variar coyunturalmente. Sólo hay algo que no varía nunca: la capacidad infinita de mentir en nombre del único valor en el que creen: ellos mismos. La permanencia de lo que sostienen. Que es, hasta morir, la propia». Para decirlo todo: el poder mediático se ha convertido en la máquina de mentir más efectiva, más irresistible de la historia humana. Y David Mamet —el talentoso guionista de *Mentiras que matan*— consigue demostrarlo.

Se trata de un film de 1997. Inesperadamente fue favorecido por el escándalo Lewinsky-Clinton. La coincidencia fue excepcional. Clinton-Lewinsky no podrían haberle hecho mejor propaganda al film salvo que se lo hubieran propuesto. «La otra razón para que el segundo mandato de Clinton pareciera tan insustancial es, por supuesto, Monica Lewinsky. Bastante tinta se ha desperdiciado ya sobre el escarceo de Clinton con la becaria, su negación del mismo y el fallido intento de los republicanos por emprender un proceso de *impeachment* contra el presidente». Es posible que se haya desperdiciado tinta en este escarceo presidencial, pero no es menos cierto que se seguirá desperdiciando o no ese elemento, tinta. Y el motivo es —suponemos—, *Mentiras que matan*. No es común que un evento de trascendencia internacional como el de Clinton-Lewinsky haya sido precedido por un film que casi lo anunciaba. No es casual que un film —formidable además— encuentre, poco después de su realización, un atestiguamiento, un visto bueno de la real-realidad a su temática. «Una investigación sobre un asunto inmobiliario en Arkansas acabó analizando una serie de sórdidos, pero sin duda privados, encuentros sexuales en el Despacho Oval. El coste total fue de unos cincuenta millones de dólares, sin que se pudiera demostrar que Clinton había hecho nada ilegal. La réplica de los conservadores en el sentido de que Starr [Kenneth Starr era un fanático republicano que se había arrojado como el más maligno de los sabuesos a demostrar la culpabilidad sexual de Clinton] había pillado al Presidente en la mentira más flagrante de nuestros tiempos (“No he mantenido relaciones sexuales con esa mujer”), y las medias verdades de Clinton dieron como resultado que se lo incapacitara para la práctica de la abogacía en Arkansas». Notable precedente que establecen los republicanos para el ejercicio de la abogacía en Arkansas: «En este Estado de hombres cristianos, buenos padres de familia, fieles a sus esposas e infalibles asistentes a la Iglesia los días domingo para escuchar el sermón del párroco, nadie podrá ejercer la abogacía si se ha ligado un pete de alguna prostituta judía, más aún si ese pete parece haber sido de primera y haber proporcionado al que lo recibió un goce lujurioso que lo haría justo merecedor, no sólo del

castigo de no ejercer la abogacía en Arkansas, sino del mismísimo Infierno». Así es la derecha norteamericana, en cuyas manos el suave Obama está permitiendo que el país se deslice una vez más, para alegría y seguridad del entero mundo. Ahondando la cuestión: «El escándalo de la relación sexual con Monica Lewinsky pareció, posiblemente, un golpe armado con la cooperación del Mossad, servicio secreto de Israel, ya que los círculos extremistas del Likud, a los cuales pertenecía el primer ministro Binyamin (Bibi). Netanyahu, se oponían a la profundización de las negociaciones de paz, sobre todo el retiro de las tropas israelíes de la ciudad de Hebron (...). Y el escándalo de la relación de Clinton con Monica Lewinsky ocurrió en medio de las negociaciones del proceso de paz en Palestina, en el marco de los acuerdos de Oslo, a los cuales se oponían los elementos de la extrema derecha (...). Entre tanto, el padre de Monica Lewinsky, el doctor Bernard Lewinsky, un rico oncólogo judío, rompió el silencio y acusó al procurador Kenneth Starr de estar promoviendo una investigación como en la “McCarthy-era”, en una entrevista de la televisión ABC».

¿Qué supieron de la Guerra del Golfo?

Si tenemos en cuenta que fue el 27 de enero de 1998 cuando Hillary Clinton apareció en *The Today Show* para denunciar una conspiración de la derecha republicana ya gestada contra su marido Bill desde el mero día en que éste anunció su candidatura a la presidencia, y que relacionó el *affaire* Lewinsky con ese hecho, y si relacionamos el *affaire* Lewinsky con *Mentiras que matan*, cuya *opening night* tiene lugar el 27 de diciembre de 1997, veremos que la simultaneidad de los hechos es asombrosa. Apenas un mes de diferencia. Como es previsible, todo redundó en el éxito de la película y en la verosimilitud de su planteo.

El film empieza con un acápite algo errático pero que encierra todo su misterio. Dice así:

¿Por qué mueve el perro la cola?

Porque el perro es más listo que la cola.

Si la cola fuera más lista.

La cola movería al perro.

Las últimas dos estrofas —en inglés— se leen así: *If the tail were smarter, the tail wag the dog*. Que es el título del film en inglés y es el que usaremos de aquí en más, ya que ahora las películas tienen un nombre distinto no sólo en cada país sino en los canales de televisión.

Vemos, seguidamente, al candidato a presidente (que está en ejercicio de la presidencia) decir su lema propagandístico. Su primer período parece haber sido exitoso, ¿qué otra cosa podría decir para el segundo sino lo que dice? Dice:

No cambie de caballo en medio del río.

En estas elecciones, reelija al Presidente.

Pero el Presidente se manda una que deja pálido a Clinton, o casi. Durante una visita de niñas menores de edad a la Casa Blanca, recibidas amablemente por el Presidente en persona, éste parece no poder evitar (y, efectivamente, no lo evita) tocarle el culito a una, de tierno y paternal que parece ser. Pero no: eso no se hace. Para colmo, una cámara lo ha filmado. De inmediato, se reúnen los personajes más cercanos al jefe y se los ve demolidos. El desastre ha ocurrido apenas trece días antes de las elecciones y el Presidente llevaba, en las encuestas, una ventaja de 13 puntos que se evaporarán si no se controla el *affaire* presidente —nena-mano presidente— culo nena. Deciden contratar a un experto en estas cuestiones. A un *political fixer* (De Niro). ¿Qué es un *political fixer*? Un tipo que arregla cuestiones políticas que se han salido de eje. Llega De Niro. Es un tipo muy seguro, afable, inteligente y de extraordinaria capacidad resolutive.

—Esto hay que taparlo —dice—. Ya no es posible decir que no ocurrió. Sólo hay que hacer algo muy sencillo: desviar la atención del público americano. (Recordemos que son personajes norteamericanos y —ya lo sabemos— se dicen a sí mismos americanos).

La jefa del *White House team* —aún horrorizada— le pregunta cómo se hace eso. De Niro la mira con cierta piedad.

—Fácil —dice—. Hay que iniciar una guerra.

—¿Una guerra? No podemos afrontar una guerra.

—¿Dónde está el Presidente?

—En China.

—Que se quede dos días más. Eso nos permite ganar tiempo. Sólo faltarían once para las elecciones. Necesitamos una guerra de once días. Será fácil. Necesito ver a un productor de Hollywood.

—Insisto: no podemos ahora afrontar una guerra. Ni siquiera una de once días. Estamos en tiempo electoral.

Ahora De Niro y Anne Heche (la jefa del *team* de la Casa Blanca) están en vuelo a Hollywood. De Niro le dice:

—No hablo de una verdadera guerra. Sólo la apariencia de una guerra.

—Pero... se van a dar cuenta —objeta Heche.

De Niro la mira entre cínico y divertido.

—¿Quién? ¿El público americano? —Lanza una breve pero casi satánica carcajada—: ¿Qué supieron de la Guerra del Golfo? Un video de una bomba destruyendo un edificio.

La realidad es una construcción interesada del medio que la enuncia

Resulta claro en este pasaje que David Mamet ha leído el libro de Jean Baudrillard, *La Guerra del Golfo no ha tenido lugar*. Sospecho que el film está basado en ese libro. Aun cuando los créditos le otorguen el mérito a Barry Leinhart. Pero Leinhart ha leído, y muy bien, al filósofo francés, el más interesante de los posmodernos.

—Pero... hubo una guerra —objeta Anne Heche.

—Claro. Si hasta hubo días en que lanzamos más de 2500 misiones aéreas. ¿Qué supo el público? Nada. Lo que le mostramos. La guerra es un *show*.

Y atención a este diálogo memorable: De Niro reflexiona. Anne le ha preguntado contra quién hará una guerra.

—Albania.

—¿Por qué? No tenemos nada contra ellos.

—Pero no tenemos nada a favor. ¿Hicieron algo por nosotros?

—No sé.

—Ahí está: ¿qué sabés de Albania?

—Nada.

—Precisamente.

Concesivo, con espíritu juguetón le confiesa:

—¿Qué fue lo primero que viste de la Guerra del Golfo? No te acordás. Yo te lo digo: una bomba cayendo por una chimenea.

—¡Cierto! —Exclama Anne—. Impresionante. Jamás podré olvidar eso.

—Lo filmamos en un estudio.

¿Eso quieren? ¿Que les fabrique una guerra?

Llegan a Los Ángeles. Tienen cita con un productor de Hollywood. Es Dustin Hoffman, en uno de los más excepcionales papeles de su carrera. No le dieron un Oscar, pero lo nominaron. Eso no quiere decir nada. Ya se sabe que un Oscar sólo significa un arreglo entre los Amos de la Academia. Hoffman recibe a De Niro y Anne Heche, en tanto, se broncea en su cama solar. De Niro le dice que necesitan sus servicios. Que tienen que montar un *show*.

—¿Un *show*? Eso es lo mío. Produzco *shows*. Eso son las películas. ¿Qué necesitan?

Corte. Están viendo la TV. Hoffman con una bata blanca, anteojos y tez con bronceado californiano. Un Secretario de Estado responde a las preguntas de la prensa. Son erráticas, algo tontas, siempre rondando peligrosamente lo que el *White House team* y el *political fixer* quieren evitar: el acoso sexual del Presidente a la niña. (*Fix* = arreglar, reparar). De pronto, una periodista bonita, decidida y con rostro inteligente, pregunta: «¿Tenemos en Albania un levantamiento musulmán antinorteamericano?». De Niro sonrío feliz:

—¡Al fin! Ésa es la pregunta.

Hoffman lo mira extrañado:

—¿Qué cerca está usted de todo esto?

De Niro saca un celular.

—¿Qué quiere que el Secretario de Estado diga?

—¿Lo que yo quiera?

—Lo que usted me diga, yo se lo hago decir.

Hoffman vacila. Todavía no sabe si ha caído en manos de una pandilla de locos o está viviendo la actualidad más actual y viva y vigente que sea posible vivir, en la que uno pueda inmiscuirse o ser inmiscuido.

—Ordénele que diga: Todos estamos preocupados por el Presidente. Le enviamos nuestros rezos y esperanzas.

De Niro le hace un gesto a Anne. Ella saca su celular, presiona algunos números y dice:

—Levy, necesitamos que digas: «Todos estamos preocupados por el Presidente. Le enviamos nuestros rezos y esperanzas».

El Secretario —imperceptiblemente— se lleva un par de dedos a la oreja derecha, como si fuera a ajustar algo o meramente a acomodarse el pelo. Tiene un micrófono ahí. Dice:

—Sobre todo queremos insistir en que todos estamos preocupados por el Presidente. Le enviamos nuestros rezos y esperanzas.

De Niro apaga la tele. Hoffman dice:

—Le creo. Pero lo que me pide es imposible. Yo soy un gran productor. No un mago. Su situación o la del Presidente no tienen arreglo. Para desviar la opinión pública tendría que ocurrir una... Una... ¡Oh, no, no puede ser!

De Niro y Anne lo miran imperturbables. Hoffman dice:

—¿Eso quieren? ¿Que les haga una guerra? ¿Que se las fabrique?

—No —dice De Niro—. No queremos que haga una guerra. Queremos que la produzca. Que nos haga un *show*. Un gran espectáculo.

Dustin se entusiasma. Empieza a maquinar «su» *show*.

—Hay que decir: los terroristas albaneses quieren destruir nuestro modo de vida. El Presidente sigue en China. Pronto va a decidir si manda un bombardero 3. ¡Se ha descubierto que Albania tiene la bomba! No, tachen eso. Qué van a tener la bomba. Son una pandilla de idiotas. ¡Pero tienen una bomba en una maleta! No necesitan cohetes para eso. Tienen la maleta en Canadá y desde ahí la van a introducir en USA.

Anne estalla de entusiasmo:

—¡Fantástico! Encima es de bajo presupuesto.

—Eso se llama «producir» —dice Dustin. De inmediato llama a un cantante *country* para que le prepare una canción.

Llegan nuevos colaboradores. De Niro anuncia:

—Vamos a la guerra.

Uno pregunta:

—¿Vamos a declarar una guerra?

—Dije: vamos a la guerra. No declaramos una guerra desde 1941.

El Presidente aparece por TV. Declara que Albania es un centro del terrorismo mundial y se le hará la guerra. Dustin pide un gatito. Contratan a Tracy Lime (la piba que hace la novia del *Hombre Araña* e hizo de *María Antonieta* en ese film absolutamente bobo de Sofia Coppola). Es rubia, bonita, hasta tiene cara de asustada. De Niro la aprueba:

—Muy bien. Se te ve muy bien. Tal como una chica albanesa.

Tracy Lime dice:

—Una pregunta, señor. ¿Podré poner esto en mi currículum?

—No, pequeña.

—¿Por qué?

—A ver si soy claro: nunca vas a poder decir a nadie en toda tu vida que hiciste esto.

—¿Qué podrían hacerme?

De Niro sonrío piadosamente:

—Podrían matarte.

Entre tanto, en una cabina de producción, Dustin mira las primeras imágenes de la chica albanesa huyendo con un gatito. Es Tracy Lime que hace un trabajo magnífico: cara de terror, busca dónde huir, protege al gatito contra su pecho. Está impecablemente vestida de «albanesa». Dustin aún no está satisfecho.

—Ponele unas llamas detrás.

—Sí, señor —dice el técnico en computación que digita la «realidad» que va tomando forma en la pantalla.

—Ahora unos gritos. De terror. Que sean horribles. ¡Muy bien! ¿No está formidable ella? Parece nacida y criada en Albania. El gatito tiene que ser blanco. Sí, blanco. ¡Denle un gatito blanco!

Aparece Anne:

—El Presidente está mirando. Dice que él prefiere un gatito blanco.

Dustin se indigna:

—¡Yo prefiero un gatito blanco! Yo soy el productor, no el Presidente. —Mira a los demás—: Odio cuando se meten.

Sale por televisión a todo el país el «corto» que han hecho.

Locutor:

—Una mujer albanesa huye de los ataques terroristas a su aldea.

Un tipo del FBI o la CIA se entrevista con De Niro.

—No somos tontos. Tenemos satélites. No hay ninguna guerra. Esto es...

—No perdamos el tiempo —dice De Niro—. Hay una guerra. La vean o no sus satélites. Hay una guerra y la necesitamos. Además, ¿sus satélites van a convencer al público norteamericano? Entiéndalo: hay una guerra.

—¿Por qué?

—Porque está en la televisión, idiota.

«Yo hice *Moby Dick* desde el punto de vista de la ballena»

Todo sale tal como fue planeado y hasta mejor. Llega el cantante *country* y compone una canción patriótica para acompañar las imágenes de los informativos y las apariciones del Presidente. Dustin parece ir perdiendo un poco la cordura a medida que se mete más y más en su «creación». Es —eso cree— «su» guerra. La mejor de todas sus producciones. Nunca ganó un Oscar, suele decir. Se siente frustrado por esa injusticia. Un genio que nunca ganó un Oscar. Los días transcurren veloces. El pueblo «americano» vive devorado por las informaciones de la «guerra». Todo termina: ya están a un paso de las elecciones y el Presidente se ha transformado de un abusador de menores en un héroe nacional que llevó al país a una guerra victoriosa contra el terrorismo albanés, que estaba al acecho. Dustin se ve exultante. ¡Qué producción! Insiste: la mejor de mi vida. Dice a De Niro:

—Quiero el crédito por esto. Yo fui el productor de este *show*.

—No podemos darte ningún crédito —le aclara De Niro—. Todo esto no puede trascender.

—¡Quiero mi crédito! Siempre me han ignorado. Conocen mi talento y a la vez me ignoran. ¡No hay otro como yo! Lo saben. ¿Sabés lo que una vez me ofrecieron? Hacer *Moby Dick* desde el punto de vista de la ballena. ¿Me habrían ofrecido eso si no supieran que soy un genio?

Hay tres o cuatro tipos siniestros por ahí. De Niro les echa una mirada. Dustin sigue desvariando.

—¡Nada de esto habría sido posible sin mí! Fue aún superior a filmar *Moby Dick* desde el punto de vista de la ballena.

—Cuando hagas esa película, vas a tener tu crédito.

Dustin insiste. Quiere el crédito por ésta. De Niro mira a uno de los tipos duros y le hace un gesto afirmativo. Hablan con Dustin, le prometen cosas y terminan metiéndolo en una enorme limusina. Ahí se va Dustin flanqueado por cuatro monos. De Niro mueve contrariado su cabeza. Una pena. No se pudo evitar. Títulos finales.

En su libro *Teoría acrítica, posmodernismo, intelectuales y la Guerra del Golfo*, el norteamericano Christopher Norris —en la línea de Terry Eagleton y Chomsky— ataca a Baudrillard por su tesis sobre la Guerra del Golfo: que no ha tenido lugar. Sí, ha tenido lugar. Su principal argumento está instrumentado por la indignación humanitaria: ha tenido lugar para los que murieron en ella. Pareciera no entender a Baudrillard, que es tan humanitario como él. Sólo pretende desentrañar los manejos de los que —en todo caso— son los verdaderos antihumanistas: los que manipulan las imágenes de la guerra que llegan al público. Los que más saben de la guerra y por eso los que mejor saben ocultarla. Transformarla en un *show*. En cierto momento, se acerca a los argumentos de Baudrillard, ya que sólo tiene que mirar a su alrededor y ver la reacción de «su» pueblo ante la Guerra del Golfo para comprender las tesis virtualistas del filósofo francés, un ironista desencantado y

ferozmente lúcido. Así, Norris se ve obligado a escribir que, pese a su objeción moral, hay dos puntos que debe dejar en claro. «Uno es el hecho —presente en nuestros hogares con increíble viveza por los acontecimientos en el Golfo y por la representación que de ellos hicieron los medios de comunicación— de que ésta fue, de algún modo, una guerra “postmoderna”, un ejercicio de retórica de manipulación de masas y de técnicas “hiperreales” de persuasión, que sin duda confirman algunas de las observaciones diagnósticas más sagaces de Baudrillard (...). Y se podría añadir el sentido de “hiperrealidad”, el estado de ánimo de indiferencia colectiva a propósito de asuntos de verdad factual o documental, que hicieron posible tal cantidad de falsa información circulando sin contrapartida de un día a otro. Con demasiada frecuencia había una nota de prensa que “corregía” la anterior, pero en apariencia eso no logró que disminuyera la confianza pública en aquella charada de los medios de comunicación». Queremos dejar claro aquí que nuestra tesis no apunta a ninguna relación con el posmodernismo. Pese al manejo de lo «hiperreal» que hacen los medios, nosotros creemos que las ontologías fuertes no han muerto. Que detrás de todo esto no hay una ontología del presente (Foucault) o una ontología débil (Vattimo). La historia sigue teniendo su densidad, los cadáveres se acumulan, la tortura es el pan de cada día en innumerables lugares de este mundo plagado de campos de concentración. Lo que ha avanzado hasta dominar la «realidad» es la capacidad de trastocarla. De venderla de otro modo. De limarle el horror. De tornarla digerible. Indiferente. Cotidiana. Y de «crearla». ¿La «creación de la verdad» es la mentira? Si la mentira existe en relación a la verdad, ella también es fruto de esa creación. Se trataría de crearle a la «verdad» del Otro nuestra propia «verdad» que, al negar la suya, la transformaría en mentira. En suma, mi «verdad» es la «mentira» de mi enemigo. La lucha de las diferentes verdades radica en transformar en mentiras las verdades de los otros. La verdadera «guerra» está en los enfrentamientos de las «diversas retóricas de los instrumentos de manipulación de masas». Para esta tarea es definitiva la posesión de la fuerza que da el monopolio. Cuantas más voces digan mi verdad a los receptores mayores serán mis posibilidades de imponerla.

Il Cavaliere

Berlusconi es, para los italianos cultos, honestos, eso que los norteamericanos llaman *a pain in the ass*. Que recurran tanto a esta expresión para expresar el dolor y la infinita contrariedad lleva a pensar que los *yankis* padecen casi todos de hemorroides impiadosas. Porque «un dolor en el culo» puede provenir de muchas causas, pero las hemorroides, que Dostoyevski impuso en la literatura, suelen ser las más frecuentes. Preparando esta sección de este ensayo envié *mails* a varios amigos italianos, pocos contestaron. Incluso incomodé a Guillermo Marramao, con quien nos hemos llevado bien, el que tal vez pasa por ser el más prestigioso filósofo italiano en este momento y sospecho que prefiere meditar sobre la diferencia, la globalización y enojarse con la sobreabundancia de teóricos de la biopolítica, antes que gastar palabras en *Il Cavaliere*, el Papi de todas las *pivelinas* de Italia.

Pero Daniele Oldani es un escritor y periodista con un gran sentido del humor y acaso menos pretensiones por no ser filósofo, esa carga tan difícil de tolerar sin —precisamente— humor, ironía y autoironía. Vino a la Argentina y comimos mucha carne en un restaurante, hace unos años. Me contó un chiste memorable: «Es injusto que le digan nazi al Papa. ¡Si el padre murió en Auschwitz! Se cayó de la Torre de Vigilancia». Ahora le pido un texto sobre Berlusconi:

Querido Daniele:

A lo largo de estos años siempre me lucí toda vez que conté el chiste del padre del Papa muerto en Auschwitz.

Vos que tenés tanto sentido del humor: ¿qué me podés contar sobre Berlusconi *hoy*? Digo que es importante el sentido del humor porque, sin él, ustedes habrían reventado de asco. Nosotros tuvimos aquí a Carlos Menem, un aprendiz de Berlusconi, pero igualmente inescrupuloso. Hemos sufrido mucho esos años. Y hasta algunos los tomamos como una humillación personal. Así como investigo a través de Rupert Murdoch, Hearst y hasta Charlie Kane de *El ciudadano*, estoy ahora con Berlusconi. Tengo la certeza de que el poder mediático conduce este mundo. Y que Berlusconi ejerce esa magia que niega casi todo de lo humano menos la sumisión del sujeto y la estupidez. Si querés darme una manito, bienvenida. Nada del otro mundo. Pero me gustaría citarte. Bueno, a ver cuándo nos vemos. Alguno irá al país del otro en algún momento.

El texto de Daniele Oldani no perdió tiempo: llegó en seguida. A la virtud de la celeridad le añadió la de la brevedad profunda y la del humor que yo esperaba de él. Incluso adjunta algunos chistes aún calientes de y sobre Berlusconi que son siempre bienvenidos, porque la sonrisa alivia todo dolor, toda tragedia, más aún si la tragedia es un mamarracho, que son, esas tragedias, a menudo las peores.

Lateralidad: *Il Cavaliere* por Daniele Oldani

¡Berlusconi! Ay, ay, ay, qué tecla dolorosa presionaste. El tipo está ahora sin control y cada día tiene algo que decir acerca de todo y de todos. Desde hace unos meses, como sabrás, ha estallado el caso «Ruby», una prostituta menor de edad, que él frecuentaba en sus festines y también se ha iniciado un proceso. Pero hoy resulta bien claro que la ley y el destino de Berlusconi van por dos carriles paralelos que nunca van a cruzarse.

Mirando hacia atrás, creo que el punto «sin retorno» fue en mayo de 2009, cuando su mujer, Verónica Lario, anunció que había pedido el divorcio, cansada de estar con un hombre que frecuentaba jóvenes mujeres, «vírgenes figuradas que se entregan al dragón en persecución del éxito, la notoriedad y el bienestar económico».

Y esto fue sólo el inicio. De a poco se fueron revelando otras cosas: ineptos convertidos en candidatos para el Parlamento, asistentes odontológicos que pasan a ser asesores de Estado, etc., etc.

Después, las primeras revelaciones: menores de edad, prostitutas, *escorts*, festicholas, bunga-bunga, hasta el caso Ruby.

El poder mediático de Berlusconi es todavía enorme. Y no es difícil para él corregir la realidad desde las pantallas televisivas (que ocupa más que ningún otro) de los noticieros o de los programas especiales. El lado absurdo, si se quiere, y cada vez más a menudo y a pesar de los muchos que buscan defenderlo, es que él mismo se contradice, afirmando hoy lo contrario de lo que dijo hace unos días.

Por ejemplo, en el caso Ruby, en un cierto momento Berlusconi dice que le pagaba a la jovencita para que no se prostituyera.

Así, para incentivarla a cambiar de vida, declara que le da 45 000 euros para comprar un láser depilatorio para ser utilizado en un centro de estética. ¡Qué distracción! Pocos días antes, periodistas, abogados y parlamentarios defendían a Berlusconi negando que Ruby fuera una prostituta y sosteniendo que se trataba de «una brava *ragazza*».

Declarando que pagaba «para sacarla de la calle», obviamente arruinó todo.

Van unas pocas frases recogidas aquí y allá a lo largo de su «luminosa carrera», en espera de futuras:

«Acusarme de corrupción a mí es como arrestar a la Madre Teresa de Calcuta porque una niñita de su instituto hubiera robado una manzana».

«Los fundadores de Roma fueron Rómulo y Rémulo».

«Soy incapaz de decir “No”. Por suerte soy hombre y no mujer».

«Es mejor ser un apasionado de las jóvenes que ser gay».

«Barack Obama es joven, buen mozo y tostado».

«Estoy absolutamente seguro de ser el hombre más democrático que jamás haya llegado a ser Primer Ministro de Italia».

«Mi secretaria me ha dicho que —durante la última semana— he trabajado todos los días 17 horas, he realizado 32 llamados telefónicos, y 23 citas importantes. El pueblo debiera

tener más respeto por un hombre que se sacrifica como yo por los intereses de todos sin perseguir el más mínimo interés personal».

Daniele Oldani dice que también él ha colaborado en crear algunas bromas sobre *Il Cavaliere* tratando de erosionarlo dentro de lo posible. He aquí una: *Silvio, stasera resti a casa? No, esco.* (*Escort* significa prostituta, *ma assomiglia molto a esco*, del verbo *uscire*).

Es decir:

—Silvio, ¿esta noche te quedas en casa?

Y Silvio responde «salgo» (*esco*) pero *esco* es semejante a *escort* (prostituta). O sea, salgo con una prostituta.

Papá sale en televisión

Éste es el título de un cuento de Stefano Benni que pertenece a una antología que lleva por título *Cuentos italianos de hoy*. A su negro, negrísimo relato Benni le ha puesto: «Papá sale en televisión». Al leerlo habrá que tener en cuenta que Italia es un país adicto a la tele. Que Giovanni Sartori escribió un buen ensayo titulado *Homo Videns*, que analiza esa adicción, en la que se ha basado el poder de Berlusconi. Entregamos ya este relato porque expresa en la modalidad de lo grotesco y el humor macabro el poder mediático que pareciera dirigir la vida del 80% de los italianos, que son los que —se calcula— se enteran de todo por la televisión. Al convertirse Berlusconi en amo de la televisión y Presidente de la República empezaremos a formarnos una idea de su verdadero poder. A esto hay que añadirle la extravagancia del personaje, su impudor, su impunidad, su sexualidad desbordante, sus hembras exuberantes y las fiestas que provoca en su residencia a las que acuden personajes célebres de todas partes del mundo. Aquí va, entre tanto, el cuento de Stefano Benni: ayudará a comprender muchas cosas que luego desarrollaremos. La preocupación —a esta altura de los acontecimientos— es: ¿hasta qué abismo descenderá el país del Dante, de Verdi, de Puccini, de Arturo Benedetti Michelangeli, de Pasolini, de Fellini, de Lampedusa, de Visconti, de los grandes actores que marcaron una época en la vida de todos nosotros: Sordi, Mastroianni, Gassman, Manfredi?

Aquí está el cuento: «Papá sale en televisión».

Todo está listo en casa de los Minardi. La señora Lea ha limpiado la pantalla del televisor con alcohol, encima ha colocado la foto de la boda, ha quitado el forro del sofá, que ahora resplandece en un vórtice de girasoles. Ha preparado una fuente de saladitos, una panetela de Navidad fuera de estación, el *whisky* británico y la naranjada para los niños. Ha limpiado las hojas de la malanga, y sobre la mesita de cristal ha puesto el búcaro más hermoso. Los tres hijos la miran mientras revisa si todo está en orden, da vueltas a los rizos de su permanente y golpetea con los tacones sobre el piso encerado. Nunca la habían visto sin pantuflas en casa. También los tres hijos están listos. Patricio, de doce años, está en el sofá con su mono deportivo preferido, rojo fuego, y una gorra de los Arrancacabezas de Minneapolis. Lucilla, de siete años, viste un pijama con un dibujo de dinosauritos y lleva en brazos una Barbie encinta. Revoltillo, de dos años, aprisionado en su sillita, ha quedado embutido en su mono acolchado que sólo le permite mover tres dedos y una cuchara a modo de prótesis. Ha sido drogado con jarabe de codeína para que no fastidie.

Tocan a la puerta. Es la vecina, Mariella, con su marido Mario, han traído chocolatinas y el helado que rápidamente va al refrigerador porque, si no, se derrite. Mario, de saco y corbata para la ocasión, saluda a los niños y estrecha con energía la mano de Patricio.

—Y bien, campeón, ¿estás orgulloso de tu padre?

—Bueno... —Responde Patricio.

—Qué bonito peinado —dice Mariella a Lea—, hoy nos hemos puesto bonitas, ¿verdad? Claro, no es un día como otro cualquiera.

—En cierto sentido... —Responde Lea.

—¿A qué hora es la transmisión?

—Dentro de cinco minutos, más o menos.

—Entonces podemos encender.

—Yo tengo el control remoto —dice Lucilla.

—Lucilla, no te hagas la mandona.

—Papá siempre me deja manejarlo...

En aquel preciso instante, también el Sr. Augusto Minardi se siente emocionado. Ha consumido una excelente cena a base de arroz con champiñones y trata de relajarse echado en un catre. «Espero hacer un buen papel», piensa.

—Dentro de cinco minutos le toca a usted —dice una voz desde fuera de la habitación.

«Maldición», piensa el señor Minardi, «se me olvidó lavarme los dientes. Tal vez se note por televisión».

—No invité a la portera —dice la señora Lea masticando un bombón—, pero no por una cuestión de clase social, figúrate, es que es tremenda chismosa y quizás empiece a contar todo lo que suceda aquí esta noche. En ciertos momentos, sólo se puede confiar en los amigos más íntimos.

Mariella le toma afectuosamente la mano.

—Hiciste bien —dice—, además a Augusto tampoco le resulta muy simpática.

—¿Te imaginaste alguna vez, campeón, que un día verías a tu papá por televisión? —Dice Mario, sentándose en el sofá junto a Patricio.

—En realidad, no...

—Pero papá ya salió una vez —dice Lucilla—; estaba en el desfile de una manifestación, pero se lo vio sólo un momento, y además llovía y él estaba medio tapado por el paraguas.

—Sí, sí, lo recuerdo —dice Mario—; yo también estaba en el desfile.

—¿Tú saliste alguna vez por televisión? —Pregunta Patricio.

—Yo no, pero mi hermano sí. Lo filmaron con la cámara telescópica mientras se fajaba a puñetazos en el estadio. Se vio más de dos minutos, con la bandera en la mano, lástima que le dieran tanto, a ese comemierda...

—Ese comemierda... —Ríe Revoltillo, agitando su cuchara.

—¡Mario, te lo ruego, modera tu lenguaje! Sobre todo hoy —dice severa la mujer.

El señor Augusto recorre el largo pasillo hacia la sala con la luz roja. Justo al fondo ve una cámara que lo está enfocando.

—¿Ya estamos en el aire? —Pregunta.

—No —dice su acompañante—, son tomas que quizás se montarán más tarde...

—Mira tú. Como en los vestidores antes del juego.

—Más o menos así —sonríe el otro—. Vaya, ahora estamos en vivo.

La aparición de Augusto en la pantalla ha provocado un gran aplauso e incluso alguna que otra lágrima en casa de los Minardi. Patricio no logra estarse tranquilo y salta en el sofá. Lucilla mordisquea la Barbie. La señora Lea tiene los ojos húmedos.

—Mira qué tranquilo está —dice Mariella—, parece como si no hubiera hecho otra cosa en su vida. Hasta se ve bonito.

—Sí, se peinó hacia atrás, como le dije.

—Me parece que va a recibir un montón de cartas de admiradoras —dice Mario.

La esposa se lo reprocha con la mirada.

—Vaya, se sentó. Mira qué primer plano tan lindo.

—¡El viejo Augusto! —Dice Mario algo conmovido—. ¡A quién se le hubiera ocurrido!

—Oh, no —dice Mariella—, los comerciales precisamente ahora.

—¿Estoy en el aire? —Pregunta Augusto.

—En este momento, no —dice el técnico—; hay treinta segundos de comerciales. Luego aparecerá el locutor que nos anuncia, luego tres minutos que nos sirven para preparar todo, luego se comienza. ¿Emocionado?

—Bueno, por supuesto. ¿Usted no?

—No más de la cuenta. Es mi trabajo —sonríe el técnico.

Los comerciales han terminado. Sobre la pantalla aparece el rostro grave del locutor.

—Estimados televidentes, estamos en vivo y en directo desde la prisión de San Vittore para la transmisión del primer procedimiento judicial terminal de nuestro país. Es una ocasión tal vez triste para algunos, pero importantísima para nuestra evolución democrática. En este momento están viendo al condenado, Augusto Minardi, sentado en lo que puede definirse como la antecámara de la sala terminal. Aquí se le inyectará un sedante, después se iniciará el procedimiento.

—Dios mío —dice la señora Lea.

—¿Qué pasa?

—Augusto le tiene un miedo terrible a las inyecciones.

—¿Es realmente necesario? —Pregunta Augusto al médico.

—Es mejor. Lo atontará un poco y así no se dará cuenta de nada.

—Prefiero que no. ¿Me puedo negar?

—No lo puedo obligar —dice el médico encogiéndose de hombros—. Pero, oiga, si allá adentro pierde la cabeza, es usted quien hará el ridículo...

—No —insiste Augusto—, la inyección no.

—Y ahora debe estar ya lista la ficha preparada por nuestro Capacci acerca de las diversas fases que han conducido hasta este día fatídico —dice el locutor.

«Augusto Minardi, cincuenta años de edad, exobrero textil desempleado desde hace tres años, sin antecedentes penales, la mañana del tres de julio del pasado año irrumpe en un supermercado de la periferia de M. armado de una pistola. Quiere robar la caja. Pero la cajera activa la señal de alarma. Irrumpe el agente de guardia. Hay un breve intercambio de disparos a cuyo término quedan en tierra tres personas: el guarda, Fabio Trivella, cuarenta

y tres años, la cajera Elena Petusio, cuarenta y siete años, y el jubilado Roberto Aldini, de setenta y seis años».

—Ése no cuenta —dice Lea—, se murió de infarto.

—Sí —dice Patricio—, pero falta el mensajero.

«El agente y la cajera fallecieron a causa de las heridas recibidas, el jubilado por un infarto. Minardi intenta la fuga, pero se interpone en su camino el mensajero Nevio Neghelli, de veintitrés años, que resulta herido levemente».

—Ahora es que la cosa se pone buena —dice Patricio.

«Minardi es capturado poco después en una sala de juegos de video. El proceso se celebra dos meses más tarde y el acusado es condenado a cadena perpetua. Pero tras el nuevo decreto-ley del 16 de octubre, la pena le es conmutada por terminación mediante la silla eléctrica».

—Era la ficha del delito —explica el locutor—, y ahora les presento a los invitados que animarán nuestro debate durante y después del procedimiento. Primeramente, tenemos al padre Cipolla, jesuita y sociólogo.

—Buenas noches.

—El comentarista televisivo Girolano Schizzo.

—Buenas noches.

—Eh —salta Patricio—, pero si es Schizzo, es él mismo.

—No me gusta, es tan vulgar —dice Lea.

—Pero es uno de los más populares —comenta Mario.

—Luego tenemos al senador Carretti, de la oposición, que ha presentado numerosas enmiendas a este decreto-ley, y a su lado el escritor y director de films de horror, Paolo Cappellini y la actriz Maria Vedovia...

—Buenas noches, buenas noches, buenas noches...

—Y para finalizar, el ministro que firmó el decreto-ley, el honorable Sanguin.

—Buenas noches.

—Qué cara de culo —comenta Mario.

—Mamá, ¿por qué ya no ponen a papi?

—Lucilla, cállate y deja de comer tantos bombones.

—«Arad» ulo —dice Revoltillo.

—¿Lo amarré muy fuerte? —Pregunta el técnico.

—No, no, está muy bien —responde Augusto.

—Si quiere un consejo, cuando llegue la descarga, baje la cabeza. Así no se ven las muecas.

—¿Las qué?

—Las muecas.

—Pero yo quisiera que en casa me vieran bien.

—Yo —dice el senador— quisiera decir, para comenzar, que estoy en contra de este uso de la transmisión en directo.

—¿Y entonces qué hace aquí, hipócrita? —Aúlla Schizzo—. Como de costumbre, usted y esos cochinos parásitos de su partido se aprovechan de los acontecimientos, pero no quieren pagar su parte.

—Cálmese y respete la gravedad del suceso, grosero.

—Grosero será usted, recomemierda.

—Por favor, por favor —interviene el padre Cipolla.

—Quisiera recordarles la solemnidad del evento —dice el locutor— y con ese fin quisiera hacerle una pregunta al realizador Cappellini, a Schizzo y a Carretti, por favor, un poco de silencio. A usted, Cappellini, ¿se le habría ocurrido un argumento similar? Quiero decir, si por ejemplo tuviera que pensar en un actor para el papel de Minardi...

—Bueno, no sé..., ya que se trata de un tipo tan sanguíneo..., no estaría mal Depardieu...

—¡Oíste! —Dice Mariella toda excitada—, ¡lo ha comparado con Depardieu! ¿No estás contenta?

—Bueno, sí, es un hombre lindo, pero no sé si se le parece de verdad —dice Lea, tímida. Suena el teléfono.

—Mamá —dice Lucilla—, es un periodista. Pregunta qué sentimos en estos momentos...

—Cállate, están enfocando a papá —dice Lea sin prestarle atención.

—¿Y en cuanto al papel femenino? —Dice el locutor—. Usted, señorita Vedovia, ¿estaría dispuesta a hacer el papel de la mujer?

—Bueno, es un papel bonito, muy dramático. Claro, haría falta envejecerme mucho con el maquillaje.

—«Mucho», eso lo dices tú, puta de mierda —dice Mariella.

—No es nada, no es nada —dice Lea, conciliatoria.

—¿Y de mí no hablan? —Dice Patricio—. Yo quisiera que mi papel lo hiciera Johnny Depp.

—Sí, y el mío Gary Cooper —ríe Mario.

—«Uper» —dice Revoltillo.

—En este momento estamos frente al televisor y comemos bombones y luego también hay helado —está diciendo Lucilla por teléfono—. ¿Qué sabores? No sé, ¿quiere que vaya al refrigerador a ver?

—Y henos aquí en el momento esperado por todos —dice el locutor—. Observen la silla, el mismo modelo en uso en las penitenciarías norteamericanas. Aquí tienen un primer plano del técnico, señor Grossman, que ya ha llevado a cabo doce ejecuciones en Texas y en Alabama.

—Pero usted habla muy bien el italiano —dice Augusto asombrado.

—Mi madre es italiana —responde Grossman.

—Observen que está hablando con el condenado. Por cierto, habla muy bien el italiano porque su madre es de Matera. No sé si en este momento es posible hacerlo venir hasta el micrófono, creo que no, porque lo veo muy ocupado. Ahora un último intervalo publicitario y luego tendrá inicio el procedimiento terminal.

—Pueden llamarla por su nombre: ¡ejecución! —Dice Carretti.

—Y a él lo llamamos asesino, ¿sí o no? —Grita Schizzo—. ¿Acabamos de una vez con esta piedad mojigata, descarado oportunista?

—Bufón sanguinario.

—¡Moralista de opereta!

—Comerciales.

—Lo llamó asesino —llora Lea.

—Bueno, ¿sabes? Así, en el calor de la transmisión en vivo... —La consuela Mariella.

—Bueno, lo que se dice disparar, disparó en serio —dice Patricio— e incluso ganó.

—Ganó, ¿en qué sentido? —Dice Mario.

—En sentido *western*...

—Entonces seguramente limón, chocolate y crema. Luego una cosa que no sé si es yogur o crema de leche —dice Lucilla al teléfono.

—Ya es hora —dice el técnico—. Fíjese que ahora lo están tomando en primer plano. Mantenga la cabeza un poco inclinada y respire lentamente. Verá que no va a sentir nada. Como un ligero pinchazo.

—Oh, Dios mío, no —palidece Augusto.

—No, no, como lanzarse desde un sexto piso.

—Así está mejor —dice Augusto—; estoy listo.

—Éste es un momento importante de la democracia televisiva —dice el locutor—. Queríamos ofrecerles las cifras de teleaudiencia después del procedimiento, pero son tan asombrosas que las damos a conocer ahora mismo. En este momento, dieciséis millones de personas están siguiendo nuestra transmisión.

—¡Caramba! —Dice Mario—, como Italia contra Alemania.

—Mira qué tranquilo está —dice Mariella—, parece que estuviera en el cine.

—No, no, yo lo conozco, parece tranquilo, pero está emocionado —dice Lea.

—Yo tengo cinco años... Sí, papá siempre ha sido bueno conmigo... ¿Cómo dice? No mucho, quizás una o dos veces... Sí, con el cinto, en las nalgas, pero no fuerte... —Dice Lucilla al teléfono.

—Llegamos al momento tan esperado. Schizzo y Carretti, silencio por favor, ¡alguien que los separe! Observen el rostro del condenado. Un rostro mediterráneo. El rostro de alguien como nosotros. Se ha afeitado. Ha cenado por última vez: arroz con champiñones y vino blanco. Y ahora está aquí, ante su propia conciencia y la nuestra. El técnico está dando inicio al conteo final. Pueden ver los segundos correr en la parte superior de la pantalla. Estamos a menos de quince segundos. Les recordamos que quien lo desee, está todavía a tiempo para apagar el televisor. Es una opción de ustedes estar o no presentes: ésta es la democracia. Estamos a ocho segundos... Observen bien las luces encima de la silla. Cuando se enciendan las tres querrá decir que la descarga se ha activado. Menos de tres segundos..., dos..., uno.

—Señor Grossman, ahora que nos estamos relajando y todo ha salido bien, ¿cómo definiría esta ejecución?

—Bueno, diría... normal... El condenado ha mostrado una cierta tranquilidad...

—Bravo, papá —grita Patricio.

—Bavo —dice Revoltillo golpeando con la cuchara.

—El viejo Augusto —dice Mario conmovido, disparándose un sorbo de *whisky*—. ¿Quién lo hubiera dicho?... Qué fuerza..., recuerdo que una vez, pescando, se enganchó el anzuelo en un brazo...

—Mario, por favor —dice Mariella, que tiene la cabeza de Lea entre los brazos.

—Mi hermano está dando saltos en el sofá, el señor Mario está bebiendo *whisky*, mi mamá llora sobre las rodillas de la señora Mariella. ¿Mucho? Sí, me parece que está llorando mucho. ¿Yo? Yo estoy hablando por teléfono con usted, ¿no? Sí, me llamo Lucilla, recuerde, con dos «l», no Lucía, que en la escuela siempre se equivocan...

[Fin.]

¿Qué poder derrotará al de Berlusconi?

Si un escritor escribe un cuento como «Papá sale en televisión» es porque hay algo que lo condiciona. En este caso tal vez —o sin duda— la pasión de los italianos por las imágenes que salen por la tele. Algo quiso decir Stefano Benni. Y no sería arriesgado suponer que lo que ha dicho tiene profunda relación con el hecho humano y cultural que ha permitido en Italia el imperio berlusconiano. Que es parte de un fenómeno mundial. Pero que en las costas mediterráneas ha logrado una expresión casi absoluta. Si el poder de Berlusconi es el de la televisión, y si sólo existe lo que aparece en ella, ¿qué otro poder podrá derrotarlo? Hasta ahora, *Il Cavaliere* ha sorteado todos los obstáculos, no hay quien no pareciera tener un pacto tácito con él, la mafia sobre todo. Su carisma, que es poderoso, tampoco ha requerido de una elaboración excesivamente minuciosa. *Il Cavaliere* sonríe. La sonrisa no abandona su cara, está ahí tan firme y tan cómoda como su nariz o sus ojos. Levanta la mano derecha y sonríe. Su autopermisividad no tiene límites. Llegó al grado de hacerle cuernitos a un pulcro parlamentario británico. En sus fiestas —lo veremos— casi nadie falta. Ahí, el exceso se expresa por medio de todo: del alcohol, de las drogas, del sexo, de las mujeres imposibles. Hay fotos de Tony Blair, rojo por el sol del Mediterráneo, con sus ojitos extraviados y una sonrisa tan cercana a la bobería que sólo puede ser la mismísima bobería. De pronto, aparece Mike Tyson. Tiene la exacta cara que tenía cuando Evander Holyfield le dio esa memorable paliza que derivó en la pelea absurda en que, desesperado, Tyson le mordió una oreja. Aquí pareciera andar buscando alguna. Que quiere morder es evidente. Y por fin, en la cumbre de todo ese aquelarre dispendioso, surge la figura de Lele Mora, obeso, vestido de blanco en una mansión blanca, semejando una *Moby Dick* juguetona, llena de picardías y secretos de esos que se revelan en los ámbitos insondables, donde el pecado puede llegar a ser absoluto pero no para muchos, sólo para los elegidos, rodeado de efebos, de núbiles con cuerpos musculosos y tostados por el sol opulento de ese lugar del mundo donde los poseedores del dinero, los ya asqueados por la indecencia de su abundancia, se obstinan en buscar una sensación nueva, algo que les diga que aún no lo han probado todo.

Papi Berlusconi, el presidente de la TV es el presidente del país

Según se habrá detectado con sencillez en el *mail* de Daniele Oldani, los italianos se avergüerzan de Berlusconi y su permanencia al frente de la política de la república. ¿Cómo es posible? ¿Por qué a nosotros? ¿Quién puede explicar que este payaso sonriente, que saluda y no cesa de saludar con su mano derecha, que se tiñe el pelo que casi no tiene, que se pone un maquillaje espesísimo (¡un milímetro de crema facial lleva en su jeta *Il Cavaliere*!), que se burla de todo, que organiza orgías, que es un pedófilo a todas luces, que es parte de la mafia o tan bien se lleva con ella que es como si lo fuera y hasta como si fuera *il capo di tutti capi*, manipule a casi todo el pueblo italiano, que con su voto persistente lo mantiene en ese top del que nada pareciera hacerlo caer? Hay una explicación. Es dura. No es demagógica. Es la más antidemagógica de las frases. Con el transcurso de los años, el capitalismo ha intensificado su poder sobre el control de las subjetividades. Ha idiotizado a los sujetos. Cuando David Thomson tuvo que encontrar explicaciones para la fenomenal manipulación de masas que había conseguido Orson *Wonder Boy* desde una pequeña radio aludiendo a una improbable invasión de marcianos, admitió que Orson y su gente habían hecho las cosas bien, pero el motivo de fondo, la causa que había posibilitado el desmadre debía encontrarse en el idiotismo del pueblo norteamericano. «De modo que lo sensacional simplemente ocurrió, por feliz o infeliz coincidencia del poder de la radio y el disponible idiotismo de muchos miles de personas». Cuando hablamos de esto anteriormente escribimos: «La frase es excepcional. El poder de los medios siempre tiene que contar con el idiotismo de los sujetos. Una vez que conquista ese idiotismo, lo profundiza y trata de evitar que el sujeto salga de él. En suma, por más que hablemos de la inminencia de la guerra, de los temores que siempre provoca pensar en lo que pueda venir del infinito cielo estrellado, la causa del desastre que provocó en Estados Unidos el programa de Orson Welles tuvo sus raíces en el siempre disponible (para todo tipo de manipulación) idiotismo de los seres humanos». Bill Maher (el clown ácido de la política norteamericana) no vacila en decir: «El votante norteamericano es idiota». Es cierto: la gente es boluda. ¿Se entendió bien? La gente es boluda. Pero esto no significa que esté condenada a serlo. Aquí, en la Argentina, se está demostrando que el poder mediático no es absoluto. Lo fue en muchos momentos: en el 2008, en el 2010 (aunque menos en este año en que los medios más poderosos apelaron a todo para someterla, apelaron a tanto que provocaron el efecto paradójico: el receptor sacó su correcta conclusión: esta gente nos miente, son mercenarios, obedecen, todos los días dicen lo mismo, uno no compra un diario para que invariablemente sus servidores a sueldo le digan la misma infame patraña). Pero ¿Berlusconi miente? ¿Y si utilizara un matiz diferenciado de la mentira, un matiz más dulce, agradable? ¿Y si Berlusconi sedujera? ¿Y si hubiera acertado en el punto débil y lascivo de los italianos y supiera tenderles una cuerda hacia esos deseos reprimidos con la promesa de cumplirlos, en la realidad o en lo imaginario, o en lo virtual, esferas cada más, más parecidas?

Forza Italia!

Aquí se trata de todo un país. Vamos a seguir paso a paso un film notable. Se trata de *Videocracy: When TV dream reality becomes a nightmare*. Es un film de Erik Gandini, de 2009, con producción sueca y dura 85 minutos. Es un film muy ponderado, suele sacar puntajes altos en las críticas, pero se apoya excesivamente en la parte frívola del berlusconismo. Que es fundamental. Sin bellas mujeres no hay berlusconismo. Sin bellos efebos. Sin drogas. Sin impunidad. A los poderosos del mundo se los compra con todo. Berlusconi lo sabe: desde un millón de dólares hasta una prostituta opulenta, sabia, competente hasta el extremo. Como no ignoran sus sicarios: no todas las conchas valen lo mismo, la que te da Berlusconi es de oro y eso es lo que vale. Han sido útiles para Tony Blair como para Saddam Hussein o Mike Tyson.

Videocracy tiene otro subtítulo en italiano que es interesante, no para dejarlo de lado. El film se llama: *Videocracy: Basta apparire*. O sea, basta aparecer. ¿Dónde? En la televisión. Es archiconocida la frase: lo que no sale en televisión, no existe. Recuerden el cuento «Papá sale en televisión». El opa de papá quiere morir en cámara. Pero no para decir: «Soy una víctima. La pena de muerte hace del Estado un asesino a sangre fría. Yo maté en caliente. Por odio. No lo pude reprimir. Nunca quise ser un asesino». Pero el Estado sí. El Estado quiere ser un asesino frío, displicente, prolijo, implacable. El Estado es el peor de los asesinos a sangre fría. No puede haber un asesinato más cuidadosamente planeado que la pena de muerte. Pero Papá no tiene ni idea de eso. Para él, morir en cámara es algo así como acceder a la eternidad. Ese idiota es acompañado en su idiotez por toda su familia y en la crueldad por la parafernalia televisiva.

Bien, ¿cómo empezó la carrera de Berlusconi? Hubo un programa en los ochenta. Había una mujer con poca ropa. Los espectadores llamaban. Se les preguntaba algo. Si acertaban, la pobre mina se sacaba una prenda. Así, hasta quedar desnuda. ¡Un suceso! ¡Un éxito jamás igualado! En suma: el inicio de una revolución cultural en Italia. ¿O esto no es una revolución cultural? Claro que sí. Una revolución cultural-basura, pero poderosa, invencible. Esperada por todos.

De este modo, uniendo la política al *show*, Berlusconi se abre paso en la política. Se le ocurre una idea genial. Los italianos, cuando van a ver a la Selección (y todos sabemos que son fanáticos de su escuadra), la alientan al grito de: *Forza Italia!* ¿Cómo decide bautizar *Il Cavaliere* a su partido político? ¿Quién podría no adivinarlo? Sólo un mongui al que lo mediático ya le comió las neuronas por completo: *Forza Italia*. Ya está el nombre. Ahora los berlusconianos, cuando vivan a su partido, es como si vivaran a la Selección nacional: *Forza Italia!*, se transforma en *Forza Berlusconi!*

Historia de Ricky

El film de Erik Gandini se detiene en algunos destinos individuales. Los deja hablar. Son personajes moldeados por la ética y la estética berlusconiana. La primera es la historia de Ricky, un muchacho de unos 20 o 22 años. Se muere por entrar a la TV. Ensaya interminables horas un número en el que imita a Mickael Jackson. Pero no sólo eso.

—También me gusta Ricky Martin. Y ya estoy cantando como él. Y me gusta Van Damme, por eso hago karate. Pero Van Damme no sabe cantar. Y Ricky Martin no sabe karate, así que pienso superarlos a los dos, ¿entiende?

Decenas de cientos de personas se amontonan frente a las oficinas de TV de Berlusconi para hacer pruebas, para mostrar su talento para la TV de *Il Cavaliere*. Aquí sorprendemos a Ricky haciendo su estudiada, trabajada y transpirada imitación de Ricky Martin. Porque nadie podría negar que el muchacho se rompe todo, hasta se martiriza. Se mueve como él cree que se mueve Ricky. *Ma no*.

—*Ciao, ragazzo. Non va.*

Ricky acepta y sale. Necesita más trabajo, perfeccionarse, conseguir la perfección. No tiene dudas: la culpa es suya. No es como Dustin Hoffman en la escena memorable en que va a un teatro en busca de trabajo. Sucede en *Tootsie*. Dustin recita algo de Shakespeare. Concluye y desde la oscuridad de la platea llega la voz inapelable.

—Lo sentimos, no es lo que queremos.

—¿Qué es lo que quieren?

—Algo más denso, más sombrío.

—Puedo ser más denso y más sombrío.

—Alguien menos *off Broadway*, ¿entiende? A usted se le nota mucho el *off Broadway*.

—Puedo hacer que no se note.

—Vea, necesitamos alguien más alto.

—Puedo ser más alto.

—¡Oiga! ¡Necesitamos a otro! ¿Está claro?

Ricky acepta los infortunios de la TV. Además, conoce la dura competencia que enfrenta.

—Las chicas. Las prefieren a ellas. No puedo ser una chica. Son una competencia terrible. Pero no me pienso rendir.

¿Qué son «las chicas»? Son las *velinas*. No pueden hablar. Sólo mostrarse. A veces les hacen preguntas. La más habitual, la más obvia:

—¿Cuál es tu máximo deseo en la vida?

—Casarme con un futbolista.

Ser *velina* es el sueño de todas las mujeres. Incluso Berlusconi nombró a una *showgirl* como Ministra de Equidad de Género. Ahí está: la piel oscura, como si viniera de la baja Italia, o de las espesuras del África, pero es culta, hermosa y tiene una sonrisa devastadora, unos dientes blanquísimos, que sin duda arrojarán centelleantes tarascones sobre cualquier idiota apresurado que se atreva a faltarle el respeto. Les da la mano a los otros Ministros el día en

que asume y los tipos se derriten, los viejos con próstata indócil se mean sin remedio y los jóvenes se babean. Ella, una Reina. De *pivelina* a Ministra. Porque la auténtica belleza de una mujer sigue teniendo un poder inmensurable en este mundo machista.

El increíble Lele Mora

Berlusconi jamás olvida que la base de todo su poder está en la posesión de los medios. Máxime —en Italia— de la televisión. Desde ella moldeará al «hombre berlusconiano». Parte central de esta construcción son las mujeres y las grandes fiestas. Pues *Il Cavaliere* no sólo se propone subyugar a los pobres solitarios/as de su país, sino atraer a sus dominios a los hombres más poderosos del mundo, entre los que se cuenta. Para la tarea, el lazo que empieza por arrojar son las jovencitas hermosas y colmadas por la ambición de la fama. Según encuestas infalibles y algo tristes, el 80% de las chicas italianas quiere trabajar en la televisión, especialmente como actriz. Tener un papel, una parte, aparecer y decir algo, es el sueño de todas ellas. El Hechicero, el hombre al que Berlusconi ha derivado esa tarea, es un personaje impar. Hemos vacilado en detenernos en él. ¿Es un tema teórico sobre los medios de comunicación? Sin duda. Este hombre decide, selecciona, forma, reparte, reemplaza a Berlusconi en cientos de tareas. Es el hombre de la TV. Vive en una Casa Blanca. Viste de blanco. Lo vemos, primero, de lejos. Se ha dejado caer sobre una muy amplia cama, blanca también. Hay almohadas y almohadones por todas partes. Se acerca lentamente a la cámara y sonríe. Es gordito, blanquito, es gay o bisexual o posiblemente no deje de lado ninguna de las posibilidades que el sexo pueda ofrecer. Habitualmente sonríe. Trabaja de hombre feliz y su trabajo le da felicidad. Es célebre e insustituible dentro del esquema de poder mediático de Berlusconi. Tal vez sea un hombre envidiable. Tiene fortuna, mucha. Le sobra el dinero. Vive en una Villa con piscina y vista al mar. No pareciera poseer una conciencia moral que pudiera llegar a atormentarlo. Su vida se desliza al margen de los problemas morales. La moral es la gran enemiga del goce. De la vida intensa, feliz. Nietzsche mismo ha dicho esto muchas veces. Freud condena al hombre maniatado por la cultura. Adorno nos presenta a Odiseo atado al mástil para no ceder ante el canto de las sirenas. Nada ata a Lele Mora. El canto de las sirenas lo seduce y a él se entrega. Al canto y a las sirenas. No tiene ataduras. Sus instintos viven en libertad. La vida se ha hecho para el despliegue infinito de su goce. Le gusta hablar, ir de un lado a otro, mostrar sus posesiones, mostrarse él, que sin duda se considera bello. ¿Desde qué moral decidiremos que este hombre es repugnante?

—Soy blanco y vivo en una Casa Blanca —dice.

La casa está en la costa Esmeralda, en Cerdeña. La tarea de Lele es «atrapar» artistas para los *shows* televisivos y para las fiestas de Berlusconi. Viaja por todo el mundo.

—Puedo transformar a una persona normal en una estrella de la TV. Me basta educarlo, vestirlo, enseñarle modales y meterle en el cerebro lo que tiene que tener y no lo que tenía, pobrecito.

Alrededor de la piscina están los efebos y las chicas, todos desnudos o casi. ¿Quiénes son?

—Son amigos, personajes de la TV —dice Lele—. Gente trabajadora. Éste es Sasá. Éste es Lorenzo, que surgió en *Big Brother II*. Los otros son amigos que vienen por aquí a pasar sus vacaciones. A vivir buenos momentos. A Silvio Berlusconi —¿cómo no decirlo?— le debo mucho. Me ha permitido trabajar en sus canales y tener el poder de preparar sus grandes

fiestas. Berlusconi *e un grande uomo. E un grande lider*. Diría que no tiene ideología o un sistema como Benito Mussolini, que igual era una grandísima persona. ¡Ah, sí! Soy muy feliz y entusiasta cuando digo que soy un mussoliniano. No lo niego.

Ahora se ha dejado caer lánguidamente sobre un sofá (también blanco) y se lo ve protegido por numerosos almohadones, blancos también. Su cara blanca, de cachetes rosados, su sonrisa constante, sus ojos vivaces, expresan la imagen de un hombre satisfecho y seguro del lugar que ocupa en el mundo. Siente que nada podrá dañarlo, herirlo, llevarlo a lo que más odia: sufrir. El sufrimiento es la negación absoluta de su estética vital.

El himno mussoliniano de Lele

—¿Cómo? —Pregunta—. ¡Claro que sí! Llevo en *il mio telefonino* los himnos de Mussolini. ¿Quieren oírlos? *Certo!*

Saca su celular, lo abre y lo acerca a quienes habrán de escuchar ese himno que tanto le agrada, que lo seduce o le entrega los jirones de una gloria perdida pero presente —acaso— en *Il Cavaliere*, al cual sirve.

Himno mussoliniano de Lele Mora

Si estás desde tu balcón
mirando el mar.
Moretta, eres una esclava
entre los esclavos.
Verás cuántos barcos tricolores
como entre sueños
navegan hacia ti.
¡Camisas negras, bella Abisinia!
Espera, que la hora se aproxima
en que estaremos contigo.
Te daremos otra ley y
otro Rey.

Lele, casi con lágrimas en los ojos, mira a sus entrevistadores, y dice:

—*Hai visto che carino?*

No, Lele, no es *carino*. Acaso este lugarteniente eficaz de Berlusconi crea que Mussolini fue bueno, que dio trabajo, que hizo progresar a Italia y que sólo lo perdió su amistad con Hitler, como muchos otros sostienen. (Si es que piensa «que lo perdió su amistad con Hitler», aunque probablemente no. Probablemente piense que fue un leal aliado del *Führer* y corrió una suerte aún peor que la del líder alemán, pero que habrá venganza, porque la historia siempre da una segunda oportunidad, de modo que los fascistas volverán sobre «la bella Abisinia»). Pero olvida que la aventura colonialista del fascismo mussoliniano en Abisinia fue cruel y sanguinaria, que el Duce no se dejó seducir por Hitler sino que fue tras él con toda su fe de guerrero del Occidente antimarxista y que, cuando Hitler se lo pidió, nada lo hizo vacilar ni demorar en meterle en los trenes de la muerte a todos los judíos que pudo. Así que, Lele, ser fascista no es *carino*. Es ser una basura moral. Además, hay algo que incomoda a nuestro tan pintoresco personaje. Si Berlusconi es el Mussolini del siglo XXI, si se diferencia de éste en que es un Duce sonriente, que ama el poder pero también el sexo, y mucho, se dice por ahí que *Il Cavaliere* acaso tenga un final semejante al del Duce, que terminó colgado cabeza abajo sujeto de los pies. No será así con el *Il Cavaliere* (insisten muchos en vaticinar): terminará colgado cabeza abajo. Pero no sujeto de los pies, sino de *le palle*.

A Costa Esmeralda va la gente de la TV. En Italia, TV y Poder son lo mismo. En Costa Esmeralda tiene Berlusconi su Villa. Aquí, en este paraíso, pasa sus vacaciones. Sus «amigos» lo rodean. En Costa Esmeralda está Billonaire, el boliche al que asisten todas las celebridades. De Italia y de otras múltiples geografías también. Denzel Washington y Paris Hilton tienen sus residencias ahí. Denzel le puso a la suya: Tío Tom. Pero no. ¿Por qué habría de hacer eso? ¿No tiene derecho a ser un hipermillonario como todos los blancos detestables que circulan por ahí? Por supuesto: esos derechos se han conquistado. Si los blancos tienen el derecho de ser poseedores de obscenas fortunas, ¿por qué no los afroamericanos? ¿Por qué habrían de ser menos? ¿Por qué habrían de privarse de ser una escoria humana como todas las escorias humanas blancas que allí se amontonan?

Entre tanto, Italia ocupa el lugar N.º 77 en libertad de prensa. (Y seguramente no es una medición de la SIP. La SIP es parte del mundo Occidental antimarxista que Berlusconi defiende. *Il Cavaliere* ha enviado tropas a Irak. ¡También es un valiente guerrero de la causa de Occidente, de la Guerra contra el Terror!). Italia tiene el lugar N.º 84 en equidad de género. El 80% de los italianos se informa a través de la TV.

Balance del poder berlusconiano

Un balance del poder berlusconiano al 31 de diciembre de 2004 entregaba los siguientes resultados: el valor total de los bienes controlados por el *Il Cavaliere*, la suma a la que asciende su Imperio, es de 20 millones de euros. Ese Poder se desarrolla por medio de los siguientes tentáculos que explicitan excepcionalmente hasta qué punto un oligopolio es la mayor negación posible de la democracia.

FININVEST

Silvio Berlusconi posee el 84,7% del paquete accionario del conglomerado.
El resto figura a nombre de sus hijos Marina y Piersilvio.

TELEVISIONES (canales y productoras) MEDIASET

Controla el 51% (estimado en más de 6000 millones de dólares) del grupo Mediaset de televisión terrestre, que compite con la TV pública RAI [a la que luego de 2004 devorará] y opera con tres canales: Canale 5, Italia I y Retequattro (100% propiedad de Mediaset). El 49% restante flota en Bolsa.

CANALES DE PAGO POR VISIÓN (100% de Mediaset)

Mediastrade, Videotime, Elettronica Industriale, Mediadigit.

OTROS

Telecinco (canal comercial español): 50,1%. *Euroset*: 60%. Albacom: 19,5%. Eurosei: 50%. Breton Cable TV Group Breizh: 13%. News International, Rupert Murdoch posee otro 13%. Con anterioridad, Berlusconi tuvo una participación en el grupo alemán Kirch.

PUBLICIDAD

Publitalia 80: 100%. Publiespaña: 40%.

EDITORIALES Y PUBLICACIONES

Mondadori: 50,3%. Controla el 35% del mercado librero y el 45% de las publicaciones no diarias con medio centenar de revistas (*Panorama*, *Donna Moderna*, *Chi*, *TV Sorrisi e Canzoni*...). Mondadori Pubblicità. Mondadori Informatica. Mondadori.com. Mondadori Printing.

Einaudi. Sperling & Kupfer. Frasinelli. Athena. Poseidonia. Electa Napoli. Mondlibri. Elemond. Le Monnier.

Grijalbo (España), con distribución en Colombia, Argentina, Chile, Uruguay, Puerto Rico y Venezuela.

Gruner & Jair Italy (50%) en sociedad con el grupo alemán Bertelsmann.
Hearst Mondadori (50%) en sociedad con el grupo estadounidense Hearst.
Il Giornale (100%), diario publicado en Milán. *Il Foglio* (100%), diario publicado en Roma.
Pagine Utili (100%): directorios telefónicos.

IMPRENTAS

Casas impresoras en Alemania y en España.

INTERNET

Newmedia Investment, SA (100%). Jumpy (portal de Internet). Networking.

CINE (producción y distribución de películas)

Medusa Film (100%). Productora presidida por Marina Berlusconi y que cubre el 23% del mercado. Medusa Video. Cinema 5 (operadora). Penta (50%), distribuidora.
Blockbuster Italia (51%), alquiler de videos.

MÚSICA

Mediaset posee casas grabadoras y derechos sobre producción.

DEPORTES

AC Milan, club de fútbol. Clubes de hockey y voleibol.

INMOBILIARIAS

Edilnord 2000 (63%).

SERVICIOS FINANCIEROS

Mediolanum (35,5%), compañía de seguros y ahorro. Mediolanum Vita, seguros de vida. Banca Assicurazioni Prodotti Finanziari. Banca Mediolanum. Mediolanum Inter.

Funds Ltd. Mediolanum Gestione Fondi (fondos de pensiones). Partner Time. Finbanc Inversiones. Mediolanum State Street.

COMERCIO

La Standa (grupo de almacenes). Supermercato Supermarket Chain (cadena de supermercados).

Lo que hay que quitarle al hombre para someterlo es la conciencia

Lo veremos con más detalle en el próximo capítulo, pero ya nada se nos oculta ahora: ¿quién puede competir con un hombre o con un Grupo empresarial que controla todos estos resortes comunicacionales? No se trata de una cuestión de ambición de poder. Es una cuestión ideológica. Berlusconi tiene la suya (acaso no demasiado diferente de la de Lele Mora, aun cuando sea más cauteloso para exponerla) y ha luchado para formar un Imperio para comunicar. Comunicar una verdad por medio de tantas bocas es transformarla en la verdad de todos. La multiplicidad de los medios de emisión transforma la unicidad de la verdad (o sea, a la mera verdad del Grupo) en una verdad múltiple que se le impone a la multitud de la población. Lo múltiple para la multitud. Para introyectar una verdad en una multitud es necesario un Grupo Comunicacional. El Grupo Comunicacional, el pulpo informativo, tiene miles de voces, miles de «periodistas» que comunican, que dicen lo que el Grupo les impone decir, lo dicen a través de miles de canales de emisión, estas emisiones atrapan la subjetividad de los receptores, la colonizan, la anulan, los sujetos receptores ya no son más sujetos, devienen sujetos del Otro, sujetos aprisionados y manipulados por el Grupo Comunicacional. Surge, así, el sujeto de la supramodernidad, de la modernidad capitalista del siglo XXI, el sujeto-Otro. O sea, el sujeto constituido por el sujeto comunicacional. Así como el sujeto constituyente kantiano constituía al objeto, el sujeto constituyente comunicacional constituye al sujeto-Otro. Todo está organizado para que el sujeto no sea sujeto. No piense con autonomía, con libertad. Sea pensado. El sujeto —todo sujeto— es constituido en exterioridad por el gran sujeto absoluto mediático actual: el Grupo Comunicacional. O los oligopolios que esos Grupos —al unirse— forman. Los postestructuralistas intentaron humillar al sujeto. Lo hicieron desaparecer en la trama histórica. En esa trama, el papel comunicacional era casi inexistente. Le entregaron al Poder un sujeto débil. Era justamente el que el Poder requería. Porque no ignoraba —contrariamente a estructuralistas, postestructuralistas y posmodernos— que lo fundamental que hay que quitarle al hombre para someterlo es la conciencia. Es el gran tema de este libro. Para demostrar esa tesis ha sido escrito. Y asimismo para vencerla y desarrollar la contraria. No hay contrapoder sin conciencia crítica. Si el sujeto es tan irrelevante, ¿por qué el Poder ha levantado su más poderoso Imperio para sojuzgarlo? Los grandes pensadores europeos desde *Las palabras y las cosas* (1966) de Foucault hasta fines del siglo XX —que necesitaron negar al sujeto para entrar en Heidegger y Nietzsche y huir de Marx y del sartrismo— no lo vieron porque no lo podían ver y acaso tampoco querían. Y eso que no vieron tuvo resultados nefastos y hasta patéticos: en tanto ellos deconstruían al sujeto, el Imperio se consagraba a constituirlo. A constituir el más poderoso sujeto de la historia humana: el sujeto mediático, capaz de constituir a todos los otros. Lo estamos viendo ahora. Nosotros, pensadores situados, subalternos, ajenos al circuito académico dominado por el Saber francés recibido en la

academia norteamericana para hablar de todas las cosas del mundo, pero no del sometimiento del sujeto, del sujeto-Otro y de lo que posibilitará el surgimiento de la conciencia crítica y su praxis de rebeldía.

Riccardo Muti y Verdi contra Berlusconi

Tiempo atrás —no demasiado— sucedió en la Ópera de Roma un acontecimiento de proyecciones culturales inusitadas. Sólo bastará narrarlo para que aquellos que lo desconocen adviertan los motivos que llevaron a la representación de la ópera *Nabucco* de Verdi a las alturas de la rebeldía, de la lucha por la libertad del hombre y aquello que más limpia y dignamente lo representa: la cultura. Sobre todo en un momento de la historia en que los valores (los otros valores) que solían dignificar la condición humana y su breve tránsito por la temporalidad infinita e impensable del universo se arrastran a flor de tierra o son ferozmente negados en mazmorras sucias, indignas de todo aquello que la orgullosa razón iluminista proclamó como programa de una humanidad racional.

El 15 de marzo de 2011, el gran Riccardo Muti subió al estrado de la Ópera de Roma e inició la representación de *Nabucco*, amada ópera de Giuseppe Verdi, compositor nacional de Italia y gloria de la humanidad. En uno de los palcos estaba *Il Cavaliere*, el invicto Berlusconi, un poco golpeado durante los días que corrían pero aún en su sitio, impertérrito, algo que poco le cuesta porque Berlusconi sonríe o pone su cara dura como las invencibles rocas de las más inaccesibles montañas o las más resistentes. Ese día —para colmo—, *Il Cavaliere* había manoteado un recorte del 30% al presupuesto del Estado cuyo destino era el de la cultura. Pese a todo, ahí estaba. En su palco, dispuesto a compartir con su pueblo los 150 años de Unità d'Italia. El silencio impresiona, sofoca, el corazón de todos palpita a la espera del primer movimiento de la batuta de Muti, que lo lleva a cabo con su habitual elegancia y acaso esta noche con una densidad cercana a lo solemne o, sin más, solemne y hasta ampulosa. El *Nabucco* de Verdi tiene un bellísimo momento en que el coro canta el aria *Va pensiero*, en que un pueblo esclavizado eleva una cuasioración a la libertad y a la patria soleada del Mediterráneo, cuyas glorias y fragorosas batallas de su lejano Imperio permanecen todavía hoy en el pecho orgulloso de sus ciudadanos.

De pronto, en medio de la inmarcesible belleza del *Va pensiero*, alguien grita: ¡Viva Verdi! ¡Viva Italia! Vaya y pase. Pero en seguida otro grita algo más, como si fuera el corolario obligado de las dos precedentes exclamaciones: ¡Muera Berlusconi! (Esto —que no se oye en el video que se distribuye por Internet— me lo confirmó un amigo italiano, periodista además, que estuvo presente en el lugar del evento). *Il Cavaliere* es un poco loco y casi por completo irresponsable y aventurero. Todos saben esto. Tal vez no debió concurrir a la Ópera de Roma precisamente el día en que recortó el 30% del presupuesto destinado a Cultura. Pero él es así. El aria termina y el público estalla en rabiosos, furibundos aplausos. Riccardo Muti se eleva sobre su atril como un conductor supraposmoderno de las legiones romanas del día de la fecha, presentes, ahí, en la Ópera de Roma y —más o menos— dice: «Viva Italia. Sí, yo estoy de acuerdo. Absolutamente. No tengo ya treinta años y por lo tanto mi vida la he hecho. Pero estoy muy dolorido por lo que está sucediendo. Esta noche, mientras el coro cantaba *O la mia patria sì bella e perduta!*, he pensado que si nosotros matamos la cultura sobre la cual está fundada la historia de Italia entonces, sí, nuestra patria quedará bella y

perdida». Los aplausos se desbocan. El coro se pone de pie. Sus integrantes lloran. Los hombres y especialmente las mujeres, como suele ocurrir. Las cámaras de la televisión toman los rostros de las más bellas y sus ojos claros, cristalinos, verdes o celestes o negros como la cercenación de la esperanza se ven luminosos, cada lágrima es una perla o una esmeralda que se entrega por la bienaventuranza de la patria. Muti permanece pensativo. Nadie ignora que se ha negado siempre a conceder un bis con el argumento —sabio y riguroso— de que esa práctica para puro lucimiento de los divos del bel canto conspira contra la fluidez, contra el sereno deslizamiento de eso que la ópera aspira a narrar sin interrupciones, sin nada que altere o frene los hechos que tan arduamente han sido tramados. Pero todo es excepcional esta noche. La música y la lucha por la persistencia de la cultura italiana ante este nuevo ataque de su peor enemigo, la Bestia Berlusconi, deben unirse, deben triunfar. Muti le indica al coro que vuelva a sentarse sobre el escenario. Gira hacia el público y dice: «Haremos de nuevo *Va pensiero* y si ustedes quieren unirse a nosotros, háganlo». Y con un finísimo sentido del humor agrega: «Pero ¡a tempo, eh!». Y luego: «El coro y la orquesta conocen sus partes. A ustedes los voy a dirigir yo». ¿Qué habrá sentido cada uno de los asistentes en ese momento? ¡Cantar *Va pensiero* en la Ópera de Roma dirigido por Riccardo Muti! El cielo con las manos para un amante de la ópera. Todos los que ahí estaban lo eran.

Momento jubiloso, histórico en el Palacio de la Ópera de Roma. Riccardo Muti, de cara al público, da la orden imprescindible y, todos, incluso él, empiezan a cantar el aria de Verdi. Muti dirige al público. De los rostros caen lágrimas de emoción, de pureza, de amor al arte y de furia. El final es la perfecta apoteosis. El arte se defiende, el arte como herramienta de la política. Riccardo Muti se ve como un moderno Julio César que conduce legiones de adoradores de la belleza y enemigos de la vulgaridad, de la ignorancia, de la farandulización de la vida, todos valores que representa Berlusconi, bajo cuyo despotismo hace ya tanto que Italia vive esclavizada. Todo termina en medio del más hondo entusiasmo y se reiteran las grandes exclamaciones de esa gran batalla: «Viva Verdi». «Viva Italia». «Muera Berlusconi».

El material pasa a Internet y nadie se priva de escribir sus comentarios. Van en italiano para no restarles color local: *Muti! Grazie per il bene ci fa al cuore*. Otro: *Il dolore per la nostra povera Patria così bella e perduta... lei lo a spressato. Grazie, Maestro Muti! Ohhhhhhhh!!! Che meraviglia. Muti da solo vale dieci volte il nostro governo intero*. Un mexicano se desboca: «Esta es la función del arte. Maestro Muti, usted es Dios. Que Dios lo bendiga». Comentario complejo, destinado a los teólogos. Porque si Muti es Dios, ¿cómo Dios va a bendecirlo? Y dejamos para el final un comentario breve, perdido entre tanta alegría, tanta esperanza. Un comentario áspero, pero sin duda la perfecta expresión de la *realpolitik* y de un inusual, profundo conocimiento de los pueblos, especialmente los que forman el mundo de hoy, abotagados por la búsqueda del éxito, el triunfo en la vida, la seguridad, el odio al Otro, al inmigrante ilegal, al que viene «a quitarnos lo nuestro», deslumbrados por una visión simple y farandulizada de la existencia, admiradores y hasta envidiosos del muro que prepara el Tea Party contra los mexicanos que «invaden». Estados Unidos, contra los musulmanes que «injurian» la gloria de París, que solía ser una fiesta, contra los tunecinos que, si no se ahogan, horadan con sus pestíferos e ilegales pies el suelo de las gloriosas legiones romanas, contra todos ellos, ¿quién habrá de defender a los italianos, Muti acaso? El comentario simple, breve,

de este conocedor de la esencia humana tal como se expresa en el siglo XXI dice: *Tutto bene, tutto bello... Ma dopo, votiamo Berlusconi, no?*

¿Por qué no cae Berlusconi?

El excepcional programa británico de televisión que lleva por nombre *Wide angle* le dedicó una de sus emisiones al *Il Cavaliere* con el título de «Who is Silvio Berlusconi?». *Wide angle* lleva con orgullo su título. Literalmente sería «Amplio ángulo» pero significa muchas cosas: mirada comprensiva, amplitud de miras, ir siempre más allá de un solo punto de vista, rastrear en todas las direcciones posibles que los problemas suelen presentar. Parte de una pregunta: «¿Quién es Silvio Berlusconi?». Al tratarse de un personaje mundialmente conocido, la pregunta se transforma en otra cosa. Todos saben quién es Silvio Berlusconi, pero todos suponemos que hay mucho detrás de Silvio Berlusconi, que él no es sólo él, que expresa demasiadas cosas. Al conocer poco de lo que hay detrás de *Il Cavaliere*, al no saber quién lo sostiene o cómo se sostiene, al encontrar inexplicable u opaca la adoración que la mayoría de los italianos le tienen, al entender que en él se encierra buena parte del misterioso poder de los medios de comunicación bajo el capitalismo del tercer milenio y de fines del siglo xx (esa revolución que la burguesía le birló al proletariado marxista, que no logró hacerla en ningún lado salvo mal, tan mal que fortaleció a su enemigo, el capital monopólico), todos nos preguntamos lo que se pregunta *Wide angle*: ¿Quién es Silvio Berlusconi?

Al programa no le faltan financistas. 1) The William and Flora Hewlett Foundation; 2) Ford Foundation; 3) The John D. and Catherine T. McArthur Foundation; 3) The Jacob Burns Foundation; 4) Carnegie Corporation of New York Foundation y otros hasta llegar nada menos que a Rupert Murdoch, el hombre a quien Michael Wolff, en un libro que salió en Estados Unidos en 2009, califica como: *The man who owns the news*. El sentido de esta frase requiere el breve análisis de la palabra *own*. Es un término patronal. De *own* viene *owner*. *Owner* es la palabra primaria del homo capitalista. Poseedor. Todo capitalista es un *owner*. En el caso de Rupert Murdoch lo grave es que posee las noticias. Ésta es la gran guerra del mundo mediático: poseer las noticias. ¿Qué es poseer las noticias? Es crearlas. El que posee las noticias es el que por medio de sus innumerables canales mediáticos es capaz de crearlas. Éste es el secreto de Berlusconi, pero al estilo italiano. Aquí lo intentó Carlos Menem. Pero no dominó los medios. Habitualmente los ignoró. Era un hombre indescifrable al que nada parecía herirlo o importarle. Pero, en el mejor estilo Berlusconi, hizo de la Argentina una fiesta, una ruleta y un burdel. A inicios de los noventa, uno de los dueños de la cerveza Brahma hizo una fiesta de «Las mil y una noches» en Punta del Este, que era el centro del jolgorio menemista. Se disfraza de jeque, se pone un turbante, una especie de cimitarra en la cintura y algún pañuelo aquí y allá. Baila como un desaforado, desborda alegría, plenitud. «Una periodista le pregunta (...): “¿Se justifica gastar tanto dinero en una fiesta?”. El jeque de la Brahma responde: “Eso será mucho dinero para usted, no para mí”. El valor de la fiesta se calcula entre cuatrocientos y seiscientos mil dólares. “No es mucho dinero para mí”, asegura el jeque. Él, dice, hizo la fiesta para divertirse, para disfrazarse. Así, en verdad, se lo ve en una foto: gordito, petisón, disfrazado de oriental, bailando con una odalisca».

Al lado de Berlusconi, *Citizen Kane* es una pulga

Jamie Rubin y Mishal Husain conducen el programa. Aparece Jamie Rubin y dice: «Imaginen un país en el que un solo hombre maneja los medios como Rupert Murdoch, la política como George Bush y tiene la riqueza y la ambición de Ross Perot y Steve Forbes. Ese país es Italia. Ese hombre es Silvio Berlusconi». Hoy, la fortuna de Berlusconi se calcula en seis billones de dólares. Y es el dueño casi absoluto de los medios. Ahora aparece alguien importante: Giovanni Sartori, profesor emérito de la Columbia University. Publicó, en los noventa, un libro meramente (apenas) interesante al que tituló *Homo Videns*. Pero, si bien profundizaba poco en el fenómeno del capitalismo y el poder mediático, tuvo mucho éxito. Durante los últimos tiempos ha pronunciado algunas frases adversas a la inmigración tunecina a Italia. Pero esto no es lo que ahora nos importa de él. Sartori es un intelectual serio, un estudioso del poder mediático y, por lo tanto, del poder berlusconiano. Casi todas sus intervenciones tienden —aproximadamente— a decir: «Yo no puedo explicar esto. Ni a mí mismo ni a nadie. Es incomprensible». Pero no es poco lo que dice desde esa incomprensión básica.

—*Citizen Kane* era un topo comparado con Berlusconi —dice.

Interesante frase, ya que no habla de Randolph Hearst sino de Charles Foster Kane, personaje ficcional pero al que hoy todavía nadie ignora. Es una buena jugada de su parte. Sartori se expresa con lucidez y con un asombro constante que lo torna casi querible, capaz de despertar piedad ante su incertidumbre dolorosa. No pierde el sentido del humor ni la ironía. Como si dijera: «El mundo es así. La locura se ha posesionado de todo. Los grandes aventureros, los audaces, son los que triunfan. Berlusconi es el maestro de todos ellos».

Sigue Sartori:

—Berlusconi posee la mitad de la televisión italiana. La otra mitad —que es estatal— también está bajo su dominio. Controla la publicidad, que no es poco, ¿no? Condiciona gran parte de la prensa. *Citizen Kane* tenía un diario. Al lado de Berlusconi es, ¿cómo podría decirle?, una *pulce* (pulga). *Niente!* Domina el 90% de las comunicaciones. Esto no es democracia. Esto es una dictadura. El monopolio de la información destruye la esencia de la democracia.

Marco Travaglio, periodista de *l'Unità*, se pregunta:

—¿De dónde provienen los capitales de Berlusconi? En una democracia se debe saber todo. Pero no lo sabemos.

Su empresa imperial es Mediaset. Su objetivo principal fue devorarse a la RAI, que era la televisión del Estado. Berlusconi es de esos hombres que han llegado a la historia para decir: «El Estado soy yo». De modo que hasta no decir «La RAI soy yo» no habrá de detenerse. No deja de ser, no sólo interesante teóricamente, sino fascinante como fenómeno individual (Berlusconi) y fenómeno de masas (las masas italianas) esta relación Amo-Esclavo que no cesa de alimentarse, no cesa de crecer. Las conquistas de Berlusconi no son cuestionadas por el pueblo. Ven con satisfacción que *Il Cavaliere* —que los representa en el fútbol y en la Presidencia y en la televisión y hasta en las mujeres que les elige para que vean— derrote

una y mil veces a todos esos que se quejan, seguramente izquierdistas, comunistas o islámicos o socios de los islámicos. Berlusconi está en guerra con el Islam. Se ha sumado a la coalición norteamericana. Esto le asegura una buena relación con el Imperio, con su ala dura ante todo. De aquí que se haya permitido esa burla histórica sobre Barack Obama: «Barack Obama es joven, buen mozo y tostado». Hoy, nosotros ya sabemos que es joven, buen mozo, tostado e idéntico a los republicanos.

«Italia, país bananero estilo latinoamericano»

El principal crítico de Berlusconi es un académico de origen británico. Ha optado por la ciudadanía italiana, pero un trámite burocrático jamás hará de un inglés un italiano. Probablemente ya Berlusconi se lo haya hecho notar. Del modo que sea, Paul Ginsborg tiene cierto renombre internacional y sus ataques son potentes. Ha editado un libro que —pese a las sonrisas irónicas, hirientes de *Il Cavaliere*— logró erosionar el poder berlusconiano, al menos en el plano internacional. Su título es: *Berlusconi, televisión, poder y patrimonio*^[86]. Ha recibido muchos elogios. Ha sido comentado en todos los más importantes medios del mundo. Ha transformado a Ginsborg en la imagen de la pureza y la elegancia frente a la barbarie populista de Berlusconi. Transcribimos el texto de contratapa del libro publicado originalmente en Italia en 2003: «¿Cuál es la verdadera historia que se esconde tras el éxito de Berlusconi? ¿Cómo se ha hecho con tan vasto imperio mediático y el gobierno de la República de Italia? ¿Qué hay detrás de sus escándalos y procesos judiciales? En este magnífico libro, Paul Ginsborg, uno de los más reconocidos historiadores británicos del momento, explica de manera sintética y clara cuáles son los hilos conductores que han hecho de Silvio Berlusconi el más importante hombre de negocios de la Italia contemporánea y, además, actual presidente del Consejo de Ministros. Preciso y agudo en sus razonamientos, el autor descubre la maraña de intereses económicos y vínculos comerciales que han guiado las acciones de Berlusconi en los últimos treinta años, ya sea como empresario o como político. Además, el libro es un brillante análisis de la cultura italiana de las últimas décadas, aquella que ha encumbrado a Berlusconi al poder, y de las resistencias que su gestión ha encontrado, tanto en Italia como en Europa». Pero hay algo que Paul Ginsborg no dice porque no quiere o no puede. Creo que no quiere. No olvidemos que este catedrático nacido en 1945 ha sido Fellow del Churchill College de la Universidad de Cambridge, donde ejerció como profesor de Ciencias Sociales y Políticas. Luego, en Italia, dio cursos en las universidades de Siena y Turín. A partir de 1992, dicta la cátedra de Historia de Europa en la Universidad de Florencia, uno de los más hermosos lugares de la península. Es un defensor de la limpieza del capitalismo, de su necesaria calidad moral, de su transparencia. Todos están contra Berlusconi. *Il Cavaliere* no se detiene, y nadie lo hace. Ni los moderados, ni la izquierda, ni los cristianos, ni la comunidad europea, nadie. Entre tanto, él se apodera del *Corriere della Sera*. ¿Queda claro? Suena, acaso, increíble. Pero es así: el gran diario italiano, el diario en que Foucault publicó sus columnas sobre la revolución iraní, «la revolución de las manos vacías» (textos que bien caro le costaron, pero fueron reveladores para él), ha caído bajo las manos incontenibles de *Il Cavaliere*. También la RAI. «La democracia italiana perdió a su principal diario», dice Alberto Pieroni, periodista del *Corriere*. Hasta se quiebra y llora al decir esta verdad sin duda dolorosa. Sartori, que era uno de los principales colaboradores, confiesa: «Estoy angustiado. Era previsible. Berlusconi quiere ser la única voz». Marco Travali, un atildado analista político, dice: «Berlusconi ha equiparado a Italia con un film de Woody Allen, a quien admiro mucho. El film es *Bananas* y transcurre en Latinoamérica. Ahí es donde

pasan estas cosas. Pero ¿en Italia?». Señor Travali: ¿oyó hablar de Mussolini? Pregúntele a Lele Mora. Da asco escuchar estas cosas. No es que sean falsas. En Latinoamérica desdichadamente ha ocurrido todo eso pero en Europa también. Hablan desde la Civilización, desde Europa. Nosotros somos la Barbarie. La barbarie es la banana, el banana *country*. Eso somos. Y eso son ellos ahora y no se explican por qué.

Pero hay huellas que seguir para darse cuenta. Cuando Berlusconi quiere destruir a la RAI, la FIAT le reduce cinco millones en propaganda. Y le aumenta cuatro millones a Mediaset. En síntesis, hay des balance de nueve millones. La RAI pierde cinco. Mediaset gana cuatro. ¿Por qué la FIAT colabora con el proyecto de poder berlusconiano?

Todos siguen asombrados, desalentados, hasta advierten que el sistema de *Il Cavaliere* se va a extender (¿es Berlusconi *The Blob*, ese voraz mazacote gelatinoso que se devoraba todo y no cesaba de crecer en tanto Steve McQueen asistía impotente al fenómeno?), y ya triunfa en Estados Unidos de la mano de personajes como Arnold Schwarzenegger (*Conan, the barbarian!*). Todos siguen hablando, pero nadie se mete con el verdadero centro de la cuestión. ¿Cuál es la relación de Berlusconi dentro del esquema bélico-estratégico con que Estados Unidos maneja el mundo? Es buena. Mientras sirva, mientras sea útil, ahí seguirá Berlusconi. Acaba de mandar fuerzas a Libia. Es un buen aliado. Es enemigo del terrorismo. En suma, Estados Unidos lo sostiene. Esto no lo va a decir Sartori porque no puede, da clases en las universidades norteamericanas. Sólo puede despotricar contra la herida profunda que el poder absoluto concentrado en un hombre le hace a la democracia. Lo que no puede decir es que a este hombre detestable lo sostiene (como a tantos ha sostenido según la coyuntura: a Khomeini, a Kadhafi, a Pinochet, a Videla, a Bin Laden, etc.) la mismísima gran democracia del Norte, a la que le importa poco la democracia en otros lugares cuando hay que ponerle freno a algo. Berlusconi representa a la derecha populista italiana. O sea, es un fascista. Pero no como Mussolini. Berlusconi sonríe, no cesa de sonreír. Berlusconi goza de la vida. Ama a las mujeres y a las niñas. Organiza orgías. Es corrupto. Es una mezcla explosiva y patética de Il Duce y Calígula. Pero no es un asesino como Il Duce ni está loco como Calígula. No lleva un caballo al Parlamento, sólo una de sus prostitutas. Es más agradable. La oposición hasta puede mirarla con secreta codicia en tanto la vapulea desde la democracia.

La respuesta a la gran pregunta: por qué no cae Berlusconi

Berlusconi ha enviado tropas siempre que Estados Unidos lo requirió. Berlusconi es un freno poderoso contra cualquier avance de la izquierda italiana. Si le arrojó uno de sus brulotes a Obama, habrá sido (no lo dudemos) porque sus amigos republicanos le dijeron que sí, que era posible. Que ese muchacho era sólo eso: lindo, joven y tostado. Si no, jamás le habrían permitido llegar. Y una vez que llegó, no le dejaron hacer nada. Ni él hizo mucho por hacerlo. Al contrario, hizo el trabajo de un republicano con una eficacia admirable. Tanto, que podría considerarse que su trabajo ha sido no sólo el de un republicano, sino mejor, prolijo, sin altisonancias ni frases imprudentes.

La suerte del mundo se decide en el Departamento de Estado. Más o menos así:

—¿A quién tenemos en Italia?

—A Silvio Berlusconi.

—Senador Wright, qué opinión le merece.

—Es un loco divertido. Pero es bien de derecha. Un muro contra cualquier cambio desagradable. Odia a los izquierdistas, a los comunistas, a los islámicos. Echa a patadas a los tunecinos que llegan a Italia. Los hace custodiar por policías bien armados y con barbijo para evitar contagiarse de las inmundas enfermedades que esos desastrados importan de sus malditos países. Domina todos los medios. Eso evita que haya medios de izquierda. Nadie nos critica en Italia. No tienen dónde.

—En suma, un verdadero aliado.

—Un excéntrico, un desprolijo, un amante desaforado de todas las mujeres. En fin, un auténtico italiano.

—Hay que apoyarlo.

—Además, es amigo de Rupert Murdoch.

—Lo dicho: cuidémoslo.

—Quiero aclarar que sería preferible otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

—Alguien más presentable. El hombre es un pedófilo. Le ha hecho cuernitos a un parlamentarista británico. Salió una foto y no pasó nada. Sonríe sin cesar. No da imagen de seriedad. Sale en sus programas de TV con mujeres semidesnudas a las que aprisiona casi impúdicamente. Es decir, no sólo por la cintura. Pero ni siquiera ha montado un aparato peligroso de represión policial. Simplemente ha hipnotizado al pueblo italiano.

—Es un genio.

—Respeto su punto de vista. De algo no hay duda: es un aliado. Por otra parte, podríamos también definirlo como un hombre al que le gusta que le hagan lo que Monica Lewinsky le hizo a Clinton.

—Entiendo. Ése sería su aspecto Calígula.

—Que es el que más nos preocupa. Porque de Mussolini hereda el fanatismo por el poder absoluto. Sólo eso. Sin embargo, de Calígula hereda un placer por el sexo y el escándalo que podría ponerlo en peligro.

—No creo. Al pueblo no le molesta que su Presidente tenga placeres. Mientras la economía funcione, el factor Lewinsky no es grave.

En este mundo que ha decidido aplicarse el rótulo de globalizado, lo que se ha globalizado es la política imperial de Estados Unidos. Bush anuncia la «guerra preventiva» y todos sabemos qué significa eso: intervendrá directamente ahí donde sea necesario. Supongamos que hoy apareciese un problema en «el patio trasero», como el comunismo de Salvador Allende. Nixon no pudo tolerar eso ni desde el primer día. Pero no invadió Chile. Llamó al director del tradicional diario *El Mercurio* y le dio dos millones de dólares. Luego la CIA mató al general Schneider, adicto a Allende. Y luego adoctrinó al Ejército. En poco tiempo, el golpe era un hecho. Y asesores de la CIA en torturas trabajaban activamente en el Estadio Nacional. Hoy todo sería distinto. Crearían un conflicto con el terrorismo en territorio chileno y lo invadirían en nombre de la seguridad y de la guerra contra el terror, que no tiene fronteras. Incluso, cuando asume Juan Pablo II, un sacerdote polaco de nombre Karol Wojtyla (el primer pontífice que carecía de ciudadanía italiana en cuatro siglos), lo van a ver varios obispos genuinamente preocupados, doloridos:

—En Argentina se están violando gravemente los derechos humanos —le informan—. Es una masacre. Necesitamos una palabra suya.

Wojtyla pregunta:

—¿Son comunistas?

Dentro del esquema bipolar de la Guerra Fría sólo una respuesta era posible:

—Sí.

Wojtyla dice:

—Entonces nada podemos hacer.

¿Qué queremos decir? Berlusconi no cae porque le es útil al Imperio bélico-comunicacional. Lo demás, para ellos, es chatarra. Algunos se preguntan por qué nadie habla del genocidio armenio. Porque no forma parte de la estrategia bélica del Imperio. Si mañana Turquía se convirtiera en una nación aliada al terrorismo internacional, tendríamos —de un golpe— diez películas sobre el genocidio armenio. El Holocausto tiene tanta prensa y tantas películas de Hollywood porque Israel es un aliado fundamental del Imperio. Exhibir su dolor implica justificar su impiadosa política con Palestina. Hasta esto, hasta Auschwitz —ese horror— se usa para hacer política, para justificar la muerte. «Hemos sufrido tanto que tenemos derecho a matar», dice el Ejército israelí, aliado fundamental de la política norteamericana en Medio Oriente. El mundo no es un lugar agradable. Lo que en él se despliega es un espectáculo cruel donde la vida poco importa. Los intereses, sí. Si mañana Israel llegara a un arreglo con sectores importantes del mundo árabe, Estados Unidos se pondría de muy malhumor. Decaería no sólo la ayuda bélica, sino las películas sobre el Holocausto. Berlusconi se divierte, pero sabe lo que hace. Lo esencial: se ha ubicado en el mapa estratégico-bélico de Estados Unidos. A favor. Puede divertirse todo lo que quiera con sus *velinas*. No caerá por eso. Ahora sabemos por qué no cae. Sería saludable que los

académicos italianos lo dijeran en lugar de hablar tanto de los países bananeros de América Latina.

En cuanto al libro *Papi, el escándalo Berlusconi* se deleita casi exclusivamente con los escándalos de *Il Cavaliere*. Marco Travaglio, Peter Gómez y Marco Lillo parecieran algo así como excesivamente atraídos por ese tema. ¿Tan atractivo será asistir a una fiesta de Berlusconi con Lele Mora como anfitrión? No lo sabemos, no nos importa. Con tal de no ver a Lele Mora ya no iríamos ni en grave estado de enajenación mental. Pero las orgías, las mujeres espectaculares y fáciles, la droga, el alcohol, los políticos vencidos por los excesos, los magnates del Oriente, los boxeadores que ya dan pena pero fueron glorias, atraen. Los autores de *Papi* nos hacen un favor. Intenté leer el libro y al rato me saturé de tanta degradación. Ignoro si previendo eso es que han colocado como una especie de Prólogo las frases más fuertes, más impactantes del libro al comienzo. De modo que ahí están. Uno puede ahorrarse el libro porque más que eso no aporta. Pero los textos son atrayentes, divertidos y pintan el costado más frívolo, tal vez más patológico, de *Il Cavaliere*. Veamos:

«Para hacerse una idea completa sobre los casos de las eurovelinas, del divorcio del primer ministro, de los vuelos oficiales para transportar enanos y bailarinas, de las vergonzosas fiestas en el Palacio Grazioli y en Villa Certosa con “chicas de imagen” y prostitutas reclutadas por gente implicada en lenocinios y tráfico de droga, los italianos tendrían que comprar cinco o seis periódicos entre italianos y extranjeros. Demasiado»^[87]. Demasiado, porque posiblemente todos pertenezcan a Berlusconi, los italianos y los extranjeros. Sigamos: «Vírgenes que se ofrecen al dragón para alcanzar el éxito, la fama y el enriquecimiento económico. Por una extraña alquimia, el país entero otorga y se lo justifica todo a su emperador. Me pregunto en qué clase de país vivimos (Verónica Lario)»^[88]. Más: «Así, animado por la benévola complicidad de los medios de comunicación, Berlusconi, sobre todo tras haber cumplido los setenta y tras el difícil período que siguió a la extirpación de un tumor en la próstata en 1977, ha transformado su pasión por las mujeres bellas en una obsesión altamente arriesgada para sí mismo y para el país que representa»^[89]. Más: «Si hace veintitrés años sus travesuras y sus costumbres sexuales eran exclusivamente asunto suyo, hoy son lamentablemente asunto nuestro. El Presidente del Consejo no puede permitirse los comportamientos ligeros de un empresario que lo intenta con las empleadas. Especialmente si éstas, después, se convierten en ministras, subsecretarias, diputadas, euro parlamentarias, consejeras municipales, provinciales, regionales, candidatas o incluso actrices en las ficciones del servicio público televisivo»^[90]. Y por último: «Los acontecimientos narrados en este libro son todos de relevancia pública. Y constituyen un gigantesco escándalo político»^[91].

Washington:

—*Sorry, Mister President*, pero es un peligro que tengamos a un tipo así en un país con la ubicación estratégica de Italia.

—¿Y a quién quiere poner?

—No tengo a nadie.

—Berlusconi cumple con los requisitos que exigimos. Seguramente a Chávez le gusta tanto *fuck* como a él. Pero está en contra nuestra. Ahí, el pene es un factor político peligroso. Y si hay un escándalo sexual, lo aprovecharemos. Pero ¿de qué acusa usted a Berlusconi? ¿Es enemigo de América? No. ¿Es comunista? No. Es más bien un prolijo, saludable fascista. ¿Está

a favor del Islam? No. ¿Nos niega su espacio aéreo? No. ¿Envía tropas donde le sugerimos que las envíe? Sí. *So, tell me, you idiot, what's the problem?*

—Es un adicto al sexo, a las drogas, a las orgías, a la pedofilia, a la corrupción.

—*So what? Don't you like fucking?*

—Sí, pero no hago orgías.

—Él sí. Con sus setenta y cinco años debe tener más hormonas que usted o se las consigue. Es un adicto al sexo, hombre. Eso es todo. Michael Douglas también. Hasta la princesa Grace Kelly fue una adicta al sexo. ¿O ignora por qué Hollywood no hace una película sobre su vida? ¡Porque tendría que ser una porno! ¿Se imagina al Cisne *fucking* con toda la servidumbre del Palacio de Mónaco?

—¿Qué ordena entonces, Mister President?

—Déjenlo en paz. Si se desbarranca seriamente, hablaremos otra vez de él. Por ahora que siga. Vea, si los italianos no son capaces de sacárselo de encima, que se jodan. A nosotros, el hombre nos sirve.

En resumen, la cosa está en manos de los italianos. Tienen que quebrar la red mediática de *Il Cavaliere* y llegar a los ciudadanos con un mensaje alternativo. No es fácil. El Emperador es el dueño de todo. De la opinión pública. Y de algo peor: del sentido común. El sentido común del italiano medio es el de Berlusconi. Su concepción de la vida, también.

Tal vez tengan que aguantarlo todavía un buen rato más. Salvo que en algún momento desbordante, exultante, con alguna de esas poderosas hembras que se lleva a su Palacio sencillamente le estalle una vena del cerebro o su apasionado corazón le diga: «Basta, Silvio. Hasta aquí llegué. No doy más. Seguí solo». Pero solo no puede seguir. Hay una regla biológica de la vida que nadie puede violar: ningún muerto, ni siquiera Berlusconi, coge.

Berlusconi saquea Roma

En 2006, The Penguin Press edita el que (creo) es el mejor libro sobre Berlusconi. Se trata del libro de Alexander Stille, *El saqueo de Roma. De cómo un bonito país con un pasado glorioso y una cultura deslumbrante fue sometido por un individuo llamado Silvio Berlusconi*. Admitamos que el título es largo, pero no hay que amedrentarse por eso: el libro es excelente. Alexander Stille (1957, Nueva York) es escritor y periodista. Es norteamericano, sí. Pero, como buen hijo de Ugo Stille, periodista italiano y nada menos que exdirector de *Corriere Della Sera*, diario de Milán, se fascina por Italia. Y cualquiera puede comprenderlo: Italia es un país muy seductor. Es una sobreactuación de Argentina, que ya es mucho decir. Alexander Stille tiene un título en Yale y otro —de periodismo— en la Escuela de la Universidad de Columbia. Su relación con Berlusconi es de odio y fascinación. Algo así como la de Sarmiento con Juan Facundo Quiroga. Son buenas condiciones para acercarse a un personaje. Stille sabe lo que dice. Lo citaremos largamente. Vale la pena: «La personalización de la política por medio de la televisión, el declive de los partidos tradicionales y el ascenso de políticos millonarios (...) que sortean las viejas organizaciones mediante la compra masiva de elementos televisivos son fenómenos que ya nos acompañan. Además, la desregulación y la politización de la radiodifusión americana que empezó con la eliminación bajo el mandato de Reagan de la *fairness doctrine* (doctrina de la equidad) y los requisitos de interés público, así como *las recientes iniciativas del gobierno de Bush para abolir las restricciones a la concentración de medios*, siguen la pauta marcada por el modelo italiano. La información se concentra cada vez más en manos de seis o siete conglomerados internacionales, entre los que se cuenta el de Berlusconi, vinculados a grupos altamente conservadores que suelen cooperar entre ellos... (...) Más importante es el hecho de que, al igual que otros hombres de negocios convertidos en políticos (Ross Perot) y algunas celebridades que siguen la misma senda (Arnold Schwarzenegger y Jesse Ventura), Berlusconi explota una honda desconfianza y desagrado hacia la política, algo que caracteriza la democracia moderna en una era de menguante participación pública. El magnate creó un modelo continental de política antipolítico, esto es, la noción popularizada por Ronald Reagan, de que “el gobierno no es la solución, el gobierno es el problema”».

«Aunque a primera vista Berlusconi aparezca como un fenómeno grotesco y estrictamente italiano, bajo una observación más atenta, la Italia de Berlusconi puede ser el espejo donde vemos algunas fuerzas que operan en nuestras sociedades llevadas a su conclusión lógica»^[92]. Formidable texto. Todas las cursivas son nuestras. Buscan fijar algunos conceptos. Sólo el provincianismo o la mala fe en Argentina pueden ocultar que alguien tan derechista y cuestionable como Bush intentó eliminar las leyes que restringían la actividad de los monopolios. También Stille señala algo tan grave como el hecho que acabamos de puntualizar: «La información se concentra cada vez más en manos de seis o siete conglomerados internacionales, entre los que se cuenta el de Berlusconi, vinculados a grupos altamente conservadores que suelen cooperar entre ellos».

Esos grupos monopólicos —que tienen que eludir o anular (*el caso ejemplar de Bush*) las leyes antimonopólicas que rigen en los países centrales— pertenecen además a las familias que los poseen. Desde este punto de vista, resulta natural, legal y perteneciente a las buenas costumbres del mercado el intento del gobierno argentino por llevar adelante la ley de medios, completamente viciada por haber sido impuesta por la dictadura militar que anticipaba las políticas de Bush y Berlusconi, esos líderes de la democracia. Y esta afirmación no es partidista. La haría por cualquier gobierno que intentara una medida semejante en defensa de la desmonopolización del mercado. La acusación que se basa en la improbable creencia de que los gobiernos desmonopolizan para crear sus propios monopolios suena a falsa, a defensa algo desesperada y poco creíble de los grupos monopólicos.

Entre los adversarios que le aparecen a *Il Cavaliere* está una mujer, es humorista y su popularidad considerable y, a menudo, temible. Se llama Sabina Guzzanti y en la primera emisión de un programa que protagonizaba en la tele se arrojó con la furia del humor contra Berlusconi. «Explicó (escribe Stille) que Italia ocupaba por su libertad de prensa el puesto 53 en el mundo: “¿No lo han oído en nuestros informativos de la noche? Bueno, supongo que si lo hubieran oído no estaríamos ocupando el puesto 53”». Relató parte de la historia de Mediaset, la amistad entre Berlusconi y Bettino Craxi y la pertenencia del primero a la logia masónica P2. ««Son los humoristas quienes deben decir cosas serias —añadió—, dado que nuestro primer ministro se dedica a contar chistes^[93]»». Berlusconi se arrojó judicialmente sobre Guzzanti, pero no pudo con la humorista. Era un mal signo: ya no controlaba absolutamente todo. Si bien le hizo pasar —a Guzzanti— unos cuantos malos ratos, al final perdió. Un tribunal de Milán decidió que las bromas de la humorista «eran una forma legítima de sátira». «Son pertinentes desde el punto de vista social —se dice en la sentencia— y objetivamente ciertas en sus elementos esenciales^[94]»».

Pero hay cuestiones que no tienen explicación para Stille, a pesar del extenso libro que le ha dedicado al problema, se declara incapaz de resolverlo y sólo se permite formular algunas preguntas. «¿Es Berlusconi una mera anomalía italiana, anomalía que explicaría la admiración por unos gallitos ufanos y unos sablistas con éxito? ¿Los escándalos sexuales de Berlusconi son triviales cotilleos que sus votantes tienen razón en ignorar cuando lo eligen frente a un centro izquierda débil y dividido? ¿O tal vez será que el serial Berlusconi es el meollo del asunto, la desembocadura natural de la fusión entre política y espectáculo visto que Berlusconi parece hacer todo lo posible por crear conflicto y controversia incluso cuando las cosas le van de cara? ¿Podría ser que los índices de audiencia hubieran reemplazado a los logros específicos como medida del éxito político?»^[95]. Stille se acerca a una respuesta que parece serenarlo. Tal vez también al lector. *El secreto de Berlusconi está en su control de los medios*. Lo hemos dicho largamente, pero resulta valioso para nosotros que el ensayista que más se ha ocupado de *Il Cavaliere* llegue a esta conclusión. En la modernidad informática, el que posee el poder de los *media* está inserto en la marejada de la historia. Que será momentánea, que acabará como todo acaba, pero que, por el momento, es la herramienta primordial de todo poder. Incluso de uno tan descarado, insolente como el de *Papí*. Escribe Stille: «Berlusconi, con su control de los medios, sin precedentes en una democracia, se ha dispuesto a desafiar la vigencia del famoso adagio de Abraham Lincoln según el cual no puedes engañar a todos todo el tiempo. Buena parte de la carrera de Berlusconi ha estado

dedicada a la idea de que lo importante es la apariencia y no la realidad. Al preservar su popularidad a pesar de la incompetencia atroz, la corrupción y la decadencia nacional, ha demostrado que esa idea puede funcionar»^[96].

Esa fusión entre espectáculo y política pareciera entregarle a Stille la respuesta a todas sus cavilaciones. Pero resulta de una notoriedad simplista advertir que Berlusconi es casi una puesta en escena del libro de Guy Debord sobre la sociedad del espectáculo. Debord se anticipó a todos los posmodernos y especialmente a Baudrillard. Su libro, *La société du spectacle*, de 1967, sufrió una extraña e innecesaria suerte. No logró la trascendencia de los otros filósofos franceses. Sus dificultades podrían explicar esta cuestión. Sin embargo, Debord hizo un documental bastante claro sobre sus temas. Es muy bueno y tiene un aire sesentista delicioso. Debord se boicoteó a sí mismo y a veces la fama de rebelde algo incomprensible no funciona. Foucault arrojó una sombra amplia y sofocante y en esa sombra se perdió Debord. Sacó, a fines de los noventa, una segunda parte del libro, pero su tiempo había pasado. De todos modos, no ha quedado como un olvidado total. Se lo lee, se lo comenta y se lo discute. Lamento no haber podido darle más espacio en este trabajo. Trataré de saldar esa deuda en algún próximo libro. Es una deuda grande. Murió por mano propia. Este triste suceso, que suele salvar a muchos escritores del segundo plano, no le concedió ese tardío consuelo, que, para él, de poco habría servido. Reconozco haber quedado —en este ensayo al menos— en deuda con su obra sin duda valiosa y atractiva; y más que eso: fascinante.

Rupert Murdoch, el sujeto constituyente

Si (según Giovanni Sartori), Charles Foster Kane era, al lado de Berlusconi, una *pulce* (pulga), Berlusconi es, al lado de Rupert Murdoch, el increíble hombre menguante, alguien que apenas si llega a tener la dimensión de un átomo^[97]. Murdoch mirará con simpático desdén a *Il Cavaliere*. Su Imperio es el Imperio. Murdoch es —hoy— la cifra, la bandera del poder comunicacional. Es un tipo de derecha y hasta de ultraderecha. En 2008, le declaró la guerra a Barack Obama cuando aún se pensaba que éste era un peligro para la Seguridad Nacional del Imperio. Todavía el año pasado Michael Moore le pedía a Obama, en un programa de Bill Maher, que se «quitara el tutú rosa y se pusiera los guantes de *box*» para enfrentar a los republicanos. Se puso los guantes de *box*, sólo para que el Ejército siguiera liquidando «blancos terroristas» en las vejadas tierras de Irak. No lo sospechaba todavía Murdoch cuando le arrojó encima la artillería pesada de Fox News, su poderosa agencia de noticias: «Desde su investidura como presidente, Barack Obama ha sido el blanco principal de las críticas, e incluso mofas, de varios programas de la cadena de noticias Fox News, de ideología netamente conservadora. Hasta la semana pasada, la respuesta de la Casa Blanca ante la hostilidad de la cadena, la más vista en su ámbito, era negarle acceder al presidente. Por el momento, Obama no les ha concedido una sola entrevista. Sin embargo, al ver que la estrategia no conseguía ablandar a la Fox, desde hace una semana, la Administración ha pasado a la ofensiva, y le ha declarado la guerra. La primera en abrir fuego fue Anita Dunn, la directora de Comunicaciones de la Casa Blanca, que en una entrevista en *The New York Times* dijo que en adelante tratarían a la cadena “de la misma forma que tratamos a un oponente”». Y agregó: «Como ellos están llevando a cabo una guerra contra Barack Obama y la Casa Blanca, no necesitamos fingir que ésta es la forma en la que un medio de comunicación se comporta», dijo Dunn en la entrevista sobre la Fox, a la que acusó de ser «un ala del Partido Republicano». Los periodistas de la Fox no se amilanaron, y los días siguientes acusaron al Presidente de pretender silenciar a sus detractores. En un comunicado público, el director ejecutivo de la emisora, Michael Clemente, acusaba a Obama de «declarar una guerra a un medio de comunicación». No le faltaba razón a Clemente, porque el domingo, David Axelrod, el principal asesor de Obama, volvió a la carga, y dejó claro que Dunn no se había ido de la lengua, sino que todo era fruto de una estrategia concertada. «[La Fox] no son noticias, están impulsando un punto de vista (...). Medios de comunicación como el tuyo no deberían ser tratados como si fueran un medio. Nosotros no los trataremos de esa forma», dijo Axelrod en una entrevista para la ABC (de un artículo de Ricard González actualizado el 21/10/2009, Washington). Como vemos, el Gobierno de Estados Unidos sabe muy bien (cuando le conviene) señalar que los medios son los medios de los medios y que no es la verdad lo que arrojan como verdad a la población sino la verdad que refleja sus propios intereses, que es la única verdad que les interesa. Continúa González: «A pesar de unas palabras tan contundentes, Axelrod aclaró que los miembros de la administración continuarían apareciendo en la cadena, y Dunn, por su parte, aseguró que

alguna vez Obama aparecería de nuevo en Fox News, pero no ofreció un plazo de tiempo. Además de sus apariciones públicas, la Casa Blanca ha contraatacado creando un blog en su página web en que tiene como objetivo denunciar “las mentiras de la Fox”». El llamado «verdadómetro» apareció después de que en el programa de Glenn Beck se iniciara una campaña para echar a miembros de la Casa Blanca realizando revelaciones políticamente comprometedoras, y que se cobró a Van Jones como víctima. Las relaciones de Obama con Fox News han sido siempre complicadas. Después de haber ignorado a la cadena durante las primarias demócratas por considerar que no era tratado de forma justa, el propietario de la cadena, y gran magnate de la comunicación, Rupert Murdoch, invitó a Obama a una reunión secreta el verano pasado en el Waldorf Astoria con el director de la emisora. Según trascendió a la prensa, los tres firmaron una tregua. Incluso se llegó a afirmar que Murdoch quería apadrinar a Obama. De hecho, su biógrafo ha confesado que el multimillonario australiano le aconsejó que votara a Obama en lugar de a McCain porque «hace vender más periódicos». Y ésta es probablemente la filosofía que está detrás de la política de la cadena, que ha visto cómo su audiencia subía los últimos meses un 20%. El propio Axelrod reconoció en la ABC que el negocio, más que la ideología, era la motivación de Murdoch: «Tiene talento para hacer dinero, y entiendo que su programación tiene ese objetivo».

Si bien muchos analistas entienden el enfado de la Casa Blanca con algunos periodistas de la Fox como Glenn Beck, que acusó a Obama de «odiar a todo lo blanco», pocos creen que la estrategia de la Casa Blanca sea la acertada. Otros presidentes han entrado en batallas parecidas, y la mayoría las ha perdido.

«Las críticas de la Casa Blanca aún levantan más atención hacia la emisora, y refuerzan el agudo sentimiento de víctimas de sus telespectadores», sostiene Alan Schroeder, profesor de Periodismo en la Northeastern University. «Al declarar la guerra a la Fox, lo que ha hecho el Gobierno es elevar su estatus, y quizás sus índices de audiencia». (R. González).

La gran creación de Murdoch: Jack Bauer

Pero la gran creación (o una de las más grandes, de las más universales) de Rupert Murdoch se dio a través de la 20th Century Fox. Y es —ni más ni menos— que la serie televisiva *24*. Confesamos que hace unos años atrás compramos los primeros episodios y nos sometimos a la cabalgata —casi neurótica— de no abandonar bajo ningún precio su obligada visión. Creemos que Jack Bauer es parte necesaria de la inteligibilidad que intentamos tener del Imperio Bélico Comunicacional y la decisión nos parecía apropiada, fuera penosa o no. Sucede algo excepcional con una experiencia así: la serie es detestable, pero verla no es un ejercicio penoso porque es trágicamente, terriblemente entretenida. En un reportaje a sus guionistas, éstos declaraban sus criterios estéticos. Decían: *Bad, but never boring*. «Malo, pero nunca aburrido». Lo consiguen: nunca un episodio de *24* resulta aburrido. Cualquiera puede abandonarlo porque abomina de su ideología. Pero no será un profesional del estudio de nuestro tiempo. Guste o no, *24* y su éxito internacional es parte del espíritu (o lo que eso sea) de nuestra época. Y —como solía decir Sartre en *Qué es la literatura*— somos parte de nuestra época y eso nos obliga a comprometernos con ella y comprenderla. Porque nacimos en ella, llevamos sus marcas, y si sólo tenemos esta vida para vivir, esta vida es nuestra época. También moriremos en ella. La época de cada uno de nosotros es el tiempo que le ha tocado estar en este mundo. No comprenderlo —o no intentar comprenderlo— es una triste decisión o, más exactamente, una comodidad que suele llamarse también cobardía.

24 sigue su marcha en medio del éxito, de los pedidos de sus fanáticos, que necesitan la serie como una droga ineludible. Rupert Murdoch, durante esa temporada al menos, parecía haber advertido que se venía una mano demócrata, la mano de Obama. Tal vez esto explique que la séptima temporada de *24* se inicie con un juicio que el Estado le hace a Jack Bauer... por violación a los derechos humanos. ¿Tanto tiempo llevó advertir que Bauer violaba todos los derechos humanos, que no dejó uno sin violar, que es un violador compulsivo? A Murdoch, sí. Pero probablemente —y más que eso—, Bauer era para él un auténtico héroe «americano» que hacía sin más lo que había que hacer. No olvidemos que el viejo «dicho» de los *westerns* es «Un hombre debe ser lo que un hombre debe ser», pero se acompaña por otro, inevitablemente: «Un hombre tiene que hacer lo que un hombre tiene que hacer». Jack Bauer hace lo que tiene que hacer. No importa lo que sea. Sin embargo, la séptima temporada ya parece olfatear, en el futuro, la llegada de Obama. Bauer no tiene más remedio que ir a juicio. No en vano Obama ha prometido cerrar la base de Guantánamo. Todos los asentamientos de la CIA a lo largo y lo ancho de este mundo. Y ha dicho: «Estados Unidos no torturará más». Uno no sabe cómo tomar esta frase. ¿Se trata de una expresión de deseos? ¿Era en Estados Unidos el Día de los Santos Inocentes cuando lo dijo? ¿Lo obligó su imponente esposa, Michelle, que si le niega el sexo Obama pierde la razón, enloquece hasta el fin de su período? ¿Desde qué certeza puede asegurar Obama que Estados Unidos no torturará más? Veamos, Obama, la tortura se ha difundido demasiado. Aquí nomás, hace un par de días, en Punta Lara, asaltaron a una pareja y los torturaron delante de su hija. Al hombre

le tiraron insecticida y le prendieron fuego. Seguramente los van a detener. Es posible que se defiendan. Es posible que digan: «No hicimos nada que no haya hecho Jack Bauer». Además, si Estados Unidos deja de torturar, dejará de tener información. Obtener información es torturar, esta «verdad» se ha establecido en el mundo desde hace tiempo. Y Jack Bauer la ha difundido como nadie. Los del FBI y los de la CIA habrán largado una carcajada fenomenal al escuchar la promesa de Obama. «¡A las ratas de laboratorio no torturaremos más!». En los laboratorios —por otra parte— ya no usan ratas. Usan terroristas o sospechosos de serlo. «Con las ratas habíamos empezado a encariñarnos demasiado», explican. «Con esta gente es más fácil». Antes (se decía) usaban abogados. Además, amigo Obama, no torturar es dar ventaja. ¿Qué piensa usted que harán los fundamentalistas de *El Corán*? ¿Usted leyó ese libro sagrado? ¿Leyó los castigos que se les depara a los infieles, a los impíos? Usted podrá decirle al mundo que no torturará más, pero es improbable que le hagan caso sus guerreros.

Bauer es juzgado. Los tiempos cambian. El «no torturaremos» de Obama necesita complementarse con el juicio a Bauer. «¿Por qué torturó, *mister* Bauer?», supongamos que le pregunta un juez. «Por América», dice Bauer. «¿América le pidió explícitamente que torturara?». «No es necesario. Se tortura para obtener velozmente información. Una vez estaba por estallar una bomba nuclear en Los Ángeles y yo tenía detenido a alguien que podía darme información vital». «¿Y qué hizo?». «¿Qué le pasa, cabeza de mierda? ¿Qué piensa que pueda haber hecho? Lo torturé bestialmente hasta arrancarle la información». «Bueno, señor Bauer. Basta con esas cosas. Nuestro Presidente dice que no debemos torturar más». «*Shit!* ¡Hemos perdido la guerra por ese maricón!». Bauer abre uno de los grandes ventanales. Está en un quinto piso. Grita, hacia la calle, desafortunadamente: «¡Hagamos de cada americano un Lee Harvey Oswald! ¡Hagamos que toda *America* sea Dallas! ¡Matemos al maldito mestizo o el terrorismo nos vencerá!». Desde abajo, una negra, agitando una banderita norteamericana, le grita: «¡Obama, Obama!». Bauer saca su 9 mm. Y la revienta de tres balazos. Al público empieza a gustarle la séptima temporada. Porque el público fue cómplice de las torturas de Jack Bauer. El juez insiste: «Sé que usted torturó hace tres días en Guantánamo a tres infelices indefensos». «Digamos la verdad: el torturado siempre está indefenso. O porque ya murió o porque lo tenemos salvajemente maniatado. Ahora le voy a decir lo que hice en Guantánamo: salvé la vida de veintiséis niños». «¿Cómo?». «Tal como lo oye, *shithead*. Torturando a esos terroristas obtuve una información invaluable: habían colocado una bomba en un ómnibus escolar. Viajaban veintiséis niños. Ahora entienda bien: yo no torturé a nadie, salvé la vida de veintiséis niños. Y si no entiende esto, no entiende en qué clase de guerra está comprometida *America*».

24 es el producto más explosivo que la industria del entretenimiento ha hecho para justificar la tortura

Las torturas de Bauer son cada vez más aceptadas y hasta se disfruta con ellas. Es que la gente evoluciona. Siempre pide más. Antes, en las películas de *cowboys*, se daban trompadas. Los tiros no hacían brotar sangre. En *A la hora señalada*, Gary Cooper le pega el tiro del final al villano —que está con camisa blanca— y el tipo muere con la camisa intacta. Hoy, los que ven la peli dicen: «¿Qué pasó? ¿Por qué está en el piso? ¿Tropezó?». «No, boludo. ¿No viste que le tiró un tiro al pecho?». «¿Qué tiro? ¿Vos viste la sangre?». «Antes no ponían sangre». «¿Y cómo sabías que le había acertado? ¿Cómo voy a creer que le pegó un tiro en el pecho si el tipo se cae y en el pecho no tiene nada? ¿Soy boludo yo? ¿Me trago cualquier cosa? ¿Me quieren vender que a un tipo le pegan un tiro y no sangra?». Entonces pone el CD de *La pandilla salvaje* de Sam Peckinpah. Gran avance en la historia del cine. La sangre brota antes de que el otro dispare. Después vinieron las patadas a los caídos. Cuando ya no hubo nada más que hacer con las piñas, algún genio dijo: «¡Atención! Después de reventarlo a piñas, ¿qué le pasa a un tipo?». «Se cae, tarado». «¿Y ahí termina todo?». «Claro. ¿Qué querés? ¿Que le den piñas cuando está caído?». «¡No, piñas no! ¡Patadas! Como la frutilla del postre. ¿Lo ven? Cuando el infeliz cae, cuando se derrumba con la cara destrozada, escupiendo sangre y dientes, con los ojos hinchados, ¡ahí vamos de nuevo! ¡Lo revientan a patadas!». Así empezó la era de las patadas. ¿Qué quedaba? La tortura. Jack Bauer golpea a un tipo, el tipo choca contra la pared y cae al piso. Bauer ya no lo pateo. Eso pasó. Es historia antigua. Agarra dos cables —que saca de cualquier parte, de un velador, de una licuadora o de su bolsillo—, los coloca en contacto, estallan un montonazo de chispas y Jack picaea al malvado. El señor Murdoch, la Fox y los espectadores, todos felices.

Ahora bien, los otros, los que atacan a «América», tampoco parecen respetar demasiado los derechos humanos. En verdad, ni se han preocupado por el tema. Porque una característica del perverso Occidente es mostrar el horror y plantear, desde otra parte, una oposición al horror. Hasta la más racional, inteligente oposición al capitalismo occidental nació de ese capitalismo. Marx lo supo y lo expuso mejor que nadie. Marx era un gran pensador occidental que se oponía a los horrores de Occidente. Encarnados por el capitalismo. Pero él, a su vez, era un producto de Occidente. Era un filósofo occidental. Quienes ahora quieren destruir a Occidente no parecieran haber salido de esta fase, la de destruirlo. Pero un verdadero sistema de ideas siempre propone qué levantar sobre las ruinas de lo que destruyó. No se ve eso por ninguna parte. Y nada lo expresa mejor que la figura del terrorista que se aniquila a sí mismo con su bomba. Puede destruir. Pero no le importa seguir vivo. Porque su sistema de valores y de creencias —que es prácticamente el mismo desde hace casi diez siglos— no tiene nada nuevo que proponer. La peor política —como tanto se ha dicho durante estos días— es la de eliminarlos. (Aunque sería deseable que

abandonaran la costumbre de tirar «inocentes misiles» para que esta política, la de respetarlos, fuera viable, o más fácil de llevar a buen puerto). Igual, el problema es complejo. Requiere que Occidente comprenda de una vez por todas al «lejano». Oriente. Y algo todavía más difícil: que el mundo musulmán recupere diez siglos y haga su Revolución Francesa.

Pero hay que ver *24*. Hay que entregarse al juego que propone: entretener a cualquier costo. Sus guionistas lo confiesan: «Malo, nunca aburrido». No se responde a estos proyectos con la estética contraria: «Bueno, pero aburrido». Si es aburrido, no es bueno. Los guionistas de *24* dicen, en rigor, otra cosa: «Si no es aburrido, no puede ser malo». O sea: «Bueno, porque nunca aburrido». En principio, hay que dejar la ideología de lado. La de uno. Ante ciertos productos, si uno no maneja su ideología, no podrá verlos. Y perderá la posibilidad de entender cómo piensa hoy el Imperio. *24* es el producto más explosivo que la industria del entretenimiento ha hecho para justificar la tortura. Ni más ni menos.

Todo lo que pueda decir sobre el impacto que la serie ha tenido en medio mundo será poco o ya se sabe. *24* ocupa el sexto lugar entre los grandes éxitos de la televisión norteamericana de todos los tiempos. La anteceden *Los Simpsons*, *Buffy*, *la caza vampiros* (esto es increíble: demuestra el nivel intelectual de la «mayoría silenciosa» norteamericana, ¿qué le ven a Sarah Michelle Gellar?), *Los Sopranos*, *The West Wing* y *Lost*. Está producida por la Fox, que, en la temporada de 2004 a 2007, pasó a ser la principal, la más popular *network* en USA. Liquidó, así, el reinado de CBS. Su Comandante en Jefe (porque la Fox es parte de una guerra) es el magnate de origen australiano Rupert Murdoch. Su fortuna se calcula en 8,3 billones de dólares. Murdoch es un decidido republicano. Apoyó la guerra de Irak. En 1993, se apodera del *New York Post*, un diario de prestigio, serio, de una línea no conservadora. Murdoch lo cambia por completo hasta que llega a ser considerado «una fuerza del mal».

Murdoch produce entonces *24*. Lleva hasta ahora ocho temporadas, pero se preparan más. ¿Cómo decirlo? *24* es una droga, es adictiva. Recuerdo algunas discusiones del pasado en que se planteaba un cine antiimperialista y siempre salían productos aburridos. Yo sostenía que los *yankis* hacían su cine imperialista con un concepto de caza espectadores que solía ser infalible. Pocos films pueden ser más imperialistas que *Gunga Din*. Pocos son más entretenidos. El efecto de *24* es que —sabidamente— se basa en el mecanismo de las series de los años cuarenta. Ésas en las que el héroe, en el último capítulo del episodio, siempre parecía morir. O él o su amada novia o su fiel compañero o alguien «bueno». Porque así era la cosa: «malos» y «buenos». Por ejemplo: *Dick Tracy contra la Banda de la Araña*. O *Las aventuras del Capitán Marvel*, en que el héroe peleaba contra un pérfido villano llamado El Escorpión. Todo estaba claro: Dick Tracy era el «bueno», el «muchachito», y los de la Banda de la Araña eran los malos. Y sobre todo el misterioso Araña, cuya identidad Tracy develaba al final. El Capitán Marvel era el «bueno», El Escorpión el «malo». Pero eso era todo. Buenos contra malos. No había política. Era puro entretenimiento. *24* recupera con creces esa tradición. Los «buenos» son los que defienden del terrorismo a los Estados Unidos de «América». Los malos son los terroristas. O aquellos que desean dañar, por uno u otro motivo, al Gran País del Norte.

Voy a tratar de ser más claro: el esquema argumental de *24* es una obra maestra del chantaje. Tomo dos temporadas. Una se basa en una bomba nuclear. La otra en un virus devastador. La UAT (Unidad Antiterrorista), en la que trabaja el infalible Jack Bauer, recibe

una noticia pasmosa: el terrorismo ha colocado, en algún lugar de Los Ángeles, donde la serie tiene lugar, una bomba arrasadora. Calculan su poder y llegan a una conclusión: si explota, aniquilará, de inmediato, a dos millones y medio de personas. Sin contar los estragos de las radiaciones.

La UAT entra en acción. ¿Hay algo que puede no hacerse para evitar la muerte de dos millones y medio de personas? Éste es el esquema-chantaje. Es como si Jack Bauer nos dijera: «Es posible que yo sea demasiado duro. Tal vez a sus corazones sensibles no les gustó cuando con dos cables de electricidad (que Jack arma al instante, con una maestría que sólo él posee) hice sufrir a un tipo para sacarle información. Pero ¿qué harían ustedes? Aquí se trata de la vida de millones de personas. ¿Qué importancia tiene torturar a una si se consigue información para salvar a la ciudad de Los Ángeles?». La cosa funciona. Funciona en todo el mundo, donde *24* se ve apasionadamente. David Palmer, que es, en la serie, el Presidente de los Estados Unidos (hecho como los dioses por el actor Dennis Haysbert), que es, además, negro, que prefigura, al serlo, a Barack Obama, que ganó las elecciones en *24* siete años antes que en la realidad, se encuentra, en un lugar muy apartado, con un tipo de la CIA. Palmer tiene que obtener información de uno de los suyos, del cual sospecha. Un tipo de casi setenta años. Le dice al de la CIA: «No le voy a preguntar nada sobre sus actividades en el pasado. Supongo que todas han sido para defender a nuestro país». «Sí, señor Presidente», dice el de la CIA, un tipo elegante, no con cara de Mengele, sino atildado, frío, profesional. Palmer continúa: «Tengo que obtener información de Fulano de Tal (digamos). Ha sido un hombre de mi mayor confianza. Ya no lo es. Hágalo hablar. La Seguridad Nacional lo requiere». El de la CIA pregunta: «¿Hasta dónde puedo llegar?». Palmer dice: «Hasta donde sea necesario». ¡Hasta donde sea necesario! Esto no sale en los diarios, eh. Y si alguien lo lee en un periódico de izquierda siempre podrá pensar: «Claro... ¿cómo no van a decir esto aquí?». Hay una credibilidad algo devaluada por la posición política de la fuente. Pero ésta es una serie norteamericana. David Palmer es un Presidente del Partido Demócrata, que son los «buenos». Como todos esperan que lo sea Obama. (Yo, lo siento, no tanto. Y hoy se ha visto que no). David Palmer le dice al de la CIA «hasta donde sea necesario». ¿Y si es tan necesario que se termina matando al pobre «interrogado»? Mala suerte. Pero David Palmer nos diría: «¡Maldición! ¡Estoy tratando de salvar la vida de dos millones y medio de personas! ¿Qué quieren que haga?». Y esto no es todo. Palmer, en su escritorio, tiene un pequeño televisor desde el que ve la escena de la tortura. El tipo torturado ha sido su amigo. De pronto, abandona su despacho y baja. Uno se dice: «Se arrepintió. No tolera que a su viejo camarada lo estén quemando a electroshocks» (por ahora). David Palmer entra en la sala de torturas. Hay que verlo. Dennis Haysbert tiene un porte, una planta, una presencia arrasadora (se ganó, por supuesto, un *Emmy Award* por hacer a David Palmer), es el Presidente sin más, el Presidente irrefutable. El de la CIA está con unos aparatos de tortura en sus manos. Se disponía a usarlos cuando entró Palmer. El torturado resiste. (Dato importante: todos han sido preparados para «resistir el dolor»). El Presidente pregunta: «¿Algún resultado?». «Ninguno», dice el torturador. El Presidente dice: «Continúe». Se da vuelta y se va. Los guionistas de *24* dirían: «A ver, almas sensibles: ¿qué le piden a David Palmer? ¿Qué no defiende a su país? Esa bomba la puso el terrorismo. La culpa es del terrorismo. Si el terrorismo no pusiera bombas, el buen demócrata de David Palmer no tendría que ordenar

torturas». El esquema-chantaje es devastador. Los guionistas son hábiles. Nada mejor para justificar la tortura de un hombre si con ella se salva a millones. «A ver, ¿qué harían ustedes? ¿Qué harían si corren riesgo sus hijos, sus amigos, la ciudad entera de Los Ángeles?».

Sólo quiero mencionar que hay grandes villanos en *24*. Grandes Enemigos de *América*. Pero hay uno inolvidable. No he visto una villana semejante en años y años y años. Sólo podría compararla con Barbara Stanwyck en *Pacto de sangre*. Con Bette Davis en *La carta*. Con alguna otra, desde luego. Con Jane Greer en *Retorno al pasado*. Con Jan Sterling en *The Big Carnival*. Con Virginia Mayo en *Alma negra*. Pero con muy pocas. Es Nina Myers. La terrible contrincante de Jack Bauer. *24* es tan efectiva que se da el lujo de entregarnos a una villana monumental. La hace la actriz Sarah Clarke, no muy conocida pero un fenómeno. Lo merece. Sólo a través del Mal es posible entender algo del mundo de hoy. Y si Jack Bauer es una cara de ese mundo, Nina Myers es otra. ¡Y qué cara! Porque, cómo no decirlo, Nina Myers es muy bella. Tiene cientos de clubes de admiradores. ¡Los fans de Nina Myers adoran a una sanguinaria terrorista! ¿Cómo es posible? Simple: el carisma de Nina es mayor que el de Jack Bauer.

Detrás de todo esto: Rupert Murdoch. La tortura vale, la tortura sirve a la causa de la libertad, la tortura es imprescindible en la Guerra contra el Terror. Murdoch, Emperador Mediático, aborda la misión constituyente de las subjetividades de los otros. Esa misión constituyente transforma a los receptores en sujetos constituidos. El poder bélico comunicacional divide a los hombres en dos clases: sujetos constituyentes/sujetos constituidos. ¿Cómo salir de esa asfixiante alternativa? ¿Cómo no ser constituidos en exterioridad? ¿Cómo no ser juguetes, marionetas de Murdoch? ¿O acabaremos por festejar la tortura?

Un Rupert Murdoch ¿podría crear guerras?

Suponemos que el suceso de Nina Myers, sanguinaria enemiga de Jack Bauer, habrá creado problemas a los productores de 24. ¿Qué hemos hecho? ¿Un villano que se come a nuestro héroe? Ya tiene casi tantos clubes de admiradores como él. Porque la gente ama a los villanos. No se pregunta si son «malos» o «buenos». Son seductores. Dennis Hopper en *Blue Velvet* y (lógico) el mayor villano de la historia del cine: el Tommy Udo que Richard Widmark inmortalizó en *El beso de la muerte*. David Thomson escribe sobre Tommy Udo estremecido aún por el horror originario que lo posesionó de jovencito al verlo. Y, a la vez, nos cuenta su historia con Widmark. Lo conoció —azarosamente— en un bar. Se le acercó. Hablaron y David Thomson confiesa que encontró en Widmark el hombre más amable, más cortés y hasta más tímido con el que se topara en su vida. ¡Era el actor que había creado al monstruo Udo! Me arriesgo a algo. Nina Myers tal vez permanezca más que Jack Bauer. Y también: Nina Myers ya es un ícono del arte de las imágenes (en este caso: de la TV) como lo es —gloriosamente— el Udo de Widmark.

¿Es Nina Myers agente de Al Qaeda? No queda claro. Se la oye hablando en alemán, de lejos. Y luego queda claro que es una terrorista dominada por la pasión de hacer volar por los aires a todo Estados Unidos si puede, pero nada la relaciona con los lectores y adoradores de *El Corán*. Nina, en la serie, es torturada por los agentes de Bauer, pero su temperamento es tan volcánico que ella misma se clava la aguja que le están introduciendo en el cuello y hace volar todo por los aires y de un salto se escapa de los Mengeles que la rodean. La siguen. Saben por dónde pasó, pues Nina ha dejado un reguero de cadáveres. La encuentra Kim, la hija de Bauer. Se la ve agotada a Nina. Agotada y hermosa. Usa una remerita negra, sus brazos son tersos pero musculosos (sin perder femineidad) y sus ojos claros están tristes, expresan la derrota. Kim, una rubia regordeta que luego crecerá mejor, tiene un revólver y se propone matar a Nina.

—Vos no tenés nada que ver con todo esto —le dice Nina.

Kim, obstinada, apenas una tonta adolescente, eleva su revólver y busca encañonar a Nina. La supervillana —con un cansancio que pareciera haberse apoderado de ella para siempre— se dispone a reventar de uno o de tres balazos a esa mocosa impertinente. Pero aparece Jack. ¿Por qué Jack mata a Nina? ¿Por qué no la arresta? ¿Por qué no la mete en un pozo de alguna prisión perdida en algún perdido punto del planeta y se olvida de ella? ¿Cómo es posible que se hayan librado de semejante villano? ¿Se libraría Batman de El Pingüino o de Gatúbela o de El Joker? ¿Se libraría Superman de Lex Luthor? ¿Se habría librado el maravilloso Capitán Marvel de los cuarenta del sabio Sivana o del Gusano Mister Mind? ¿Se libraría El Súper Ratón de Harry el Aceitoso, Popeye de Bluto, El Hombre Araña del Doctor Octopus, el Capitán América de Arnim Zola o Baron Blood, Sherlock Holmes del Profesor Moriarty? No, decididamente no. Sólo James Bond elimina a sus villanos, pero la serie de films se ha basado también en el encanto de su renovación siempre imaginativa.

El misterio de Nina Myers es que la formidable actriz Sarah Clarke le entrega una seducción, una sexualidad medida y atrapante y un misterio que estaba más allá de la mentalidad cuadrada de Jack Bauer. Una mirada de Nina, sólo una caricia de sus ojos claros e inteligentes y Bauer era polvo doméstico, pochoclo masticado, apenas eso. De aquí que nuestra tesis sea: Murdoch vio los avances y advirtió que el villano (una terrorista fanática) tenía más carisma que el héroe. Y Nina no ama a los Estados Unidos como lo aman Murdoch o Bauer. Incluso en un momento de la serie le dice al «héroe»:

—No hay caso con vos, Jack. Amás demasiado a tu país.

Jack Bauer ha instalado la tortura como tema banal en la televisión y con tanta fuerza que ha llevado esa técnica infame también al cine. Murdoch no está solo. Todo (o casi todo). Hollywood está con él. Acabamos de ver un film que es casi imposible de ver, hasta tal punto llega su explicitéz morbosa y sádica. Se llama *Unthinkable*. Su protagonista, Samuel L. Jackson, va más lejos, bastante más lejos que Jack Bauer. Antes de analizarlo nos permitiremos transcribir una serie de frases que se han largado a circular a propósito de Jack Bauer. Son irónicas, crueles, abiertamente divertidas. La mayoría están contra la creación del personaje por la Fox Films (Rupert Murdoch). Lo acusan exactamente de lo que es: un torturador y un asesino. Pero Murdoch ha triunfado: la serie se vio en todo el mundo y la tortura quedó incorporada al *show*, al mundo del espectáculo. La sacó de los sótanos del horror. Sin Jack Bauer, *Unthinkable* habría sido impensable (*unthinkable*). Gran triunfo del Imperio Mediático de Murdoch. Le vendió a medio mundo que la tortura es *entertainment*.

Las frases sobre Jack Bauer

Las «frases sobre Jack Bauer» que vamos a transcribir serán conocidas por algunos lectores. No importa. No podemos dejarlas afuera. Se compara, en ellas, a Jack Bauer con Chuck Norris, ese actor torpe que actúa de liquidador de terroristas y mala gente en general. Haremos, desde luego, una selección, pero la mayoría son divertidas o tienen su costado amargo. Honestamente, en el fondo, son todas para llorar a gritos. Hasta este extremo ha llegado la condición humana. Sólo el humor podrá salvarnos. Aquí van las frases:

- 1600 millones de chinos están furiosos con Jack Bauer. Parece una pelea justa.
- Jack Bauer olvidó una vez dónde había puesto las llaves. Se torturó a sí mismo durante media hora hasta que se obligó a decirlo.
- La única razón por la que estás consciente ahora es porque Jack Bauer no necesita secuestrarte.
- Asesinar a Jack Bauer no lo mata. Sólo lo pone de malhumor.
- Si Jack Bauer fuera gay, se llamaría Chuck Norris.
- Los cuatro jinetes del Apocalipsis originariamente eran cinco. El quinto era Jack Bauer y decidió ir a pie.
- Jack Bauer duerme con una pistola debajo de la almohada. Pero podría matarte sólo con la almohada.
- Jack Bauer puede dejar un mensaje antes de oír la señal.
- Cuando Kim Bauer (hija de Jack) perdió la virginidad, Jack Bauer la encontró y la puso de nuevo en su sitio.
- Si se quedara sin munición durante un tiroteo, Jack Bauer se pondría en la línea de fuego, recibiría tres disparos en el pecho y usaría las balas para recargar su arma.
- Un francés, un inglés y un español entran en un bar... y Jack Bauer va a averiguar por qué.
- Jack Bauer no tenía amigos de pequeño, porque cuando jugaban a policías y ladrones, él era el policía... y los ladrones solían morir durante el interrogatorio.
- De niño, Jack Bauer interrogó a sus padres en Pascua hasta que confesaron el lugar de cada Huevo escondido y lo que en él había.
- Jack Bauer no erra el tiro. Si no te da, es porque estaba apuntando a otro terrorista a doce millas de distancia.
- Jack Bauer ha estado en Marte. Por eso sabemos que no hay vida allí.
- Cuanto toca cumplir con Hacienda, Jack Bauer tiene que pedir la guita a todo el planeta, pues somos sus contribuyentes.
- Dios terminó su tarea en 6 días. Jack Bauer tiene 24 horas.
- Superman tiene pijamas de Jack Bauer.

- La ciudad de Los Ángeles llamó a una calle Jack Bauer por salvar la ciudad tantas veces. Tuvieron que cambiarle el nombre porque la gente moría al cruzarla. Nadie cruza a Jack Bauer y vive.
- Para controlar la inmigración en Estados Unidos han puesto a Jack Bauer en la frontera con México.
- Jack no cree en la Ley de Murphy, cree en la ley de Bauer: «si algo puede salir mal, se resolverá en 24 horas».
- El calendario de Jack Bauer pasa del 27 de diciembre al 29, nadie bromea con Jack.
- Cuando supo que su papel sería interpretado por Kiefer Sutherland, Jack Bauer mató a Sutherland. Jack Bauer sólo puede ser interpretado por Jack Bauer.
- Si te levantas por la mañana, es porque Jack Bauer aún no se ha fijado en ti.
- Si sabe como pollo, huele como pollo y parece pollo pero Jack Bauer dice que es ternera, no lo dudes, ¡es ternera!
- Jack Bauer juega a la ruleta rusa consigo mismo todas las mañanas y hasta ahora no ha perdido.
- Jack Bauer no toma heroína, la heroína es adicta a Jack Bauer.
- La principal causa de mortalidad en América recibe popularmente el nombre de Jack Bauer.
- Jack Bauer no habla árabe, pero puede hacer que cualquier árabe hable inglés en cuestión de segundos.
- La debilidad de Superman es la kriptonita. La debilidad de la kriptonita es Jack Bauer.
- Jack Bauer llamó Presidente al Vicepresidente, entonces mató al Presidente. Jack Bauer nunca se equivoca.
- No ha vuelto a haber ataques terroristas en Estados Unidos desde que Jack Bauer sale en televisión.
- Cuando Google no encuentra algo, pide ayuda a Jack Bauer.
- Si Jack Bauer te dispara cuando van de cacería, no habrá sido un accidente.
- En 96 horas, Jack Bauer ha conducido 40 coches, matado a 93 personas y salvado al mundo cuatro veces, ¿y vos qué mierda hiciste esta semana, vago?
- Hay tres formas de acabar con el terrorismo, todas se llaman Jack Bauer.
- Hay tres formas de hacer las cosas: de buena manera, de mala manera y a lo Jack Bauer. Que es como «de mala manera» pero en versión Holocausto.
- Si Jack Bauer dice mal una palabra, tu Diccionario está equivocado.
- Jack Bauer puede hacer un trío con una sola chica... y él mismo.
- Sun Tzu escribió: «Si tu enemigo es débil, conquístalo. Si es fuerte, únete a él. Si es Jack Bauer, estás jodido».
- Jesús murió y resucitó en tres días. Jack Bauer lo hizo en una hora... dos veces.
- Cuando Jack Bauer era niño, le hacía comer todas las verduras a su madre.

- Mis padres le dijeron a mi hermano pequeño que Jack Bauer era un personaje de ficción, ahora somos huérfanos.
- Jack Bauer eliminó la tecla «escape» de su teclado. No le gusta huir como un cobarde de los problemas.
- La única diferencia entre la silla eléctrica y Jack Bauer es que la silla puede resultar cómoda al principio... y no te obliga a hablar.
- Las armas no matan, lo hace Bauer.
- Cuando Jack Bauer pasa por un detector de metales en el aeropuerto y no suena, el vigilante le regala una pistola.
- Una lesbiana es una mujer que no ha visto a Jack Bauer.
- Cuando la gente de Gotham City se mete en líos, usa una señal para llamar a Batman, cuando Batman se mete en líos, usa una señal para llamar a Jack Bauer.
- Jack Bauer hace llorar a las cebollas.
- Tras aguantar la mirada de Bauer tres segundos, Tom Cruise confesó que era gay.
- La gente con amnesia todavía recuerda a Jack Bauer.
- Jack Bauer ha matado tantos terroristas que en la actual lista de los más buscados por el FBI el N.º 5 es un muchacho de Malasia que bajó la película *Secreto en la montaña*.
- Se le pidió a Quentin Tarantino que hiciera una biografía de Jack Bauer. Tarantino se negó: era demasiado violenta.
- Jack Bauer significa «jodete» en árabe.
- Jack Bauer considera *Misión imposible* la peor serie y película de la historia. Ninguna misión es imposible para Jack.
- Si Jack y MacGyver estuvieran encerrados en una habitación, Jack haría una bomba con el cadáver de MacGyver para escapar.
- Jack Bauer es capaz de matar dos pájaros sin un solo tiro.
- Los testigos de Jehová trataron de convencer a Jack Bauer una vez. Ahora admiten que Jack es Dios.
- Rodeado de terroristas, con un brazo en yeso, en medio de gas lacrimógeno y herido de bala, Jack Bauer se ríe y dice: «Los tengo a todos justo donde quería».
- Si Jack tiene una pistola con sólo dos balas y está en una habitación encerrado con Hitler, Osama Bin Laden y Nina Myers, dispara dos veces a Nina y deja libres a Hitler y a Osama.

Hay más, pero éstas son las que hemos elegido. No vale la pena deslucirlas con ningún comentario. Son explícitas. Además —según suele decirse— el humor no se explica. Nos parecieron muy buenas y algunas hasta deslumbrantes. Nada mejor que estas frases para dibujar al personaje que la cadena Fox ha arrojado sobre el mundo. Señalemos solamente el odio especial de Jack sobre Nina. Si tiene dos balas, y su mortal enemiga está junto a Hitler y Osama, las dos balas son para ella. Nina fue, en el pasado, amante de Jack y él —tal como lo confiesa más adelante— «la entrenó». Algo que explica la infalible crueldad de Nina, tan semejante a la de su antiguo amante y eterno enemigo.

Se supo: Jack Bauer mató a Osama Bin Laden

Pero hay algo más. Osama Bin Laden fue asesinado en mayo de 2011. La serie de Jack también concluyó en mayo, pero de 2010. Un año antes de la muerte de Osama. Los admiradores de Jack han sacado sus conclusiones. ¿Dónde estuvo Jack durante todo ese largo año? ¿Dónde estuvo entre mayo de 2010 y mayo de 2011? Sólo hay una respuesta: buscando a Osama. ¡Lo encontró!

Osama Bin Laden ha muerto, Jack Bauer lo ha hecho.

Publicado el 2 de mayo de 2011 por Arcibel:

«Todo el mundo lo sabe. Fue noticia de domingo por la noche. Estados Unidos anunció el asesinato de su máximo enemigo, Osama Bin Laden. El gobierno lo buscó, lo encontró (diez años después) y lo asesinó a su manera, tal como estamos acostumbrados a ver en las distintas series que tratan esta temática y obviamente si hablamos de series y de terrorismo es imposible no hacer referencia al gran Jack Bauer y su lucha constante proyanqui. Hace un año se fue Jack Bauer, terminó *24* y una época de lucha contra el terrorismo en las series de televisión. Si hubo una serie que mostró este tipo de lucha contraterrorista fue *24*, y así la recordamos, más aún hoy luego de enterarnos del asesinato de Osama Bin Laden en Pakistán. Osama ha muerto y Jack Bauer, el personaje de ficción más querido de los últimos tiempos, respira en paz y todos sus compatriotas, gorditos y con poco cerebro, también. Ahora sabemos lo que Jack Bauer ha estado haciendo desde mayo de 2010. Te extrañamos Jack, hoy más que nunca».

El texto es irónico y agresivo. Califica brutalmente a los fanáticos de la serie. Son «gorditos y de poco cerebro». Pero eso no le importa a Murdoch. Así es como él los quiere. *24* no se ha hecho para desarrollar la inteligencia de nadie. Menos aún es una receta para bajar de peso. Se ha hecho para que todos sean cada día más tontos, más torpes, más insensibles y terminen por aceptar lo inaceptable: que es lícito vejar a un ser humano, destruirlo en vida. Por desgracia para la causa de los derechos humanos, *24* es adictiva. Cada capítulo pasa en un día. Cada día lleva al siguiente. Y el espectador ahí está, día tras día, siguiendo a Jack Bauer, ansioso, porque alguien ha puesto una bomba nuclear en la ciudad de Los Ángeles y Jack Bauer tiene que atrapar, por medio de cualquier recurso, o por medio del más eficaz: la tortura, al culpable o morirán millones de personas. ¿Qué duda puede haber? ¿Quién, que no sea un enemigo declarado de *America*, puede ignorar de qué lado está la verdad? *America* es la civilización. Es el Occidente cristiano. Es la razón imperial que hereda la tradición de los ingleses, de los franceses. El Mariscal Bugeaud, el conquistador de Argelia, amigo de Sarmiento, quemó vivos a 500 argelinos. Le dijo a Sarmiento:

—Así sabrán que nada va a detenerme. Vea, amigo, a la barbarie hay que combatirla con la barbarie. Aunque nosotros seamos el espíritu de la Civilización. Aunque la razón y la cultura se encarnen en nuestras acciones. Si para defendernos, o si para llevar los valores del Espíritu a los territorios salvajes debemos dejar de lado cualquier dimensión de humanidad, lo haremos.

Sarmiento aprendería la lección. El Occidente capitalista, la razón imperial, siempre que fue necesario dejó de lado las leyes de la guerra y aniquiló a los bárbaros con métodos bárbaros, pues los ubicó «fuera de la ley de gentes» y todo, después, fue sencillo. Mitre se lo dice a Sarmiento en una carta. Ya llegaremos a eso. Jack Bauer, en suma, es el espíritu combativo del Occidente capitalista, de la racionalidad imperial. Esa racionalidad se expresa en la tortura. A la que —como varias veces hemos dicho— no en vano se la llama «trabajo de inteligencia». La tortura es la racionalidad en acción. La razón imperial encuentra su aplicación más estrictamente científica, matemática, premeditada, en la tortura. Era hora de decirlo. No es la primera vez que se dice. En todo caso, nunca dejará de ser hora de seguir diciéndolo.

Jack, si me matas, nunca sabrás para quién trabajo

Cuando Jack Bauer, en el final de la primera temporada, sujeta a Nina por el cuello, incrusta su cabeza contra la carrocería del auto que ella manejaba, le apoya una pistola en la cabeza y le dice:

—¿Por qué nos traicionaste?

Nina responde:

—Sólo hacía mi trabajo.

Jack (en el colmo de la indignación, ya que él se cree a sí mismo, cree que encarna los valores altísimos de la moral de Occidente) le grita:

—¿Y cuántos murieron por ese trabajo tuyo, Nina?

Nina Myers, impecablemente, responde:

—¿Y cuántos murieron por el tuyo, Jack?

Sólo nos resta confesar algo. Jack Bauer y Nina Myers son dos asesinos impiadosos. Si nos dan a elegir. Si nos preguntan. Si tienen (digamos) la gentileza de preguntarnos:

—¿A manos de quién prefieren morir? ¿A manos de Jack o de Nina?

¡Por favor, que se nos conceda (en tan terrible encrucijada) morir a manos de Nina Myers!, perdidos en la belleza de sus ojos claros, de su pelo negro, de su piel pálida, de sus pómulos rocallosos, escuchando, sin ignorar que es lo último que oiremos sobre este mundo, su voz espesa, dura pero tersa, lúcida, diciéndonos:

—Adiós, acaso alguna vez volvamos a vernos. Pero no será por aquí.

Esta segunda parte de la frase («pero no será por aquí») sugerimos no sea interpretada como una fe en alguna otra esfera de la realidad o en otra dimensión o en otro mundo o en el Cielo o en el Infierno que anide en el espíritu de Nina. No creemos que Nina sea parte del fundamentalismo islámico, del terrorismo árabe. La mujer de Bauer (la actriz Leslie Hope) la descubre hablando por teléfono en alemán. Con esa frialdad que le entrega un aura de bello animal siempre al acecho, Nina contesta:

—Era una comunicación con Fráncfort.

Luego, cuando se prepara para huir de la Unidad Antiterrorista, otra vez se comunica con Alemania. ¿Para quién trabaja Nina Myers? Con el propósito de salvar su vida, en tanto siente el revólver helado y sin piedad de Bauer en su garganta, dice:

—Jack, si me matas, nunca sabrás para quién trabajo.

Como dijimos: nunca sabemos para quién trabaja Nina. Sólo sabemos que puede poner una bomba nuclear en Los Ángeles. Como trabajo, no es poco. Tal vez sería excesivo saber además para quién lo realiza. Sin embargo, debemos concederles a los sagaces guionistas de 24 el evitar adosarle a Nina una patronal. Esto le restaría sustantividad. Nina es libre. Es un gran villano. Todos los grandes villanos trabajan para el Mal. De aquí que sean tan

seductores. ¿O existe algún seductor que supere al Príncipe de las Tinieblas? Salud, Nina Myers.

En cuanto a ese tema, el de si Murdoch podrá o no desatar una guerra, creemos que sí, que podría. Pero no solo. Murdoch forma parte de un Imperio totalizador. Lo que el Imperio totaliza es todo aquello que requiere para serlo. Su poder armamentístico (constantemente alimentado por las guerras), su economía, la visualización clara de sus intereses, el Congreso y la elaboración y sanción de leyes intervencionistas («la guerra preventiva», por ejemplo), la pureza incuestionable de los hombres del Pentágono, los Servicios de Seguridad, el FBI, la CIA, las Unidades Antiterroristas y la incesante propaganda. Aquí, en este punto, Rupert Murdoch ha llegado a ser el número uno. El cine y la televisión son los principales medios de expresar la ideología, los objetivos, los grandes valores (la democracia y la economía neoliberal de mercado) y el llamado *american way of life*, que vendría a resumir todo. En cualquier lugar del mundo en que ese «todo» peligre, Estados Unidos intervendrá. Si ese lugar es la *Triple Frontier* (la «Triple Frontera»), también. ¿O alguien podría pensar otra cosa? El tema es candente. Mete miedo. Pero de ese miedo hay que salir pronto y enfrentarlo. Ante todo, hay que hacer pública la cuestión. Los gobiernos de Brasil, Paraguay y Argentina deben firmar una declaración conjunta rechazando la filmación en sus territorios de un film que planea la exitosa directora Kathryn Bigelow y que lleva por título «Triple frontera». O uno peor: «Zona sin ley». ¿Imaginan quiénes van a venir a imponerla? Bigelow, se sabe, fue la primera mujer en ganar un Oscar con un film sobre los desactivadores de bombas en Irak. No es casual: esta bella mujer (Bigelow es muy bella y su rostro tiene una expresión de inteligencia, de lucidez vigorosa, espléndida, sobre todo cuando sonrío, algo que hace a menudo), que se ha especializado en films de acción violenta, tarea, hasta ella, reservada para los hombres, pero que Bigelow demostró que no, que las mujeres pueden hacerla y tan bien o mejor que ellos («al menos, yo», diría), tiene un plan peligroso para los países de la región. De esa región: la Triple Frontera. Bigelow no sólo tiene un plan peligroso, ella lo es. Su film tal vez más recordado (*Point break*, 1991, con Keanu Reeves, Patrick Swayze, Gary Busey) era un ejercicio de virtuosismo cinematográfico. La historia (violenta) giraba alrededor de los también violentos y algo demenciales avatares de los *surfers*. Fue brevemente mujer de James Cameron pero luego siguieron impulsando juntos diversos proyectos. El más notable (juramos haber sido deslumbrados por este film) fue *Días extraños*, con Angela Bassett y una sensual Juliette Lewis, que cantaba un rock inolvidable, por sus movimientos, una gestualidad pródiga, fuerte. Con *The Hurt Locker* se gana el Oscar. Bigelow, una californiana con todas las de la ley: piernas largas y delgadas, dientes grandes, rubia, patriota, aunque (lo dijimos y ésta es su rareza) excepcionalmente lúcida, quiere meter sus cámaras en la Triple Frontera. ¿Para qué? Para meter también la sospecha tenaz de que el Pentágono o la CIA quieren manipular. Hay que convertir a la Triple Frontera en una zona de conflicto. ¡Hollywood en acción! ¡Hollywood comprometido en la Guerra contra el Terror! Bigelow va a llenar la Triple Frontera de mafiosos, narcotraficantes, contrabandistas. Pero sobre todo, la bella californiana les servirá a los héroes de la Guerra Preventiva una pintura implacable del lugar como un espacio secreto y maléfico controlado por el terrorismo islámico. Si no se frena este proyecto, se correrá el riesgo previsible de ser denunciados (Paraguay, Argentina

y Brasil) como países que albergan al terrorismo. Luego, cualquier cosa puede pasar. Ante todo, otra tarea para Jack Bauer.

Pero el mercado tiene sus leyes. Podemos —por el momento— serenarnos. La señora Bigelow ha declarado que se dedicará a un proyecto más inmediato. Por él ha dejado el de la Triple Frontera. Filmará una película sobre Osama Bin Laden. Se sabe que sólo la escena del asesinato del líder de Al Qaeda durará 40 minutos. Suena coherente. Si les llevó diez años encontrarlo, ¿cómo no dedicarle a su muerte un justo y dilatado metraje? Que se lo vea morir largamente. Durante mucho tiempo. Sin que falte un solo detalle. Apelando a lo excesivo. Abrumando a todos los espectadores de este mundo que vean el film. Abrumándolos, como para que nadie pueda dudar^[98].

El poder mediático en USA

¡Qué personajes tiene Estados Unidos en los *mass media*! ¿Superan a Jack Bauer? Difícil decir que sí. Pero tienen su mismo odio. Podría decirse que son más agresivos que los de aquí. Aunque no utilizan palabras groseras. Pero ¡cómo se juegan por las causas más deleznable que un individuo puede sostener! Convengamos que USA es un país sólido. Que tanto demócratas como republicanos coinciden en cuestiones esenciales. En suma, USA es un país de derecha. Hay, desde luego, excepciones. Pero la llegada de los más rústicos, brutales comunicadores, es poderosa. Vamos a detenernos en uno de los más célebres. Ha publicado ya un par de libros: *Un libro inconveniente* y —sobre todo—, *Discutiendo con los idiotas*. A sus espaldas tiene el imperio de Rupert Murdoch. Glenn Beck, en televisión, dispara sus mordaces dardos desde la cadena Fox News. De él estamos hablando: de Glenn Beck. Su más reciente libro es *The Real America*, donde plantea el necesario emprendimiento de limpiar la patria de todas las lacras que están a punto (*nada menos*) de llevarla al colapso. ¿Puede colapsar Estados Unidos?, se pregunta. Claro que sí. ¿O no colapsó la Unión Soviética? Para evitar ese Apocalipsis, hay que tomar medidas urgentes. Esas medidas están en su libro y él (con agresividad y despectiva ironía con sus enemigos) las despliega desde su *show* en Fox News, que pertenece a Rupert Murdoch, «el hombre que domina las noticias». (Murdoch pareciera haber caído en desgracia últimamente por espiar demasiado a personajes poderosos, pero él es el más poderoso y ya está saliendo de ese bochinche molesto).

Una de las grandes obsesiones de Beck es la «inmigración ilegal de mexicanos». Esto lo saca de quicio, suponiendo que tenga algo así. Quicio. Porque, sensatamente, se entiende por quicio un marco racional en que uno ordena sus ideas. Y las ideas de Beck no se ven «enmarcadas» sino des-enmarcadas. Le brotan de una furia interna que explota en temas sobre los que no puede guardar las formas. A Beck no le importan «las formas» y odia ser «políticamente correcto». Lejos de eso, cree que la «corrección política» puede llevar a *America* al desastre. (Ya no escribiré *America* con púdicas comillas, ya que estoy siguiendo el pensamiento de Beck y para Beck América es *America*, sin acento y de los americanos: el país en que todos desean vivir, según cree).

Beck empieza elogiando a la inmigración. Hicieron —dice— este país. Pero él habla desde el presente, desde el siglo XXI y en este maldito presente la situación ha cambiado: basta de inmigrantes. Basta de inmigrantes ilegales. Los llamados *illegal aliens*. Un nombre que les viene como anillo al dedo —y que es, además, correcto— porque su polisemia incluye a uno de los monstruos más horrorosos y célebres de los films de ciencia ficción. Esa peli que todos han visto o recuerdan: *Alien*, con Sigourney Weaver jovencita que, apenas con una trusa y una *t-shirt*, termina destrozándolo. Pero ¿dónde está ahora Sigourney Weaver? Ha cumplido sus años y no exhibe condiciones para enfrentar a estos nuevos *aliens*, tan monstruosos como aquél, pero ilegales, ya que al menos el *alien* de Sigourney estaba legalizado por pertenecer a un gran film de Hollywood dirigido por el maestro Ridley Scott. Nuestro problema de hoy —expectora Glenn Beck, entre la ironía lacerante y el odio— son los 500 000 mexicanos que

cruzan por año la frontera con la tierra de los libres y el hogar de los bravos. (Qué final para el Himno de un imperio: *The land of the free and the home of the brave*. Saben hacer algunas cosas. O unas cuantas).

Se encrespa con el presidente Felipe Calderón, el sucesor de Vicente Fox. Este maldito chicano se ha atrevido a defender a los suyos. Ha denunciado el maltrato y la vejatoria persecución de los trabajadores mexicanos no documentados. Y esa denuncia —para colmo, añade— la hace en nombre del Gobierno de México. Beck se ríe desmedidamente. Dice: «¡Uh, qué asustado estoy! En el nombre del Gobierno de México. Mire, señor Calderón, éstos que usted defiende no son indocumentados, son *illegal aliens*. Y merecen ser tratados como gente fuera de la ley. No son mejores que cualquier criminal. Nosotros, señorr Calderrón, no somos gringous malos. Los suyos se llevan de este país 20 billones de dólares por año hacia la economía de México. No somos *big bad gringous*. Si no hablan inglés, se lo digo en su idioma: 20 billoness. Hey! That's muchou dinero, ¿comprendeí?». De inmediato, se pone en comunicación directa con el senador por Texas, el republicano Ted Poe. Que, rabioso, dice: «México está colonizando Estados Unidos. Es indignante. No se transforman en americanos. Siguen siendo tipos de México y mandan su dinero a México». Pero en 2006 lograron deportar a 183 431 *illegal aliens*. Hay que continuar. Ante todo, ganándole las próximas elecciones a ese negro que se adueñó de la presidencia de «este gran país». Mensaje de mexicano: «¡Chinga a tu madre!». Otro: «Beck, eres un ignorante irracional nacionalista de la TV podrida de tu país». Beck sigue: «Tenemos que volver a Reagan y a Thatcher». Aparece Bruce Willis. Pero no en el *show* de Beck, en el de Bill O'Reilly, que también trabaja en la cadena TV Fox News de Murdoch y ha escrito un *national best seller* (como Beck) titulado *The O'Reilly factor*. Subtitulado: «Lo bueno, lo malo y lo completamente ridículo en la vida americana». Willis dice: *Live free die hard*. Que sería algo así como: «Vivir libres y ser duros de matar», en referencia a la película que lo llevó a la fama. Comentarios: «Antes me gustaba Bruce Willis». «Solía gustarme Bruce Willis». «Estoy esperando que agarre una Beretta con silenciador».

Mi admirado Bill Maher le dice a O'Reilly: «Los americanos son estúpidos». Apoya a Obama. Porque: «Es mejor un amigo, aunque te desilusione, que un enemigo que te matará». (Ese concepto de Maher es valioso en los tiempos actuales en que se les exige mucho a ciertos gobiernos sin adivinar qué viene detrás. Salvo que uno esté por completo de acuerdo con eso que viene detrás y quiera que venga lo antes posible porque ya tiene su lista de perseguidos. De todos modos, Bill, los tipos críticos como vos no pueden dejar de exigirles a los amigos. No permitas fácilmente que te desilusionen. Porque también es cierto que si te desilusionan mucho, lo que viene detrás, vendrá por esas mismas razones. No olvides que en tu *show* Michael Moore le dijo a tu presidente: «Obama, tienes que quitarte el tutú y ponerte los guantes de *box*». Qué difícil es todo, sí).

Sobre la base de su éxito en TV, Beck lanza al mercado sus libros. Esos libros también son parte del poder mediático. Son libros mediáticos. Se venden como pan caliente. Beck se ocupa del otro (o del primer) gran tema-temor de Estados Unidos: el terrorismo islámico. Y establece seis puntos —según él— fundamentales. Que son: 1: Los terroristas no sólo son enemigos de Estados Unidos. También son un enemigo *absoluto* del Islam todo. 2: El 90% de los islámicos son pacíficos. 3: El 10% del Islam quiere vernos muertos. 4: Ese 10% está

formado por islámicos extremistas que han tomado el tren del túnel del tiempo y han transformado al Islam en algo feo y bárbarico. 5: Nosotros estamos librando una guerra contra el Islam. Pero sólo contra ese 10%. 6: Los musulmanes deben pelear esa guerra a nuestro lado^[99].

Beck ha recibido una gran noticia. Bill Maher, otro dolor de cabeza. Como Chomsky. Como Howard Zinn, si viviera. Como Marisa Tomei. Como Sean Penn. Como muchos otros. Como Barack Obama, desde luego. El Partido Republicano eligió su candidato a vicepresidente para las elecciones del 6 de noviembre de 2012. Se trata de Paul Ryan, un ídolo del Tea Party. Tiene 42 años y es un erudito en déficit fiscal. Lo eligió Mitt Romney, el candidato a la presidencia. De modo que la fórmula de los republicanos apesta a muchas cosas, pero nunca a esa podrida y antiamericana política que suele llamarse *progresismo*. ¡Atención, malditos *mexicans*, la mano viene dura! ¡Atención *losers* de bajos ingresos! ¡Contra ustedes va la cosa! Hay que recortar gastos. ¿Qué gastos recortarán los derechistas ultras del republicanismo? Tranquilos los buenos americanos, serenos los ricos que han trabajado como el *Chanchito Práctico* y no viven en casitas precarias que el *Big Bad Wolff* soplará y destruirá fácilmente. Informa la agencia Reuters: «Ryan ganó notoriedad en la Cámara de Representantes por un plan presupuestario para recortar el gasto y ha impulsado un debate sobre el rumbo de la economía estadounidense. Ese proyecto planea recortes de cinco billones de dólares para la próxima década». En verdad, Paul Ryan es el perfecto neoliberal. Dentro de la calamitosa situación actual del capitalismo es lo que un neoliberal debe ser. Acaso, dentro de un esquema de prosperidad, podría verse como un señor más compasivo. Pero no ahora. Ahora muestra los dientes. Un neoliberal —hoy— empezará por recortar drásticamente los ingresos de los pobres. Liberará por completo el mercado y hará desaparecer cualquier intervención estatal en la economía (¡ese podrido invento de Keynes y Roosevelt, dos comunistas!). El Estado para la seguridad, para la represión. El mercado libre para los grandes grupos monopólicos. Ah, ¿y los populismos izquierdistas de América Latina? Cuando liquidemos a los árabes nos ocuparemos de ellos. *Shit!* No estaría mal enviarles a Bruce Willis. Y un millón de *marines*, por si acaso. Aunque no exageremos: tenemos *muchos* buenos amigos por esas latitudes. El poder mediático es uno. Y es nuestro.

Medios y monopolios: la verdad monopolizada

Cuando ya no nos horroriza, el horror ha triunfado. Cuando se transforma en parte de nuestra vida cotidiana, cuando pierde peso en nuestras conversaciones, cuando se incluye en el entorno existencial dentro del que aceptamos naturalmente vivir, cuando se naturaliza porque aceptamos que es natural torturar, que es una práctica desagradable que el orden, la seguridad, la paz de nuestras sociedades requiere, ahí, la tortura se instala y del lugar en que lo hace difícilmente retroceda, porque se ha instalado en nuestros corazones. Una sociedad o —más aún— una civilización se define por las cosas que puede tolerar y por las que no. Es muy fácil distinguirlas. Las que no se toleran se someten a la Justicia y se condenan. Las que se toleran son parte del elemento en que hemos decidido o aceptado vivir. Toda civilización crea su elemento epocal. Los valores espirituales que la definen y los que rechaza porque niegan los que ha elegido. En Grecia, la esclavitud era parte de su espíritu de época. Podía incomodar a ciertos espíritus muy exquisitos. Pero sólo eso. Durante la Edad Media se aceptaba que el poder de la Iglesia era omnímodo y sus decisiones debían ser acatadas sin discusión posible. La Iglesia representa el poder de Dios en la Tierra y ¿quién se atrevería a negar a Dios? Cuando se establece un absoluto tan poderoso, la libertad de los hombres se encuentra en peligro. Todo absoluto requiere una casta que lo represente. El poder sacerdotal asume la representatividad del ente sagrado y aplica a su antojo las reglas que ha emitido para ser un buen hombre de Dios o no. Esto siempre lleva a un estado de arbitrariedad, ya que finalmente es sólo la casta gobernante la que conoce los dogmas que hacen de un hombre un inocente o un culpable. No fue otro el gran descubrimiento de toda la literatura de Kafka. «Lo que se sitúa en el centro de sus escritos (escribe Enzo Traverso) es más bien la eliminación del hombre en un mundo transformado en universo opresor e incomprensible. La racionalización y la dominación burocrática descritas por Weber adquieren en Kafka la forma de un caos indescifrable donde la ley se ha perdido o, aún peor, se ha transmutado en el código secreto de un orden infernal encarnado por figuras siempre... siempre sucias, grotescas, triviales (...). Josef K. es condenado y ejecutado por un tribunal de reglas siempre misteriosas y su juicio se basa en un crimen inexistente o inexplicable»^[100]. Sucede algo semejante en todo régimen de terror. En la Argentina, entre 1976 y 1983, nadie sabía qué era lo que transformaba a un hombre en un «subversivo». Todos estaban librados al azar, al capricho vacilante, nunca férreamente definido, al humor arbitrario, imprevisible, impenetrable, de los verdugos, de los amos. Lo mismo sucedió en los regímenes comunistas y llegó a su clímax macabro con el Reich alemán. El capitalismo (que consolidó sociedades medianamente democráticas en sus fronteras) impulsó regímenes de indecible atrocidad en otros países para frenar «el avance del comunismo internacional». No con poca frecuencia intervino directamente, Corea, Vietnam. Y hoy la llamada «Guerra contra el Terror» en la cual su protagonismo es exclusivo.

Volviendo al tema de la tortura. ¿Qué busca la Fox, qué buscan las otras producciones de Hollywood sobre la tortura? Naturalizarla. Que la aceptemos mansamente como Josef K.

acepta su destino. Sí, se tortura. Sí, tal vez no sea correcto. Pero el Imperio está librando una guerra para todos. La guerra contra el terrorismo. No todo lo que se hace en la guerra está bien. Pero el tema a resolver no es si está bien o no. Si es moral o no lo es. El tema a resolver es si es necesario o no es necesario. Sí, es necesario. Incluso se busca que se llegue a tener cierta piedad por los personajes condenados a un trabajo tan duro. Sí, porque no es fácil torturar. No cualquiera puede. Entonces, ¿cómo llamar a los que hacen una tarea que es necesaria pero pocos podrían hacer? Soldados de una causa justa. ¿Por qué no héroes? El razonamiento se transforma en una calesita vertiginosa que termina por justificar todo.

***Unthinkable*: lo impensable**

El trazado argumental de *Unthinkable* no difiere demasiado de algunos episodios de 24. Es un film que dirigió un australiano, Gregor Jordan, basado en un guión efectivo de Peter Woodward. Decimos que el guión es efectivo porque lleva a cabo la misión de «no perder espectadores» a lo largo del film. Son muy desagradables las cosas que se ven, pero Woodward cumple con la obligación de atornillar al espectador en su butaca o en el sillón del living de su casa, sin picanearlo. Nos referimos al «sillón del living» porque, en Estados Unidos, la película no fue a las salas de proyección cinematográfica. Ignoramos la causa. O no quieren que todo el mundo vea de qué es capaz un agente «de inteligencia» de la Guerra contra el Terror o buscan una propaganda tangencial. Los espectadores —al enterarse de que el film no va a los cines— se arrojarán sobre las casas de DVD o rastrearán en Internet, pero sin duda lo verán y acaso sean más los que lo vean de este modo. Lo «clandestino», lo «secreto» o «prohibido» atrae a los consumidores como ya-sabemos-qué a las moscas o las luces que destellan en las noches de verano a los mosquitos.

El disparador del film no difiere del lugar común, quizá porque el lugar común sea inevitable, quizá porque el modo más efectivo de planear estos esquemas morales, estas situaciones límites de la eticidad humana sea el dilema simple y brutal, y, por consiguiente, el elegido por estos productos. *Unthinkable* —lo dijimos— tampoco lo elude: un terrorista hace saber que ha colocado tres bombas nucleares en distintos sitios de la ultrapopulosa ciudad de Nueva York. El lugar menos común de los lugares comunes del film es éste: ¿cómo se colocan tres bombas nucleares en Nueva York? Estuvimos por ahí hace dos meses y las profecías que Orwell había diseñado para el Orden de la Vigilancia Autoritaria Comunista que Ahogaba por Completo la Libertad Esencial del Individuo de la Moral Capitalista se estaban aplicando con eficacia exquisita a los habitantes de la ciudad, todos Individuos Libres pertenecientes al Orden Moral del Capitalismo, pero a los que la Seguridad de ese Orden debe proteger del Omnipresente Peligro Islámico en el contexto de la Guerra contra el Terror. Posiblemente Orwell se sorprendiera de cierto beneplácito con que los habitantes de la Gran Manzana aceptan el estado de las cosas. Suelen decir que Nueva York es ahora la ciudad más segura del mundo. Nadie debiera sorprenderse. Si uno entra a un restaurante y encuentra pequeñas cámaras que lo toman desde diversos ángulos como si uno fuera —digamos—, Brad Pitt que entra rodeado por Penélope Cruz y Angelina Jolie con las que, anunció ayer, convivirá desde la semana que viene, convivencia a la que seguramente se sumará Anne Hathaway y por qué no Johnny Deep, que acaba de entrar sonriente y feliz y con rimmel en sus pestañas, bigote y sombrero a lo Jack Sparrow (que es él pero en la ficción), comprendería la necesidad de registrar semejante evento, pero uno apenas entra con algunos amigos, medianamente junados en el *downtown* porque apenas si son universitarios o gente de cine pero técnicos, gente que está detrás de la cámara y eso ¡a quién le importa salvo que sean celebérrimos directores incorporados al *star system* desde el lejano libro de Bogdanovich *El director es la estrella*! Sin embargo, se equivoca, y gravemente. Las

minúsculas camaritas caza terroristas o Caza Todo lo que Pueda Agredir el *American Way of Life* están ahí por uno. ¿O va a ser Johnny Deep un terrorista? Lo sería sólo si estuviera filmando una nueva versión de *Piratas del Caribe* con el título de *Jack Sparrow contra Nueva York*, porque le han dicho que hay innumerables barras de oro en esa extraña ciudad del Caribe, extraña porque, pese a estar desbordante de tesoros, algo siempre apetecido por todo pirata que se precie de tal, no está en el Caribe, cerca de Maracaibo o Puerto Príncipe, sino en una isla que, lejos de llamarse Tortuga, insisten en llamar Manhattan. Pedimos aquí las correspondientes disculpas por esta liviana digresión en un tema tan denso. Queríamos sólo decir que suena medio raro que alguien ponga una bomba nuclear en Manhattan sin ser visto, porque en Manhattan todo lo que uno hace se ve, lo ven las maquinitas. ¿Qué Poder hay detrás de las maquinitas que nos miran? El Poder del Imperio. Que siempre nos mira. No mirar a quien todo el tiempo te mira, no saber a ciencia cierta quién demonios es ese ser que todo el tiempo te mira es una de las grandes experiencias que se viven en Manhattan. Pero digamos que sí. Que suspendemos la incredulidad y aceptamos el punto de partida: un terrorista estadounidense convertido al islamismo (que se llamaba Steven Arthur Younger cuando era norteamericano y se llama Yussef Mohammed cuando se ha hecho a sí mismo — cada uno de nosotros es responsable de sus actos y a través de ellos se da el ser, algo que Sartre dijo por 1944 y en lo que muchos todavía creemos porque sólo así se puede fundar una moral, cosa que, ignoramos si lo han advertido, este mundo necesita urgentemente por carecer absolutamente de ella— un terrorista norteamericano-musulmán), él solito se transformó en eso, eligió serlo, y si dice que alguien lo convenció de que esa respuesta es insuficiente en el plano moral, dado que ahí no hay convencimiento externo que valga, uno es responsable de lo que elige y de lo que hace y al elegirlo y al hacerlo elige lo que es, somos lo que hacemos, no hay otra cosa. Así las cosas, Yussef Mohammed confiesa haber puesto tres bombas nucleares en tres ciudades diferentes de Estados Unidos. Una de ellas, Nueva York. Es, sin vueltas, un terrorista. Como será, sin vueltas, un bestial torturador el hombre que habrá de interrogarlo, un despiadado Samuel L. Jackson, interrogador (traduzcamos: experto en el arte acaso infinito de la tortura) al servicio del Gobierno de los Estados Unidos de América al que se le da el escaso nombre de H. Su nombre tiene una sola letra, y esa letra es muda. El actor que hace Younger o Yussef es Michael Sheen. Importa que se lo recuerde. Es el Tony Blair de *The Queen*, película hecha para el lucimiento de Helen Mirren, quien, sí, se luce. Y el Frost de *Frost-Nixon*, película hecha (entre otras cosas) para el lucimiento del apabullante Frank Langella. Sheen, por consiguiente, requiere con urgencia una película para su lucimiento. Acaso —lo reconozcan o no los críticos, quienes todavía apenas si saben quién es— esa película sea *Unthinkable*. Resulta asombroso que Sheen no reviente de un infarto o no sufra un derrame cerebral dada la extrema intensidad con que juega sus escenas de torturado. Notable. No sólo notable: impresionante y, con frecuencia, increíble. Tal es su entrega. Jackson juega de otro modo su personaje. Letal y sobrio, frío. Y está —como no podía faltar— «el policía bueno». Que cada vez es menos bueno, ya que Carrie Ann Moss (Helen Brody), en un exceso de ira, casi acuchilla al tipo ese que está amarrado a una silla, impotente, librado a lo que se desee hacer con su cuerpo, al dolor intolerable al que se disponga someterlo (¿siempre con algún placer de los torturadores, o con mucho, o con demasiado?, ¿cómo se puede vejar tanto a un hombre si no se extrae de ello algún sádico placer?, ¿por

puro patriotismo?, ¿tan extremo es el patriotismo en algunos?, ¿no es, entonces, como tantos han dicho, una simple y abominable mierda el patriotismo?). Al ver las cosas que se le hacen a Yussef uno se pregunta: ¿quién es el terrorista? Pareciera que hay un solo criterio: el número de víctimas. Si Yussef resiste, muere un millón de personas. Si H. triunfa muere Yussef. No sería complejo arrojar este planteo moral a la estadística. ¿Dónde muere más la poca humanidad que va quedando en el hombre? En el pequeño ámbito sombrío donde tiene lugar la ceremonia de la tortura. En ese pequeño ámbito en que H degüella a la mujer de Yussef ante sus ojos. ¿En el momento en que H le informa a Helen Brody que para tener la información tendrá que hacer algo... (demora la palabra) *unthinkable*? ¿Qué es lo *unthinkable*, qué es lo «impensable»?

Los dos pequeños hijos de Yussef en la cámara de torturas y ante sus ojos

Brody se lo pregunta a H:

—¿Qué entiende usted por impensable?

H responde:

—Hice traer a los dos pequeños hijos de Yussef. Me propongo torturarlos ante sus ojos.

Si no confiesa así, no queda otra cosa.

Helen Brody estalla:

—¡Por Dios! ¡Somos seres humanos! ¡No podemos hacer algo así!

H no se lo dice, pero debió haberle dicho:

—Agente Brody, es porque somos seres humanos que hacemos esto.

La película tiene dos finales. H trae a los dos niños de Yussef: dos pequeños, inocentes niños. Uno tiembla de horror ante la posibilidad de verlos bajo las garras de H. Que se los muestra a Yussef y le informa que los va a torturar. Los lleva a una habitación, no lejos de Yussef, con ventanales tan amplios como para que éste vea todos los horrores que se prepara H a presentar ante sus ojos. Yussef —a quien le han quitado sus ataduras un momento— consigue un revólver y se pega un tiro en la boca. ¡Sus hijos lo ven! Gritan, lloran, devastados.

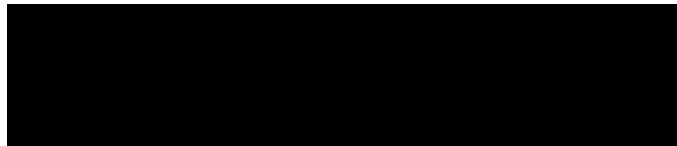
Primer final: La Agente del FBI, Helen Brody, cobija a los hijos de Yussef y abandona con ellos el edificio de los martirios. Es un día de sol. Los niños —junto a la Agente «buena»— salen, sanos y salvos, en busca de una nueva vida.

Segundo final: En cierto momento del interrogatorio, Yussef confiesa cuánto material nuclear dispuso para armar las tres bombas. H saca cuentas y se vuelve loco. ¡Con ese material alcanza para cuatro bombas! Las bombas son cuatro. No consigue imponer su criterio. Corte a:

El equipo de desactivadores de bombas encuentra la tercera bomba y la desactiva. Alivio, alegría, abren una botella de champán, festejan. La cámara deja de enfocarlos y se desvía. Leve paneo por distintos lugares del *loft* en que se encuentran festejando. Por fin, se mete en un recoveco, un lugar secreto, insospechado. Aquí, la cámara de Gregor Jordan ya no nos entrega ninguna escena dramática. Lo que se propone mostrar es sólo para que los espectadores lo vean. Ningún personaje de la película está en esta escena fundamental. Es sólo para los espectadores. «Vean, miren esto». La Cámara sigue penetrando laberintos ignorados, demasiado ocultos como para ser descubiertos. Hasta que encuentra la cuarta bomba. Ahí, la cámara se detiene. Sólo enfoca la bomba. Vemos el marcador: números que descienden, no dejan de descender.

0-10 / 0-9 / 0-8 / 0-7 / 0-6 / 0-5 / 0-4 / 0-3 / 0-2 / 0-1 / 0-0.

Pantalla en negro.



Por supuesto: la angustia, la sorpresa, incluso la desesperación del espectador son desmedidas. Había una cuarta bomba. Sólo H fue capaz de descubrirlo. Tarde, pero si lo hubiera «apretado» más a Yussef. Si le hubiera torturado a los hijos, le habría extraído el dato. Pero Yussef, al lograr eliminarse, le quita esa posibilidad. Como sea, la imagen de los des activadores de bombas brindando con champán y el encuadre final de la bomba, la cuenta regresiva y la pantalla en negro son devastadores. ¡Señores (dice el film) hay que torturar hasta el fin! O le plantea algo tan terrible al espectador que lo deja atónito.

Hollywood ha dado distintos y crecientes pasos en cuanto al tema de la violencia:

Los *cowboys*, los colonos o el Ejército mataban a los indios. Qué importaba. Eran indios.

Los soldados *yankis* mataban alemanes nazis. Qué importaba. Eran nazis.

Los delincuentes juveniles sacaban sus navajas y se mataban en guerras de pandillas. Problema social grave.

El Ku Klux Klan mata negros. No, porque somos «Kennedy Boys» que luchamos por los derechos civiles.

John Wayne, en *The Searchers*, sale de la tienda de Scarr con la cabellera sangrante de éste, sosteniéndola en alto, como tributo de victoria. Su cara no es la del héroe. Es la del bárbaro. ¿Qué pasa? ¿Nos estamos convirtiendo en bárbaros?

Richard Widmark en *Two Rode Together*, no puede impedir que la turbamulta de colonos enfurecidos linche a un indio, que era un blanco hecho comanche, el hermano de Shirley Jones.

Luego, Harry el Sucio, El Vengador Anónimo. La bestia de Charles Bronson. Casi quema vivo a un tipo en uno de esos films que hacía con su mujer, la bella y desdichada Jill Ireland (murió muy joven, de cáncer). En otra, en que hace de policía, el delincuente le grita: «¡Voy a volver! ¡Voy a salir y voy a buscarte!». Frío, inexpresivo (es decir: tal como era), Bronson le dice: «No lo harás». Le mete un balazo en la frente. A negro. Fin de la película.

Después, cuando las piñas ya no fueron suficientes, empezaron las patadas en las costillas de los caídos.

Los golpes de karate. Resultan ser mortales. Y las espadas de Kill Bill. Y ahora...

La tortura. La tortura-límite. Lo *unthinkable*. Lo impensable. Lo que posiblemente ni Hollywood pensó. En cuanto a la tortura de niños ante sus padres, fue moneda corriente entre los militares de la Seguridad Nacional que actuaron en nuestro territorio. Sabemos que se educaron en la Escuela de las Américas y que en la base de esa educación estuvieron los héroes de Dien Bien Phu y Argelia: los paracaidistas franceses, la OAS. Los militares argentinos fueron más allá de todo límite. Los niños que se salvaban de la tortura eran entregados a padres apropiadores. Según se sabe perfecta, claramente. Definitivamente. Sin discusión posible.

La banalización de la tortura

Unthinkable es un *thriller*. Así se lo califica. Un *thriller* político. ¿Qué significado tiene la palabra *thriller*? *Thrill* es emocionar, hacer estremecer, turbar de emoción, vibrar, temblar, excitación. De *thrill* viene *thriller*: novela sensacionalista, novela de misterio, novela policial, espectáculo emocionante. Lo que se ofrece al espectador es un relato estremecedor, sensacionalista, excitante, una novela de misterio o de enigma, cuya trama hay que seguir porque el final tironea la atención del espectador. ¿Aguantará la tortura Yusef? ¿Estallarán las bombas? ¿Logrará imponer su criterio la agente Brody? ¿Hasta dónde llegará el siniestro H? ¡Qué películón, señores! ¡Qué *show* de primera línea! Un policial que mantiene al espectador en el borde de su asiento. Y encima con frases trascendentes. Con reflexiones importantes: ¿hasta dónde es lícito llegar?, ¿vale la pena animalizarse y masacrar a un ser humano porque el tipo dijo que puso tres bombas nucleares?, ¿y si no las puso?, ¿y si está abyecta, totalmente loco?, ¿y si es un masoquista?, ¿un simple masoquista que estaría mejor y más adecuadamente en el diván de un psiquiatra y no en la camilla del abominable torturador H? Todo por unos pocos dólares. Un espectáculo que, en derroche de emociones, supera a *Lo que el viento se llevó* y *Los diez mandamientos* en doble programa. Porque aquí el gran *show* es la tortura. Ver cómo un gigantón sádico destroza a un hombre indefenso en nombre de la Guerra contra el Terror que lo permite todo porque es la batalla hegemónica que hoy libra Estados Unidos. Pronto los espectadores de cine se preguntarán: ¿De qué es la que dan en el Patio Bullrich? De amor. ¿Y en Cinemark? De guerra. ¿Y en Alto Palermo? De torturados.

Detrás de todo eso, para nada ocultos, los monopolios de Hollywood. Por medio del cine o la televisión nos enseñan que la tortura es una cosa como cualquier otra, un género como cualquier otro, un entretenimiento también así: como cualquier otro. Se la banaliza. Se la torna una mercancía más que se lanza al mercado. «Las películas de torturas venden bien», haya dicho acaso Rupert Murdoch. Su biógrafo, que lo admira, dice: «Si tú no estás con Rupert Murdoch, aun en un punto modesto, mínimo, eres un liberal, o —aunque esta denominación se haya diluido en la década pasada o por ahí— eres un *commie* (comunista). Es importante, aquí, atrapar el tono justo (...). Las hermanas de Murdoch, por ejemplo, son “las socialistas”. Gary Ginsberg es a menudo despedido con un: “En fin, eres un liberal”. Murdoch casi no se plantea cuestiones en torno a ideología. Es más una cuestión de temperamento: el suyo contra el tuyo. Del modo que él se ve, se cree el último hombre razonable del mundo. Y tú, ¿eres sentimental o realista? ¿Conoces el valor de un dólar? Sobre todo de sus dólares»^[101]. He aquí un ejemplo de Grupo Monopólico: Random House. Publica a Murdoch en Estados Unidos y tiene una presencia hiperactiva en Argentina. Si se preguntan de qué lado está, acaso encuentren cierto aire de pluralidad en una primera mirada. Pero ha publicado muchos de los libros de la torpe derecha argentina. ¿De qué lado está? Fácil: si publica a Murdoch no debe mirar con malos ojos a Jack Bauer. Aquí, a Beatriz Sarlo, a Carlos Corach, a Martín Lousteau y otros más temibles. También publica a César Aira. Pero creo que Aira sirve

para cubrir las simpatías por la causa de Murdoch y su héroe antiterrorista. Se nos ocurre. Ahora ha optado por la elegancia de incorporar como editor a Juan Ignacio Boido, que es como un hermano —uno menor en mi caso— muy querido por nosotros y por muchos de los mejores escritores de Buenos Aires. Es una excelente señal. Las empresas son las empresas y jamás dejarán de serlo, pero hay que mirar a quiénes ponen para manejar sus relaciones con los escritores, que son —en cuanto a las empresas editoriales— los que les dan lo mejor de sí para que lo comercien en un mercado arduo, de pocos, cada vez de menos. Nosotros —por acudir a un ejemplo cercano— publicamos en Planeta y no preguntamos mucho sobre el Grupo que tiene una entera manzana en Madrid. Tampoco creemos habernos entregado a las manos de los borbones. Para nosotros, Planeta son Alberto Díaz, Ignacio Iraola y Paula Pérez Alonso, de los que somos amigos hace ya décadas. Y ellos sí que, con Jack Bauer, nada.

Justamente el tema del monopolio mediático es central y lo hemos dejado como frutilla del postre. Suponiendo que este libro haya sido tan agradable como un postre. Algo que dudamos. Creemos estar preparando uno superior: *Sarmiento y Marx: Conflictos y armonías entre Facundo y El capital*. O también: *Filosofía, sujeto y poder: una reflexión suramericana*. O una novela: *La dimensión desconocida del doctor Hartmann*. Mas ¿quién puede saber cuál será su próximo libro? Sólo sabe que el mejor de todos —ése— se va a morir sin escribirlo. Todos los escritores saben esto.

En la línea de Leni Riefenstahl. Kathryn Bigelow y el cine de propaganda (de la tortura).

Bigelow es una mujer hermosa. Tiene un porte elegante, una sonrisa seductora, vivaz. Probablemente fue actriz. Es inimaginable que no lo haya sido. Luego optó por la dirección. Esto voy a volver a decirlo. Pocas cinematografías tienen mujeres tan talentosas en la dirección de films. Es —además— importante. Para hacer el film que analizaremos contó con todo el apoyo de la CIA. Y eso es mucho dinero y también la asidua frecuentación de personajes *non sanctos*. Pero ella tiene temple de acero. Cree en la causa que encarna: la Guerra contra el Terror. Contra el terrorismo. Contra el fundamentalismo islámico. La tortura, en esa guerra, es fundamental. Tan fundamental como el fundamentalismo. Hay un fundamentalismo de la tortura. Hay métodos, escuelas, genios de la tortura. Sólo hay que indagar en qué zonas de sus cuerpos los seres humanos sufren más el dolor. Se trata de un trabajo infame. Pero seguramente está muy bien pago. El mundo de hoy es impensable sin la tortura. Hemos llegado al siglo XXI para decir esto. Para acostumbrarnos a que esto (la tortura) es parte del paisaje histórico de nuestro tiempo. ¿Tan efectivo es el dolor? Imaginemos que estamos desnudos, humillados. Siempre el que está desnudo entre seres que no lo están se siente rebajado. Es un ser desvalido. ¿Para qué la civilización ha inventado las vestimentas? Para no andar desnudos como los animales. Parte esencial de nuestra dignidad como personas está en las telas que nos cubren. Incluso es un arte maravilloso cubrir los cuerpos. Hay historias de la moda. Por la moda se puede estudiar profundamente una época. Al torturador le importa poco saber esto. Busca otras certezas. Sabe dónde parar. Cuándo seguir. Suele entrar un médico de tanto en tanto y decir: «Pueden continuar. Aguanta más». Puede equivocarse. ¿Qué resta del sujeto torturado? Se trata de deshumanizarlo. Pero antes hay que sacarle la verdad, que el torturador supone que guarda celosamente. ¿Y si no la tiene? ¿Y si la inventa? ¿Se comprobará el embuste y volverán con más furia sobre él? Si muere, lo tirarán por ahí. ¿Le importa a usted esto? ¿O lo lee en el diario y sigue de largo, da vuelta la página? Luego, otra vez, lo encuentra en libros como éste y acaso se fastidie. Ufa con la tortura. Ya sabemos que se tortura. ¿Tiene que recordárnoslo a cada rato? ¿Tan a salvo se siente? ¿Ignora la frase de Kafka? Nadie sabe en qué momento será incluido en el bando de los perseguidos.

Cuando los militares bolivianos cometieron la —para ellos— hazaña de matar a Ernesto Che Guevara, se sintieron orgullosos. Tanto, que lo mostraron al entero mundo en el piletón de Vallegrande. Ahí estaba el invencible Che, muerto. Ahí estaban ellos, vivos y vencedores. Que el Che, con su milagrosa sonrisa, con sus ojos, aun muerto, abiertos, les arruinara la fiesta, al punto que el mundo vio al más bello muerto de la historia rodeado de sus asesinos y burlándose de ellos con su sonrisa, con sus ojos pícaros, tal como los tenía cuando andaba de un lado a otro por el planeta, es otra cuestión. Los militares reprodujeron el famoso cuadro de Rembrandt sobre la lección de anatomía: señalaban que los balazos habían

entrado por aquí, y por ahí y por allá. Ahora viene la pregunta que todos (menos los norteamericanos) se han hecho: ¿alguien vio muerto a Osama bin Laden? Nadie. Y si esperan verlo en la película de Bigelow, olvídense. Van a ver un poco de cierta barba blanca y los orificios de una nariz con algún toque de sangre. ¿Alguien vio cuando lo tiraron al mar? ¿Tomaron fotos de algo sus sacrificadores? Nada. Y cuando llegó la noticia del eterno ocultamiento en el mar todos —en la Argentina y en muchos países del mundo— dijeron: mentira, nos toman por idiotas. O no lo mataron o lo mataron hace tres o cinco años y recién ahora (vaya uno a saber por qué) la CIA nos lo hace saber.

Tomarnos por idiotas es lo que se proponen, pero en concepciones conspirativas de la historia los argentinos somos maestros. ¿Por qué nos escamotearon a Osama? ¿Por qué lo tiraron al mar? ¿A quién tiraron al mar? ¿No tienen una foto para mostrarnos? ¿En la palabra de quién tenemos que creer que semejante archivillano ha sido abatido y el vencedor es parco en exhibir y probar exhaustivamente su triunfo y hasta su gloria? Además, ¿alguien cree todavía que el acontecimiento histórico universal de las Torres Gemelas no tuvo aliados internos? 1) Legitimó el triunfo electoral de Bush que había sido todo menos transparente. A partir de ahí se transforma en el líder de la nueva cruzada: *The President takes charge*, dicen entusiastas varios *magazines*. 2) Se legaliza la guerra contra Saddam Hussein y la invasión a Irak. Guerra que todavía continúa y (que) ya ha tenido un costo de vidas altísimo. Y que ha recurrido a la tortura (*tarea de inteligencia*) y ha instalado innúmeros campos de concentración, no detectables por los satélites pues sólo los tienen Estados Unidos o sus buenos aliados del Occidente capitalista y cristiano. La guerra de Irak está sostenida por el ataque a las Torres. Y la tortura sigue siendo (y seguirá siendo) la más efectiva de las tareas de inteligencia. Por si hiciera falta: la película de Bigelow lo demuestra. Ya lo había demostrado la casi intolerable *Unthinkable* y el fanático agente Jack Bauer de la cadena Fox, propiedad del derechista Rupert Murdoch, zar de los medios. Ahí se entroncan los medios con los guerreros de la democracia, tortura mediante.

Los norteamericanos no inventaron esto. Fue obra de los franceses. En Indochina y en Argelia impusieron la teoría de la *defensa nacional*. Su herramienta principal de inteligencia: la tortura. «La legalidad es incómoda, coronel», heroicamente le dice un periodista francés (que, sin duda, había leído a Sartre) al coronel Mathieu. Su respuesta (notable) ya es bastante conocida: «La cuestión no es la tortura. La cuestión es si Francia se queda o no en Argelia. Si se queda, no me pregunten por los métodos que utilizo para lograrlo». La valiente, obstinada agente de la CIA Maya (la actriz Jessica Chastain, que ganará su Oscar pese a su voz de escaso atractivo, aguda hasta un poco más allá del registro de una gran actriz) podría decir a quienes la denostan: «La cuestión no es la tortura. Es si ustedes quieren o no que atrapemos a Osama. Si lo quieren, no me pregunten por los medios que utilizo para conseguirlo». Porque en el film de Bigelow los medios por los que se atrapa a Osama son: 1: La terquedad de la agente Maya. Su obstinación casi enfermiza. «Los de Washington dicen que es una asesina», le comenta un hombre del Departamento de Estado a otro. Así nomás, al pasar. Maya, la heroica y terca protagonista, es una asesina según las altas fuentes de Washington. Luego, Maya presencia las torturas y aunque algún mohín de disgusto expresa su linda cara, de ningún modo intenta impedir ninguna atrocidad. Las atrocidades de las torturas mienten. La principal y casi única es la que aquí conocemos como «el submarino». ¡Qué piadosos los de

la CIA! ¿No averiguaron los métodos de inteligencia de los militares argentinos? El empalamiento, la picana, la tortura delante de los hijos, la violación de las mujeres, el robo de los bebés, el asado de los prisioneros, vivos o muertos, los vuelos de la muerte, etc. O sea, Bigelow muestra una tortura *light*.

Sin embargo, su fiel torturador dice una frase decisiva ante el capo de la CIA (James Gandolfini): «Todo esto se basa en informes de los presos. Hay un 60% de posibilidades de encontrar a Osama». Maya (*que comparte la idea de que todo se basa en el testimonio de los presos*) dice, contundente, «Hay un 100% o, para no asustar sus cojones, caballeros, digamos un 95%. ¡Pero es un 100%!». ¿Quién es Maya, personaje que se devora el film con su omnipresencia, de la que podría afirmarse sin dudar que atrapa a Bin Laden por su perseverancia casi inverosímil? Maya (y aquí va la bomba) es el *alter ego* de Bigelow. «Si yo hago la película, yo lo atrapo». ¿Quién es Kathryn Bigelow? Filmó siempre películas de hombres. Estuvo casada con James Cameron, detalle que algo tendrá que ver en la totalidad de nuestro análisis. Su film anterior fue una glorificación de los des activadores de bombas, todos héroes, todos sacrificados, todos tipos que arriesgan sus vidas por salvar las de los otros. Bigelow es uno de los grandes personajes de Hollywood, es (según creo) *bellísima*, y ya pasó los sesenta. Tiene cara de inteligente, de mujer brillante, corajuda. Es patriota. Y va a hacer un film sobre la Triple Frontera, a la que llenará de narcotraficantes, fundamentalistas islámicos y drogones miserables, despojos de la vida que nada valen.

Volvamos a Maya. Todos están en contra de su obstinación por ir tras Bin Laden. Un personaje comenta: «Es ella contra el mundo». Sin embargo, aparte de su patriotismo agobiante, nada parece justificar (internamente) esa perseverancia. Maya es sensible. Maya es dura. Se enfrenta al mundo masculino y hasta llega a reventar a gritos a un tipo que se le opone (gran escena de Jessica Chastain, nominada al Oscar). La película se centra más en ella que en el *misterio Osama*, en el despliegue de inteligencia, o en la acción impresionante de las fuerzas de ataque. ¿Por qué llora Maya al final del film? ¿Por qué el film cierra con un plano medio de Maya derramando breves pero dolorosas lágrimas? Tal vez, conjeturo, porque comprende que el sentido de su vida ha muerto con Osama. Tal vez porque sabe que mintió. ¿Alguien puede imaginar qué habría sucedido si Maya destapa la bolsa mortuoria de Osama, lo mira, mira a sus compañeros y niega con su cabeza en lugar de afirmar? ¿Era posible una actitud así en una mujer que había arrastrado al poder más grande de la Tierra hacia una zona inhallable donde no estaba lo que debía estar, lo que ella había dicho (con el 100% de su obstinación) que estaba? Lloro por eso. Porque mintió. Porque será imposible exhibir algo de Osama al mundo y probar la hazaña. Porque habrá que sepultarlo en el mar, escamotearlo, esconderlo para la eternidad. Y si no que alguien diga por qué llora esa mujer tan dura, una «asesina», una comandante de hombres, una convencida de los beneficios de la tortura.

Decir que el film está bien hecho es un pleonismo. Bigelow dirige bien y tiene —aquí— a toda la CIA y a todo el Gobierno de los Estados Unidos de su parte. Aunque se inicia con un contraste burdo indigno de cualquier artista, pero perfecto para justificar la tortura. Pantalla en negro y de a poco empezamos a escuchar los gritos de los que habitan las Torres cuando se produce el atentado. Es el horror, por supuesto. Pero ese horror está puesto exactamente ahí para que la película pueda abrir con una escena brutal de tortura. ¿Ven? Aquí está la

consecuencia inevitable del atentado. Fue porque nos agredieron que hacemos algo que no haríamos. Nos forzaron. Nos obligaron a hacer cosas que John Wayne jamás habría hecho, aunque las haría de estar en nuestro puesto, como vengadores de la injuria más grande que *America* ha recibido.

Confieso —casi dando un salto en el desarrollo del film— que el ataque final a la morada del Villano no me impresionó como lo esperaba. Ocurre de noche. Las luces salen de los supercascos de los supersoldados. Hay tiros a destajo, muertos, idas y venidas, hasta que parece que matan a alguien (al que casi no se ve) que es Osama. A partir de ahí, lo ponen en una bolsa, lo llevan a un helicóptero y luego a un avión en que aguarda Maya, quien dice — con apenas un leve movimiento de cabeza— que sí, que es él.

La película ha generado furias de todo tipo. El progresismo norteamericano (que existe, y ya lo creo que existe; sobre todo, claro, en Nueva York) no le ha perdonado nada a Bigelow. Naomi Wolf le ha enviado una carta personal. La carta es dura y no se ahorra nada. Ni siquiera el símil Bigelow-Riefenstahl que resulta evidente para muchos de los que ven la película. ¿Quién es Naomi Wolf? Tiene un peso, un, por decirlo así, predicamento entre los sectores progresistas norteamericanos que la autoriza a decirle a Bigelow lo que abundantemente le dice. Anda por los cincuenta años, nació en San Francisco y su último libro es un éxito de ventas. Se llama *The End of America*. Postula que su país está muriendo por incurrir en la negación de sus valores tradicionales, los de la democracia. Que se está deslizando hacia el fascismo utilizando como pretexto el acontecimiento del *nine eleven* que ha llevado a primer plano a todas las fuerzas conservadoras y les ha dado una bandera de lucha, una bandera para la guerra con el argumento falaz e infundado de defenderse de un segundo ataque. (Ver: *Antes de que nos ataquen de nuevo*, de Bruce Ackerman y *Terrorismo y contraterrorismo*, un libro apoyado por la Marina argentina. También *The Real America*, ese horrible manifiesto de Glenn Beck. Y para vacunarse contra esta catarata autoritaria siempre está el notable *La otra historia de los Estados Unidos* de Howard Zinn). Pero *The End of America* es un libro apocalíptico. Al menos para eso que los norteamericanos piensan de sí mismos y de aquello que quieren seguir siendo. Ya no seguirán siendo eso, dice Wolf. Si presenciamos el fin de «America» es porque su corrimiento hacia las leyes del fascismo parece ser inexorable, ya que Obama, en el aspecto de la guerra contra el terror, no se ha diferenciado esencialmente de los republicanos. Le exige a Bigelow que presente las pruebas que la llevaron a filmar su apodíctico film. «Querida amiga —le dice—, presenta tus fuentes. Muestra tus pruebas de que la tortura produjo información que salvó vidas o de cualquier otro tipo. Pero no puedes presentar pruebas de esta información. Porque no existen». Cinco décadas de investigación, citada en el documental de 2008 *The End of America*, confirman que la tortura no funciona. Robert Fisk suministra otro resumen de esa categórica conclusión. Y el informe de 2011 de *Human Rights First* refuta la principal premisa de *Zero Dark Thirty*. Y éste es el punto axial de la discusión. Aun cuando se acepte dejar de lado el aspecto moral, ¿sirve la tortura para obtener información, como tarea de inteligencia? Recordemos: uno de los personajes más cercanos a Maya, el que hemos visto torturar con mayor convicción a los sospechosos, dice en la reunión con el jefe de la CIA: «Todo esto se basa en informes de los presos». Y sin embargo afirma que sólo hay un 60% de posibilidades de atrapar a Osama en base a esos datos, en tanto que Maya, terminante, vocifera: «¡Un 100%!». Los halcones no quieren

abandonar la tortura porque, a su través, dan cauce a su sadismo, a su odio racial. Y algo — aunque puedan conseguirlo por otros medios más civilizados, aunque *¿hasta qué punto la tortura no le es hoy inescindible a la civilización como antes lo fueron las grandes masacres de los pueblos colonizados?*— conseguirán. Las palomas seguirán insistiendo en que la tortura no es eficaz, que quiebra no sólo al enemigo sino al torturador, que, además, hunde en la infamia al país, que acostumbra a su pueblo a la brutalidad, al fin de la democracia y a la entronización de la violencia como regla para sobrevivir en la sociedad del dolor.

En cuanto al paralelo con Leni Riefenstahl, es complejo. Pero me atrevería a decir que perjudica a Bigelow. Leni filma en los albores del nazismo. Filma a comienzos de la década del treinta. Heidegger, en la célebre correspondencia que sostuvo con Marcuse, le dice, justificándose: «Auschwitz no era visible desde 1933», fecha en que asume el rectorado de la Universidad de Friburgo. Marcuse, desde luego, le dice que sí, que era visible. Leni podría haber dicho lo mismo. Y el tema es materia de discusión. *Pero nadie puede discutir que Bigelow filma cuando la Guerra contra el Terror lleva diez años de vejaciones y horrores varios. Sabe bien la causa a cuyo servicio se pone.* La carta de Wolf finaliza condenando sin retorno a Bigelow: «El desagradable trabajo que realizó Riefenstahl, con el paso del tiempo no se ha podido ocultar. Los estadounidenses también despertarán y verán a través de la apología de *Zero Dark Thirty* las mentiras estandarizadas de un régimen que pretende que esta brutalidad es necesaria de alguna manera. Cuando eso suceda, la misma comunidad que hoy te aplaude dará un salto atrás. Como Riefenstahl, eres una gran artista. Pero ahora te recordarán eternamente como una servidora de la tortura».

Como no podía ser de otro modo, el limitado y pretendido politólogo Vargas Llosa se ha metido en esta cuestión. Dice que vio el film de Bigelow en Nueva York y que, al terminar, el público se puso de pie y aplaudió a rabiar. Algunos, se conmueve, lloraban. Viene, en su texto, de comentar un libro de Niall Ferguson que atesora una visión ásperamente pesimista sobre la cultura occidental. Escribe: «Al terminar este film genial y atrozmente autocrítico, los centenares de neoyorquinos que repletaban la sala se pusieron de pie y aplaudieron a rabiar; a mi lado, había algunos espectadores que lloraban. Allí mismo pensé que Niall Ferguson se equivocaba, que la cultura occidental tiene todavía fuelle para mucho rato». ¿Por qué no? ¿Cómo no habría de compartir Vargas Llosa el alivio de esos neoyorkinos paranoicos que aceptan cualquier cosa con tal de ser protegidos del feroz terrorismo, del fundamentalismo asesino que les derrumbó esas torres en el mismísimo corazón financiero de Manhattan? ¿Cómo no habría de creer que Occidente tiene larga vida en tanto «servidoras de la tortura». (Naomi Wolf *dixit*) como Bigelow hagan films financiados por la CIA y el Pentágono? Sólo un hombre con una visión tan limitada de Occidente y del humanismo no advierte que la tortura no salvará esta contradictoria civilización que, entre atrocidades, ha dado también maravillas al mundo. Si se salva, será por entender de una vez por todas algunos de los principios centrales de la *Declaración universal de los derechos humanos* proclamada el 10 de diciembre de 1948. Que son: «Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona». Y también: *Prohibición de la Tortura y otros tratos o penas crueles, inhumanos y degradantes*. Sin embargo, la esperanza se nos vela ante los acontecimientos. Desde 1948 hasta aquí, se han acumulado incontables horrores. Cualquier guerrero del Pentágono o de la CIA o de muchos otros países se reiría de esos principios, dictados ante el

cercano horror de la Segunda Guerra, con sus cincuenta millones de muertos. Walter Benjamin ya se horrorizaba al ver en la historia una cadena de ruinas. Proponía la concepción de la historia como catástrofe. Aunque, también él, dijo la más hermosa frase que aún puede dar vida a cierta forma de empecinada ilusión: *Es por nuestro amor a los desesperados que aún conservamos la esperanza.*

Lateralidad: ¿qué busca Bigelow en la Triple Frontera?

Las potencias occidentales tienen que tener control sobre todos aquellos territorios que suponen sospechosos de cobijar terroristas. Ignoramos cuántas bases tiene Estados Unidos a lo largo del mundo. El único modo de saberlo sería acceder a los satélites que dejan caer sus miradas sobre el planeta y saben hasta dónde uno guarda sus calzoncillos, sus revistas pornográficas, el revólver que compró para matar a los potenciales malvivientes que arrasan el país o suicidarse. Pero los satélites les pertenecen. Ningún otro país está en condiciones de tenerlos y echar una mirada a lo que ellos hacen. En Guantánamo, por ejemplo, o en el corazón del devastado territorio de Irak. O a qué hora toma el té en los jardines de su Palacio la reina Isabel.

La otra obsesión de Estados Unidos es crear bases en que asentarse y penetrar en continentes que parecieran estarle negados. El ejemplo, en Medio Oriente, es el Estado de Israel, cuya agresiva ala derecha está conducida por Benjamín Netanyahu, actual Primer Ministro, que nació en Tel Aviv y se educó en Harvard, por eso es como es. En Suramérica está Colombia y, en manos de ese formidable socio que es el Reino Unido, las islas Falklands, que nosotros llamamos Malvinas, haciéndolas nuestras al menos desde lo nominativo. Lo que no sabemos de esas islas —de lo que ahí está ocurriendo— es tanto que asusta. Inglaterra las necesita (el imperio las necesita) pues se requiere tener una base desde donde controlar esa región. Se dice con insistencia que hay ahí cargamento nuclear y ya no es necesario insistir tanto en decirlo porque sí, hay.

Dentro de esta política de asentamientos colonialistas surge poderoso el tema de la Triple Frontera, codiciado desde hace tiempo por los halcones y las palomas del Imperio, que siempre coinciden en estas cosas. Desde años atrás se viene sugiriendo (por usar una palabra suave) que hay ahí un sinuoso, sórdido territorio de trata de blancas, prostitución y narcotráfico. De ahí a añadirle a ese cóctel explosivo *terroristas* hay un solo paso. Ese paso se dio. La Triple Frontera queda así estigmatizada como un abismo de la condición humana, una letrina moral, un espacio de aventuras innobles y —como todo ese tipo de aventuras— fascinantes. Ésta es una de las excusas de la distinguida Kathryn Bigelow, célebre propagandista de la tortura a partir de su reciente film *Zero Dark Thirty*. Bigelow ya tiene el presupuesto para el film, que será costoso y difícil. Asombra la facilidad con que esta mujer consigue sus presupuestos. Acaso porque sus fondos provienen de arcas insondables que se ponen a su disposición. Entre lo que filmó en *Zero Dark Thirty* y la rapidez con que se armó este film y su necesidad queda poco margen de duda para erosionar una certeza: Bigelow filma para las necesidades estratégicas de la CIA, que le ha proporcionado gran parte del material bélico —sobre todo los dos enormes helicópteros futuristas— para llevar a cabo el film sobre Bin Laden.

La Triple Frontera está delineada por las ciudades de Foz do Iguaçu (Brasil, Estado de Paraná), Ciudad del Este (Paraguay, Departamento de Alto Paraná) y Puerto Iguazú (Argentina, Provincia de Misiones). Los candidatos para encarnar al héroe que transitará por esas azarosas latitudes son Harrison Ford, Sean Penn y Brad Pitt. Qué pasará. Difícil saberlo. Posiblemente Argentina se oponga. O Paraguay. Improbable Brasil. Pero —si la poderosa Bigelow se empeña— raro sería que alguien pudiera frenar el film. De hacerse, se mostraría al mundo que cualquier intervención de Estados Unidos en ese sitio del Mal estaría justificada. No mucho más hay para decir por el momento. Mujer activa, temple de acero, Bigelow ya estuvo varias veces en el lugar. Si estuvo es porque ese proyecto la atrae con fuerza. Si así la atrae, nada podrá impedir que haga lo que quiere hacer: un film en una Triple Frontera plagada de todas las plagas necesarias, pero sobre todo la mayor plaga que a Estados Unidos le interesa exterminar: el terrorismo. Si no consigue el permiso con la amplitud y el poder que necesita, Bigelow ya declaró muy calma que reconstruirá la Triple Frontera en cualquier lugar del mundo. ¿O alguien supone que *Casablanca* se filmó en Casablanca? Algo que revela una realidad. Eso (el mundo) es casi todo de ellos y el proyecto final es que lo sea. No creo que Bigelow llegue a hacer este film (el de la posesión del entero mundo por parte de Estados Unidos). Salvo que incluya a muchos chinos en papeles protagónicos. Porque, guste no, las potencias occidentales —en su proyecto globalizador de dominio— tendrán que aceptar algunos socios. China, cada día que pasa, se ve como el país pujante que tendrá la posibilidad de hacerlo. Si se le antoja.

Medios y monopolios: la verdad monopolizada

Suponemos que nadie negará la autoridad de Adam Smith para hablar de las cuestiones fundamentales relacionadas con los problemas de la economía capitalista. Uno de esos problemas era para él la formación de monopolios. Si Smith reviviera, se deprimiría gravemente ante la visión de un capitalismo depredador basado en la codicia de los grandes monopolios internacionales, que manejan la política, la economía, los medios y hasta deciden las guerras de los diferentes países del sistema que él creyó casi perfecto. Si decimos «casi» perfecto es porque —aunque no desarrolló mucho el tema—, Smith debió admitir que, en extrema instancia, el mercado no se regulaba solo, sino que debía intervenir una especie de Dios ordenador para volver a entregar forma y armonía a algo que la había perdido. A este Dios ordenador Smith le dio el nombre de «mano invisible». Esta mano se ha hecho célebre por su intrusión irracional en un tratado tan serio como lo es la *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (1776). El libro traía una novedad importante. Si los mercantilistas o los fisiócratas creían que la riqueza emanaba de un buen desarrollo y crecimiento de la macroeconomía, de una balanza comercial que fuera siempre favorable a la economía del país que expresaba (aun cuando los fisiócratas depositaran sus esperanzas de prosperidad más en los frutos generosos que provenían de la tierra), Adam Smith dio certeramente —por decirlo así— en el clavo. La riqueza tenía su origen en el trabajo. Anduvo cerca del tema de la plusvalía (no por otro motivo, Marx pecó de excesivamente modesto pero no incurrió en mentira alguna al decir que él no había descubierto el tema, sin considerar que había señalado nada menos que su injusticia, por ser precisamente la plusvalía esa parte del trabajo del obrero que el salario no reconoce: el obrero produce un 100% pero el capitalista le paga un 30% y se queda con el resto, ese 70% es la plusvalía que le permite enriquecerse), pero siempre le pareció adecuado que el capitalista se quedara con la parte del león ya que era él quien arriesgaba su capital. Todo lo demás se resolvía en la esfera del mercado. El mercado debía ser libre y el Estado no debía intervenir. Los principios esenciales de la economía capitalista son simples. En el mercado de trabajo se encuentran el capitalista y el futuro obrero. Uno, tiene el capital. El otro, su fuerza de trabajo. El capitalista le compra al obrero su fuerza de trabajo por 30 pesos. Van a la fábrica y el obrero empieza a trabajar. ¿De dónde sale el monto del salario? ¿Por qué le paga 30 pesos? Porque es el monto que necesita el obrero para mantenerse. Un obrero vale lo que vale mantenerlo. Lo que un obrero vale es su salario. Con él podrá vivir. De ahí que el librecambio surja cuando los capitalistas industriales (clase a la que representaba Smith) derrotan a la aristocracia cerealera y derogan la Ley de Cereales de 1815 con el apoyo de los obreros y los socialistas, que luchaban para abaratar los alimentos de los asalariados. Los capitalistas de Manchester y Liverpool también. Derogada la Ley de Cereales (llamada también Ley del Hambre), la burguesía británica empieza a importar materias primas a bajo costo de los mercados de ultramar en lugar de pagarle a precio de rey a la oligarquía cerealera del mercado interno. De más estará decir que la Ley de Cereales imponía

gravámenes poderosos a las materias primas de importación favoreciendo a los cerealeros, que —sólo de este modo— podían competir con los productos primarios que venían del exterior y seguir con el monopolio que les permitía formar sus precios a gusto. Los industrialistas dijeron: no. Convocaron a los obreros y les dijeron: el pan que ustedes comen es tan caro porque estamos enriqueciendo a los productores británicos, todos aristócratas del monocultivo. Este problema será el que desate la Guerra Civil en Estados Unidos entre 1860-1865. En Inglaterra se resolvió pacíficamente. La aristocracia cerealera era muy inferior a los industriales de Manchester y Liverpool y cedió. Se derogó, según dijimos, la Ley de Cereales y se derogó, con ella, el proteccionismo económico, que (como dice Marx) es el modo de crear la industria. Pero la industria inglesa ya estaba ampliamente desarrollada. El proteccionismo —que la había posibilitado— ahora la perjudicaba. Sobre todo al encarecer los productos del agro, los primarios. Y sobre todo cuando tenía colonias desde las cuales podía importar todos los productos primarios que deseara. ¿O para qué se habían hecho las revoluciones en América Latina? Para que los obreros ingleses comieran pan más barato y para que la burguesía industrialista —al reducir sus costos para mantenerlos— pudiera mejorar sus salarios y —más aún— aumentar sus márgenes de ganancia. Todo cerraba brillantemente para las industrias británicas. Inglaterra se declaró «Taller del Mundo» y convenció a todos de las sublimes ventajas del librecambio y del libre mercado. Reducido el Estado a sus funciones elementales de seguridad y distribución de la Justicia, el mercado libre se regularía por sí mismo en total armonía. Surge el lema: *laissez faire, laissez passer*. Aun hacia fines del siglo, en la Argentina, nada menos que el poeta José Hernández, en su libro *Instrucción del estanciero*, dirá célebremente: Vale lo mismo una locomotora que un vellón de oveja. Inglaterra fabricaría locomotoras, Argentina le entregaría vellones, muchos vellones de oveja. Y abundaba: Inglaterra será para la Argentina su colonial fabril, Argentina será para Inglaterra su colonia rural. En base a este recetario elaborado por los grandes economistas británicos, —Smith sobre todo—, se hizo la Argentina Granero del Mundo, la de los «ganados y las mieses» que cantó Lugones, la que tuvo las mayores cifras de exportación de su historia en la primera década del siglo xx según el portavoz de la Sociedad Rural, señor Biolcati. Sólo que ese dinero (basado en la frustración de otro desarrollo de la economía que no fuera el del monocultivo fruto de la «abundancia fácil» —la frase es de Milcíades Peña—, la abundancia fácil de un país con un suelo generoso para el ganado y el trigo que permitía enriquecerse a sus terratenientes con un mínimo de esfuerzo) apenas si se distribuía, quedaba en los bolsillos de nuestras ociosas y dispendiosas oligarquías hegemónicas^[102], manteniendo a la gran parte de la población viviendo en conventillos donde se padecían enfermedades que molestaban, según los textos de la época, más a la clase propietaria que a los pobres inmigrantes que habían venido a «hacerse la Argentina». Pero con la crisis del 29 el modelo agroexportador se fue a la ruina. Como dice genialmente Adam Smith en medio de sus invectivas contra los monopolios (a los que odiaba): «Pronto se gasta lo que poco cuesta»^[103].

Monopolios: los tumores del mercado libre

Y muy poco había costado cederles a los ingleses los frutos generosos y fáciles de la tierra argentina. Inglaterra —por supuesto— los aceptó. Importa señalar —insistir incluso en señalar— que Inglaterra soluciona su posible guerra de secesión al batir a la oligarquía agraria en la cuestión de los aranceles proteccionistas. La sangría que le llevó al Norte de Lincoln derrotar a la aristocracia algodonera y tabacalera del Sur sólo implicó para John Bull la derogación de una ley. Cuando tiene solucionado el problema del librecambio se deshace del proteccionismo. El proteccionismo frena la libertad del sujeto económico. El proteccionismo implica una supraintervención estatista. «Siempre será máxima constante de cualquier padre de familia no hacer en casa lo que cuesta más caro que comprarlo»^[104]. Smith fue el teórico de la burguesía industrial británica. Esta clase pujante necesita emplear obreros en sus fábricas, en sus talleres de manufacturas. Debe alimentar a esos obreros. Debe poner el «pan de cada día» en sus mesas. El pan se hace con harina. La harina viene del trigo. Aquí interviene la sabiduría de ese «padre de familia» que menciona Smith. Si necesito trigo para alimentar a mis obreros, debo buscarlo donde más barato lo encuentre. «Cuando un país extranjero (escribe) nos puede ofrecer una mercancía en condiciones más baratas que nosotros podemos hacerla, será mejor comprarla que producirla»^[105]. A comprar trigo entonces.

Pero Smith se encontró con un problema: la economía liberal, la que debía ser librada a su propia dinámica, una dinámica que por sí misma, sin que nada se entrometiera en su desarrollo creador y libre, lograría su propia armonía, su propio orden, su propia, eficaz regulación, ya que «el mercado se regula por sí mismo», empezó a generar unos tumores que el gran maestro de la economía política capitalista no había previsto: los monopolios. La definición de los monopolios como tumores del mercado libre se nos ha ocurrido luego de pensar mucho esta cuestión. Es tan clara que posiblemente ya se le haya ocurrido a otros y hasta a muchos. Nosotros nunca la encontramos en otra parte, de modo que reclamamos aquí su paternidad con la certeza total de no pasar a la historia por ella. Pero es interesante porque expresa dos cosas: 1) una acumulación de células económicas; 2) esa acumulación es dañina para el conjunto del organismo, entorpece su libertad, aniquila a las células más débiles y si avanza demasiado, hará morir el fundamento del mercado libre: su libertad, nada menos. Estas células devoradoras de células son células cancerígenas del libre mercado. Cuando han concluido su tarea, el libre mercado ha muerto: lo mató el cáncer de los monopolios. El monopolio es la antítesis del libre mercado que funciona por medio de la libre competencia de sus agentes económicos. La función que objetivamente cumple el monopolio es la eliminación de la libre competencia y la formación de grupos monopólicos que se han hecho poderosos comiéndose empresas ajenas, comprándolas o fundiéndolas al liquidarlas por medio de una competencia que tenía precisamente ese fin. Ya no existe «el» almacenero. Ya no existe «el» carnicero. Ya no existe «el» verdulero. Ya no existe «el» vendedor de pescados. Existen monopolios que concentran la venta de todas esas mercancías. La libertad

individual de cada uno de los agentes económicos que mencionamos fue absorbida por el monopolio. Por tres o cuatro monopolios a lo sumo que se reúnen entre ellos y fijan los precios a su antojo^[106].

Además, el monopolio expulsa del mercado aquellas actividades que no le son adecuadamente rentables. Las primeras que sufren esta expulsión son las culturales. A los monopolios no les interesa la cultura. (Acaso como beneficencia con mucha propaganda a su alrededor). El monopolio es hoy la esencia del sistema capitalista y al capitalismo lo único que le interesa es la tasa de ganancia. Nada más y solamente eso. Pongo un ejemplo que me duele personalmente y creo que empobrece al país hasta casi la humillación. Si uno, en Berlín, quiere comprar CD de «música clásica^[107]», sólo tiene que acudir a la Kulturhaus Dussmann. Un señor muy amable le dirá que la música «seria» está en el subsuelo de la casa. No por una decisión valorativa sino porque es —presumo— el espacio más dilatado de Dussmann. ¡Qué fiesta es entrar ahí! No hay nada que uno no encuentre. Y los vendedores saben más de música que cualquier cliente. O, al menos, no desconocen nada de lo que uno pueda llegar a pedirles. En Roma, Feltrinelli cumple con la misma función. En Madrid, El Corte Inglés. En la Argentina, la librería Yenny del *shopping* Alto Palermo tenía un amplio salón posterior dedicado a la música «clásica». Con un vendedor, además, con el que daba gusto hablar. Él me dio la versión de la sonata en si menor de Liszt por Martha Argerich que, por esas vueltas de la vida, yo desconocía. «¿No la tiene? Está considerada la mejor». Era un pibe joven. Y con una carita alegre me dijo: «¿Qué orgullo nuestra Martha, no?». Cuando fui a casa y la escuché, me reventó la cabeza. Bien, cerraron ese lugar. Zivals reestructuró su salón y de música clásica quedo poco. Resta Casa Piscitelli, la obstinada Casa Piscitelli todavía está ahí: en la calle San Martín. Es un pequeño lugar. Ahí, la Argentina ha relegado a Bach, Lutoslawski, Luigi Nono, Ravel, Brahms, Stockhausen, Debussy, Beethoven, Liszt, Chopin, Gershwin, Piazzolla, a los más grandes músicos de todos los tiempos. Esa vergüenza la decretaron los monopolios. Sacaron sus números y dijeron: «Esa música que no entiende nadie no vende. Liquiden ese excesivo salón del fondo que le hemos destinado. No estamos aquí para perder plata».

El Estado, aunque tenga que perder plata, tiene la obligación de restaurar esa terrible carencia cultural. Es una vergüenza para la Argentina que un berlinés o un italiano o un madrileño vengán aquí y alguien le quiere regalar a una chica que lo ha deslumbrado una sonata de Beethoven y le digan que sólo en un negocio de la calle San Martín la podrá conseguir. Un pequeño, familiar, negocio de la calle San Martín. Que ojalá dure. Porque si no dura, la nada. Y la gran vergüenza. No hay en Buenos Aires un lugar donde conseguir *La consagración de la primavera*, *La valse* o el espléndido *Concierto para violín* de Alban Berg. ¿Por qué? Por los tumores cancerosos, por los monopolios.

La época de la imagen del mundo

Smith es el genial autor de una frase imperecedera en la teoría económica. Dice así: Siempre será máxima constante de cualquier prudente padre de familia no hacer en casa lo que cuesta más caro que comprarlo. Sabia decisión de este «padre de familia» de Smith que es, sin más, el sujeto protagónico del capitalismo: el propietario del capital. Sin embargo, este sujeto debe ejercer una influencia moral sobre las otras clases, las no propietarias. Debe eludir la concentración de empresas. Esta concentración da origen a la malformación que más odia Smith: el monopolio. No dejemos de notar el tono de indignación con que se expresa, como si esa acumulación insalubre (la de muchas cosas en pocas manos o en una sola) arruinara el sistema que él tanto defiende y considera —bastante *alla* Leibniz— el mejor de los posibles: «El beneficio exorbitante destruye aquella parsimonia que en otras circunstancias es una de las características del comerciante. Cuando las ganancias son excesivas, se destierra de su clase aquella sobria virtud, como si fuera algo superfluo, y el lujo exagerado se hace compañero inseparable de esa abundancia (...). Si el patrón es recatado y sobrio, los operarios que emplea, naturalmente lo serán también; pero si el dueño es gastador y pródigo, el criado, que norma su conducta por el modelo del amo, no podrá menos de seguir el ejemplo de él»^[108]. Y a vuelta de página cita un proverbio que lo deslumbra (y también a nosotros, pues otra vez recurrimos a él): «Pronto se gasta lo que poco cuesta». Sucede que nada define mejor a nuestra oligarquía terrateniente: hija del liberalismo económico, diseñada para el ocio por la «abundancia fácil» de sus campos concentrados en pocas manos, se entregó a la satisfacción de sus deseos más opulentos y al ejercicio constante de la dilapidación. Lejanamente recuerdo haber leído en textos que me dieron la alegría y el deslumbramiento de la nueva temática en que me iniciaba (allá por 1968: el estudio de este país complejo, irritante, trágico, irresistible), definiciones precisas. 1: La oligarquía agrícola-ganadera era capitalista, pero su ociosidad la alejaba del espíritu burgués. 2: Era exclusivista (como lo pedía Cané: «Los argentinos cada vez somos menos. Cerremos el círculo y velemos sobre él»), pero estaba lejos de ser una aristocracia. Nietzsche la habría desdeñado hondamente. Carecía del refinamiento, de la cultura de esa clase. Vivía de segunda mano. Consumía, sin mayor criterio, todo lo europeo. Muy especialmente las novedades de su cultura, no sus fuentes. Y carecía también del ímpetu esencial de la burguesía, que sabe que la ley primera del desarrollo del capitalismo es reinvertir la ganancia para producir más y duplicarla. Nuestros oligarcas sólo saben construir palacetes y planear viajes a Europa. En 1912 (en el cenit de su poder), la oligarquía argentina despilfarra el 10% de su economía de exportación en viajes a Europa. Había venido al mundo bendecida por su Creador. De aquí provienen esas frases: «El gran país que fuimos», «La patria de nuestros padres y nuestros abuelos» o «Dios es argentino». Tenía mano de obra barata y tierras infinitas, que entregarían siempre sus frutos para el regocijo y la holganza de unos pocos que eran los dueños de esas riquezas. Si Smith hoy se levantara de su tumba se horrorizaría ante un mundo tramado por los monopolios y los oligopolios, que se devoran el mercado sofocando

a sus competidores. Matándolos. A eso se llama «neoliberalismo». El neoliberalismo es la etapa superior del liberalismo. La etapa en que los monopolios y los oligopolios traban la libertad del mercado, arrojan de él a los pequeños competidores e imponen sus reglas en todos los órdenes: el económico, el cultural, el político y —muy especialmente— el comunicacional, el arma predilecta del capitalismo oligopólico durante los días que corren. El nuevo Sujeto Absoluto.

¿Cuándo surge el liberalismo? Digamos: a mediados del siglo XIX. O levemente antes. Las llamadas *Corn Laws* (leyes de cereales) gravaban las importaciones de trigo para proteger a la oligarquía cerealera británica. Estos agricultores estaban ligados a la producción primaria, no así la vigorosa burguesía industrial, representada por Smith. (Acaso estemos incurriendo en algunas repeticiones. Es deliberado. Recordemos la frase de Heidegger: «Lo que se repite se piensa dos veces»). Esta burguesía, que necesita alimentar a su proletariado urbano, requiere pan barato. ¿Por qué comprárselo a los terratenientes? Ese gran país capitalista que fue Inglaterra no alimentaba vagos, ociosos que buscaban vivir meramente de lo que crecía del suelo. Quería industrias. ¿Por qué, entonces, no importar el trigo de las colonias? De las colonias trigueras. Sí, de esa República del Sur de Latin America que acababa de ganar su independencia, suceso que los barcos británicos saludaron a cañonazos en el estuario de ese ancho Río de la Plata.

Así, la burguesía se anota un gran triunfo. Consigue la derogación de las *Corn Laws*. Arremete, para ello, contra los terratenientes: llama «ley del hambre» a las que graban los productos cerealeros de importación. Producen hambre porque encarecen esos productos con que se alimentan los obreros. Consigue así el apoyo de esa clase. Capitalistas industriales y proletarios luchan unidos contra la aristocracia terrateniente. Nada de proteccionismo. Seamos liberales. Abracemos el libre comercio. Traigamos trigo barato de los países extranjeros. Al bajar el costo del pan bajaremos el costo del salario, que, como todos saben, es el costo de lo que suma mantener a un obrero. Si algo tan sustancial para esa manutención, como el mismísimo pan, nos sale más barato, más ganancia tendremos. Es David Ricardo el que desarrolla este punto: «Es tan importante para la felicidad de la humanidad entera aumentar nuestros disfrutes por medio de una mejor distribución del trabajo, produciendo cada país aquellos artículos que, debido a su clima, su situación y demás ventajas naturales y artificiales, le son propios, o intercambiándolos por los productos en otros países, como aumentarlos mediante un alza en la tasa de utilidades. He tratado de demostrar, a través de toda esta obra, que la tasa de utilidades no podrá ser incrementada a menos que sean reducidos los salarios, y que no puede existir una baja permanente de salarios sino a consecuencia de la baja del precio de los productos necesarios en que los salarios se gastan»^[109]. También Marx aprueba la derogación de las *Corn Laws*: «Los obreros ingleses han hecho sentir a los librecambistas que no se dejan seducir por sus ilusiones y mentiras. Y si, a pesar de eso, se han prestado a aliarse con ellos en contra de los terratenientes fue, simplemente, para acabar con los últimos restos del feudalismo y no tener frente a sí más que a un solo enemigo»^[110].

En resumen, si el liberalismo nace con la derogación de las *Corn Laws*, entonces el liberalismo es casi una creación tan argentina como el dulce de leche o el colectivo. ¿Qué decir? ¿Cómo el mundo nos pide modestia? Hicimos posible el liberalismo. Sí, Dios es

argentino. Porque Dios, qué duda cabe, es liberal. Y la tierra del trigo generoso, el país que posibilitó aniquilar las *Corn Laws* fue la Argentina de la abundancia fácil. Y nuestra oligarquía terrateniente, centrada en su economía de monocultivo, en su economía de productos primarios, les vendió cereales a bajo precio a los industriales británicos, quienes, para ello, derribaron las leyes proteccionistas y abrieron las puertas del libre comercio para que entraran triunfalmente por ellas los ganados y las mieses que cantó Lugones. Algo salió mal. Para nosotros, claro. Los ingleses se dedicaron a la industria. Alimentaron a su proletariado y fabricaron máquinas y herramientas. Y cierto día, a fines de la década del veinte del siglo (también) xx, los términos de intercambio aniquilaron el valor de las mieses y los ganados, y la tierra fértil, los campos generosos del país de la abundancia fácil no sirvieron para mucho. Y nosotros, que inventamos el liberalismo, fuimos sus víctimas. ¿Por qué? Porque nos dejamos envolver por «el carácter hipócrita común a todos los sermones liberales»^[11]. Porque no fuimos proteccionistas, lo que nos habría permitido ser industriales y no hundirnos no bien se hundieron los valores de las industrias primarias, ligadas a la tierra, al pasado, al feudalismo.

¿De qué sirvieron las masacres colonizadoras de la modernidad capitalista?

Pero la oligarquía terrateniente era una clase ociosa, y hacer un país industrial requiere laboriosidad y coraje. «El sistema proteccionista (decía Marx) es el medio para crear en un pueblo la gran industria (...). Por eso vemos que en aquellos países en que la burguesía empieza a imponerse como clase, en Alemania, por ejemplo, hace grandes esfuerzos por implantar aranceles protectores»^[112]. Pero ese proyecto es el de la unidad alemana y se corona con Bismarck a su frente. Aquí sólo estaba nuestra dispendiosa oligarquía agraria. La misma que —según la buena maestra de ese señor de la Sociedad Rural, Roulet creemos— había hecho el país. (Con el invalorable respaldo de la Cruz y de la Espada). No le dijo cómo. Porque tal como lo hizo, ni con Dios se hacía bien. No tuvimos a Bismarck, tuvimos a Mitre. No tuvimos un Canciller de Acero que hizo una gran potencia en base al proteccionismo de Estado, base de toda industria pesada en cualquier país. Mitre decidió construir el país con la ayuda del capital inglés. Al que admiraba —entre otras cosas— por esa loable confianza que tenía en el porvenir de los pueblos nuevos. Un día fue a inaugurar el Ferrocarril del Sur de Buenos Aires y dijo: «A esta confianza nacional en el porvenir de los pueblos nacientes es que debe el comercio inglés ser poseedor del más generoso capital que haya tenido jamás el mundo, reproductivamente colocado en todo el mundo, cuyos intereses y provechos hacen afluir oro a su gran mercado monetario, siendo sus tributarios todos los que le deben. Tal es el secreto de la abundancia del dinero en Londres, y tal es la base de la prosperidad del comercio británico, cuyo capital, a la manera de un gran personaje, vive de sus rentas, sin dejar por esto de trabajar por acrecentarlo». Eleva, entonces, su copa el futuro exterminador del Paraguay (junto a Brasil, agente británico, y Uruguay, creado por la diplomacia británica) y dice: (Brindo) «por el fecundo consorcio del capital inglés y del esfuerzo argentino». Fecha del discurso: marzo 7 de 1861. Mitre sólo tiene que completar la obra civilizadora con el exterminio del gauchaje. Lo hace después de la batalla de Pavón, que Urquiza le cede. Le escribe a Sarmiento: «Quiero hacer en La Rioja una guerra de policía». Lamentamos desilusionar a todos aquellos que estudiaron historia con la maestra del agrarista Roulet. Así fue cómo se hizo el país: con el capital inglés y la guerra de policía en las provincias. Complementación y exterminio. No estamos haciendo «reversionismo histórico». No se enoje con nosotros, señor Bartolomé De Vedia, que nosotros lo apreciamos y sabemos que usted es un caballero. Esto ya no es «reversionismo». Si uno va a la «elemental». Wikipedia —que, lo juramos, no está escrita por gente del Instituto Juan Manuel de Rosas fundado en la prehistoria de 1931— lee lo que sigue: «El 20 de mayo de 1863, las tropas del Chacho se enfrentarán en Lomas Blancas [en Los Llanos] con un contingente de 600 hombres de infantería y caballería de las fuerzas de Paunero, comandadas por Ambrosio Sandes, Pablo Irrazábal, Ignacio Segovia y Julio Campos. Peñaloza tuvo una corta victoria, cuando el 10 de junio se produce en Córdoba una revolución encabezada por el partido federal [apodado

“ruso”] y los liberales moderados que deponen al gobernador Justiniano Posse, impuesto el año anterior por la fuerza de las armas del ejército nacional mandado por Paunero. Convocado por los revolucionarios, el Chacho entra a la ciudad de Córdoba el 14 de junio. Mientras tanto, Paunero reúne un ejército de 3000 hombres y se dirige a la ciudad. Peñaloza quiso evitar sufrimientos a los civiles y salió al campo a enfrentar a Paunero. Éste lo derrotó el 28 de junio en Las Playas, sufriendo los montoneros 300 muertos, un número no precisado de heridos y 720 prisioneros. Casi todos los oficiales prisioneros fueron fusilados. El caudillo huyó a Los Llanos, de allí al norte, a la cordillera, y por el oeste de la provincia, nuevamente a Los Llanos. De esa forma destruyó los caballos de los enemigos y los desorientó por completo. Luego invadió la provincia de San Juan, y estuvo a punto de tomar la capital. Pero el coronel Irrazábal lo derrotó en Los Gigantes. El vencedor lo persiguió hasta Los Llanos, y Peñaloza se rindió al comandante Vera, entregándole su puñal, la última arma que le quedaba. Una hora más tarde llegó Irrazábal y lo asesinó con su lanza, e hizo que sus soldados lo acribillaran a balazos. Era el 12 de noviembre de 1863. Su cabeza fue cortada y clavada en la punta de un poste en la plaza de Olta. Una de sus orejas presidió por mucho las reuniones de la clase “civilizada” de San Juan. Su esposa, Victoria Romero, fue obligada a barrer la plaza mayor de la ciudad de San Juan, atada con cadenas. Al conocer la noticia, Sarmiento exclamó: “No sé qué pensarán de la ejecución del Chacho, yo inspirado en los hombres pacíficos y honrados he aplaudido la medida precisamente por su forma, sin cortarle la cabeza al inveterado pícaro, las chusmas no se habrían aquietado en seis meses”. Muy poco tiempo más tarde, sin embargo, ya tenía un defensor: el poeta José Hernández publicó una *Vida del Chacho*. Poco después, el poeta Olegario Víctor Andrade escribía en su homenaje uno de sus poemas más bellos. Dos o tres décadas más tarde, la propia provincia de La Rioja lo convertía oficialmente en un héroe. En su facón, que se exhibe en el Museo de Historia de La Rioja, puede leerse la inscripción que definía su carácter: Naidés, más que naidés, y menos que naidés [Wikipedia]». El mismo enfoque tiene José Luis Busaniche en su *Historia argentina*. Y (hoy) no existe una sola corriente filosófica seria que apruebe las «masacres civilizatorias» de la modernidad capitalista. Heidegger se horrorizaría si alguien le hubiese contado que los campos argentinos y sus hombres (sus campesinos) fueron masacrados por ejércitos de línea con armamento provisto por los países colonialistas. La idea de progreso histórico murió. La idea de una necesidad en la historia también. La idea de un sentido de la historia es casi risible ante el mundo de hoy hundido en el fango dilatado que hizo con todos los valores que lo sostenían. La idea del «colonialismo progresista» es insultante para los pueblos que lo padecieron. ¿Dónde está, cuál fue nuestra modernidad occidental y capitalista? ¿Adónde nos llevó la unión del capital británico y el esfuerzo argentino en cuyo nombre nuestros mariscales Bugeaud (que aconsejó a Sarmiento, en Argelia, «combatir a la barbarie con la barbarie») aniquilaron el federalismo del interior, Sandes, Paunero, Irrazábal, «paranoicos asesinos», como los llama Busaniche incluyendo a Sarmiento? Pero Sarmiento es otra historia. No sólo él mismo tenía el coraje de calificarse de asesino, sino que escribió el libro más bello dedicado a los hombres de la campaña cuyo exterminio ideologizó: *Facundo*.

Algo (o mucho) más sobre los monopolios

Escribir un Diccionario es una tarea compleja y necesariamente obsesiva. El Diccionario pretende atrapar en sus páginas todas las palabras esenciales de una disciplina. En la elección de esas palabras y —acaso más aún— en la importancia que se le entrega a cada una, hay una decisión que el autor no puede evitar ni ocultar. Sin embargo, el Diccionario debe cumplir con una dosis necesaria de alejamiento del sujeto que lo ha constituido con el objeto constituido que entrega al lector. El Diccionario —si aspira al rigor que se espera de estos emprendimientos— deberá aspirar a una democracia de las disciplinas. Supongamos que hago un Diccionario de literatura argentina, mal podría dedicarle 300 páginas a Borges, sobre todo si la obra tiene 500. No debieran existir los cánones en un Diccionario. La subjetividad del autor estará presente y es inevitable y hasta deseable porque semejante tarea requiere un acto de amor, de inteligencia y de pasión. Escasamente deberíamos pedirle al autor que se excluya por completo de ella. Pero también él debe saber que ha abordado una tarea ardua en todos los sentidos: en su exhaustividad y en el control de los propios descontroles que lo amenazan. Un Diccionario no viene a demostrar, viene a exponer todas las categorías que constituyen una disciplina. Como sea, no es frecuente que sea así. Si tomamos un Diccionario de Economía no demoraremos en descubrir las opciones del autor. El que las expone abiertamente o abre hendijas para que penetren sin ser advertidas. No tenemos objeciones contra esto. Al cabo, esas hendijas nos permiten desentrañar las relaciones entre un autor que busca la objetividad-cosa y la finalidad inevitable para ese autor de entregarnos no una coseidad sino las opciones de un sujeto con el que posiblemente podamos discutir. De modo que lo mejor será, para ese autor, no pretender ocultarnos sus intenciones, sus elecciones, las palabras de ese Diccionario que son las suyas, las más queridas, las que ha abrazado, las que dan sentido a su existencia y las que pretende aclarar con mayor obsesividad para que sus lectores las abracen, las hagan tan suyas como él las ha hecho. Si miramos desde aquí todas nuestras obras son Dictionarios, ya que en todas están las palabras con que buscamos ser comprendidos, aceptados y con las que pretendemos amablemente llevar a los otros a la aceptación de ciertos temas o, sin más, buscamos imponerlos por mediación de nuestro arte del lenguaje entendido aquí, no como arma de persuasión, sino de conquista de la conciencia del Otro. ¿Se escribe para ilustrar al Otro, para convencerlo, para su entretenimiento o para ponerlo de rodillas ante nuestras ideas, tarea que a menudo consideramos un acto generoso, ya que creemos que no hay otras mejores? Esta última actitud es muy rica, hasta podríamos decir que es un significante fuerte. Escribo desde la generosidad. ¿Escribo desde ahí o juego a que lo hago porque utilizo ese significante abarcativo buscando justificar el propósito de dominación que late (y más que eso) en mi escritura? En toda escritura hay un propósito persuasivo. Más aún si se trata de un ensayo. Ese propósito persuasivo suele tener un núcleo duro que hace de mi escritura un instrumento de dominación, que busca el sometimiento del sujeto que me lee al imperio de mis ideas. No hay escritura inocente. No lo es —por tanto— la de un Diccionario.

Sin embargo, al margen de la subjetividad que el autor de ese tipo de obras desliza en su texto, habrá necesariamente análisis severos y ajustados de conceptos que podemos compartir. El *Diccionario de Economía* de Sergio Ricossa, por ejemplo, explicita en su entrada «monopolio» muchos elementos a los que adherimos. Tanto que procederemos a su pulcra transcripción. O casi. Porque si bien el Diccionario de Ricossa comparte con todos los otros esa dosis de exudación personal que hemos mencionado, nuestra lectura será utilizada para la demostración de las tesis que sostenemos en este ensayo. No será inocente. No existe la inocencia. Todos expresamos un punto de vista que puede acordar o no con otros. Cuando concuerda, hay una pausa en ese tornado incesante que es la historia humana. Cuando no concuerda, surge la negatividad. La negatividad es conflicto. El conflicto es antagonismo. Y esta ebullición de sujetos contrastantes es lo que llamamos historia. También damos ese nombre a situaciones de inercia cósmica en que sujetos hegemónicos han impuesto su verdad como verdad para todos. Aquí la historia se da en otra modalidad. La que hasta ahora hemos venido detallando. La de la dominación de la subjetividad crítica, condición de posibilidad de toda rebeldía, de toda ruptura con el Poder.

El monopolio (escribe Ricossa) «es la forma de mercado en que existe un solo vendedor (...). Frente al monopolista se encuentran compradores en competencia entre sí, los cuales poco o nada discuten el precio, y cuya reacción se limita a la elección entre comprar o no comprar, comprar mucho o comprar poco. Los compradores en competencia son los *price takers*, casi totalmente pasivos en la formación de los precios, que en cambio sufren: de modo que ya no hay contratación propiamente dicha. El monopolista unilateral es el *price maker*, libre de fijar su precio en el nivel que prefiera»^[113]. ¿Dónde está la democracia del mercado? Entre el *price maker* y el *price taker* hay una relación de amo-esclavo. De sumisión. El *price taker* tiene que aceptar pasivamente lo que el *price maker* le imponga. Que tiene el despótico poder de fijar el precio que quiera porque el *price taker* no puede obtener en ningún otro lado el producto que el *price maker* fabrica. Sigue Ricossa: «Es probable que la condición de máximo beneficio asegure al monopolista una tasa de ganancia (sobre el capital invertido o sobre el giro de negocios) superior al promedio que puede hallarse cuando se produce y se vende en competencia. Dicho de otro modo, es probable que, si el monopolio no existiera, y otros productores-vendedores lograran introducirse en el mercado, como lo desearían, aumentaría la oferta global y eso determinaría una reducción de la tasa de ganancia»^[114]. O sea: el monopolio debe impedir la entrada en el mercado de otros agentes económicos. Todo agente económico que lo consiga será un competidor. Un competidor siempre implica la peste de la competencia, para la cual el monopolio se ha constituido. La única competencia que el monopolio puede tolerar es la competencia consigo mismo. La de otro monopolio que forma parte del Grupo que los contiene. Si yo tengo (por poner un ejemplo casual) un matutino que se llama *La Mañana* y otro que se llama *La Verdad Estridente* no me preocupará cuál vende más, cuál menos. Los dos son míos. Los dos son del monopolio. Uno puede depender de una rama. Otro de otra. La obra maestra del monopolio es ofrecer la imagen de una pluralidad inexistente, ya que todos los elementos de la pluralidad son propiedad suya. ¡Vean qué magnífica libertad de mercado! Tenemos quince diarios en competencia todas las mañanas. Claro, los quince son míos. El monopolio es —entre otras cosas— el arte de crear la propia competencia. También el de impedir la real competencia. La de bloquear la entrada

de toda nueva fuerza económica en el mercado. Dice Ricossa: «El mal del monopolio reside justamente en eso, en que impide producir y vender a quien estaría dispuesto a hacerlo contentándose con una tasa de ganancia menor. La ausencia de libertad para producir y vender perjudica a los productores y vendedores no monopolistas, además de los compradores y consumidores»^[115]. Un gobierno —si quiere favorecer a los sectores medios y populares, si quiere impedir que las clases bajas sean devoradas y cargar con el desprestigio consecuente— debe bloquear la acción del monopolio que es la de formar los precios. Al ser el dueño del mercado, al ser el *price maker*, el monopolio puede ser más poderoso que cualquier Gobierno. Aquí es donde —desde la economía— se erosiona a la política. Se trata de impedir que el monopolio forme los precios. Así —más el apoyo de la banca y su poder sobre la moneda— se derrocó al gobierno de Raúl Alfonsín. Juan Carlos Pugliese, nombrado ministro de Economía a último momento, fue a dialogar con los Monstruos del Mercado. Luego dijo: «Les hablé con el corazón, me contestaron con el bolsillo». Los monopolios no tienen corazón, sólo tienen bolsillo. Lo único que les interesa es la tasa de ganancia. Reaccionarán violentamente si se intenta desarmarlos y devolver al mercado su libertad, su democracia. Que es, precisamente, lo que pregona el liberalismo económico. No, el monopolio no quiere libertad ni democracia para el mercado. Se quiere a sí mismo. Como la voluntad de poder nietzscheana. Que, ante todo y como el monopolio, se quiere a sí misma. Luego sabe que para conservarse tiene que crecer. Nadie como Nietzsche expresó el alma profunda del capitalismo. El monopolio no cesa de devorarse el mercado porque lo anima su voluntad de poder. Ésta, a su vez, tiene una ley: el que meramente quiera conservar su poder, lo perderá. Conservar el poder significa propagarlo, ensancharlo, expandirlo, multiplicarlo. Sólo se conserva lo que no cesa de crecer. ¿Cómo va a aceptar el monopolio que le quiten una sola de sus empresas? Si se la quitan, no sólo no se conserva, retrocede. Si su conservación requería de su incesante crecimiento, su retroceso es la caída al abismo, la muerte. También lo es la mera conservación. Pero la mera conservación es la agonía. El retroceso, el fin.

Todos saben de qué estamos hablando.

Lo que se discute hoy en la Argentina

Deslumbra la lucidez de Smith en sus análisis en torno a la cuestión del monopolio. Todos sabemos que del botín extraído de las colonias de América que «descubrió Colón». España hizo un pobre uso, en tanto que Inglaterra se enriqueció. Dice Adam Smith: «Los beneficios exorbitantes de los comerciantes de Cádiz y de Lisboa ¿aumentaron el capital de España y de Portugal? ¿Aliviaron la pobreza o contribuyeron a promover la actividad económica de estos misérrimos países? Tal ha sido el tenor del gasto de los comerciantes en estas dos ciudades mercantiles. Lejos de aumentar el capital nacional, apenas consiguieron conservar la fuente de donde procedían tan copiosas ganancias. Cada día era mayor el capital extranjero que se introducía en el comercio de Cádiz y Lisboa; y si los españoles y los portugueses se esforzaron en mantener las restricciones de este monopolio absurdo, fue para poder alejar el capital extranjero de un negocio que no podían manejar con los suyos, por ser insuficientes para ese propósito»^[116]. O sea: el monopolio aumenta la gula de los capitalistas. En lugar de conducirlos a la creación de un país, se consagran a disfrutar de los vicios del poder. La renta fácil sólo lleva al goce. El goce es estéril. El monopolio aleja al capitalista de la laboriosidad, de la ambición de edificar un país y lo entrega al ocio del amo hegeliano. Para Smith, todo era claro: donde no hay libre competencia, no hay capitalismo. La función del monopolio es eliminar la libre competencia. Liquidar la libertad de mercado. Su democracia. Si todo tiende hacia lo Uno, ¿dónde queda la pregonada pluralidad de la democracia y el libre mercado?

«El mercado (escriben Ashford y Davies, defensores de la transparencia del mercado y — contradictoriamente— neoliberales) es un mecanismo autocorrectivo, superior al mecanismo correctivo del Estado por dos razones fundamentales. Primero, el conocimiento disperso (...) que existe en una sociedad económica es mejor coordinado por el sistema de precios que por el control central, y segundo, sin la posibilidad de ganancia empresarial habría poco con que motivar a los transaccionistas del mercado. Los empresarios y su atención mental a las oportunidades de ganancia son por lo tanto agentes esenciales de este proceso. Incluso los monopolios pueden no ser perjudiciales en un proceso de mercado: rara vez surgen espontáneamente y donde lo hacen están siendo constantemente amenazados por la competencia de los rivales»^[117]. Este texto está lleno de contradicciones y defiende intereses que no se sostienen teóricamente. Sólo se sostienen diciendo abiertamente: «Esto es lo que nos conviene a nosotros. Decir que toda intervención del Estado es ineficaz y totalitaria y que el mercado, tarde o temprano, realizará sus rectificaciones». Falso de toda falsedad. La dinámica del mercado tiende a la concentración de sus sujetos económicos. Esto ha conducido, conduce y conducirá al monopolio. La única regulación que pueden imponer esos monopolios será la de los acuerdos entre ellos, pero no la de su eliminación. ¡Por supuesto! Jamás un monopolio procederá a deconstruirse en beneficio de la pluralidad y la democratización del mercado. Ni Hayek ni Friedman han podido demostrar esto por más que se hayan empeñado. Sólo llegan a emparches. O a nuevas versiones de la «mano invisible» de Smith.

Estos defensores de las grandes corporaciones y enemigos de toda intromisión del Estado en las leyes por las que el mercado —conducido y hegemonizado por esas empresas— debe regirse han publicado sus libros fundamentales en las siguientes fechas que marcan las coyunturas en que salieron a defender el modelo que justificaba la monopolización del mercado: en 1959, Hayek publica *Los fundamentos de la libertad*; en 1962, Karl Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, y en 1974 Robert Nozick lanza su libro más importante con un título clarificador: *Anarquía, Estado y utopía*. Es precisamente en los títulos de estas obras donde se expresa el espíritu que las anima. El de la libertad. El de la libertad para las empresas. La libertad para los núcleos más concentrados del llamado «mercado libre». Que no es «libre», es de ellos. Hayek habla de los fundamentos de la libertad. ¿Qué libertad? La de empresa, la del mercado y la de la sociedad civil por medio de la democracia, que es también la del mercado. Nozick, con mayor agresividad, identificará a la Anarquía con el Estado. Y la Utopía será la del mercado libre, que ellos —valiéndose de esa libertad, sin intervenciones «totalitarias», «estalinistas» o «populistas»— harán suyo por medio de la unión de monopolios, composición exigua —de pocos elegidos y triunfadores sujetos económicos— llevada a cabo por la destrucción de las empresas más débiles, a las que absorben o envían a la quiebra. En cuanto a Popper, su envejecimiento nos lleva al pudor de dejarlo de lado. No obstante, los positivistas lógicos siguen recurriendo a este torpe manual, apenas algo más que un voluminoso panfleto, para «comprender» a Platón, Hegel, Marx. En suma, a nadie. En cuanto a Friedman, su pertenencia a la Escuela de Chicago es inequívoca. Esta Escuela nace en la década de 1930 como alternativa a las políticas keynesianas. O sea: defensa a ultranza de la economía política de mercado libre contra el Estado de Bienestar keynesiano. Créase o no: esto es lo que se discute en la Argentina de hoy. Éstas son, sin duda alguna, sus sólidas raíces. Mercado libre autorregulado contra mercado libre con intervención estatal para impedir sus desviaciones monopólicas. Capitalismo «libre» contra capitalismo con regulación estatalista. El capitalismo «libre» es el de los monopolios. Para ellos, que el mercado sea «libre» es la premisa esencial para dominarlo, monopolizándolo. El capitalismo con regulación estatalista es el capitalismo con «inclusión social». ¿De dónde surge su posibilidad? De una honda democratización del mercado. Al hacerlo, el Estado les resta a los grupos monopólicos sus «superganancias». Por medio de estas superganancias, puede generar un régimen de inclusión. Es decir, dar trabajo a los marginados, al *popolo minuto*. Por eso los mercadistas a ultranza denominan populistas a quienes practican este tipo de capitalismo con tendencias inclusivas. Desde la izquierda, ¡desde luego!, este capitalismo inclusivo o «populista» no es más que una variante del régimen. De acuerdo. Sólo una cosa, ¿cuál otra es posible? ¿Alguien cree que podemos avanzar hacia el socialismo en un país en que por un 3% que se buscó quitarles a los grupos económicos de poder casi cae el Gobierno bajo las iras del agro, las corporaciones, las clases medias, la Iglesia, el poder mediático... y las izquierdas revolucionarias? A propósito: en la edición del 31 de julio de 2011 Andrés Rivera, nada menos que Andrés Rivera, dijo que había conversado con algunos jóvenes del PO y les había dicho que él no adhería a esa tendencia porque su líder había visitado, ante las cámaras, la cama de Moria Casán en el programa *A la cama con Moria*, durante los años de la farandulización menemista, en que hacer eso era ser cómplice de la ética y la estética del sistema. Al final de una conferencia que di en La Plata

me acercaron un recorte periodístico en que ese líder me llamaba «tilingo», al estilo de Jaureche, y, de su propia cosecha, «pelotudo». (Yo había recordado lo mismo que Andrés en mi libro *El Flaco*). La cuestión es mínima. Sólo apenas quiero mencionarla. Pero sería adecuado que ahora esos ásperos, contundentes adjetivos le fueran aplicados a Andrés Rivera. En caso de ser así, en caso de tener que compartirlos con mi ya viejo amigo Andrés, amigo de la literatura y de las causas justas, lector apasionado de *La astucia de la razón* como yo de *La revolución es un sueño eterno* y *El amigo de Baudelaire*, estaré hondamente orgulloso.

Sólo la política puede controlar al mercado

Algo más todavía: recurrir a teóricos casi míticos de autoridad indiscutida nunca estará de más. Michel Foucault sigue en la cresta de la ola académica. Es un admirable crítico de la modernidad capitalista que encontró en Nietzsche y Heidegger el modo de eludir el marxismo, con el que tuvo malas experiencias, sin abandonar la posibilidad de hacer esa crítica. Foucault sigue de moda y ello implica que se editen todos los cursos que dictó en el Collège de France. Al de 1979 le han puesto el título de *Nacimiento de la biopolítica*. Es muy poco lo que Michel llega a decir sobre la biopolítica. Se ve atormentado a lo largo del *Cours* por esta carencia. Dice: «Les aseguro que, pese a todo, en un comienzo tuve en verdad la intención de hablarles de biopolítica, pero después, como las cosas son lo que son, resulta que terminé por hablarles extensamente —demasiado extensamente, tal vez— del neoliberalismo»^[118]. La frase «las cosas son lo que son» tal vez sea sorprendente. Todos sabemos que, si para algo los postestructuralistas se han remitido a Ferdinand de Saussure y a Heidegger es para decir que las cosas no son lo que son. Para Heidegger la frase de Michel sería una torpe expresión de la «metafísica de la presencia». De «lo que es a los ojos». Lo que es a los ojos es el ente, pero el ente no es, o solamente es «a la luz del ser». Foucault ignora la «diferencia ontológica», nada menos. Saussure diría que —en un sistema lingüístico— todo elemento surge en tanto diferencia de todos los demás. Nada es, todo está referido —en tanto diferencia— a otro elemento de la estructura. Esta diferencia, esta incompletud con que cada elemento del sistema aparece, es una ausencia en su presencia. O si queremos decirlo de otro modo: una despresencia. Las cosas no son lo que son. O son entes que sólo son a la luz del ser. Que pertenecen al nivel de lo óntico y no al de lo ontológico, marcándose así lo que Heidegger llama la «diferencia ontológica» y la negación de la «metafísica de la presencia». O son elementos de un sistema que «no son» sino que son, ante todo, una diferencia: la que se establece con otro signo. De ahí que sorprenda que sea precisamente Michel Foucault, que sabía muy bien estos correctos señalamientos de toda una generación de filósofos empeñados en destruir el en-sí hegeliano y marxista, el que diga que «las cosas son lo que son». Pero lo dijo en un curso. No lo escribió. Jamás me basaría en una frase dicha un poco al azar en un *Cours* para cuestionar a Foucault. De aquí que sigo pensando que los libros que valen son éstos que los filósofos escriben. Al menos cuando se pretende fundamentar una crítica ajustada.

En *Nacimiento de la biopolítica*, Foucault habla mucho de economía. Era inevitable que tratara el tema de los monopolios. Dice: «En la concepción o en una de las concepciones clásicas de la economía, el monopolio se considera una consecuencia a medias natural y a medias necesaria de la competencia en el régimen capitalista, es decir que no se puede dejar desarrollar la competencia sin ver aparecer, al mismo tiempo, fenómenos monopolísticos cuyo efecto preciso consiste en limitar, atenuar y, en última instancia, incluso anular esa competencia. En su lógica histórico-económica, por lo tanto, ésta se suprimiría a sí misma; esta tesis implica, claro está, que todo liberal que quiera asegurar el funcionamiento de la

libre competencia deberá intervenir dentro de los propios mecanismos económicos, aquellos que, justamente, facilitan, llevan en su seno y determinan el fenómeno monopolístico. Vale decir que, si se quiere salvar a la competencia de sus propios efectos, a veces es preciso intervenir sobre los mecanismos económicos. Ésa es la paradoja del monopolio para una economía liberal que plantea el problema de la competencia y acepta, a la vez, la idea de que este monopolio forma efectivamente parte de la lógica de ésta»^[119]. ¿Es realmente una paradoja? ¿El sistema capitalista no contiene, en su ética, los motores para la formación del monopolio? Aunque Smith abomine de ellos, entra en contradicción consigo mismo al hacerlo. ¿No era el egoísmo el fundamento de la moral capitalista? ¿No era que nada debíamos esperar de la benevolencia del carnicero y todo de su egoísmo? ¿A qué llevaba el egoísmo del carnicero? A la competencia. La competencia le hacía esforzarse por ofrecerme un mejor producto que su competidor. Aquí, yo me beneficio, según Smith. Pero ¿qué pasa con el competidor derrotado? Va decayendo paulatinamente. O se funde o lo compra el carnicero exitoso, el que más ha logrado bloquear su benevolencia, fortalecer su egoísmo, darme un buen producto y liquidar a su ineficaz o menos dotado competidor. La moral del egoísmo lleva al monopolio. El monopolio le es inevitable al capitalismo. De aquí que deba existir una instancia política que frene esta deficiencia estructural. Que no será la «mano invisible» de Smith, sino el Estado. Lo sentimos mucho. Es así. Sólo la política puede controlar el mercado. Ésta es la racionalidad fundante del conflicto que ofrece la Argentina durante estos tiempos. Un estado enfrentado a un monopolio poderoso. El Estado considera que ha crecido demasiado. Que distorsiona el mercado. Que anula su democracia. Debe controlarlo. Esto es todo. Lo demás es hojarasca. Se trata de una lucha durísima. Nunca un estado emprendió semejante tarea en este país. Salvo el IAPI, que monopolizó estatalmente la compra y venta de granos y ganado. De productos agropecuarios para realizar un traslado del sector agrícola al sector industrial. Hay quienes han dicho que la economía y aun la historia de la Argentina pueden estudiarse por medio de la hegemonía de estos traslados. Gobiernos con tendencia a trasladar beneficios del sector industrial al agrícola. Gobiernos con tendencias a trasladar beneficios del sector agrícola al industrial. Los primeros han logrado los mayores triunfos por estar ligados a los sectores más concentrados de poder. O sobre todo: por haber contado con las Fuerzas Armadas como su brazo decisorio, su poder de fuego. Ahora pareciera que no.

Creemos haber explicitado el decisivo tema para la Argentina de hoy sobre la relación entre monopolio y mercado. Y la necesaria intervención del Estado (la política) para corregir los desajustes autoritarios y antidemocráticos que el monopolio —al transformarse en lo Uno— introduce en la libertad y pluralidad democrática del mercado. En el que debe haber lugar para todos.

El mundo como «imagen» del sujeto

¿Qué debemos hacer cuando en un libro nuevo debemos tratar un tema que ya tratamos en otro? No podemos remitir al lector al «otro» libro pues acaso no lo tenga, sería insensato que lo comprara sólo por un pasaje. ¿Qué debemos hacer cuando sabemos que ese tema tiene que estar también en este libro, aun cuando lo hayamos tratado antes? Y sobre todo: ¿qué debemos hacer cuando tenemos la íntima convicción de no volver a tratar ese tema con tanta justeza como ya lo hicimos? ¿Somos dueños de nuestros textos? Sí. ¿Nos estaremos plagiando a nosotros mismos? Es posible. Pero no es menos cierto que es en beneficio de los lectores. Antes lo hicimos —creemos— bien. Ahora —estamos seguros— no lo haremos tan bien, acaso porque en este momento no lo tenemos «entre dedos» o «en la punta de los dedos». De modo que nos sacudiremos los prejuicios de encima y procederemos a citar un texto que en el pasado dio cuentas de un tema importante que necesitamos esté presente en estas páginas. Nos referimos al texto de Heidegger *La época de la imagen del mundo*. Su lectura es imprescindible. Nos acercamos a nuestros tramos finales y nuestro punto esencial es el sujeto y su dominación por el poder mediático. Esta dominación cunde hoy en América Latina. El poder mediático es el arma de la derecha. Diremos hacia dónde vamos: el mundo —hoy— es más que nunca la imagen del sujeto capitalista triunfante. Del sujeto mediático y bélico. Hacia dónde nos lleva ese triunfo nadie lo sabe. La historia se desliza sin red. Ningún sujeto redentor podrá salvarnos. Ni el proletariado industrial de Marx. Ni la ciencia positivista. Ni el ex Tercer Mundo. Ni el neoliberalismo de los monopolios, que sólo ofrecen marginación, injusticia, hambre. Ni el fundamentalismo terrorista. Ni el Dios de las religiones. Ni el dios de los profetas mediáticos, de los evangelistas de plástico, falsarios, charlatanes. Nada. América Latina, pese a todo este panorama apocalíptico, presenta ciertas hendijas de libertad. En la Argentina retorna la militancia de los jóvenes, más sabia, con la historia trágica que tienen detrás y que los lleva a desdeñar el camino de la violencia. También en Brasil, en Ecuador, en Bolivia, en Uruguay, en Venezuela. Pero será difícil. El Imperio, por medio de la tesis de la «Guerra contra el Terror», intervendrá (¿o no lo anuncia descarnadamente el concepto de guerra preventiva que largara Bush?), donde le plazca, no bien considere que el desbalance de sus intereses ha ido más allá de lo tolerable. El enemigo no es interno. Es global. El Imperio —hoy— sólo concibe una estrategia bélica global.

Aquí va el texto sobre *La época de la imagen del mundo*. Está dicho en primera persona pues escribimos ese libro como si fueran clases. Se basaba, es cierto, en varios cursos que habíamos dado pero fueron publicados en *Página/12* como fascículos y luego como libro. No se trata de desgrabaciones ni nada semejante. Lo escribimos como si le habláramos a un auditorio que habría de ser el del diario y luego el de los lectores de *La filosofía y el barro de la historia*. (No lo pondremos entre comillas pues deseamos sea considerado parte de este trabajo).

Entramos ahora, *necesariamente*, en uno de los textos más brillantes de Heidegger. Tanto, que Deleuze lo utiliza en sus análisis sobre cine. Se trata de *La época de la imagen del mundo*.

Las conceptualizaciones de Heidegger acerca del poder sometedor de la subjetividad moderna no parecieran detenerse. Creo que se sorprenderán ustedes cuando vean todo lo que nos proponemos extraer de aquí. Sólo un adelanto: no olviden el eurocentrismo de Heidegger y de todos sus intérpretes y de *toda la filosofía europea*. Heidegger, en su análisis sobre Descartes, está hablando del *sujeto capitalista europeo*. El sujeto capitalista del centro del mundo. Con *ese* sujeto Europa no sólo sometió los entes a la subjetividad capitalista. También sometió los entes ultramarinos. Inglaterra en la India. En Irlanda. En China. Los holandeses en sus colonias. Portugal. España. ¿Es lo mismo un *Dasein* de la India que un *Dasein* británico? ¿No es con la subjetividad conquistadora del sujeto cartesiano que Inglaterra conquistó las islas de ultramar y los territorios de India, de África y Asia? Heidegger, al analizar al sujeto de Descartes como el surgimiento del método y la técnica del capitalismo, se preocupa por la devastación de la tierra (por lo que será luego levantado por los ecologistas) y por el *olvido del ser*. No se preocupa por las relaciones entre los entes humanos. ¿Cómo habría de hacerlo si arroja sobre el *hombre* todas estas calamidades? Hay entes y entes. Hay entes (me refiero al *Dasein* en tanto ente humano) propietarios y entes no-propietarios. Heidegger pasa por encima de estas cuestiones. En el texto en que ahora entraremos embiste fatalmente contra toda posible antropología. De modo que quedará refutada (por este Heidegger) mi propuesta acerca de *Ser y Tiempo*: que es una *antropología existencialista*. ¿Pero en *qué* mundo «cae» el *Dasein* cuando cae en el mundo de lo ente dominado por la subjetividad del tecno capitalismo?

Sigamos. El texto *La época de la imagen del mundo* es una conferencia que Heidegger pronunció el 9 de junio de 1938. Entre los textos anteriores (los que cité y —creo— trabajé del *Nietzsche*) hay un pasaje claramente nacionalsocialista, volveremos sobre él a su debido tiempo, pero demuestra que en todo texto de Heidegger, en cualquier momento, surge el nacionalsocialismo, ya que el autor era, sin más, nazi. Lo que no debe detenernos en el estudio de su pensamiento a riesgo de no entender la filosofía contemporánea.

El mundo como *imagen*. ¿Qué será eso? ¿Imagen de quién? Desde luego: del sujeto de la modernidad. «Toda la metafísica moderna, incluido Nietzsche, se mantendrá dentro de la interpretación de lo ente y la verdad iniciada por Descartes (...). El hombre se convierte en centro de referencia de lo ente como tal»^[120]. Aquí está en juego el *humanismo*. El ataque de Heidegger al *humanismo* no esperó a la *Carta sobre el humanismo*. Los textos de su monumental *Nietzsche* son cursos de 1935 a 1940, y son los pensamientos que Heidegger fue elaborando luego de *Ser y Tiempo* y hasta más allá de su experiencia nacionalsocialista. De esa experiencia había extraído esta decisión: *sacar al hombre del medio*. También la había extraído de lo que, para él, fue el motivo del inacabamiento de *Ser y Tiempo*. Aunque hablara luego de «insuficiencia de lenguaje», el motivo por el cual Heidegger abandona la escritura de *Ser y Tiempo* es porque la obra se le había transformado en algo que no era su propósito: no era una ontología del ser, era una ontología trascendental del *Dasein*. No había superado al neokantismo. Para nosotros, ése era el mérito de la obra: que era, como dijimos, una antropología existencialista, pero nosotros buscamos otra cosa. Para alguien, como Heidegger, que tenía entre sus planes una liquidación del *humanismo*, que su gran obra se le presentara como una apertura del ser a partir de una apertura de la naturaleza del hombre, era intolerable.

Lo que plantea claramente *La época de la imagen del mundo* es la cuestión del *humanismo*. «¿Qué es eso de una imagen del mundo?», se pregunta Heidegger^[121]. Heidegger intenta una primera respuesta a esta cuestión de la *imagen del mundo*: «Imagen del mundo, esencialmente entendido, no significa aquí una imagen del mundo sino el mundo entendido como imagen. El ente en su totalidad es tomado ahora de tal modo que es y está siendo sólo en cuanto es establecido por el hombre (...). La imagen del mundo no se convierte de medieval en moderna, sino esto, que el mundo pueda hacerse imagen, caracteriza la esencia de la edad moderna». El concepto de *representación* es central en este devenir por el cual el mundo se ha tornado imagen. «(Re) presentar significa aquí: traer —como opuesto— ante sí lo presente, referirlo a sí, en cuanto uno es el representante (el que realiza la representación)». En esta representación el hombre es el sujeto y «se hace el representante del ente en el sentido de lo objetivo (...). Sólo ahora hay algo así como una posición del hombre (...). *El que el mundo devenga imagen es uno y el mismo proceso que el que el hombre devenga, dentro del ente, sujeto*»^[122].

Como no es un utopista, su salida remite a ese personaje (que nadie, ni él, ha visto jamás) que recorre su filosofía de una punta a la otra: el ser. El hombre debe estar abierto a la llamada del ser y olvidar la conquista de los entes, que implica el arrasamiento de la naturaleza. En el claro del bosque se producirá por fin una doble apropiación: la del hombre por el ser y la del ser por el hombre. No es arduo advertir que esto es una especie de cuento kitsch-zen que no servirá para detener la marcha destructiva del ente antropológico, de la modernidad, del capitalismo colonialista del nuevo milenio. Si es así, lo que Heidegger dice ha sido dicho por muchos. Cualquiera sabe que «el hombre es el lobo del hombre». Que la naturaleza está al servicio de la elaboración de mercancías. Que si el más hermoso de los árboles del planeta estorba el trazado de una ruta será talado. Que se sigue y se seguirá matando, torturando, violando, vejando, vigilando. Que Dios ni siquiera está muerto, sino algo peor: no está. Y si estuviera no podría responder al planteo severo de San Agustín: si Dios es bueno y omnipotente, ¿por qué no evita el mal?

Lo que Heidegger intenta decir es que, en la modernidad, el mundo se vuelve imagen del sujeto. La revolución comunicacional realiza esta tesis en la modalidad de lo absoluto. El mundo es la imagen de un sujeto centrado en el corazón del imperio. Hay un sujeto constituyente. No es un sujeto. Son las grandes corporaciones mediáticas que se transforman en el poder que impone la imagen del mundo. Esa imagen es la imagen del Poder. El poder mediático es aquel que impone «su» imagen mediática como la imagen de todos, para todos. La imagen hegemónica. Habrá imágenes alternativas. Pero serán débiles ante la potencia de la imagen hegemónica. Tenemos que someternos a «ver» el mundo según la imagen que de él constituye el poder mediático. Precisamente los monopolios buscan eso. Deben ser poderosos, más poderosos que todos, para imponer su imagen del mundo como «la» imagen del mundo. Y que esto se vuelva indiscutible. De aquí que un monopolio no acepte su des totalización. O si se prefiere decirlo con el concepto agobiante que impera en el discurso académico: el monopolio no acepta ser deconstruido. Ya veremos que éste es el conflicto entre los gobiernos nacionales, populares y democráticos de América Latina o Suramérica.

En una entrevista que le hace Julian Assange a Rafael Correa, el líder ecuatoriano dice (es lo primero que dice) que su enemigo más poderoso son los medios de comunicación.

Insistamos: los medios de comunicación son el arma más poderosa que el neoliberalismo que busca retornar a los noventa tiene en América Latina.

«Se sabe bien que, según Heidegger, justamente en la medida que la modernidad es la época de la representación técnica también es, inseparablemente, la época de la ciencia y de la técnica (...). El cine, por cierto, no ha sido uno de los grandes temas de Heidegger. Sin embargo, parecería confirmar perfectamente su descripción de la modernidad. A medio camino entre arte e industria, dependiendo del desarrollo de las tecnologías, el cine sería el “arte moderno” por excelencia. En tanto muestra un mundo-imagen a la mirada de un sujeto-espectador, parece duplicar en una estética tecnológica la condición ontológica de la modernidad»^[123]. En la primera y segunda década del siglo XXI, el cine ha triplicado o más su estética tecnológica. Su poder para atrapar espectadores y nihilizarlos por medio de los efectos especiales (cada vez más asombrosos), el retorno de lo 3D y el apabullante copamiento de las bocas de las salas de exhibición en los países en que penetra (sin más: todos los de Occidente), lo transforma en un arma poderosa de colonización de los sujetos. Los soldados norteamericanos en Irak son héroes de la democracia en su lucha contra el terror. La barbarie de sus enemigos es exhibida en el modo de la mentira. De tanto en tanto, para mantener la tradición autocrítica de Estados Unidos surge una película como *La conspiración (In the Valley of Elah)*, que no se estrenó en los teatros del imperio y se distribuyó escasamente pese a los grandes trabajos de Tommy Lee Jones, Charlize Theron y Susan Sarandon. Y a la dirección de Paul Haggis. A no engañarse: se trata de una concesión. En USA hay grupos rebeldes y alternativos. Pero están controlados como todos los habitantes. La fábula de George Orwell reina en el país del Norte y en la Gran Manzana sobre todo.

***Imperio*, un *best seller* universal, pero ¿de qué sirvió?**

La primera década del siglo XXI se inicia con un *best seller* de filosofía política con poses de posmodernismo: *Imperio*. El libro aparece en inglés editado por la Harvard University. Lo escriben dos personas a las que vaya uno a saber qué terminó por unir, pues las trayectorias de ambos parecieran deslizarse hacia un desencuentro existencial casi necesario, si es que no hubiera en este orden de cosas —el de la existencia, digamos por ponernos ampulosos— nada que merezca un adjetivo semejante: necesario. El italiano Toni Negri venía de un pasado azaroso y sin duda estridente en las Brigadas Rojas. Cumplía aún condena carcelaria cuando se publicó el libro. El norteamericano Michael Hardt no exhibía un prontuario *alla* Negri. No tenía prontuario. Era profesor de Literatura en la Universidad Duke. Interesado por el pensamiento de los filósofos italianos de la política (de moda por esos tiempos), ya Paolo Virno (un estudioso del pensamiento de Baruch de Spinoza que buscaba huir de Hobbes) había despertado su interés. Juntos editaron *Radical Thought in Italy*. Si Hardt se acercó a Virno también fue por compartir su pasión por Spinoza. Apasionarse por ese pensador que nació en el barrio judío de Ámsterdam en 1632 era hacerlo también por el nietzscheano Gilles Deleuze, un filósofo que tuvo a Sartre por maestro (un maestro al que contribuyó a liquidar con notable efectividad, como toda su generación) y había ya publicado, en el lejano 1970, un ensayo que llevaba por título *Spinoza: Philosophie pratique*. Hardt, antes de *Imperio*, se había impuesto un ensayo sobre Deleuze: *Gilles Deleuze. An Apprenticeship in Philosophy*. Era, para él, un proyecto urgente, en el que arduamente perseveró. Por fin, obtuvo una excelente introducción a la filosofía de su maestro spinociano. Está —ahora— todo dicho. Negri aporta a *Imperio* su formación política, su pensamiento de la praxis. Hardt le otorga ese *touch* posmoderno sin el que jamás habría penetrado en las universidades norteamericanas del masivo, espectacular modo en que lo hizo.

Imperio es un libro de política-ficción. Se escribió antes del evento histórico-universal de las Torres Gemelas y de la Guerra contra el Terror. Proponía la desaparición del imperialismo en beneficio de un Imperio centralizado que dominaba el mundo por la modalidad expansiva de los oligopolios. Este Imperio —sin embargo— generaba por obra de una dialéctica no sustancial ni hegeliana (cabe decir: no teleológica, no inmanente ni necesaria, ya que —se sabe— el decurso histórico murió a manos de los postestructuralistas y de los posmodernos, aunque ya había muerto antes) un inesperado objeto histórico-político al que llamaron «multitud». Es decir, el Imperio creaba su propio sujeto de destrucción. Más dialéctico imposible. Parece no ser tarea sencilla matar definitivamente la dialéctica, ya que en esos denodados esfuerzos por hacerlo aparece una y otra vez por pliegues inesperados, caminos insólitos. La Escuela de Fráncfort hizo valiosos aportes a través de la *Dialéctica negativa* de Theodor Adorno y, muy especialmente, en un texto hermético y genial de Walter Benjamin: *Tesis de filosofía de la historia*. Un intento poderoso

—lo saben quienes me leen— es el de Sartre en su obra monumental *Crítica de la razón dialéctica*. La praxis del sujeto es dialéctica, nunca se cosifica, siempre que llega a la totalización se destotaliza. Hay semejanzas con la postulación de Adorno sobre el incesante momento negativo que impide la cristalización conciliadora hegeliana. Tanto Sartre como Adorno eliminan el *aufheben* —superar conservando— para desarrollar una praxis que no cesa de negarse a sí misma y cuya totalización la cosificaría. Toda totalización es totalitaria pues consagra lo Uno, que es la cosificación de la historia en —precisamente— uno de sus momentos, el que le conviene al poder. Para sorpresa de varios o de muchos postularé aquí que el primero en señalarle a Hegel que cosificaba la dialéctica en un momento histórico fue el subvalorado Friedrich Engels, el *gentleman* comunista. Que escribió: «Pero, al final de toda su filosofía, no hay más que un camino para producir semejante trueque del fin en el comienzo: decir que el término de la historia es el momento en que la humanidad cobra conciencia de esta misma idea absoluta y proclama que esta conciencia de la idea absoluta se logra en la filosofía hegeliana. Mas, con ello, se erige en verdad absoluta todo el contenido dogmático del sistema de Hegel, en contradicción con su método dialéctico, que reniega de todo lo dogmático; con ello, el lado revolucionario de esta filosofía queda asfixiado bajo el peso de su lado conservador hipertrofiado»^[124]. Dirá, Engels, que hay en Hegel una contradicción entre política y método. El método dialéctico es revolucionario, no se detiene nunca. (Sabemos que hay en Engels una concepción lineal y progresiva del tiempo y de la historia, pero no es ahora nuestro tema). En tanto que Hegel, político de la monarquía prusiana, rector de la Universidad de Berlín, congela la dialéctica en ese momento histórico que busca cosificar^[125]. Tarea que luego (y sin pretender ser dialécticas) llevan a cabo las filosofías positivistas: las cosas son lo que son y son la verdad. De aquí que la Generación del Ochenta en la Argentina —buscando fundamentar su poder como el del «orden natural de las cosas»— haya apelado al positivismo. Un entusiasmo, un apego justificatorio —que no debió ser— con la cosificación positivista del ochenta se encuentra en el libro de Oscar Terán, *Historia de las ideas argentinas*^[126]. Supongo que Terán quería encontrar rasgos progresistas en la Generación del Ochenta en medio de su huida incesante del (y su desdén por él) populismo latinoamericano. Desde su regreso del exilio en México, lo abrumó el sarlismo de *Punto de Vista*. Por el contrario, David Viñas, en *Literatura argentina y política*, titula a su capítulo sobre la elite dominante del ochenta: «Apogeo de la oligarquía». Y es el primero en rescatar el hoy célebre texto de Miguel Cané —a quien Viñas, con justeza, llama «un *gentleman* del 80»— sobre la defensa de los cuerpos virginales de las niñas oligárquicas amenazados por la chusma inmigratoria. Por otra parte —por qué no— voy a aclarar algo en este preciso punto. Terán les dedica su libro «A los estudiantes de Pensamiento Argentino y Latinoamericano de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires». Historia del pensamiento argentino era —antes de 1973, cuando Conrado Eggers Lan asume la dirección del departamento de Filosofía— una materia optativa de la carrera. Conrado, Guillermina Camusso, Nelly Schnaith y yo la hicimos obligatoria. Por iniciativa mía, creamos con Conrado y Guillermina la materia Historia del Pensamiento Latinoamericano y el Centro de Estudios del Pensamiento Latinoamericano, cuya dirección se me concedió. Lo inauguré con una clase sobre el pensamiento del Mariscal Francisco Solano López. La segunda fue sobre Mariátegui. Pero la primera expresaba todavía más el aire acaso desahogado pero

pasional de la época. Entre tanto, Terán estudiaba Foucault: *Las palabras y las cosas* y su inconcebible fórmula —inspirada en Nietzsche— «El hombre ha muerto». ¿El hombre qué? A nosotros o, más aún, a todos los militantes de América Latina esto les cayó mal, o peor: no le dieron importancia. Eran los días en que el Che moría en Bolivia por el hombre nuevo. En que todos estaban dispuestos a jugarse a fondo por la liberación de los hombres del dominio imperialista. Que el hombre había muerto era una noticia francesa. América Latina ardía al fuego de la Revolución Cubana, Vietnam, el Chile de Allende, Cooke y el avión negro de Perón, el líder maldito, el abominado por la oligarquía. Como sea, aclaremos algo: Terán nunca fue para mí un enemigo, sino un intelectual que respeté y con el que muchas veces discutí porque valía la pena. Como sea, cuando llegó por estas latitudes apasionadas, entregadas a una militancia dionisiaca, la frase de Foucault nos sonó tan absurda como la tarea que Borges — en algún secreto cenáculo de la Facultad de Filosofía y Letras— emprendía: el estudio de las antiguas literaturas germánicas. Si alguien, con incontenible vigor, buscaba colocarse lejos, al margen de la historia, eso, lo que Borges hacía, era lo que había que hacer.

La multitud, un concepto racista

La multitud —he aquí la cuestión— necesitaba hacerse sujeto para luchar contra el Imperio. La transformación de la multitud en sujeto fue la gran esperanza que trajo *Imperio* al pensamiento de izquierda, tan maltratado desde la caída del Muro de Berlín. Negri advirtió que en un país del sur —ya conocido por él— sucedían por esos días extraños sucesos. Las personas se juntaban en las plazas y hacían asambleas de democracia directa. Exigían a los políticos que se fueran todos. Nadie quería aún definirse políticamente. Se iba a la Asamblea para ganar un rostro, para construirlo en una práctica comunitaria. Las reuniones tenían lugar en todas partes, en todos los espacios abiertos del país, en todas las plazas. En Buenos Aires, sobre todo en Plaza Once. Tal era el entusiasmo que alguien escribió una nota periodística bajo un título probablemente desmedido: «De Plaza Once al Palacio de Invierno». Negri se dijo: ahí está, ésa es la multitud en acción. Y desembarcó en la Argentina, que no era otro el país del sur en que todo esto sucedía.

Había algo que desconocía y ese desconocimiento era grave. En la Argentina, el concepto de multitud nos retrotrae a una de las obras más desagradables escritas por el positivismo biologista de un defensor del orden que triunfa en Caseros y se consolida con «la etapa superior de la conquista de América». (Viñas *dixit*): la abominablemente llamada «conquista del desierto». El biologista José María Ramos Mejía, con los aires y la petulancia de un científico, comete un libro al que titula: *Las multitudes argentinas*. Para los intelectuales que queremos a este país y lo queremos libre de las pretensiones y de las fatuidades engreídas de las clases altas, ese libro representa uno de los puntos más altos del racismo y el desdén por los pobres, los detestados de esta tierra por los señores que se la adueñaron por medio de las armas importadas de los países de Europa. Escribe Ramos Mejía: «En nuestra biología política, la multitud moderna (dinámica) no ha comenzado aún su verdadera función. Es todavía una larva que evoluciona, o mejor que eso, un embrión que parece mantenerse en estado estático esperando la oportunidad de sus transformaciones. Como he dicho ya, no hay propiamente multitudes políticas (salvo excepciones muy contadas y conocidas), porque, entre otras razones, no existe la calurosa pasión de un sentimiento político, el amor de una bandera que esté ligado al bienestar de la vida, el odio sectario, la rabia de clase o de casta (...). Cierta misticismo político de sabor franciscano, por ser la sublimación grotesca de la pobreza en su forma más haraposa, imprime después a esas masas un carácter peculiar de lucha social: son los pobres, los humildes, los iluminados de abajo que buscan aprovechar en río revuelto las oportunidades que en épocas normales no aparecen. Pero luego vuelve el silencio de muerte a reinar en el colectivo organismo y la vida vegetativa e indiferente (...). Podrá haber algunos que vivan miserablemente, pero no existe aún la epidemia de la miseria, que es lo que le da su personalidad colectiva de plaga permanente y de fenómeno social ponderable. Es cierto también que todos esos atorrantes: alcoholistas, vagos y haraganes que pueblan las comisarías, son, diré así, los batidores de la miseria, aves errantes de mar, que anuncian la tierra remota (...). Tal es, pues, la psicología de las multitudes argentinas»^[127].

Oscar Terán (en la obra que citamos) trata con respeto y cautelosa «cientificidad» a Ramos Mejía como parte de los intelectuales de la elite que se alarmaban ante la aparición de las masas. Lo compara con Gustave Le Bon, a quien le habría pasado lo mismo en Europa, sobre todo ante el espectáculo de la Comuna de París, el mismo que entusiasmó a Marx y alarmará a este prefascista, prehitleriano. Le Bon (nacido en Francia en 1841 y muerto en 1931) había escrito un libro racista, xenófobo y colonialista con el título de *Psicología de las masas*. Con serenidad, así lo describe Terán: «Allí (en *Psicología de las masas*), el escritor francés propone observar y analizar los colectivos humanos (secta, club, multitud) como conjunto, como persona colectiva, dotada como tal de ciertos rasgos psicológicos: voluntad, imaginación, etc.»^[128]. ¿Qué es lo que está surgiendo entre Le Bon, en Europa, y Ramos Mejía en la Argentina? El movimiento positivista. «Aunque resulte algo obvio (escribe Terán), es preciso remarcar que la emergencia de esta disciplina teórica se relaciona estrechamente con la preocupación que los sectores dirigentes experimentan ante la aparición de las multitudes urbanas»^[129]. Claro, se entiende. ¿Cómo no iba a estar preocupado Le Bon? ¿Cómo no iba a escribir en el libro que mencionamos, basado en la psicología experimental, que las multitudes exhibían —entre sus rasgos más comunes— algunos que son privativos de los sectores más primarios, más elementales de la sociedad, aquellos que permanecen en los estamentos más bajos de la evolución, como las mujeres, los salvajes y los niños? ¿Cómo no habría de escribir que las multitudes son femeninas pero las más femeninas de todas son las multitudes de los retrasados países latinos?

Sucede que Le Bon continuaba la espesa ideología racista y colonialista abierta por su compatriota Joseph Arthur de Gobineau, que había escrito un libro amable y de aires democráticos titulado: *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* (1853). Tan amable y democrático que despertó la admiración de Richard Wagner e influyó sobre su obra. Como si no fuera suficiente deslumbró a Adolf Hitler, quien lo utilizó en la redacción de su libro *Mein Kampf*, que dictara a Rudolf Hess en la prisión de Landsberg, a la que había ido a caer por causa del fracaso del *putsch* de 1923: le dieron cinco años y sólo estuvo ahí nueve meses, tal era ya su poder y el de sus seguidores, temidos todos por la vacilante República de Weimar. En suma, Ramos Mejía, con su concepto de multitud, se inscribe en la línea abierta por el malhadado y nefasto Conde de Gobineau, seguido por Gustave Le Bon, abrazados ambos por Wagner y Hitler. Éste es el sentido profundo del positivismo: el terror de las clases altas ante el surgimiento destructivo de las masas. La elaboración, también, de una doctrina racial que justificara el colonialismo. Las razas son tres: la negra, la amarilla y la blanca. Las dos primeras son inferiores, pertenecen a niveles que aún no han alcanzado un desarrollo inteligente. La raza blanca debe dominar el mundo. Gobineau y Le Bon y Ramos Mejía siguen presentes en la escena mundial y en la Argentina, desde luego. En USA, cuando el fanático republicano Glenn Beck trata a los mexicanos como primates que vienen a robarle «su» país. Ahí están ellos: Gobineau, Le Bon, Ramos Mejía. Y cuando el titular de las Confederaciones Rurales Argentinas (CRA), Mario Llambías, dijo, en memorable frase, que el «acto del campo» se hacía en el Monumento de los Españoles y los otros estaban del otro lado, donde está el zoológico, ahí están. El racismo de Gobineau, Le Bon y Ramos Mejía no morirá nunca porque expresa el desprecio abismal de las clases altas por las bajas, de los cultos por los ignorantes, de los que dominan por los dominados. No quieren la irrupción de la barbarie en el blanco

terreno de la civilización. Aunque no todos. Terán, sin abandonar su cauteloso academicismo (no todo académico debe ser cauteloso y hay muchos que no lo han sido ni lo serán), escribe: «Otros, como Marx o anarquistas como Bakunin, celebraron en cambio esta irrupción de la masa en la escena pública»^[130]. No todos los seres humanos son iguales ni piensan o sienten lo mismo ni tienen la misma ética. De aquí que la historia sólo pueda concebirse como conflicto. Todo consenso —aunque deseable— deberá tener en cuenta este hecho. Sobre todo en una sociedad que no puede —estructuralmente— dejar de crear miseria, exclusión y muerte.

El racismo —ideología central de toda empresa colonialista— se expresa hoy por medio de la gran herramienta colonizadora: los *mass media*. El poder mediático es el poder del poder. Es —insistimos— el partido político de la derecha. Glenn Beck es un xenófobo, un racista sarcástico y tramado por el desprecio. Cuando les habla a los mexicanos, se burla de ellos imitando el idioma en que se expresan. Lo desfigura deliberadamente. Es como si dijera: un ciudadano de *America*, como yo, no puede hablar ese idioma de latinos, de seres inferiores de piel oscura que se nos meten a través de los muros fronterizos como ratas. «Escucha, amigou. No te querremos por aquí, ¿entiendei, comprende?». Beck, ahora, está indignado porque sus enemigos han fraguado unos viejos *cartoons* del Pato Donald para agredirlo. Tendremos que revisar el libro de Dorfman y Mattelart (*Para leer al Pato Donald*) que ha sido tan injuriado en los tiempos de la vergüenza, de la derrota, del avance triunfal del neoliberalismo. Me recuerdo caminando por Corrientes, buscando una pizzería, con algunos escritores durante el final de los años ochenta, antes incluso de la caída del Muro. Uno, orgulloso, decía:

—Yo, por lo menos, nunca compré ese disparate de Dorfman y Mattelart.

—Yo menos —dice otro—. Siempre voté por Walt Disney.

—¡Vamos! No la vengás a jugar de lúcido ahora. Bien que te creíste que Donald era un agente del imperialismo —intervenia un tercero.

Luego —como frutilla ampulosa e hiriente del triunfo neoliberal— aparecería un libro que, si fuera estúpido, lograría ser, al menos, execrable: *Manual del perfecto idiota latinoamericano* (1996), perpetrado por Plinio Apuleyo Mendoza, Carlos Alberto Montaner y Alvarito Vargas Llosa. El Prólogo le fue confiado al agente propagandista internacional de las mega corporaciones Mario Vargas Llosa. El único rasgo de humor que tiene el libro (y que respeto) se encuentra en la autoironía con que los autores citan frases o escritos suyos del pasado que los encuadrarían en el bando de los idiotas. Por ejemplo: «Dentro de diez, veinte o cincuenta años habrá llegado a nuestros países, como ahora a Cuba, la hora de la justicia social y América Latina entera se habrá emancipado del imperio que la saquea, de las castas que la explotan, de las fuerzas que hoy la ofenden y reprimen», Mario Vargas Llosa (escritor peruano), Caracas, 1967. Caramba, Varguitas, ¿cómo se hace para cambiar tanto en una sola vida? ¿Debemos creerte? ¿No habrá algo más detrás de esa voltereta espectacular? ¡Qué contorsionista admirable! Qué hombre de moral tan esquivia. De la Revolución Cubana a las corporaciones financieras, a los dueños internacionales de las finanzas, del dinero, del sometimiento de los países marginales, subalternos. Vino a la Argentina. Se armó un gran revuelo. ¡Vargas Llosa abriendo la Feria del Libro! Era un chiste de mal gusto. Pero se le brindó una gran oportunidad de hablar. Y fueron muchos a escucharlo. Incluso Hebe de

Bonafini. Las tonterías, las banalidades de Manual que dijo fueron increíbles. Tiene pocas ideas la derecha. De aquí que tenga muchas armas.

Volveremos sobre el Manual de Alvarito. Recuerdo haber escrito (con mucha bronca) una nota que llevaba por título: «Manual del perfecto idiota neoliberal». Porque el Manual de Alvarito y sus amigos es cruel. Se burla de las ideas por las que fue masacrada una generación de militantes en América Latina. Creían en esas ideas idiotas. ¿Por qué los masacraron? ¿Tan peligrosos son los idiotas? ¿O no lo eran? Además, ¡caramba! ¿No son estos prolijos y democráticos liberales respetuosos de los modos lingüísticos de la elemental corrección política? ¿Qué tienen contra los «idiotas»? ¿Por qué los llaman así? Hay otras formas. Por personas con dificultades mentales, como tantos. Seguramente como Alvarito. «Idiota» ya no se dice Alvarito. Averigüen el modo de llamar a un mentalmente herido desde su nacimiento. No es un idiota. Puede recuperarse. No como ustedes, para los que tengo el nombre adecuado que no ofenderá a nadie: descerebrados. No está mal. Además, Álvaro Vargas Llosa: ¡qué destino tan patético ser la cara devaluada de papá! Hombre, ¿no pudiste elegir algo propio, una diferenciación? No, a los pies de tu padre, hijo sumiso, obediente que hasta careció de esa primera etapa de su papá que —al calor de la Revolución Cubana— se arropó con los mantos vistosos del joven revolucionario. Ahora es un viejo que vocea torpe y elementalmente las «ideas» de las corporaciones multinacionales. Y el hijo, manso cordero que sigue a su padre (¿ni una rebelión contra la autoridad paterna?), como una oveja a su poderoso pastor, ahora con Premio Nobel y todo, como Kissinger, como Obama. No como Faulkner.

Pero al creer en la teoría de la globalización, Hardt y Negri elaboraron un libro en que un Imperio todopoderoso, omnipresente, dominaba al resto del mundo. *Imperio* es un ensayo de ciencia ficción que sigue las huellas abiertas por Orwell en 1984. Atrayente como tal tiene —sin embargo— la ambición de ser una lectura totalizadora (o para eliminar esa fastidiosa palabra dialéctico-marxista-sartreana), globalizadora del mundo actual. *Imperio* expresaría la verdad de ese mundo que sólo sería descifrable o deconstruible a partir de la exégesis minuciosa que late en sus páginas. Una de las principales armas de esa dominación es el poder de los *mass media*. Y aquí entramos abierta y —esperemos— profundamente en nuestro tema (si es que ya no lo hemos hecho).

El sujeto comunicacional se desmadra, se embravece a partir de los noventa. La caída del comunismo y la certeza del capitalismo de poder —al fin— devorarse el mundo son sus detonadores fundamentales. También la convicción de tener los elementos técnicos para arrostrar semejante tarea. Es el triunfo de la técnica, que Heidegger había anunciado. Y no sólo él: también Oswald Spengler, no sólo en *La decadencia de Occidente*, sino en su imprescindible *El hombre y la técnica*. Spengler define —a lo Nietzsche— al hombre como animal de rapiña. ¿Cuál es su presa? El mundo. «El mundo (escribe) es su presa y de este hecho, en último término, ha nacido toda la cultura humana»^[131]. Dice: «Progreso fue la gran voz del siglo pasado. Véase la Historia como una gran carretera sobre la cual “la Humanidad” marchaba valientemente hacia delante»^[132]. Esto no era más que un sucio ideal. Las aves de rapiña no actúan por ideales. Sólo les interesa la conquista. «Los ideales son cobardías»^[133]. Y si lo dice es porque, páginas atrás, nos ha entregado una frase que sólo puede surgir luego

de una dura travesía existencial, tan vigorosa que resume la experiencia de una vida: «Hemos aprendido que la Historia es algo que no tiene para nada en cuenta nuestras esperanzas»^[134].

Abordemos el texto de Hardt y Negri. El imperio se ha materializado y lo cubre todo. «El concepto de imperio se caracteriza principalmente por la falta de fronteras: el dominio del imperio no tiene límites. Ante todo, pues, el concepto de imperio propone un régimen que efectivamente abarca la totalidad espacial o que, más precisamente, gobierna todo el mundo “civilizado”. Ninguna frontera territorial limita su reino. En segundo lugar, el concepto de imperio no se presenta como un régimen histórico que se origina mediante la conquista, sino antes bien como un orden que efectivamente suspende la historia y, en consecuencia, fija el estado de cosas existente por toda la eternidad»^[135]. Una afirmación tan pesimista debía ser suavizada para que los lectores pudieran tolerar el libro, de lo contrario el best-sellerato caería espantado por el pesimismo y la mala onda de sus autores^[136]. Para que algo tan desagradable no suceda, Hardt y Negri inventan a un personaje singular. Nuevo en tanto sujeto liberador de la humanidad sometida a los tentáculos oligopólicos del imperio: la multitud. Retoman —conscientemente o no— una fórmula de Foucault: el poder genera contrapoder. O resistencia al poder. (Sabemos que Foucault transcurrió su vida describiendo el poder y poco dijo de eso que habría de oponérsele, de resistirlo). La multitud, en Hardt y Negri, surge también como el proletariado redentor de Marx. La burguesía engendra al proletariado, el proletariado la destruirá. Igual en Hardt y Negri: el imperio engendra a la multitud, la multitud, transformándose en contra imperio, lo destruirá: «A través de estas contiendas y muchas otras semejantes, la multitud tendrá que inventar nuevas formas democráticas y un nuevo poder constitutivo que algún día nos conduzca a través del imperio y nos permita superar su dominio»^[137]. Retengamos algo: el imperio es un poder constitutivo.

Al menos, Hardt y Negri advierten que la verdadera herramienta de la dominación globalizadora del imperio son los medios de comunicación. Los estructuralistas, los postestructuralistas y la mayoría de los posmodernos no trataron la hegemonía del poder comunicacional como arma de dominación de esta nueva fase del capitalismo, la que nace con el derrumbe de la Unión Soviética. Se dirá que la dominación comunicacional está incluida en el concepto (ahora de moda) foucaultiano de la biopolítica. Cómo no. Pero es al revés: la biopolítica es ejercida a través del poder mediático. Y el poder mediático se dirige, no a la «vida», sino esencialmente a la subjetividad de los receptores. El poder mediático cree en el sujeto. Toda la *French Theory* —al destruirlo— se vio impedida a «ver» el problema. Pueden consultar el índice del estupendo trabajo de Edgardo Castro, *Diccionario Foucault*: no aparece el concepto de medios de comunicación ni de *mass media*. Hay una explicación: al basarse en Nietzsche para salir del sujeto y entrar en Heidegger, Foucault se concentra en el biopoder, el poder sobre la vida, concepto axial de la filosofía de su maestro: la vida implica la transvaloración de los valores del mundo suprasensible del platonismo al mundo de la vida. La vida es devenir. La vida deviene por la voluntad de poder. La perfección de la voluntad de poder será encarnada por el suprahombre. Si la vida es el sustrato en que se realizan los valores, el sometimiento de la vida le es esencial al poder. De aquí que el poder se ejerza por medio del biopoder, poder sobre la vida. Lo mismo la biopolítica.

Pero Hardt y Negri en el (para nosotros) más inspirado capítulo de *Imperio* («La posmodernización o la informatización de la producción», cap. 13) ofrecen algunas claves

medulares. En el afán por demostrar que el Imperio es un rizoma oligopólico que no tiene fronteras (vamos a explicitar con más detalle este concepto: rizoma oligopólico) identifican la «muerte de la modernidad» con el desarrollo de una economía global que —en su versión posmoderna— se explicita en un proceso de economía informática. Escriben: «Del mismo modo que el proceso de modernización tendió a industrializar toda producción, el proceso de posmodernización hace que toda producción se oriente hacia la producción de servicios, hacia la informatización»^[138]. Resulta, a todas luces, deslumbrante para Hardt y Negri identificar el desarrollo planetario de los oligopolios con el rizoma de Deleuze y Guattari: «una estructura en red no jerárquica y sin un centro»^[139]. Pero advierten que es forzado, ilusorio intentarlo. Los oligopolios —pese a su tendencia a diseminarse, a globalizarse— tienen siempre un centro. Eso que Deleuze y Guattari llamaron: estructura arborescente. Citamos a Hardt y Negri: «El modelo en red oligopólico es el que caracteriza los sistemas de difusión. De acuerdo con este modelo, aplicado, por ejemplo, en los sistemas de radio y televisión, hay un punto único y relativamente fijo de emisión, pero los puntos de recepción son potencialmente infinitos y no están definidos territorialmente, aunque desarrollos tales como las redes de televisión por cable determinan hasta cierto punto estos derroteros. La red de transmisión se define por su producción centralizada, por la distribución masiva y por la comunicación en un solo sentido. Toda la industria cultural —ya se trate de la distribución de periódicos y libros, ya se trate de la de films o la de casetes de video— ha operado tradicionalmente según este modelo. Una cantidad relativamente reducida de empresas (o, en algunas regiones, un empresario único, como es el caso de Rupert Murdoch, Silvio Berlusconi o Ted Turner) puede efectivamente dominar todas estas redes. Este modelo oligopólico no es un rizoma sino que tiene una estructura arborescente que subordina a todas las ramas a una raíz central»^[140]. No será arduo visualizar que esta raíz central es lo que nosotros llamamos sujeto absoluto comunicacional. La apoteosis del sujeto cartesiano que todas las filosofías que surgieron del Heidegger de la crítica a la técnica intentaron reconstruir. No, ahí está. Si alguien quiso matar al *ego cogito* como expresión del sujeto capitalista dominado por la bulimia de la apropiación de todo lo ente, perdió. Ese sujeto está más vivo que nunca. Más centrado que nunca y más constitutivo de la «realidad externa» que nunca, ya que, además, le pertenece en tanto mercancía. La principal de esas mercancías son los sujetos: dominados, colonizados ellos, el resto es fácil. Hardt y Negri lamentan el papel democrático que pudo jugar el rizoma de la informatización. Pero la globalización de la economía informática no se hizo para jugar a la democracia (como creyeron algunos posmodernos), sino para someter a todos los rizomas a las raíces del árbol del poder. Pero «ya está en marcha», escriben Hardt y Negri, «una centralización intensa del control instrumentada (*de facto* o *de jure*) mediante la unificación de los principales elementos que conforman la estructura de poder de la información y la comunicación: Hollywood, Microsoft, IBM, AT&T, etcétera. Las nuevas tecnologías de la comunicación que habían prometido una nueva democracia y una nueva igualdad social, en realidad crearon nuevas líneas de desigualdad y exclusión, no sólo en los países dominantes, sino también y especialmente fuera de ellos»^[141]. Dentro de estas líneas de exclusión se excluyó también al Estado-nación o al Estado de Bienestar. Todo Estado que defienda intereses nacionales o de aquellos sujetos económicos cuya exclusión el sistema oligopólico arborescente reclama,

deberá ser agredido por el poder informático centralizado y sus redes «nacionales». No es otro el problema actual de los gobiernos populistas de América Latina. Al insistir en sostener el Estado-nación, el proteccionismo estatal y la integración social por medio del distribucionismo, interfieren en los desarrollos de la informatización «libre», entorpecen su diseminación «democrática» aunque —paradójicamente— creadora de exclusión, falta de trabajo, hambre y delincuencia.

¿Por qué ha caído esa fe iniciática en el rizoma oligopólico en tanto creador de situaciones territoriales democráticas? Porque el rizoma es —por decirlo claro— una bella idea que no sirve para nada. Elaborado desde el corazón del posmodernismo para erosionar el concepto marxista-sartreano de totalización y des totalización, el democrático rizoma se ha dado una y otra vez contra las asperezas de la realidad. En las asambleas de democracia directa de la Argentina de 2001-2002 no pudo organizar nada consistente. Toda organización termina por reclamar un liderazgo (personal o colectivo) y ese liderazgo se desliza hacia lo arborescente. En la dialéctica del grupo que desarrolla Sartre en la *Crítica de la razón dialéctica* demuestra la resistencia del grupo a consolidarse a raíz precisamente de la libertad de quienes lo integran. Pese al juramento al que todos se someten, pese al liderazgo que pueda instituirse, cada miembro del grupo está solo cuando tiene que actuar. No siempre, pero a menudo. Las acciones no pueden ser permanentemente colectivas. Y ahí la praxis libre del sujeto actuante se enfrenta al juramento cósmico que la liga al grupo. Si triunfa el juramento-cosa, la solidez del grupo no se verá erosionada. Pero puede ocurrir que la libertad del sujeto de la praxis (que fue entregada al grupo por medio del juramento) surja en tanto disidencia, soberbia o cobardía. Lo único que asegura la constitución de un grupo es el esquema arborescente. Una raíz conductora. Sin embargo, ahí reside el peligro del personalismo, del liderazgo excesivo, de la traición en las negociaciones con el grupo-otro. No hay sino que pensar en la historia del sindicalismo. Lenin siempre lo supo: termina por ser una estructura más de la dominación capitalista, de la integración de la clase obrera al sistema por medio de la negociación conciliadora de sus dirigentes.

La modernidad informática

El siglo xx no fue corto ni largo. Tuvo la duración de cualquier siglo y si tenemos en cuenta las atrocidades que en él acontecieron fue largo, excesivamente. Empieza en 1912, con el hundimiento del *Titanic* en la madrugada del 15 de abril, y termina en 2001, con el hundimiento de las Torres Gemelas en el amanecer del 11 de septiembre. Algunos lo han hecho terminar con la caída del Muro de Berlín o con el desmembramiento del bloque soviético en los primeros años de la década del noventa. Fruto de una visión inmatematista de la historia, esta interpretación dio por terminada una modernidad cuyo inicio databan en la Revolución Francesa cuando no fue así: la modernidad (que es el desarrollo del capitalismo y sólo con su caída terminará) empezó con la conquista de América y aún dura, aunque se la haya denominado de distintos modos a lo largo de su historia. Al hacer terminar el siglo xx con la caída del bloque soviético se habló del «corto siglo xx». Sin embargo, como la historia es conflicto, antagonismo y enfrentamiento de bloques históricos que se niegan los unos a los otros, el siglo xx termina cuando cede paso a un nuevo enfrentamiento (Occidente-Islam) y no cuando los antagonismos parecieran haber terminado con la derrota de uno de sus polos; el comunista, en este caso. La violenta irrupción del terrorismo restablece el conflicto histórico, termina con la fiesta neoliberal de los noventa y da inicio a una nueva etapa de la historia: mueren los pequeños relatos de la posmodernidad (movimiento filosófico que floreció con el agotamiento del comunismo) y se abre un nuevo gran relato: la Guerra contra el Terror. La globalización en tanto globalización bélica por medio de la «guerra preventiva» que proclama Bush, quien, por si fuera poco, incluye a Dios en la contienda al decir que no es neutral, que está del lado «bueno», el de *America*, en su lucha contra las fuerzas del Mal.

La llamada posmodernidad fue un trecho breve de la historia, a la que pretendió nihilizar, fragmentarizar, reducirla al inocuo y burbujeante festín de las pequeñas historias. Así, Gianni Vattimo —uno de sus más entusiastas representantes, aunque un filósofo claramente menor— hablará de la «sociedad transparente» y de la hegemonía de los dialectos por sobre los grandes relatos. Sin embargo, por estos arrabales del mundo en los que suele pensarse mejor que en el pomposo centro del saber, Eduardo Grüner, poco antes del acontecimiento-universal de las Torres, escribirá un libro con el título de *El fin de las pequeñas historias*. Ahí da cuenta —entre otros— del concepto ingenuo y perimido de la sociedad transparente. Feliz y entusiasmado por la caída del Muro de Berlín, Vattimo decide emprenderla con los medios de comunicación. Pero tiene de ellos una visión idílica.

Se hace necesario aclarar que el trabajo de Vattimo que nos proponemos seguir, ya que es necesario para nuestra temática, se edita en septiembre de 1990. Se ubica entre el eufórico y triunfalista fin de la historia de Francis Fukuyama y el choque de civilizaciones de Samuel Huntington que viene a liquidar la tesis del politólogo no japonés sino norteamericano, ya que nace en 1952 en la ciudad de Chicago. Cuando formula su tesis *End of History*, tiene apenas 37 años. Fukuyama ha sido abominado desde varios puntos de vista, pero cumplió una función necesaria y acaso inevitable. Era necesario demostrar que —con la caída del

Muro y el triunfo del neoliberalismo— se congelaba la historia. De ahí en más seguirían sucediendo hechos, pero sólo eso: hechos históricos, pues el sentido profundo de la historia ya estaba decidido. El periodismo vernáculo —con un periodista muy célebre hoy por su sarcasmo impetuoso e impune, capaz de cualquier injuria, un personaje acaso fascinante porque se suicida en cámara fumando como un murciélago cuando sus heridos pulmones y su sobrepeso se lo debieran impedir, dicho esto como un consejo y con un rasgo de cierta admiración porque matarse siempre es un acto que exige algún tipo de coraje— interpretó, no sólo él, que Fukuyama decía que no habría más historia. Y añadió: «Y en seguida vino la Guerra del Golfo». No, esto no podría refutar la tesis de Fukuyama, que era otra, ya que estaba lejos de negar que continuarían sucediendo hechos históricos. Fin de la historia no equivalía a congelamiento de la historia y menos a inmovilidad. La historia continuaría pero en su modalidad triunfante: la del capitalismo neoliberal. Claro que todos los dirigentes de la izquierda paleolítica bajaron a sus cuadros la línea de indignarse porque un japonés reaccionario quería matar la historia. Y ahí se puso más de moda que nunca la palabra «utopía», a la que poca simpatía le tengo: poca o muy poca, casi ninguna. Y hasta creo que también ahí surge el breve y esperanzador poema de Galeano sobre la utopía que «sirve para caminar».

Fukuyama proponía algo distinto. Como en su momento Hegel, la historia no ha muerto, la historia seguirá, pero en la modalidad que ha triunfado. Para Hegel, con la monarquía prusiana de Friedrich Wilhelm III y su sistema filosófico-especulativo. El monarca prusiano dejó en manos de Hegel la justificación filosófica de su reinado. A cambio, Hegel fue el Rector de la Universidad de Berlín en tanto representante del Saber Absoluto, ya que la historia llegaba en su filosofía a su culminación. También Fukuyama recurre a Kojève, discípulo de Hegel, que dio clases a una generación de filósofos que harían historia en el pensamiento francés: Merleau-Ponty, Raymond Aron, Jacques Lacan y probablemente Jean-Paul Sartre, quien, sin duda, leyó al menos los apuntes, pero que ya —a causa de su estadía en Berlín devorándose los textos de los maestros alemanes, las llamadas tres haches: Hegel, Husserl, Heidegger— sabía probablemente más fenomenología que Kojève.

Pero Fukuyama cometió un error indigno de un ideólogo del Pentágono. ¿Qué era ese mundo idílico que pintaba? ¿Para qué servía esa recurrencia nietzscheana al «último hombre» saturado de bienes que lo sofocaban? El Pentágono siempre necesita hipótesis de conflicto. ¿Cómo podría, si no, alimentarse la industria armamentística, ese pilar de la economía norteamericana? Rápido, sin demora alguna: es necesaria una nueva hipótesis de conflicto. Aquí aparece el señor Huntington y su tesis del choque de civilizaciones. Todo esto es conocido y sólo nos hemos remitido a un breve repaso. Queremos centralizar la cuestión en Vattimo. Hombre acostumbrado a seguir las modas (lo demostrará, sobre todo, más adelante como filósofo de la religión y hasta como abanderado —tal vez excesivamente confesional: a los lectores no tienen por qué interesarles tantos detalles de su intimidad— de la causa gay), no bien se establece la situación creada entre Fukuyama y Huntington, él se lanza de narices al posmodernismo, cuya fascinante novedad la encuentra en el poder mediático, valorado hasta la exultancia y la exaltación.

Vattimo entiende que la sociedad posmoderna es una sociedad «de la comunicación generalizada, la sociedad mediática (*mass media*)»^[142]. Vamos a desarrollar este punto

porque los otros ya han sido transitados y suenan viejos, vestigios de un pasado optimista. El posmodernismo y la exaltación del fragmento y las pequeñas historias murieron con el atentado a las Torres Gemelas, fecha en que la tesis de las clases políticas sobre la globalización se demuestra de modo contundente. La historia vuelve a ser universal. Vattimo está —en este trabajo al menos— entusiasmado con el poder de los medios para crear múltiples puntos de vista y huir de la centralidad hegeliana del Espíritu Absoluto o del proletariado marxista como clase hegemónica que habrá de resolver todos los problemas de la historia. La «sociedad transparente» es la que garantiza los medios. Son tantos y tantos los lugares de mirada que se constituyen que la sociedad ya no puede ocultar nada. Es absolutamente democrática. Es la sociedad de lo Múltiple y no de lo Uno (como el caído comunismo). Algo señala nuestro autor en medio de tanto entusiasmo por la transparencia democrática y múltiple que los medios vienen a instaurar: «Los medios pueden también ser, siempre, la voz del “Gran Hermano”; o de la banalidad estereotipada, del vacío de significado»^[143]. Señalemos algo evidente a esta altura de los tiempos (veinte años más tarde del esperanzado día en que Vattimo escribió esos textos): los *mass media* no crean ninguna sociedad transparente. Esa transparencia, ¿qué nos permitiría ver? ¿La verdad? Se trata de una tontería total. Casi de un texto propagandístico ante la caída del comunismo. Ahora —vendría a decir Vattimo—, en la nueva sociedad libre, los medios garantizan la transparencia democrática. Los medios —por el contrario— se han concentrado, son grandes pulpos internacionales que, lejos de transparentar la sociedad y entregarnos su esencia verdadera, se encargan de oscurecer todo y de otorgar brillo solamente a su propia verdad, la verdad de sus intereses.

Jean Baudrillard (filósofo de talento lúdico y creador de tesis incómodas sobre la realidad, a la que acabará por asesinar en su libro *El crimen perfecto*), en uno de sus trabajos tempranos, introducirá el concepto de obscenidad para definir lo que pasa con los medios de comunicación y el capitalismo neoliberal. Lo citamos: «La obscenidad empieza (...) cuando todo se vuelve transparente y visible de inmediato, cuando todo queda expuesto a la luz áspera e inexorable de la información y la comunicación (...) es decir, de círculos y redes, una pornografía de todas las funciones y objetos en su legibilidad, en su fluidez, su disponibilidad, su regulación, en su significación forzada (...). Así pues, ya no es la tradicional obscenidad lo que está oculto, reprimido, prohibido o es oscuro; por el contrario, es la obscenidad de lo visible, de lo demasiado visible, de lo más visible que lo visible. Es la obscenidad de lo que no tiene ningún secreto, de lo que se disuelve por completo en información y comunicación»^[144]. A Baudrillard no se le escapa que debe tomar en cuenta el gran análisis que hizo Marx en el parágrafo cuatro de *El capital*, capítulo primero: el carácter fetichista de la mercancía y su secreto. El secreto de la mercancía es que su producción no está a la vista de nadie, sino —por el contrario— está oculto por la mercancía que cobra así (por su objetividad misteriosa, fantasmática) el poder de cerrar la penetrabilidad de su proceso de producción. El fetiche de la mercancía oculta el sistema de producción de la mercancía y ese sistema de producción expresa a su vez las injusticias de la producción capitalista, la explotación del obrero. Por dar un ejemplo feroz: en muchos países del mundo hay trabajo esclavo. Estas son las condiciones de producción. Pero el producto que sale al mercado es un hermoso pulóver. ¿Alguien puede ver en él al obrero explotado o la sobreexplotación del trabajo esclavo? No, la mercancía —

en tanto fetiche— oculta esa secreta realidad: la de su producción. Escribe (lúcidamente). Baudrillard: «La mercancía es legible: en oposición al objeto, que nunca entrega del todo su secreto, la mercancía siempre manifiesta su esencia visible, que es su precio (...). De aquí que la mercancía sea el primer gran medio del mundo moderno»^[145]. Lo que significa: el secreto de producción de la mercancía (la objetividad) está oculto a la voracidad mediática. O también: la voracidad mediática oculta ese sistema infame de producción porque los medios son del capitalismo y el capitalismo se niega a tornar visible la esencia de su producción, se niega a obscenizarse. Y resume Baudrillard las consecuencias del triunfo del mundo mediático sobre el receptor: «La proximidad absoluta, la instantaneidad absoluta de todas las cosas, la sensación de que no hay defensa ni posible retirada. Es el fin de la interioridad y la intimidad, la excesiva exposición y transparencia del mundo lo que le atraviesa sin obstáculo»^[146].

Pero en nuestro país se ha ido más lejos. Sé (ya por abrumadora y hasta dolorosa experiencia) que no importa cuál sea el texto que escriba. No importa el significado que conlleve, ya que caerá en manos expertas en la alteración de significados. Han surgido — acaso sin saberlo— maestros de la deconstrucción. Se apoderan de un texto y alteran su sentido. Ante todo, por el lugar y el espacio que le dan en la red. El lector de Letrinet, siempre superficial y apurado, leerá el copete y seguirá adelante. Pero con la simple lectura del copete hará su juicio sobre el escrito del emisor. Y, para colmo, vomitará algún veredicto insultante, veloz, que llega con frecuencia a la cumbre del ultraje (a mí me han dicho delicadezas como «Gordo bufarrón», por ejemplo) en la abominable sección Comentarios. Al principio, me reía. No porque la frase fuese ingeniosa, sino por lo desmedida que era, acaso por arañar la cima del disparate, del absurdo. O por el asombro que provocaba el desparpajo para el agravio que existía perversamente en ciertos individuos. Ya no me río. El asco y la pena reemplazaron a la risa. El destino de un texto es el de su distorsión por el medio que lo reproduce y luego el estercolero de los Comentarios, donde una cantidad inmensa de anónimos resentidos, de anónimos llenos de odio, dejará caer sobre el escritor del texto (que se ha cuidado, para colmo, de redactarlo bien, cuidando su estilo) una serie de palabras que llegan también a otra cumbre similar a la anterior (la del ultraje): la cumbre de lo soez^[147]. Todo esto porque el texto le ha parecido «K» al que arroja toda esa basura sobre el emisor, al que considera «ultra-K». Aunque los «K» también incurren en la blasfemia. Pero menos. Bastará analizar los insultos del 8-N para comprobarlo. Los insultos provienen de los grandes medios de comunicación. Es más: creo que tienen expertos que son los que escriben la mayoría de los comentarios o los alteran. ¡Jacques Derrida en las letrinas de Internet! Sin saberlo, estos anónimos personajes penetran en los terrenos de la deconstrucción en que los juegos del lenguaje pueden hacerle decir a un texto diferentes significados. «En suma, un texto puede tener tantos diferentes significados que le es imposible tener uno»^[148]. Cuando se descubrieron las cartas antisemitas de Paul de Man, el más grande divulgador del saber derridiano en la Academia norteamericana, el maestro pidió esos textos porque quería aplicarles el método de la deconstrucción: fracasó. Los textos de Paul de Man seguían siendo antisemitas. Por ejemplo: en mi último incidente de este tipo dije, en mi exprograma de radio de Continental, que si el dibujante Sábato creía que un traspie judicial de la Presidenta le otorgaba el derecho a dibujarla con un ojo morado, expresando flagrantemente un caso de

violencia de género, se equivocaba: «Si piensa así, mejor que no lo dibuje». Más claro, agua: si el señor Sábat cree que a alguien (a cualquier mujer, no importa que en este caso hubiese sido la Presidenta), cuando tiene un traspie, se lo puede dibujar con un ojo morado, porque, desde luego, le han dado una trompada en el ojo, si piensa esa barbaridad, señor, no la dibuje. Lo mismo habría hecho si, en mi diario, *Página/12*, a Rep se le hubiera ocurrido (algo imposible, es sólo un ejemplo: Rep no es un cavernícola) dibujar a Carrió con un ojo morado porque algo no le salió como quería. La violencia de género, el femicidio, es una realidad atroz, no saberlo es vivir en otro planeta. O peor: estar de acuerdo. Creo que Sábat, que tiene 80 años, no superó la época de *Rico Tipo*, revista de los años cincuenta, donde, sí, había mujeres golpeadas o personajes que se llamaban Pochita Morfoni o Bólido. Allá él, que dibuje lo que quiera, lo protege el *establishment*. Él ni se molesta en contestar. ¿Para qué? Muchos le ahorran el trabajo. Todo el sistema de los medios poderosos. Que publicaron —alterando mi texto— «Feinmann pide que Sábat no dibuje lo que piensa». Y bien, esto es sólo un ejemplo del periodismo que hoy reina. Volveremos sobre el tema. Que es parte de la banalidad de los tiempos, de la instauración de la mentira como herramienta periodística. Antes, el periodismo trabajaba sobre una materialidad, un mundo fáctico al que interpretaba. Hoy no. No necesita hechos. Los inventa. A los textos los reconstruye y les cambia sus significados. O los cercena y pone esos fragmentos como grandes títulos de las notas. En suma: mente.

Esta modernidad informática (que ha dejado atrás al llamado posmodernismo, que fue apenas una etapa de la modernidad destinada a liquidar al liquidado marxismo en el campo teórico) se presenta con características temibles. Ya no se interpreta la realidad (recordemos la frase de Nietzsche: no hay hechos, hay interpretaciones), se la falsea, se la distorsiona, se mente sin ningún obstáculo moral. El periodismo de hoy carece de barreras morales. Sólo busca herir a su enemigo (ni siquiera adversario) del modo más efectivo y más destructivo posible.

Nos resta analizar el poder de Internet en estas maniobras de falsedad y agresión. Todo «se sube a la red». El medio hegemónico transcribe la noticia y la parte «dura» queda para el lumpenaje que llena los comentarios. Ya se pide la pena de muerte, el fusilamiento o el cercenamiento de miembros para los que los «grandes medios» señalan como culpables. La realidad se ha empobrecido de un modo —creo— irrecuperable. Vivimos en un mundo binario: K y anti-K. Ese mundo binario —diría Carl Schmitt— no puede sino desatar una guerra. Es lo que apunta con la dísida amigo-enemigo. Es lo que ya había señalado Marx en el *Manifiesto*: burguesía y proletariado. Hoy podrá tener la nominación que se nos ocurra (más acertadamente) darle. Pero es la historia como conflicto, como antagonismo excluyente. Retengamos este concepto: hay un antagonismo excluyente cuando dos grupos, que entran en conflicto, niegan o rechazan la existencia de cualquier otro, centralizando en el enfrentamiento entre ambos todos los elementos de la realidad. No existe el «tercero». O se está en un bando o en otro. Para cada uno de los bandos el que está en el otro es un ser abominable con el que todo diálogo es imposible. No hay una probable voz de conciliación pues debería ubicarse en un lugar al que no se le permite existir: un lugar, no neutral, pero alejado de la condición binaria creada por los bandos en pugna. Que se expresa en el célebre: o ellos o nosotros. Esta ausencia del tercero permite el desborde vital e ideológico del

binarismo del odio. O se crean opciones diferenciadas, que puedan al menos pensar al margen del odio, o el futuro se presenta oscuro y repetitivo. Todo es previsible. Uno ya sabe qué va a decir alguien con sólo saber a qué bando pertenece. Nadie patea el tablero. La única que podría modificar esta situación es la Presidenta por ser el cuadro político más capacitado de la pobre escena nacional. Que una vez por semana dialogue con dos o tres «opositores». Sería un comienzo. «¿Con quiénes?», dirá ella con razón. Es cierto: hay pocos. Habrá que encontrar alguno. Si, al menos, no la hubieran insultado tanto, desmereciéndose como opositores, sería más fácil. Pero alguien habrá. Tal vez la tarea más delicada del Gobierno sería apoyar el surgimiento de una nueva oposición. Colaborar en esa tarea. Cuando uno no tiene con quién dialogar, tiene que ayudar a crearlo. La soledad es sombría, triste y, según se dice, mala consejera. Hay que ir en busca de gente inteligente que no piense como uno. Es difícil. Pero no imposible. El país tiene que salir del empobrecimiento de lo binario. Del odio de lo binario. Y si no, como dijo un político que no goza de mi afecto pero tuvo un momento inspirado, «Dios dirá». Hagamos algo antes. Porque Dios hace dos mil años que no dice nada. Lo mejor que podría surgir es una fuerza autónoma que pudiera —honestamente— servir de puente, descomprimir, reemplazar los insultos por las ideas. Nadie —en la vieja y repetitiva «oposición»— está en condiciones de hacerlo. Ha surgido un político radical con una buena consigna y él no se ha embarrado en la figura del «enemigo». La consigna es: «Crear una nueva oposición». Sabbatella, por ejemplo (aunque esté colaborando ahora con el Gobierno), es, siempre fue, una figura de esa nueva oposición. Son pocos. Pero es una tarea, antes que necesaria, de urgente supervivencia para la democracia del país. Un anónimo *hombre del subsuelo*, el día en que murió Néstor Kirchner y empezó el censo, escribió: «El censo empezó bien: un hijo de puta menos». ¿Cuánto tiene que odiar alguien para escribir algo así?

SEGUNDA PARTE

SOBRE LA CULOCRACIA

*El Big Brother Panóptico y el culo como imagen
hegemónica de la modernidad informática*

Si la palabra «culo» se encuentra en una frase, el público, por más sublime que aquélla sea, no entenderá más que esa palabra.

Jules Renard (1864-1910)

Introducción

Empezamos con un diálogo trivial, que puede tener lugar en cualquier esquina de muchas ciudades del mundo. En Buenos Aires ese lugar es un lugar común. Una respuesta a la mano, expresiva, concluyente. Lo oímos muy a menudo. Con frecuencia, varias veces al día. No nos molesta, no nos incomoda. Es parte del paisaje ciudadano. ¿A tanta gente le va así, como el culo? ¿O es una queja banal, liviana, líquida? Que participa de eso que los posmodernos llamaron ontología débil y que es, sí, una ontología evanescente, que busca reemplazar a las ontologías fuertes de la modernidad clásica. En principio, sí. Pero si ahondamos en la cuestión veremos que algunos la expresan con fuerza. Afirmando un destino —que es el propio— en el que todo sale «para el lado del culo», que parece un mal lugar para que las cosas salgan por ahí. En suma, que la frase «como el culo» suele expresar también algo diferenciado de la ontología líquida. Algo así como una queja tanguera, que, como muchas cosas del tango, hiere el orgullo, la autoestima. «No me has dejado ni el pucho en la oreja».

—¿Cómo te va?

—Como el culo.

Lejana afirmación de la Vulgata popular perteneciente a otras épocas, ni mejores ni peores, pero en que la palabra «culo» tenía una connotación negativa. El que recurre a la expresión «como el culo» dice al otro que «le va mal». Incluso peor que mal. Porque podría haber respondido simple y pulcramente «mal». Pero no: dijo «como el culo». Que es más fuerte, que se refiere a ese universo de intensos y poco agradables aromas de las heces. Si las heces se redujeran a su mero sonido, serían (y son) amablemente aceptadas. Porque las heces suenan como las «eses», que tan deliciosas parecen ser que muchos se las comen. Célebremente (hace muchos años) un sindicalista argentino dijo: «Yo me comeré las eses pero otros se comieron el país». También —que a uno le va «como el culo»— se puede reemplazar por: «Estoy meado por los perros». Que se entiende mejor.

Uno ha conocido a muchos tipos que, sentados a la mesa de un bar, se devoraban un vasito de ginebra tras otro, lo apoyaban con furia y se servían el próximo. Uno, de bueno y también un poco de puro idiota, se sentaba frente a ellos dispuesto a ganarse el Cielo y escucharle sus cuitas, que, a veces, eran muchas.

—¿Qué te pasa? Decímelo antes de caerte al piso de la curda berreta que te estás agarrando.

Y el otro larga: le va mal en los negocios, va a tener que cerrar su pequeña empresa de transformadores (sí, tenía el mismo trabajo que Juan Salvo, El Eternauta, pero no era Juan Salvo, ni menos El Eternauta, era un pobre laucha sin destino), la próstata lo tiene loco, se mea en la cama, la mujer lo insulta porque hasta a ella la mea, se le suicidó un hermano hará quince días, sospecha que la mujer lo engaña, por uno que no se mea sino que es joven y le endilga un orgasmo tras otro y no para hasta los cuatro o cinco, el muy bestia, jugaba al fútbol con los amigos el sábado a la mañana, de arquero, ahora la tristeza no le permite atajar ni una, se las meten todas, le pusieron El Colador Depresivo, o La Concha de tu Hermana, porque

por ahí entran goles como por el arco que él defiende, se enojó, se ofendió, se agarró a piñas con tres tipos, y tres no, pero en el hospital fueron diez los días que estuvo, volvió a la casa, la mujer se había ido, le embargaron la fábrica de transformadores, no tiene ni un mango.

—¿Me podés pagar las ginebras que me tragué? ¿No te das cuenta?

—De qué.

—Estoy meado por los perros, hermano.

No está claro por qué «como el culo» sigue significando una suerte aciaga, porque al culo, en el mundo de hoy y desde hace ya mucho tiempo, le va muy bien. Cualquier estrella de la *tevé-culocrática* podría decirlo. Podría decir: «A mí me va como el culo» y todos entenderíamos que le va espléndidamente. Más si hubiera dicho: «A mí me va como mi culo». Porque «su» culo es la más valiosa de todas las mercancías que ofrece. Y ella, que lo sabe, ha invertido en él mucho trabajo. No cualquier mujer llega a tener un culo como el de Larissa Riquelme, por dar un ejemplo. Larissa ha preparado con esmero esa mercancía que, con sólo exhibirla, la hará millonaria. Luego explicaremos con detalle cómo es que Larissa ha «preparado con esmero» esa mercancía. Porque el culo de Larissa —y el de todas las que son como ella: Luly Salazar por ejemplo— es una construcción. No siempre fue así. Larissa hizo su culo. Lo hizo porque se lo hicieron en todos los *high class gyms* a los que concurrió. Aquí hay una frase muy fuerte, pagana y hasta porno que anda revoloteando estas líneas. Pero no nos vamos a acobardar cuando en el cercano horizonte nos espera Quevedo Villegas, a quien, aunque nos lo propongamos fieramente, no vamos a superar en chancherías. La pregunta es: ¿qué significa hacer un culo? Hay dos sentidos de esta expresión incómoda, al menos hasta que uno se acostumbra a ella. Como tantas cosas en esta vida. (Advierto que estoy siendo serio, tan serio como cuando explico la mundanidad del mundo en Heidegger o el *cogito* prerreflexivo en Sartre. O la ontología del presente en Foucault. Ejemplos que, si suenan pedantes, es porque los elegí a propósito: quiero marcar que ese mismo nivel de complejidad tienen las elaboraciones del presente capítulo. Espero —espero y anhelo y deseo— que el lector arroje de tanto en tanto una carcajada. El humor es una poderosa, penetrante arma de conocimiento. Largamente se lo comprobará en este capítulo, uno de los más importantes del libro).

En torno a la palabra «culo»

Hace tiempo que reemplacé el consagrado *Diccionario* de Doña María Moliner por el *Diccionario Salamanca de la Lengua Española*. Los motivos son muchos pero aquí, para el tema que nos ocupa, bastará señalar que la señora Moliner casi se desentiende de la palabra «culo», en tanto los próceres del Salamanca no se han privado de nada. A sus búsquedas (y a sus fascinantes resultados) nos entregamos en esta primera parte (heurística) de acumulación de hechos para luego extraer nuestras conclusiones.

En la página 451 del *Salamanca* aparece la entrada: culo. Primero, la palabra «culo» es de uso coloquial. No es de uso coloquial «trasero», que funciona como eufemismo de «nalgas». También funciona como eufemismo de «culo». Hay muchas personas educadas o escritores púdicos que aún escriben «trasero» en lugar de «culo». O dicen «trasero» para no decir «culo». El primer ejemplo del *Salamanca* para nuestra palabra es el siguiente: Me caí y me di un golpe en el culo que aún me está doliendo. También se puede decir «ano», que todos entenderán. Pero mejor entenderán si uno dice «culo». Ejemplo del *Salamanca*: En septiembre me operan de una fisura en el culo. También «culo» puede indicar el «extremo de algunas cosas». Por ejemplo: el culo de un vaso, el culo de una botella o Para partir un melón lo primero es quitarle los culos. Un poco castiza esta última. Pero si queremos eludir lo castizo los argentinos tenemos un ejemplo ontológico: Argentina está en el culo del mundo. Esta frase, sin duda excepcional, supone que el mundo tiene culo. Algo improbable. Pero los mapas se han tramado de una sola manera y desde ya hace demasiado tiempo. No podemos darlos vuelta. Al no poder hacerlo, nosotros quedamos donde todos nos ven: abajo. Y el culo tiene ese lugar y significa —sobre todo— eso: lo que está debajo, también lo oculto, lo lejano. Analicemos la frase «culo del mundo». Quiere decir que no somos el cerebro ni el corazón del mundo. Sino el culo. El culo se relaciona siempre con la caca o —mejor dicho— con la mierda. Un lugar incómodo para estar. Si aceptamos la traducción del señor Rivera (lo olvidaba: de *Ser y Tiempo*, el gran libro de Heidegger), que propone reemplazar el *ser-ahí* de la venerable traducción de Gaos por el *estar-ahí*, tendríamos que la Argentina es el culo del mundo. Propongo que esta frase no ofenda nuestro orgullo nacional, pues el culo se ha convertido en el símbolo más apreciado durante estos tiempos, los de la modernidad informática. Más ofensiva fue una que se lanzó durante el caos de los cinco presidentes y los saqueos y las asambleas y el que se vayan todos de 2001-2002: «Los niños argentinos ya no juegan a la escondida porque nadie los va a buscar». Ya no: al ser el culo del mundo nos hemos vuelto codiciados. Somos el símbolo (geográfico al menos) de toda una época. Muchos se preguntan: si la Argentina está en el culo del mundo, ¿estarán también ahí los mejores culos? Algo que explica poderosamente la llegada de turistas sexuales de todo tipo. Pues el culo expresa la sexualidad de estos tiempos: es ambiguo, lo tiene el hombre, lo tiene la mujer. El culo es bisexual. La vagina y el —digamos por ahora— miembro masculino, no. Son unisexuales, aun cuando los campeones de la sexualidad del todo vale de hoy les puedan imaginar destinos inimaginables.

Puede expresar una estafa: El socio se marchó con todo el dinero y lo dejó con el culo al aire. Los de Salamanca se atreven a más. ¿Qué es «dar por él»? *Vulgar*: «Hacer una persona el acto sexual con penetración anal». O sea: «dar por el culo». Aquí, los argentinos, también hemos aportado algo, o tal vez mucho, a la ontología del culo. En los tiempos en que apareció el Viagra estaba en un bar con un actor amigo y amigo también de las relaciones sexuales frecuentes. No solía alardear de ellas, de modo que me sorprendió que empezara a hablar de las maravillas del Viagra. Cuando se propuso darme el máximo ejemplo del poder de ese maravilloso infatuador de penes, exclamó casi fuera de sí: «¡Hice culos! ¡Hice culos! No te imaginás el tiempo que llevaba sin hacer culos». No debemos entender por esto que el hombre se había dedicado a la orfebrería de culos, a construirlos. No, hablaba de la penetración anal. Que tiene algunas dificultades. Que la Iglesia condena y llama contranatura. No en vano los paisanos de nuestras pampas prefieren a las ovejas y no a los perros. Las ovejas están cerca de las amables lubricaciones de los socavones femeninos, de aquí la recurrencia a ellas, pobrecitas. Miguel Briante solía contar (te queremos y nunca te olvidamos, trágico Miguel) un chiste enmarcado en la cultura de la zoofilia. Hay cuatro paisanos dialogando. El tema es el sexo. Tres de ellos ponderan a las ovejas. El cuarto sigue mateando en silencio, triste, metido para adentro. Como amargado. «¿Y usted, don Gómez?». Don Gómez, luego de pensarlo largamente, mueve con pesar su cabeza, y larga, bajito, con voz cansada: «Seco el culo'e perro».

Pero ahondemos en esta cuestión. Había que llegar a ella y aquí estamos. ¿Qué quiere decir el tipo que dice «hice culos»? Un taxista, veterano, sabiondo, me dice: «Sólo un veterano sabe hacerle el culo a una pendeja». ¿Un veterano? ¿Requiere el sexo anal esa experiencia que sólo da la vida? No sé. Tampoco sé, por ahora, qué es «hacer un culo». Ante todo, la expresión es poderosamente machista. La mujer, al culo, ya lo tenía. Penetración anal o no, lo tenía y sin duda lo seguiría teniendo. No, la cosa está en otra parte. «Hacer» el culo expresa una posesión total. La penetración masculina es tan efectiva que le da vida a ese culo que ahí estaba, sereno, sin propósito alguno. Que no era. El culo es cuando es penetrado. La penetración hace ser al culo al darle un sentido, que sin la penetración no tendría. También el penetrador adquiere cualidades reservadas sólo a lo divino. Si Dios creó el mundo en seis días, el penetrador anal crea (hace) un culo en —digamos— poco menos de media hora. «Hacer» el culo clama también por la rudeza, por la brutalidad del macho. Aquí hay un juego fascinante. Porque «hacer el culo» es —al posesionarse el macho de la hembra— «romper el culo». «Le rompí el culo» se dice con tanto orgullo como «le hice el culo». El culo, a la vez que se hace, se rompe. La creación (hacer) y la destrucción (romper) expresan el mismo acto. Es el hombre el que se siente dueño de la situación. La mujer, aquí, es más pasiva. No tiene la movilidad que otras posiciones le permiten. De aquí que «le hice el culo» o «le rompí el culo» expresan el triunfo del macho, su posesión del objeto hembra. No es casual que sean frases que se dicen en conversaciones entre hombres. Raramente una conversación entre hombres otorgue un papel sustantivo a la mujer. La mujer es lo Otro. Al serlo, el hombre postula la imposibilidad de comprenderla. «A las minas no las entiende nadie». Hay una vieja película con Henry Fonda: *El hombre que entendía a las mujeres*. Se trata de alguien con poderes especiales. Porque entender a las mujeres es imposible. Al no entenderlas, hay que poseerlas. Poseerlas es hacerlas. El hombre termina siendo el hacedor de algo que no entiende. No es

vana la relevancia de la posesión anal. En ella, el hombre hace y rompe el culo de la mujer. Es la cumbre de su poder sexual. No es casual que las mujeres que quieren deslumbrar a los hombres les exhiban eso que más viriles y poderosos los hace sentir. El culo. Hemos llegado, así, a uno de los fundamentos de la culocracia. Los culos que muestra Tinelli son los que el pobre tipo que los mira por televisión querría hacer-romper. Te mostramos, desdichado, lo que más hombre te haría. Por eso es imposible para vos. Estos culos maravillosos son para los poderosos de este mundo. Que pueden, ante todo, comprarlos. Al comprarlos, ya los poseen. La posesión se da al adquirir el culo en tanto mercancía. El hombre de poder hace-rompe el culo comprándolo. El valor de cambio le entrega la mercancía. El valor de uso puede ejercerlo o no. Al comprarla, esa mujer ya es suya. La ha poseído como nunca nadie lo ha hecho antes.

Don Francisco de Quevedo Villegas, gracias y desgracias del ojo del culo

Conocí muy tarde los escritos de Francisco de Quevedo Villegas. El hombre era bastante chanco. Pero eran épocas de chanchos. Nada se ahorra con el propósito de agredir a quien se pusiera en contra de uno. Estamos en el Siglo de Oro español. ¡Bien que fue de oro ese siglo! Ya veremos los gloriosos poemas que engendró, de los cuales los que hizo Quevedo no son, para nada, los menos deslumbrantes. Para dar sólo un ejemplo recurramos al genial Calderón de la Barca (1600-1681), maestro del barroco español, que escribió el poema más perturbador, más moderno, más actual, precursor absoluto del existencialismo. Me refiero, claro, al monólogo de Segismundo de la obra *La vida es sueño* (1635).

¡Ay mísero de mí!, ¡ay infelice!

Apurar, cielos, pretendo.

Ya que me tratáis así,

qué delito cometí

contra vosotros naciendo.

Aunque si nací, ya entiendo

qué delito he cometido;

bastante causa ha tenido

vuestra justicia y rigor,

pues el delito mayor

del hombre es haber nacido.

Sólo quisiera saber

para apurar mis desvelos

(dejando a una parte, cielos,

el delito del nacer),

¿qué más os pude ofender,

para castigarme más?

¿No nacieron los demás?

Pues si los demás nacieron,

¿qué privilegios tuvieron

que yo no gocé jamás?

Nace el ave, y con las galas

que le dan belleza suma,

apenas es flor de pluma,

o ramillete con alas,

cuando las etéreas alas

corre con velocidad,

negándose a la piedad

del nido que deja en calma;
¿y teniendo yo más alma,
tengo menos libertad?

Los versos «pues el delito mayor/del hombre es haber nacido» encierran gran parte de la filosofía del primer Heidegger (*Ser y Tiempo*) y de casi todo Sartre. Según mi modo de ver, tanto en Heidegger como en Sartre el hombre —al no ser fundamento de sí— está en falta, es carencia. La formación religiosa de Heidegger añade a esto que el hombre llega al mundo en pecado, sin nada que lo fundamente. Llega, además, a un mundo inauténtico, ya que es el mundo del se el que recibe al *Dasein*. Por otra parte, la queja que plantea Segismundo entre alma y libertad es atinada. Será sobre todo el maestro francés el que hará de la libertad el fundamento del ser. ¿Cómo puede tener menos libertad que un ave un ser que la requiere para realizar su existencia? *Sujeto y libertad son sinónimos. (De aquí que el poder mediático apunte sus cargas contra el sujeto. Al poseerlo, aniquila la libertad del receptor.)*^[1]

Bien, en este Siglo de Oro vive y escribe y polemiza y estorba Don Francisco de Quevedo Villegas, quien es, de algún modo, el poeta del culo. ¿Cómo no recurrir a él en este exhaustivo capítulo dedicado a esa preciada parte de la anatomía humana? Como ya fue dicho y largamente se habrá notado, abundan y abundarán en este importante capítulo las expresiones paganas, reñidas siempre con el gusto y las buenas maneras, que no nos darán el Cielo pero nos hacen lucir distinguidos, recatados y algo idiotas. Entre tantas desgracias que soporté en mi vida (aparte de las del ojo del culo que, al tenerlo, no pude evitar sufrirlas, como, por otra parte, nadie puede), tuve la fortuna de tener un hermano que cargaba con diez años más que yo. O sea, mi hermano mayor. Al serlo, sus amigos también eran mayores. Al serlo, les gustaba unirme a sus tropelías para hacerme hombre, para que creciera macho, como de todo macho dice la partera, y para endurecerme en los trances de la vida y aliviármelos por medio de la experiencia que ellos habían acumulado. También me enteraba —al oírlos hablar y decir sus infinitas gansadas de adolescentes ya crecidos— de giros y expresiones que pertenecían más a ellos y su tiempo que al mío. Así me enteré de que a un personaje que yo conocí como Jaimito ellos le decían Quevedo. Los chistes —al verlos desde hoy, especialmente— eran fatalmente tontos. Por ejemplo: Jaimito, en una reunión familiar, preguntaba: «¿Saben qué tengo entre las piernas?». La madre: «¡Ay, Jaimito, no seas insolente y maleducado!». El padre: «Te vas a ligar una cachetada, mocoso insolente». (Durante esos años darle un mamporro a un hijo era algo esencial en toda buena educación. «A los golpes se hacen los hombres»). Y Jaimito, inocente pero pícaro, decía: «La pata de la mesa». Antes de ser atribuidos a Jaimito, yo sabía por mi hermano y sus amigos que estos chistes se le atribuían a un personaje llamado Quevedo. Nadie sabía quién era el tal Quevedo, pero todos contaban sus chistes llenos de malicia. Por ejemplo: padre y madre se preparan para ir a una fiesta elegante, de gente muy respetable. No tienen más remedio que llevar a Quevedo. Conociéndolo, le advierten: «Mirá, nene, portate bien. Si llegás a decir algunas de tus guaranguerías, te atamos a la pata de la cama y ahí te quedás sin comer hasta que te arrepientas. ¿Está claro?». Ante tan oscura perspectiva, Quevedo decía que sí, que se portaría de lo mejor. Una vez en la fiesta, anda de un lado a otro, un poco aburrido y sin decir palabra. De pronto, llega una señora con una panza in disimulable, como de seis meses de embarazo. Quevedo le dice: «Señora». La señora se inclina ante el dulce niño: «¿Sí, querido?». Quevedo

le señala la panza y dice: «Se coge, eh». Cabe observar cómo la fama (o la mala fama del autor de *El Buscón*) llegó hasta mediados del siglo xx. Acaso ahora comprendamos mejor que las asperezas de sus textos fueron tan ásperas que se prolongaron a través de los siglos y hasta crearon un niño maléfico con su nombre. Incluso si se busca en Internet «Poema del pedo» de Francisco de Quevedo Villegas (al cabo, si algo rima con pedo es Quevedo), veremos a profesores de literatura recitarlo con enorme seriedad. Y es porque —al margen de lo que he denominado moderadamente asperezas— los poemas y textos de este genio del Siglo de Oro son imperecederos. Como un elemento más agreguemos que Quevedo era de los autores predilectos de Borges, que conocía muy bien el Siglo de Oro español.

Ahí vamos: en el mundo de hoy, en el universo de la culocracia, le cedemos la palabra al poeta del culo. Como hemos dicho, el título del texto es: «Gracias y desgracias del ojo del culo». Tiene una bajada: «Dirigidas a Doña Juana Mucha, Montón de carne, mujer gorda por arrobas. Escribiólas Juan Lamas el del camión cagado (Don Francisco de Quevedo Villegas)»^[2]. Y luego empieza: «No se espantarán de que el culo sea desgraciado los que supieren que todas las cosas aventajadas en nobleza y virtud corren esta fortuna de ser despreciadas della, y él, en particular, por más tener imperio y veneración que los demás miembros del cuerpo; pues, bien mirado, es el más perfecto y bien colocado dél, y más favorecido de Naturaleza, pues su forma es circular, como la esfera, y dividido en un diámetro o zodíaco como ella. Su sitio es en medio, como el del sol; su tacto es blando; tiene un solo ojo, por lo cual algunos le han querido llamar tuerto, y, si bien miramos, por esto debe ser alabado, pues se parece a los cíclopes, que tenían un solo ojo y descendían de los dioses».

Pone en primer término nuestro autor la circularidad del culo como la mayor de sus virtudes. Hay algo que atrae en lo redondo. Tanto Pascal como Hegel (y no sólo ellos) se dejaron fascinar por la circularidad. Para Hegel, la totalidad del saber absoluto era la culminación del sistema y el fin del largo trajinar de la conciencia (en tanto conciencia desgarrada, escindida del ser, eso que Jean Hippolyte llama *le malheur de la conscience*). Pero este desgarramiento de la conciencia, su desdicha, se termina en el final del camino, ahí donde el sujeto sabe que él es la realidad y la realidad es él. Forman parte de la misma sustancia. La totalización final como culminación del proceso dialéctico. Ahora bien, este proceso es circular. Puede reiniciar su viaje y darse nuevamente su fundamento.

Quevedo Villegas se empeña en la defensa del culo pues se apena de sus desgracias. De modo que apela a condiciones que sólo el culo tiene y ningún otro órgano ni por asomo. Cito: «Lo que dicen del culo (los que tienen ojeriza con él) es que pee y caga; cosa que no hacen los de la cara; y no advierten los cuitados que más y peor cagan los ojos de la cara y peen que no el del culo, pues en ellos no hay sueño que no lo caguen en cantidad de legañas, ni pesadilla o susto que no meen con abundancia de lágrimas, y esto sin ser de provecho, como lo que echa el culo, como ya queda probado»^[3]. Entramos aquí en uno de los temas predilectos de Quevedo Villegas en estas cuestiones y sobre los que más se ha desarrollado su ingenio, del cual era príncipe: el pedo^[4]. «Lo del pedo es verdad que no lo sueltan los ojos; pero se ha de advertir que el pedo antes hace al trasero digno de laudatoria que indigno della. Y, para prueba de esta verdad, digo que de suyo es cosa alegre, pues donde quiera que se suelta, anda la risa y la chacota»^[5].

Y ahora Quevedo Villegas se propone ahondar en el tema del pedo y su relación con la salud. Encontrará en esta virtud casi la posible existencia del ser humano, de un cuerpo sano, que merece y puede vivir. «Es tan importante su expulsión para la salud, que en soltarle está el tenerla. Y así mandan los doctores que no les detengan, y por eso Claudio César, emperador romano, promulgó un edicto mandando a todos, prueba de vida, que (aunque estuviesen comiendo con él) no detuviesen el pedo, conociendo lo importante que era para la salud»^[6]. Este fragmento de «Gracias y desgracias del ojo del culo» ha sido autonomizado del célebre y magno «Poema del culo», cumbre del príncipe de los ingenios. Ignoro por qué. Reconozco no conocer tanto del Siglo de Oro español, pero tal vez no poco, pues padecí cursar Española II, en 1964, bajo la inquisitorial (pero no poco efectiva) profesora Frida Weber de Kurlat, a quien, en 1973, un personaje que algo se diferenciaba de ella, la reemplazó en la dirección del Departamento de Letras el poeta montonero Paco Urondo. ¡Qué notable y expresivo signo de los tiempos! La señora de Kurlat nos encajó Siglo de Oro hasta —sigamos al gran maestro— por el ojo del culo. Era mala. O sabía serlo cuando lo creía necesario. No tenía, de gracia, nada. Pero su erudición no era poca. Dado que me odiaba, me martirizó en mi examen final con la *Diana* de Montemayor, *Los trabajos de Persiles y Segismunda* y la *Galatea* cervantinas, obras que poco entusiasmo habían despertado en mí. No *El lazarillo de Tormes*, cumbre de la picaresca que tengo a mano en mi biblioteca para reírme siempre que ando triste o no tengo nada que escribir, grave situación para mí.

Volvemos a Quevedo Villegas. Lo que está íntegro en este texto en prosa se expresó así en verso:

Es tan importante
el pedo para la salud
que en soltarle
está el tenerla.

Lo leí (hace siglos) en una edición del «Poema del pedo» de una editorial de nombre Carlos Pérez, en una (creo no recordar mal). *Antología del humor picaresco*. ¿Y qué más picaresco que el «Poema del pedo»? De aquí que emprendamos una breve exploración en torno a esta palabra. Pues Quevedo Villegas ha utilizado la expresión española clásica «pee» y es posible que para muchos sea desconocida. Desearía no sorprender (al menos confieso mi deslíz) si recurro a un texto de Wikipedia que encuentro exacto, extenso y riguroso sobre la palabra «flatulencia». (Éste es el título del trabajo). Ahí va, coraje: «Se denomina flatulencia, flato, cuesco, güisque, pedo, peo (vulgar), bufo, cuete, tufo, gas o gufo a la mezcla de gases que se expulsa por el ano con un sonido y olor característicos. Esta mezcla está producida por bacterias y levaduras simbióticas que viven en el tracto gastrointestinal de los mamíferos, y por partículas aerosolizadas de sus excrementos». Adelante, seamos eruditos o al menos conocedores del elemento simbólico fundante del espíritu de la modernidad informática. (Y hasta creo que ya estoy pidiendo excesivas disculpas). Ahí va más y necesaria información: «La palabra “pedo” proviene del latín *peditum*. En algunos países de Latinoamérica y a menudo en España se le dice “peo”». (La palabra «peo» en Venezuela es considerada también sinónimo de problema, enredo, situación incómoda, discusión, altercado: «En la fiesta de anoche hubo tremendo peo, se pelearon los muchachos»; «préstame algo de dinero que me metí en un peo de una deuda con la vecina», etc.). El

Diccionario de la Lengua Española de la RAE lo define como «ventosidad que se expele del vientre por el ano», y contempla otras muchas palabras derivadas.

Y terminamos la cuestión con un texto extenso pero jugoso: la flatulencia en el arte.

Un texto temprano importante es del siglo V antes de nuestra era, *Los caballeros*, de Aristófanes, que tiene numerosos pasajes de pedos.

En el «Cuento del molinero» de Geoffrey Chaucer (siglo XIV) hay una de las incidencias celebradas del humor de flatulencia en literatura inglesa: «Nicholas levantó rápidamente la ventana y asomó su culo hacia afuera... Entonces Nicholas dejó escapar un pedo con un ruido tan grande como un trueno, de modo que Absalom casi fue arrojado por su fuerza. Pero él tenía listo su hierro caliente y golpeó violentamente a Nicholas en el medio de su culo» (líneas 690-707).

En *La ciudad de Dios*, san Agustín anota: «Los hombres con tal comando de sus intestinos que puedan tirarse pedos continuamente a voluntad, de manera tal que produzcan el efecto de una canción».

En *La divina comedia* de Dante Alighieri, en la última línea del capítulo 21 del «Infierno» se lee un ejemplo del uso demoníaco de una función natural del cuerpo: *Ed elli avea del cul fatto trombetta* («y él había, del culo, hecho trompeta»).

Grobianus et Grobiana, de Friedrich Dedekind, aparecen en Inglaterra en 1605 como La escuela de Slovenrie: «Oh, Cato se dio vuelta de adentro hacia afuera», publicado por R. F. Esta escuela enseñaba a sus estudiantes que contener el deseo de orinar, peer y vomitar era algo malo para la salud. De esta manera, uno tiene que complacer libremente las tres actividades.

Montaigne escribió el capítulo «De los recipientes para descargar el vientre» (en su ensayo *La fuerza de la imaginación*), que es una discusión acerca de la flatulencia: «Yo mismo conocí uno tan bruto que por cuarenta años utilizó su culo como respiradero principal intermitentemente hasta que murió de ello».

Francisco de Quevedo, en su obra «Gracias y desgracias del ojo del culo», demuestra que el pedo es la base de una salud robusta, si se lo suelta.

En *La Tierra* (el volumen 15 de la serie *Les Rougon-Macquart*), de Émile Zola, el hijo mayor de Fouan pee cuando desea y gana concursos por esta destreza.

En *Ulises* (1922), de James Joyce (1882-1941), el personaje Leopold Bloom se tira pedos en el capítulo de las sirenas.

El cómic *South Park* presenta dos comediantes, llamados Terrance y Philip, actúan presentando grandes flatulencias que causan una gran ofensa a los residentes de South Park.

En el film *Locura en el Oeste*, de Mel Brooks, unos vaqueros sentados alrededor del fuego comen frijoles. A los pocos minutos comienzan con una serie de flatos que inundan el aire de la región.

En el film *¡Ay, Carmela!*, de Carlos Saura, se representa una comedia. El público, enloquecido, pide al primer actor «¡los pedos, los pedos!» pues es una destreza suya la capacidad de expeler gases. El público delira por esto.

Los elementos fundamentales para elaborar este texto han sido extraídos del *Diccionario prohibido* de Camilo José Cela (Madrid, Alianza, 1974). (Cela merecía el Nobel sólo por *La familia de Pascual Duarte*. Lo confieso: leí ese libro siendo un pibe y me dejó devastado, pero

con muchas ganas de seguir escribiendo. Son esos libros que te dicen: la grandeza, en la literatura, es posible. Después, sus posiciones políticas han estorbado sus probabilidades pero —en este caso— su exquisitez estilística y el espléndido y hondo conocimiento de la condición humana de la novela que hemos nombrado se impusieron). La otra referencia en que abrevó este trabajo fue el erudito ensayo de Harold McGee, *On Food and Cooking* de 1984.

Es el momento —algo solemne y sin duda sonoro— en que debemos entregarnos al análisis del poema quevediano del pedo. Es una de esas piezas encantadoras, ya que el que se lo sabe de memoria se luce en algunas reuniones en las que reina el buen ánimo, las ganas de divertirse y tal vez algunos tragos de exquisito vino.

Alguien me preguntó un día.

¿Qué es un pedo?

Y yo le contesté muy quedo:

el pedo es un pedo,
con cuerpo de aire y corazón de viento
el pedo es como un alma en pena
que a veces sopla, que a veces truena
es como el agua que se desliza
con mucha fuerza, con mucha prisa.

El pedo es como la nube que va volando
y por donde pasa va fumigando,
el pedo es vida, el pedo es muerte
y tiene algo que nos divierte;
el pedo gime, el pedo llora
el pedo es aire, el pedo es ruido
y a veces sale por un descuido
el pedo es fuerte, es imponente
pues se lo tira toda la gente.

En este mundo un pedo es vida
porque hasta el Papa bien se lo tira
hay pedos cultos e ignorantes
los hay adultos, también infantes,
hay pedos gordos, hay pedos flacos,
según el diámetro de los tacos
hay pedos tristes, los hay risueños
según el gusto que tiene el dueño.

Si un día algún pedo toca tu puerta
no se la cierras, déjala abierta
deja que sople, deja que gire
a ver si hay alguien que lo respire.

También los pedos son educados

pues se los tiran los licenciados,
el pedo tiene algo monstruoso
pues si lo aguantas te lleva al pozo
este poema se ha terminado
con tanto pedo que me he tirado.

Es una temática rotunda, rústica. No busca refinamiento alguno, agradar a nadie por su elegancia sino por su descaro. Se basa en el culto a la naturaleza más que al espíritu. Esto se acerca al epicureísmo. Heidegger, en su gran trabajo «La frase de Nietzsche “Dios ha muerto”», señala a los epicúreos como grandes negadores de la muerte en su búsqueda de la felicidad terrena. Lo explica Rodolfo Mondolfo: «Y en cuanto a la muerte, que es la disolución de la combinación corpórea a la que pertenece la sensibilidad, ella no existe para nosotros mientras nosotros vivimos, como no existimos nosotros para ella cuando ella sobreviene, porque ya no existe más sensibilidad o la capacidad de sufrimiento. Y de esta manera queda eliminado también todo temor de ultratumba»^[7]. Queda claro que los epicúreos habían arribado a este mundo con la voluntad de pasarlo lo mejor posible. Esta negación de la muerte merece el desprecio de Heidegger, pues es la base de la existencia inauténtica. El *Dasein* es el ser-para-la-muerte y tiene que enfrentar esa condición. Vive su existencia en la modalidad del aún no. Es decir, aún no he muerto. Un epicúreo diría que pasa sus días en la modalidad del aún sí: aún, sí, vivo.

Hay, en Quevedo Villegas, una exaltación del pedo como hecho simple, natural, que a todos concierne y a todos da cotidianamente y asegura la salud. Esta idea de la salud es totalmente opuesta al ideal romántico de la palidez, de la enfermedad en tanto romance sombrío con la muerte. En *Amalia*, José Mármol habla del gusto estético de su época. Y es el de la piel pálida, suave. La salud la injuria pues la enrojece. Pálidas son Amalia y Florencia Dupasquier, que son, para Mármol, dos creaciones del espíritu. Quevedo Villegas preguntaría: «Escuche, señor Mármol, ¿no se tiran pedos vuestra Amalia y vuestra Florencia?». Mármol lo retaría a duelo. Pero no sólo en el romanticismo. Siempre ha sido oculta la suerte del pedo. La palabra sirve sin sonar bien. Y son muchos los que se asombran de que un poeta como Quevedo Villegas (que tiene poemas de amor y poemas religiosos arrebatadores) se haya divertido livianamente o degradado sin más con estas temáticas. El ideal en el siglo en que Quevedo Villegas vivía era el de la mujer sana, fuerte, entrada en carnes. Nadie podía no aceptar que —de vez en cuando— se echara un pedo. A esa naturaleza —que será negada por todas las instituciones que en todo siglo se encargarán de cuidar la moral— rinde culto Quevedo Villegas.

Rimbaud y Verlaine

Soneto al hueco del culo

Oscuro y fruncido como un clavel violeta
respira, tímidamente oculto bajo el musgo;
el licor del amor todavía lo humedece
y fluye por el leve declive de las nalgas.

Filamentos parecidos a lágrimas de leche

lloran ante el triste soplo que los arrastra
a través de piedritas de abonos arcillosos
hacia el declive que ahora los reclama.

A menudo mi boca se acopla a su ventosa
y allí mi alma, del coito material envidiosa,
cava su lagrimal feroz, su nido de sollozos.

Es la argolla extasiada y la flauta mimosa,
tubo por donde baja el celestial confite.
Canaan femenino de humedades nacientes^[8].

El otro famoso texto quevediano sobre esta temática es un soneto:

La voz del ojo, que llamamos pedo
(ruiseñor de los putos), detenida,
da muerte a la salud más presumida
y el propio Preste Juan le tiene miedo.

Mas pronunciada con el labio acedo
[sinónimos: ácido, áspero, agrio]
y con pujo sonoro despedida,
con pullas y con risas da la vida,
y con puff y con asco siendo quedo.

Se encontrará el soneto completo en la edición de Aguilar de las obras completas de nuestro autor, a cargo de Astrana Marín, *Obras en verso*, p. 181. El «Soneto del culo» no agrega mucho al «Poema del pedo». Sobre todo en hacer del pedo el fundamento de la buena salud de los seres humanos, a quienes si Quevedo Villegas les desea buena salud uno imagina en orgías demenciales consumiendo vino oscuro y dulzón, jugueteando con abierta sexualidad entre polleras de mujeres abundosas, de mejillas, no rosadas, sino de un rojo intenso como el vino que ellas también toman. Parece, o no, no parece, sino que es evidente en el soneto, que Quevedo Villegas pierde toda corrección política, algo que no tenía siquiera que perder porque en su época no existía y menos para él. El título del soneto (y así se lo anuncia) es: «La voz del ojo que llamamos pedo, rruiseñor de los putos». El ojo del culo, según ya largamente sabemos, tiene voz y esa voz es el pedo. ¿Cómo podría sonar el pedo, en tanto voz del ojo del culo, para los putos? Pues como un rruiseñor.

Terminamos aquí con Quevedo Villegas. Para serle leal hay que decir que es un genio de la lengua española, que hemos recurrido solamente a sus poemas paganos, rústicos y abiertamente divertidos. Pero, en los días que corren, el culo ya no es pagano: es el símbolo perfecto de la modernidad informática. El culo del siglo XXI es un elemento con tal poder paralizador e idiotizante que se ha tornado primario en toda política de control social, que es siempre la política del poder. Quevedo Villegas no vivió los tiempos de la jubilosa modernidad culocrática, pero al símbolo de ella lo ha cantado con gracia e infinito ingenio.

Peter Sloterdijk (*Crítica de la razón cínica*), senos, culos, genitales y otros elementos psicosomáticos del espíritu de época

El *ballet* y la exuberancia de la genitalidad masculina

Es célebre la primera frase del *Discurso del método* (1637) de Descartes: «El buen sentido es la cosa que mejor repartida está en el mundo». Podríamos utilizarla para ahondar en nuestro estudio de la modernidad culocrática. Podríamos decir: «El culo es la cosa que mejor repartida está en este mundo». Todos lo tienen. No hay ente antropológico que camine por este mundo que no lo tenga. Todos tienen uno, ninguno dos. Pero a nadie le falta el suyo. Nadie se atrevería a afirmar que el ente antropológico carece de otras cosas que están bien y justicieramente repartidas. La nariz, digamos. Pero nadie coge por la nariz. Y cualquiera — todo aquel que lo desee— coge por el culo. El culo unifica toda diversidad sexual. De aquí su abarcante simbología. Tienen culo las mujeres, tienen culo los hombres, tienen culo las lesbianas, tienen culo los gays, tienen culo los travestis, los transexuales, tienen culo los homofóbicos, tienen culo los no-homofóbicos. Tienen culo los heterosexuales. Los bailarines de *El lago de los cisnes* que lo exhiben como algo espiritualmente superior a la música de Tchaikovski. Al igual que sus vigorosos, prepotentes bultos, envidia de todos los espectadores, que se preguntan cómo puede existir algo así hasta que encuentran consuelo en pensar lo que inevitablemente piensan: los bailarines son todos putos. Fontanarrosa, en uno de sus cuentos, dice: «No me digás, los bailarines son putos. Porque a la mina que baila con vos la tenés que alzar, y que te pasa un muslito por aquí, el escote por allá, la entrepierna por la jeta, que si vas pa' delante ¡te la cogés!». Falso, simple y dolorosamente falso, caballeros. No todos los bailarines son putos. Los hay de todas las especies. El único consuelo radica en pensar (acaso acertadamente) que esos bultos de fábula lo son porque hay en ellos más algodón que en una cosecha entera del Sur norteamericano. Como sea, no es nuestro tema. Lo que muestran los bailarines es el culo. ¡Y qué culos muestran! Musculosos, tenaces, pétreos. Pareciera que —en cualquier movimiento algo brusco— la malla se revienta y el culo se desparrama impudorosamente por la platea. De donde nos vamos aproximando a la esencia de nuestro tema.

En la modernidad informática cunde la ambigüedad. Le preguntan a un galán:

—Y díganos, Yuyo Marini, usted, en la cama, ¿cómo la juega?

—Nada me detiene. Todo es posible. Vivimos la época de la libertad sexual y de las libres elecciones. Ya no hay condenas. Uno es lo que quiere. Un día una cosa. Otro día otra. Otro día...

—Otra.

—Acertó.

El culo es la democracia en acción. No sólo todos lo tienen, todos le dan los usos más extravagantes. Aparte, el culo es unisex. En una época libre en que los hombres disfrutaban siendo mujeres y las mujeres siendo hombres, ¿qué los va a unir, a identificar? No la concha, no la pija. El culo. Lo tiene el hombre. Lo tiene la mujer. Y lo tienen todos los imaginativos que diariamente inventan modos de retozar felices en el seno de la sexualidad.

Pero en una época que gusta jugar a las ontologías débiles (Vattimo), a las ontologías del presente (Foucault), a la realidad no sólida, sino líquida (Zigmunt Bauman), a la virtualidad absoluta y al crimen perfecto, el de la realidad (Baudrillard). En fin, a la liviandad y el aflojamiento de las costumbres y de la ontología, del mismísimo ser que desveló a los griegos y a Heidegger. En esta época (en la que además se advierte un horizonte apocalíptico), la solución es el culo. Hay una vieja frase: «A coger que se acaba el mundo». Algo de esto hay en la sexualidad liviana, fácil, veloz de estos tiempos. Los de la culocracia.

¿Qué es la culocracia? «Culo» sabemos de sobra qué significa. «Gracia» significa dominio o poder. El ejemplo clásico es «democracia». Que se construye con las formas griegas: *demos* —pueblo— y *cracia* —dominio o poder—. En rigor, la democracia es el dominio o poder del pueblo. La culocracia es el dominio o poder del culo. Me agradaría haber inventado este concepto. Y si no, no importa. Nada se inventa. Lo nuevo no seduce a nadie. Seduce la ambigüedad. ¿Qué es esto? ¿Es esto o aquello? Pero esperamos haber planteado con cierta claridad y tal vez contundencia que la modernidad informática es la modernidad de la culocracia. Ya veremos los diferentes, no infinitos, pero abundosos y agobiantes usos que se le otorga. Pero seamos claros y tal vez obsesivamente insistentes: el símbolo unívoco, irrefutable de estos tiempos, los de la modernidad informática, los de la globalización, es, señoras, señores, el culo. Tengamos desde ya en cuenta que el culo del que centralmente hablamos no es un culo natural, sino un culo que se fabrica. De modo que apuntemos ya mismo lo siguiente: el culo de la sociedad culocrática no es una creación de Dios, sino del hombre. Es una mercancía entre tantas otras, pero la de mayor poder simbólico^[9].

No estamos proponiendo reemplazar la célebre primera frase de *El capital* de Karl Marx: «La riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista se presenta como “un enorme cúmulo de mercancías”, y la mercancía individual como la forma elemental de esa riqueza. Nuestra investigación, por consiguiente, se inicia con el análisis de la mercancía»^[10]. ¿Es un gran avance y una gran osadía, impertinencia y desenmascaramiento que caractericemos al culo como una mercancía, algo que se compra o se vende? Una mercancía tiene valor de uso y valor de cambio. Para el que ofrece culos como valor de cambio, el negocio radica en venderlos lo más caro posible, negocio que tiene mucho que ver con la prostitución y la trata de blancas que rinde por año miles de millones de dólares y mucho más aún. Para el que compra culos como valor de uso, su fin es mirarlos si se trata de un *voyeur* o «hacerlos», según hemos visto que se «hace un culo», rompiéndolo. Pero es —vale insistir— una mercancía del sistema de producción capitalista que Marx ni siquiera habrá imaginado, o tal vez sí, pero no eran, los suyos, tiempos para tratar abiertamente estos temas. (Esperemos que los actuales sí, que lo sean. Dado que, si no lo son, no vamos a entender cosas fundamentales del mundo en que vivimos). El culo es también un elemento en el mundo de las altas finanzas. Si viene un importante personaje del mundo financiero internacional, se pondrán en sus manos —para facilitar sus decisiones— los mejores *books*,

donde están los mejores culos. El culo de las grandes chicas de la altísima prostitución está antes que cualquier tratativa que acaso defina el destino de un país. Primero el culo, después las finanzas.

No hay temas bajos

Según una crítica que le formulé unas trescientas páginas atrás, pareciera que soy un enemigo agrio y hasta feroz de Sloterdijk. No es así. Le habré reprochado alguna excesiva referencialidad al lenguaje, en la línea del Heidegger que lanza esa consigna en su *Carta sobre el humanismo*. De hecho, se debe reconocer que sobre el humanismo hay tres libros esenciales: la *Carta* de Heidegger, *El existencialismo es un humanismo* de Sartre y *Normas para el parque humano* de Sloterdijk, que se presenta a sí misma como una respuesta a la *Carta sobre el humanismo* de Heidegger^[11].

¿Qué es la *Crítica de la razón cínica*, libro al que recurriremos en busca de los materiales que Sloterdijk entrega para la temática del presente (breve) ensayo? ¿Es un gran libro o un libro grande? Probablemente las dos cosas. Rüdiger Safranski, no un filósofo pero sí un gran biógrafo y un estimable ensayista^[12], define generosamente a Sloterdijk: «Desde 1983, Peter Sloterdijk cuenta entre los filósofos más importantes de la Alemania de posguerra. De un día para otro se hizo famoso con su *Crítica de la razón cínica*, un libro que conmovió al gran público como casi ninguna otra obra de diagnóstico filosófico desde *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler» (texto de Safranski que figura en la contratapa de *Crítica de la razón cínica*). Se trata de un texto de contratapa, aunque (peor) pareciera tomado de algo más ambicioso que escribió Safranski. Resulta casi anonadante que haya escrito una cosa así. Nadie deja de reconocer los méritos de la obra de Spengler, pero *La decadencia de Occidente* aparece en 1918 y desde ahí hasta 1983 aparecieron infinidad de grandes obras en la filosofía de Occidente, de diagnóstico o no diagnóstico. Como fuere, Sloterdijk no tiene culpa alguna por el entusiasmo de Safranski. Sloterdijk (insistimos) es valioso. Pero es un filósofo alemán de los tiempos de Habermas, afortunadamente más salvaje. Y no mucho más que eso. Aunque acaso eso no sea poco. Nos disponemos a verlo.

En la segunda parte de su obra comienza con una propuesta potente: «No sólo el lenguaje hablado tiene algo que decirnos, también las cosas hablan a aquel que sabe usar sus facultades sensoriales»^[13]. ¡A las cosas mismas!, como había proclamado lejanamente Husserl. Pero aquí no estamos en los terrenos de la fenomenología ni las «cosas» de Sloterdijk son las de Husserl. Éste elaboraba una gnoseología, Sloterdijk elabora un complejo vitalismo que comprometa al ente antropológico con las cosas del mundo, incluyendo sus olores, sus sabores, sus bellezas y sus abominaciones. Cuando un filósofo habla de «facultades sensoriales» está por patear el tablero del sujeto trascendental cognoscente. Sigue: «El mundo está lleno de figuras, lleno de mímica, lleno de rostros; de todas partes llegan a nuestros sentidos las señas que nos hacen las formas, los colores, las atmósferas. En este campo fisonómico, todos los sentidos están estrictamente entretreídos, y quien haya podido mantener sus facultades perceptivas indemnes posee un eficaz antídoto contra el hastío de los sentidos con el que pagamos el progreso de la civilización»^[14]. Aquí hay una clara

e inevitable referencia al Freud de *El malestar en la cultura*. Para que la cultura exista, el hombre debe renunciar a sus instintos primarios. «La imposición de una vida sexual idéntica para todos (escribe el maestro de Viena), implícita en estas prohibiciones, pasa por alto las discrepancias que presenta la constitución sexual innata o adquirida de los hombres privando a muchos de ellos de todo goce sexual y convirtiéndose así en fuente de una grave injusticia. El efecto de estas medidas restrictivas podría consistir en que los individuos normales, es decir, constitucionalmente aptos para ello, volcasen todo su interés sexual, sin merma alguna, en los canales que se le han dejado abiertos. Pero aun el amor genital heterosexual, único que se ha escapado a la proscripción, todavía es menoscabado por las restricciones de la legitimidad y la monogamia. La cultura actual nos da claramente a entender que sólo está dispuesta a tolerar las relaciones sexuales basadas en la unión única e indisoluble entre un hombre y una mujer, sin admitir la sexualidad como fuente de placer en sí, aceptándola tan sólo como fuente de reproducción humana que hasta ahora no ha podido ser sustituida»^[15]. Al no admitir a la sexualidad como fuente de placer en sí, la cultura burguesa (ya que de ella se trata) le impone ataduras y constricciones. Estas ataduras sofocan la vida sexual en sus más ricos y plenos despliegues. Es por las normas de la cultura que el ser humano tiene que ser fiel a su pareja (sobre todo las mujeres), tiene que ser obligatoriamente heterosexual, tiene que tener sexo sólo para la procreación de la especie y tiene poderosamente negadas las relaciones incestuosas en las que podría encontrar un placer acaso privilegiado si se aceptara el sexo como fuente de placer en sí. Todo lo que produce placer sexual es bueno. Las ataduras que se le impongan a este instinto constitutivo sólo generarán neurosis. Las neurosis generarán agresividad. Hay que desatar al ente antropológico. Hay que sacar a Odiseo de ese mástil al que ordenó lo ataran y entregarlo a la plenitud del canto de las sirenas.

Sloterdijk se siente obligado a explicar qué tipo de filosofía está llevando a cabo. Una filosofía que «no se deja seducir por la atracción de los “grandes problemas”, sino que encuentra sus temas fundamentales abajo del todo: en la cotidianidad, en lo que se considera sin importancia, en todo aquello de lo que, por lo demás, no merece la pena hablar, en las pequeñeces. Cualquiera podrá ya reconocer en semejante giro de la mirada el impulso químico para el cual “ningún tema” bajo es demasiado bajo»^[16]. Cualquiera —también— adivinará la razón por la que hemos llamado para respaldar nuestras posturas a Sloterdijk: no hay temas bajos. Todo lo que sirva para pensar una sociedad y sus modalidades hegemónicas es válido, sea bajo, sea alto. Nuestro autor se arroja ahora —en función analítica, filosófica— sobre los senos. Veremos en cuánto coincide con los planteos que venimos realizando. Escribe:

«En la moderna civilización de los medios de comunicación y la moda domina una mezcla atmosférica de cosmética, pornografía, consumismo, ilusión, adicción y prostitución para la que son típicos el descubrimiento y la representación de los pechos. En el mundo comercial nada parece marchar sin ellos (...). En todo lo que puede parecer vida y despertar deseos, están presentes como ornamento universal del capitalismo (...). ¿Sexismo? ¡Si todo fuera tan sencillo! Los anuncios y la pornografía son casos especiales del moderno cinismo, que sabe que el poder tiene que hacer el camino a través de las imágenes desiderativas y que los sueños y las adicciones de los demás se pueden estimular y al mismo tiempo frustrar para

conseguir los propios intereses. La política no es sólo el arte de lo posible, como se ha dicho, sino el arte de la seducción (...). Estos modernos pechos comerciales existen, hablando de una manera filosófica, sólo en sí, como objetos, no para sí, como cuerpos conscientes. Sólo significan un poder, una atracción. Pero ¿qué serían los pechos por sí mismos, independientemente de su desnudamiento cínico en el mercado de consumo?, ¿cómo se comportan en relación al poder y la energía que emana de ellos?»^[17].

La cuestión es compleja. Algunos pechos optarían por permanecer ajenos a este juego del poder, al juego de la atracción, del deseo, del enceguecimiento e idiotización a que son sometidos por los medios. (Ya vamos a ver —detenidamente— el papel de enceguecimiento e idiotización que juegan las tetas y los culos en programas como el de Marcelo Tinelli, hegemónico de esta estética en la Argentina. Señalemos ya una palabra que no estamos usando bien. Al hablar de enceguecimiento nos referimos a la obliteración de la lucidez. Es la inteligencia crítica la que pierde la visión. A ella es que se trata de enceguecer. Pero no a la mirada. La mirada es superlativamente requerida. Para idiotizarse con los culos, ante todo hay que verlos). Hay mujeres que, insatisfechas con sus senos, se hacen las tetas o las gomas o las lolas. Cualquier tipo de mujer puede, de este modo, rendir culto al ideal estético de los anuncios comerciales, esos agresivos anuncios de ropa interior que se ven por la calle. O no: no cualquier mujer. Hay que tener cierto estatus social para hacerse las tetas. «Hacéte las con Fulano que te las deja divinas. Claro, es carísimo». La palabra «hacer» vuelve a surgir. ¿Qué diferencia hay —para una mujer— en que le hagan las tetas y le hagan el culo? Hacerse las tetas tiene su prestigio. Se necesita dinero. Se necesita poder pagar a un excelente o a un gran cirujano plástico. Se requiere una decisión no sólo autónoma e independiente sino absolutamente libre. La mayoría de las mujeres se hacen las tetas porque quieren. O es un regalo del marido. Pero se las hacen también porque pueden. Las mujeres de los arrabales no se hacen las tetas. Si se les caen con los sucesivos hijos, ahí se quedan, caídas y ya no calientan al marido que se busca otras. Con todo derecho, cree. Pueden ocurrir muchas cosas. Puede ocurrir que la mujer le rompa la cabeza con el filo de la plancha. Pero las mujeres no siempre quieren que les hagan el culo. O que se lo rompan. Tienen que «dárselo» al varón. Y la relación macho-hembra es desigual. Hace rato que las mujeres dicen: «A Pedro me lo cogí. Y si mi marido me sigue jodiendo, me voy a coger a todo el cuerpo de bomberos». O también: «Me voy a coger a todos hasta llegar a la oficina del jefe de esta puta corpo». Se coge y se asciende. Esto se sabe desde las películas precódigo Hays^[18]. Pero cuando se «da» el culo, el que toma la ofensiva es el macho. «Dámelo que te lo rompo». Algo que suele coincidir con el deseo de la mujer, porque es inevitable que ella, aun ofreciéndolo, encuentre duplicado su placer en someterse al macho. En *Los monstruos* (una película italiana de los años sesenta), la bella y aristocrática Eleonora Rossi Drago ve pasar al botellero desde la ventana de su elegante piso. El botellero es Vittorio Gassman, desarrapado, astroso, con pocos dientes, con una voz aguardentosa, que arrastra un carrito con diarios viejos y sucios y botellas rotas, en tanto vocifera: «¡Botellero! ¡Botella vacía! ¡Botelleroooooo!». Eleonora lo chista y le hace una seña unívoca: que suba. Gassman larga el carrito y sube al piso de la dama. Vuela de la calentura. Ella lo hace entrar, cierra y se arroja en sus brazos. «Llévame a la cama, bestia. Quiero ser tuya». Gassman, alzada, la lleva hacia el dormitorio. De pronto, ella, para aumentar su ardor, le dice: «Sé bueno. Decime algo guarango. Una guasada. Haceme sentir que estoy

con un bruto. Con una bestia sucia. ¡Decime, decime!». Y Gassman, a toda voz, exclama: «¡Botellero! ¡Botella vacía! ¡Botelleroooooooooo!». Esta es la perfecta situación en que la mujer imagina al hombre como una bestia que le va a «romper» el culo. Y eso es lo que quiere. Nada mejor que un tipo áspero, un laburante de la calle, fuerte, con callos en las manos, acostumbrado a la elementalidad, a la relación primaria con las cosas para dar satisfacción al deseo de la exquisita aristócrata, seguramente harta de los buenos modales de su marido. Los intelectuales (por ejemplo) no tienen buena fama como amantes. Y es porque no están ligados a las cosas primarias, sino a las abstracciones del intelecto. Se dice (dicen las mujeres): «Los intelectuales son buenos antes y después». Afirmación en la que late la habilidad para el «verso» que tienen los hombres cultivados. Pero el «verso» funciona antes y vuelve a funcionar después. Ahí, el intelectual reina. Pero ¿en el medio? En el medio, el botellero. También hay un chiste que se encuadra en esta interpretación. El diálogo es entre dos prostitutas. Una dice: «¿Sabés, che? Los intelectuales, a la pija, le dicen pene». «¿Y cómo es el pene?». «Igual que la pija, pero un poco más blando».

Pero la mujer que se hace las tetas no se las hace para el goce sexual. Se las hace para la mirada de los otros. De pronto, aparece en una fiesta, se quita el coqueto saquito que llevaba sobre sus hombros y aparecen ellas, las nuevas tetas, en todo su esplendor. Sin embargo, no hay hasta el momento (y es, en rigor, increíble) un método que no haga de unas tetas «hechas» un objeto siliconado. Se decía un notable chiste cuando la *vedette* Moria Casán tuvo un hijo. La palabra la tenía el nene. Que decía: «La leche me la tomo. Las siliconas las escupo». Todavía hay que apostar a las tetas naturales, sean grandes o no. Sólidas o no tan sólidas. Ismael Navarro, el protagonista de mi novela *Ni el tiro del final*, refiriéndose a los pechos de su amante, Susy Rivas, dice: «Sus pechos tenían peso y caída. Estaban hechos a la medida de mi mano». Y Sloterdijk llega a lo poético en el texto con que termina el párrafo sobre los pechos: «Sin embargo, algunos poseen la dulzura de las peras maduras, que tan pesada y amablemente han llegado a ser lo que son y que oportunamente caen del árbol en una mano, mano por la que se sienten reconocidos». Los textos son muy similares. Ismael Navarro dice: «Sus pechos tenían peso y caída». Es decir, un pecho no tiene por qué ser una roca enhiesta, tiesa, que no tiene «peso», entendiendo por «peso» que tiene «caída»; una «caída» que es pura sensualidad y que es vida, que le hace sentir a quien lo recibe en su mano su «naturalidad», su ajenidad a lo constructivo. Nadie lo hizo, es así. Los pechos de una mujer tienen que tener «la dulzura de las peras maduras». Su pesadez será amable. Y si caen del árbol caerán en una mano (hechos a la medida de mi mano, dice Ismael) por la que se sentirán reconocidos.

Volvamos al Código Hays. Expresa todo lo que se prohibía ver. También mantenía en perpetua insatisfacción sexual a hombres y mujeres que asistían al cine. Y la estupidez de la retrasada religiosidad de los norteamericanos, ese cuaquerismo extremo, impedía ver la potencialidad idiotizadora del sexo bien utilizado. Sobre todo en una sociedad como la norteamericana, que lo necesita. Se me permitirá tomar de Wikipedia (para algo verdaderamente sirve) los puntos centrales del Código William Hays, un reprimido patológico como todos los censores.

Código Hays

El código Hays fue un código de producción cinematográfico que determinaba con una serie de reglas restrictivas qué se podía ver en pantalla y qué no en las producciones estadounidenses.

Creado por la asociación de productores cinematográficos de Estados Unidos (MPAA) describía lo que era considerado moralmente aceptable. Fue escrito por uno de los líderes del Partido Republicano de la época, William H. Hays, uno de los principales miembros del MPAA, y se hizo popular con su apellido. Se aplicó desde 1934 hasta que se abandonó en 1967, para dar lugar al nuevo sistema de Clasificación por edades de la MPAA.

El código constituyó un sistema de censura, que prohibía la exhibición en Estados Unidos de la mayoría de las películas europeas o independientes que a menudo violaban el estilo de Hollywood.

El código enumeraba tres «principios generales». Especificaba además las restricciones como aplicaciones particulares de los tres principios anteriores.

- No se autorizará ningún film que pueda rebajar el nivel moral de los espectadores. Nunca se conducirá al espectador a tomar partido por el crimen, el mal, el pecado.
- Los géneros de vida descriptos en el film serán correctos, tenida cuenta de las exigencias particulares del drama y del espectáculo.
- La ley, natural o humana, no será ridiculizada y la simpatía del auditorio no irá hacia aquellos que la violentan.

Pese a todo, los grandes directores, técnicos y actores de Hollywood hicieron grandes películas. Pero Europa acaparó el prestigio del cine serio, culto, para espectadores con inquietudes o directamente para intelectuales o académicos. Aparecieron las italianas (Lollobrigida, Loren, Lisi, Cardinale, Mangano y otras no menores por no acudir a mi memoria en este momento) y los grandes directores. Los estudios *yankis* entraron en crisis y la década del sesenta fue de los europeos.

Los senos, las lolas o las gomas o las tetas^[19] han pasado a un segundo lugar. Cuando yo era pibe la primacía la tenían las tetas. Las tetas de Marilyn, de Jayne Mansfield, de Mamie Van Doren (la esposa del jazzman Ray Anthony en los cincuenta y una mujer para el infarto), de las italianas, de las francesas, eran los elementos más calenturientos que ofrecía el cine. Cierta vez, estaba viendo *Giulietta de los espíritus* de Fellini y Sandra Milo se tiraba en el pasto boca abajo y sus tetas caían generosas. Pero hasta cierto punto. La pantalla cubría sus pezones. A mi lado había un espectador que se irguió en su butaca para ver más, para ir más allá del límite de la pantalla.

—No se esfuerce, señor. No va a ver más de eso que le muestran.

—Pero, carajo, ¿qué hay más abajo?

—Las tetas de Sandra Milo, de eso no podemos dudar. Como tampoco de que si la cámara la tomó hasta ahí es porque no quieren que le veamos las tetas completamente. Pezones, no. Eso queda librado a su imaginación, amigo.

—'Ta madre, ¿a qué viene uno al cine?

—A disfrutar del genio del señor Fellini. ¿No le alcanza con eso?

Se levantó y se fue.

No digo que las tetas murieron. No, Larissa Riquelme se hizo mundialmente famosa porque precisamente en un Mundial de Fútbol (ella era hinchita de Paraguay) se puso un celular entre unas tetas transpiradas por el clima caluroso y por la pasión caliente, paroxística, que le provocaba la suerte de su equipo. Se hizo célebre. La declararon la Reina del Mundial. Sólo necesitó sus tetas para eso. Para quitar ilusiones vanas es necesario decir que las tetas de Larissa no son las de cualquier mujer. Ni siquiera se las ve siliconadas. Estaban arañando la obra de arte. Todos se dieron cuenta y algunos se distrajeron gravemente durante largos tramos de los partidos del Mundial. Larissa Riquelme —coherentemente— aterrizó en el programa de Marcelo Tinelli. Ya veremos qué surgió de ese encuentro explosivo.

Sloterdijk no entiende la hegemonía del culo

Los filósofos se empeñan en ignorar dos cosas esenciales: 1) Vivimos los tiempos de la culocracia. 2) Estos tiempos se basan en una continua exhibición del culo. El poder mediático ha elegido el culo como materia de enajenación: «Miren culos, lo demás lo hacemos nosotros». Sloterdijk anota algo jocoso: «Cuando en su tiempo a la famosa Arletty se le reprochó haber tenido relaciones sexuales con los ocupantes alemanes, parece que su respuesta fue: *Mon coeur es français, mais mon cul est international*»^[20]. Pero Sloterdijk ve en el destino del culo a lo largo de la historia un triste itinerario de humillaciones: «Azotado, pisado y maltratado, el culo posee una imagen del mundo plebeya, popular, realista»^[21]. ¡No, talentoso Peter! El culo, hoy, no es realista. Es una mercancía con valor agregado. Nos detendremos —más adelante— en su lenta, artesanal elaboración. Hoy, en la segunda década del siglo XXI, un culo no nace, se hace. Hay especialistas para semejante tarea. Quede claro que me refiero a lo que llamaré los culos-espectáculo. Los portan y exhiben las *vedettes* en los teatros de revistas, en los boliches nocturnos en que hay minas sabias buscando incautos y —sobre todo— en los programas de televisión. También hay infinidad de mujeres que se hacen tanto las tetas como el culo. No es cuestión de andar por ahí dando lástima. No olvidemos la depilación, que juega un papel importante. Si una mina se pone —no sólo para la playa sino para esa íntima-intimidad en que el cuerpo se exhibe ante el codicioso amante— una trusita-tanga, claro que se tiene que depilar. Una amiga me confesó: «Que ninguna turríta te mienta: la que se depila busca guerra». Se dejan entonces una pequeña —y tal vez elegante y acalorada y seductora e incendiaria— línea pilosa que apenas enmarca la cavidad de los placeres infinitos. La cosa es que ni un solo pelo rebase la estrecha trusa. Esto se logra con algún costo de dolor, pero cada vez menos. Ya los especialistas saben cómo tratar con arte, *finesse*, los bordes escasos pero enloquecedores de una concha. Los tipos —aquellos a quienes los torturadores celos retrospectivos atenazan— preguntan: «¿Por qué estás depilada así?». La mina, si se la sabe bien (y casi siempre es así), responde: «Para vos, mi amor. Para ponerme esta trusa con el corazoncito rojo en el medio que te vuelve tan loco. ¿Es estrecha o no?». «Sí». «¿Y qué querés, tontuelo? ¿Qué se me desborden los pendejos a los

costados de la trusa? ¿Te gustaría esa guarangada?». «No, pero ¿seguro que es para mí nada más, no?». «¿Y para quién va a ser? ¿Acaso hay en el mundo otro hombre más que vos?». «A veces sospecho». «Terminala, enfermo. Si me seguís atormentando con tus celos me las pico. Y vos, atorrante, ¿te hiciste o no una elongación peneana con el doctor Guastavino? Te habrá dolido hasta el llanto». «¿Quién te dijo eso?». «Tu amigo Pepe, que también se la hizo. Estuvo un mes en cama. Y vos, ¿te la hiciste para mí?». «Por supuesto». «No te creo». «Yo tampoco te creo a vos». «Bueno, ahora estamos aquí. Yo confío en vos. Y vos en mí. Y si no, lo mismo da. No hace falta tanta confianza para un buen polvo, idiota. Lo único que importa es el polvo. Lo demás, el pasado, el presente y hasta el futuro, a la mierda, nene»^[22]. Como vemos, las mujeres suelen superar a los hombres en éste y en todo tipo de situaciones. Ellos no abandonaron su estúpido machismo, que los arroja a la errática exigencia de ser únicos. No lo advierten aún. Las mujeres están cada vez más hartas de los tipos. Quieren ser libres, que no las molesten, que no las persigan, que las comprendan. Que no hagan de su pasado un prontuario. El problema, para los tipos, es que un alto porcentaje al poco tiempo quiere hijos. ¡Los hijos! Esa cadena perpetua. Ahí, los tipos se rajan o claudican (si la quieren de verdad a la mujer) y así es como aumenta la población mundial.

Como se ve, el aumento de la población mundial exige dos instancias fundamentales. La mujer tiene que hartarse del *free sex* y sentir en algún hondo pliegue de su alma eso que Dios (o quien sea) parece haber puesto ahí. El deseo de ser madre. La cosa se precipita en ella del siguiente modo: soy mujer, estoy capacitada para procrear, no me voy a pasar la vida cogiendo porque sí, alegremente, irresponsablemente, quiero sentir eso que sólo una mujer siente, dar a luz, sentir en mí el nacimiento de la vida, las pataditas de un niño o una niña. Es un atributo de las mujeres. Sólo de ellas. Dar a luz. Nada más parecido a Dios: ¡Hágase la luz y la luz se hizo! Los hombres, nada. Usan esa cosa que frecuentemente o casi siempre les cuelga entre las piernas y cuando se les pone rígida nos la dan. *Querido, de vos lo único que quiero es un poco de semen. Después, andate.* Yo me ocupo. Yo, la madre. Durante nueve largos meses lo llevo en mí. Es mío. De noche le hablo. Siento, al principio, sus leves movimientos. Después, cada vez más. Hasta que lo veo moverse por mi panza, ahora gloriosa porque lo contiene a él. ¡Ah, qué sublime: ser Madre! Dar vida. Ser Dios.

La otra instancia es que el hombre sabe que, si no le da el hijo, la pierde. Y no quiere perderla. A esto se le puede llamar amor. Porque eso, el amor, existe. Y estas dos instancias unidas producen —como fue dicho— el aumento de la población mundial. No sé si pasa lo mismo con los chinos (que se reproducen como conejos). No lo sé porque soy un hombre de Occidente. Pero algo semejante tiene que pasar porque la especie humana, pese a todas sus diferencias, en las cuestiones fundamentales de la existencia suele parecerse. Chinos o no, coreanos, albaneses, habitantes del Polo Norte o de la Atlántida, actúan igual. Meten su cosa en la caverna de los milagros y listo. Se engendra otro monstruo que tendrá una concepción del mundo, que dará opiniones sobre todo, que irá a la guerra, que matará, o que se dedicará al arte y acaso sea un gran pianista, que se preguntará por Dios, por su silencio, por su ausencia, o sentirá su presencia en privilegiadas oportunidades a las que se entregará con fervor. Increíblemente, de ese feto-cosa, de ese feto-biológico sin conciencia alguna, al crecer, al aparecer en él la conciencia y empezar a ser un humano, surge el ente antropológico, la criatura humana, el hombre en el que el mal y el bien lucharán durante toda su vida. Porque

—bordeando una frase de Dostoyevski— el bien y el mal se enfrentan, colisionan, luchan incesantemente, y el campo de batalla es el corazón del hombre. El alma humana está urdida por esa lucha. Si es así, entonces que nadie venga a decir que el hombre es humano cuando hace algo bueno e inhumano cuando comete el mal. El ser humano es malo y es bueno. Tanto lo humano como lo inhumano lo constituyen. El mal no es una entidad que —por medio de una fórmula química, según la genial ficción de Stevenson— podría ser desgajada del bien. El bien y el mal, lo humano y lo inhumano, son una sola y la misma cosa entramadas en el ser del hombre, en eso que suele llamarse su alma o su espíritu o su corazón. Nadie es incapaz de nada. Cualquiera es capaz de todo. No hay un *a priori* que impida a un ser humano hacer determinadas cosas. El mérito de muchos es conocer cómo se violan los derechos elementales que la criatura humana merece. Saber que violarlos es participar de la ética de los asesinos y los torturadores es su gran mérito. Pero aun esos mismos seres saben que todos —en determinadas circunstancias— podemos negarnos a ser nosotros mismos y ser lo que hemos vivido prometiéndonos no ser ni hacer, y luchando contra los que lo hacen. Esto testimonia a favor de la grandeza de la criatura humana. Muchos, en lugar de ser ángeles sólo dotados para el bien, saben que existe en ellos, al acecho, la potencia del mal y luchan para sofocarla en sus corazones. Ahí está el drama del ente antropológico. Su íntima tragedia y el privilegiado punto de su fascinación, de su naturaleza seductora, deslumbrante. Toda gran literatura reside en la aprehensión de esa complejidad. Toda gran filosofía, también. Se pueda o no se pueda hablar de eso, tengamos o no el lenguaje para hacerlo, de eso es que hay que hablar.

Sloterdijk, el pedo y los lectores sensibles

Nuestro filósofo —el que momentáneamente estamos estudiando— no se siente cómodo hablando del pedo. Su diferencia con Quevedo Villegas es completa. Mientras el gran ingenio del Siglo de Oro español se divertía con el tema, el alemán *post* habermasiano se atraganta, se sofoca. Raro, porque venía hablando con notable y entusiasta desprejuicio de temáticas habitualmente eludidas. Ya que —según todos sabemos— el ente antropológico no caga ni coge. ¿Por qué el pedo le entrega la incómoda sensación de transitar los salones del Mal Gusto? Empieza así su capítulo, como un pobre diablo que pide disculpas: «No podemos obviar el tema. Es más, es inevitable. Lo siento por todos los lectores sensibles, pero el pedo no se puede omitir en absoluto. Quien no quiera hablar de él también tendría que callar sobre el culo»^[23]. Pero (insistimos nosotros), ¿cómo callar sobre el culo si vivimos en medio de su apabullante dominio? ¿Cómo no hablar del culo si vivimos ametrallados por su imagen, si todo lo que nos quieren vender nos lo venden por medio de un culo? Pareciera que ninguna mercancía se vende sin un culo adosado. Pareciera que el cierre perfecto de una ideología del sujeto-sujetado es el culo. Les tiraremos tantos culos por la cabeza que anularemos todo posible surgimiento de rechazo en sus conciencias. Hoy, el culo es el gran aliado del *establishment*. Mientras alguien —ante cualquier expresión del vasto poder mediático— mira un culo, sólo ve eso: un culo. No piensa, no siente, no se indigna, acepta todo. Es una totalidad cerrada. Es sólo un-hombre-mirando-un-culo. De aquí que Sloterdijk encuentre

inevitable hablar del pedo. Algo que no considera difícil pues un pedo —si se produce en situaciones sociales— «siempre significa algo»^[24]. No analiza qué significa un pedo en soledad. Pero al «significar algo», el pedo entra en los terrenos de la semántica. Y es aquí donde recupera su esencial complejidad. Escribe: «Resumiendo, la semántica del pedo es incluso un problema bastante complicado. Demasiado descuidado por la lingüística y la teoría de la comunicación. La escala de significados va desde la vergüenza hasta el desprecio, desde intenciones humorísticas hasta la falta de respeto. Maestros, profesores, oradores y participantes en conferencias conocen el tormento de no poder hacer sonar fuertemente una flatulencia imperiosa, ya que un sonido semejante expresa algo que no se quiere decir en realidad. ¿Acaso podría fomentar nuestra empatía con los políticos el que nosotros, al escuchar sus discursos, pensásemos más a menudo que éstos posiblemente están ocupados en reprimir una ventosidad que podría interrumpir por un rato su conferencia?»^[25]. Hay miles de circunstancias que una flatulencia imperiosa erosiona irremisiblemente. Sloterdijk no puede mencionarlas todas. Pero recuerdo un chiste gráfico en la revista legendaria *SuperHumor*. La acción tiene lugar en un tren. Una linda chica está sentada junto a la ventanilla. Frente a ella, un porteño de buena pilcha, de buena pinta, que la mira codicioso. De pronto, la chica, que viene leyendo una revista, ajena a todo, parece sentir calor. Tal vez sea verano y la ventanilla está cerrada. Se levanta e intenta abrirla. Pero no puede. ¡Gran momento para el galán porteño! Le dice: «Permítame». No la tutea: el tipo la juega de caballero y ahora, bajo esa condición, viene en auxilio de la dama. Se pone de pie y tironea de la ventanilla. Fracasa en su primer intento. La maldita ventanilla está decididamente trabada. Junta fuerza y hace un segundo intento. Abre la ventanilla pero se le escapa un sonoro, indiscutible, in disimulable pedo. El dibujante lo indica con dos líneas que surgen de abajo del saco y cuyo sonido grafica así: «¡Pppffffff...!». Último cuadrito: la chica no está. Se ha ido. Y el tipo, en su asiento, se sostiene la cabeza con su mano derecha, abatido, humillado, irrecuperable. De nada sirvieron su buena pilcha, su buena pinta. Su esforzada elegancia, su intento de caballero andante. Bastó un pedo para barrer con todo eso.

Volvemos a Sloterdijk. Recurre a Ernst Jünger —el autor de *El trabajador* y numerosos libros más, escritor y personaje complejo y subyugante— y cita un fragmento de su Diario parisino. Jünger parece haber leído a Flavio Josefo, historiador que ha llevado a cabo un texto con el título de *Guerra judía*, y escribe: «De nuevo encontré el pasaje en el que se describe el comienzo de los disturbios que tuvieron lugar en Jerusalén bajo el mandato de Cumano (II, 12). Mientras que los judíos se reunían para la fiesta de los panes ácidos, los romanos dispusieron una cohorte sobre la sala de columnas del templo para observar a la muchedumbre. Uno de los soldados de esta cohorte se subió la túnica, volvió el trasero hacia los judíos con una inclinación burlona y dejó escapar el indecente sonido que correspondía a su posición. Y ésa fue la ocasión que dio lugar a un choque que costaría la vida a diez mil personas, de tal manera que se puede hablar del pedo más funesto de la historia mundial»^[26]. Hay dimensiones, sí. Porque cierto es que el pedo de ese centurión romano desató una guerra que se llevó la vida de diez mil seres humanos. Lamentable circunstancia que le otorga el sonoro título de «el pedo más funesto de la historia mundial». Pero la historia la hacen los hombres y las muchedumbres. Es individual y colectiva. De aquí que el porteño caballero, salvador de la princesa de ese tren caluroso, pueda decir que ese pedo no sólo le arruinó un

formidable levante sino que fue el pedo más funesto de su vida. En fin, transcurrimos nuestros breves días en medio de la cultura, de la civilización. Si la cultura es, por definición, represiva, si se hace posible a partir de la represión de los instintos más esenciales de los seres humanos, pasará mucho tiempo antes de su aceptación social. Vivimos los tiempos de la culocracia, pero su producto más elocuente (pues el pedo es la voz del culo) suena a peste y a humillación en todas partes. Por consiguiente, se aconseja liberar toda ventosidad ruidosa en privado. Ahí, donde es imposible que signifique algo salvo para el que la suelta, pero éste está consigo mismo y será sin duda piadoso en su juicio. En cualquier espacio social significará algo. Y, en verdad, un pedo es un poderoso significante. Si alguien está dictando una clase magistral y un alumno, en la primera fila, se lo tira o se le escapa, significará: «Profesor, este pedo me lo tiré para hacerle saber que todo cuando usted está diciendo me importa precisamente eso: un pedo».

A continuación, Sloterdijk aborda otro tema maloliente. La mierda, nada menos. Postula, acertadamente, que vivimos en la cultura anal. Así, escribe: «Como hijos de la cultura anal, todos tenemos una relación más o menos perturbada hacia la propia mierda. La separación de nuestra conciencia de la propia mierda es el más profundo adiestramiento que nos dice lo que tiene que suceder oculta y privadamente (...). Sólo bajo el signo del moderno pensar ecologista nos estamos viendo obligados a recoger nuestras basuras en la conciencia (...). Quien no quiera admitir que es un productor de basura y que no tiene ninguna otra posibilidad para ser de otra manera se arriesga a perecer asfixiado en su propia mierda (...). La hazaña histórico-espiritual de la ecología, que irradiará incluso en la filosofía, la ética y la política, consiste en haber convertido el fenómeno de la basura en un tema superior»^[27]. Los niños, argumenta, «todavía no saben nada de la negatividad de sus excrementos»^[28].

El ente antropológico exhibe rarezas. Traga su saliva todo el tiempo. Si la deposita en un vaso hasta llenarlo... jamás beberá nada de lo que ahí hay. ¿Cómo es posible entonces que trague constantemente? Con la mierda lo mismo. Todos, en tanto liberan su intestino, no sólo toleran el olor de su propia mierda, sino —como le reprocha Arlt al «cochino» de Joyce— hasta lo disfrutan. A nadie le agrada el perfume siempre agresivo de la mierda de otro. Hay incluso personas muy inteligentes que discurren acerca de la imperfección del supuestamente perfecto funcionamiento del cuerpo humano. Mal, está cruelmente diseñado. ¿Por qué someternos a ser productores de mierda? ¿Un buen Dios no pudo haber evitado eso? ¿Por qué igualar tanto con los animales a un ser que puede llegar a cimas espirituales tan altas como para concebir la imagen de un Dios lleno de bondad? ¿Cómo le responde este Dios? Obligándolo a evacuar sus heces como cualquier animal sin espíritu ni conciencia^[29].

Sloterdijk da fin a su fructífero capítulo con los genitales. Pero no desarrolla nada valioso ni nuevo. Remitimos a mis novelas *La astucia de la razón* y *La crítica de las armas*. Luego veremos el tema en Foucault. En una sociedad de la cuantificación como la capitalista era inevitable que el tema, entre hombres y mujeres, haya recaído en el tamaño del pene. De Borges se ha dicho (no hay prueba alguna de que no sea una mera maldad) que tenía un pene infantil. Esto torna muy divertido el título de su libro *El tamaño de mi esperanza*. Los sexólogos dicen que un pene es chico si sólo llega a los seis centímetros, erecto desde luego. En una reunión conté esta apreciación científica. Una mujer —muy seriamente— midió con dos de sus dedos lo que para ella serían seis centímetros. Analizó durante un instante esa

extensión y, muy secamente, dijo: «Es poco». El tema está muy transitado. Y no es el que aquí tratamos. Siempre recuerdo a una chica que dijo: «Vean, si algo tengo es experiencia en el campo sexual. Y les digo: el tamaño no importa. Lo que importa es que sea divertida». Y hasta aquí hemos llegado con Sloterdijk. Bravo por su coraje. Por meter a la filosofía en temas que busca rehuir porque no tienen prestigio académico. Si nadie los trata, jamás lo van a tener. Entre tanto, esos sesudos profesores no sacan los pies del plato, pero siempre que pueden se entrelazan con sus alumnas o alumnos. También lo hacía Heidegger —sólo con sus alumnas—, pero si alguien había sacado los pies del plato era él. Que, además, era Heidegger.

Santo Tomás de Aquino, la *Summa Theologiae* y el sexo anal

Introducción al Santo de Aquino y a la *Summa Theologiae*

Durante el año 1963 —allá, por la prehistoria— cursé la materia Fenomenología e Historia de las Religiones. En Viamonte 430, el tradicional espacio de la Facultad de Filosofía y Letras. La materia fue dictada por un profesor brillante que conocía a fondo su tema: Víctor Massuh. Luego, a medida que pasaron los años, giró cada vez más a la derecha hasta terminar siendo el representante en la UNESCO de la dictadura de Jorge Rafael Videla. Él, un humanista, un hombre trágico en busca de lo sagrado, fue el funcionario que más duró de ese gobierno de carniceros. Pero en 1963 estaba lejos de eso. Era —acaso— demasiado antimarxista, demasiado antiperonista, algo que lo alejaba de las elecciones cercanas a los sectores populares. Nunca tomé en cuenta este aspecto o lo borré de nuestra amistad. Yo tampoco —tenía 20 años— estaba cercano a esos sectores porque me consideraba un espíritu privilegiado que sólo merecía ocuparse de Dios, lo sagrado, la trascendencia. Ignoro por qué pero Massuh me eligió como su interlocutor. A mí y a dos alumnos más. Una chica y otro muchacho. Yo asumía el papel del desgarrado, del trágico, del hombre que quisiera creer en Dios pero no puede. Leíamos a Martin Buber, a León Chestov. A Dostoyevski, a Tolstoi, ¡a Kierkegaard! Todos los viernes, después de la clase de Massuh a la que yo acudía como oyente porque ya la había cursado y aprobado con sobresaliente el año anterior, nos íbamos a cenar a un bodegón lleno de encanto, de autenticidad, que estaba a la vuelta de la alta casa de estudios, sobre Resistencia. Se llamaba El Genovés. Ahí Massuh me contó el relato sobre Santo Tomás que permaneció imperecedero en mí. Lo largó, muy simplemente, como parte de una conversación sobre las dificultades de la fe.

El fraile Tomás de Aquino, en actitud de peregrinaje, llega a una posada. Lo reciben amablemente. Pide una estancia para descansar. Se la dan. Hay una estufa de leños, pues es invierno y el frío cala los huesos. De súbito, alguien golpea a su puerta. Tomás de Aquino pregunta quién es. Recibe la respuesta de una mujer. La respuesta es tranquilizadora. Algo le trae, dice, y necesita verlo para entregárselo. Tomás de Aquino abre la puerta. Entra una mujer atractiva, sensual, pero también procaz. A todas luces, una prostituta. Se acerca a Tomás y le ofrece sus pecaminosos servicios. Fuera de sí, el fraile, sin dudar un instante, agarra uno de los leños de la estufa y espanta a la hetaira agitándolo ante su cara con la amenaza terrible de quemarla. La mujer huye. Tomás comprende que ha sido sometido a la más grande de las tentaciones, al camino más directo a la perversión, a la sodomía. Al pecado irredento. Alterado, temeroso ante la mirada del Señor que siente sobre él como un rayo hiriente, el rayo del castigo —pues seguramente algo ha despertado en él esa mujer, algo que él ha logrado sofocar a través de todos sus jóvenes años— esgrime el leño que sostiene en su mano, que ahora se ha apagado y es un tizón humeante y caliente, y sobre la amplia, rústica

pared blanca dibuja una enorme Cruz. Se arrodilla y empieza a rezar. A pedirle perdón a su Dios y a prometerle, a jurarle con desesperación que él siempre habrá de serle fiel aunque lo someta a pruebas tan duras e inopinadas, imprevisibles. Hay que estar preparado para luchar contra la tentación. Pero él ha ofrecido a su Dios una respuesta contundente. Casi quemó el rostro de la hetaira y con el tizón dibujó esa Cruz ante la que —ahora— reza apasionadamente. Ese rezo tiene un espesor doloroso, es un desgarramiento imprevisto, porque Tomás ha sentido por primera vez la tentación del pecado de la carne. Ignoraba que algo así —tan poderoso y ardiente— existiera. No lo presumía, había vivido lejos siquiera de concebirlo tenuemente, no estaba en sus planes. No conocía su fuerza. Ahora, que la conoce, sabe que el enemigo contra el que deberá luchar toda su vida es poderoso. Es un arma de Satán, que la usa a destajo porque no deja de entregarle victorias sobre las almas. Por sí mismas, esas almas son débiles ante el desafío de la carne como pecado capital. Acaba de descubrirlo. Sólo su enorme fe y su gran temor de Dios lo han salvado. Pero ¿tienen todos los hombres tan fortalecidas sus almas por la fe y por el temor? Difícil. Están, entonces, sometidos a las tentaciones de Satán e inermes ante ellas. Se promete —supongamos que esto ocurre ahí, en esta noche crucial en la vida del fraile Tomás— ayudar a los demás escribiendo un gran libro. Un libro que diga a todos los siervos del Señor cuáles son los pecados que los acechan y a los que no deben entregarse. Pues, ¿quién, si no Satán, está detrás de esos pecados? Y buscar el camino y todos los caminos que conducen a la fe y al Señor.

Ésta es la historia. La historia de un joven destinado a la santidad. Siempre quedó en mí. La represión extrema de los instintos. El odio a la mujer como posibilidad del pecado carnal. Y la obediencia a los mandatos de Dios sobre la castidad. Nos proponemos analizar la actitud de Santo Tomás ante la sexualidad anal en la *Suma de teología*. Y también otros temas relacionados con el sexo. Aseguro algo: se comprenderán los postulados más reaccionarios de la Iglesia Católica como Institución. Cuando un credo, puro en sus orígenes, se transforma en Estado terrenal y poderoso, deviene dogma, el dogma se transforma en castigo para los que no se someten a él y el resultado de esa ecuación es Torquemada, las torturas más inimaginables. En pocas, muy pocas palabras, la Inquisición. Santo Tomás, con su obsesiva transformación del mensaje crístico en una *Summa*, en un texto severo que responde a todo y establece también todo lo que un cristiano puede y no puede hacer contribuye a que el cristianismo sea un dogma a cuyo sometimiento eran reclamados todos los hombres. La elaboración de una *Summa* facilita el ejercicio de la intolerancia. No hay casi tema que el Doctor Angelicus no trate en su *Summa*. No hay, por consiguiente, nada que no esté reglamentado para los hombres.

Vamos a centrarnos en el *Tratado de la templanza* de la Parte II-II (b). Los puntos que abordaremos son: Cuestión 146: *La abstinencia*. Luego: Cuestión 151: *La castidad*. Luego: Cuestión 152: *La virginidad*. Por último: Cuestión 153: *El vicio de la lujuria*. Santo Tomás trata estas temáticas con el modo del preguntar. Por ejemplo: ¿Es la abstinencia una virtud? O también: ¿Existe pecado mortal en los besos y los tocamientos? O también: ¿Es la virginidad la virtud más excelente? En el programa de radio que, con el título de *La creación de lo posible* (título tomado de un libro en que recogí los artículos publicados en la revista *HumoR* desde 1983 hasta 1989), protagonizaba por Radio Continental, dediqué unas dos horas al tema de

un cura (era el obispo de Morón) que fue fotografiado en México junto a una abundosa señora, los dos disfrutando del agua del mar e incurriendo en claros, evidentes toqueteos que la cámara no dejó de registrar. Para tratar el tema llevé la *Summa Theologiae* y las *Confesiones* de San Agustín. Tenía (en ese hermoso programa cuyo contrato no me renovaron) dos productoras divertidas y bonitas. Una de ellas se metía en un trabajo y nada podía arrancarla de ahí. Tal su obsesividad, su dedicación al trabajo intenso. Ella estaba en un escritorio algo alejado, no mucho, y revisaba papeles sin detenerse. Cuando dije que iba a tratar un tema de la *Summa Theologiae* que llamaría la atención de los radioescuchas, cuando dije que el tema era *¿Es la virginidad la virtud más excelente?*, mi productora emergió de entre sus papeles y, fastidiada, dijo: «¡Tarde!».

Trataremos de trazar los principales ejes que estructuran la *Summa* de Santo Tomás. La *Summa Theologiae*, título en latín que puede traducirse como «Suma teológica», o mejor «Suma de teología», y que algunos citan simplemente como la *Summa*, es un tratado de teología del siglo XIII, escrito por Santo Tomás durante los últimos años de su vida. La tercera parte quedó inconclusa. La explicación que dio a este cese en su producción literaria fue la siguiente: «Después de lo que el Señor se dignó a revelarme el día de San Nicolás, me parece basura todo cuanto he escrito en mi vida, y por eso no puedo escribir ya nada más». Pareciera que el Señor fue muy duro como crítico. Pareciera —se infiere de la dolorida frase del Santo de Aquino— que el Señor, sin más, le hubiera dicho: «Todo lo que has escrito, siervo Tomás, es basura. No es digno de mí. Para eso, si esos resultados logras con tu pluma, bien puedes guardarla y dedicarte sólo a rezarme. Tus oraciones son mejores que tus escritos. Acaso porque soy Dios y me agrada recibir los rezos de mis siervos». La *Summa Theologiae* fue finalmente completada por sus discípulos. Concebida como un manual para la educación teológica más que como obra apologética destinada a polemizar contra los no católicos, ejemplifica el estilo intelectual de la escolástica en la estructura de sus artículos. Se relaciona en parte con una obra anterior, la *Summa Contra Gentiles*, de contenido más apologético, estructurada para refutar una a una las herejías conocidas o las otras religiones^[30].

La *Summa*, escrita en latín, está formada por cuestiones sobre el tema tratado, que luego se dividen en artículos que buscan responder a una serie de preguntas. Los artículos tienen casi siempre la misma estructura: una pregunta inicial (que expresa normalmente lo contrario de lo que piensa Tomás de Aquino); luego se enuncian argumentos u observaciones que irían en contra de la tesis propuesta (objeciones), luego uno (a veces varios) a favor. Después, en el cuerpo principal se desarrolla la respuesta (*responsio*); finalmente se contestan una a una las objeciones (y a veces también los que han sido presentados como argumentos a favor).

La obra está dividida en tres partes, de las cuales la segunda se subdivide en dos secciones: I *Primera parte (Prima)*: Dios uno; Dios trino; la creación; los ángeles; el hombre y el cosmos, la providencia (119 cuestiones). II-I *Segunda parte*, primera sección (*Prima secundae*): El acto humano; pasión, hábito, virtud, pecado; La ley antigua, la ley nueva, la gracia, el mérito (114 cuestiones). II-II *Segunda parte*, segunda sección (*Secunda secundae*): Virtudes teologales: fe, esperanza, caridad; virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza, templanza; carismas; estados (189 cuestiones). *En esta Segunda Parte nos concentraremos nosotros*. III *Tercera parte (Tertia)*: Cristo: encarnación, vida y pasión; sacramentos:

bautismo; confirmación; eucaristía; penitencia (90 cuestiones; inconclusa). *Suplemento de la Tercera parte (Supplementum tertiae)* (completada por discípulos, sobre la base de escritos juveniles): sacramentos del orden, matrimonio y extremaunción; el juicio final; los «novísimos» (muerte, juicio, infierno, cielo).

Cuestión 146: La abstinencia

Debemos empezar por la abstinencia porque —dicho con cierto humor— el peso de la *Summa Theologiae* está puesto en las prohibiciones. Que son, siempre, las cosas o los asedios innúmeros de esos pecados de los que los hombres deben abstenerse para conseguir el beneplácito de la Iglesia y del Señor. En el film *El abogado del Diablo*, Al Pacino encarna a un Belcebú muy inteligente que sabe también lidiar contra su enemigo Celestial dialécticamente. Le dice a Keanu Reeves: «Yo, el Diablo, ¿te prohíbo algo? El que prohíbe es Dios. Él te dice: “Mirá, mirá qué hermoso. Mirá qué comida, mirá qué mujer, mirá qué hermosa es la de tu prójimo, mirá ese dinero: aliviaría tu vida. Pero ¡no! ¡No toques nada! No hagas nada. No comas. No forniques. No robes. Te lo prohíbo todo. Te lo muestro para que lo desees, pero te lo prohíbo para que demuestres tu fidelidad a Mí. Para que puedas mostrarme tu fortaleza, tu fe, que sobre todo me la demostrarás con tu *abstinencia*. Porque tú, si crees en Mí, debes *abstenerte* de los pecados, ya que conducen a la perdición, a las garras del Demonio”. ¡Oh, qué miedo! ¿Me ves temible a mí? Yo soy generoso. Dios es un sádico. Te digo: ¿deseas a la mujer de tu prójimo? No te privas. Tómala. ¿Quieres comer? Come. ¿Quieres dinero? Agárralo. ¿Por qué no habría de ser tuyo si te dará felicidad? ¿A quién elegirás si sos inteligente? ¿A ese Dios castrador o a este temible Diablo que te lo permitirá todo?»^[31].

Escribe Tomás: «La abstinencia, por su mismo nombre, indica sustracción de alimento»^[32]. Acordemos que sustraer el alimento no es placentero. Por consiguiente, agrada a Dios. Todo lo que el hombre pueda ahogar de sus instintos será bien mirado por el Doctor Angelicus. La *Summa* se nos presenta como una gigantesca obra destinada a frenar la bestia pecadora que el hombre es y Dios y la Iglesia no quieren que sea. «Mediante la abstinencia se castiga el cuerpo no sólo contra los ataques de la lujuria, sino también contra los de la gula, porque, al practicar la abstinencia, el hombre se hace más fuerte para vencer los ataques de la gula, que son tanto más fuertes cuanto más cede a ellos el hombre. Y no es obstáculo para que sea virtud especial el hecho que colabore con la castidad, ya que una virtud ayuda a otra»^[33].

Nos propone el Doctor Angelicus un mundo y una vida desbordantes de placeres. ¿Es así? ¿Qué nos propone? Parece que es otra cosa. ¿Qué es bueno? Castigar el cuerpo contra los ataques de la gula y de la lujuria. No comer, no tener «deleite carnal». Algo que el hombre puede sencillamente —castigando apenas su cuerpo— ofrecer a la Iglesia y al Dios que la Iglesia representa. ¿Qué es malo? Comer y el «deleite carnal». Hay que abstenerse de esas debilidades pecaminosas para llevar una vida virtuosa que plazca a los dueños del poder pastoral. Tal vez estas cosas fueran sencillas para un hombre a quien el Papa San Pío V proclamó Doctor de la Iglesia en 1567. Luego, en 1789 (¡el año de la Revolución Francesa!), en la encíclica «Aeternis Patris», León XIII (que tenía por Santo Tomás una devoción, no

patológica, pero casi) lo declara príncipe y maestro de todos los doctores escolásticos. Un año después lo nombra patrono de todas las universidades, academias y escuelas católicas del mundo. Qué gran reconocimiento, qué veneración obstinada y sincera. Pero Tomás no se enteró de nada. Ni su nacimiento ni su muerte tienen fechas seguras. Se cree que nació a fines de 1225. Se cree (con más firmeza) que murió en 1274. Lejos, muy lejos de los desbordes generosos de León XIII. Lejos también —por fortuna para él, que la habría abominado— de la Revolución Francesa. ¡Qué sacrilegio!, se habría enfurecido. Comprenderemos por qué si leemos la Cuestión 99 titulada, precisamente, *El sacrilegio*. ¿Qué sentido tiene una palabra tan severa? Varios, pero hay uno fundamental. Escribe Tomás: «Según dice el Filósofo [el Filósofo es siempre Aristóteles] en *Ethic*... el bien común de la nación es algo divino. Por eso en la antigüedad llamaban a los rectores de la república divinos, cual si fueran ministros de la divina Providencia (...). Y así, dando a la palabra un sentido más amplio, sacrilegio se llama, por analogía, a lo que es signo de irreverencia hacia el príncipe, por ejemplo, el poner en tela de juicio, por lo que a sus decisiones se refiere, si conviene o no conviene obedecerlas»^[34]. Así, la *Summa* del Doctor Angelicus sostiene que es incurrir en sacrilegio desobedecer la autoridad del príncipe. No es casual que —a lo largo de toda su historia— la Iglesia haya estado al Servicio de los poderes establecidos. Salvo excepciones que esa misma Iglesia se encargó de condenar. ¡Sacrilegio, señores! Eso es desobedecer la autoridad de los reyes. De aquí que el catolicismo y la Revolución Francesa nunca se llevaran bien. De aquí que Luis XVI creyera que gobernaba por *derecho divino*. Pero la gran revolución burguesa no se basó en Santo Tomás. Al contrario, su esencia consistió en su prolija, impecable negación. Toda revolución es un sacrilegio para los poderes constituidos. Descartes fue el que inició el levantamiento de 1789... el 8 de junio de 1637, cuando publica el *Discurso del método*. «Voy a dudar de todo menos de mi duda». «¿Cómo es posible? ¿Va usted a dudar de Dios?». «Dije que voy a dudar de todo». En ese momento, el cartesianismo ya decreta que nadie reina por derecho divino, porque no hay derecho divino. Saca la historia de los claustros y de la Providencia y la deposita en manos de los hombres. La Iglesia —hasta hoy— está al servicio de los poderes establecidos. Durante el genocidio argentino, varios hombres de fe visitaron al Papa Juan Pablo II. Eran los años de la Guerra Fría. De un lado, el Occidente cristiano. Del otro, el materialismo ateo comunista. Ningún matiz alteraba esto. No había matices. Era una guerra. Se le decía *fría*, pero era *caliente* en la periferia de los dos bloques enfrentados. Le dijeron a Juan Pablo II que en la Argentina se violaban los derechos humanos, que había, en ese país, una matanza, una masacre, campos de concentración, que una palabra suya de condena aliviaría ese horror. Juan Pablo II preguntó si los masacrados eran «comunistas». Le dijeron que sí.

—No hay nada que hacer entonces —dijo el hombre santo, el representante de Dios en la tierra.

Como veremos, también se basa en Santo Tomás la imposibilidad de ver el papel que juega el culo en tanto instrumento de idiotización al servicio del capitalismo. No, eso no lo ven. Entre tanto —todos saben esto— el mantener vigentes las prohibiciones hoy delirantes del Doctor Angelicus ha generado en los claustros actos de sodomía innumerables protagonizados por hombres de la Iglesia, que han leído la *Summa Theologiae* pero se sienten más atraídos por los culos rosados de los niños y los jóvenes. Hay, durante estos tiempos, un

escándalo grave, desmedido en torno a esta sodomización de los hombres castos que ya no tienen fe ni fortaleza alguna para seguir siendo castos. Desean los culos púberes. Después, no tienen ni idea de la cultura en que viven. La cultura anal. Que hace más por sostener el orden establecido, el orden de los príncipes que seducía al Doctor Angelicus que todos ellos juntos. Porque el culo —si lo dijimos lo decimos de nuevo y si tenemos que decirlo más adelante igual lo decimos ahora— está al servicio del orden establecido. Su exhibición indetenible, su imagen como imagen hegemónica del mundo de la propaganda, del entretenimiento, de la comercialización, de la mercantilización corporal femenina y masculina, de la mercantilización unisex, agobia y ese agobio está librando una batalla día a día contra una subjetividad autónoma, contra la conciencia crítica, contra la posibilidad de que los seres humanos se piensen y piensen libremente en qué mundo viven y si ese mundo es justo o no. El culo impide que eso ocurra. *El culo es reaccionario*. Tanto como un programa de Marcelo Tinelli, lugar en que —no casualmente— el culo es el protagonista indiscutible, la estrella del *show*. Pero falta para Tinelli. Que de la *Summa Theologiae*, nada. Pero, del culo, todo.

Cuestión 151: La castidad

El Santo de Aquino cree en la razón. El fundamento de la razón humana está —como todo lo creado— en Dios. Dios es la verdad. Dios es la razón. Actuar según la razón es actuar según el beneplácito divino. Se formula la pregunta que da inicio a esta Cuestión 151: «¿Es la castidad una virtud? Solución: La palabra *castidad* indica que la concupiscencia es *castigada* mediante la razón, porque hay que dominarla igual que a un niño, según se nos dice en III *Ethic*. Ahora bien: lo esencial de la virtud humana consiste en ser regulada por la razón (...). Por lo cual queda claro que la castidad es una virtud»^[35]. Que la castidad es una virtud no nos puede sorprender a esta altura (no muy alta aún) de nuestro conocimiento del santo ideario del Doctor Angelicus. Escribe: «Los motivos del uso de la comida y bebida por una parte, y de lo venéreo^[36] por otra, son distintos. Por tanto conviene que sean distintas las virtudes, aunque del mismo orden»^[37]. No es casual que el Santo utilice la palabra «venéreo» al nombrar el acto sexual. Si venéreo como *placer* se conecta con venéreo como *enfermedad* algo habrá que haga más peligroso al *placer sexual*. Cuanto más temido, menos practicado^[38].

Para acercar la cuestión a nuestros días, podríamos decir que hasta comienzos del siglo xx habría sido posible llamar al coito —aplicando el mismo criterio— *coito sifilítico*. O *placer sifilítico*. Y hoy la correcta denominación del acto sexual sería *placer sidoso*.

Sigue Tomás y se apresta (como tantas veces en la *Summa*) a llamar en su ayuda a San Agustín: «Los deleites venéreos son más fuertes y atacan a la razón más que los de los alimentos. Por eso necesitan un freno y castigo mayor, porque, si se les deja, crece la concupiscencia y disminuye la energía de la mente. Por eso dice San Agustín en I *Soliloq*. *Creo que nada debilita el espíritu del hombre tanto como las caricias de una mujer y las intimidades que acompañan a la vida matrimonial*»^[39].

Cuestión 152: La virginidad

Será porque uno es un hombre del siglo XXI y acaso un pecador, que ciertos pasajes del Doctor Angelicus —pese a todos los esfuerzos dedicados a esa tarea— escapan a mi comprensión. Sobre todo una cita de San Agustín que se encuentra en el punto 3, artículo 1 de la cuestión referida a la virginidad. Dice Agustín: *A veces la partera ha echado a perder la virginidad de una doncella al explorar con su mano (I De Civ. Dei)*. Creo que el concepto de *partera* no se lleva bien con el de *virginidad*. ¿Para qué llamó la doncella virgen a la partera? ¿Por qué le pidió que explorara con su mano? No digamos *qué*, pero ya sabemos *qué*. ¿Por qué la partera exploró, para qué exploró, qué necesidad tenía de explorar y desflorar a la doncella? ¿Es de la partera la culpa o la torpeza? ¿Ha metido la mano donde no debió meterla, donde nadie le había autorizado a meterla? Entre tanto, ¿qué hacía la doncella? ¿Autorizó el torpe gesto de la partera? ¿No lo autorizó? Si no, ¿cómo pudo la partera meter su mano en lugar tan poco público y de no fácil acceso? ¿Lo hizo en un momento en que la doncella estaba distraída? ¿Acaso leía, acaso dormitaba, acaso tejía, acaso era idiota?

No, nada de esto. Cualquiera no podrá sino aceptar que Tomás y Agustín eran hombres muy inteligentes. Es imposible que Agustín haya escrito algo tan contradictorio, tan *evidentemente* contradictorio. Santo Tomás escribió sus obras entre 1252 y 1272, en pleno siglo XIII. No había ginecólogos. La partera no sólo traía al mundo a las nuevas criaturas, sino que trataba todas las molestias o enfermedades de las mujeres. Si algún caso no alcanzaba a dominarlo, llamaba a un médico. Ante cualquier cuestión en que la vagina se viera incluida, debía cuidarse mucho. No fuera a ocurrir lo que denuncia San Agustín. Que una partera haya «echado a perder la virginidad de una doncella al explorar con su mano» no tenía otro camino que ése. Pero debía proceder con exquisita cautela. «Explorar con la mano» era una injuria, una atrocidad. Debía explorar con un dedo, a lo sumo con dos. Sólo eso.

Una de mis clases de la primera década del nuevo milenio se hizo célebre. Era un curso sobre filosofía política argentina. Estaba en el punto del regreso del General Perón en 1973. Dije que López Rega tenía poderes sobre el General que los jóvenes de la Jotapé ni imaginaban. Que, por ejemplo, le masajeaba la próstata. Que, de la próstata, nada sabían los militantes de la Juventud. Porque, entre otras cosas, *ser joven es no saber qué es la próstata*. Uno de los alumnos dijo: «¿Usted sabe qué implica masajear la próstata?». «Supongo que puedo imaginármelo». «Meterle un dedo en el culo al General». Entonces dije: «A veces dos. Para tener una segunda opinión». Lo mismo con las parteras del siglo XIII. Con gran tersura ponían un dedo. Si ponían dos, es porque buscaban una segunda opinión. Otra vez, en un programa de Alejandro Fantino, éste me pregunta: «¿Qué es ser un intelectual?». «Molestar». «Meter el dedo». «A veces dos para tener una segunda opinión». El que hizo reventar la sala fue el de López Rega. El del programa de Fantino —excepcional lector de mis novelas, algo que le agradezco— levantó hojarasca, pero en el curso habría más de quinientas personas. En otra oportunidad, cuando el gobierno de De la Rúa tambaleaba, Menem lo fue a visitar a la Quinta de Olivos. Publiqué en mi contratapa de *Página/12* una nota que llevaba por título: «El dedo en el culo». Después recorrí algunos kioscos para darme el placer de ver el diario colgado para su exhibición y, en su contratapa, para que nadie dejara de leerlo, el título: «El dedo en el culo». En cierto momento, la nota revela su excelente chiste fundante: De la Rúa

ya era un dedo en el culo. Al convocar a Menem convoca a otro dedo. Ahora son dos. ¿Para qué lo convocó? Para tener una segunda opinión. La contratapa tornó más intensa la militancia asambleísta de la época. Me cuenta mi hija que unos pibes le dicen: «Contale a tu viejo que cuando leímos su nota “El dedo en el culo” empezamos a organizarnos en el barrio». Días más tarde, para hacerme un reportaje a raíz del éxito de la nota, me visita el periodista Osvaldo Bazán, que, en esa época, hacía pública una y otra vez su condición homosexual acaso para afirmarse. Fue uno de los primeros en —como se dice ahora— salir del closet. En cierto momento del reportaje, todo se pone patas para arriba. Porque el entrevistador cuestiona al entrevistado. «No estoy de acuerdo con el título de tu contratapa. Yo soy gay y el dedo en el culo me gusta». Valoré su sinceridad y decidí ser muy políticamente correcto. Le di la razón. Un mes más tarde, me pide que le presente una novela en la Feria del Libro. La novela estaba bien: *La más maravillosa música*. Era la historia de amor entre dos muchachos de la Jotapé en un mundo de valientes que no toleraba eso; o no, al menos, con facilidad, de buen grado. Al terminar el acto, le digo: «Escuchame, el dedo al que yo me refiero en la nota...». Se me adelanta: «Ya sé, es el dedo no querido». «Además, a los heterosexuales también suele gustarles el dedo en el culo». «Sí, pero corren un gran peligro y le tienen terror. Si les gusta mucho, si les gusta demasiado, terminan putos».

Vienen ahora algunos de los mejores textos del Doctor Angelicus. El juego entre el ardor y el verdor revela que existía en este hombre el hálito delicado de un poeta, que, posiblemente al ser la *Summa Theologiae* un *Manual de prohibiciones* se obliteró a sí mismo casi sin que Tomás lo advirtiera. Que la *Summa* es un *Manual de prohibiciones* no agrada a muchos fieles y devotos católicos. Pero es lo que creemos e iremos demostrando. En ese *Manual de prohibiciones* se fundamenta el poder de la Iglesia. Ese *Manual* constituye también eso que Foucault llama poder pastoral. Escribe nuestro Santo: «La palabra *virginidad* parece derivarse de *verdor*. Y así como se dice que lo que está verde conserva su verdor mientras no experimenta el ardor producido por el excesivo calor, también la virginidad implica que la persona que la practica esté inmune del ardor de la concupiscencia, que parece darse en la consumación del sumo deleite corporal, que es el venéreo»^[40]. Hay una novela de un escritor hoy olvidado y que perteneció al grupo *Sur* de Victoria Ocampo, Eduardo Mallea, que lleva por nombre *Todo verdor perecerá*. También hay una célebre frase de Goethe, que utilizaba una revista de los años sesenta (*El Escarabajo de Oro*), que jugaba apropiadamente con esos conceptos: «Gris es toda teoría, verde es el árbol dorado de la vida». Se trata de una réplica de Mefistófeles. Es una de las tentaciones a que somete al Doctor Fausto. Tu vida es gris porque eres, Fausto, un hombre de saber. De cánones y latines, como dice Borges de Laprida en el «Poema conjetural». Laprida también estaba del lado gris de la vida. Así lo había querido. Eso hacía de él un civilizado, un hombre del mundo de la cultura, no de la barbarie. Podríamos interpretar que el íntimo puñal que lo penetra al final de la batalla en que ha sido derrotado por los gauchos, por los bárbaros, y que lo lleva a pensar que, a cielo abierto, yacerá entre ciénagas, es el que lo incluye en el verdor de la vida, el que le entrega su «destino sudamericano» que sólo verde podía ser, ya que los pueblos bárbaros no son racionales (grises), pero tienen el ardor de esa barbarie que los identifica y que seduce a los cultos. En el pasaje de la existencia gris y fría a la existencia verde y ardorosa está la explicación de eso que impulsa a los hombres de cánones y latines a permitir que la barbarie los seduzca. El

verde y el ardor son irresistibles. ¿No lo dice Tomás? El sumo deleite corporal es el venéreo. La tarea del Santo es dura. Prohibirles a los seres humanos el más grande de los deleites corporales sólo es posible desde una mirada evangélica que cree que se debe vivir para un solo placer, el máximo: el de la sumisión al amor y a la protección de Dios y de la Iglesia.

Cada vez estamos más próximos a las conclusiones definitivas, complejas. Porque es complejo admitir que los seres humanos así como tienen que comer para estar vivos tienen que buscar la fecundidad de la carne para que la especie no desaparezca. Para esto, para la procreación y sólo para ella, puede entregarse la virginidad. Sin embargo, Tomás citará a Agustín, en *De Virginit*, para decir: «Hay que afirmar que la fecundidad de la carne, aun la de aquellos que ahora no buscan en el matrimonio sino una prole que dedicar a Cristo, no puede resarcirse de la virginidad perdida»^[41]. Ni siquiera la vida sexual en matrimonio y para hacer crecer «una prole que dedicar a Cristo» lleva a perdonar la virginidad perdida. No hay nada por medio de lo cual una mujer pueda hacerse perdonar la injuria de la carne que es la pérdida de la virginidad. Se le autoriza a tener placer venéreo sólo para procrear. Pero ni esto limpia su acto impuro. Dios y la Iglesia sólo mirarán con amor y complacencia a aquella que jamás haya incurrido en el placer venéreo.

La última pregunta que Santo Tomás postula en la Cuestión 152 sobre la virginidad es la que sigue y es, también, crucial para él, para la *Summa* y las exigencias de este Orden eclesiástico tiránico: ¿*Es la virginidad la virtud más excelente?* La pregunta ya ha tenido su respuesta casi desde las primeras líneas de esta *Cuestión* fundamental. Pero Tomás busca ser exhaustivamente claro, transparente. Estas cosas de la carne deben tener indicaciones terminantes. Si la especificación de lo que *debe ser* es cristalina, menos justificación tendrá la violación del dogma. El régimen de hierro que la *Summa* impone podrá castigar mejor los desvíos si las prohibiciones están claramente establecidas. El Estado medieval eclesiástico no es el Estado kafkiano, esa prefiguración del Estado nacionalsocialista. Kafka planteará la incertidumbre respecto de la culpa. El terror consiste en no saber qué me convierte en culpable a los ojos del Estado represivo. «Seguramente se había calumniado a Josef K..., pues, sin haber hecho nada malo, fue detenido una mañana». (Capítulo primero de *Der Prozess*). También la metamorfosis de Samsa en un horrible insecto señala la incomprensibilidad de lo que acaece. Sobre todo para el protagonista del hecho, su víctima. ¿Qué es ahora que ya no es lo que era? ¿Qué otra cosa sino persecuciones y castigos puede esperar alguien que, de pronto, es distinto de todos?

No es así en el Orden Medieval. Todo está claro en la *Summa*. Nadie podrá decir que no fue advertido *in extremis*. Lo mejor es ser virgen. Nada restaura el deterioro de la carne. Ni el matrimonio ni la procreación. Santo Tomás cita a San Cipriano (*De Virginit*): «Ahora hablo a las vírgenes, cuyo cuidado debe ser mayor cuanto mayor es su gloria. Son la flor del jardín de la Iglesia, honra y ornato de la gracia espiritual, la porción más ilustre del rebaño de Cristo»^[42]. Aquí no hay espacio para la comprensión y el amor que Jesús de Nazareth ofreció a la hetaira Magdalena. La *Summa* está muy lejos de aquel profeta en cuyo nombre dice hablar. No hay bondad, no hay amor en la *Summa*. Hay indicaciones rígidas, prohibiciones feroces. Y el texto con que el Doctor Angelicus cierra esta Cuestión 152 es esencial, absoluto. Aquí encontramos los dogmas más terribles de la Iglesia, los fundamentos de su incomprensión y de sus matanzas: «Las vírgenes acompañan al Cordero *dondequiera que*

vaya porque imitan a Cristo no sólo en la integridad de su mente, sino también de su carne, como dice San Agustín en el libro *De Virginit.* Por eso siguen casi siempre al Cordero. Pero no necesariamente desde más cerca, porque otras virtudes acercan a Dios mediante la imitación por parte de la mente. En cuanto al *cántico nuevo* que entonan sólo las vírgenes, es el gozo que tienen por haber conservado intacta su carne»^[42]. En rigor, acaso el placer venéreo sea el sumo deleite corporal, pero ¿qué es el deleite corporal comparado con el gozo de haber conservado la pureza de la carne? Esa pureza otorga a las vírgenes un cántico que sólo ellas entonan. Ese cántico es nuevo, puro e intocado como la carne de esas mujeres que han logrado imitar hondamente a Cristo (que nació de una virgen y fue, él, también virgen) no sólo en la integridad de la mente sino, según queda dicho, también de la carne, venciendo todas las tentaciones, las del ardor, las del verdor. En suma —nos permitiremos decir—, las de la vida. Pero Tomás refutará: no hay mejor vida ni mayor gloria que imitar la vida y la gloria de Cristo.

Sin embargo, hay que admitir, en bien de los seres humanos, que no es fácil imitar «la vida y la gloria de Cristo». Jesús es Dios hecho hombre. Jesús es entonces Dios. ¿Cómo es posible exigir a los simples humanos del valle de lágrimas que se comporten como un Dios? Hijo de Dios o Dios en sí mismo, Jesús está muy por encima de cualquier fiel creatura que transite por este mundo. La exigencia de que imite «la vida y la gloria de Cristo» constituye una enorme injusticia e, incluso, una crueldad, pues ya se sabe que la creatura está condenada al fracaso en esa empresa imposible que se le pide. Esta empresa imposible — como veremos— será uno de los fundamentos más efectivos de la Inquisición española. Las relaciones entre la *Summa Theologiae* y Torquemada son tan profundas como escalofrantes.

Plegaria del hombre medieval

Yo, Señor, soy sólo un ser humano, puedo seguirte, honrarte, orarte, pero nunca podré ser como Tú. ¿Qué me pides? Mi carne es débil. La Tuya no. Estoy tramado por deseos de todo tipo. ¿Quién los puso en mí? Siempre recuerdo las quejas justas del santo de Hipona, de Agustín: ¿Por qué pusiste en mí el deseo de la carne si me lo ibas a prohibir? ¿Por qué me hiciste tan débil al pecado si me ibas a castigar? ¿Qué clase de Dios eres que pones algo en mí y luego me lo prohíbes? ¿Es malo pecar? Claro que sí, responderás. Pecar es el Mal. Pero el Mal no es un pecado. El Mal está en todo pecado. Es la suma de todos ellos y en todos ellos se expresa y triunfa. El Mal es la forma suprema de la desobediencia a Dios. Entonces, Señor, Tú puedes enmendar todo el sufrimiento al que nos has sometido a los que te seguimos y tenemos fe en Ti. Si eliminas el Mal eliminarás el pecado, que es el modo de todas sus manifestaciones. No nos liberes a nosotros de cometer el Mal. Elimina el Mal, Señor. Te lo ruego. Si no existiera el Mal, nuestra existencia no sería una valle de lágrimas. Con mayor fe y entereza esperaríamos el Cielo prometido, el Paraíso. Pero así, de este modo cruel, sólo somos los sometidos a luchas terribles para poder seguirte. Para nosotros, miserables humanos, la Fe es un castigo. Seguirte es un dolor continuo. Para Ti, huir del pecado es simple pues la tentación no habita tu espíritu. La venciste una vez y la venciste para siempre. Nosotros tenemos que vencerla todos los días, porque todos los días aparece, todos los días nos acecha, nos tienta con tentaciones irresistibles,

pues sabe tentarnos. Y Tú sabes quién nos tienta. Nos tienta él, Satán. El Santo del Mal, el que sabe conducirnos a él por medio de sutiles o groseras tentaciones. ¿Eres omnipotente o no lo eres, Dios de todos mis sufrimientos? Si, como dices una y otra vez, lo eres, pues ¡acaba con él! Acaba con Satán. Con la fuente del pecado. Si el pecado ya no tiene una tierra fértil de donde nacer y nacer infinitamente, nosotros, los pecadores, los débiles, los que no somos como Tú, los que no somos dioses, sino sensible carne y débil espíritu, estaremos, por fin, libres del tormento de la lujuria. Dios nuestro, si Tú supieras el suplicio que representa el saber que no debemos pecar y, a la vez, la atracción demoníaca que el pecado, la lujuria, el Mal ejercen sobre nosotros, serías más piadoso, tus castigos más leves. Dinos, ¿quién es más fuerte? ¿El que resiste y elude al pecado porque no sufre su tentación? ¿O nosotros, que, por amor a Ti, resistimos al pecado deseándolo tanto como deseamos amarte y ser puros ante tu mirada impiadosa? Disculpa, Señor, pero veo más fuerza en nosotros, humildes seres terrenales, que en tu magnífica omnipotencia. He aquí, entonces, el punto: eres tan omnipotente que la tentación ni te roza. Pero quienes te dirigimos esta plegaria insumisa que acaso nos harás pagar castigándonos, somos débiles, la tentación no sólo nos roza, hace su presa de nosotros, de nuestras más bajas pasiones y no siempre triunfamos en la lucha que libramos contra ellas. Por fin, entonces, Señor, ¡aniquila el Mal! ¿O es el Mal más fuerte que Tú? Si atribuyes, como lo haces a menudo, a nosotros su existencia, entonces su triunfo está asegurado. Porque por bondadosa que sea nuestra voluntad, nuestra alma, nada pueden contra el Mal. La tentación viene desde afuera y su primera víctima son nuestros ojos, que la ven y la desean. Pero el Mal, Señor, se ha adueñado de nuestra alma. Y ahí se libra el combate. En él, nos sentimos asistidos por Ti. Recibimos Tu luz y nuestras fuerzas se duplican. Entérate, Señor, no es suficiente. Al frente del Mal está Satán, el mismísimo demonio. Al frente del bien estamos apenas nosotros. La batalla es desigual. Te necesitamos, Señor. Oh, Dios, desciende hacia nosotros y lucha al frente de tus atribulados ejércitos. Tú creaste al Mal, derróttalo ahora. Tú lo pusiste en nuestros corazones, quítalo de ahí. Tú eres omnipotente, no el Mal. ¿No alcanza tu omnipotencia para destruirlo? ¿O el Mal es más fuerte que Tú? No podemos admitirlo ni comprenderlo. Tú eres la fuente de todo. La potencia originaria y esencial que late en toda potencia. De un desgajamiento de tu potencia ha surgido el Mal. No es autónomo. No nació por sí ni desde sí. Nació por Ti, Dios nuestro. Eres el único que puede destruirlo. Destruyelo entonces. Destruyelo, Señor^[44].

Cuestión 153: El vicio de la lujuria

Santo Tomás, también llamado el Aquinate, se lanza con más furia que nunca contra la lujuria. «Así como la templanza tiene como objeto principal y propio los deleites del tacto (...) así también la lujuria tiene por materia principal los placeres venéreos, que desatan el alma de una manera particular»^[45]. Sigue: «Se considera que el vino es lujurioso (...) en cuanto que el uso superfluo del vino supone un incentivo para el placer venéreo»^[46]. Luego el Aquinate se formula una pregunta cuya respuesta (a esta altura) ya conocemos: «¿Puede darse algún acto venéreo sin pecado?». No, el acto venéreo es siempre pecado. Aun cuando sirva a la inevitable procreación. Siempre queda «algo de pena» cuando algo es fruto del pecado. ¿Y el semen? Es necesario, de mala gana, accede Tomás. También a esta altura uno

se pregunta: ¿de dónde sacan tan buena información sobre los actos venéreos los ideólogos de la Iglesia? ¿Debemos dudar de su pureza, creer que jamás han incurrido en lujuria alguna?

Siguen las preguntas: ¿*Es la lujuria un vicio capital*? ¿Cómo no habrá de tener Tomás respuesta para tal cuestión? «El fin de la lujuria es el deleite venéreo, que es el más fuerte. Por ello, tal deleite es sumamente apetecible por parte del apetito sensitivo, ya debido a la vehemencia del deleite, ya por lo connatural que es esta concupiscencia. Queda claro, pues, que la lujuria es un vicio capital»^[47].

Introduce Tomás el concepto de *fornicación simple*. En ninguno de los casos que estudia considera a la fornicación simple pecado mortal. Pero esa fornicación es la que se ejerce con la propia mujer buscando la necesaria meta de procrear. Porque, por más que se esfuercen los padres de la Iglesia, la especie humana debe procrear. De lo contrario, desaparecería y ellos se quedarían sin nadie a quien atormentar prohibiéndole sus pecados. Ese pecado hay que permitirlo. No hay que hacerlo mortal. Se acaba todo. En algún momento, en algún fatídico día, hay que permitirle al hombre el contacto carnal, la inmundicia venérea. Poner su miembro viril donde nació para ser puesto. En la caverna arbolada, húmeda, infinitamente deleitable de la mujer. Ignoramos si el Doctor Angelicus conoció alguna vez estas cavernas que tan hermosa hacen la vida. Pero San Agustín, el santo de Hipona, a no dudarlo: anduvo por esos ámbitos oscuros como el pecado, deleitables como el placer. Nada de esto piensa Tomás. Su idea sería (paganamente dicho): coger, procrear y huir. ¿Adónde si no a la masturbación? Ya vamos adivinando de dónde vienen los escándalos morales (sobre todo la pedofilia) que acosan hoy a la Iglesia.

Advierte Tomás: ¡Cuídate de frecuentar a otra mujer que no sea la tuya! «Luego, la fornicación, y todo comercio carnal con otra mujer que no sea la propia, es pecado mortal. Sólo el pecado mortal aparta del reino de Dios»^[48]. Sigue: «Por eso es contrario a la naturaleza humana el que el hombre practique indiscriminadamente el trato carnal siendo preciso, por el contrario, que sea marido de una determinada mujer, con la que ha de permanecer, no por un corto período de tiempo, sino por mucho tiempo, incluso durante toda la vida»^[49]. ¿Divorcio? ¿Cómo, qué es eso? Sin duda, pecado mortal.

La fornicación «al no darse dentro del matrimonio, va contra el bien de la prole y es, por ello, pecado mortal»^[50]. El Aquinate se sigue haciendo preguntas cuya respuesta podemos imaginar. Qué modo tan particular tiene de formularlas. ¡De las cosas que se ocupa! Por ejemplo: «¿Existe pecado mortal en los besos y los tocamientos?». Qué expresión, caramba. Los besos y los tocamientos. Y luego la desmesura de siempre: aquel que mira a una mujer y la desea, ya pecó en su corazón. «Luego con mayor razón serán pecado mortal el beso sensual y actos similares»^[51]. «¿Es pecado mortal la polución nocturna?». No sabemos, Doctor Angelicus, diga usted. «¿Es el adulterio una nueva especie de lujuria?». «¿Es el incesto una especie distinta de lujuria?». Todo, todo es lujuria. Y, por último, el vicio contra la naturaleza.

Vicio contra la naturaleza: «Primero, si se procura la polución sin coito carnal, por puro placer, lo cual constituye el pecado de *inmundicia*, al que suele llamarse *molice*. En segundo lugar, si se realiza el coito con una cosa de distinta especie, lo cual se llama *bestialidad*. En tercer lugar, si se realiza el coito con el sexo no debido, sea de varón con varón o de mujer con mujer (...) y que se llama *vicio sodomítico*. En cuarto lugar, cuando no se observa el modo natural de realizar el coito, sea porque se hace con un instrumento no debido o porque se

emplean otras formas bestiales y monstruosas antinaturales»^[52]. ¡Hemos llegado por fin a nuestro tema! El culo. Tomás no menciona esta palabra, claro. Pero, como cierre de la Cuestión 154, escribe: «Y después viene el pecado consistente en no guardar el debido modo de realizar el coito, más grave que si no se realiza en el órgano propio de la generación que si hay algún desorden en cuanto a otros detalles relativos al modo de realizar el coito»^[53]. Es muy simple: el coito se debe realizar «en el órgano propio de la generación». Todo sabemos cuál es. En cambio, ¿genera, el culo, algo? No, sólo mierda y placer venéreo^[54].

Se condena la homosexualidad. Nada de sexo de varón con varón o de mujer con mujer. Se incurre, al hacerlo, en *vicio sodomítico*. Esto lo estableció Tomás en el siglo XIII. Todavía la Iglesia condena la homosexualidad. En una encuesta que inquiere qué se espera de Francisco, se les pregunta a los encuestados si la Iglesia debería aceptar la homosexualidad. Un 59,7% dice que sí. Es tal el carácter retrógrado de la política del Vaticano que aún se aferra a las leyes que estableció el Doctor Angelicus. Es tal la vigencia de la *Summa Theologiae* que todavía se siguen sus prescripciones. Por ellas, cientos de miles de personas —luego de pasar por el tormento— fueron llevadas a la hoguera durante la Inquisición. Por ellas, todavía hoy —en cualquier parte, aunque en algunas más que en otras: en el *midwest* norteamericano, por ejemplo— un homosexual puede ser atacado por una patota homofóbica que lo molerá a golpes o, sin más, lo matará. Por ellas, en la encuesta que mencionamos, sólo un 59,7% dice que la Iglesia debería aceptar la homosexualidad. Pero un 26,7% dice que no. Y un 13,6% no sabe, no contesta, lo que implica decir también que no. A la pregunta ¿debería la Iglesia suspender el celibato?, un 54,9% dice que sí. Aclaremos que estas encuestas fueron llevadas a cabo por el diario progresista, partidario de los derechos humanos y del matrimonio igualitario en un país que ha concedido esas cosas, *Página/12*, y que muchos de los encuestados son lectores de ese diario, algo que supone que, al serlo, tienen tendencias hacia medidas no cavernícolas sobre esos temas, sino todo lo contrario. Pero en los sectores de clase media, clase media alta y oligárquicos los resultados habrían sido —en efecto— cavernícolas. Recordemos: la frase final ante estos temas es *Hay que matarlos a todos*. Igual que Torquemada. El espíritu intolerante, autoritario de la *Summa Theologiae* y la sed de castigo de Torquemada recorren aún la política y la moral de Occidente. El siglo XIII y el siglo XV vigentes en el siglo XXI. ¿Hay progreso en la historia?

Volvamos a la pregunta ¿debería la Iglesia suspender el celibato? Aquí hay una frecuente confusión. Se supone que «suspender el celibato» es permitir que los curas se casen. Pero celibato no es «no permitir el casamiento». Celibato es no perder la castidad. Cuando la Iglesia exige a sus pastores castidad, exige mucho más que ausencia de matrimonio, sino total alejamiento de los deleites carnales. Al ser así, los curas han perdido la castidad desde hace muchísimo tiempo y hoy más que nunca. No hay celibato en la Iglesia. O se ha reducido mucho. Tanto, que ya ha adquirido la forma del escándalo. Los casos de pedofilia son de dominio público, ocupan las páginas de los diarios. Se les debe permitir a los curas incurrir en el deleite carnal. Casados o solteros, tienen que gozar de los placeres del sexo y terminar con algo que sólo puede provocarles neurosis y desvíos. El cura que penetra a un niño sin duda cree que a través de su semen le entrega el espíritu divino. Pero si ha tenido que crear una coartada semejante (que, neuróticamente, lo tranquiliza) es porque tiene bloqueado el

camino de una sexualidad libre. Suspender el celibato es, antes que entregarlo al matrimonio, abrirle esa posibilidad.

El sexo anal en la Edad Media

Según vimos, para Santo Tomás el sexo anal es el vicio sodomítico. No puede haber calificación más condenatoria, ya que el mismo Dios condenó al fuego, al azufre, a la destrucción total a las ciudades de Sodoma y Gomorra, episodio que se narra en el Génesis. Si nos concentramos en Sodoma habrá que dejar establecido que la ciudad era un espacio de concupiscencia absoluta. Todos los vicios se cometen en ella. También el muy detestado por Tomás: el de la homosexualidad, «varón con varón, mujer con mujer». De ahí en más queda establecido el adjetivo *sodomítico* para relacionar cualquier conducta con las que se llevaban a cabo en esa ciudad, todas aberrantes. Así, el sexo anal es vicio sodomítico. Está dentro de los vicios contra natura, los peores dentro de la esfera sexual.

¿Hacia dónde vamos? Creemos nuestro deber aclararlo. Este ensayo trata sobre la culocracia como imagen hegemónica de la modernidad informática. Nuestro objetivo es llegar a un momento en que, en la televisión argentina, una señorita, cubierto su culo apenas por un *jean* deshilachado, al punto que le dejaba al descubierto la zona que Quevedo Villegas llamó ojo del culo, se inclina hacia atrás y —por decirlo así— saca culo para exponerlo a «algo». ¿Qué es *algo*? Es un cómico de cuarta categoría que se inclina y coloca su ojo derecho —cerrado el izquierdo— con el propósito de «ver» a través del culo de la señorita. Vi esa imagen en una de mis habituales concurrencias al programa *TVR*, que se especializa en acumular todas las imágenes semanales de la televisión basura, concepto que, con todo orgullo, dice haber creado una señorita llamada Silvia Süller, célebre por haber sido esposa de un famoso conductor televisivo de nombre Silvio Soldán, cuyo aplique capilar era célebre e in disimulable. La señorita Süller, al separarse del señor Soldán, publicó un libro de memorias. Narraba, en él, su larga relación con el señor Soldán. El título del libro es por demás ingenioso: *Quince años bajo el quincho*. Según se sabe, se les dice «quincho» a los apliques capilares que en la cabeza (dónde si no) se ponen los hombres a los que la pelada aterroriza hasta el extremo de introducirse sin medida en los tristes e irretornables caminos del ridículo. Mi primera asistencia a *TVR* me produjo tal repulsión que confesé: «Suerte que no comí antes de venir porque si no vomitaba del asco». De ahí en más escribí una contratapa bajo el título de «La TVVómito». El término se hizo famoso. Pasó de todo. Me insultaron en todos los canales y hasta me dejaron amenazas por teléfono. Pero es por medio de la TVVómito que el culo reina. Y por muchos otros lados. Ya veremos esto.

Importa ahora entrar en el tema sin tapujos ni fingimientos. Hemos analizado un gran material en la web y hay trabajos sólidos y citables. El de la Pontificia Universitas Lateranensis, por ejemplo. Y otros. Partimos de una certeza compartida: la llamada Edad Media duró diez siglos. En alguna época se le decía «la noche de la Historia». Con los años, al no poder encontrar cuál sería la alborada, la mañana o el mediodía de la Historia, el término cayó en desuso. Citamos: ¿Son normales las relaciones anales? ¿Cuáles son los problemas de la penetración anal? ¿Cómo se pueden disfrutar las relaciones anales? ¿Cuáles son las

complicaciones de las relaciones anales? Recomendaciones finales para un sexo anal satisfactorio». Estos temas, bien tratados, se encuentran en www.fertilab.net: Ginecología-sexualidad-homosexualidad. Y los produce *La primera unidad de reproducción humana en Venezuela*, creada en 1974. Veamos: *¿Por qué el culo se ha transformado en la imagen hegemónica de la modernidad informática?* Se viven los tiempos de la globalización. Un globo es redondo. El culo es redondo y hasta el epítome de la redondez. Lo informático requiere la globalización para imponerse. A su vez, no habría globalización sin el formidable proceso de informatización que la hace posible. La globalización informática es una de las pesadillas de Heidegger realizada. O no *una*, la peor: «Cuando el más apartado rincón del globo haya sido técnicamente conquistado y económicamente explotado; cuando un suceso cualquiera sea rápidamente accesible en un lugar cualquiera y en un tiempo cualquiera; cuando se puedan “experimentar”, simultáneamente, el atentado a un rey, en Francia, y un concierto sinfónico en Tokio; cuando el tiempo sea sólo rapidez, instantaneidad y simultaneidad, mientras que lo temporal, entendido como acontecer histórico, haya desaparecido de la existencia de todos los pueblos; cuando el boxeador rija como el gran hombre de una nación; cuando en número de millones triunfen las masas reunidas en asambleas populares —entonces, justamente entonces—, volverán a atravesar todo este aquelarre, como fantasmas, las preguntas: ¿para qué?, ¿hacia dónde?, ¿después qué?»^[55].

Lo que Heidegger describe es hoy —y desde hace tiempo— posible. Y a todos nos gusta. No le vemos las características demoníacas que le ve Heidegger, al cabo un filósofo agrario. Todos quieren ver el Mundial de Fútbol en directo. O una pelea importante. O un encuentro político. O una rebelión de subalternos expulsados de la polis. O un opulento desfile de modas. O las guerras. Las torturas. Los cadáveres. Todo lo cual se verá con el mismo tono emocional. Quiero decir: si el concepto de globalización fundamenta o fortalece la circularidad del culo no habría de qué sorprenderse. Los dos fenómenos son parte de uno: el fenómeno informático. El que ningún filósofo ha visto aún con el peso que merece. Como la culocracia. O —su cara paralela— la culolatría. Hay una idolatría del culo. Entraremos a fondo en estos temas al analizar la TV de hoy y las revistas de modas o los comerciales o los afiches callejeros. Pero hay algo poderoso. Tan poderoso que recién ahora lo mencionamos. ¿Tanta fascinación por la belleza del culo excluye o incluye las heces? Nadie, por más que lo desee, puede separar al culo de lo que de él sale. Y lo que del culo sale son las heces. Claramente: mierda. Lo que sale del culo es mierda. ¿Se debe hablar entonces de una mierdocracia? ¿De una mierdolatría? No, los culos de las hermosas mujeres que mundialmente ganan buen dinero o fama y fortuna exhibiéndolo, nada tienen que ver con algo tan desagradable como las heces. Esto, por decirlo así, en una primera lectura. En la escena de apertura del último film de Stanley Kubrick aparece, en plano completo, Nicole Kidman de espaldas. Nadie podría pensar que de ese culo sale caca^[56]. Sin embargo, en algún punto lo sabemos. Acaso nos parezca imposible que suceda con una señorita tan bella y tan fina como Nicole. Pero es así.

Prohibiciones y castigos: la Santa Inquisición

Varias veces, a lo largo de la escritura de este ensayo y mientras lo preparaba, no pude dejar de pensar en esa mujer errática, en esa hetaira carnal, que entró en la estancia del joven fraile Tomás para tentarlo. Se dice que la enviaron sus hermanos, pues no querían que se dedicara a la vida sacerdotal. Si esa chica hubiera tenido más empuje, más decisión, tal vez si hubiera sido más bella, Tomás de Aquino habría pasado una noche de amor y no habría escrito la *Summa Theologiae*. ¿Algún otro lo habría hecho? Posiblemente. La *Summa* era necesaria. Primero, para dar cohesión a la Iglesia. Segundo, para consolidar el orden medieval de creencias: todo remite a Dios. Tercero, para justificar los castigos de la Inquisición. Pero acaso algún otro lo habría hecho con menos afán prohibitivo, con menos fanatismo religioso, con mayor comprensión por las debilidades del ser humano. Tomás es un obsesivo. Y no sería aventurado suponer que toda su vida buscó vengarse de esa hetaira. Hay hechos iniciáticos que destinan a un hombre, a una mujer.

La *Summa*, según dijimos, es un *Manual de prohibiciones*. Lo que no se puede, no se puede. Lo que se puede, se puede. No es un *Manual de castigos*. Hasta donde yo sé, la *Summa* no establece castigos para los que incurren en los pecados que férreamente enumera. Todo lo contrario sucede en el Antiguo Testamento. Y también en el Nuevo, pues el profeta de Nazareth, aunque sus mensajes son esencialmente de paz y de amor, *jamás deja de aceptar lo dicho en el Antiguo Testamento*. El Corán se desborda en castigos, pero el Antiguo Testamento no le va en menos. En el Levítico, Yahvé da sus instrucciones a Moisés. Los mandamientos no son diez. Son muchos, muchísimos más. Y durísimos. Yahvé dijo a Moisés: «Di a los israelitas: Yo soy Yahvé, vuestro Dios (...). Cumplid mis normas y guardad mis preceptos (...). Guardad mis preceptos y mis normas. El hombre que los cumpla, gracias a ellos vivirá. Yo, Yahvé^[57]»». ¿Qué le sucederá a quien no cumpla esos preceptos? Nada bueno. Yahvé es un Dios impiadoso, duro, que castiga fieramente los pecados que se cometen en su contra, pues todo pecado lo es contra Yahvé. En Levítico 20 se trata el tema de las *sanciones*. En (B) se detallan las *Faltas contra la familia*. «Quien maldiga a su padre o a su madre será muerto, ha maldecido a su padre o a su madre; su sangre sobre él. Si un hombre comete adulterio con la mujer de su prójimo, serán castigados con la muerte: el adúltero y la adúltera. Si un hombre se acuesta con su nuera, ambos morirán; han cometido una infamia; su sangre sobre ellos. Si un varón se acuesta con otro varón, como se hace con una mujer: ambos han cometido una abominación, han de morir; su sangre sobre ellos». He aquí la comprensión del Antiguo Testamento sobre la homosexualidad. Aún hay quienes esgrimen estos argumentos para vehiculizar su homofobia con el apoyo de los textos bíblicos. Hay tantos disparates en ellos leídos desde las costumbres seculares que lo mejor que han encontrado los hombres y las mujeres lúcidos/as es responder con otras normas impracticables de la Biblia. Vamos a la *Exhortación final*. Termina así: «Sed santos para mí, porque yo, Yahvé, soy santo, y os he separado de los demás pueblos para que seáis míos. El hombre o la mujer que practique el espiritismo o la adivinación será castigado con la muerte; los apedrearán. Su sangre sobre ellos». Siguen los castigos en *Santidad del sacerdocio*. «Si la hija de un sacerdote se prostituye y se profana, a su padre profana; será quemada». Queda claro: *será quemada*. Yahvé impone castigos brutales. Y desdenes lacerantes. Que ningún

defectuoso se le acerque: «Ningún descendiente de Aarón que tenga defecto corporal puede acercarse a ofrecer el alimento de su Dios. Podrá comer el alimento de su Dios, las cosas sacratísimas y las sagradas; mas no podrá pasar hasta detrás del velo ni se acercará al altar, porque tiene un defecto y profanaría mi santuario, pues yo soy Yahvé, el que los santificó». (Levítico, 21, C). El rechazo de los defectuosos, el asco que se les profesa, es más que indignante, es inaceptable. Ningún Dios puede rechazar a un defectuoso. Tampoco hombre alguno. Se conoce la frase de Nietzsche en el comienzo de *El Anticristo*: «¡Que los débiles y los fracasados perezcan!, primer principio de nuestro amor a los hombres. Y que se les ayude a morir»^[58]. Se anticipa en estos textos la eutanasia nacionalsocialista. Los nazis no querían defectuosos en su comunidad. *Página/12* (en su «pirulo» de tapa del martes 9 de julio de 2013) publicó lo siguiente: «Eutanasia: Entre 1940 y 1941, el Tercer Reich ejecutó a decenas de miles de discapacitados físicos y psíquicos en lo que se llamó “la eutanasia nazi”. En el número 4 de la calle berlinesa Tiergarten comenzó a construirse ayer un monumento de 31 metros de largo y 3,10 de alto, en homenaje a las víctimas. En ese lugar estuvo la “Fundación Caritativa para la Cura y el Cuidado Institucional”, dirigida por el jefe de la Cancillería de Hitler, Philipp Bouhler, y su médico personal, el doctor Karl Brandt. Desde allí se dirigió la matanza de 70 273 enfermos de epilepsia, esquizofrenia y otras enfermedades psíquicas y físicas». También aplicaban, a los débiles mentales, la esterilización forzosa para que no pudieran tener descendencia de su estirpe enferma. En el gran film de Stanley Kramer, *Juicio en Nüremberg*, el actor Montgomery Clift (deteriorado en un accidente automovilístico) interpreta a un esterilizado con todo el dolor de su propio drama y su alta calidad interpretativa. No sólo es uno de los grandes momentos del cine, permite ver y sentir y también comprender el sufrimiento de un esterilizado transmitido por un gran actor en el ocaso de su corta vida. Los restantes actores (la película tiene un *cast* de grandes estrellas), al saber que era el día de la filmación de Clift, acudieron todos, se sentaron en los lugares de los asistentes al juicio y rindieron su homenaje silencioso al gran actor. Su interpretación es uno de los más altos momentos del arte dramático.

Entre las tragedias que estragaron la vida de Monty Clift está su sofocada homosexualidad. En el Hollywood pacato y macartista de los años cincuenta ser gay era una mácula insuperable. Quienes lo eran debían luchar por disimularlo o escamotearlo a la mirada y el juicio seguramente condenatorios de los otros. Pero la condena a la homosexualidad está en la Biblia y muy marcadamente en la *Summa Theologiae*. ¿Cómo habría de estar ausente de los cánones de la Pontificia Universitas Lateranensis? ¿Qué era esto? ¿Tenía peso e importancia en la vida católica de la comunidad? Por completo^[59].

Impresiona verificar la presencia ineludible del Aquinate en todas las decisiones de la Iglesia. Podríamos concluir que Santo Tomás de Aquino sigue bajando la línea de la conducta vaticana. Mal (creo) pueden esperar los homosexuales un reconocimiento de la Iglesia Católica en tanto ésta se encuentre encuadrada dentro de los cánones de la *Summa Theologiae*. Hoy nadie va ser quemado en la hoguera por sus prácticas sexuales, pero estas conquistas son seculares. La Iglesia ha permanecido en el atraso de la Edad Media, ese orden oscuro, persecutorio, sometido a los mandatos de un Dios cuyos intérpretes terrenos se encargaron de ordenar y llevar al extremo. De esta forma, al comprobar el peso de la *Summa* durante los años de la modernidad, será claro lo que nos atreveremos a decir: *Santo Tomás*

fue el ideólogo de la Inquisición. Esta infamia se prolongó durante siglos y su nombre ha quedado como sinónimo de persecución y de muerte. La *Summa Theologiae* debe ser incluida dentro de la historia del poder mediático. Al señalar, con tanta firmeza y fundamentación epocal, lo bueno y lo malo fue recibida como el elemento más apropiado para juzgar todo tipo de herejías y premiar las conductas castas, las que a la Iglesia y, por consiguiente, a Dios, agradaban. Desde sus páginas se decidió el férreo orden medieval. Desde sus páginas se quemó vivos a hombres y mujeres, se torturó, se aterrorizó y se afianzó un orden que expresaba un poder piramidal que llegaba a su más alta cima en la figura de los reyes y de la Santa Iglesia. «El primer inquisidor general, Tomás de Torquemada (leemos en el libro de Toby Green sobre el tema), fue quien dirigió la expansión de la Inquisición. Torquemada era un hombre moreno de aspecto saludable. Era un monje dominicano, confesor de los Reyes Católicos; se dice que cuando intentó decirle a Isabel que él no era más que un ser humano, ella le contestó: “Confesor, cuando estoy contigo siento que estoy acompañada por un ángel del cielo”.

»Torquemada se convirtió en inquisidor general el 17 de octubre de 1483, y al año siguiente fundó y asumió el liderazgo de la Suprema, o consejo supremo. Podía dar el cargo de inquisidor a quien creyera conveniente (...). Continuó ejerciendo su cargo hasta 1496 (...). Durante los años que Torquemada lideró la Inquisición, España se convirtió en un lugar muy distinto. Las hogueras se extendieron desde Sevilla en el sur hasta Zaragoza en el norte. En todas las partes, la gente se daba cuenta de que algo grave había comenzado. En 1488 las cárceles estaban tan atiborradas de prisioneros que fue necesario dictar condenas de arresto domiciliario. Surgió una atmósfera de extremismo que implicó que la expulsión de los judíos en 1492 y de los musulmanes de Granada en 1502 parecieran parte de una sucesión natural de acontecimientos. La “convivencia” había durado demasiado, y ya en 1526, luego de la conversión forzada de los musulmanes de Aragón, no se permitía residir en España a nadie que no fuera católico»^[60].

El paranoico asesino (al que la Reina Isabel confundía y necesitaba confundir con «un ángel del cielo») asume en 1483. No pretendemos trazar «una sucesión natural de acontecimientos». Tal cosa no existe. Ya Engels buscó «naturalizar la historia» y no hizo sino cosificarla (*Dialéctica de la naturaleza*). Pero hay simultaneidades que forman parte de un mismo, amplio desarrollo histórico. Isabel la Católica es —según una célebre impostura— la cálida soberana que, por medio del generoso desprendimiento de sus joyas, permite la aventura de Colón y, con ella, el asalto a los territorios americanos. La *Summa* del Aquinate era —tanto en el siglo xv como en el xiii— la palabra de Dios sobre la Tierra. Con esa doctrina evangélica, Torquemada quema y tortura y sostiene la criminal Inquisición en tanto los españoles en el Nuevo Mundo masacran a los pueblos originarios por no aceptar el Evangelio y perder la posibilidad de tener un alma, que ellos, piadosos, les ofrecen. En el mismo año en que Colón llega a América, se lleva a cabo la expulsión de los judíos y luego —sólo unos años después: en 1502— la de los musulmanes que habitaban Granada. Todo esto es posible porque, de la ideología intemperante que el Aquinate sistematizó, extrae su unidad de miras, su unidad de acción. En la filosofía de Santo Tomás, que es un desarrollo teológico de la de Aristóteles, el punto más alto al que todo se refiere es *Dios*. El Aquinate era experto en ofrecer especulaciones acerca de la existencia de este ser que soldaba todo el edificio católico-

medieval. Por ejemplo: «Y puesto que todo lo que existe por otro se reduce a lo que existe por sí mismo, como a una causa primera, es necesario, por consiguiente, que haya alguna cosa que sea causa del ser de todas las cosas, porque ella misma es sólo existencia; de otro modo habría que recurrir a una serie infinita de causas, ya que toda cosa que no es sólo existencia tiene una causa de su existencia, como se ha dicho. Es manifiesto, por tanto, que la inteligencia es forma y existencia y que recibe su existencia de un primer ser, el cual es sólo existencia y ésta es la causa primera que es Dios»^[61]. Y luego afirma: «El ser que es Dios es de tal condición que nada puede añadirsele, de donde se sigue que, por su misma pureza, es un ser diferente de todo otro ser (...). Dios en su mismo existir tiene todas las perfecciones»^[62]. En el lenguaje, en las fundamentaciones del principio absoluto (Dios) se entrevé la influencia de Aristóteles en el Doctor Angelicus. De aquí que se lo llame el Aristóteles de la teología. Se suele afirmar asimismo que San Agustín sería el Platón de tal disciplina. Sin embargo, es claro que hay más Aristóteles en Santo Tomás que Platón en San Agustín. Así, no sería azaroso que Agustín haya escrito las *Confesiones*, con sus desgarramientos y sus dudas, y Tomás una *Summa* sistemática, más cerca de un dios y de una Iglesia absolutistas que del mero existente terrenal, condenado al pecado y a la confesión como camino para purificarse y conseguir el perdón que dará sosiego a su alma atormentada en un universo de tormentos.

Culo y caca (o ano y heces)

¿Hay una fascinación por el culo o por el tipo de sexo que se puede tener por su medio? ¿Qué le propone la imagen hegemónica de la modernidad informática a su receptor idiotizado o en camino de serlo? Mire, éste es un culo perfecto. Usted jamás llegará a tener algo así entre sus manos. Pero no importa. Nosotros se lo mostramos. Somos generosos. Usted mira nuestro programa o compra nuestra crema de afeitar o el nuevo modelo de automóvil que hemos expelido al mercado. O usted, señora, se desespera, piensa que él no la va a querer más porque usted ni por asomo tiene una esfera tan sólida y perfecta a sus espaldas y corre al gimnasio o al cirujano que le han recomendado, toda gente de nuestra confianza. El gimnasio es nuestro y el cirujano parte de nuestro equipo. No siempre, pero casi. Y punto. Tarea cumplida. Nos los metimos en el bolsillo.

Hay un punto sobre el que debemos volver. El culo es un objeto de admiración tanto por parte de los hombres como de las mujeres. Aquí no tanto, pero en Estados Unidos las mujeres miran tanto los culos masculinos como los hombres los femeninos. Vayamos a 1996. Se estrena en Nueva York un film anticresista que no dejé de ver, ya que andaba por ahí, donde vive uno de mis hijos. Fuimos a ver el film. Se llama *Time to Kill*, lo dirige Joel Schumacher, un mediocre que, de tanto en tanto, la pega, que es, además, el tipo que le puso pezones al traje de Batman, algo que, más que cualquier otra cosa, garantizará su pasaje a una posteridad gloriosa, pero menor; nada que ver con la de Brahms o Shakespeare. La protagonista es la fatal Sandra Bullock, una actriz que me impide ver cualquier película en la que aparezca. Sin embargo, a ésta fui. El coprotagonista es todavía más abominable que ella. Es un tipo que —luego de inexplicables quince años de estrellato— todavía no aprendí a pronunciarle el nombre. Que es algo así como Matthew McConaughey. Y Samuel L. Jackson hace de negro perseguido por los malvados sureños. Casi siempre hace de eso. No tanto de perseguido por los malvados sureños, pero de negro, invariablemente. ¡Cómo encasillan en Hollywood a los actores! ¿Por qué Jackson no puede hacer la biografía de Churchill? Al grano: Matthew Mc (hasta aquí me animo a escribir su nombre) está atado a un árbol. Ahí lo dejaron los malvados sureños por ayudar a Jackson. Llega Bullock y se propone liberarlo. Antes, no recuerdo por qué, tiene que darle una inyección. La prepara, le baja el pantalón, lo pincha, le pasa un algodoncito con alcohol y asunto terminado. Pero no. Así nomás, al pasar, como un mero comentario al margen pero elogioso, le dice: *Nice butt*. Que sería: *lindo culo*, aunque más simpático y juguetón. O más precisamente: qué lindo trasero, qué buen trasero. Y punto. Es un comentario agradable, no ofensivo. Un cálido reconocimiento sin otras consecuencias. Se evita el *nice ass* porque *ass* se refiere a la cola del burro. Y tal vez influya en la escasa utilización de este giro con las mujeres porque —y esto es algo visible— las mujeres norteamericanas tienen caderas estrechas y culos chatos. Todo lo contrario de las latinas. Una mujer latina tiene anchas caderas y un culo —a veces— desmedido. Y con frecuencia, las piernas no son tan largas y proporcionadas como las de las rubias californianas. Como fuere, tanto unas como otras se encargan de solucionar esos problemas con los avances de la

cirugía. Todo depende de los gustos. Hay latinas que tienen todas las virtudes de las californianas —sobre todo las piernas largas y perfectamente delineadas— y añaden a eso el toque latino: caderas y cola manzanita o pera; estas últimas gozan de menor prestigio que las colas manzanita, ya que se ven fatalmente caídas como cae la pera que se ensancha abajo. La perfección en hermosas colas es la cola manzanita.

Asombra, pese a todo, que esta jubilosa entronización del culo se empeñe en ocultar algo que sale de él, y albricias que sale y no se recluye adentro y se niega. Porque así como Quevedo Villegas dice del pedo que la salud consiste en soltarlo, lo mismo debe decirse de las heces o la mierda: si no se las evacua adecuadamente cualquiera que sea humano o animal revienta. Y del modo más feo, más desagradable. Los culos que nos abruman como herramienta de la modernidad informática ocultan un hecho inocultable, de todos ellos, por bellos que sean, sale mierda. O caca. Podemos usar esta palabra que no es un eufemismo, tiene peso propio y —como ya dijimos— remite a los hermosos (siempre son hermosos, el recuerdo niega los malos momentos del pasado) tiempos de la infancia. Pero el culo, antes que remitir a la mierda, remite al coito anal. Esto es lo que debemos estudiar. ¿Qué pasa con el coito anal? ¿Es porque él ofrece, digamos, un placer más intenso que cualquier otra modalidad del sexo que el culo se consagra como la imagen hegemónica de la modernidad informática? ¿Hay algo ahí que se oculta, que no se nos dice? ¿Implica la proliferación sofocante de culos-imagen el soterrado mensaje que nos empuja a *hacerlo por ahí*? Hay que analizar esto. Acaso nos entregue la clave que buscamos: ¿por qué vivimos en el universo de la culocracia y la culolatría?

Alicia Gallotti y el negocio del *Kama sutra*

¿Quién ha olvidado esa revista, la *Satiricón*? Los que la conocieron, los que la disfrutaron a partir de 1972, cuando apareció, difícilmente la olviden. Llegó a vender 350 000 ejemplares. Revolucionó el humor. Era un placer, una fiesta leerla. Los que no la conocieron y viven estos tiempos en que el borramiento prolijo del pasado es irreversible, nada sabrán, seguramente, de ella. Como nada saben de casi todo lo que ocurrió desde el día en que llegaron a este mundo hacia atrás. *Satiricón* duró hasta fines de 1974, en que fue prohibida por el gobierno de Isabel Perón. Luego sacaron *Chaupinela*, *Emmanuelle* y alguna otra (de nuevo *Satiricón* inclusive) pero nada volvió a ser igual. Era gente joven, en la cima de sus vidas y de sus talentos. La chica que se destacaba era una morocha bonita y zarpada que (hasta donde recuerdo) sacaba unas notas bajo el título de «Sociología barata». Era amiga de una *vedette* de los teatros de revistas llamada Susana Brunetti, con fama de muy buena mina. Recuerdo que se sacaron una foto, espalda contra espalda, desnudas las dos aparentemente pues sólo mostraban hasta la altura de los hombros, bajo una ducha, mojadas y muy divertidas, carcajeantes. Poco después, Brunetti se murió, probablemente de una leucemia. La muerte de Brunetti tuvo un marco trágico. No sólo porque murió a los 33 años, sino porque esa muerte tuvo lugar el 20 de junio de 1974, el día del regreso del General Perón al país, el día de la tragedia de Ezeiza, el día más largo y más triste de ese año. Este suceso arrojó fuertes sombras sobre su muerte, de la que pocos se enteraron. El país se debatía entre vientos de violencia y prefiguraciones de tragedias inimaginables. Como fuere, Gallotti escribió sobre su amiga una nota llamada: «Cuando una amiga se va». Gallotti era una chica talentosa. Moderna, al tanto de las últimas noticias y modas y locuras en el arte de asustar a la burguesía argentina pacata. En una de sus notas describía a una piba que aparecía en una fiesta con un *jean* que tenía un agujero exactamente en medio del culo. La nota hizo furor. A mis amigos se les reventaba la cabeza. Comentábamos: «¡Qué loca esta mina! Mirá lo que se le ocurre».

Pasaron los años. Me olvidé de Alicia Gallotti. Entré a escribir en *HumoR*, que fue la inspirada sucesora de *Satiricón* y nunca le pregunté a Andrés Cascioli, que había estado en *Satiricón* y ahora dirigía *HumoR*, acerca de la suerte de Alicia. Sabía que nada trágico le había sucedido. De pronto, me la encuentro otra vez. Ya no como la piba rebelde de 1972 y de *Satiricón*, sino como una señora algo madura y gordita que lucra alevosamente con el sexo en España. O sea, no volvió al país con la llegada de la democracia. Y eso que habría tenido sin duda un gran espacio en *HumoR*. Pero no: la fama y el dinero fácil la volvieron sagaz, bastante mentirosa y le entregaron un acento castizo que nada que ver con lo que fue. Alicia la juega de consejera sexual, acepta reportajes y ha publicado una serie de libros aprovechando el nombre del *Kama sutra*, el mítico libro de la sabiduría sexual india.

Tratemos de averiguar algo más acerca de Alicia, aparte de la generosidad con que la editorial Martínez Roca sigue sus errabundeos por los espacios de la sexualidad para masas. El *site* en que sus libros se venden la presenta (o también: la vende) así: «Alicia Gallotti, escritora y periodista, es una de las más reconocidas especialistas en sexualidad de España

y autora de numerosos éxitos editoriales. Colabora como articulista desde hace más de diez años en la revista *Playboy*, en publicaciones femeninas españolas, y en programas de radio y televisión, siempre abordando diferentes aspectos del erotismo con un enfoque práctico y psicológico (...). Con su colección de libros sobre orientación sexual alcanzó los primeros puestos de venta en Portugal. Su obra ha sido publicada en quince países y se ha traducido, entre otros, al portugués, al ruso y al catalán». En suma, españoles en general, portugueses, rusos y catalanes deben tener el mejor sexo del mundo.

Me han enviado dos libros de Alicia: *Kama sutra para la mujer (Cómo hacerle perder la cabeza)*, *Kama sutra para el hombre (Cómo volverlo loco)*. Salta a la vista que se trata del mismo libro o Alicia sólo se preocupa por el placer de los varones. Porque si el *Kama sutra para el hombre* tiene por finalidad volverlo loco y el *Kama sutra para la mujer* hacerle perder la cabeza, no vemos cómo ella va a perder la razón o la cabeza. Planteo en que claramente se ve que el sexo consiste, ante todo, en dejar de lado la razón. Que es, en efecto, la gran enemiga del sexo. Sin embargo, ¿lo es? Un amante inteligente puede ser más creativo, definitivamente más lúdico que un irracional, un loco o un descerebrado, pese a la fama de grandes amantes que tienen los elementales brutoides. Ser, sin embargo, un gran amante requiere inteligencia. Ni perder la razón ni volverse loco. Hay intromisiones de la razón que pueden resultar (y resultan) perjudiciales. Esa idea que propone dejar el cerebro en la mesa de luz cuando se va a la cama con el amante al que se desea es vieja y paralizante. Hay, sí, que dejar de lado los prejuicios, las exigencias, los roles a cumplir inexorablemente, los mandatos, los nervios, las dudas y jamás la calma, la espontaneidad, la entrega, el deseo y, en los mejores casos, el amor. Y la inteligencia, la habilidad lúdica, la imaginación, las propuestas audaces o imprevistas o divertidas y hasta estrafularias. Pero no nos proponemos exceder en esto porque la especialista es Alicia y a ella deberemos seguir, ya que tantos premios, traducciones y homenajes ha apilado en su nueva carrera en la vida. Para el tema de este ensayo nos interesan sus propuestas sobre el sexo anal. ¿Será el coito anal la respuesta de la hegemonía del culo en la era de la modernidad informática?

En un reportaje que le hace Jesús del Pozo (*notable apellido para un señor tan interesado en la sexualidad*) y publicado en el portal www.nosotras.com, luego del título «Disfruta el sexo a tope», leemos: «Hoy en día, en algunos países, la idea ridícula de que el sexo anal es una perversión todavía existe. No se trata de reivindicar el sexo anal, sino simplemente de liberarlo a través de una sola idea: si lo que se busca es placer, el ano es una fuente riquísima de satisfacción sexual, absolutamente natural, tanto para penetrarlo como para jugar con él como una práctica más que complementa otros actos placenteros». Así lo explica en su libro *Kama sutra XXX* (Ed. Martínez Roca), Alicia Gallotti, una de las más reconocidas especialistas en sexualidad internacionalmente y autora de numerosos éxitos editoriales. Hemos querido conocer más acerca del sexo anal consultándole a esta gran profesional.

—¿A qué se debe el miedo que siente la mujer (y no digamos el hombre heterosexual) a practicar este tipo de sexo?

Respuesta de Alicia Gallotti:

—El sexo anal está catalogado, aún en nuestro tiempo, en pleno siglo XXI, como una práctica contra natura por la Iglesia Católica e importantes sectores conservadores que crean opinión pública. La calificación de antinatural es aplicable, según esas corrientes

ideológicas sectarias, a todo acto sexual que no conduce a la reproducción, que es el único fin considerado natural. ¡Cuántas prácticas sexuales gratificantes, placenteras y sanas nos perderíamos, entonces! Dentro de esa negación explícita del placer, el ano es, probablemente, la parte del cuerpo considerada tabú por excelencia.

»A ellas les da miedo porque creen que les va a producir mucho dolor, ellos lo asocian con homosexualidad, incluso algunos hombres temen probarlo porque creen que, si les gusta eso, significa que lo son. Ninguno de estos temores es real. Si se dilata y lubrica bien el ano no tiene por qué producir dolor y obviamente la identidad sexual no se modifica por disfrutar del sexo anal.

Aclaremos que estas osadas respuestas de Alicia se basan en (coherentemente) el más osado de sus libros. *El Kama sutra XXX*. Esas tres x ya le anuncian al lector que encontrará dentro de las páginas de ese breve pero ardiente libro los temas escabrosos y prohibidos que una y otra vez le han sido negados.

El señor del Pozo (cuya curiosidad es incontenible) pregunta:

—¿Es normal y sano introducir un dedo en el ano del hombre para excitarlo durante el acto?

Respuesta de Alicia:

—Por supuesto, es una zona erógena muy potente y, quienes logran vencer los prejuicios, disfrutan mucho con esta experiencia. El ano masculino tiene la particularidad de que con una penetración leve es posible estimular la próstata, lo que proporciona una sensación de placer tan intensa que no sólo facilita la penetración, sino que eleva a tal punto el deseo que muchos hombres en ese momento ansían eyacular.

Jesús del Pozo:

—¿Qué medidas de higiene se deben tomar en la práctica del sexo anal?

Alicia Gallotti:

—Las personas que tengan hemorroides, fisuras en el recto o cualquier otra patología anal deberían evitar la penetración hasta superar el problema. Otro aspecto que hay que tener en cuenta es el uso del preservativo en todos los casos en que haya penetración, como precaución, ante la posibilidad de transmisión de enfermedades y también como protección higiénica. Nunca se debe hacer una penetración vaginal posterior sin haber cambiado el condón (si lo usan) o higienizar bien el pene porque se pueden transmitir bacterias.

La cuestión de las heces no es sencilla y menos lo es que resulte agradable. Sólo lo será si los amantes se atreven a una relación sexual bajo el imperativo de llegar a fondo, hasta revolcarse en la mierda. De aquí que señaláramos la pertinencia del apellido del señor del Pozo para estas cuestiones. En la decisión de llegar al fondo del pozo está la aceptación de las heces. Se realiza, en principio, por medio del llamado beso negro o *anilingus*. Escribe Gallotti: «Lamer o acariciar con la lengua el ano como incitante caricia preliminar a su penetración o como parte del sexo oral, se conoce popularmente como el beso negro. Es uno de los placeres sensuales más profundos que ella puede sentir y, una vez experimentado, no querrá renunciar al mismo»^[63]. Se trata de una afirmación extrema, aunque no descartamos que Gallotti trabaja con una hermenéutica exhaustiva que le otorga el derecho de hacerla. Es difícil, sin embargo, que consiga probar que toda mujer no querrá renunciar al beso negro

porque lo haya experimentado una vez. Puede ocurrir justamente todo lo contrario. Los *Comentarios* a la entrada «Heces y sexo anal» los ahorro porque son muy desagradables. Voy a tratar —para dar por terminado el tema— de narrar algo que me contó un amigo que le pasó a otro, para hacer un ejercicio de literatura *trash* o de terror o de mierda. Había terminado de cenar en el restaurante Lalo con tres amigos. Aparece un cantante de tangos. Lo conocíamos. Nos conocía. Aparatoso, siempre algo o bastante descontrolado, se sienta a nuestra mesa y nos larga una historia a la cara sin decir agua va o mierda va, como habría sido apropiado. No voy a reproducir sus palabras. Seré cauteloso. Todo, al menos, lo que pueda ser. Pongamos que el cantante de tangos se llama Aníbal. Entre risotadas nos menciona algo grandioso que le pasó a su amigo Pietro, un actor al que le dicen así, Pietro. Brevemente: fue a la cama con una mujer, le practicó sexo anal, retiró su miembro viril y del (como diría Quevedo Villegas) *ojo del culo* de la señorita brotó un torrente de —pongamos— caca. Y aquí venía la gracia del chiste que nos contaba Aníbal entre risotadas y grandes gestos que ya lograban hacer coincidir en nosotros las miradas de todos los parroquianos del restaurante. «¿A que no saben qué le dijo Pietro? Es un genio Pietro, eh. Sólo a él se le ocurre algo así. ¿A que no saben qué le dijo?». «No, Aníbal, no sabemos». Nos lo dijo. Parece que Pietro, ahogándose de risa, le propuso a la señorita que la próxima vez, si tenía algunos trastornos intestinales o no había movido adecuadamente lo que debía mover, le avisara de antemano. «Así me traigo tres rollos de papel higiénico». Pagamos y nos fuimos. Mientras nos acercábamos a la puerta nos seguía el vozarrón de Aníbal: «Pero ¿entendieron, che? ¿Entendieron la genialidad de Pietro? ¡Tres rollos de papel higiénico, varón! ¿Agarraron, no?».

Salimos, sin dejar de sentir a nuestras espaldas —como un fuego— las miradas condenatorias de todos los parroquianos del restaurante. Hasta el perro del policía que hay en la puerta nos miró mal. «Apuren el paso que nos mea», aconsejé a mis amigos.

Freud y las exageraciones del psicoanálisis

Tal vez más de uno clame aquí que nos hemos salteado las importantes elucubraciones del maestro Freud. Sí y no. Sí, porque —en efecto— las dejamos de lado. No, porque las conocemos, las estudiamos así como durante largos, larguísimos años hemos estudiado esa disciplina que la ciudad de Buenos Aires ama. Incluso escribí una comedia negra cuyo título es *Sabor a Freud* y —ahí—, como en todo lo que hago, me sometí al estudio de la materia prima que entregaba espesor a mi tarea. Ahí, el psicoanálisis es el tema central de la obra. Tanto como el bolero, ya que todo gira alrededor de la difícil relación entre un analista y una cantante de boleros. Además, y no me jacto de esto, he sido un desmedido neurótico a través de largos y malhadados años. Conozco la disciplina creada por el maestro Freud desde el lado —por decirlo así— del diván. No siempre, ya que no todas las terapias que emprendí lo incluían. Creo que pasé por todas. Desde la hipnosis hasta la *Gestalt* del maestro Naranjo, que ha manejado desde Chile los hilos de esa divertida superchería. Para terminar, mis avatares neuróticos —muy dolorosos, en verdad— los narré en dos novelas bastante conocidas y que figuran entre las mejores que escribí. Eso, al menos, dicen muchos.

Puedo enmendar la situación indicando en qué textos Freud se ocupa del tema de este ensayo: la cultura anal en la que vivimos, como bien dice Sloterdijk. Aunque —recordemos— no dice por qué. Nosotros lo diremos. Avisamos al amable lector que cada vez estamos más cerca de nuestro capítulo fundamental (aunque, para qué mentir, todos lo han sido). Pero el que tratará la función del culo como arma de la modernidad informática será: «El culo idiotizante como arma del poder, el ultraculo en tanto humillación del ciudadano común, la mentira de los ciber-culos, de los tevé-culos, de los culos espectá(culo)». Es para realizar con la mayor fundamentación posible esa tarea que hemos venido desarrollando el aparato categorial que iniciamos con el *Diccionario de Salamanca* y continuamos ahora con Foucault.

A partir de la reciente edición de la editorial Siglo XXI de las *Obras completas* de Freud, señalaremos en qué textos el maestro vienés se ocupa de la sexualidad anal. Son los siguientes: *El carácter y el erotismo anal*, p. 1354, tomo II^[64]. *La masturbación*, p. 1702, tomo II. *La disposición a la neurosis obsesiva*, p. 1738, tomo II. *El erotismo anal y el complejo de castración*, p. 1979, tomo III. *Sobre las transmutaciones de los instintos y especialmente del erotismo anal*, p. 2034, tomo III. *La vida sexual humana*, p. 2311, tomo III. *Pegan a un niño*, p. 2465, tomo III.

Vamos a analizar uno que otro de estos textos del maestro Freud. Los leí todos a lo largo de mis años de estudio, de modo que uno que otro comentario tengo derecho a arrojar sobre este libro y hacer de ustedes sufrientes compañeros de mis largos sufrimientos freudianos.

En un texto de 1908, que tal vez tenga como principal virtud resumir en sí varios de los otros, Freud nos entrega algunas de sus frases más sabrosas sobre el erotismo anal. El texto lleva por título *El carácter y el erotismo anal*. En alemán, *Charakter und Analerotik*. Freud abre su investigación planteando con firmeza que, en muchas personas que ha analizado, encontró determinadas funciones que lo remitieron a la niñez. Dice, para protegerse, que no

hay ningún prejuicio de su parte en esa remisión. No le creamos. No hay cosa que Freud, si puede relacionarla con la niñez, se prive de hacerlo. Estas personas son ordenadas. «La cualidad de “ordenado” comprende tanto la pulcritud individual como la escrupulosidad en el cumplimiento de deberes corrientes y la garantía personal»^[65]. Este tipo de personas, en la *temprana infancia*, no lograron fácilmente controlar la incontinencia infantil. «Parecen haber pertenecido a aquellos niños de pecho que se niegan a defecar en el orinal porque el acto de la defecación les produce, accesoriamente, un placer»^[66]. Acaso podamos interpretar la actitud de la señorita que bañó de heces al actor admirado por el bailarín como una coherente regresión infantil porque la defecación le producía un placer adicional. En este caso, adicional a la penetración sodomítica del actor sometido a la expulsión inesperada y tsunámica de heces. Sin embargo, Freud afirma que la evolución se verifica o puede ser relacionada con la desaparición del erotismo anal. Y continúa: «Los estímulos periféricos de ciertas partes del cuerpo (los genitales, la boca, el ano, el extremo del conducto uretral), a las que damos el nombre de zonas erógenas, rinden aportaciones esenciales a la “excitación sexual”. Pero no todas las magnitudes de excitación procedentes de esta zona reciben el mismo destino (...). En general, sólo una parte de ellas es aportada a la vida sexual. Otra parte es desviada de los fines sexuales y orientada hacia otros fines distintos, proceso al que damos el nombre de sublimación»^[67]. Sigue el maestro vienés: «Entre los complejos de amor al dinero y la defecación aparentemente tan dispares descubrimos, sin embargo, múltiples relaciones»^[68]. Sigue señalando que en el sueño y la neurosis «aparece el dinero estrechamente relacionado con la inmundicia. El oro que el diablo regala a sus protegidos se transforma luego en estiércol. Y el diablo no es, ciertamente, sino la personificación de la vida instintiva reprimida e inconsciente. La superstición que relaciona el descubrimiento de tesoros ocultos con la defecación y la figura folclórica del *cagaducados* es generalmente conocida. Ya en las antiguas leyendas babilónicas es el oro el estiércol del infierno»^[69]. Hay más: «Si las relaciones aquí afirmadas entre el erotismo anal y la inmundicia (...) poseen alguna base real, no esperamos hallar una especial acentuación del “carácter anal” en aquellos adultos en que perdura el carácter erógeno de la zona anal; por ejemplo en determinados homosexuales. Si no me equivoco mucho, las observaciones hasta ahora realizadas no contradicen esta conclusión»^[70]. Sí, gran maestro vienés, amo del siglo xx y de la Argentina en especial, se equivoca usted mucho. Todo lo que acabamos de leer son puros dislates. Hay una frase de Adorno (*siempre hay una frase de Adorno*) que dice: «En el psicoanálisis todo es falso salvo las exageraciones». Sería, entonces, todo es verdad, ya que todo el psicoanálisis es una exageración. Si usted se siente mal, enfermo, dominado por pulsiones que no puede controlar, vaya a un psicoanalista. Lo mejor que podrá suceder es que entable con él —si es una persona comprensible, llena de humanidad ante el dolor de los otros— una buena relación. Eso lo ayudará. Entre tanto exíjale que le quite los síntomas. Hoy es posible. Libre de síntomas usted podrá enfrentar mejor sus problemas. Pero éste, aquí, no es mi tema.

Freud establece una relación férrea entre erotismo anal y sadismo. Luego se centra en la *sublimación*. ¿Qué sucede aquí? Al sublimar el erotismo anal, surgen rasgos del carácter del individuo. No queda claro muy bien por qué. Pero esos rasgos son: el orden, la voluntad tesonera y una tendencia irrefrenable al ahorro. La Caja Nacional de Ahorro postal proviene

del erotismo anal. Ya no existe. Pero —para ponernos al día— digamos que los plazos fijos que uno puede depositar en —supongamos— el Citibank provienen del «efecto asco» ante la inmundicia anal. Y cómo dejar de lado la neurosis obsesiva. El maestro vienés la relaciona con una poderosa incentivación de ese placer erótico anal con la originaria función excrementicia intestinal.

La relación del dinero con la inmundicia es correcta. Cualquiera que quiera volverse millonario tendrá que defecar sobre varias personas: *cagarlas*. Qué pena para Long John Silver, el personaje de Stevenson en *La isla del tesoro*, no haber sabido que la defecación conducía al descubrimiento de tesoros. Se habría puesto a defecar desde el inicio de la novela. Pero Stevenson era un escritor elegante. Creo que el psicoanálisis —o, al menos, la obra de Freud— debe ser sometido a una tarea crítica exhaustiva. Ya es demasiado lo que dura su hegemonía. Se trata del pensamiento de un burgués de fines del siglo XIX, neurótico, con tendencias al incesto, reprimido. *El malestar en la cultura* siempre será su mejor libro. Expurgado, claro, de todas las cosas que pone —no que encuentra— en la conciencia. La crítica que le formula Sartre en *El ser y la nada* será siempre un buen punto de partida.

Foucault y el poder pastoral

No vamos a entrar en un análisis pormenorizado de la discursividad foucaultiana. Creemos haber hecho este trabajo (y con bastante extensión) en *La filosofía y el barro de la historia*. Nos van a interesar esas facetas de Foucault que lo acerquen al tipo de trabajo a que estamos entregados. Nuestra investigación se encuadra dentro de la misma tarea que Foucault llevó adelante a lo largo de toda su vida. El análisis del poder. El tipo de poder que nosotros trabajamos no atravesó su campo problemático. Acaso sea notable, tal vez sea explicable, pero siempre nos ha sorprendido (sobre todo en las últimas dos décadas) el escaso interés hermenéutico que la filosofía francesa les ha dedicado a los medios de comunicación. Alguien dirá que en el concepto (bastante reciente) de biopolítica está comprendido el tema del poder mediático. Sí y no. No hay nada que quede fuera del concepto de biopolítica. Pero Foucault (que poco desarrolló ese concepto: sí el de biopoder) no vio en lo mediático una nueva y poderosa forma del poder pastoral. Tampoco trabajó el modo en que, en su tarea de anular la libertad de los sujetos, los *mass media* ocupaban el lugar de un sujeto centrado en el Imperio, un sujeto con enormes corporaciones mediáticas que difunden sus contenidos, sus órdenes, sus mandatos y su ideología a lo largo y ancho del planeta basados en el concepto de la globalización comunicacional. Foucault muere en los inicios de la década del ochenta. No vio la caída del Muro de Berlín, el surgimiento (fundante de todo un proyecto de dominación bélico-política) del concepto de globalización, de guerra preventiva ni la tortura como arma esencial de la tarea de inteligencia. Conocía alguna de estas cosas, pero no las tematizó. No vio la universalización de la historia que implicó el atentado a las Torres Gemelas con la inclusión destructiva del mundo Oriental en la civilización capitalista-occidental. Hay una ironía en la caída de esas torres. Hegel llamaba a pueblos como el islámico, los africanos o los suramericanos, pueblos sin historia. El 11 de septiembre de 2001 los pueblos sin historia irrumpieron con inusitada violencia en la gran historia de Occidente. La barbarie (el afuera de la civilización occidental) hirió brutalmente la centralidad de la modernidad capitalista^[71]. Si en *El matadero*, el cuento de Echeverría, es la civilización la que extravía sus pasos en los territorios sanguinarios de la barbarie, el *nine eleven* implica la irrupción de la barbarie (una irrupción precisa, matemática, por lo tanto inesperada como producción bélica de la barbarie) en el corazón de la civilización de Occidente, en su corazón financiero. Esto (que no pudo ver Foucault) implica, más que nunca, no sólo la respuesta bélica entendida como retaliación, sino un dinamismo y una agresividad jamás vistos disparados a partir de los medios de comunicación. No sólo se trata de matar en las campañas guerreras, de torturar para sacar a la luz las tácticas del terrorismo (a través de un trabajo de inteligencia que no ha variado mucho desde lo que mostrara el film *La batalla de Argelia*, estudiado a fondo en los centros de contrainsurgencia del Imperio), sino de colonizar las subjetividades. El sujeto centrado imperialista cree que el sujeto no ha muerto porque el sujeto ya no es el sujeto europeo que tanto desveló a la *French Theory*. Eso es historia antigua. El sujeto son los millones de sujetos que habitan un mundo globalizado al que hay que

colonizar. Los amos de la comunicación centralizada se dicen: *Esas subjetividades deben ser nuestras. Debemos conseguir que piensen y crean lo mismo que nosotros. Que imaginen la existencia como nosotros necesitamos*. Este poder pastoral es el más poderoso de la historia. Y la manada que conduce es más manada que nunca. Es un rebaño de idiotas constituido en exterioridad por el sujeto constituyente del Imperio. De ahí este ensayo sobre la culocracia. La imagen hegemónica de la idiotización que necesita y consigue imponer el imperio informático es el culo. Esta postulación es fundante en este ensayo. ¿Hierde su rigor la presencia en ella de la palabra «culo»? ¿Tenemos que recordar la frase de Jules Renard que —no casualmente— pusimos de acápite a este ensayo? Si tenemos que recordarla, ahí va: «Si la palabra “culo” se encuentra en una frase, el público, por más sublime que aquélla sea, no entenderá más que esa palabra». Pero Renard era un hombre del siglo XIX que apenas si penetró una década en el XX. Hoy, la palabra «culo» no asusta a nadie. Al contrario, el culo reina en este mundo que busca la idiotización desde dos puntas: 1; para dominar a los sujetos; 2; porque los sujetos quieren ser dominados. Quieren ser entretenidos con banalidades. Quieren no saber. Sólo sobrevivir. El horizonte de sus apetencias no roza lo sublime, ni lo sacro, ni la generosidad, ni la creación, ni nada que eleve al hombre por sobre su condición de manada, de cordero feliz: quieren trabajar, quieren un hogar, un coche cero, seguros de todo tipo, quieren viajar e ir de *shopping*. No consiguen esto porque el deterioro de la cultura anal de Occidente lleva a los matrimonios al mutuo engaño (una amante él, un amante ella) o al sincericidio que desemboca en las experiencias *swinger*, los pibes se revientan con la droga, la música ha devenido ruido, ni el buen rock de los años sesenta y setenta se escucha, y de «Dios» nadie se acuerda mucho, especialmente porque son tantos los *ersatz* de la divinidad que hay en el mercado y a la mano (visibles) que es más práctico recurrir a ellos: pastores electrónicos, budistas evangélicos, taoístas crísticos, cultos satánicos, la devaluación del eros, el culto al sexismo, la pedofilia vaticana y sus escándalos financieros, los paraísos pedófilos, la violencia, la guerra, la exclusión de los inmigrantes indeseados, los muros contra la barbarie, la brutalidad represiva, el terror de los poseedores, la adicción a los artilugios de la electrónica, la desaparición del futuro en los jóvenes, la exaltación del instantaneísmo, la cerveza, el paco, la heroína y el último y más tranquilizador de los dioses, el que garantiza como ningún otro la paz perpetua, el suicidio^[72].

La sociedad disciplinaria que tanto criticó Foucault es —en los días presentes— un paraíso perdido. Si el hombre no fue libre, hoy lo es menos. Si lo acecharon grandes peligros, hoy se han multiplicado y su poder destructivo es total y totalizador. Si Heidegger, en el reportaje de *Der Spiegel*, veía en el preciso funcionamiento de las cosas una imagen del triunfo de la técnica, hoy no sólo nada funciona en lugares en que Heidegger nunca pensó (en la periferia del mundo de la centralidad, por ejemplo), sino que el funcionamiento está erosionándose gravemente en los países del Primer Mundo. Sobre esto no es necesario explayarse mucho porque está ocurriendo ahora y es difícil ver su desemboque histórico. Pero nadie puede prever (aunque nadie deja de temer) el desarrollo capitalista de China unido a sus peores tradiciones autoritarias comunistas. O la agresividad del régimen de Corea del Norte. O la locura de Occidente en su campaña contra el terror. O el terror mismo. Aunque el terror ya no es patrimonio del llamado terrorismo, sino que pareciera que la

entera humanidad ha entrado en una era de terror. Entre tanto, el poder mediático crea un universo ficcional a la medida de sus intereses.

Foucault y el poder pastoral (II)

Nuestra tarea tiene muchos puntos en común con la que Foucault realizó. Se trata de encontrar esos elementos que (ya en el siglo XXI) el poder sigue utilizando para someter a los individuos. Si bien la novedad (creemos) de nuestro trabajo radica en centralizar ese poder en los *mass media*, no podemos dejar atrás los trabajos de Foucault. El poder pastoral es privativo de la cristiandad y podemos postular que (así como después pasará a explicitarse en el consultorio del médico) en la Edad Media tenía lugar en el confesionario en que el santo pastor escuchaba los pecados de su manada. Las relaciones que se establecen en los dos ámbitos entre pastor/siervo manada y médico/paciente son muy, o más todavía: *infinitamente*, desiguales. Uno entra en el consultorio y ya siente la autoridad del médico. Él está detrás del escritorio, uno se sienta frente a él y él lo mira desde la autoridad de la Ciencia. Necesito a ese hombre. Necesito su saber. Algo me pasa y no sé nada de ello. Quiero, o necesito creer, que el médico lo sabe todo. Le cuento mis padeceres. Él escucha. De pronto, dice: «Bueno, acuéstese en la camilla. Sáquese todo menos el calzoncillo». Uno agradece: *el calzoncillo, al menos, no*. (Aunque esto depende del tipo de dolencia que uno ha confesado. Un dolor de testículos no tolera el calzoncillo). Ahí, en la camilla, uno ha quedado boca arriba. El médico se acerca. Todo dentista sabe que no hay oficio que se parezca más a la tortura que el suyo. Pero toda intervención médica establece una desigualdad impiadosa. La frase «relájese» siempre aparece. Aunque hay otra peor: «Esto va a doler». Luego uno vuelve al escritorio y, si tiene algún pudor vigente, contiene la pregunta desbocada que se le agolpa en la boca: «¿Qué tengo, doctor!?». El médico se toma su tiempo. Vuelve a revisar los informes, mira las radiografías, escribe en la ficha de uno y —al cabo de mil años— le clava la mirada: «Bueno, nada grave. Pero vamos a tener que operar». Hay cosas más suaves. Pero hay peores. Por ejemplo: un tipo sale presuroso y sonriente del consultorio, hay gente en la sala de espera, el tipo recuerda algo, algo, sin duda, que olvidó preguntar. Regresa, abre la puerta del consultorio y pregunta: «Perdón, doctor, ¿lo mío era géminis, aries, capricornio?». «Cáncer, señor». Se trataría de una forma extrema de negación de la realidad. Pero justamente eso — la «realidad» de lo que ocurre en mi cuerpo — es patrimonio del médico. Aunque lo quiera negar. Aunque estúpidamente habría preferido que me dijera: «Lo suyo es capricornio», no, para nada, el médico, y la Ciencia a través de él, dicen la Verdad: «Cáncer, señor».

El poder del pastor, durante los mil años de la Edad Media, se expresa en el confesionario. Aquí la relación desigual es más notoria. El cubículo del confesionario es pequeño, no le veo la cara al sacerdote, hay una entramado férreo entre él y yo. Él representa a la Iglesia, al Papa y, en última instancia, a Dios. Pero como —frente a mí— no está el Papa, el pastor que va a prestarme sus oídos es la Iglesia, en la que estamos, el Papa, que no está, y Dios, que tampoco está, pero él, el buen pastor ocupa ese lugar y sé que lo sagrado hablará por medio de sus labios. «Te escucho, hijo». «He pecado, padre». «Lo sé. Si no, no estarías aquí. ¿Qué has hecho?». «He practicado la lujuria de la carne con mi hermano». «¿Qué edad tiene él?». «Siete años». «Grave». «No lo niego». «¿Qué solución crees que tiene eso? Ya lo has hecho». «Querría

fortalecerme en la fe. Y no hacerlo más». «Y tu hermano, ¿qué piensa?». «Él es un pecador irredento, padre. Me tienta como si fuera el demonio». «¿Con siete años?». «Ha nacido con la lascivia en el cuerpo». «Raro. Sin duda precoz». «Pero cierto». «Tal vez lo sea. Todo aquel que tienta a otro al pecado de lascivia actúa bajo el influjo del demonio». «No lo sabía». «Ahora lo sabes. ¿Cómo se llama él?». «Lucrecio». «Ajá. ¿Es un bello niño?». «Oh, padre, es hermosísimo». «Bien, reza tres Padrenuestros esta noche. Yo te absuelvo». «¿Tan poco, padre?». «Tú no eres el culpable. Lucrecio lo es. Dile que es imperioso que venga a verme». «Lucrecio odia a los sacerdotes, a la Iglesia toda y con frecuencia emite espantosos juramentos contra nuestro Santo Padre». «Un hijo del demonio. Ninguna duda cabe. Le dirás, de todos modos, que limpiaré su alma, purificaré su cuerpo y lo entregaré libre y puro a la fe cristiana. ¿Se lo dirás?». «Sí, padre». «Puedes irte». El buen siervo se dispone a salir del confesionario. La situación ha sido difícil. Hay dolor en sus rodillas. Aún la voz del pastor a sus espaldas: «¡Espera! Si no se lo dices, olvídate de los tres Padrenuestros. Deberás recitar doscientos y flagelarte cien veces por día con un látigo de nueve colas. Pero si se lo dices y Lucrecio viene hacia mí hasta de los tres Padrenuestros te libraré».

Se conoce el valor de las clases de Foucault en el Collège de France. Uno de los aspectos más entrañables que tienen y revela la personalidad abierta de Michel como pedagogo es que no tiene remilgos en confesar sus estados de ánimo. Por ejemplo: en el final de la clase del 8 de febrero de 1978. Ahí dice: «Bien, escuchen, como estoy verdaderamente molido, no me voy a meter en este asunto y les voy a pedir que dejemos aquí. Estoy realmente demasiado cansado»^[73]. Sin embargo, sorpresivamente y sin duda impulsado por su pasión por la enseñanza, se olvida de su cansancio y entrega aún ciertas precisiones de gran valor: «Entre todas las civilizaciones, la del Occidente cristiano fue sin lugar a dudas, a la vez, la más creativa, la más conquistadora, la más arrogante y, en verdad, una de las más sangrientas. Fue en todo caso de las que desplegaron las mayores violencias. Pero al mismo tiempo —y ésta es la paradoja en la que me gustaría insistir—, el hombre occidental aprendió durante milenios lo que ningún griego, a no dudar, jamás habría estado dispuesto a admitir: aprendió a considerarse como una oveja entre las ovejas. Durante milenios, aprendió a pedir su salvación a un pastor que se sacrificaba por él. La forma de poder más extraña y característica de Occidente, y también la que estaba llamada a tener el destino más grande y más duradero, no nació, me parece, ni en las estepas ni en las ciudades. No nació junto al hombre de naturaleza ni en el seno de los primeros imperios. Esa forma de poder, tan característica de Occidente, tan única en la historia de las civilizaciones, nació o al menos tomó su modelo de las majadas, la política considerada como un asunto de rebaños»^[74]. Hay aquí algo que Foucault deja de lado: el poder pastoral no podía sino estar al servicio de la Inquisición^[75]. Si es así, la funcionalidad de ese poder se torna más terrible. El pastor escucha del siervo todo lo que éste le confiesa. El pastor y toda la legión de pastores de la cristiandad están en posesión de los secretos de la manada. Así, el poder pastoral, la información recogida en el confesionario, se constituye —si se me permite el anacronismo— en Servicio de Informaciones de la Inquisición. Pero Foucault no se ocupa de la Inquisición. Del poder más persecutorio y más cruel de la Iglesia Católica.

Insiste, sí, en que el poder pastoral es el que considera al hombre como parte de una manada. Pero no sólo los que obedecen forman parte del conjunto (manada), sino también

el pastor: «Creo que también podríamos agregar (...) que en la teoría y práctica de la obediencia cristiana, el mismo que manda, en este caso el pastor, sea abad u obispo, no debe mandar por mandar, por supuesto, sino únicamente porque se le ha dado la orden de hacerlo»^[76]. Se llega, así, a «una especie de campo generalizado de la obediencia que es característico del espacio donde van a desplegarse las relaciones pastorales»^[77]. Agreguemos: esto es sustancial en la vida cristiana. Más aún en una época que se caracterizó por el sometimiento de las conciencias, como esos mil años de la Edad Media en que los hombres vivieron sojuzgados siempre a alguna jerarquía superior. Al tratar la cuestión de la enseñanza que el pastor debe ejercer sobre su rebaño, Foucault no deja de señalar que esa enseñanza lo implica a él mismo: «Desde luego, esa misión de enseñanza no es una actividad unidimensional, no se trata simplemente de una lección determinada que debe impartirse a los otros, sino de algo más complicado. El pastor debe enseñar con su ejemplo, su propia vida; además, el valor de ese ejemplo es tan fuerte que si aquél no da una buena lección a través de su propia vida, la enseñanza teórica y verbal que pueda impartir se borrarán»^[78]. Y aquí se revela el valor teórico del «chiste» que contamos páginas atrás. Cuando el monseñor le dice al joven cura (enviado por las autoridades eclesiásticas para investigar las conductas lujuriosas de su comunidad): «Suerte que demoraste; si no, me encontrabas a mí mismo con el monaguillo», revela que éste no cumplía con la práctica de enseñanza cristiana que era su deber cumplir antes que nadie. Traicionaba eso que Foucault menciona como una de las primeras frases del *De officiis ministrorum* de San Ambrosio: *Episcopi proprium munus docere*. Es decir, el obispo sólo puede hacer honor a su magistratura si cumple con su misión esencial y primera: enseñar, y enseñar, sobre todo, con su propia conducta. De modo que la misión del joven cura (de nuestro «chiste») será informar a sus autoridades que el pecado de lujuria se ha expandido en ese pueblo por el pésimo ejemplo del monseñor, del jefe del rebaño. Si el jefe de la manada incurre en pecado carnal, ¿qué esperar de la manada?

Lateralidad

En su estupendo *Vocabulario de Foucault. Temas, conceptos y autores*, Edgardo Castro traza una línea —muy presente en Foucault— entre el Estado medieval y Estado moderno. Menciona esa tesis del maestro francés que radica en afirmar «que las formas de racionalidad del Estado moderno son una apropiación-transformación de las prácticas del poder pastoral»^[79]. Aquí —deducía Castro— hay una teleología. Como me lo dijo en una conversación privada en la confitería Olalá, en la esquina de mi casa, puede negarlo. Pero así lo dijo. Y creo que se trata de una afirmación correcta. Si en la historia no hay linealidades, si transcurre en medio de rupturas, quiebres, temporalidades diferenciadas, etc., ¿cómo se ha producido esta linealidad entre el poder pastoral y el poder del Estado moderno? Entre, digamos, el confesionario del pastor y el consultorio del médico, temas que también hemos explicitado por medio de dos «chistes» cognoscitivos. ¿Hay un salto entre el poder pastoral y el poder de la ciencia médica o una linealidad que se ha expresado a lo largo de la historia bajo otras facetas? Si reemplazamos teleología por persistencia, acaso encontremos una salida al problema. De lo que se trata —y todos coincidiremos en esto— será en no caer en

ninguna teleología, en ningún discurrir o sucesión o devenir necesario e inmanente de la historia. El abandono del *telos* hegeliano-marxista ha dejado atrás esa corriente de la historia que tanto —según decía Benjamin— había perjudicado a la clase obrera alemana al creer que corría tumultuosa hacia la misma dirección en que ella nadaba. No hay corrientes teleológicas en la historia. Las que hay nadie sabe a dónde conducen. Nadie, por consiguiente, puede saber en cuál arrojarse. Las corrientes son tan imprevisibles y azarosas como la historia misma. El que crea arrojarse en la suya, puede recibir la amarga sorpresa de haberlo hecho en la de su impecable fracaso.

Foucault, el fragmento de noche que cada uno lleva en sí

En el primer tomo de *Historia de la sexualidad*, Foucault trata el tema de la *voluntad de saber*^[80]. Su propósito es señalar en Occidente una voluntad de saber sobre el sexo que llegaría a ponerlo en categorías como —por ejemplo— la *higiene*. La ciencia sobre el sexo estaba subordinada a la moral. A una moral sometida, a su vez, a la norma médica. «So pretexto de decir la verdad, por todas partes encendía miedos (...) afirmó como peligrosos para la sociedad entera los hábitos furtivos de los tímidos y las pequeñas manías más solitarias; como fin de los placeres insólitos puso nada menos que la muerte: la de los individuos, la de las generaciones, la de la especie»^[81]. Para el cristianismo, el sexo anal era tan insano que producía todo tipo de pestes; las que, desde luego, producían muy habitualmente la muerte. Foucault menciona (en Francia) como escribas de estas amenazas a los médicos Garnier, Pouillet y Ladoucette, abanderados de la ciencia sexual. Una ciencia positivista que debía concluir en inventos como la *higiene*, que era, en la Argentina, una materia obligatoria en los bachilleratos. Escribe Foucault: «Se definía como instancia soberana de los imperativos de higiene, uniendo los viejos temores al *mal venéreo* con los temas nuevos de la asepsia, los grandes mitos evolucionistas con las recientes instituciones de salud pública; pretendía asegurar el vigor físico y la limpieza moral del cuerpo social; prometía eliminar a los titulares de taras, a los degenerados y a las poblaciones bastardeadas»^[82]. Señala nuestro autor que —durante el siglo XIX— el sexo tuvo dos expresiones: una «inmensa voluntad de saber que en Occidente sostuvo la institución del discurso científico; la segunda, (...) una obstinada voluntad de no saber»^[83]. Y ahora Michel se atreve a una división esencial en la forma de afrontar y no elidir la sexualidad: «Ha habido históricamente dos grandes procedimientos para producir la verdad del sexo. Por un lado, las sociedades —fueron numerosas: China, Japón, India, Roma, las sociedades árabes, musulmanas— que se dotaron de una *ars erotica*. En el arte erótico, la verdad es extraída del placer mismo, tomado como práctica y recogido como experiencia; *el placer no es tomado en cuenta en relación con una ley absoluta de lo permitido y de lo prohibido* ni con un criterio de utilidad, sino que, primero y ante todo, en relación consigo mismo, debe ser conocido como placer, por lo tanto, según su intensidad, su calidad específica, su duración, sus reverberaciones en el cuerpo y el alma»^[84]. Ahora Foucault nos describe el *otro* gran procedimiento «para producir la verdad del sexo»: «Nuestra civilización, a primera vista al menos, no posee ninguna *ars erotica*. Como desquite, es sin duda la única en practicar una *scientia sexualis*. O mejor: en haber desarrollado durante siglos, para decir la verdad del sexo, procedimientos que en general corresponden a una forma de saber rigurosamente opuesta al arte de las iniciaciones y al secreto magistral: se trata de la confesión.

»Al menos desde la Edad Media, las sociedades occidentales colocaron la confesión entre los rituales mayores por los cuales se espera la producción de la verdad: reglamentación del

sacramento de penitencia por el concilio de Letrán, en 1215, desarrollo consiguiente de las técnicas de confesión»^[85]. La penitencia es uno de los puntos más extensamente tratados por Santo Tomás. La penitencia no tiene sólo por causa razones ligadas a la divinidad, sino que expresa incorrecciones, faltas, delitos que se han cometido en el ámbito civil, de aquí que su participación haya sido cada vez mayor en «la administración real en la persecución de las infracciones y ello a expensas de los procedimientos de transacción privada, de constitución de los tribunales de inquisición: todo ello contribuyó a dar a la confesión un papel central en el orden de los poderes civiles y religiosos»^[86].

En esa relación desigual que hemos estudiado (pastor-manada), el siervo que se hinca en el confesionario dice todo lo que el pastor —como miembro activo de la Iglesia— requiere escuchar. Sobre todo porque el mecanismo de la confesión tiene dos partes claramente visibles y diferenciadas. 1: El pecador confiesa al cura sus pecados. El cura escucha. Aquí, su papel es pasivo. 2: El pastor le habla al confesante. Le habla y le pregunta lo que (él) quiere o, más precisamente, lo que requiere. ¿Qué es lo que requiere saber el pastor? Todo lo que sea posible saber del penitente y su entorno. Consumido por su culpa, humillado, el pecador habla. Otra vez el pastor escucha. Su misión, por encima de otras, ha sido la de inquirir. Escuchar los informes del pecador. Y luego inquirir: sobre su familia, sobre quiénes son pecadores pero no vienen al confesionario, sobre los hombres y mujeres que —sin duda secretamente— practican otra fe. Los sinónimos de inquirir entregan la complejidad y riqueza de la actividad del pastor: examinar, espiar, husmear, indagar, interrogar, demandar, interpelar, exigir. Estos últimos ya se mezclan con los sinónimos de *inquisición*. Tendríamos, entonces, la siguiente traslación de sinonimias: de la escucha el pastor pasa a la pregunta, la pregunta se entiende también como el acto de inquirir, el acto de inquirir es asimismo un acto inquisitivo (investigador, indagador, preguntón, averiguador, curioso), un acto inquisitivo lo lleva a cabo un inquisidor (ya aquí aparecen sinónimos que nos llevan a nuestra meta: eclesiástico, juez, magistrado), un inquisidor es un miembro del gran tribunal de la Inquisición de la Iglesia Católica. Aquí, los sinónimos nos dirigen certeramente al corazón del terror inquisitorial: pesquisa, información, interrogatorio, interpelación, tribunal, audiencia, corte. Todo se ajusta más si requerimos los sinónimos de *inquisitorial*: exigente, severo, estrecho, puritano, estricto. En este punto pareciera que hay un rigor y hasta una magia fascinantes en el lenguaje. Cada palabra requiere a la otra y la siguiente aclara a la anterior y abre paso para la que viene. Con la cual se produce el mismo efecto aclaratorio. Hemos trazado, así, con el procedimiento de la sinonimia de las palabras (cómo unas se expresan por otras y así sucesivamente hasta que las nuevas que aparecen van entregando un nuevo significado o, tal vez, un significado más estricto, más estrecho, que no se adivinaba en la primera palabra) el modo en que del confesionario del humilde pastor se llega a los estratos más altos y más despiadados de la Inquisición. Una de las palabras del terror inquisitorial (y una de las despóticamente principales) es *información*. Esta palabra —desde la aparición del libro de Roger Trinquier: *La guerra moderna*— es sinónimo de *tortura*. No lo era en los tiempos de Torquemada. Pero, en verdad, así funcionaba: se torturaba para castigar, para purificar y para quitar información. De esta forma, el poder pastoral seguiría un espiral perverso que iría del confesionario hasta el potro de torturas del impiadoso Torquemada. ¿Sabría esto el insignificante pastor de la aldea? ¿Sabría que era el punto de partida del, por

decirle así, Servicio de Informaciones de la Inquisición? En algunos casos, sí. En otros, no. Pero en muchos, en la mayoría, sí. Para que la rueda funcionara, ese acto de conciencia del pastor del poblado debía cumplirse. Era el punto de partida de una correa de transmisión que no podía fallar en ninguna de sus etapas. La Edad Media fue una época de doble temor y de una mirada también doble: la de Dios y la de la Iglesia. Además, la Iglesia utilizaba la mirada de Dios (que era la suya) para atemorizar a las almas del valle de lágrimas. «Dios te mira. Dios sabe todo lo que haces». Dios es el más grande *Big Brother* que inventó el poder despótico de los hombres. Durante los mil años del Medioevo funcionó lapidariamente. Luego, a partir de Descartes y la Revolución Francesa encontró sus adecuados reemplazos. Pero nunca dejó de estar. Todo poder requiere que sus sometidos se sientan mirados. Que sientan que alguien —siempre— los está mirando. Este universo panóptico se complementa con el de la colonización de la subjetividad desde la ideología y desde la idiotización culocrática.

Foucault llega a la clara postulación de las distintas actitudes entre Oriente y Occidente ante el sexo. «Nuestra sociedad, rompiendo con las tradiciones de la *ars erotica*, se dio una *scientia sexualis*. Más precisamente, continuó la tarea de proseguir discursos verdaderos sobre el sexo, ajustando, no sin trabajo, el antiguo procedimiento de la confesión a las reglas del discurso científico»^[87]. Pero la metodología de la confesión y la penitencia fue deslizándose —desde el siglo XIX— «hacia la psicología, hacia las relaciones entre adultos y niños, hacia las relaciones familiares, hacia la medicina y la psiquiatría»^[88]. Sin embargo, la fascinación por el sexo se mantuvo despierta. Sobre todo en tanto secreto que todos llevamos en nosotros. Como punto al que pueden advenir las amenazas del mal, nuestro punto frágil o «el fragmento de noche que cada uno lleva en sí»^[89]. (Este último texto tiene el poder de seducirme. Creo que es el más hermoso que salió de la buena, clara prosa de Foucault). Foucault llega, por fin, a cierta conclusión (que anticipa, ya que pensaba proseguir con esta obra): el *placer del análisis* que desde tanto tiempo atrás Occidente fomenta «forma los fragmentos de un arte erótica que, en sordina, transmiten la confesión y la ciencia del sexo»^[90]. En un libro que recientemente ha aparecido entre nosotros insiste sobre y ajusta este análisis: «En Occidente la sexualidad ha sido esencialmente el objeto de un saber. Ese saber no es de fecha reciente, no fue con Freud con quien comenzamos a decirnos simplemente que el secreto del hombre estaba en su sexualidad; ya se había dicho antes de él: los psiquiatras y los médicos del siglo XIX, y también lo habían dicho el pensamiento cristiano, la teología cristiana, la pastoral cristiana»^[91].

Foucault también trata con seriedad y hondura la condición gay. Su punto de partida es el trabajo hecho en *Historia de la locura en la época clásica*. También podemos añadir que el mismo método se realiza en *Vigilar y castigar*. Son dos libros contra el poder disciplinario de la razón. Para constituirse, para entregarse a una entidad racional y dominadora, el powersaber tiene que expulsar a la locura de la sociedad. Nada como la locura cuestiona las bases del mundo burgués instaurado por la racionalidad iluminista de la Revolución Francesa. Lo mismo con las prisiones: los delincuentes, al violar las leyes, las cuestionan y cuestionan el orden racional disciplinario de la sociedad civil. En *Michel Foucault y la condición gay*, Rubén H. Ríos escribe: «Los teóricos gay/lesbianos que utilizan el análisis estratégico foucaultiano, en combinación con operaciones deconstruccionistas y enfoques

psicoanalíticos (tergiversando un poco, en realidad), como Diana Fuss y otros, piensan que el funcionamiento del término “homosexual” en el discurso homofóbico es el de un exergo o suplemento de la definición de la identidad “heterosexual”, una diferencia imaginaria que sirve para disimular la inestabilidad identitaria de la heterosexualidad, y por negación y oposición a ese Otro marcado (o *queer*) autopoicionarse como normal»^[92]. El esquema de este pensamiento es similar al que se aplica a los locos y los delincuentes. Así como la razón no resiste (por su inconsistencia) el acecho de la locura, así como la sociedad disciplinaria no puede admitir la presencia de la delincuencia y así como ambos (la razón con la locura y la sociedad disciplinaria con la delincuencia) temen a esas realidades oscuras porque su cuestionamiento hace tambalear su «inestabilidad identitaria», la heterosexualidad niega y se opone a ese Otro (o *queer*) para «autopoicionarse como normal»^[93]. Pareciera entonces que el binarismo heterosexual/homosexual le sirve al primero de los pares para fundarse a sí mismo, jerárquicamente, negando al segundo, al que problematiza y degrada con el estigma de la anormalidad. Todo lleva (al identificar la heterosexualidad con las acciones negacionistas y medrosas de la razón y la sociedad disciplinaria, que, en verdad, *esconden lo que temen ser*) a señalar la esencial «inestabilidad identitaria» de la heterosexualidad. Esta inestabilidad daría lugar a la metáfora del closet. El heterosexual vive dentro del closet por miedo a salir y mostrar a todos lo que realmente es, su condición verdadera de sujeto gay. El *come out of the closet* se ha tornado una expresión de desenmascaramiento y autenticidad. Un ejercicio de verdad. Todos están en el closet hasta que decidan quitarse la máscara, asumir su condición auténtica y salir. Foucault vivió su homosexualidad en tiempos difíciles. La palabra gay (alegre) aparece recién a partir de los setenta. «Comenzó a usarse la palabra “gay” (alegre) en reemplazo de homosexual como una forma de afirmación de la identidad sexual propia y orgullo por esto mismo, mientras muchos grupos de activistas organizaban campañas públicas a favor de la comunidad gay/lesbiana»^[94]. Son muchos los heterosexuales que —por convicciones profundas en el campo de los derechos humanos— se suman a estas campañas, a estas manifestaciones, sin importarles que «los machos» que miran con desdén desde la vereda los «confundan» con algo que no son. Más importante que ser confundidos es participar de una causa en la que creen, eso piensan y no hay otra cosa. Habría, entonces, que revisar la posición omniabarcante de la salida del closet. O la que afirma que están todos en el closet por no asumir una identidad a la que temen, de la que huyen escondiéndose. No es así. Si nuestras sociedades estuvieran formadas por homosexuales no asumidos que se guardan en el closet y por homosexuales asumidos que han revelado su verdad al mundo entero, o sea, por homosexuales auténticos y por inauténticos, debiéramos concluir que todos los integrantes de la sociedad son homosexuales, en el modo de la exhibición o en el del ocultamiento. Conclusión por completo equivocada. Existen muchos heterosexuales que no utilizan su condición para despreciar ni sentirse superiores ni —mucho menos— sanos frente a los gays y lesbianas. Están abiertos a ellos desde una concepción amplia de la sexualidad y hasta de la condición humana en general. Hay, también, que admitir y reconocer que queda mucho camino por delante en estas temáticas.

El *ars erotica* de Oriente: el verdadero Kama sutra

Olvidemos la utilización mercantil que Gallotti hace del *opus magnum* oriental sobre el arte amatorio. Foucault es un gran crítico del poder represivo occidental al que visualiza como una realización lapidaria de la razón consolidada por el Iluminismo^[95].

No estará de más —entonces— echarle una breve mirada al *ars erotica* de Oriente. El libro en que se ha plasmado es el célebre *Kama sutra* que, en Occidente, es un torpe sinónimo de pornografía y de extravagantes posiciones amoratorias. *Kama sutra* —aunque proponga, sí, extravagantes posiciones amoratorias y abrume con ese tema a un occidental— no es, de ningún modo, un libro pornográfico. Hoy, en la televisión o en el cine, cualquiera puede encontrar más sexo explícito que en el *Kama sutra*. Además, y ésta es la gran trampa de las películas eróticas o pornográficas, el sexo se presenta salvaje y fácil. Los amantes raramente tienen inconvenientes, todo se dispone para la penetración veloz y nada sutil (se elude el erotismo) y casi siempre todo resulta feliz. Si hay problemas, la escena es hartamente conocida: la chica se muestra comprensiva y dice la frase fatal: *la próxima vez todo va a ir mejor, estarías un poco nervioso, andás con muchos problemas, algo de estrés seguramente*. Porque la culpa siempre le pertenece al hombre. Su visible condición eréctil lo denuncia. En lugar de recurrir a otros caminos (numerosos) de buscar y encontrar placer, todo fracasa si el macho no cumple con el mandato eréctil^[96]. Pero lo habitual es un coito perfecto, embellecido por la luz de algún director de fotografía talentoso o, de lo contrario, la grosera visibilidad infinita del porno donde los hombres son toros, las mujeres *walkyrias*. Que es, también, lo que sucede en *Kama sutra*. La relación sexual es perfecta porque los hombres no fallan nunca y las mujeres siempre están dispuestas.

Kama sutra es un texto monumental escrito en sánscrito. Creo haber elegido una buena edición, no de la obra completa, pero sí un cuidado acopio de pasajes superlativos. Es la de la editorial Devás, de Buenos Aires, con prólogo y traducción de Susana Aguiar e ilustraciones del talentoso Sanyú. Aguiar, en su Prólogo, aclara algunas cuestiones: «En realidad, este tipo de obra netamente orientada a la relación sexual sólo era novedosa para Occidente. En Asia se la conocía plenamente, pues, siendo de origen védico y de la India, se había diseminado por el resto del territorio junto con el budismo (...). En el *Kama sutra* se enfatiza la necesidad de armonizar las tres cualidades de la vida: el mérito religioso (Dharma), la prosperidad económica (Artha) y la satisfacción sexual (Kama)»^[97]. Sigue Aguiar: «El ciudadano era el rico que gobernaba. No se menciona en la obra, salvo para poner en un sitio muy bajo al pueblo común, a quien se le atribuye gran inclinación por lo inmoral. Aconseja no vivir como ellos y la búsqueda de la satisfacción para evitar la caída en comportamientos erróneos. Al igual que Freud siglos más tarde, Vatsyáyana teorizaba para las clases cultas y acomodadas»^[98].

¿Cuál es el papel de la mujer en el *Kama sutra*? Escribe Aguiar: «Si bien aconseja la sumisión de la mujer, plantea —mucho tiempo antes de los liberadores años sesenta del siglo

xx— el derecho de ésta al orgasmo. Es decir, las mujeres estarían sujetas a un segundo plano en la sociedad, pero en el lecho gozarían de igualdad»^[99]. Consejo: nunca crean todo lo que dice un orientalista. Tanto los ha seducido Oriente que fácilmente pueden deslizarse en dislates como el que acaba de formularnos Susana Aguiar. La sexualidad —en Occidente— no estuvo esperando los años sesenta para manifestarse. Ni las mujeres para expresar sus orgasmos. Pronto veremos el papel de la mujer en el *Kama sutra*. Ahí encontraremos muchas respuestas.

En el capítulo iv, el autor de la monumental *ars erotica* se ocupa de las *Categorías de mujeres frecuentadas*. Ahí leemos: «Cuando el Kama es practicado por hombres de las cuatro castas y de acuerdo con la ley sagrada, es decir, casándose legalmente con mujeres vírgenes de su misma clase, tendrá hijos legítimos y buena fama. En cambio, está prohibido hacerlo con mujeres de casta superior, o con las de igual casta pero que no sean vírgenes.

»La práctica del Kama con mujeres de casta inferior, de la misma casta pero repudiadas, con mujeres públicas o casadas por segunda vez —es decir, mujeres que viven con un hombre que no es su esposo legal— no está prohibida, pero sólo tiene como fin obtener placer»^[100]. No se puede gozar de mujeres de distinta condición (por ejemplo: las leprosas) y tampoco con «la que desea abiertamente tener relaciones sexuales»^[101]. Se permite el orgasmo en la intimidad, pero en el ámbito público la mujer debe ostentar una condición recatada.

El tamaño importa. Tanto, que se lo ha calificado. «Hay tres clases de hombres según el tamaño de su *lingam* (pene): liebre, toro y caballo. Hay tres clases de mujeres según la profundidad de su *yoni* (vagina): cierva, yegua y elefanta»^[102]. Vatsyáyana aconseja que lo óptimo es que el acto sexual se realice entre un *lingam* cuya longitud sea recibida por una *yoni* de adecuada anchura y profundidad. Un *lingam* de grandes dimensiones podría lastimar a una *yoni* de pequeñas. Lo ideal sería:

Lingam liebre-*yoni* cierva.

Lingam toro-*yoni* yegua.

Lingam caballo-*yoni* elefanta.

Hay algo difícil de comprender. ¿No debería un *lingam* caballo llevarse bien con una *yoni* yegua? ¿Por qué debería el *lingam* caballo buscar una *yoni* elefanta? El autor no lo aclara. Pero —hasta donde uno sabe— los caballos suelen introducir su *lingam* en la *yoni* de las yeguas y no de las elefantas.

Se detallan a continuación las famosas *posiciones*. Debo ser muy occidental pero no le veo a esto mayor utilidad. Por otra parte, algunas son tan complejas que sólo una eximia pareja de contorsionistas podría llevarlas a cabo. Vamos a enumerar y, tal vez, a comentar algunas que se mencionan luego de la Unión de la Vaca. Que es así: «Cuando ella se apoya como un animal de cuatro patas y él monta como haría un toro, se dirá que es la unión sexual de la Vaca. Es un acto que permite gestos auxiliares sobre la espalda en lugar de los pechos»^[103]. Tomando como partida esta posición que se inspira en la de la vaca y el toro, el *Kama sutra* sugiere otras. Que son: «Postura del Perro, de la Cabra, de la Cierva, Violento asalto del Asno, Unión del Gato, Salto del Tigre, Presión del Elefante, Frotamiento del Jabalí y Ataque del

Semental. Durante ellos, el hombre tendrá que imitar los actos y sonidos que esté representando»^[104]. Juro que veo difícil (al menos para mí) llevar a cabo los actos y emitir los sonidos del Violento asalto del Asno. Ni aun poseído por la más loca de mis pasiones orientalistas y mi mayor deseo por comprender esa cultura que —en los tiempos actuales— resulta imperioso comprender^[105].

Vayamos al papel que le corresponde a la mujer en todo esto. Leemos: «Cuando el hombre goce simultáneamente con dos mujeres que lo aman del mismo modo, se tratará de una Cópula Reunida»^[106]. No se menciona la otra posibilidad: ¿qué hace una mujer con dos hombres que la aman del mismo modo? Seguimos: «Si lo hace con muchas mujeres al mismo tiempo, se tratará de la Unión del Toro con las Vacas. Esta forma puede hacerse en el agua y se llama Unión del Elefante con sus hembras. En algunos sitios, varios hombres disfrutan de una mujer que quizá sea esposa de uno de ellos. Es factible que lo hagan por turno o simultáneamente. En ese último caso, uno la sostendrá, otro tomará su *yoni*, otro su boca, y así cada uno disfrutará de las diferentes partes»^[107]. El siguiente texto arrojará —al que desee hacerlo— a una dedicada investigación. Está fuera de mis propósitos. Pero alguien acaso considere que es necesaria y pueda pedir una buena beca para un trabajo de tal importancia. En la p. 84, capítulo VI, que lleva por título «Las distintas formas de acostarse y las clases de uniones», de la primorosa pero sin duda incompleta edición que manejo, se lee: «Hay quienes gozan de una unión por el ano, pero es una Cópula Inferior». Podríamos conjeturar que el señor Vatsyáyana ha decidido considerar impropia una unión tan sencilla, donde el riesgo de quebrarse algún hueso es casi nulo. O mil cosas más. Sólo conjeturas. Aquí —al menos aquí— no se aclara por qué la unión anal es considerada una Cópula Inferior. No se la prohíbe, no se la castiga, nada. Sólo se la considera eso: *inferior*. Quién lo habría dicho. Precisamente el libro de las inagotables posiciones considera menor una que en Occidente (y hoy más que nunca) es la mercancía más rentable, el sector más codiciado de la anatomía de las mujeres y hasta, en importante medida, de los hombres. El *Kama sutra* se ubica fuera de la cultura anal. De la culocracia. Por supuesto: la culocracia y la culolatría pertenecen a los tiempos de la modernidad informática, los nuestros. Tinelli se moriría de hambre en los tiempos del *Kama sutra*.

De las uniones mencionadas hasta aquí consideramos relevante detenernos en la del Toro con las Vacas. Que sería una situación de sexo grupal: la del hombre que goza con muchas mujeres al mismo tiempo. En la p. 85 se desarrolla el modo de realizar semejante empresa. Y hasta hay un complejo dibujo de Sanyú (la situación, en sí, es compleja) que ayuda mucho a la explicitación de este difícil arte. El texto aclara: «La persona ingeniosa debe multiplicar los tipos de unión, imitando las costumbres de distintos animales. Estas formas diferentes, realizadas al uso de cada región y según la fantasía de cada persona, encienden el amor, la amistad y *el respeto por el corazón femenino*»^[108]. Tratemos de describir la exquisita ilustración de Sanyú. En el centro, recostado en algo que no se ve bien qué es, hay uno de esos personajes a los que el habla popular denomina *pachás*. ¿Qué es un *pachá*? Se sabe: alguien que vive muy bien, que puede permitírselo todo porque nada le falta y si algo le falta lo consigue, tal es su poder. La palabra está en la letra de los tangos («te das una vida mejor que un *pachá*») y sirve para designar a todo tipo que la pegó, se llenó de oro y ahora vive —precisamente— como un *pachá*. Aquí, entonces, estamos: recostado en algo así como un

cómodo sillón de mimbre —que Sanyú ha decidido esconder detrás del amo y sus mujeres—, el *pachá*, dueño de la situación, recibe las atenciones de cinco mujeres pero debe retribuir las. Uno se preguntará: ¿cómo hace? Para el *pachá* es sencillo. No en vano es lo que es: el *pachá*. Nosotros, de *pachá*, ni el calzoncillo. Tal vez, sobre todo, eso. El hombre apela a varios recursos. A la mujer que está a su derecha le introduce el dedo «gordo» del pie derecho en su *yoni*. Ella acaricia el pie, también derecho, de una de sus compañeras. A esa compañera el *pachá* le dispensa lo mejor de sí: su *lingam*. Acaso Sanyú, de pura envidia, ha querido infamar al *pachá* y le ha dibujado apenas un *lingam* liebre. Tenemos, hasta aquí, dos mujeres colmadas: una con el dedo (gordo: el tamaño importa en *Kama sutra*) del pie derecho en su *yoni*, la otra con el *lingam*. Restan tres. El *pachá* tiene dos piernas y dos pies. En cada uno de esos pies tiene eso que llamamos dedo gordo. El *pachá* no se permite desperdiciarlos. A una le mete (según acabamos de señalar) el dedo gordo del pie derecho en su *yoni*. Esta amante ha sido dibujada por Sanyú con una sobredimensionada expresión de placer en su rostro y especialmente en sus ojos, un poco fuera de las órbitas, extraviados por el placer^[109]. A la otra, el *pachá* le ha dedicado el dedo gordo de la pierna izquierda, acaso menos hábil que el de la derecha; acaso no: si es ambidiestro, no. Por la expresión que Sanyú le ha dibujado a esta segunda mujer que, tal como la primera, recibe la dádiva de un dedo gordo en su *yoni*, juraríamos que no, que el *pachá* no es ambidiestro. Que el dedo gordo del pie derecho lo maneja mejor que el del izquierdo. Son dignas de imaginar las peleas de las Vacas (no olvidemos que ésta es la cópula del Toro con las Vacas) por obtener, de los dos dedos gordos, el derecho. Queda, no lo olvidamos, una Vaca. Tampoco olvidamos que, hasta el momento, el *pachá* nada ha hecho con su mano izquierda. A ella, a la quinta vaca, le está destinada. A ella o —más precisamente— a su *yoni*, pues ahí la hunde el *pachá*. Pregunta: ¿alguien detecta en todo esto alguna brizna de *respeto por el corazón femenino*?

Sería injusto deducir de todo esto que las mujeres son denigradas en la cultura oriental y no en la occidental. Falso. Cada vez más (y pese a todos los movimientos feministas, hoy en decadencia, pero reemplazados por los de la defensa de género y una conciencia más afirmada de respeto por la mujer) el género femenino es reducido a la más pura coseidad, a puro objeto, a mercancía. Al serlo, las mujeres son humilladas en los programas de entretenimiento. De aquí que nos ocupemos del *Kama sutra* y de la sexualidad de Oriente. Hay una discusión abierta y no amable. ¿Dónde es más vejada la mujer? Ya conocemos su condición subalterna y hasta humillante en los países árabes cercanos a la cultura de los grupos que están cerca o aún lejos de la cultura talibán. Pero en Occidente, en programas como el de Tinelli (hacia ahí vamos), la imagen de la mujer (su reducción a objeto sexual barato, agredido, desdeñado) también es despiadadamente zaherida. La mujer-culo. O, con mayor precisión, la mujer ultraculo (concepto que incorporaremos como central en la calificación de los traserazos) que se ofrece en la TV, implica su humillación, su sometimiento a la vulgaridad, su exhibición como mercancía imposible, como objeto onanista o como ideología de la idiotización. El culo-idiotizante también le es necesario a la cultura de la modernidad informática.

Es posible que nos hayamos excedido en algunos puntos de este breve ensayo, y hasta es posible que nuestra tendencia a las derivaciones hayan sido escasamente elididas. Pero juraría que todo lo que tratamos fue relevante. ¿O no fue importante nuestra crítica a la

Summa Theologiae y su relación con Torquemada y sus tormentos y con las prescripciones actuales de la Iglesia, las de hoy, las que todavía ocupan grandes espacios en los diarios? Sólo en la cuestión del celibato de los pastores o en sus relaciones con los niños que se acercan a ellos y son ultrajados importa consultar a Santo Tomás. Si el celibato fuera derogado, desaparecerían los abusos sexuales a los púberes. Y aquí concluyen mis cautelosas justificaciones. Todo lo tratado hasta este punto me llevó mucho trabajo. Aquel que lo considere exagerado o demasiado extenso o no le interese, siempre puede adelantar las páginas e ir adonde crea que está lo que más pueda interesarle. Sostengo, sin embargo, que esa actitud lo condenará a abordar los temas siguientes con herramientas teóricas más débiles, pues dejará de lado las que se ofrecen en este ensayo para mí imprescindible. Puedo equivocarme pero no tengo dudas de algo: es la primera vez que se escribe un ensayo sobre la cultura anal de nuestro tiempo, sobre la culocracia. Si a alguien lo ha incomodado la abundancia de la palabra «culo» en él, que piense por qué. A nadie tiene por qué molestar. Todos lo tenemos, todos le damos sus correspondientes usos, queramos ocultarlo o no. Las señoritas Luciana Salazar y Larissa Riquelme, en el *show* de Tinelli, también le dan su correspondiente uso. Examinaremos esa faceta fundamental con el mismo rigor con que (espero) hemos examinado las otras. El culo-ideología, el culo-idiotizante, el ultraculo del mundo del espectá(culo) que hace de los hombres (y las mujeres) unos pasivos, patéticos, cosificados mira-culos. Tinelli, feliz, la junta con pala, por decirlo claramente.

Mujeres fáciles

Se lee en el *Kama sutra*: «Las mujeres más fáciles de conquistar son: las que permanecen mucho tiempo en la puerta de su casa o andan constantemente por la calle. Las que conversan interminablemente en casa del vecino, la que mira al hombre directamente a los ojos. Las chismosas. Aquellas que observan de reojo. Es fácil llegar a una mujer si su esposo tomó otra sin motivo. La que detesta al marido o es detestada por él. La mujer que no tenga quien la cuide. La que carece de hijos o se le han muerto. Las que participan mucho de eventos sociales. Las esposas de actores, las viudas, pobres, buscadoras de placer. Las casadas con hombres que tienen hermanos y hermanas más jóvenes que él. Las vanidosas. Las casadas con hombres de menor rango. Las orgullosas por su habilidad en el arte. Es vulnerable ante los hombres la que tiene un marido loco, la que casaron de niña con un hombre rico que no ama. La maltratada, la que no es respetada por sus iguales. La esposa de uno que viaja mucho, la esposa del joyero. Las celosas, ambiciosas, inmorales, estériles, perezosas, cobardes, las que tienen defectos físicos, las vulgares, sucias, enfermas y viejas»^[110].

En Occidente abundan también las mujeres fáciles. Las hay de todos los tipos. Pero no tienen defectos físicos ni son vulgares ni sucias ni enfermas ni viejas. La verdadera «mujer fácil» se ve en la TV. O en los más finos *books* que circulan en manos de empresarios que visitan el país y desean ser halagados por las grandes corporaciones con los mejores productos nacionales. Esas mujeres no son «fáciles». Son muy difíciles. Hay que tener mucho dinero para merecerlas y ser una persona de alto rango, importante. Son «fáciles» porque no es posible negar que siguen siendo prostitutas. Pero de alto vuelo, caras, lejanas para casi todos, imposibles.

Las mujeres del harén

Hay algo —desde el inicio— evidente: «Las mujeres del harén no están satisfechas porque sólo tienen un esposo para todas»^[111]. Sin embargo, no por eso se conforman. No por eso se niegan al placer, pues éste les corresponde, esposo o no. En el harén hay otras mujeres y en ellas y entre ellas el deseo se enciende y encuentra la deliciosa peculiaridad que obtiene cuando tiene lugar entre mujeres, con su tersura, con su ausencia de todo aquello que pueda semejar la brutalidad. Y si la presencia del hombre se extraña excesivamente también a esto saben buscarle remedio. «Visten con ropas masculinas a las hijas de las nodrizas, sirvientas o amigas y piden que se las satisfaga con raíces o frutos que tengan forma de *lingam*. A veces se acuestan sobre estatuas de madera con un *lingam* erecto tallado»^[112].

Por fortuna, hay esposos o reyes piadosos, que, acaso enterados de estos recursos de sus tantas mujeres, se apiadan de ellas y buscan un modo de darles satisfacción a la mayor cantidad posible. «Los reyes compasivos toman drogas que les permiten acostarse con más de una esposa por noche, aunque sea en contra de su deseo y de sus fuerzas. Algunos eligen entre las favoritas y otros respetan el turno de todas»^[113].

La imaginación de las frecuentemente aburridas esposas del rey es fértil. Cuentan con la buena voluntad y la fiel colaboración de sus sirvientas. Así, consiguen que ellas hagan pasar a varios hombres —nunca demasiados, que sería riesgoso— disfrazados de mujer. Las sirvientas y las nodrizas —bien entrenadas por las mujeres del harén— prometen riquezas, infinitas fortunas a los intrusos, suponen bien que esto les dará el coraje que requieren, si les llegara a faltar. También —con la misma finalidad de atraerlos hacia sus señoras— los convencen de algo tan incierto que linda con la mentira: *que es fácil salir del harén*. Que los vigilantes se compadecen de las esposas reales y eso los lleva a desviar sus ojos cuando ven algo, una sombra furtiva con irrefutable aspecto de hombre o de hombre disfrazado de mujer, por ejemplo. Que es lo que más habitualmente suelen ver y es —también— el motivo por el que son lo que son: vigilantes del harén. De esta forma, entrar al harén nunca es fácil y siempre conlleva riesgos muy serios. «Será mejor que el hombre no entre al harén por fácil que parezca, ya que se expone a pasar contratiempos»^[114]. Estos contratiempos —se da por entendido— pertenecen a esa clase de los que no se vuelve. Uno tiene un contratiempo de esos y luego ya no tiene ninguno más. Deberán extremarse los cuidados, toda precaución será poca. El deseo es fuerte, pero no menos deberá serlo la imaginación para que ese deseo, además de fuerte, sea astuto, sibilino. El amor secreto de los harenes deberá ser el más silente de todos, el más sigiloso. Mas ¿cómo conciliar el ardor que tiende a expresarse en jadeos iracundos con ese imperioso sigilo, con esa reticencia tenaz cuyo quiebre arrasará con la vida de los amantes? No hay que rendirse jamás. Los que han visitado el harén saben y han hecho saber que ahí dentro hay mujeres tan insatisfechas que esperan a un hombre como un sediento a un oasis en el desierto infernal. Seguirán intentando entrar. El harén es, para ellos, ese oasis. Sus vidas, el desierto infernal. Pero la entrada furtiva tiene métodos: «Deberá estar seguro de que realmente hay una salida fácil, si hay un jardín, si los compartimientos dan a

él, si realmente los guardias son negligentes o si es verdad que el señor de la casa está ausente (...). Finalmente contratará como alcahueta a una mujer que tenga acceso al harén. Si no existiera, deberá ubicarse en un lugar desde el cual pueda ver a la amada, y si descubriera que allí hay centinelas, se disfrazará de sirvienta de la dama que visita el palacio o que pasa por su puerta (...). Si la mujer va a algún lugar, se ocultará allí, y al regresar a la casa entrará confundido entre los guardias que la acompañen»^[115].

De algún modo (acaso igual que nosotros), Vatsyáyana comprende que estos métodos siguen siendo arriesgados, que poco aseguran, tal vez, incluso, menos que eso. No nada, pero escasamente algo más que eso. Y en este arte se requiere algo decisivo, ya que no es una liviandad la que se pone en riesgo sino la vida misma. ¿Y qué tiene un hombre que no sea eso? ¿O no es eso —la vida— la condición de todas las otras infinitas cosas que un hombre pueda tener? La cuestión (y he aquí el punto en que la figura del hombre que busca entrar al harén adquiere dimensión de tragedia) es que entre esas infinitas cosas una de las centrales, y a menudo la central que domina por sobre todas las otras y las sofoca, es el deseo de entrar en el harén y poner todo en riesgo, locamente. Vatsyáyana ofrece, entonces, el mejor de todos los métodos posibles. Escribe: «Hay una forma mejor que consiste en volverse invisible, y para ello deberá aplicarse el siguiente preparado: Se toma el corazón de una garduña y se lo quema, sin que el humo escape, junto con una calabaza larga y los ojos de una serpiente. Se trituran las cenizas y se mezclan con agua en partes iguales. De poner el preparado sobre los ojos conseguirá que nadie lo vea»^[116].

Parece un disparate. Calma, sin embargo, espíritus ilustrados de Occidente. El *Kama sutra* es una de las más altas cumbres del *ars erotica* de Oriente. Foucault nos ha dicho su teoría: Oriente ha creado un *ars erotica* y Occidente una *scientia sexualis*. ¿Por qué ha dicho algo así? Su juego es claro. Cree (basándose en un Nietzsche leído desde Heidegger) que la razón occidental, que nace en tanto subjetividad con Descartes, es la modernidad capitalista cuyo poder busca someter a la naturaleza, por medio de la técnica, y a los hombres, por medio de las ciencias humanas. Razón occidental y poder occidental capitalista son, para él, sinónimos, empresas hermanadas. Su tarea (en resumen) es la siguiente:

PRIMERO: La razón occidental capitalista instala manicomios para encerrar a los locos. No hay nada que cuestione más hondamente a la razón que la locura. Hay que aislarla. Ahí están, pues, los manicomios. (Este trabajo se hace en *La locura en la época clásica*).

SEGUNDO: La razón occidental capitalista quiere una sociedad racional, controlada, disciplinada. Hay que encerrar a los delincuentes que son —con su accionar delictivo— quienes cuestionan la racionalidad de ese orden social. La locura y la delincuencia son dos anomalías que alteran el orden disciplinario de la sociedad del saber-poder capitalista. (Este trabajo se hace en *Vigilar y castigar*).

TERCERO: El *ars erotica* de Oriente (a la que Foucault concede una amplia territorialidad: China, Japón, India, Roma, las sociedades árabes musulmanas) se relaciona con el sexo desde el placer. No busca conocerlo, o no lo busca ante todo, sino que indaga cómo ahondar el placer, el goce. Por eso es un *ars erotica*. Su horizonte es un sexo libre, un sexo-goce, la búsqueda del placer y no su conocimiento. Occidente, por el contrario, dominado por su racionalidad, por los imperativos que la razón impone a todo lo que toca, se entrega a

estudiar el sexo. A elaborar —de él— una ciencia. Una *scientia sexualis*. Con esto Foucault demuestra que la *ratio* occidental quiere aislar al sexo en el gabinete del estudioso o en el consultorio del médico. Que quiere ahogar su libertad sometiéndolo a la sociedad del poder-saber capitalista. (Este trabajo se hace en *Historia de la sexualidad*).

Precisar esta coherencia en el pensamiento de Foucault no implica estar de acuerdo con él. Pero sus aportes son más que bienvenidos. Nuestro desacuerdo surge en el encuadre epistemológico. Foucault niega la razón occidental y niega también el sujeto, en él esa razón se ha centrado. Nosotros estamos de acuerdo en que ésa es la razón del Occidente capitalista europeo. Pero negarla no nos tiene por qué llevar a desprendernos del sujeto. Nosotros no somos el sujeto europeo. Somos su víctima. Volveremos sobre la cuestión.

Oriente y el viento

Retornemos sobre el amante furtivo que buscaba la invisibilidad. Podemos reírnos del más efectivo consejo que entrega Vatsyáyána. Podemos reírnos de la invisibilidad, aun cuando el muy racional H. G. Wells diseñó a un hombre invisible y su tragedia: no poder ser visible otra vez; serlo al costo de morir. Pero eso es ciencia ficción. Un concepto perfectamente preciso, adecuado. Occidente puede delirar, pero desde la ciencia. Sin embargo, ¿acaso no son invisibles los hombres de Oriente? ¿Alguien, de no ser así, podría explicar por qué el más grande imperio de la historia permanece varado en esos territorios? ¿Qué es lo que no consigue derrotar? ¿Qué es lo que no consigue entender? ¿Por qué tantas cosas le son inextricables, definitivamente invisibles? Porque enfrenta a guerreros huidizos pero letales, elusivos, invisibles para su mirada, visibles entre ellos. ¿O no fue invisible el mismísimo Osama Bin Laden? ¿Alguien lo vio morir? ¿Alguien cree que en los territorios en que se lo siguió, en que los hombres se sometieron a su liderazgo, no se dice eso que Sarmiento cuenta que decían de Juan Facundo Quiroga?: «Diez años aún después de tu trágica muerte, el hombre de las ciudades y el gaucho de los llanos argentinos, al tomar diversos senderos en el desierto, decían: “¡No, no ha muerto! ¡Vive aún! ¡Él vendrá!”»^[117].

¿Qué sabemos de Oriente? ¿Cómo es posible que la máquina de guerra norteamericana esté a punto de retirarse y sólo el temor al desprestigio se lo impida? El general Westmoreland, en Vietnam, les decía a sus soldados: «Luchamos contra un enemigo metafísico». Sin duda, metafísico para ellos. Oriente es metafísico para Occidente. Oriente le es invisible. ¿Cómo darnos, entonces, el permiso de reírnos de ese amante impetuoso que busca entrar a un harén en el que le aguardan goces desconocidos, agigantados por los rumores de quienes no se atreven, volviéndose invisible por medio del corazón de una garduña, de una calabaza y de los ojos de una serpiente?

En un notable film norteamericano de los años setenta, se enfrentaban Theodore Roosevelt (el duro Teddy, el de la política del garrote) y Mulay el Raisuli, un jefe árabe, seguido por sus hombres con apasionada fidelidad. Este enfrentamiento ofrecía el goce (acaso inesperado) de dos grandes interpretaciones, de las más grandes y jubilosas que vi en el cine, Brian Keith como Roosevelt, Sean Connery como Mulay el Raisuli. En la escena final, el jefe oriental le dice a un mensajero norteamericano: «Dile a tu jefe, a tu jefe infatuado, que tiene razón. Que su jactancia no es vana. Él, como se empeña en proclamarlo, es el león. Pero dile también y se lo dirás muy claramente, que yo, Mulay el Raisuli, soy el viento». Era, en suma, invisible.

Adivino una posible objeción. Un oriental puede ser visible para un occidental, sobre todo en una guerra. Pero el amante ardiente y corajudo que entra en el harén con la certeza de ser invisible, ¿por qué habría de serlo para los guardias, orientales como él? Otra vez nuestro empecinado, indoblegable occidentalismo, con sus prejuicios, con su racionalidad siempre dispuesta a negar todo hecho extra-ordinario. ¿Probó alguno de ustedes preparar una pócima con corazón de una garduña, una calabaza y los ojos de una serpiente? ¿Tan seguros

están —si tienen el coraje de hacerlo— de no entrar en el campo incierto, peligroso de la invisibilidad? ¿Alguna vez desearon tanto a una mujer como para proponerse invisibles para eludir a sus guardianes y entregarse a sus brazos que proponen lo inexpresable, lo que va más allá de las palabras, de los pobres adjetivos y nos entregan una vaga pero cierta comunión con lo absoluto por medio del placer de la carne? El riesgo es grande. El amante de Oriente no tiene asegurada la invisibilidad ante los guardianes —también orientales— de ese centro del universo que toda mujer atesora entre sus piernas. Si se tratara de un amante occidental, menos aún. Pero ¿alguien demostró que el corazón de la garduña (tengan en cuenta: se trata del *corazón*), una calabaza y los ojos de una serpiente no nos entregarán la invisibilidad que nos conducirá a la locura del placer descomedido? Si luego de intentarlo, fracasan, juzguen entonces. Búrlense si quieren. Pero dudo que se atrevan. Volverse invisible despierta temores terribles. El de no regresar. ¿Alguien se arriesga a no regresar, a vagar como una ausencia desdichada durante el resto de sus días?

El culo idiotizante como arma del poder, el ultraculo en tanto humillación del ciudadano común, la mentira de los ciber-culos, de los tevé-culos, de los culos espectá(culo)

Aquí estamos. El entretenimiento le es fundamental al poder. Foucault hace rato que avisó: no crean que la represión es castigo. La represión es entretenimiento, placer controlado. También hace mucho que nos hemos concentrado en este tema. Rescatamos una frase de León Rozitchner que dice todo. León postula en unas pocas líneas lo que a nosotros nos lleva cientos de páginas. Y sin embargo, todavía sentimos que es insuficiente. Que los que piensan mal van a seguir así. Ni hablar de los que piensan al servicio del poder mediático. Ya no piensan, mienten. ¿Qué es mentir? Es arrojar verdades apodícticas sin apoyatura en ninguna facticidad. Ni siquiera necesitan hechos, los inventan. Sin hechos, no hay nada que interpretar. Sólo resta mentir. Cuando Nietzsche dice esa frase que comparto hasta lo más hondo, cuando dice: «No hay hechos, hay interpretaciones», está diciendo: «Hay hechos, pero las interpretaciones los llevan a entrar en colisión». El que genera más poder impondrá su verdad. *Pero hay hechos*. Sobre eso no se miente. El hecho no se inventa. Siempre está ahí. La mentira es «interpretar» hechos que no han acontecido. Que se han inventado. Cuando no se trabaja sobre ninguna facticidad. Cuando la facticidad se crea, ahí surge la mentira. El texto de León —que se basa en la capacidad del poder para manipular las conciencias— dice así: «Nunca hubo un poder tan bien organizado, voraz y despótico como el que está apareciendo ahora (...). Nunca hubo tantos instrumentos de destrucción, tanto control, tanta sujeción de la subjetividad. Te divide la cabeza, no podés imaginar siquiera, porque el imaginario viene de afuera y se mete en vos. Y el movimiento interno de imaginación y pensamiento te lo interrumpen a cada rato, pasándote. Todo está, en alguna medida, organizado de una manera siniestra. Todos los niveles de la relación del poder con la realidad están organizados técnica y tecnológicamente. Este sistema está hecho para destruir la subjetividad de la gente, impedir el pensamiento, impedir el afecto. Y por eso la superficialidad»^[118].

La hegemonía del culo (acentuada *ad nauseam* durante los tiempos de la invasión informática) fue visualizada en tiempos pasados. En el N.º 221, de la revista *Humor*, de junio de 1988, se encuentran unos expresivos chistes de Langer-Rulloni, que se definían, algo pudorosamente, como «creativos chanchos». El primer *chiste* es así: En una agencia de publicidad un creativo se acerca al escritorio del director creativo y dice:

—Aquí está la lista de los nuevos comerciales. El primero es una sopa instantánea.

El Director Creativo, del otro lado del gran escritorio, ordena:

—Pongan un buen culo.

El creativo sigue con sus propuestas:

—Este es para una ortopedia.

—Pongan un buen culo.

—¿Para una *pick-up* diésel?

—Pongan un buen culo.

—¿Vino de mesa?

—Pongan un buen culo.

—Y el último es para ropa interior femenina. ¿También le ponemos un buen culo?

El Director Creativo se enfurece.

—¡No, querido! Somos creativos. No podemos ser tan obvios.

Otro *chiste*:

Un hermoso auto con la parte trasera diseñada como un ultraculo. El dueño de la fábrica le explica a un vendedor:

—Y con este modelo nos ahorramos a la chica del comercial televisivo.

Otro *chiste*:

Un tipo habla por teléfono. Es el creativo de la agencia publicitaria. Más allá se ven dos señoritas desnudas. El tipo le dice al cliente:

—Hola, hablo de Makanan Publicidad. Ya seleccionamos a las modelos para su aviso. ¿Podría recordarme cuál era el producto^[119]?

Siempre se supo la importancia del traserazo. Hay un libro encantador del 21 de junio de 1974. A un año de la tragedia de Ezeiza, a diez días de la muerte de Perón. Todos nos sentíamos como el culo, todos sentíamos que la historia era más compleja que nuestros sueños y nos había destrozado nuestra intacta retaguardia; intacta a fuerza de ser jóvenes. Sale, entonces, este libro. Se llama *Lo corrieron de atrás. Antología humorística de la cultura anal*. Lo editó Editorial Minerva. El título era excepcional. Ignoro si hoy todos saben qué significa *Lo corrieron de atrás*. Se trata de una Obertura de Franz von Suppé para su opereta *Caballería ligera* (*Leichte Kavallerie*), estrenada en Viena en 1866. Años después probablemente le haya agradado a Hitler, ya que contiene pasajes con trompetas wagnerianas y se dignó a dirigirla Herbert von Karajan, el joven genio sucesor de Wilhelm Furtwängler al frente de la Sinfónica del Reich. Hay un pasaje (justamente el que trata de indicar la carga de la caballería) que podría tararearse así: tararán tararán tararán tararán tararararararararaaaaaaaaaaaaará. En, fin: más o menos. Es tan *cantabile* el tema, tan ridículo en su intento musical-realista por reproducir el galope de los caballos que ha sido utilizado en numerosos dibujos animados y films de bajo presupuesto. (Tal vez eso no disminuya su jerarquía, sino que la aumente. Pues me encuentro muy lejos de desvalorizar los dibujos animados y las películas de bajo presupuesto. Pero la obertura, sinceramente creo, no vale nada. Es un mal chiste alemán. Suponiendo que haya alguno bueno). El caso es que mereció ilustrar un cántico muy divertido sobre la suerte de un señor que busca proteger la integridad de su retaguardia. Dice así:

Lo corrieron de atrás.

Lo corrieron de atrás.

Le metieron un palo.

En el cuuuuuuulo.

Pobre señor. Pobre señor.

No se lo pudo sacar.

Precisamente por eso tal vez esa edición de Editorial Minerva tenga un título y una tapa tan ingeniosos. El título: *Lo corrieron de atrás*. Con un subtítulo algo más serio: *Antología humorística de la cultura anal*. Y el dibujo es adorable. En el estilo de Kalondi (un dibujante de esos años), un pequeño y muy atemorizado hombre corre como loco mirando hacia atrás, de donde lo corren. Trae textos varios. Entre otros, de Rabelais, La Fontaine, Voltaire, *Las mil y una noches*, Swift, Trillo y Dolina. Como vemos, la cultura anal convoca buenas plumas a lo largo de los años. El más valioso para nuestro tema es el que abordaron Mario Mactas y Carlos Ulanovsky, que disfrutaban por esos años el éxito de la revista *Satiricón*, de la que formaban parte inescindible. Se llama *El auge de la cultura anal*. Pero no tiene nada que ver con el que mencionamos nosotros. En esos años ni se imaginaba el futuro realizado que vivimos hoy. La modernidad informática habría sido interpretada como una película de ciencia ficción. El texto empezaba así: «Más o menos a partir de 1970, los publicitarios descubrieron otra devoción de los argentinos: el c...»^[120]. Continúan: «Los impulsaba —paradójicamente— la necesidad de vender *blue-jeans*. Cortos comerciales, atractivos avisos en revistas, afiches, comenzaron a levantar las acciones de las redondeces, hasta entonces bellas durmientes en el lecho de la imaginación nacional»^[121]. En suma, los que ponen de moda lo anal son los vendedores de eso que hoy, más llanamente, llamamos *jeans*. La publicidad marca rumbos irrefrenables en las costumbres dinamitadas por su afán de lucro. «Tenemos *blue-jeans*. Hay que venderlos». Como dice el Director Creativo de Langer: «Pónganle un culo». Se lo pusieron. Así, la cultura anal se pone de moda en los setenta para vender mercancías. Es que ése es precisamente uno de los sentidos primordiales de los ultraculos: *una mercancía para vender mercancías*. Al ultraculo se lo compra. La señorita que lo vende lo hace según su valor de cambio, que surge del trabajo que le ha llevado construirlo. Y de la calidad del producto. El que lo compra le dará un valor de uso para vender una mercancía a un tercero en tanto valor de cambio.

Pero, en los setenta, la cultura anal, incipiente, se vio inesperadamente alimentada por un film de un director italiano: Bernardo Bertolucci. Escriben Mactas y Ulanovsky: «Y si, como se dijo, a partir del 70 las calles se poblaron de las más variadas, notables y apetecibles gamas de colas femeninas —y masculinas—, a las que se pasó a mirar no ya de reojo sino a ojito entero, un fenómeno cultural de estos días catalizó el proceso: el estreno de *Último tango en París*»^[122]. Este film merece un espacio propio.

Lateralidad: la manteca y el coito anal en el gran film existencial-metafísico *Último tango en París*

Para ver esta película se hicieron colas de dos cuerdas o más en la *culta* Buenos Aires, aquí en pleno delirio onanista. No era agradable ver a tanta gente tolerando horas de espera, de lenta marcha, sólo para ver una escena del film, porque sólo ésa les interesaba. Era la de la manteca, que ya es propiedad del pasado y es una de las escenas más tristes de la historia del cine. Venía precedida su fama desde antes del rodaje de la película. Bertolucci, en cierto momento en que no conseguía capitales, se dice que dijo: «La voy a hacer aunque tenga que hacerla con manteca». Ingenioso y lucrativo, habrá conseguido los capitales y sin duda compró la manteca que necesitaba. Ese subproducto lácteo se instaló en la cabeza de los espectadores de todo el mundo. Sexo anal y manteca. Muchos habrán hecho la experiencia. Aquí, como se sabe, la autorizó un dirigente del camporismo (ya derrotado en 1974): Octavio Getino, interventor del Ente de Calificación Cinematográfica, que en paz descanse.

Pocas veces el poder mediático exhibió con semejante contundencia su poder de convocatoria, de idiotización. Goebbels no se equivocaba: el cine, arte de masas, debía controlarlas. Para tal cosa, el entretenimiento era decisivo. Y un coito anal con manteca entretiene sin apelación alguna. Goebbels, afortunadamente, no vio *Último tango*, pero conocía de estas cosas.

En cuanto a nuestro tema, la manipulación de masas, alcanzó con un poco de manteca y un par de tetas. Hoy, lo que se ve en *Último tango*, es superado con creces, pródigamente, en cualquier programa de Tinelli. El resto es silencio para muchos, tal vez para la mayoría. Pero el film es un estallido de significantes metafísicos, ontológicos. Grande y dolorosa película. Será imperecedera. Durará mientras el mundo exista. No sabemos cuánto, pero ni un día menos.

Este tema fue abordado en mi libro *El cine por asalto* y lo reproduje en *Peronismo, filosofía política de una persistencia argentina*. No puedo hacerlo aquí. Sólo digamos que Paul, el personaje de Brando, lleva sobre sí la muerte de su mujer. Y algo más: ella se suicidó. Creo que él no sabe elaborar ese duelo y la angustia lo domina hasta lo intolerable. ¿Cómo se tapa la angustia? Lo mejor es no taparla. Pero Paul no puede con ella. Así, encuentra —de modo casual— a Jeanne. El alcohol, las drogas, el suicidio, los llamados «barbitúricos» son armas para sofocar ese síntoma que impide respirar o respirar hasta donde el dolor lo exige y hace de la vida un infierno del que no se sale. Es el abismo y el abismo no tiene fondo, nunca termina. Siempre hay otro escalón para bajar. Con cada escalón, la enfermedad y el dolor se agravan. Paul, al encontrarse con Jeanne, encuentra también el otro mecanismo para olvidar y calmar el sufrimiento. Como parte del interminable círculo sexual al que se entregan está la escena de la manteca. Es una penetración anal a la que ella se resiste y en la que no se ve en ninguno un atisbo de placer. A Paul, el suicidio de su mujer le reveló la muerte. La muerte lo llevó a la angustia. La angustia le abre el horizonte de la nada. La nada es la muerte. Pero

es *su* muerte. Contra eso, ¿qué puede un poco de manteca, un coito anal prepotente, vestidos los dos, en el piso, con frío, solos en el entero mundo indiferente? ¿Se entiende por qué esta escena (que convocó a innumerables onanistas desbocados) es una de las más dolorosas y perfectas expresiones del desamparo existencial? Esos dos seres, ahí, sobre ese piso, sin saber nada el uno del otro, ni siquiera y sobre todo sus nombres, entregados a ese coito anal mantecoso, son dos desdichados. Uno, angustiado por la nada y por la muerte. Ella, sometida, casi vejada, desorientada por la vida, sin rumbo, devorada por la locura del otro.

El humor profano de la revista *Barcelona*

Hubo un tiempo en que el humorista Jorge Guinzburg provocaba unas entrevistas incómodas en el programa *La noticia rebelde*, ejemplo de humor televisivo, cuando todo era mejor y no se había inventado la TVBasura. Lo acompañaban desbordando ingenio, creatividad, Adolfo Castelo y Carlos Abrevaya. Por esas cosas de la Injusticia y la Maldad Universales que constituye, al menos, nuestra galaxia, los tres murieron jóvenes y de cáncer. Guinzburg solía empezar sus reportajes con una frase que se hizo célebre:

—Ahí va la primera pregunta. Livianita. Como para romper el cubito.

El *cubito* era el hielo. Ese frío que se establece entre el entrevistador y el entrevistado al inicio de la entrevista. Lejos de una pregunta «para romper el cubito», Jorge largaba una pregunta terrible. De modo que con la misma intención vamos a empezar esta zona de nuestro ensayo con algunos textos de la revista *Barcelona*. Esta revista no tiene límites. Hasta uno, ya curtido, se asombra de las cosas que son capaces de decir. Por ejemplo: los acusan de homofóbicos.

Ellos responden:

—¿Homofóbicos nosotros? ¡Por favor! Si en la redacción tenemos un compañero puto y, siempre que nos lo pide, le rompemos el orto.

Habitualmente, y más que eso, se ocupan de los culos. Saben muy bien en qué era están viviendo. Vamos a detenernos en el ejemplar del 22 de febrero de 2013. Hay un retrato de Shakespeare y, al lado, un ultraculo. Leemos: «Antes, espectáculo era una obra de teatro; ahora, los ojetes son un espectáculo. Intelectuales, chimenteros y los destinos de la crítica especializada en tiempos de ortos». *Tiempos de ortos* dice exactamente lo que dijo el filósofo alemán Peter Sloterdijk al decir *cultura anal*. Son matices. El título en letras de eficaces dimensiones anuncia: «Expertos analizan los motivos por los cuales el periodismo de cultura y espectáculos ya no se ocupa de los ciclos de cine, muestras de arte ni de tendencias en teatro sino de culos, putas y garche». Ahora pasamos al desarrollo del texto en sí: «El periodismo de cultura y espectáculos ya no estaría siendo lo que era, y habría dejado de lado la información y la opinión especializada sobre films, muestras, conciertos, estrenos de teatro y ediciones de discos y libros para volcarse decididamente a los chismes, el puterío, los chivos y los ortos. Tal fue la conclusión de un grupo de periodistas, intelectuales y panelistas faranduleros especialmente reunidos por esta revista a partir de la consigna: “¿Hacia dónde va el periodismo de cultura y espectáculos?”». Creo que *Barcelona* incurre sin embargo en la devaluación cultural del país al colocar en la franja superior de esa página, la N.º 8, destinada a la hiriente burla de todo personaje que habita el, por decirlo claro, mundo entero, la siguiente pregunta: «¿Y? ¿Ya se devoró el libro de conversaciones entre José Pablo Feinmann y Horacio González?». ¿Qué significa ese comentario? ¿Significa, como sospechamos, que el libro es aburrido y no se puede devorar? ¿Se puede acaso devorar un libro? La frase es confusa y no colabora al bien de la ilustración de este país de supermiraculos, que ha desdeñado la claridad conceptual de Horacio y mi tradicional modestia en

beneficio de los supuestamente prodigiosos culos que se exhiben en el programa del señor Marcelo Tinelli. El Rey del Rating y el Dueño de los Culos. De él nos ocuparemos a continuación.

Ha sido un largo rodeo. Aquí queríamos llegar. ¿Qué tiene que ver la *Summa Theologiae* con *Showmatch*, el programa del señor Tinelli? El Doctor Angelicus definía la sexualidad anal en tanto vicio sodomítico. Instauraba también una serie de prohibiciones que la Iglesia Católica aún se empeña en sostener. Los ultraculos de Tinelli posibilitan su posesión imaginaria por parte del receptor. El televisor es suyo, lo que en él se ve, también. Aunque la cuestión es más compleja. El ultraculo de Tinelli (y esta función es la más importante) busca controlar al receptor. «Esto nunca va a ser tuyo. Pero te dejamos mirarlo». El tipo que mira se siente un pobre infeliz. De *alguien* será ese ciber-culo. Suyo, jamás.

Santo Tomás se lo había exigido: «Huye de la sexualidad anal». Tinelli se lo permite en el modo de la mirada codiciosa, impotente y también de la imaginación ilimitada. El ciber-culo es poseído en el acto sexual que se alimenta sobre todo de la imaginación. El onanismo, desde luego. ¿Alguien cree que el onanista busca poseer realmente (es decir, en la realidad) el ultraculo? No sabría qué hacer con él. Sería incómodo que la chica que aparece en la última página del suplemento deportivo del diario *Crónica* se le apareciese en la mismísima realidad.

—Aquí estoy. Me gustás tanto que salí del diario a buscarte. Puedo hacerte lo que quieras. No tenés más que pedírmelo.

No, el onanista se aterrorizaría en una situación semejante. El onanista es un *voyeur*. Un simple mira-culos. El ultraculo existe porque el sistema de la modernidad informática ha convertido al ser humano en una mera pasividad, en un mero mira-culos, en una cosa pajera, sólo eso. Hay ultraculos porque hay mira-culos. El mira-culos no quiere un ultraculo real. Quiere el suyo, íntimo, secreto. El ultraculo de su masturbación. Si no, no miraría los ciber-culos de Tinelli. En secreto, para sí, piensa: «Mucha mina para mí». Pero es la mina perfecta para el impecable pajero que es el receptor mira-culos. No está mal. ¿Qué tiene de malo la masturbación? Woody Allen dice qué tiene de bueno: «No es más que hacer el amor con una persona que uno conoce bien, desde hace mucho tiempo». El sexo que uno tiene con uno mismo es el más seguro y el más controlable de todos. Siempre se tiene el control. Siempre se maneja, se domina la situación. Siempre se está solo. Pero el onanista es un solitario que quiere serlo, porque no se anima o no puede o no le alcanza el dinero para ser algo más. Sin embargo, ¿algo más para qué? ¿Para complicarse la vida, para tener que cumplirle a una mujer como un buen macho, para exigirse a fondo, para pensar angustiado si va a poder o no, si el viejo compañero que habita entre sus piernas cumplirá con su papel erectivo? No, mejor la soledad. Porque, en soledad, es el único que ejerce el autoritarismo. El autoritarismo es la autoridad sobre sí. Nadie es *dueño* de un onanista. Nadie *posee* a un onanista. Él se posee y ante nadie, ante sí, no hay mirada, sólo la propia. Aquí triunfa el ultraculo tinelliano. Porque el hombre que elige la soledad en el sexo termina eligiéndola en la vida. El que elige la pasividad termina siendo un individualista. El que se niega a compartir el sexo con otro termina odiándolo. El que desde su sillón, pasivamente, mira un ultraculo se confiesa, tarde o temprano, que es un cobarde. ¿Cómo se va a animar a otras cosas? A salir a la calle por un reclamo justo, a unirse a los otros para peticionar por la dignidad de la vida, del trabajo. A

desafiar (en lugar de tolerarla en pasividad) la injusticia de un sistema hecho por los poderosos y para ellos solamente. Un sistema que sólo le dará las migajas de su interminable festín. El ultraculo lo lleva también a desdeñar a las otras mujeres. Sobre todo a la suya. ¡Qué culos horribles tienen! Y el peor de todos, el de su mujer, el de su vieja compañera, la que soportó con él el paso de los años, las enfermedades, las pérdidas, las estrecheces. Sí, es cierto. Pero, con los años, es tanto lo que se le cayó el culo que ya ni mirarla puede. Vuelve entonces a mirar a Tinelli. Después se va a dormir. Y al día siguiente al trabajo. Vive bajo el señorío de Tinelli y sus ultraculos. Es un pobre tipo. Ahí, el sistema triunfó. Lo único que puede hacer peligrar este sistema es algo que ya dijimos: la mirada. Al onanista no lo mira nadie. Sólo él se mira. Esa mirada puede destruirlo. Alguna vez caerá sobre él. Alguna vez se verá como lo que es: un triste pajero constituido en exterioridad por un programa de televisión. De lo que ahí haga, depende todo. Su vasallaje o su libertad.

Volvamos a *Barcelona*. En otro perfecto desarrollo de su libertinaje desenfrenado hacen referencia a ese paraíso de los horrores que es Mali. Habría ahí muchos líderes de Al Qaeda preparados para saltar sobre África. El título de la noticia que ofrece *Barcelona* es el siguiente: «Horror: tras las lapidaciones en Mali denuncian la primera amputación de ojetes». No nos habíamos encontrado con este tipo de castigo en todo nuestro recorrido. El desarrollo de la nota informa: «“Hay que respetar las diferencias culturales antes de espantarse y condenar a esos negros salvajes y sanguinarios”, llaman a la cordura los observadores de Naciones Unidas, tras conocerse lo que los expertos definen como “otro exceso punitivo” registrado en Mali. Es que, a los reconocidos casos de lapidaciones, de mutilaciones de nariz y de castraciones, la última novedad en crueldades malinesas sería la primera amputación del orto de la que haya noticias». (*Barcelona*, 14 de junio de 2013, p. 6). Algunos tal vez se asombren de este tipo de humor tan excesivamente guaso en un país como la Argentina que cuenta con cuatrocientos espectáculos teatrales por fin de semana, estrena en cine casi cien óperas primas por año y tiene cerca de tres librerías por cuadra. No se asombraría, sin embargo, la dorada Pamela Anderson, la heroína de *Baywatch*, que aterrizó en Ezeiza y fue conducida velozmente —para protegerla de sus fans argentinos— a un refugio VIP. (A propósito: los ultraculos de *Baywatch* nada tienen que envidiarles a los de Tinelli). Pese a tanta celeridad y cuidado, la Anderson oyó los gritos de sus fans. Y sobre todo una palabra que todos repetían como poseídos, locamente. Una vez en el salón VIP, algo más serena, preguntó: *I'm okay. But, what's the meaning of that word?*. Le preguntaron a cuál se refería. A la única que había alcanzado a distinguir; y la dijo. *Oh! You mean ChuPámela?*, reaccionó uno de sus asistentes. *Yeah. Don't worry, Pamela. They are telling you his love. In a shitty way maybe, but true. True love, dear.* Pamela no entiende mucho. La turbamulta se ha acercado al VIP. Tal vez lo derrumben y se precipiten sobre ella gritando siempre esa extraña, salvaje palabra: *ChuPámela!*.

Algunas chicas de Tinelli

Sería perder el tiempo indagar en Tinelli en tanto persona. No sé cuál fue el año —éste o el anterior— en que abrió su temporada con un rating que conmovió a todos. El número del éxito abrumador rondaba o se acercaba como resultado de un milagro que nadie había previsto al 50%. Se instaló una certeza: la mitad del país miraba a Tinelli. ¿Qué ofrecía? Basura. He analizado programas suyos buscando algo, un más allá de la pavada, de lo guaso, lo soez, lo ridículo o lo pornográfico. Nunca lo encontré. Su aspecto es agradable. Tiene una sonrisa que podría lucir en otro contexto. Pero se empeña en ser —cada vez con mayor convicción— lo que viene siendo desde dos largas décadas. Fruto de la devastación cultural que fue el menemismo, sigue ejerciendo esa estética con las permisividades que los tiempos le abren. Su torpeza como conductor lo lleva al exceso de casi meterse el micrófono cerca de alguna muela y además gritar. Algo, sin embargo, debe tener. A Mastroianni —cuando vino a filmar una película en la Argentina— le gustó mucho. «Vi el programa de ese muchacho con esa sonrisa tan linda. También estaba lleno de lindas chicas. Antes, cuando yo veía tantas lindas chicas en seguida ¡tac!». Y hacía un gesto que indicaba una erección súbita, feliz. Luego confesaba: «Ahora, nada». Mastroianni y Gassman sufrieron su decadencia hormonal —que asociaban a la cercanía de la muerte— como pocos. Gassman tuvo una depresión de dos años. Fue, para él, horrible. Mastroianni descubrió la finitud y la expresó como pocos: «Cuando yo era niño creía que la vida era un largo, larguísimo camino que se extendía entre un pueblo y otro, donde terminaba. Pero el camino era tan largo que nunca pensaba en ese otro pueblo. Nunca. Hasta que descubrí que estaba equivocado. El pueblo no estaba lejos. Estaba aquí nomás. Era el siguiente. Era el vecino».

Tinelli entró en la verdadera pornografía cuando acudió a minusválidos para entretener a su insaciable audiencia. Hizo bailar a una enana. A un tipo que le faltaba una pierna y usaba una muleta. Disfrazó eso de generosidad. De hacerles sentir que eran iguales, que estaban tan vivos como cualquiera. También usó a un minusválido mental. Desbarrancó de nuevo cuando una de sus chicas hizo tantos malabarismos en su número que la tanga-hilo dental se le salió y les mostró a todos no otra cosa que su vagina. Se le armó un lío bárbaro. Una panelista de no-sé-qué programa dijo: «Lo próximo que vamos a ver es un acto sexual en vivo». Tiene razón. Tinelli está llegando a un límite peligroso para él. El acto sexual ya se practica, pero sin penetración y aún (salvo en el accidente mencionado) no se ven genitales. Pero toda la gestualidad de los bailarines (algunos son buenos y se han preparado bien) les da a las posiciones sexuales un verismo ultrarrealista.

El centro del problema no reside en Tinelli. Si no es él, habrá otro. A esta altura seguramente es su propio productor. Pero el canal que lo contrata, ¿por qué lo hace? Porque a la gente le gusta. Y no: eso es falso. A la gente termina por gustarle eso que todos los días le tiran por la cabeza. Pero si se intentara algo mejor, de a poco los gustos irían cambiando. Eso es precisamente lo que Tinelli y todo lo que gira a su alrededor quieren impedir. Que algo

cambie. En tanto tengan atornillados a sus sillones a todos los mira-culos del país, todo irá bien^[123].

Aquí van algunas de las chicas que bailan y muestran lo que tienen en el *show* de Tinelli.

Cinthia Fernández: Ya la mencionamos. Es la del famoso desnudo total. Tomamos de Internet lo que de ella se dice: «El desnudo total de Cinthia Fernández en *Showmatch*. La bailarina mostró todo sobre el final de su coreografía y después pidió perdón por Twitter». No fue la primera que apareció esa noche. Pero el ser la segunda no le incomodó y posiblemente la haya inspirado. «La segunda en aparecer en escena fue Cinthia Fernández, quien, primera vez, ingresó vestida, y como diosa griega. “Dejá de decir que tengo novio porque me espantás a los candidatos. Estoy sola. Estoy muy celosa, vos con Larissa (Riquelme) tomaste champán. ¿A vos te gusta el vino? Después de la coreo te va gustar. Después vamos a tener que tomar vino los dos y te voy a decir cómo. Yo estoy quenchi”, le dijo a Marcelo Tinelli. Finalmente, Cinthia hizo su coreografía y logró sorprender a todos los que se encontraban en el estudio, incluso a sus padres que fueron a verla. La bailarina no sólo se sacó el corpiño, sino que, sobre el final de la coreografía, su soñador le tiró vino y después se sacó la bombacha, provocando un desnudo total, que se vio en cámara. Esta no es la primera vez que la *vedette* hace un desnudo. Cinthia apareció en la portada de la última edición de *Playboy*. Ante el silencio absoluto de Marcelo Tinelli y su desconcierto, el jurado la puntuó de la siguiente manera: Graciela Alfano (9), Flavio Mendoza (9), Moria Casán (voto secreto), Aníbal Pachano (7) y Marcelo Polino (3). Total: 28 puntos».

Hay un error en esta descripción. Tinelli, lejos de desconcertarse, hizo su habitual papel de *qué horror, lo que estamos viendo, no, no, ¡noooooo!* Que no es desconcierto. Él no desconoce nada de lo que va a pasar en su lujoso e iluminado y carísimo burdel. Finge no saberlo. Así, se escandaliza del escándalo, se deslumbra con un buen baile, exagera cuando la cosa se pone caliente o *hot*, según hay que decir, exagera y exclama: *Epa, guarda, qué es esto, se viene, eh, se viene*. Si a alguna chica *casualmente* se le escapa una teta: *Ah, no, así no. Eso es demasiado. ¿Vieron lo que yo vi? ¿Qué cosa, eh? Tiene lo suyo esta chica*.

Larissa Riquelme: ¿Quién no conoce a Larissa? Se hizo célebre en el Mundial de Fútbol 2010. Es paraguaya e hinchaba por Paraguay. Tenía un escote que se desbordaba en cualquier momento. Tiene una cara bonita. Hasta asoma en ella algo de Sean Young cuando Sean Young era Sean Young. No tiene la *finesse* de Sean Young. Pero esto la hace más latina y carnal y accesible para el imaginario de la *gilada*. Hacía calor en el estadio. Las tetas de Larissa brillaban bajo el calor sudafricano. Con toda su pasión latina gritaba por su equipo. Le sacaron fotos desde todos los ángulos del Estadio. La foto de Larissa quedará para la posteridad. Lleva un vestido rojo, cuando grita saca su lengua de perdición, sus tetas son grandes y se ven naturales y, por si fuera poco, entre ellas ha sujetado su teléfono celular. ¡Esto le dio la gloria! Shakespeare es glorioso, pero ¡vean todo lo que tuvo que escribir! Martha Argerich ganó el concurso Chopin, pero ¡cuánto talento tuvo que tener! Hay miles y miles de mujeres inteligentes, brillantes en Suramérica y yo estoy escribiendo sobre Larissa Riquelme. Helen Mirren es una gran actriz, pero Larissa es más linda y más *sexy*. Pamela Anderson casi siempre se ve muy puta, pero Larissa le pasa por encima. La declaran la Reina

del Mundial de 2010. ¿Por qué? ¿Cómo por qué? ¿A quién se le ocurre preguntar por qué? Porque se puso el celular entre sus tetas, señores. Y a cobrar.

De ahí saltó a la fama, a los radioteatros, a los desfiles de modelos. Y a Marcelo Tinelli. Llega a *Showmatch* del modo que le gusta llegar a todas partes. Bailando como una niña, juguetona, inocente, todo lo que hace de inocente nomás lo hace. Si besa a un jurado y le pasa la lengua entre los labios y se la hunde un poquito y después sale saltando exhibiendo su superculo, es de inocente que lo hace. Es Caperucita Roja saltando en el bosque después de haberse echado la mejor cogida del mundo con el lobo o con todos los lobos del bosque, pero siempre rumbo a casa de la abuelita, con su pequeña canasta, libre, inocente. Cuando llega a casa de abuelita se encuentra otra vez con el lobo. De un saltito lleno de gracia se mete en la camita y lo viola.

A Tinelli lo llena de besos, él juega al que no quiere, al que lo supera la situación, al que lo intimida esa niña tan lúdica, fiestera.

—¿Dónde te gusta que te besen, Marcelo?

—Eh, eh... En el cuello.

Larissa le revienta el cuello. Tiene un acento que suena más latinoamericano que paraguayo.

—¿Y sabes dónde me gusta a mí?

—Eh, eh... Ni idea, Larissa.

—También en el cuello.

Tinelli ahí la besa y toda la hinchada «¡Bravo, Marcelo! Es tuya».

¿Será suya? Antonio Gasalla fue jurado por un tiempo de *Showmatch*. Duró poco. Era previsible. Cobró unos pesos y se fue. A la salida lo detienen los periodistas.

—Antonio, ¿se fue de *Showmatch*?

—Sí.

—¿Qué tal su experiencia ahí?

—Una mierda.

—¿Y las chicas son tan lindas como se las ve en la tele?

—Bua, ponele que sí.

—¿Tienen novio o están libres?

—Mirá, querido, no sé si tienen novio. Pero Tinelli se las coge a todas.

(Probablemente, Gasalla se refiriera a las chicas del coro, las que gritan, chillan o vociferan algunas guasadas que suponen humorísticas. Estas chicas eran llamadas «Las Tinelli's»).

Luciana Salazar: No recuerdo en qué año fue. Todavía daba clases para la Fundación Centro Psicoanalítico Argentino. Tenía cientos de alumnos. Una vez llegué a 950 y tuve que dividir el curso. En fin, una coyuntura favorable. Luego bajó algo por mi presencia en los medios: en Encuentro, en Continental y por fin en Radio Madre. El caso es que decidieron que estaba gordo y tenía que hacer ejercicios. Me enviaron a un *gym* de un amigo del director de la Fundación: Adolfo, flor de tipo. Fui un tiempo y me escapé. Después insistí, pero Adolfo ahora tenía su *gym* en el *shopping* Paseo Alcorta. Fui. Todo muy coqueto, lujoso, *high level*. Pero me limité a que Adolfo me dirigiera en mi maratón hacia el adelgazamiento y —por qué

no— la imparable fortaleza de mis bíceps, la dureza de mi estómago y tantas otras cosas más. Adolfo era divertido. «¿Lo ves a ése?». Había un tipo con un cuerpazo impresionante. Tenía músculos hasta en la nariz. «¿Qué te puedo decir? Ojalá tuviera ese lomo», le dije. «No te preocupes. En la cabeza tiene un tornillo». Menos mal, qué consuelo. De pronto me dice: «¿Sabés quién está atrás tuyo?». «Ni idea». «Mirala». Me di vuelta. Corriendo en la cinta a una velocidad con la que superaría fácilmente al Correcaminos había una rubia con el pelo recogido, vincha, pantaloncitos hasta algo más allá de la rodilla, pequeña, delgada y con un top. «Es Luciana Salazar», me dice Adolfo. No fui más. La posibilidad de la súbita aparición en el lugar de un periodista de esas revistas amarillas y tan reñidas con la verdad y tan (por decirlo claro) tira-mierdas con ventilador nuclear que saca Fontevecchia, me decidió a huir y a seguir gordo y tranquilo. Un día que andaba cerca lo fui a saludar a Adolfo. «Nunca te mostré el lugar donde preparamos los glúteos». Estaba apartado y cubierto con una gran cortina oscura que lo rodeaba, ya que era circular. Había de todo ahí. Sólo algo me llevé: pude casi sentir físicamente el sacrificio que implicaba para las mujeres que entregaban sus vidas a la fortaleza de sus glúteos todo lo que ahí se les hacía. Era duro tener un culo duro.

En cuanto a la chica Salazar, la vi en la revista *Gente* compartiendo una foto con el revolucionario líder de la Federación Agraria Argentina, el señor Buzzi. Ella posaba metiéndole su rodilla izquierda entre las largas piernas del combativo agrarista. Él se hacía el distraído. ¿Tampoco sabía qué era ir a una fiesta de *Gente*? Cuando a alguien le empiezan a gustar los sensuales chisporroteos del poder es peligroso. Sobre todo para un hombre que dirige una Federación obrera. Yo salí rajando del *gym*, al que fui confiando en mis amigos, en el director de la Fundación y en Adolfo. Pero Buzzi fue feliz. ¡Al fin estaba donde le gustaba estar! En el mismísimo frívolo centro del poder mediático. Ahí se quedó.

Salazar hace un número en que se ven tres círculos en una pared escenográfica. Cada círculo está cubierto por un papel delgado. La Luly pregunta a su invitado: «¿Qué modelo preferís?». El tipo no entiende bien, pero dice: «La del centro». Y de ese círculo, el del centro, ¡plop!, brota un ultraculo a través del papel. «¿Querés tocarlo un poquito?», pregunta Luly. Eso, el ultraculo, era la modelo. La modelo era el ultraculo y el ultraculo era la modelo. No había nada más ni nada más importaba.

A Luly Salazar, además de acusarla —sin duda cruel e injustamente— de hacer uno que otro video porno con el nombre de Lucy in Love, le dicen «La Pamela Anderson argentina». Ignoro, tal vez como ella misma, si ser eso es bueno o es malo. Hace tiempo que se la ve menos. Estos trabajos no duran mucho. Si uno observa a algunas integrantes del jurado de *Showmatch*, comprueba en qué se van convirtiendo, por medio de las cirugías, estas hoy bellas señoritas, mañana irreconocibles. Las siliconas no solucionan nada. Todo vuelve a caerse. Las tetas persisten en ser lo que son, como la sustancia spinociana. Hay un chiste que surgió tal vez el mismo día que la señora Moria Casán tuvo un niño: «La leche me la tomo», dice el niño. «Las siliconas las escupo». Cosas del humor popular. Suele ser poco piadoso.

Carla Conte: La furia de los esclavos de la TVBasura contra cualquiera que escape del molde establecido suele ser brutal e hiriente. Créase o no, se apoderaron de la palabra «cosificación» y la usan en el modo de la burla. «Ahora las mujeres no quieren que las cosifiquen». «Pero ¿quién se cree que es Carla Conte?». «¿Cómo le hace eso a Tinelli?». Al

hacérselo a Tinelli se lo hace a todas. Cuando uno se rebela, el sometimiento de los otros se torna más evidente. Sólo uno hace falta. Ahí el espectador se asombra: «Uy, mirá lo que hizo esa mina. Lo dejó pagando a Tinelli». Ahora nada se oculta. Todos quedan al descubierto. Tinelli maneja todo. Hace lo que quiere. Humilla a todos. El jurado juega a pelearse, a prometerse agresiones judiciales feroces, los insultos van y vienen. No es así. Todo eso es mentira. Lo organizó Tinelli. Tinelli hizo de su programa la jubilosa apología de la culocracia. Es la gran fiesta del ultraculo. Los que manejan las cámaras también hacen su tarea. Tinelli se los dijo: «Enfoquen los culos. Sobre todo los culos». ¡Y cómo cumplen los magos en perseguir culos, tetas y vaginas si alguna aparece «casualmente»! Muestran tanto exceso que un muchacho que andaba por la segunda semana de matrimonio confesó alegremente: «Mucho mejor que en casa». Pobre pibe.

El conjunto «Los Teklas» empieza con una tonadita que dice: «Corta la pollerita, Tinelli». Se las pidió Tinelli, claro. ¿Qué es cortar la pollerita? Las chicas bailan con polleritas bien cortonas. Al concluir su número el pícaro de Tinelli, tijera en mano, les corta las polleritas. Las chicas quedan en tanga hilo-dental. No bien se dan vuelta, la Cámara se les hunde en lo que nuestro —suponemos— bien recordado Quevedo Villegas llamaba «el ojo del culo». Todas felices. Todo es así. Tinelli es así. Hay que calentar a la gilada. El primero en saberlo es Tinelli. ¡Vamos, que todos digan «mucho mejor que en casa»! Sí, idiotas, mucho mejor que en casa, pero arréglense con lo que tienen en casa porque un culo de estos es carísimo.

Un acto de libertad siempre rompe con lo establecido. Es la disonancia en un concierto que debía sonar armónico y perfecto. Es el huésped no esperado. ¿Quién invitó a la libertad al reino de la idiotización y el sometimiento? La bailarina y hoy conductora de programas de TV Carla Conte había hecho su baile y se retiraba. Tinelli fue a cortarle la pollerita. «¡Corta la pollerita, Tinelli!». Carla Conte le dijo: «¡No!». Claro y potente. Tinelli habrá creído que era una broma. ¿A él? ¿Cómo a él una mujer le va a decir que no, si él hace lo que quiere, es el dueño de todo, si quiero no trabajás en ningún otro lado, nena, o no lo sabés? Insistió y nada. Conte decía no y defendía su pollerita ante el avance temible de la tijera. Además, dato curioso, no tuteaba a Tinelli ni Tinelli a ella. Se salió con la suya. La llamaron de muchos programas. Por esos días fui a *TVR*, un programa al que suelo ir porque Schultz y Rago me caen bien. Ahí dije un par de frases sobre el acto de libertad de Conte. Después fue ella y Schultz decidió aporrearla un poco con su pasado. Parece que Conte, seis años atrás, trabajaba en un programa de nombre *Call TV*. «¿Y qué querés? Tenía que trabajar». «Pero decían que tenías las mejores tetas del país». Conte se ríe: «Eso es cierto. Pero apenas me dijeron *Nena, date vuelta*. Y me lo dijeron para poncharme la cámara en el culo, me fui». Conte —ciertamente— tiene las mejores lolas del país. ¿Por qué? Porque no se puso ni una silicona, nada. Un milagro en el siglo XXI: unas lolas naturales. Tampoco su ciber-culo lo es. Porque está intacto. Lo habrá trabajado en el gimnasio. Al ser natural no es un ciber-culo. No es un culo tinelliano.

Ahora Conte dirige un programa de entrevistas por TV. Le dicen: «Carla, te equivocaste». Es una canción. Y sigue así: «Con esas gomas el éxito estaba cerca. Ahora que te disfrazaste de Nietzsche y de Freud no llegás más». En su programa invitó a Macri. Le hizo una pregunta que atragantó la sesera del pibe. Ni idea tenía. Al despedir al líder de la culta Buenos Aires, su compañero de programa le pide a Macri lo que toda la derecha ya se hartó de pedirle:

«Queremos seguridad, Gobernador. Seguridad. Seguridad». Conte lo interrumpe y dice: «Callate. Ma qué seguridad. Queremos salud, educación, Gobernador». Le dedicaron otra canción: *Esa chica tiene swing*. Muy divertida y pegadiza.

Le va a ser difícil. Una mujer bonita que —en un mundo trazado por las leyes tinellianas— entre sus tetas y su inteligencia elige su inteligencia, tendrá muchas cosas en contra. Pero, apuesto que gana. Esta chica tiene *swing*.

Charlotte Caniggia: Cómo se han divertido con esta chica indefinible, única. Es la hija (muy dotada físicamente, aunque torpe, sin gracia y con un alto índice de descerebramiento) del jugador de fútbol Caniggia y de Mariana Nannis, figura impecable de la década menemista en que hacía alarde de sus compras millonarias mientras el país se vendía y millones se precipitaban en la marginalidad, la extrema pobreza y el resultado de esas dos cosas: la delincuencia.

Charlotte aparece en *Showmatch* y Tinelli empieza su reportaje. Ahí cerca, la mamá vigila. En cierto momento, él dice:

—¿Te clavarías una birra?

—¡No!

—Pero ¿qué tomás?

—Shampein.

Aquí, la chica ET ha lanzado la frase del éxito. Diversos conjuntos musicales graban —en torno a ella— divertidos temas. Siempre llega un momento en que la música se detiene y surge la voz de Charlotte: ¡Shampein! El tema se llama, sí, *Shampein*^[124].

Interviene Moria Casán, que logra lucirse. ¡También, al lado de Charlotte, es robo!

—Nena, vos sos argentina. Decime, ¿dónde queda nuestro país? ¿En América del Norte, Central o América del Sur?

—No sé —responde Charlotte como si volviera a decir Shampein.

Dice que no va a los *shoppings* argentinos porque tienen poca mercadería. Dice que se baña en *Shampein*. La revista *Caras* organiza una producción. Llena de champán *Dom Pérignon* una lujosa bañera y ahí entra Charlotte a darse su baño predilecto. Caramba, Fontevecchia, en un país y en un continente donde hay tanta pobreza tirar el dinero de ese modo casi supera la frase de María Antonieta sobre los pasteles en reemplazo del pan para los pobres.

El célebre caño de Tinelli

Uno está harto de ver en films norteamericanos a unos desdichados onanistas que se apoyan en la barra para ver a las bailarinas del caño. Las minas son prostitutas. Salvo Demi Moore que, en *Striptease*, lo hacía para mantener a su hija porque su marido la había dejado y el cretino no le aflojaba ni un peso. Entonces ella, madre abnegada, se va a un boliche miserable a ejercitar el baile del caño. Lo increíble de la película es que esta ama de casa y madre no bien se desnuda tiene el cuerpo espectacular que costó dos millones construir de... Demi Moore. Y baila el procaz baile del caño como si lo hubiera bailado toda su vida. La película (y otra más que hizo con Ridley Scott, en que se peló para hacer una sargento del Ejército y decirles a los soldados: *Suck my dick!* terminó con la carrera de Demi. El baile del caño con que Tinelli creyó encontrar la clave definitiva del éxito tiene un origen prostibulario. El momento más glorioso es cuando una «bailarina» incrusta su superculo en el caño y todo queda claro: el caño es un superpene que penetra a un ultraculo. El ejemplo más perfecto fue el de Jesica Cirio. Pero atención: las chicas se animan porque Tinelli les ha dicho antes que sí, que es posible, que si se atreven lo hagan. Luego, en las secciones más letrínógenas de Internet, sale el impresionante tevé-culo de Jesica Cirio que, varias veces, se introduce todo lo posible el caño en el ojo del trasero. Y el texto dice: «¡A Jesica Cirio se le vio toda la cosita con *Zoom!* Baile del caño completo»).

El programa de Tinelli no es ni divertido. Está hecho para el espectador mira-culos. Es la apoteosis del culo-idiotizante^[125]. Nadie puede tomar conciencia de su situación en el mundo ni siquiera del mundo en que vive si cuando prende la tele se le arrojan todos esos ciber-culos por la cabeza. Había un chiste que era así: un tipo volvía al país después de un tiempo. En una plaza veía a una chica leyendo un libro. En un diario se anunciaba un concierto en el Colón y un Festival de Tango en San Telmo y otro de buen rock en Obras. En la tele había programas cómicos sin capo cómicos guarangos, que buscan hacer reír a base de insultos, de guaranguerías y siempre a costa de las mujeres. No, había debates valiosos. Y la comicidad era otra. Porque hay otro modo de hacer reír. Vayan a su video y pidan *La fiesta inolvidable* con Peter Sellers, dirigida por Blake Edwards. Vean la serie inglesa *Miranda*. Alguna vez en este país estuvo Tato Bores. Los uruguayos de *Telecataplum*. El genial Ricardo Espalter o los mejores momentos de Olmedo. Volvamos al tipo que regresa al país y encuentra tan cambiado el panorama. Pregunta: «¿Qué pasó?». «¿Cómo, no lo sabe?». «No». «Murió Tinelli». No es necesario desearle la muerte a Tinelli porque habría que desearle la muerte a todo el sistema del capitalismo idiotizante que lo sostiene. Tinelli no es un fenómeno nacional. La culocracia está en toda Suramérica. En la Italia de Berlusconi. En Estados Unidos avanza a pasos agigantados. Pero las mujeres llevan ahora la delantera. No en todas partes, pero las *yankis* idolatran el trasero de los tipos. Acaso porque ellas —que exhiben maravillosas piernas largas y excepcionales tetas— carecen de caderas y de ultraculos. *Parker*, último film del meteórico Jason Statham, lo muestra alejándose en tanto Jennifer López mira su trasero y suspira extasiada. En el último Festival de Múnich, Robert Downey Jr. y Gwyneth Paltrow,

dos valiosos actores, presentaron una de las típicas basuras que Hollywood hace hoy. Gwyneth, chica que nunca se vio muy inteligente, sobre todo desde que lloró un largo rato al recibir un Oscar que le dieron gracias a sus contactos con Miramax, dijo a los periodistas: «Robert tiene el más hermoso trasero del mundo. No se vayan sin tocarlo».

Este año de 2013, en que escribo estas líneas, Tinelli no tiene trabajo. No arregló con ningún canal. Que nadie se alegre. Si no es él, será otro. Alguien ha dicho: «Hay dos formas de impedir pensar al ser humano: una, obligarlo a trabajar sin descanso y otra obligarlo a divertirse sin interrupción». Pero la diversión se centra cada vez más en lo sexual. *El ultraculo es el culo-humillación*. El *Dasein* mira-culos es el *Dasein* más profundamente inauténtico de cuantos puedan ser imaginados. Y aunque los ejemplares de la TV crean haberse adueñado de la palabra *cosificación* vamos a seguir usándola. El ente antropológico —en la filosofía de Sartre, sobre todo en *El ser y la nada*— es pura posibilidad. De ahí el concepto del hombre en tanto nada. Soy nada porque estoy arrojado al mundo, hacia mis posibles. En este presente sólo soy una sed que se e-yecta sobre el mundo. El hombre no es realidad, es posibilidad. Una piedra es realidad. Una piedra es una cosa porque no tiene la dimensión del futuro. Es lo que es. Está cosificada en su ser. Eso pasa con el mira-culos. Eso busca el ultraculo. Que el que lo mire se paralice en esa mirada. Se cosifique en esa mirada. Más que el ultraculo (que es, sí, una cosa en tanto es una mercancía), el cosificado es el pobre tipo mira-culos. El cosificado es el sujeto libre. Lo que se cosifica es su libertad. *El ultraculo es una herramienta del poder para cosificar la libertad de los sujetos*. El sujeto sigue bajo el señorío de los otros, pero ese señorío se expresa aquí por medio del ultraculo. El poder busca matar al sujeto. Sabe que ahí reside el verdadero peligro. La infinidad de ciber-culos, ultraculos, tevé-culos, culos espectá(culo) que germinan por innumerables partes van en busca de eso: de la libertad del sujeto. Todas esas formas de culos convergen y se sintetizan en una: el *culo-idiotizante*.

Hemos dejado de lado muchas cosas. El culo está en todas partes. La bella modelo Kate Moss se ha vuelto una obra de arte. El hipervaluado artista Lucian Freud le hizo uno de sus dibujos en la espalda, muy cerca de su ultraculo. (¿O qué clase de culo creen ustedes que tiene una chica como Kate Moss que se gana la distinción de un tatuaje de Lucian Freud?). Ahora anda por ahí y algunos quieren despellejarla y vender la valiosa obra de arte. Su costo se ha vuelto incalculable, pues Lucian está considerado uno de los más grandes artistas del siglo xx (otro más). Y es —por si fuera poco— nieto de Sigmund Freud. Murió hace poco. En 2011. ¡La cara de loco que tenía! Algunos dicen que estaba más loco que su abuelo Sigmund. Pero cada uno supo canalizar su locura. Sigmund, ya sabemos cómo. Y Lucian, tatuándole el trasero a Kate Moss. Seamos justos: hizo otras cosas. Son horribles. Pero tal vez, sí: sea arte.

Algo que refuerza nuestra tesis central (*el culo es la imagen hegemónica de la modernidad informática*) es el pasaje de la Lambada al Reggaeton Perreo. La Lambada (que se promocionó como el baile prohibido) era sexo contra sexo, bien pegaditos. Nada tenía que ver el culo. Tuvo su momento de auge en los ochenta. Hoy reina el Reggaeton. Las chicas apoyan o mantienen muy cerquita el culo de la herramienta fundamental de la masculinidad que no tarda en entrar agradablemente en calor. Una joven, en Mar del Plata, una chica encantadora que me habían destinado para cuidarme pues tenía que dar una conferencia,

dijo con gran entusiasmo: «El Reggaeton animó mucho la vida de los boliches». Por último se podría intentar el Reggaeton frontal. Una especie de Lambada y perreo pero con embestidas de perreo hacia las cavernas arboladas (cada vez menos arboladas por las tangas hilo dental) de las niñas.

Como dice Peggy Lee: *Let's keep dancing*.

A modo de breve conclusión

Cuando nos cansemos de los culos, insistirán con las tetas. Cuando nos cansemos de las tetas, insistirán con los culos. Cuando nos cansemos de los culos y las tetas, atacarán con los penes. Harán grandes concursos mediáticos. «Si la tiene larga, ¡venga y gánese un cero kilómetro!». Los jurados serán femeninos. También las encargadas de medir los miembros viriles de los concursantes. Cuando nos cansemos de los culos, las tetas y los penes enviarán sus soldados, previo acuerdo con el poder mediático monopólico de cada país. Arrojarán sus misiles. Nos quieren idiotas, sumisos, manipulables o muertos. Nosotros amamos la vida, el arte, el amor. Ellos no. Sólo aman el poder. Y destruirán el planeta con tal de no perderlo.

Si los socialismos del siglo xx hubieran ganado, habrían hecho lo mismo. De otro modo. Pero no otra cosa. Lo central —siempre— es la sumisión, por el embrutecimiento en el trabajo, por la fuerza represiva o por la represión del entretenimiento. ¿Hay alguna esperanza? Por ahora, saberlo. Alguna otra intentaremos en el final.

Apéndice

Investigación: cómo se fabrican los ultraculos

Uno de los más grandes especialistas del país (o tal vez el más grande) en la cuestión del tratamiento de glúteos tuvo la gentileza (que agradezco) de entregarme una detallada folletería sobre el tema. Pidió que no mencionara su nombre; cosa que, por supuesto, no haré. También agradezco a la persona que me contactó con él. Hablamos bastante por teléfono. Se mostraba feliz de colaborar en este trabajo. Estaba de acuerdo con mi enfoque negativo sobre la cuestión. Pero era su trabajo, muchas personas colaboraban con él, y se sentía casi una víctima de un fenómeno para el que no tenía explicación alguna. «No sé por qué pasa esto. No puedo entenderlo. Pero cada día son más». Voy a transcribir algunos de los pasajes centrales del folleto explicativo. Probablemente no me prive de hacer algunos comentarios.

Tratamiento para levantar los glúteos

Es normal que a medida que pasen los años los glúteos pierdan firmeza. Hoy existe una amplia oferta para solucionar este tema:

[Que «los glúteos pierdan firmeza» es una amable forma de decir que se caen. Uno y otro. Los dos glúteos —como las Torres Gemelas— colapsan. ¿El motivo del colapso? Nada que ver con los aviones de American Airlines. Es el tiempo. Es la fiera venganza del tiempo que se complace en derruirlo todo. F. Scott Fitzgerald dijo alguna vez: «La vida es un proceso de demolición». Gabriel Marcel: «Cada vez más nos parecemos más al cadáver que vamos a ser». O «desde que nacemos empezamos a morir». O Heidegger: «Vivimos en el aún no». Es decir, en el «aún no hemos muerto». Cuando pasemos al «ahora sí» habremos dejado de ser. Ni siquiera estaremos muertos. Que es, todavía, una forma de «estar». No, dejaremos de ser. Algunos optimistas se empeñan en atenuar esto. Hay por ahí una frase de Charles Chaplin: «Sólo hay algo tan inevitable como la muerte: la vida». ¡Ja! Uno agarra un matagatos, apenas esto, se lo mete en la boca como una barra de chocolate, le da duro al gatillo y adiós: se acabó la inevitabilidad de la vida. Lo único inevitable de la vida es la muerte. Somos finitos y lo sabemos. Tratan —muchos— de ocultarlo con los cirujanos plásticos. Pero todo —con el tiempo— se derrumba. Precisamente con eso: con el tiempo. No hay cirugía que detenga lo indetenible. A lo sumo, será un cadáver cirugado. Con algunas arrugas menos. Sus amigos y parientes —cuando lo/la vean en el cajón— con algún consuelo podrán decir: «Qué bien se ve. Ni parece que estuviera muerto». Pero sí, está. A la Muerte no le importan las cirugías plásticas. Va por otros caminos.]

Medicina estética

Es un tratamiento que utiliza la estimulación electrónica para la recuperación de la tonicidad muscular y un levantamiento uniforme de los glúteos por medio de contracciones

musculares; se acompaña de drenaje linfático. Generalmente, para lograr buenos resultados se deben realizar por lo menos diez sesiones de veinte minutos cada una.

Aumento de glúteos con ácido hialurónico

Este es uno de los procedimientos utilizados en la actualidad por la naturalidad que logra, sumado a una rápida recuperación. La técnica comprende, bajo anestesia local, la inyección de ácido hialurónico, que se reabsorbe naturalmente en los glúteos produciendo un aumento moderado, y al día siguiente se puede retomar la rutina diaria y ver los resultados, que duran cerca de un año, pero tiene un alto costo.

Implantes de nalgas

Este procedimiento sólo lo puede hacer un médico cirujano acreditado y utilizando implantes que cumplan con la normativa. Algunas veces esta opción incluye liposucciones laterales para armonizar la zona donde se implantará la prótesis. Por tratarse de una intervención médica, deberá permanecer un día o más en la clínica para recuperarse.

[El implante de nalgas tuvo un largo período de fama pues se le atribuyó al doctor José Luis Manzano haber recurrido a él porque no le agradaba cómo le caían los pantalones. El doctor Manzano fue —años ha— un personaje de nuestra sociedad política del espectáculo. Durante la rebelión cara pintada salió al balcón de la Casa de Gobierno —mientras Alfonsín negociaba con los insurgentes en tanto tenía más de dos millones de personas en las plazas del país— y levantó su brazo pidiendo calma. Que todos esperaran el regreso del Presidente. La historia se sabe. Alfonsín regresó y mandó a todos a sus casas con la frase: «Felices Pascuas. La casa está en orden». Luego entró y, al pasar junto a Manzano, le dio un beso en la mejilla y una palmada en un brazo. Estaba feliz. Creía que había triunfado. Ahora, Alfonsín murió y José Luis Manzano es un personaje que se cobija en las sombras. Propietario de grandes franjas del país, se dice que está secretamente en todos los negocios turbios que se hacen junto a su amigo el «Coti». Nosiglia. De esto pocos saben algo con firmeza. Con los años, mi valoración de Alfonsín terminó siendo positiva: no mató a nadie y no salió más rico del Gobierno de lo que había entrado. Antes de morir, visitó a CFK en la Casa Rosada, sin someterse al odio extremo de la llamada «oposición». Del doctor Manzano no sé nada. Es un personaje del under político. Más aún ignoro si se ha hecho otra operación ante la incomodidad de sus pantalones. Algunos dicen que sí, otros que no. Pese a la indudable importancia que tiene en los negocios —por ejemplo— mediáticos, sólo se lo menciona cuando se discute sobre los avatares de su culo.]

Aumento de glúteos con implantes de silicona

El procedimiento es efectuado mediante una incisión realizada en el pliegue entre ambos glúteos (donde las cicatrices resultarán menos evidentes). El cirujano plástico crea un bolsillo submuscular o subfacial donde los implantes serán ubicados. Una vez que han sido

colocados, se corroborará su simetría y natural apariencia. Las incisiones son cerradas, y se aplica un vendaje de compresión. Así, esta ropa especial permite la compresión necesaria para reducir el malestar en el área y la hinchazón.

Aumento de glúteos con grasa

El exceso de grasa de otras áreas del cuerpo (abdomen, incluyendo las caderas, parte posterior o los muslos) es extraído y reutilizado para dar forma a los glúteos. Se somete la grasa extraída por un método de liposucción a un proceso de purificación, para ser reinsertado en diversas capas de los glúteos. Este método es más natural que la alternativa de los implantes e implica el no rechazo del material colocado. En cuanto a la recuperación, es simple y rápida, haciéndose masajes de drenaje linfático durante unas semanas.

[Una mera curiosidad: para rellenarse el culo le tienen que sacar grasa de otras partes del cuerpo. Abdomen, incluyendo las caderas. Y detrás de los muslos. Dígame, si tiene tanta grasa, su problema es ése. Usted es una gorda (por usar una expresión políticamente incorrecta) y tiene que adelgazar. Pero si lo hace no tendrán grasa para ponerle en su culo. Gran dilema. ¿Gorda con culo caído? ¿O flaca-Treblinka con ultraculo? Usted decide. Su vida es suya. Puede hacer con ella lo que quiera. Por ejemplo, el ridículo.]

- Anestesia: realizado generalmente bajo anestesia general, pero no necesariamente.
- Hospitalización: procedimiento ambulatorio. Alta en el mismo día o al otro día por la mañana.
- Duración: entre dos y tres horas.

[¡Una operación de tres horas! Anestesia general. ¿Sabe toda la anestesia que hay que dar para una operación de tres horas? No la que le pone el dentista para hacerle un conducto. Ni siquiera la que le ponen para esa cosa horrible que le hacen en el duodeno, que le ponen un cañito con una linternita para ver qué tiene usted ahí. A menudo —sin mayores vueltas— le dicen «cáncer». Ufa con la vida, ¿no? Pasan cosas lindas: la Navidad, los cumpleaños, un asado en una noche cálida. Pero cuando pasa una fea, es tan fea que arruina todas las lindas. No importa: usted hágase el ultraculo. Nada va a cambiar. Pero la ilusión durará un año o dos. Durante esa feliz temporalidad usted se sentirá inmortal. La vejez, la decadencia pueden ser derrotadas. Y los Reyes Magos existen y vienen en camellos sedientos. Pero usted cree en ellos. Como en el sólido culo que espera tener.]

Después de la cirugía, el paciente puede retirarse a las horas de realizado el procedimiento. El primer día la persona puede sentirse algo incómodo, por lo cual es importante que sea acompañado en el proceso, especialmente durante la noche y durante algunos días para que sea asistido para salir de la cama y realizar algunos deberes cotidianos.

La ropa que se coloca para proporcionar compresión suficiente se quita a los dos o tres días de la cirugía. A partir de ese momento el paciente puede ducharse, comenzar a moverse normalmente. Los resultados pueden ser observados inmediatamente pero el aspecto de los glúteos parecerá más natural y se sentirán más suaves dentro de unos meses.

Volver a la rutina normal. Se deben retomar gradualmente las actividades rutinarias. Usualmente, el paciente retorna a la normalidad a fines de la segunda semana, a excepción del ejercicio. La gimnasia, andar en bicicleta, y otras actividades que impliquen mucho movimiento del área intervenida deben reanudarse luego de las seis semanas de realizada la cirugía.

[Por favor, no lo olvide. Si le gusta andar en bicicleta, hágalo a las seis semanas de la intervención. Si puede aguantar hasta diez o quince semanas, mejor. Un año y medio, óptimo. ¿Usted se imagina algo peor que andar en bicicleta con el culo roto?]

¿Hay efectos secundarios?

La práctica de la medicina y la cirugía no es una ciencia exacta. Aunque este tipo de operación no tenga prácticamente ningún tipo de efecto secundario, entre los posibles riesgos y complicaciones se encuentran infecciones, acumulación de líquidos, cambios en la sensibilidad de la piel, decoloración de la piel y/o hinchazón, etcétera.

[¿Todo eso puede pasar? ¿Posibles riesgos y complicaciones? Usted sabe bien que todos los neuróticos que apelan a estas técnicas que inventó Mary Shelley en el siglo XIX y dio como resultado al Monstruo del doctor Frankenstein (que fue Boris Karloff, y que tan joven y atractivo se veía), no bien leen «posibles riesgos y complicaciones», no hay uno que se priven de evitar. Los somatizan todos. O sea, no espere menos que infecciones, acumulación de líquidos, cambios en la sensibilidad de la piel (el despellejamiento-Hiroshima es el más común), decoloración de la piel (puede volverse negra de Harlem o, peor, boliviana o negrita de la Villa), acumulación de líquidos (suele conducir a situaciones incómodas: mearse en un té con sus amigas de la avenida Alvear y encastrar toda la alfombra que la dueña de casa recién importó de Persia. No tome a mal si su amiga la cubre de iracundas puteadas). Además, ¡caramba! ¿La medicina y la cirugía no son ciencias exactas? No, y ahora lo sabe.]

¿Qué se puede esperar de una cirugía de aumento de glúteos?

[¿Lo mejor? El caño de Tinelli.]

Del micro trasplante de grasa:

- El volumen de los glúteos aumenta en forma permanente.
- Define el contorno del cuerpo, esto es así ya que al mismo tiempo que se aumenta el volumen a los glúteos, se reducen las áreas de donde la grasa es extraída.

De los implantes de silicona:

- El volumen de las nalgas aumenta en forma permanente.
- El esquema de los glúteos mejora mucho; de hecho, el procedimiento realza su contorno.

Alternativas para la cirugía de aumento de glúteos

Hilos reafirmantes

Introducción: Esta técnica ambulatoria que tarda unos 45 minutos se caracteriza por utilizar anestesia local y por no utilizar implantes externos. Conocido en otros países como Pexia Glútea, el procedimiento consiste en colocar finos hilos tensores a modo de malla en los músculos de las nalgas sin causar molestias ni hematomas. Las cicatrices son prácticamente mínimas y los hilos no han reportado rechazos. Sólo se debe utilizar una faja de contención por algunos días para asegurar la zona, pero son de corta durabilidad.

La cirugía estética de este nuevo milenio recurre a técnicas cada vez menos invasivas, intervenciones pequeñas y rápidas, con resultados más naturales.

Hoy ya se puede hablar de *lifting* no quirúrgico, sin cortes ni suturas con una técnica basada en la utilización de hilos tensores, que permiten un rejuvenecimiento facial sin entrar al quirófano.

Durante 1999, el científico ruso Dr. Marlen Sulamanidze, cirujano plástico, obtuvo las patentes mundiales de sus hilos aptos. Trabajó junto a su hijo, Dr. Georges Sulamanidze, para perfeccionar un método de rejuvenecimiento facial no quirúrgico, un procedimiento rápido que ofrece volver atrás el reloj unos 5 a 15 años, dependiendo de cómo luzca el sujeto (anatomía) y las habilidades y experiencias del cirujano.

Características de los hilos reafirmantes

Se trata de un hilo de prolipropileno inabsorbible, no biodegradable, biocompatible y de alta resistencia. Es decir que no es absorbido, no provoca reacción alérgica y no es rechazado por el organismo (características del hilo de sutura de prolipropileno que ha sido ampliamente utilizado desde hace muchos años en las especialidades quirúrgicas).

Funciones

Se introducen bajo la piel con una guía láser que crea micro túneles. Con ellos se levantan y fijan los tejidos blandos de manera uniforme ya que están provistos de unos dientes llamados *Cogs*, los cuales convergen en dirección opuesta. Estos hilos aptos se insertan en el tejido celular subcutáneo y los *Cogs* se anclan y jalan la piel obteniéndose así el *lifting*.

Hay que tener presente que estas terapias no son milagrosas, así que debes complementarlas con una buena alimentación, ejercicio y el uso de geles reafirmantes para que el proceso valga la pena y perdure en el tiempo, y si se tiene una genética que acompañe, los resultados son más que satisfactorios.

[Estas terapias no son milagrosas. ¡Pero usted esperaba un milagro! Y la comprendemos, espera un milagro porque necesita un milagro para levantar esos glúteos tipo Muro de Berlín. Usted entiende, caídos. ¿Vio lo poco que duran esas minas? Al año, año y medio, uno pregunta:

«Che, ¿quién es ésa?». «Fulana». «¿Qué le pasó? ¿Chocó con el auto, no llevaba cinturón y se hizo mierda la jeta contra el parabrisas?». «No, se cirugeó». «Es lo mismo. Para mí, está muerta». «No exagerés. Tiene menos arrugas». «Menos arrugas, pero es otra. La que a mí me gustaba murió».]

TERCERA PARTE

INTERNET, EL SÚPER *BIG BROTHER* DE LA MODERNIDAD INFORMÁTICA

Pensar a Julian Assange

Hace tiempo que se ha transformado en una celebridad incómoda. Alguien tan célebre que tiene que estar refugiado en la Embajada de un pequeño país suramericano, en Londres. Todo el mundo habla de él. Muchos lo admiran y lo ven como el cruzado de una causa noble contra los poderosos castillos del poder, con sus fosos de aguas turbias, sus puentes levadizos y algunos dragones que arrojan vaharadas de fuego sobre todo mortal que se atreva a embestirlos. Otros, aunque también lo admiran, lo ven como a un caballero andante que embiste a ciegas e irresponsablemente molinos de viento, cuyas aspas degollarán limpiamente a todo aquel que vaya más allá de la sensatez; ese *más allá*, según vemos, sigue siendo —como siempre lo fue— la Muerte. Otros, que no lo admiran sino que lo odian, buscarán borrarlo de la faz de la Tierra ante la primera oportunidad que se les presente. Es Julian Assange, el creador de WikiLeaks. ¿Un genio o un demente? Vana pregunta. Todo genio tiene algo de loco. Y todo loco, algo de genio; no siempre. Si uno lo mira atentamente, si lo escucha hablar, tramar sus argumentos, reírse, no abandonar su humor, estar del lado de la paz, de los débiles, de la vida, en contra de las guerras, se entrega a su carisma, que es fuerte. No nos entregaremos a él. Vamos a empeñarnos con firmeza en otra cosa. Pensar a Julian Assange.

Durante los días en que escribo las —supongo y espero que así sea— páginas finales de este ensayo, Assange está refugiado en la Embajada de la República de Ecuador en Londres. Lo persigue el Imperio. Sabemos que el Imperio es un enorme animal herido y eso lo torna más peligroso. Puede actuar por orgullo, por venganza, por frivolidad, por haber extraviado una escala de valores basada en los principios que siempre esgrimió: libertad, democracia, respeto por el individuo, y perderse en esta caótica exhibición de poder armamentístico, de ilimitada voluntad de poder, de globalización controlada, de espionaje paranoico, de *videogames* que trasladan a sus soldados a matar como eso: como si jugaran un *videogame*. Precisamente Assange divulgó un documento filmico en que se veía a soldados norteamericanos que, desde un helicóptero, asesinaban a hombres y niños en tierra con la precisión y la indiferencia de un juego. Luego lo dijo: «Para ellos, no son vidas humanas. No conocen el valor de una vida. Para ellos es sólo un *videogame*».

WikiLeaks ha sacado a luz 400 000 archivos secretos. Informa que en la guerra de Irak hay 109 000 muertos a partir de 2003. Que el 63% son niños. Que se lo acuse de antiamericano es lo menos que puede esperar Assange. Aunque se trate de una acusación grave. Ser antiamericano es estar contra todo lo grande y bueno que USA representa, que es, precisamente, *todo*. Hillary Clinton le dedicó palabras duras: «Los Estados Unidos condenan fuertemente (*strongly*) la difusión ilegal de documentos clasificados. Pone en peligro la vida de la gente, amenaza nuestra seguridad nacional y atenta contra nuestros esfuerzos por trabajar con otros países en común». Hizo estas declaraciones el 29 de noviembre de 2010, cuando Assange ya era una pesadilla para el Imperio. Lo sigue siendo. Entre los datos «incómodos» que reveló Assange del espionaje norteamericano algunos son divertidos y

revelan cómo la paranoia se mezcla cada vez más en la infinita Guerra contra el Terror. «Hitler» es el modo en que nombran a Ahmadineyad. Describen a Berlusconi como un vago y un inútil, dos cosas que suelen ir juntas. Además, Berlusconi se ha burlado de todo y hasta ha dicho eso tan *horrible* sobre el tono tostado de la piel de Obama, pero nunca los agredió y siempre colaboró con ellos. En cuanto a la Presidenta de la Argentina, CFK, dudan de su estado mental. Algo que aquí ya sabíamos pues lo reveló Marcos Aguinis en la Feria del Libro. Tal vez se lo dijo la CIA.

Sin embargo, hay ataques ingeniosos y nada livianos que USA deja pasar, no castiga ni hace declaraciones «fuertes» en su contra. Supongo que todos conocen a Sacha Baron Cohen. Es un muchacho decididamente travieso. Es joven: nació en octubre de 1971, en Londres. Estudió seriamente en Cambridge. Es muy alto. Tal vez se inspire en Peter Sellers, ya que acostumbra encarnar distintos personajes. Su humor es políticamente incorrecto, lo cual se agradece. En 2006, tuvo un gran éxito con su film *Borat*. Narraba la historia de un periodista de Kazajistán que viajaba a Estados Unidos en busca de Pamela Anderson. Obtuvo premios importantes por este trabajo. Pero nuestro interés apunta a otro, el más reciente. Se llama *El dictador* (2012).

Lateralidad: Sacha Baron Cohen recomienda a Estados Unidos convertirse en una dictadura

Brevemente: si el film se llama *El dictador*, el dictador se llama Haffaz Alladeen. Tiene petróleo, gobierna el país con mano dura y es un gran defensor de la dictadura como forma de gobierno. Decide ir a Estados Unidos a explicar sus convicciones. A decirles a los americanos por qué una dictadura es lo mejor que puede pasarle a una gran nación. Por ejemplo: a ellos. Y ahí, en las Naciones Unidas, pronuncia su memorable discurso: «¿Por qué están contra las dictaduras? Imaginen que *America* fuera una. Podrían dejar que sólo el 1% de los ciudadanos tuviera toda la riqueza de la nación. Reduciéndoles los impuestos podrían ayudar a sus amigos a enriquecerse y a seguir apoyándolos. Ignorarían las necesidades de los pobres en cuanto a salud y educación. Los medios de comunicación parecerían libres, pero serían controlados por una persona y su familia. Intervendrían los teléfonos. Torturarían a los prisioneros extranjeros. Arreglarían siempre las elecciones. Engañarían a todos para ir a la guerra. Las prisiones estarían llenas con grupos raciales específicos y nadie podría quejarse. Podrían usar los medios para asustar al pueblo y así obligarlo a apoyar políticas que están en contra de sus intereses. Yo sé que todo esto es difícil de imaginar para este país. Pero, por favor, traten de hacerlo».

Nadie sabe qué hacer en las Naciones Unidas. Lo miran atónitos. Haffaz Alladeen sonríe amablemente. Sólo le falta decir la conclusión de ponencia: «¿Ven? No necesitan hacer nada para convertirse en una dictadura. Ya lo son. Y una muy buena, créanme».

Olvidó, sin embargo, el arma actual que la dictadura instrumenta contra los ciudadanos del entero mundo: Internet. Esta tarea le corresponderá a Julian Assange. Retornemos a él.

O'Donnell. Reporteado: Assange

Reportaje (a fondo) de Santiago O'Donnell. Reporteado: Assange

El 1.º de septiembre de 2012, el codiciado Assange, proveedor invaluable de primicias periodísticas, recibió, en su refugio de la Embajada de Ecuador en Londres (más adelante detallaremos un gozoso reportaje entre Assange y Rafael Correa, presidente del país que lo cobija) al periodista de *Página/12* Santiago O'Donnell.

O'Donnell ofrece una descripción física del sujeto a interrogar que tiene la solidez del contacto cercano: «Julian Assange es muy blanco. Pelo blanco, piel blanca, ojos chiquitos, manos suaves, dedos de pianista. Tiene muchos blancos que persigue a través de su sitio WikiLeaks: gobiernos, bancos, ejércitos, agencias de espionaje. A su vez, es blanco de procesos judiciales en Suecia, Gran Bretaña y Estados Unidos.

»Lleva casi cien días encerrado en la Embajada de Ecuador en esta ciudad y desde entonces se ha asomado al balcón para ver la luz del sol una sola vez, el 19 de agosto, cuando pronunció un discurso para agradecerle a Ecuador por darle asilo y a América Latina por defender a Ecuador. No volvió a asomarse, dice que porque no quiere ser blanco de los *paparazzi*. Saluda con la mano izquierda porque se lastimó la derecha practicando boxeo. Hace poco empezó a tomar lecciones de castellano una vez por semana, pero todavía no se anima a pronunciar palabras en ese idioma delante de las visitas. Recibe a *Página/12*, con su laptop HP cerrada, en un cuarto de tres por cuatro metros que funciona como su oficina. Afuera la policía británica vigila y un grupito de manifestantes despliega algunos carteles pidiendo su libertad. Acepta preguntas durante poco más de tres horas sin mirar su computadora y sin que su celular suene ni una sola vez». (*Página/12*, 29/09/2012).

O'Donnell le confiesa a Assange que hay personas que no saben claramente quién es, que todavía preguntan, que hay que aclararles y algo, por fin, entienden. Assange dice que no es así. O no tanto. Que en Estados Unidos hay mucha gente que lo apoya «a pesar de los ataques despiadados de los medios». Por esta gente siente un afecto especial. Y deja caer una frase memorable: «Siento un afecto especial por la habilidad de la gente de ver más allá de la mierda». Podría ser la conclusión optimista de este ensayo: *Hay gente que tiene la habilidad de ver más allá de la mierda*. Sin embargo, ¿de qué habilidad estamos hablando? ¿De un don especial? En medio de un sistema globalizado que se organiza para arrojar mierda sobre el posible surgimiento de toda subjetividad libre, ¿qué habilidad se requiere para no sucumbir? No parece fácil la tarea. No todos son Julian Assange. Y sería deseable no tener que serlo para respirar la brisa de la libertad crítica, para no entregarse, para defender ese sujeto que cada uno de nosotros es y debe seguir siendo para pelear contra la mierda uniéndose a los demás, a todos esos que algo han intuido, que empiezan a ver más allá del sometimiento.

Recordemos que el reportaje de O'Donnell es de septiembre de 2012. Aún no había estallado la cuestión del espionaje norteamericano. Esto lo veremos al analizar el libro de Assange *Cypherpunks*. Además, en esta cuestión las cosas están surgiendo día tras día. Ya no

es Assange la única estrella del contraataque al espionaje norteamericano o el gran divulgador de sus secretos mejor custodiados. Aparecieron Manning y Snowden. ¿Cuántos más aparecerán? Acaso el ritmo se apresure y sorprenda a los hombres de la seguridad nacional norteamericana, que no preveían algo así. Las cosas tienden a ponerse vertiginosas.

Pero no por eso pensamos desprendernos de ciertas cosas que Assange ya ha dicho. Son muy valiosas y han sido el corto camino hasta donde ahora estamos, él, nosotros, todos. Dice: «La tecnología casi nunca es neutral. Y cada individuo es conocido por el Estado, y todos sus amigos también, y puede ser rastreado con exactitud, como resultado de las comunicaciones. Entonces, cuando el Estado se vuelve malo, los individuos no tienen dónde esconderse. En una filtración que hicimos a principios de año mostramos que hay 175 agencias de Inteligencia que les proveen equipos espía a diferentes gobiernos para interceptaciones masivas en Internet. Entonces, por ejemplo, con sólo 10 millones de dólares por año se puede comprar un equipo de Dastec en Sudáfrica para grabar todas las llamadas telefónicas de un país mediano. Todas las llamadas telefónicas. Ese es el nuevo patrón tecnológico. Ya no se trata de elegir a un activista en particular para seguir sus llamadas. Ahora se interceptan correos electrónicos y llamadas de poblaciones enteras y se almacenan de forma permanente porque es mucho más barato tener archivos permanentes de poblaciones enteras que seguir a ciertos individuos. Mejor que todos sean el blanco y no tener que gastar en discriminar. Más adelante, cuando te interesás por una persona, podés ir al archivo permanente y rastrear los datos de esa persona y encontrarlo fácilmente y seguir su rastro. Hay programas que pueden ser buenos para combatir la criminalidad, pero hay que recordar que son los gobiernos los que definen los crímenes». Frase impecable: son los gobiernos los que definen los crímenes. Pero —hasta aquí— la visión de Assange peca de un liberalismo antiestatista algo elemental, que superará. Los que (en el mundo globalizado de hoy) definen los crímenes son el Imperio y sus aliados. Aunque debiéramos decir solamente el Imperio. Los aliados actúan en la modalidad del acompañamiento. Podrán ser, a lo sumo, creativos, aportar elementos; pero nunca serán hegemónicos. Las políticas del Occidente capitalista las fija Estados Unidos con su parafernalia de servicios de inteligencia. Y con razón: ¿quién se ha puesto al frente de la Guerra contra el Terror? Las guerras lo simplifican todo. La que hoy (para Estados Unidos) se libra es contra el terrorismo y en defensa de la democracia y de la libertad. Los que están con Estados Unidos defienden eso. Los que no, no. El problema de Suramérica es que —al buscar una unidad regional— no se pliega a la guerra de Estados Unidos. La firma de la ley antiterrorista fue una concesión que era difícil negar. El Imperio urge en algunas cuestiones.

—¿Ustedes están con nosotros o con el terrorismo?

—Somos un país independiente. Estamos con la unidad regional de América Latina.

—Entonces están con el terrorismo. Apoyaremos a los que están contra ustedes. De ellos podemos estar seguros.

Así, los populismos de izquierda que han surgido en nuestro continente se han colocado bajo la sombra de la sospecha. Primero, se han vuelto sobre sí mismos. Segundo, esto los ha llevado a la exaltación del papel del Estado en la economía. Tercero, esto los ha alejado del neoliberalismo. Que es el sistema de la libertad. Cuarto, incurren en políticas distribucionistas. Quinto, sus apoyos a Estados Unidos no son claros, quieren negociar, ser

orgullosos, independientes. Nada de eso es bueno en la lucha contra el terror. Estados Unidos libra hoy una de las batallas más duras de la historia de Occidente. Prefiere a las facciones políticas que se pongan decididamente de su parte. La debilidad de las clases políticas en América Latina determina que la vanguardia de erosión de los populismos de izquierda sean los medios de comunicación: *el poder mediático*. No es casual que todo se haya tornado tan claro. La guerra no admite medios tonos. Y la Guerra contra el Terror se libra en todo el mundo. En todo el mundo, también, hay una Embajada de Estados Unidos. En el reportaje que le hace Assange, Rafael Correa —uno de los puntos irritativos del Imperio— dice que Evo Morales le contó un chiste. «¿Sabes por qué no hay golpes de Estado en Estados Unidos? Porque no hay embajada norteamericana». El chiste no es nuevo y admite un atenuante. *Hay golpes de Estado en Estados Unidos*. Pero son típicamente norteamericanos. El asesinato de Kennedy fue un golpe de Estado. El asesinato de Oswald fue parte de ese golpe. El golpe era para profundizar la guerra de Vietnam. Con esa profundización, el Complejo Militar Industrial incrementaba su producción y sus fabulosas ganancias. Estados Unidos está sometido a los negocios del Complejo Militar Industrial. Esos negocios requieren guerras incesantes. ¿Podría ser asesinado Obama tal como lo fue Kennedy? Tal vez no del mismo modo. Pero sí, podría. Si llegara a negarse a mantener las acciones bélicas en Irak o si se negara a extenderlas a Irán —en caso de que se lo pidieran—, no se mantendría mucho tiempo, no como Presidente, sino sobre este mundo.

El patronazgo del Complejo Militar-Industrial

El cuadro que pinta seguidamente Assange deja claro lo que acabamos de decir: la hegemonía en cuestiones bélicas y económicas necesarias para sostener la industria de guerra la tiene el Complejo Militar Industrial. Lo citamos:

«Hay algo que no se menciona mucho en los medios tradicionales, incluyendo los de América Latina, y es que en Estados Unidos se está centralizando el poder bajo una sola pirámide de patronazgo, definida como el Complejo Militar Industrial. Dirás que siempre pasó eso. ¿Pero está pasando más ahora? Sí, está pasando mucho más. Las dieciséis agencias de Inteligencia estadounidenses han sido agrupadas bajo un mismo paraguas. El enroque entre el jefe de la CIA y el de las Fuerzas Armadas significa que la CIA ha sido arrastrada bajo la influencia del Complejo Militar Industrial. Además, y sin que llamara la atención, este año el presupuesto del Departamento de Estado y el presupuesto de la USAID (agencia de asistencia del Departamento de Estado) han pasado a ser parte del presupuesto de seguridad nacional. Entonces, toda esa ficción de que la USAID era una agencia independiente, como se les decía a los latinoamericanos, ya no lo dice más el Gobierno de Estados Unidos, ya no se sostiene de ninguna manera. Según la descripción de esta maniobra que aparece en la página web del Departamento de Estado, ya que éste estaba trabajando codo a codo con los militares y la USAID estaba trabajando codo a codo con los militares, entonces es natural que sus presupuestos pasaran a formar parte del presupuesto para la seguridad nacional. La USAID forma parte del esquema de seguridad nacional y eso representa un importante traspaso de poder. El Departamento de Estado había sabido ser un punto de poder independiente en Estados Unidos, lo mismo que la CIA. Ambos han sido barridos bajo la misma pirámide de patronazgo, lo cual representa una consolidación del poder. (...) Entonces, cuando ves a Correa y los suyos quejarse de que Fundamedios (una ONG muy crítica del Gobierno de Correa) se financia con fondos de la USAID, yo me quejo también. Ya no hay disimulo». (Assange, septiembre de 2012).

Assange, aquí, llega al punto más álgido, más destructivo de nuestro presente histórico. Es alarmante que se hable tan poco de esta cuestión. Montones de palabras arrojan sombras sobre el verdadero protagonista de la catástrofe que acaso nos espera. Todo lo que sucede en el planeta puede explicarse a partir de las actividades incesantes de un monstruo ilimitado, cuyas ambiciones y proyectos también lo son. *El Complejo Militar-Industrial norteamericano*. Este libro —que ha sido dedicado a la elucidación del poder mediático— llega a este punto y señala que hay un *fundamento* de ese poder. Que hay algo de lo cual ese poder es una extensión y a cuyas necesidades e imperativos obedece, responde. Trabaja para ello. Porque sabe que la historia se ha convertido en guerra, que la guerra la protagoniza el CMI (Complejo Militar-Industrial) y la requiere para su existencia irrefutable. Estados Unidos está sometido a ese poder. La democracia viene siendo devorada por él y posiblemente acabe por tragársela con la misma brutalidad con que ha invadido los países árabes. El CM-I produjo su «Pearl Harbor» para el despegue de la gran guerra que requerían

para reemplazar a la «Fría», muerta con la caída del Muro de Berlín. Fukuyama actuó tontamente, demasiado rápido y sin conocer secretos que debió conocer antes de lanzar esa teoría sobre el fin de la historia. ¡Qué increíble ingenuidad! Huntington puso las cosas en su lugar. El CM-I requiere hipótesis de conflicto cada vez más grandes para subsistir. Cuando «su» halcón George Bush gana las elecciones con escaso margen, el Pentágono se preocupa. Un presidente así elegido no podrá enviar el país a una guerra de conquista imperial. Hay que hacer algo. Todos sabemos qué se hizo. Se bombardearon las Torres Gemelas. El *nine-eleven* es un gran triunfo político y estratégico del CMI. Pearl Harbor, asesinato de Kennedy, Torres Gemelas, todo pueden llevar a cabo los hombres del CMI^[1].

En su notable *La formación del imperio americano*, Luis Alberto Moniz Bandeira describe la posible (y tal vez ya vigente o, sin duda, cercana) implantación de una dictadura en Estados Unidos «sustentada por el complejo industrial-militar, mediante la continua diseminación del miedo, *making fears*, y la manipulación permanente del estado de guerra, la guerra sin fin contra el espectro del terrorismo, como *rationale* para una creciente restricción de las libertades y de los derechos civiles dentro de los mismos marcos de la Constitución, como comenzó a suceder con el establecimiento del *USA Patriot Act*. Fue así como Hitler manipuló, igualmente, el espectro del terrorismo, el incendio del Reichstag, e instituyó el III Reich, la más cruel tiranía, sólo comparable a la de Stalin en Rusia, sin revocar siquiera una línea de la Constitución de Weimar»^[2]. *Las Torres Gemelas son el incendio del Reichstag del Complejo Militar-Industrial norteamericano*. ¿Si también me saco el *chapeau* para saludar el incendio del Reichstag? Seamos claros: estoy hablando del Mal. El incendio del Reichstag —desde ese punto de vista— fue una obra maestra. Me saco el sombrero ante esos cinco policías que se negaron a torturar durante la dictadura en la provincia de Córdoba. Dijeron: no. Tan asombroso les resultó ese coraje a los carniceros que los dejaron con vida. También desearía que el CMI tuviera el mismo final que el nacionalsocialismo. Pero ¿quién lo reemplazaría? Si a Hitler lo reemplazó el CMI (cuyo poder de aniquilamiento es infinitamente superior), ¿quién vendrá después del CMI? ¿Algún imperio bueno que proponga la democracia e impulse el desarme? En cuanto a la «posible» implantación de una dictadura en Estados Unidos, no se trata de una distopía caprichosa. Al contrario, es un punto de vista condescendiente. Sacha Baron Cohen creería eso. ¿O no demostró que la dictadura es hoy, ya? ¿De qué «posible» dictadura hablamos?

Lateralidad: siempre es posible la negación que surge de la libertad del sujeto

Escribí arriba que sólo me descubriría con verdadera convicción, respeto y hasta con una estupefacción que me llevaría a reforzar mi respeto por la condición humana, tal como la encarnan algunos seres, ante esos policías que, en los macabros territorios del general Menéndez, se negaron a torturar. No pareciera posible. Porque es una decisión casi imposible, casi inimaginable. El general Sánchez de Bustamante decía que la disciplina debía llevar al subordinado a la «obediencia mecánica». Sabía lo que decía. Estaba acostumbrado a doblegar las almas, a anularlas, a hacer máquinas de los hombres. Sin embargo, treinta y dos

años atrás, en la siniestra D2 de Córdoba, bajo la mirada fría, macabra, del general Menéndez, un policía y cuatro de sus compañeros se negaron a torturar. Se trata de un acontecimiento. Ahora fueron premiados por ese gesto. Pero cuando lo hicieron estaban solos. Fue un acto libre de un sujeto libre que, en algún lugar de su hiperdeterminada conciencia, encontró un foco de libertad, un resto, algo suyo, desde ahí, desde ese pequeño lugar en que él tiene la potencia del Espíritu Absoluto hegeliano, dijo que no. «Disculpen, señores. Pero yo no puedo torturar a otro hombre. No me niego por desobedecer. Me niego porque no puedo cumplir esa orden. Es imposible para mí. Hay algo que me lo impide. Y todavía conservo la fuerza para negarme». Todavía —está diciendo— mi convicción es más fuerte que mi miedo. Porque sabe que esa desobediencia le va a costar, y mucho. Sabe que, a partir de ahora, el castigado, el torturado será él. Que otros —otros que han sido compañeros suyos— van a cumplir la orden que se les dará. Y van a torturar. Y que esos otros no se van a detener porque él haya sido uno de ellos, un compañero. Sino que tal vez lo torturen más salvajemente por eso. Porque ya son «máquinas de obediencia» y porque, de modo especial, lo odian por mostrarles la posibilidad de otra respuesta, de otro camino. Le van a hacer pagar cara su valentía insólita. Esa jactancia de negarse a hacer lo que ellos sumisamente hacen, torturar. Y lo torturan, le dan máquina durante horas, días. Sus mismos compañeros, los que hasta ayer tomaban mate con él y escuchaban los partidos de Instituto y de Belgrano de Córdoba.

La posibilidad de un hombre que dice «no» es un agravio intolerable para los otros. Cuestiona todo el aparataje que se habían armado para hacer su tarea. Que torturan a «subversivos», «marxistas», «ateos», «enemigos de la patria», «zurdos del trapo rojo». Todo eso se cae. De pronto tienen frente a ellos a un tipo que se niega y, negándose, les dice: «Torturamos personas. Como vos, como yo, como nuestros hijos y hermanos y padres». La furia que esta revelación les produce no tiene límites. No quieren dejar de ser «máquinas de obediencia». Se entra al Ejército y, al hacerlo, se entra en el mundo de la disciplina. Por eso hay grados: hay generales, coroneles, tenientes, sargentos, cabos y ratas de tropa, ellos, soldados. Es una pirámide. Cada uno obedece a su superior. Cada uno actúa según una orden que recibe. Esa orden elimina su conciencia, su posible deliberación. No se delibera en el Ejército. Si se hiciera semejante atrocidad, cada uno sería libre. Podría elegir. Y, al hacerlo, tendría que ponerse al frente de sus decisiones, sus actos serían suyos. Se estaría en el mundo de lo anárquico, no en el de la obediencia. La disciplina establece un Orden. Un Orden es siempre una jerarquía. La jerarquía limpia la posible culpa de todo aquel que recibe una orden. Si un superior me ordena torturar, el que tortura no soy yo: es la orden que hay en mí. No nací con ella, no es parte de mi cuerpo ni de mi alma. Alguien la puso donde ahora está. Ahora está en mí, es mía, es mi orden, pero no soy yo. Me la dio un superior. El responsable es él. El que tortura es él. Ni siquiera: también él recibió esa orden. «Ordene a sus hombres que torturen». ¿Quién es entonces el responsable? Nadie: el estamento, la Institución, el Estado. La «orden» busca aliviar la posible «culpa» del que tiene que hundir sus manos en el barro. Del que tiene que hacer la tarea. La tarea es torturar. Es la tarea de «información» y es imprescindible que el Ejército, que el Estado posea las informaciones que necesita. Sólo así sabrá dónde buscar a los enemigos de la Patria. «Usted cumpla con la orden que le fue dada. Usted no puede negarse a obedecerla. Debe obedecerla. Esto se llama “obediencia debida” y es uno de los pilares de todo Poder». Si se tortura para salvar a la Patria es la Patria, entonces,

la que a través de sus hijos pide la tortura de quienes la agreden o de quienes tienen información acerca de ellos. Torturamos para saber. No torturamos porque sí. No somos enfermos, no somos sádicos, somos patriotas. Göring les decía a los SA que combatían en el Berlín de la tambaleante República de Weimar contra los militantes comunistas: «Cuando maten a alguien, no se cuestionen. No se dejen ganar por la culpa. Lo maté yo. Díganse eso: Lo mató Göring. Créanme: Van a dormir tranquilos».

Imaginemos el escándalo. De pronto, cuatro o cinco locos dicen: «No, no podemos torturar». El ejemplo que están dando es terrible. No debe expandirse. Si todos se niegan a torturar, se acaba el Poder, muere la «tarea de inteligencia», la Patria queda ciega, desinformada, tiene que buscar a tientas a sus enemigos. De aquí que sea improbable que la criatura humana deje de torturar. Necesitará para ello crear incesantemente lo que llamaremos «mecanismos de inocencia», es decir, aquellos que convencen al torturador de que no es él el que tortura. Es una orden jerárquica, es un Estado en lucha contra un enemigo poderoso y esquivo, es la Patria misma, amenazada como nunca. Hay otros «mecanismos de inocencia». Son los fundamentalismos religiosos. El fundamentalista entrega su libertad al someterse a las creencias que el credo le impone. Aquí, es el credo el que funciona. Yo no soy yo, soy eso en lo que creo, eso que me trasciende, que es más que yo. Es la fe en un orden celestial, un orden del más allá, donde espera Dios o donde esperan riquezas, mujeres vírgenes, vida eterna en el regazo de Alá.

Ya Voltaire, de un modo notable, identificó a la tortura con la búsqueda de información. La tortura, así entendida, es «interrogatorio». En su *Diccionario Filosófico*, decía que es «llamada también interrogatorio. Es una extraña manera de interrogar a los hombres (...). Los conquistadores (...) la encontraron muy útil para sus intereses; la pusieron en uso cuando sospecharon que había contra ellos algunos malos designios, como, por ejemplo, el de ser libre»^[3]. El texto es formidable. El mayor enemigo de los designios del poder es la libertad. Eso que ejercieron estos héroes de la condición humana. Cinco policías que, en Córdoba, bajo el Tercer Cuerpo del Ejército, bajo el matarife Menéndez, se negaron a torturar. Sus nombres son: Luis Alberto Urquiza, José María Argüello, Horacio Samamé, Carlos Cristóbal Arnau Zúñiga y Raúl Ursugasti Matorral. Fueron dados de baja por la Junta Militar. Ahora, treinta y dos años después, fueron premiados por el gobernador de Córdoba (que no era en ese momento De la Sota) y les dieron un subsidio honorífico. Luis Alberto Urquiza dijo: «Nunca pensé que, después de treinta y dos años, pudiera pasar esto». Nunca —o sólo como una utopía— pensamos nosotros que pudiera pasar lo que el señor Urquiza y sus compañeros hicieron: un acto libre. Una rebelión contra el Poder, una sublevación. Michel Foucault (el más talentoso de los filósofos que sucedieron a Sartre) decía, en medio de sus reflexiones sobre Irán: «El hombre que se rebela es inexplicable». Lo es, sobre todo, si nos sometemos a los dictámenes de la «filosofía contemporánea», envilecida en una negación neurótica de la posible libertad del sujeto.

No podemos seguir aceptando (¡y como «contemporáneas»!), filosofías que aniquilen al sujeto, a la libertad, a la rebelión, y justifiquen el sometimiento, la esclavitud, la tortura, sobre todo al no tomar en consideración esas temáticas. Claramente: nos negamos a eso. Como dijeron esos cinco policías, que —probablemente sin saberlo— hicieron más por la filosofía que montones de profesores satisfechos con sus cátedras, sus congresos y sus *papers*.

Eisenhower, su olvidado discurso del 17 de enero de 1961

Nos preparábamos para la difícil tarea de presentar de modo sucinto al célebre general Eisenhower cuando reparamos en que la gente de diario *El Peso* ya lo había hecho.

Del siguiente modo:

El permanente bombardeo mediático de información irrelevante, no estructurado, el continuo, cambiante requerimiento y la captación de la atención del ciudadano por los más variados problemas (reales o banales e inducidos), conlleva entre otros efectos perversos, un vértigo de presente y la pérdida de orientación histórica. A tal punto, que hasta el empleo del vocablo «ciudadano» en los medios de comunicación ha caído insensiblemente en desuso, opacado por la preeminencia de voces tales como «consumidor», por las sentencias del «mercado» o las profecías autorealizadoras de las «agencias de notación». ¿Curiosidades semánticas?

Por nuestra parte adoptamos un enfoque diferente. Lejanos destinatarios de un mensaje dirigido a ciudadanos exactamente hace cincuenta y un años (mensaje pavorosamente actual), elegimos publicarlo íntegramente en español para su análisis por nuestros lectores. Un general de cinco estrellas se apresta a cerrar una página de la historia y a abrir otra nueva en la cual estamos hoy todos inmersos y quizás (queremos equivocarnos) en los preliminares de una nueva confrontación mundial en gran escala.

Supremo Comandante de las Fuerzas Aliadas en el teatro europeo, el General Dwight Eisenhower, protagonista directo del (hasta ahora) mayor conflicto de la historia mundial, ángel exterminador del nacionalsocialismo y fascismo europeos, asumió el 20 de enero de 1953 como trigésimo cuarto presidente de los Estados Unidos. Reelecto una vez, concluyó su segundo mandato en 1961. Conocedor de la guerra y de las armas, Eisenhower sabía de qué hablaba (edición global *El Peso*, www.diarioelpeso.com).

Eisenhower:

—Esta noche vengo a transmitirles un mensaje de despedida y adiós y a compartir algunas reflexiones finales con ustedes, mis compatriotas. (...)

Vivimos ahora diez años después de una mitad de siglo que fue testigo de cuatro grandes guerras entre grandes naciones. En tres de éstas participó nuestro propio país^[4].

A pesar de estos holocaustos, Estados Unidos es hoy la más fuerte, la más influyente y la más productiva nación del mundo. Comprensiblemente orgullosos de esta preeminencia, nos damos cuenta sin embargo de que el liderazgo y prestigio de los Estados Unidos no dependen meramente de nuestro progreso material sin precedentes, de nuestras riquezas y poderío militar, sino de cómo hagamos uso de nuestro poderío en aras de la paz mundial y el mejoramiento humano. (...)

Las crisis continuarán existiendo. Para enfrentarlas, sean extranjeras o nacionales, grandes o pequeñas, existe la recurrente tentación de creer que alguna acción espectacular y costosa podría llegar a ser la solución milagrosa de todas las dificultades actuales (...). Hasta el último conflicto mundial, los Estados Unidos no tenían una industria armamentista. Fabricantes americanos de arados podían, en el momento y caso necesarios, fabricar también espadas. Pero ya no podemos más asumir el riesgo de improvisaciones de emergencia en materia de defensa nacional. Nos hemos visto obligados a crear una industria armamentista permanente de vastas proporciones. (...) Ahora bien, esta conjunción entre un inmenso sector militar y una gran industria de armamentos es nueva en la experiencia americana. Su influencia total: económica, política, incluso espiritual, se siente en cada ciudad, en cada Estado, en cada oficina del gobierno federal. (...) En los consejos de gobierno, debemos protegernos de la adquisición de influencia injustificada, deseada o no, por parte del complejo militar-industrial. El potencial de un desastroso incremento de poder fuera de lugar existe y persistirá. No debemos dejar que el peso de esta combinación ponga en peligro nuestras libertades o procesos democráticos. No debemos tomar nada por sentado. Sólo una ciudadanía alerta y bien informada puede compeler la combinación adecuada de la gigantesca maquinaria de defensa industrial y militar con nuestros métodos y objetivos pacíficos, de modo tal que seguridad y libertad puedan prosperar juntas.

Sin embargo, con todo el respeto que merece y debe tener la investigación científica, también debemos estar alertas frente al peligro igual y opuesto de que la política pública pueda caer cautiva de una elite científico-tecnológica.

Durante el largo camino de la historia que aún queda por escribir, América sabe que este mundo nuestro, cada vez más pequeño, no debe convertirse en una comunidad de terror y odio, sino llegar a ser una orgullosa confederación de respeto y confianza mutuos. Debe ser una confederación de iguales. Los más débiles deben poder sentarse a la mesa de discusiones con la misma confianza que nosotros, protegidos como lo estamos por nuestra moral y nuestro poderío económico y militar. (...) Juntos tenemos que aprender a solucionar las diferencias, no con las armas, sino con inteligencia y propósito decente. Debido a que esta necesidad es tan aguda y evidente, debo confesar en este aspecto que abandono mis responsabilidades oficiales con un neto sentimiento de decepción. En tanto que alguien que ha sido testigo del horror y la tristeza persistente de la guerra, como alguien que sabe que otra guerra podría destruir totalmente esta civilización, lenta y dolorosamente construida durante miles de años, anhelaría poder decir esta noche que una paz duradera está a la vista.

Oramos para que los pueblos de todos los credos, de todas las razas, de todas las naciones, puedan satisfacer sus mayores necesidades humanas, para que aquellos a quienes esta oportunidad les es ahora denegada, lleguen a disfrutarla al máximo, para que todos los que anhelan la libertad puedan gozar de sus bendiciones espirituales. (...) Que todos los insensibles a las necesidades de los demás aprendan la caridad y que los flagelos de la pobreza, de la enfermedad y la ignorancia desaparezcan de la faz de la tierra. Que con la generosidad del tiempo, todos los pueblos puedan convivir en una paz garantizada por la fuerza vinculante del respeto mutuo y del amor.

Ahora, el viernes por la tarde, voy a convertirme en un ciudadano ordinario. Me siento orgulloso de hacerlo. Lo espero con ansias.

Gracias y buenas noches^[5].

¿No es estremecedor este discurso? ¿Sabía Ike lo que decía o se había fumado unos buenos porros y media botella del mejor *whisky* del mundo, pero igualmente estragador? He visto el discurso y se lo veía sereno. ¿Un patriota? ¿Un tipo que quiere despedirse con una imagen de pacifista, de gran humanista que le habla a la humanidad^[6]? Ike siempre mantuvo un perfil austero. Más que él se destacaron Montgomery, Patton, Rommel y hasta De Gaulle. Monty con esa boina *british* tan seductora, ladeada porque se ponía unas buenas balas de ese lado. Bigotito, ropas de fajina, héroe, vencedor de Rommel, ¡nada menos! Rommel con su sacón de cuero, incluido sin demasiada verosimilitud en el atentado a Hitler del 20 de julio de 1944. Rommel, «el zorro del desierto». Destinado al cine de Hollywood, interpretado por el excelente actor inglés James Mason. Rommel, cuya memoria de héroe, de militar profesional ajeno a los horrores del nazismo, debía ser instalada en el panteón de los puros, de los inocentes. ¿Por qué? Para que Alemania recuperara su orgullo. «Los queremos con nosotros en la nueva gran lucha que se avecina. La verdadera. Los valores de la libertad y de la democracia de Occidente contra la masificación, el colectivismo comunista. Él será un símbolo de la Alemania pura. Un símbolo del militar genial, profesional y limpio, honesto, que dio su vida por voltear a Hitler». Luego, Patton. El de la cartuchera con el revólver con cachas de nácar. El general majestuoso. El loco, el neurótico. El que le pegó a un soldado con neurosis de guerra porque él no concebía ni aceptaba algo así. El que quería seguir la guerra rearmando a los «valientes» de las SS y no parar hasta llegar a las mismísimas narices de Moscú y ahí pegar un cross de *knockout*. Y, por fin, De Gaulle, que parecía sacado de *Casablanca*. Que iba a liberar a la Francia de la *Resistance*. Que tuvo —esa Francia— algunos héroes, pero no muchos. La hizo célebre Victor Laszlo. De Gaulle, alto, pomposo. Solemne como sólo un general francés puede serlo. Y, por fin, Ike Eisenhower, el que hizo la parte más dura, difícil, del trabajo. El que comandó la invasión a Normandía. El que entró en los campos de exterminio y ordenó que trajeran a todos los vecinos para que vieran lo que decían ignorar.

Ahora, en el final de su segundo mandato como Presidente, se despide con este discurso en que anticipa todo. *Todo*. Para hoy nos es más útil que el Mensaje a la Tri continental del Che. ¿Qué afirmación, no? Los guevaristas me van a querer matar. Pero el Che estaba con sus pulmones agotados en la selva boliviana. Tenía mucho odio y sabía que pronto habrían de matarlo. El pensamiento es riesgo. Sé que a muchos no les va a caer bien esto. Pero, en lugar de enfurecerse, piénsenlo. Nada es incuestionable. Ernesto Che Guevara era un héroe. Pero se destinó a ser un mártir. Luchó, equivocado, contra los perros de este mundo. Claro que lo quiero más que a Eisenhower. Aunque como símbolo de la rebeldía. Como protagonista de un martirologio crístico. Sólo que ningún mártir ganó una guerra. Pero no diré más. Siento que me estoy justificando y no quiero hacerlo. Lo que dije, dicho está. Sólo propongo que lo piensen antes de insultarme por inercia. Además, ¿alguien se atreverá hoy a defender el Mensaje a la Tri continental? Por favor, no. Que nadie insista en caminos que llevaron al desastre.

El Complejo Militar-Industrial, he aquí el monstruo que tempranamente, como un mensaje arrojado a los tiempos venideros, denuncia Eisenhower. Créase o no, se le había adelantado el general Douglas MacArthur. El que célebremente dijo: *I shall return*. De

Washington —al enterarse de que iba a decir esta frase, quisieron corregirlo—: «No sería más apropiado *We shall return?*». MacArthur no se tomó mucho tiempo para responder: «Es lo mismo». La frase que —el 15 de mayo de 1951, en un discurso— lanzó al futuro fue: «Que nuestro país vaya ahora encaminado hacia un modelo de economía basada en las armas es parte del modelo general de una política desacertada, alimentado con ayuda de una psicosis, inducida artificialmente, de histeria de guerra y nutrida a partir de una propaganda incesante alrededor del miedo». De esta propaganda se encarga el poder mediático. De aquí que el CMI y el poder de los medios se requieran mutuamente. Es con la ayuda de la prensa y su creación incesante de temores, ya sea de guerra en cualquier parte del mundo como de ataques inminentes del terrorismo, que el CMI encuentra justificaciones para seguir creciendo, para derivar en su beneficio la mayoría de los recursos de la nación. En *La filosofía y el barro de la historia* (2008) y aun en textos anteriores, siempre llamé por su nombre al sujeto centrado en el imperio: *el sujeto bélico comunicacional*.

Analicemos ciertos párrafos del discurso de Eisenhower. Cuando —con tanto orgullo— señala el poderío económico y bélico de su país, la «preeminencia» que eso les otorga y la obligación de conducir a los restantes países hacia un mejor destino, aparece, entre tan bondadosas palabras, la vieja concepción del «destino manifiesto», un poco olvidada durante estos días, pero siempre presente. Afirma —esa doctrina— que el «destino manifiesto» de Estados Unidos es el de liderar a los restantes países del planeta. Volveremos sobre esto, ya que explica mucho de lo que hoy está sucediendo.

Señala —como una fatalidad y no como una necesidad interna del país imperial que crearon— que han tenido la obligación de desarrollar una industria armamentista de grandes proporciones. De inmediato (y éste es el punto axial del discurso) advierte sobre el problema que ese complejo militar industrial tiene para la democracia. Notablemente dice que es inadmisibles cambiar libertad por seguridad⁷. Y luego, ya previendo el futuro, denuncia una preocupación terrible: *que la política pueda caer cautiva de una elite científico-tecnológica*. No sé si esto suena tan pavoroso en este momento del texto. Pero lo veremos en Assange. ¿Es Assange un gran aliado de la libertad al revelar los secretos de los espías del *Big Brother Panóptico* o representa el surgimiento de esa elite científico-tecnológica?

Luego, hacia el final, el discurso del general de cinco estrellas, el héroe estratégico del desembarco en Normandía, tiene momentos tan oscuros como conmovedores. Confiesa que abandona su cargo con un neto sentimiento de decepción. *Y que esa paz que tanto anhela no está a la vista*. ¿Un discurso «pesimista»? Ya veremos que los conceptos de «optimismo» y «pesimismo» son patéticamente insuficientes para analizar el espesor de la historia.

Assange a Correa: «Cuídese, no deje que lo asesinen»

¿Se puede saber algo de los hombres por su cara? Más que por su cara, por la expresión que se abre paso en esa cara. ¿Se puede saber algo de un hombre por su modo de sonreír y por el momento que elige para hacerlo? ¿Se puede saber algo de un hombre por el modo en que mira, en que habla, por su posición corporal, por su cuerpo rígido, pomposo, o por esa flojedad serena, ese estar en paz con el mundo pese a todos los conflictos que enfrenta, esa vivacidad, esa mano tendida, la simple gestualidad de los generosos? Se puede. Vi varias veces el video de Internet en que Julian Assange entrevista a Rafael Correa. Fue un goce verlos a los dos. Eso me llevó a mirarlo varias veces. *Además, en ese reportaje Rafael Correa dice todo.* Nos proponemos transcribirlo y lo comentaremos en letras cursivas, las cursivas señalarán nuestras intromisiones, que no serán muchas.

Assange aclara algunas cosas a quienes se disponen a ver la filmación. Dice: «Rafael Correa es un populista de izquierda que ha cambiado la imagen del Ecuador. Tiene un doctorado en Economía. Es el presidente más democrático en la historia de su país. Pero, en 2010, fue tomado como rehén en un intento de golpe de Estado. Correa culpa a los medios de comunicación corruptos».

La comunicación se realiza en español. Alguien traduce lo que dice Assange. Correa dice que habla bastante inglés, pero que se siente más cómodo con su idioma.

Assange:

—Estoy en Inglaterra por arresto domiciliario durante 500 días. Presidente Correa, ¿qué piensa de Estados Unidos y su involucramiento en América Latina?

Correa:

—Vea, Julián.

[Correa pronuncia el nombre de Assange por medio de una mezcla de inglés y español. Así, durante toda la entrevista, le dirá Yulián.]

Correa (cont.):

—Hace unos días Evo me dijo: ¿Sabes por qué no hay golpes en Estados Unidos? Porque no hay Embajada Norteamericana.

[Assange se ríe muy francamente.]

Correa:

—Yo viví en Estados Unidos. Tengo dos títulos de ese país. Admiro al pueblo de Estados Unidos.

Assange:

—Su gobierno cerró la base que Estados Unidos tenía en su país. ¿Por qué cerró esa base?

[Otra y la más nueva forma de colonización del Imperio norteamericano son las bases militares.]

Correa:

—Pero, Julián, ¿aceptaría en su país una base extranjera? En todo caso, si es tan sencillo, que nos den permiso para instalar una base militar en Miami.

[Assange se ríe con verdadero placer.]

Correa:

—Se está divirtiendo mucho con la entrevista, Julián. Me alegro. Yo también.

Assange:

—Me divierten mucho sus chistes, Presidente.

Correa:

—Usted sabe que la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), que no es otra cosa que la conglomeración de los dueños de periódicos, maneja la situación (...). *Aquí, el poder mediático es más fuerte que el poder político.*

[El destacado es nuestro. Todos lo serán. En cuanto a la SIP hay que decir que, durante la dictadura de Videla, jamás denunció que faltaba libertad de prensa en la Argentina.]

Correa (cont.):

—De hecho, normalmente tiene poder político, social e informático. Han sido electores políticos, del poder Legislativo, del Judicial. Saquemos esa imagen de pobres y valientes periodistas tratando de decir la verdad. Nosotros, los que tratamos de hacer algo por el país y por los pobres, *somos perseguidos por los periodistas que se pasan injuriando, mintiendo, ¡cualquier cosa!* Medios de comunicación dedicados a defender intereses privados. Cuando llegué al Gobierno, había siete canales de TV privados. ¡Cinco pertenecían a banqueros! Imagine usted, ¡basta de creer en esa fábula de gobiernos persiguiendo a periodistas y medios de comunicación angelicales!

Assange:

—Presidente Correa, yo estoy de acuerdo con su descripción de los medios. *El País*, el *New York Times*, el *Spiegel*. Pero creo que lo mejor para combatir a los monopolios es crear nuevas editoriales que entren al mercado. ¿No cree usted que se debe apoyar a los pequeños medios y regular a los monopolios?

Correa:

—Eso es lo que estamos tratando de hacer, Julián. Hace más de dos años se está preparando una nueva Ley de Comunicación para repartir el espectro radioeléctrico, para que sólo un tercio sea privado con fines de lucro, el otro tercio sea para propiedad comunitaria o sin fines de lucro. Y el otro tercio para propiedad pública. No sólo del gobierno central sino de gobiernos locales, municipios, gobiernos parroquiales. *Hemos tenido dos años para conseguir una ley democráticamente elegida. Pero ha sido bloqueada por los grandes medios.* La llaman «ley mordaza» por sus legisladores asalariados que tienen en la Asamblea Nacional para defender sus intereses. Queremos democratizar los medios de comunicación, pero tenemos la acérrima oposición de los propietarios de los medios de comunicación.

En cuanto a Estados Unidos, ¿cuál es la diferencia entre republicanos y demócratas? Yo tengo más diferencia entre lo que pienso en la mañana y en la tarde.

[Otra vez sonrío Assange.]

Assange:

—¿Cómo ha logrado hacer tantos cambios en Ecuador? ¿Cómo ha logrado hacer algo que el presidente Obama no puede lograr?

Correa:

—El consenso no es un fin en sí mismo. Aunque deseable. *Para mí sería fácil conseguir el consenso claudicando.* Contentaría sobre todo a los poderes fácticos de este país. Pero todo seguiría igual. Hay veces que es imposible consensuar. A veces es necesario confrontar. A nosotros nos llevó al gobierno la indignación de los ecuatorianos. Obama necesita ese apoyo. Más ocupación de Wall Street, más indignación.

Assange:

—¿Hacia dónde va América Latina? *Hay mayor beneficio para los pobres, hay distribución, crecimiento, soberanía y una actitud fuerte hacia Estados Unidos que cada vez incursiona menos.* Pero ¿dónde cree que América Latina va a estar en diez o veinte años?

¿Sabrá Assange que, en la Argentina, entre los que más se oponen al gobierno son los partidos (pequeños) de izquierda, que no ven los adelantos que él (alguien que sabe mucho de nuestro continente) ve tan claramente? A la pregunta dónde va a estar América Latina dentro de diez o veinte años, raro que Correa, con su frecuentemente cáustico humor, no respondiera: «¿Qué sé yo, Julián? Con más preocupación me preguntaría dónde estará el mundo por esas fechas». Pero la dejó pasar. Ya lo veremos dejar pasar otra.

Correa:

—Sí, disminuye la influencia de Estados Unidos. Por eso hemos dicho que América Latina está pasando del Consenso de Washington al Consenso *sin* Washington.

Assange *[muy divertido]*:

—¿Puede ser el Consenso de São Paulo?

[Esta también la deja pasar Correa. Uno de los peligros de Suramérica es Brasil. ¿Seguirá del lado de los países de la región o se decidirá a cumplir con su propio destino manifiesto? Desde los años sesenta, se teme el papel de gendarme que pueda adoptar Brasil ante sus hermanos del continente. Se trata de un país enorme y muy complejo. El único que no habla el idioma de los otros. El que representó —con sus monarquías— las políticas del imperio británico en el Plata. El principal ejecutor de la Guerra de la Triple Alianza. Uruguay era un país pequeño y Mitre nunca fue un guerrero. La guerra la concluyó —muy cruelmente—, Brasil. El historiador uruguayo Vivian Trías publicó, en la época que mencionamos: los años sesenta, un libro que marcó esa época.]

Correa:

—Las políticas económicas siempre estuvieron al servicio del gran capital y del capital financiero. Eso está cambiando. Pero todo puede revertirse si vienen los mismos de siempre a dominar nuestros países. *Queremos que la sociedad domine al mercado y no el mercado a la*

sociedad. Queremos justicia, equidad social. América Latina será la región del futuro. Tenemos todo para ser la región más próspera del mundo. Si no lo hemos logrado, ha sido por los malos dirigentes, por los malos gobiernos. Y esto es lo que está cambiando en nuestra América.

Assange:

—Gracias, Presidente Correa.

[El diálogo de despedida tiene —conjeturo— algo o mucho de escalofriante. Luego lo analizaremos. Cuando Assange dice «Gracias, Presidente Correa», lo dice en medio de amplias sonrisas y emotivos aplausos.]

Correa:

—Ha sido un gusto conocerlo, Julián, al menos por este medio. Y ¡ánimo, ánimo! Bienvenido al Club de los Perseguidos.

Assange:

—Cuídese, no deje que lo asesinen.

Correa:

—Eso tratamos cada día. De evitar eso.

[Termina la entrevista.]

Queda claro cuál es, para Assange, el peligro más cierto que acecha a Correa: que lo asesinen. Ese intento ya ocurrió durante el golpe de Estado del jueves 30 de septiembre de 2010. Hubo un levantamiento de la policía. Correa fue herido y tomado prisionero. Ahí advirtió que el Plan B de los rebeldes era matarlo. Y empezó a hablar: «Si quieren matar al presidente, aquí estoy, mátenme si les da la gana, si tienen el valor (...). Si quieren tomar los cuarteles, traiciónenme; este presidente y este gobierno seguirán haciendo lo que tienen que hacer». Hablaba desde un balcón, había abierto su camisa y ofrecía el pecho. «Salgo como presidente o salgo como un cadáver», les gritó a los rebeldes.

Sólo comparable al coraje de don Salvador Allende. Correa es directo, a veces se excede. Pero siempre merece nuestra atención. El sábado 29 de agosto de 2009 —es el día en que se dirige al pueblo— de pronto dice, enojado, que hay que sacar ese programa de la tele porque es una basura. «Carlos Cuello, ¿qué te pasa?». Cuello es el director de TC-Televisión. «¿Qué te pasa?». Y luego algo así: «Ese programa es una basura. Aparece el amante de una mujer y el marido está ahí. Después traen a la suegra. ¡Eso es basura!». El programa lo dirigía la animadora peruana Laura Bozzo. Nosotros, aquí, conocemos muy bien esa clase de cosas. Correa no quiere prohibir a la tele particular. Pero en la del Estado no quiere televisión basura. «No podemos ser tan inconsecuentes. Entonces, ahorita mismo me quitas esa porquería del aire», ordenó a Cuello. Luego, sin vueltas, calificó al programa de la peruana como una «inmoralidad». Y aquí viene el núcleo conceptual del asunto. Le dicen que programas como el de Bozzo levantan el rating. Correa insiste en que eso no le importa a ellos. Que sean los canales privados los que levanten el rating pasando basura, ellos no. «Por el amor de Dios, a un drogadicto no le voy a dar drogas porque le gusta (...). Bajemos el rating

y mejor eduquemos a nuestra gente. No podemos caer en la práctica de esa prensa inmoral y corrupta que hace un negocio de la comunicación».

No, Correa no tiene nada contra los periodistas ni contra la televisión. No le gustan los periodistas al servicio de los monopolios, los que dicen lo que los monopolios necesitan decir. Tampoco le gusta la basura en la tele. Tiene que tener una función educativa, formadora de valores culturales. Puede compararse —en la Argentina— la programación del Canal Cultural Encuentro y la del estatal Canal 7 y se verá la diferencia con los privados. Encuentro, sobre todo, es un canal ejemplar, admirado y respetado por todos. En los canales privados —por el contrario— la búsqueda desesperada del rating llevó a Tinelli o a la infinita permanencia de Giménez y Legrand.

Correa habla de la colaboración de *El Mercurio* en el golpe contra Allende

En mayo de 2013, Correa asume su tercer mandato. Como sabe que eso —a muchos— no les gusta. Como sabe que esos disgustados son poderosos. Como sabe que poseen el poder de la gran prensa, de la prensa monopólica con todas sus redes tendidas hacia la centralidad informática del Imperio, recuerda la caída de Salvador Allende. Confesión intempestiva: éste es un tema doloroso para mí. Allende fue el líder socialista del siglo xx por el que más respeto he tenido, al que más extraño y cuya muerte lloré a corazón abierto, con desconsuelo irredento porque aún está ahí, aún permanece. Para mí, su muerte, fue ayer. Fue el único socialista que no fusiló a nadie. El único que propuso una vía pacífica y democrática al socialismo. ¿Que fracasó? ¿Y quién no fracasó? Allende, al menos, lo hizo sin matar, sin dejar un tendal de cadáveres a su paso. En eso, más que cualquiera, se diferenció del capitalismo. El capitalismo —hoy, ahora, ¡y cómo!— sigue matando o sigue a la espera de poder hacerlo donde aún no puede. Pero se va preparando. Con sus cómplices. Con los grandes diarios como *El Mercurio*, que preparó junto a la CIA el derrocamiento de Allende. Uno ve el bombardeo a La Moneda y se le llenan los ojos de lágrimas, por el dolor, la impotencia, por sentir y saber que otra vez todo ha fracasado, que la historia sigue siendo el triunfo incesante del mal, de los malvados y sus intereses, cada vez que escucho el último discurso de Allende me vence el dolor y hasta la piedad por todos los que han sido como él (muy pocos) y tuvieron que pagar el más alto precio por creer que la existencia (sí, usaremos aquí esta palabra) tiene un sentido y que ese sentido o tiene el espesor de una ética de la vida o no aporta nada nuevo a una historia que los seres humanos, desde siempre, escribieron con sangre, con atrocidades. La complejidad de todo esto, de toda la trama histórica que se constituye, es que los otros, los que se levantan en armas para matar a don Salvador, las conchetas chilenas que han desparramado el odio desde hace ya largos meses con sus marchas al ritmo estridente de las cacerolas, y hasta el imperio y la CIA, Nixon y Kissinger, y los dueños del poderoso diario *El Mercurio*, al que se le dice el decano de la prensa chilena, creen que, no ellos, sino que Allende es el mal, que la culpa le pertenece, que ha tocado valores que no deben tocarse, que ha sido buen amigo de Castro y de los comunistas, que se ha apartado de la defensa de Occidente, que ha soliviantado a las clases populares contra esos sectores que están naturalmente destinados a conducirlos. ¿Quién podría convencerlos de algo distinto si sus convicciones son férreas y diariamente, día tras día, son alimentadas por los sectores propagandísticos del poder?

Allende era un perfecto civil que gobernó según la Constitución y la democracia. Nunca usó un uniforme. Su cara era la de un hombre bueno y hablaba con serenidad, aunque a veces ciertamente sabía elevar su voz y poner fuego en sus palabras. Su discurso de despedida quedará —y, en efecto, ya ha quedado— para la historia. A la luz de los hechos que

sucedieron después de su muerte, él no era un asesino y quienes lo derrocaron sí. Fueron carniceros y esta historia se conoce.

«Yo no voy a renunciar (dijo). Pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo que la semilla que entregamos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente». (Y ahora dice esa frase en la que él, aún, creía, pero que hoy, nosotros, estragados por tantos dolores, por tanta muerte, hemos entregado a la persistente duda, al desencanto que ha hecho presa de nuestra conciencia, un desencanto que tratamos de eludir, de no identificar con la verdad, porque sabemos que, si le entregamos valor de verdad al desencanto, hemos bajado los brazos para siempre en un mundo que aún nos requiere, no para cambiarlo en totalidad —tarea más que improbable— sino para conseguir que la brutalidad de los brutales sea menos brutal. Allende dice:). «La historia es nuestra y la hacen los pueblos». ¿La historia es nuestra? No. Sin embargo, ¿de quién es esta sucesión de hechos caóticos, insensatos, en que el mundo se ha transformado? Para muchos, sigue siendo de Allende. Le pertenece más que a Pinochet. Porque de Allende se podrán decir muchas cosas, que era un soñador, que estaba destinado a perder, que debió salvarse y conducir una nueva lucha desde afuera, lo que sea. Pero nunca que fue un carnicero, un torturador, un genocida. Eso se dice de Pinochet. Y eso —como diría Allende— se parece mucho al juicio de la historia, que se da, no en un juzgado imparcial y extra-histórico, sino en la conciencia de la buena gente que aún habita este mundo. Y esa buena gente no es poca. Y sabe que hay una gran diferencia entre un buen hombre y un matarife. «Trabajadores de mi patria (siguió Allende en ese fatídico 11 de septiembre de 1973), quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron. Quiero que aprovechen la lección. El capital foráneo, el imperialismo unido a la reacción [*se refiere, claro, a la interna, a la de Chile*] creó el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición, la que les enseñara el general Schneider y reafirmara el comandante Araya, víctimas del mismo sector social que hoy estará en sus casas esperando con mano ajena reconquistar el poder para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios. Me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, a aquellos que serán perseguidos, porque en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente; en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando las vías férreas, destruyendo los oleoductos y los gasoductos, frente al silencio de quienes tenían la obligación de proceder. Estaban comprometidos. La historia los juzgará. Trabajadores de mi Patria, tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo en el que la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor. ¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores! Estas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano, tengo la certeza de que, por lo menos, será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición»^[8].

¿Se abrirán las grandes alamedas? ¿Podemos hoy soñar con el hombre libre cuando somos vigilados, idiotizados de la primera a la última hora del día? Sin embargo, todavía existe un Rafael Correa, que al asumir un nuevo mandato lo recuerda a don Salvador Allende y señala quiénes lo derrocaron aliándose al Imperio. Si menciona al diario *El Mercurio* es porque piensa que el papel de la gran prensa sigue siendo hoy demasiado similar. «A esos

gobiernos democráticos se los trata muchas veces peor que a los regímenes dictatoriales y paradójicamente son acusados y denostados por los grupos que antes de manera velada o pública apuntalaron esas dictaduras que no tuvieron ningún respeto por los derechos humanos (...). Bastaría recordar tan sólo el rol del diario *El Mercurio* de Chile en el golpe de Estado contra Salvador Allende, prohibido olvidar compatriotas». Bien, no olvidemos. ¿Qué hizo *El Mercurio*, el llamado «decano de la prensa chilena», para provocar el derrumbe del gobierno democrático de Salvador Allende en nombre del Occidente democrático y cristiano? (Ya sabemos que la democracia toma extraños caminos en Suramérica; a menudo, o casi siempre, sanguinarios). Veamos.

Hace un par de años, por Canal 7, se proyectó el documental de Ignacio Torres y Fernando Villagrán, *El diario de Agustín*. Los miembros de la familia Edwards, que han estado sucesivamente al mando del diario, se han dado todos el nombre de «Agustín». *El Mercurio* influyó poderosamente en el desarrollo de la vida chilena. Es el diario del poder. El diario de las clases altas. El diario de los terratenientes y de los grandes hombres de negocios. Durante la Guerra Fría, por consiguiente, fue el diario del occidentalismo cristiano. En otro documental, que lleva por nombre *Los juicios de Kissinger*, se analiza la omnipresencia del Secretario de Estado de Lyndon Johnson, Richard Nixon y Gerald Ford en todos los pasos que tuvo que dar Estados Unidos por su política de Seguridad Nacional. Uno de los pasos más importantes fue desestabilizar al gobierno de Salvador Allende, elegido —como ha sido dicho— en elecciones democráticas, que, explícitamente, quería emprender «la vía pacífica y democrática al socialismo». El general Alexander Haig (a quien tal vez algunos recuerden por su intervención en el *affaire* «Malvinas» en la Argentina) aparece detrás de un enorme, lujoso escritorio y dice: «¿Y qué querían que hiciéramos con Allende? Tirarlo, claro. ¿Otro gobierno marxista en América Latina? ¡No!». Dice «¡No!» extendiendo las manos en un gesto que se juega entre el hartazgo y la agresión. En inglés, dice el vulgar, populachero y contundente: *Come on!*. El elegido para la tarea de limpiar a Allende es Henry Kissinger, especialista en estas cuestiones. Agustín Edwards viaja a Washington y se entrevista con Nixon y Kissinger para poner todos los medios de *El Mercurio* a disposición de los planes de Estados Unidos, que, en ese momento, ya tiene a Chile invadido por agentes de la CIA y el FBI. De todos modos, dice, tirar a Allende requerirá un gran esfuerzo, conque solicita una ayuda monetaria extra para que *El Mercurio* pueda cumplir con su tarea fehacientemente. *Nixon y Kissinger le dan dos millones de dólares*. En el documental de Torres y Villagrán se lo ve a Edwards junto a los dos titanes del Imperio en amena charla. ¿Para qué se sacarán esas fotos? ¿De qué creerán que piensa uno que hablan? Pero sucede que están convencidos. En la Guerra Fría el terreno de combate era la periferia. Ni Estados Unidos ni la URSS tuvieron enfrentamientos directos. Lucharon en zonas adyacentes. En las cuales el enemigo se «infiltraba». Si los soviéticos entraban con sus tanques en Praga era porque esa «primavera» era el preludio de una fatal penetración capitalista. En Hungría, idéntico. Para los norteamericanos, Allende era, sin más, el marxismo. Para el MIR chileno, el principal movimiento guerrillero, Allende era un reformista, un tibio, alguien casi más dañino que un reaccionario. (Semejaban la torpeza, la falta de matices políticos de las que aquí, en la Argentina, hizo gala el ERP). Pinochet no hizo diferencias entre unos y otros. Los masacró por igual.

Torres y Villagrán, las autoras del documental, son unas jovencitas laboriosas, bonitas y con cara de ángeles que hacen reportajes a personajes siniestros. Entre ellos, el director de *El Mercurio* durante la dictadura de Pinochet. Le preguntan: «¿A usted le pareció bien que luego del golpe Pinochet cerrara todos los diarios menos *El Mercurio*?». El exdirector responde: «Pues sí. A cualquiera le gusta que le eliminen la competencia». La «eliminación» de Pinochet no era la del mercado (*o acaso sea la «eliminación extrema» a que el mercado puede apelar*) sino la simple y pura eliminación física de los empleados y dueños de esos diarios. Al director de *El Mercurio* le había venido bien: menos competencia. Uno, aquí, se pregunta si el hombre es un cínico o un idiota irrecuperable. Porque pudo haber dicho cualquier otra cosa. Pero eso que dijo, que el golpe les había eliminado la competencia, es de tal crueldad y de una falta de tacto, de diplomacia, de recato, que uno no sabe qué pensar. O el tipo está loco o le gusta bailar sobre los cadáveres.

Al final, como las niñas siguen insistiendo con preguntas relativas a los derechos humanos, el hombre se ofende, se levanta y se va. «Yo también tengo mi orgullo», deja esa frase. Su salida no es muy airosa porque se da con el micrófono que un sonidista mantenía sobre su cabeza.

Luego aparece un tipo gordo y absolutamente inexpresivo. Fue jefe de la policía secreta chilena y amigo de los dueños de *El Mercurio*. Declara: «Para nosotros, matar comunistas era una necesidad biológica. Necesitábamos matarlos para poder gobernar. Matamos muchos. Pero para mí, nos quedamos cortos». Se ven imágenes de Pinochet y Agustín Edwards por todos lados. En cenas, inauguraciones, desfiles. *El Mercurio* gobierna. De pronto, se lo ve a Pinochet. El Monstruo habla. Dice: «La democracia es el caldo de cultivo al comunismo. Y este gobierno repudia al comunismo». Frase tristemente célebre para nuestros oídos. Hoy, probablemente, algún Kissinger ya susurre en los oídos de Obama o de McCain: «La democracia es el caldo de cultivo al populismo. Y nosotros repudiamos al populismo».

El caso de *El Mercurio* es paradigmático. *Es el del periodismo al servicio de los grandes poderes políticos y financieros del país, que están tramados con la diplomacia norteamericana.* Si Kissinger hizo seguir los bombardeos en Vietnam luego de Johnson, si arrasó con Camboya sin declarar la guerra, si en Timor, por considerarlo un enclave peligroso, arrojó impunemente sus bombas, si en Chile derrocó a Salvador Allende y si vino a la Argentina a supervisar el golpe de Videla, se me permitirá creer que, acaso no él porque está muy viejo o ya decididamente viejo, sino un *junior*, un discípulo aventajado o los organismos que siempre se han dedicado a estas tareas, estén muy interesados en los procesos populistas de América Latina. Venezuela en primer lugar, donde la prensa tiene un papel de excepcional agresividad. Bolivia, donde un golpe acaba de fracasar por causa de la primera cumbre *autónoma* de presidentes latinoamericanos. Una cumbre no convocada por la OEA, que funciona como órgano supervisor de Estados Unidos. Y la Argentina, donde la presión mediática sobre el gobierno es más que visible, más que evidente y hasta más que grosera. *El Mercurio* está entre nosotros. ¿Qué intereses defiende? Los de siempre. Los geopolíticos ante todo. O sea, la alineación franca, directa con Estados Unidos. Y luego los de las grandes finanzas y los de los grandes terratenientes. Allende no tenía frente a sí una oposición política importante. Lo tenía a *El Mercurio*. Al que se sumaba una intervención activa de Nixon, Kissinger y Alexander Haig (que hoy tienen sus adecuados reemplazantes, siempre muy

atentos). Nosotros, además, tenemos la IV Flota. ¿O alguien piensa que es por turismo que anda por aquí? Allende tenía en contra algo decisivo. *El Mercurio* le levantó a las conchetas chilenas, que son terribles, bravísimas. Les dio la orden de cacerolear. La cacerola la inventaron los chilenos para echar al «comunista». Allende. Y lo tenía en contra al que llamaba su «amigo», un hombre que «respeta el orden institucional»: la fiera de Pinochet. El inventor del golpe cruel, inhumano, de los centros clandestinos, de la tortura sistemática.

Si alguien sospecha que *El Mercurio* se arrepintió de algo, que se ahorre esa sospecha. Muchos periodistas chilenos del pinochetismo pidieron disculpas, se sinceraron, declararon no conocer el verdadero horror. Se les puede creer o no. (Sin duda, no se les puede creer). Un periodista tiene el deber de estar informado. Pero, al menos, pidieron perdón. *El Mercurio* sigue impávido. Había que barrer al comunismo y eso se hizo. No hay más que hablar. No sería aconsejable creer que la historia de *El Mercurio* se reduce al caso chileno. Si nos miramos en ese espejo veremos nuestra cara. Con otros matices, sí. Pero con demasiadas semejanzas. *El Mercurio* fue un adelantado en la misión militante de la prensa para erosionar gobiernos democráticos. Acaso hayamos retomado un par de textos publicados en *Peronismo, filosofía política de una persistencia argentina*. Pero son muy escasos y los requerimos aquí. La prensa escrita en la Argentina y los periodistas de TV son capaces de acudir a artilugios falsos y desleales con tal de crear una noticia que erosione la figura de Cristina Fernández. Desde el inicio de su mandato se dijo que tenía problemas mentales: que era bipolar. Marcos Aguinis lanzó ese diagnóstico en la Feria del Libro ante una pregunta de Jorge Fontevecchia. Luego Nelson Castro (en una gran intervención de hombre preocupado por el otro) le diagnosticó el síndrome de *hybris*, algo que interpretó como enfermedad del poder. Luego Eduardo Duhalde, ya sin diagnosticar nada ni decir qué enfermedad padecía la Presidenta, dijo que tenía «problemas psicológicos». Todo se va enlazando. Se trata de hacer lo mismo que con Roberto M. Ortiz, que fue destituido por el Congreso y la Corte Suprema de Justicia por problemas de salud en medio de una maniobra perfecta del conservadorismo del fraude patriótico^[9].

Son tan irresponsables las denuncias «en el aire» de Aguinis y Castro que —cuando menos— resultan poco simpáticas. Si no, no los habría mencionado. Porque no me interesa mencionar a esos personajes. Apelan a cualquier cosa. Con lo cual pierden su credibilidad. En rigor, no me interesan ellos. Son ejecutores de planes ajenos. Los llevan a cabo con cierta efectividad. Pero encontramos aquí otra vez al poder mediático en su poder de trazar una verdad sin base fáctica. Los diagnósticos de Castro y Aguinis carecen de la facticidad elemental de la práctica médica: revisar al paciente. El primer paso de todo diagnóstico es fáctico. El paciente está en el consultorio y el médico pasa a revisarlo o —en el caso de la psiquiatría o el psicoanálisis— dialoga con él y posiblemente le indique alguna medicación, *basada en su diagnóstico*. Como con los hechos de la historia, toda interpretación debe partir de una materialidad a interpretar. Pero esa materialidad debe existir. Resumiendo, un diagnóstico requiere: primero, analizar al paciente en persona; segundo, es reservado, no se puede difundir públicamente. Eso es una falta de ética gravísima. Si incurrir en ella, es porque están decididos a incurrir en cualquiera. Dicen lo que mejor se les ocurre porque lo que tendrían que decir (un plan de gobierno) no se atreven a decirlo por no espantar a la ciudadanía. Tienen un plan de gobierno claro y poderoso: el retorno a los diez puntos de John

Williamson para el Consenso de Washington. Eso, en primer lugar. Con eso sólo, el país entra en uno de sus acostumbrados descalabros, cuando los que más ganan son los que más tienen.

La situación de la TV argentina y la de Internet

En sus clases de conducción política, Perón solía citar a un legislador espartano. Era Licurgo y había dicho: *Cuando los destinos de Esparta se deciden entre dos bandos es tan inaceptable no estar en ninguno como estar en los dos*. También es cierto que cuando eso ocurre (que los destinos de un país se decidan entre dos bandos) la que está en peligro es la democracia. Y hasta el pensamiento entendido como riqueza de matices que podrían arrancar a ese país de su situación binaria. La guerra es la perfecta explicitación de la lógica binaria. Siempre plantea dos polos: nosotros/ellos. Esos dos polos son antagónicos, in-integrables. De modo que el nosotros/ellos toma la forma del nosotros o ellos. Para que esta forma se resuelva, uno de los dos polos tiene que desaparecer. Entre tanto, cada polo ha ido desarrollando sus razones. Pero los esquemas binarios no son propicios para los matices. Para la aparición de situaciones o protagonistas diferenciados. Dentro de lo binario el pensamiento muere. Ahí donde el pensamiento muere aparece la figura neurótica que lo reemplaza y expresa su imposibilidad: el agravio, el insulto. En la Argentina, hoy, hay un enfrentamiento binario al que se suele llamar: oficialismo y oposición. Que también se expresa como «ser K» o «ser anti-K». O «ser K» o «no ser K», modalidad que hasta tiene un sesgo hamletiano. A simple vista se detecta algo: una primacía. La primacía de la fuerte palabra «K», que ya ha marcado una larga etapa de nuestra historia. Las dos formulaciones del esquema binario recurren a esa palabra. No es «ser K» o «ser B». «B» no existe. No hay «B», sólo hay «K». Esto significa que los opositores a «K» aún no han generado una letra que los identifique. No ha aparecido «B». No ha aparecido un líder político capaz de liderar a los «anti-K» y entregarles un rostro más allá de ser sólo la oposición a otro. Sin embargo, esto no debiera alegrar a los «K». Al no tener un liderazgo consolidado, los «anti-K» han ido elaborando muchos. Son «anti-K»: la Sociedad Rural, Moyano, *Clarín*, *La Nación*, sus beligerantes periodistas, importantes sectores de la clase media y sus enfáticos modos de manifestarse.

La formación de agrupaciones juveniles adictas a la Presidenta Cristina Fernández desató —entre los «no K»— especulaciones sobre el retorno de la Jotapé de los setenta, siempre presentada por ellos como adicta en totalidad a la lucha armada. Lejos de tal cosa, quienes salieron agresivamente a la calle, robándole al kirchnerismo su tradicional osadía en la «iniciativa política», una de las grandes herramientas de esa práctica, fueron los sectores de ingresos medios/altos, que surgieron por las calles —sin que nadie supiera qué conducción tenían o quién había organizado el evento— desplegando un bochinche agresivo que sorprendió y sacudió a todos. O sea, quienes manifestaron recuerdan más a los jóvenes de la Liga Patriótica de Manuel Carlés que a los guerrilleros de los setenta. La gente quiere vivir hoy y nadie se siente convocado a destinos trascendentes en una historia en que la trascendencia pareciera ausente por todas partes. De modo que la clase media pide lo que le gusta: ahorrar en dólares, viajar, cambiar el auto, tener una buena casa y otra en algún lugar de la costa y enviar a sus hijos a colegios privados. Pero el reclamo callejero le ha añadido —a la cacerola— el insulto. Eso revela su estilo de convocatoria: las redes de Internet. Esa gente

ha salido a la calle propulsada por el vigor cibernético. Son los cultores de Facebook y de Twitter. De aquí que esa expresión de protesta se transformara en una de odio alentada por insultos claramente macabros. «Volvé, Néstor. Te olvidaste a Cristina». O claramente letrínógenos: «Yegua, puta y montonera», nada novedoso, aplicado a la Presidenta ya desde las jornadas del alzamiento «del campo». En cuanto al dibujo de Moreno en un ataúd con un tiro en la cabeza revela la presencia de ciertas manos demasiado negras que andan rondando.

El insulto se ha desbocado en la red. Y el motivo fundante es la impunidad que otorga el anonimato. Se trata de un espectáculo altamente desagradable. Este anonimato, el no dar la cara, el no tener que responder ante nadie, es lo que dinamita ese «vale todo» al que uno asiste en esos páramos de la ética y del pensamiento. Es fácil ser valiente si nadie sabe quién soy. Ese pequeño «hombre del subsuelo» arroja sus excrecencias sobre todos, acaso con más furia sobre personas a las que envidia, que despiertan su resentimiento. *Detrás de todo texto agravante y anónimo que vemos en la red se esconde un cobarde.* Todo tipo que no firma un agravio ha apuñalado a otro por la espalda. Un anónimo vive en las sombras. *Letrinet* le permite vaciar, expulsar de sí la enfermedad que amarga sus días. El odio. Desde su hondo abismo se siente el dueño del mundo: puede arrojar sobre quien lo desee todo su hediondo arsenal. Nada pasará. Arrojó la piedra, el sistema consagrado del anonimato de *Letrinet* protegerá su mano de la vista de todos. Qué enorme placer. Qué infinita posibilidad para canalizar su odio, su resentimiento, su mediocridad.

¿La verdad ha muerto?

El tema de la verdad es uno de los más complejos de la filosofía y a ella le pertenece, le corresponde. Dejemos de lado a los griegos porque, de lo contrario, no terminaremos más. Pero acompaño a Protágoras y a su formidable frase «El hombre es la medida de todas las cosas».

Repasemos algunos hechos: durante la Edad Media el problema no fue difícil. Dios poseía la verdad y se la revelaba a los hombres. O mejor dicho, a los pastores. A la institución eclesiástica. Surge eso que Foucault (al que ya recurrimos) llama «poder pastoral». Los buenos siervos de Dios, siempre que se sienten en pecado, acuden al buen sacerdote y, en el confesionario, le dicen las opacidades de su alma. El pastor conoce todo del siervo y el buen hombre no sabe nada del pastor. Así, el confesionario es como la CIA de la Iglesia. Tiene un fichaje de todos los siervos de todos lados. La «verdad» que Dios revela la recibe la Iglesia y el que no la cumpla será castigado por la Inquisición^[10].

Descartes viene a establecer una nueva verdad. Al dudar de todo, duda también de Dios. ¿Qué es lo que le permite dudar de todo? Su pensamiento. ¿Qué es aquello de lo que no puede dudar? Claro está: de su pensamiento. La verdad que viene a instaurar Descartes es la de la razón: *ego cogito, ergo sum*. Pero hay otra verdad que Descartes debiera probar. La externa. ¿Cómo salir del *cogito*? A través de Dios. *La revolución no ha sido total*. Si veo todo eso ahí afuera es porque debe existir; si no, Dios no me lo haría ver. O sea, la única verdad que viene a establecer Descartes es la del pensamiento, la de la subjetividad. La del hombre. Pero ese hombre es incapaz de probar la existencia del mundo exterior. Todo cambia con Kant. Kant es un filósofo fundamental. Lo que hizo todavía sirve. Dice: *Todo conocimiento empieza por la experiencia pero no se reduce a la experiencia*. La primera parte de la frase es una concesión al pensamiento de Hume, al empirismo inglés, al que Kant respetaba mucho. O sea, todo conocimiento empieza por la experiencia, por lo fáctico, por lo empírico. *Por los hechos*. Hegel dirá: *Lo verdadero es el todo*. Tomemos cualquier instancia de la dialéctica histórica. Tiene tres momentos: afirmación, negación de la afirmación y negación de la negación. El tercer momento es la síntesis de los otros dos y los contiene en una totalidad en tanto superación. Este tercer momento es la totalidad. Y la totalidad —en Hegel— es lo verdadero. Especialmente al constituirse en tanto sistema. Adorno (en el siglo xx), oponiéndose a la dialéctica hegeliana, lanzará un famoso *dictum*: *La totalidad es lo falso*. Sartre, en la *Crítica de la razón dialéctica*, dirá que la totalidad nunca cierra: apenas totaliza ya se destotaliza. Pero siempre hay algo que nunca falta: la empiria, la materialidad, lo fáctico. Nietzsche dice: «No hay hechos, hay interpretaciones». Pero sí: *hay hechos*. Sólo que la verdad se establece por medio de la interpretación de los hechos. Sólo que, sin hechos, no hay interpretaciones. Seamos redundantes porque aquí está el centro de la cuestión: *aun cuando la primacía de la interpretación de los hechos pareciera llevar a un relativismo, esa interpretación parte también de lo fáctico. De los hechos. Sin hechos, no hay interpretaciones*. Foucault, partiendo de Nietzsche y Heidegger, establece la verdad como lucha de interpretaciones. La verdad es de

este mundo, dice en *Microfísica del poder*. En *La verdad y las formas jurídicas* establece que hay una lucha por la verdad. Algo que también hace en *Poder y verdad*. Se lucha por la verdad porque la verdad es la que establece el poder. En suma, de todas las interpretaciones de los hechos van a triunfar aquellas que puedan acumular más poder. De aquí el interés de los monopolios en conservar lo que han logrado. Es fácil: si yo tengo doscientas o trescientas bocas comunicacionales a través de las que enuncio mi interpretación de la realidad, ésta se transforma en la verdad porque logro convencer a la mayoría. *La verdad es hija del poder*. Hoy más que nunca por el despliegue agobiante de los medios de comunicación. Esto no significa que no existan verdades alternativas a las del poder mediático. Pero serán muy débiles. Ya que el monopolio mediático (y, no lo olvidemos, *los medios de comunicación son el partido político de la derecha*) se ha ido devorando a todas las fuerzas competitivas del mercado. El mercado no es libre y es antidemocrático: se lo devoran los monopolios y los oligopolios, que concentran el poder adosando a los competidores o llevándolos a la ruina. Lo cual es fácil: cualquier monopolio puede vender un año a pérdida y fundir a las pequeñas empresas del mercado. Ahí es cuando las compra o deja que entren en convocatoria de acreedores, cuando acaso las compran o se fundan.

Pero todo ha cambiado. Un cambio en la ética periodística. *Vimos que todas las filosofías partían de los hechos*. Kant requería de la experiencia. De aquí que sea nuestro ejemplo predilecto. Todo conocimiento empieza por la experiencia. El periodismo nació para decir la verdad. Se diferencia en esto de la literatura. *El buen periodismo dice la verdad, la buena literatura miente*. Ésta es una frase indiscutible y llena de orgullo a los escritores. El escritor escribe ficciones. (No voy a entrar aquí en las interpretaciones que afirman que interpretar la realidad es una ficción porque sería largo. El que ha llevado esta interpretación al extremo es Hayden White en *La ficción de la narrativa*. Pero es una posición —aunque valiosa y que enriquece el debate serio— discutible). Digamos que Kant jamás diría que no parte de la experiencia. Que Nietzsche no negaría que parte de los hechos para interpretarlos. Y que esa guerra por la verdad que postula Foucault también se basa en la facticidad. En el periodismo esto es lo que ha muerto. *El periodismo ya no parte de los hechos*. Ésta fue su tarea primordial desde su nacimiento. El periodismo informaba. Pretendía informar imparcialmente. Aquí radicaba su rigor. Pretendía ser un tábano para mantener alertas a los hombres y advertirles que no adhirieran a la falsedad. O pretendía ser un clarín sobre los grandes problemas argentinos, para no eludirlos, para enfrentarlos, para decir, sobre ellos, la verdad. Ahora el periodismo ya no trabaja sobre materialidad alguna. Al estar en constante estado de beligerancia, deja de lado lo fáctico. *Ya no parte de los hechos, los inventa*. Esa foto del presunto Chávez en la tapa de *El País* es la prueba. *El País* fue un diario respetable y querible, progresista. Hoy es parte del complot mediático contra los gobiernos populares de América Latina que nosotros —lo sentimos mucho pero son nuestras creencias, les pedimos que las respeten y no se rebajen insultándonos— defendemos. Ese «Chávez» no se basa en ninguna «materialidad», en ningún «hecho». Todos los filósofos que he citado dirían que así no se consigue la verdad. Que no es el camino para llegar a ella. Porque sin base material no es posible la interpretación. Y si no hay interpretación, lo que hay es la más recalcitrante y vergonzosa mentira. Señores, ustedes están hundiendo al periodismo. Costará mucho que recuperen la fe de los lectores, o de muchos de ellos que no se dejan engañar fácilmente.

Ustedes, señores, al apelar a la mentira como arma de antagonismo, están matando a la verdad. Y eso no tiene retorno. Y es, además, imperdonable.

No todo es amargura en el periodismo. Todavía hay periodistas honestos, leales a las convicciones de toda su vida. También hay periodistas más que honestos en los medios de las corporaciones. Actúan con bajo perfil porque necesitan el trabajo. En el libro —por ejemplo— que hicimos con Horacio González (*Historia y pasión: la voluntad de pensarlo todo*), el periodista de *Clarín* que articuló el diálogo, Héctor Pavón, tuvo una descollante participación. Hay más buena gente de la que muchos creen. Tal vez eso debiera alegrarnos, impulsarnos a seguir. También hay periodistas con gran sentido del humor, que se ríen de sí mismos y de sus errores. Hay un libro ampliamente recomendable y que los divertirá mucho. Es el de Juan José Panno, periodista deportivo de larga trayectoria. Se llama *Obras maestras del error*. El humor del libro de Panno se expresa por medio de la elección de títulos de los medios gráficos y furcios de célebres periodistas. Por ejemplo: «Mató a su madre sin razón justificada». «Por beber en exceso se volvió homosexual». «Se suicidó arrojándose de un octavo pisooooo». (Éstos pertenecen al libro de Eduardo Galeano: *Las palabras andantes*). Sigue Panno: «Los delincuentes, al verse abatidos, se entregaron rápidamente». «Tengo grandes recuerdos de Discépolo. Yo siempre le preguntaba por qué eran tristes sus letras de tango, tan melancólicas, pero ahora no me acuerdo qué me contestaba». «El equipo de *Boca Juniors* hace 15 fechas que no logra perder». «Gatti siempre se equivoca de vez en cuando». El furcio más recordado de la historia de la radio —según Panno— fue el del locutor que hizo la propaganda de Lysoform: «Señora, después del polvo, baño Lysoform». No sé si Panno lo anota (no lo encontré) pero puedo aportar uno célebre del programa de preguntas y respuestas de Iván Casadó, allá por los pacatos años cincuenta: «Señorita, ¿qué fruto tiene el hombre que la mujer no?». La señorita respondió: «La banana». Era la nuez de Adán. Cortaron de inmediato la transmisión. Otro sobre fútbol: «Fue un tiro violentísimo. Si entraba, era gol». «Escucharemos la noticias nuevas». «Lamentablemente, no hubo que lamentar víctimas». «Los dos muertos quedaron tirados en el pavimento antes del traslado a la morgue». Raúl Portal se ríe de sí mismo: le gustaba mucho el «Clarín porteño» de Cora Cané, que salía en la última página. (No sé si sigue saliendo porque hace un tiempito que no leo *Clarín*. Volveré en tiempos mejores). Portal dice: «En *Clarín*, lo importante está en la última paja». Luego, cuenta, anda caminando por una calle de Rosario. Un pibe, que va con su papá, lo detiene: «Yo siempre te veo en la tele y mi papá también. Cuando vos aparecés en la tele, mi papá siempre dice: “¡Qué boludo!”».

El Complejo Militar-Industrial y el destino manifiesto

Toda la guerra de Afganistán, toda la de Irak encuentran su fundamento en las necesidades siempre insatisfechas de CMI. ¿Recuerdan la planta carnívora de *The little shop of horrors*? Supongamos que no. Que no recuerdan nada de este film de 1960, que dirigió Roger Corman, el «genio» de la clase B, que duraba apenas 70 minutos y luego tuvo *remakes* y hasta puestas teatrales como comedia musical. Jack Nicholson hacía un papel inolvidable. El film trata sobre una planta carnívora. Que, de casualidad, aparece en el negocio de un inocente herborista que se dedica a alimentarla^[11]. A medida que la planta recibe ese alimento empieza a crecer. Crece y crece. Luego se devora a algunos clientes que llegan en momentos en que el herborista no está. Luego enloquece y empieza a gritarle al magro, atemorizado herborista: *Feed me! Feed me!*. Que podría traducirse algo libremente como: «¡Dame de comer! ¡Dame de comer!». Ésta es la relación del CMI con Estados Unidos. Quiere que lo alimenten. Ya nadie le puede negar ese pedido. Es tarde. Ha crecido demasiado. Eisenhower (recordemos) lo había dicho: «Nos hemos visto obligados a crear una industria armamentista permanente de vastas proporciones. (...) Ahora bien, esta conjunción entre un inmenso sector militar y una gran industria de armamentos es nueva en la experiencia americana. Su influencia total: económica, política, incluso espiritual, se siente en cada ciudad, en cada Estado, en cada oficina del gobierno federal. (...) En los consejos de gobierno, debemos protegernos de la adquisición de influencia injustificada, deseada o no, por parte del complejo militar-industrial. El potencial de un desastroso incremento de poder fuera de lugar existe y persistirá. No debemos dejar que el peso de esta combinación ponga en peligro nuestras libertades o procesos democráticos. No debemos tomar nada por sentado. Sólo una ciudadanía alerta y bien informada puede compeler la combinación adecuada de la gigantesca maquinaria de defensa industrial y militar con nuestros métodos y objetivos pacíficos, de modo tal que seguridad y libertad puedan prosperar juntas». No, no van a prosperar juntas. Toda la nación está en manos del CMI. Que forma una misma entidad con el poder mediático. Éste tiene que crear las condiciones necesarias para exigir la presencia constante y creciente del CMI. ¿Qué es necesario para que esa presencia jamás se interrumpa? Son necesarias las guerras. Siempre Estados Unidos tiene que estar en guerra. La economía y la política han quedado subordinadas a su gendarme. Tal como en esos *westerns* en que los habitantes de un pueblo llaman a un pistolero temible porque otros pistoleros (también temibles) los agreden sin darles descanso. El nuevo pistolero mata a los otros y luego se adueña del pueblo. Ahora la pesadilla es él. Pero es tarde^[12]. El dueño del pueblo es el CMI. Estados Unidos podrá endeudarse, tener una economía tambaleante, pero no. Eso es un espejismo. La riqueza del Imperio está en su armamentismo. O en sus armamentos. Es la potencia militar más poderosa de la historia. En sus armas descansa la realización de su *destino manifiesto*. Esta frase apareció por primera vez en un artículo que

John L. O'Sullivan publicó en la revista *Democratic Review*, en Nueva York, en 1845, mientras Sarmiento, en Chile, escribía *Facundo*, en busca del destino manifiesto argentino, que habría de ser el mismo que el de las grandes naciones del Occidente capitalista.

Estados Unidos no se va a retirar de Irak. La guerra colonial-imperialista de Afganistán e Irak es sólo un comienzo. La cuestión es que si no conquistan y mantienen bajo dominio a la zona euroasiática que se despliega desde los Balcanes hasta Pakistán, no tendrán aseguradas las más grandes reservas petrolíferas del planeta, que llegan en esos territorios al 70 por ciento.

De modo que el CMI (que, según varios bien pensantes, es el mayor enemigo de la democracia norteamericana y tienen razón) seguirá ordenándole al país: *Feed me! Feed me!*. Una tarea en que el poder mediático es esencial. El subtítulo de mi libro *La filosofía y el barro de la historia* es: *Del sujeto cartesiano al sujeto absoluto comunicacional*. Puse, ahí, «absoluto» con el propósito de señalar el fracaso de las filosofías que surgieron para destruir y descentrar al sujeto. No, el sujeto está más centrado que nunca. Y su poder constituyente se ha globalizado. Es, así, absoluto, como lo era el hegeliano. Pero basa su poder constitutivo en la doctrina del destino manifiesto (es *America* la que debe hacer esa tarea) y en su poder bélico-comunicacional. El poder mediático es también y al mismo tiempo un poder bélico, ya que se basa en el poderío del CMI.

Ahora bien, como imagen o metáfora del destino manifiesto hay otra. Y es de gran jerarquía. Pocos imperios han tenido un texto tan poderoso que los expresara. Esa expresión no es unívoca, exclusiva, pues ese texto es una gran novela abierta a decenas y decenas de interpretaciones. Su autor, incluso, advirtió contra esas posibles metáforas o alegorías. Su libro sólo era la historia que contaba. Pero se desmerecía. Hablaba como hombre de mar, como pescador de ballenas, y no como el inmenso escritor que era. ¿Qué es *Moby Dick*? ¿La gran metáfora del imperio norteamericano? ¿Una interpretación del sentido de la existencia humana en totalidad? ¿Una teología negativa? ¿O la historia de un hombre vengativo que quiere dar muerte a la ballena que le arrancó una pierna? Y sólo eso, como dirá Melville.

***Moby Dick*, fundamentos del expansionismo imperial**

Si en el siglo XIX *Moby Dick* (la ballena blanca) se come una pierna del capitán Ahab, en los inicios del tercer milenio —exactamente durante el año 2001, el día 11 del mes de septiembre— le devora la otra. Abundan las lecturas socio-políticas de la inabarcable novela que Hermann Melville publicó en 1851 a la edad de 32 años, cuando ya tenía gran experiencia en la técnica y el arte de la pesca de ballenas y el genio y el coraje suficientes como para atreverse a una empresa casi sobrehumana: escribir una novela genial, que ninguna lectura podría agotar jamás, que soportaría el asedio de los críticos, de los intérpretes de toda condición y aun habría de conservar sus misterios más hondos, impenetrables, por la profundidad con que expresó los vericuetos de la existencia humana. Todos saben que las lecturas socio-políticas no agotan la densidad metafísica y religiosa del texto de Melville, pero han conseguido predominar en ciertas coyunturas y aun los intérpretes más serios han cedido a ellas, de tentadoras que son. Así, Ahab pasa a representar la ambición obsesiva del imperio norteamericano de ir tras una meta que siempre renace, bajo una y mil formas, porque es el perseguidor el que crea y agiganta a su perseguido, por una causa simple y poderosa: en la persecución está el fundamento de su existencia y la consolidación de su poder territorial. Queda, así, claro que el loco Ahab es la locura imperialista, el expansionismo fanático, indetenible, desde que cada territorio por el que su delirio de persecución lo lleva a atravesar, se lo queda, es suyo; el objeto de su paranoia termina por ser el entero mundo y sólo su dominación aplacará o, al menos, mermará su sed, y le será entonces posible vivir menos angustiosamente, dejar a un lado su desesperación. Pero algo así nunca sucede. Para su desdicha y para la de los otros, Ahab no puede detenerse. Su furia vengativa es el sentido de su vida. No le importa Dios y está enamorado del Mal. El Mal es *Moby Dick*, la ballena que se atrevió a injuriarlo, a hundirlo en el deshonor de la invalidez. ¿Cómo no habrá de seguir persiguiéndola luego del 11-S? ¿Qué es ahora Ahab? Si antes era un mutilado, un tullido que debía caminar con una pierna de marfil, ahora es un inválido, alguien que despertará en los demás una repugnante piedad —que no desea, que odia— ya que tendrá que apelar a la indignidad de dos muletas para desplazarse —siempre torpemente— por la cubierta de su barco. Así es como anda por Irak, así planea arrojararse sobre Irán^[13].

Melville desestimaba las lecturas alegóricas de su novela. Se toma el trabajo de explicitarlo en ella misma, en el capítulo XLV, «El testimonio»: «La mayoría de la gente de tierra ignora a tal punto algunas de las más sencillas y palpables maravillas del mundo que, sin el apoyo de los simples hechos históricos y ahistóricos de la caza de ballenas, podría desdeñar a *Moby Dick* como una fábula monstruosa o, cosa aún peor y más detestable, como una insoportable y repulsiva alegoría»^[14]. *Moby Dick*, lo hemos dicho, es una novela infinita. Supera, está más allá de todas las lecturas con que se busque someterla. Esto lo sabe Edward

W. Said: «Nadie soñaría siquiera con reducir la gran obra de Melville a una mera ilustración literaria de los hechos del mundo real»^[15]. Sin embargo, apenas en el párrafo anterior, no ha podido dejar de escribir: «Melville construye en el capitán Ahab una alegoría de la conquista del mundo que Estados Unidos desea; está obsesionado, se comporta de un modo compulsivo y se muestra imparable, absorto completamente en su propia justificación retórica y su sentido del simbolismo cósmico»^[16]. Esta interpretación se ha impuesto y domina sobre las otras. Nunca, si hemos de ser honestos, los analistas de semejante texto desdennan su riqueza y dejan de lado los otros aspectos. Y si lo hacen, no se privan de explicitarlo, a veces como avergonzados. Pero una lectura de la gran obra de Melville debiera ser una empresa totalizadora. Por ejemplo: todas las lecturas socio-políticas no toman seriamente la lectura teológica. ¿Es *Moby Dick* el relato de tono bíblico (por su grandeza) de la lucha entre el Bien y el Mal? La lectura socio-política tiene claro que —para júbilo y gloria de los norteamericanos—, Melville les ha entregado los motivos del imperialismo, de la expansión ilimitada: la persecución del Mal. Dan por hecho —de este modo— que *Moby Dick* es el Mal. Al menos para la política imperial norteamericana. Algo que no es tan sencillo para la lectura teológica. En esa lucha cósmica del Bien contra el Mal, ¿quién es el Bien, quién es el Mal? ¿Puede alguien como Ahab ser el Bien? Ahab es un vengador compulsivo, lleno de odio y deseos de destrucción. *Moby Dick* es sencillamente una ballena. Tal vez la más poderosa, la que posee mayor poder destructivo, pero sin duda la más bella. ¿Quién puede negar la belleza de *Moby Dick*? ¿Quién puede encontrar belleza en Ahab? Ahab, dijimos, vive tramado por el odio y la destrucción. *Moby Dick* no sabe ni puede odiar. Puede destruir pero sólo porque su naturaleza la empuja, la exige. *Moby Dick* es ajena al mundo moral. Por consiguiente, nadie puede juzgarla. No hace el Mal, se entrega a sus instintos, algo que le es inevitable. Como a un león, como a un tigre. El mundo animal no tiene valores morales. Melville no busca transformar a *Moby Dick* en un ser que hace el Mal con la conciencia de hacerlo. Así la ve Ahab. Pero no hay conciencia en *Moby Dick*. La conciencia es algo propio de los hombres. En *Moby Dick* gobierna el instinto de la especie, de una especie magnífica, qué duda cabe, pero carente de un orden de valores, salvo los de la vida, que le son imperiosos e instintivos. *Moby Dick* es más pura que Ahab. Es Ahab el que la persigue, el que desea destruirla. En la gran escena titánica del final, *Moby Dick* lucha para defenderse. Ahab es el que ataca, el que provoca la lucha. A nosotros, los que estamos en la periferia de esa lucha pero podemos ser incluidos en ella pues se trata de una lucha global, universal, nos da más miedo Ahab que *Moby Dick*. O aún peor : *sabemos que para el Imperio todo lo que no es Ahab es Moby Dick*.

En el parágrafo *Ahab y el imperio* de la historia que ha tramado sobre Estados Unidos, Thomas Bender escribe: «Fueron pocos los norteamericanos (...) que comprendieron mejor las dimensiones globales de la empresa estadounidense que Hermann Melville (...). Después de haber perdido una pierna a causa de la ballena, Ahab tenía una razón muy directa para continuar buscándola: el imperio estadounidense muchas veces ha obrado por una irrefutable preocupación por la seguridad»^[17]. También Bender no sólo se disculpa sino que se lanza a desentrañar los otros motivos que laten en la obra de Melville. Pero nos ha entregado uno poderoso: el Imperio siente que el mundo está contra él. Éste es su síndrome Ahab. Tiene que perseguirlo y dominarlo. Seguir expandiéndose hasta cubrirlo por completo.

Ahab persigue a *Moby Dick* por toda la agobiante superficie de la Tierra. Agredimos, dicen, para que no nos agredan. Sólo así estaremos seguros. Y eso es lo que sucede en la novela de Melville. Ahab, a punto de arrojararse sobre el cuerpo de la ballena, pronuncia palabras terribles, hermosas en su locura demoníaca, palabras que dan forma a uno de los textos más deslumbrantes de la literatura universal. Como homenaje a Melville, aquí están: «¡Ahora siento que mi mayor grandeza está en mi mayor dolor! ¡Acudid desde los confines más remotos olas remotas de toda mi vida pasada! ¡Formad la ola inmensa y única de mi muerte! ¡Me precipito hacia ti, ballena, que todo lo destruyes sin vencer! Lucho contigo hasta el último instante; desde el centro del infierno te atravieso; en nombre del odio vomito mi último hálito sobre ti»^[18]. Éste es el Ahab de hoy. Y ese texto de acero que el genio de Melville pergeñó: «Ballena, que todo lo destruyes sin vencer», ¿no es la imagen que el Imperio tiene del terrorismo, la más actual, la más rigurosa?

Los ingleses —grandes colonizadores— tuvieron a su Hermann Melville. Pero era un Melville plenamente convencido de su tarea. El autor de *Moby Dick* nunca tuvo la menor aspiración de nada. Menos aún de expresar la expansión del Imperio norteamericano. Su gran novela fue un fracaso. Se alejó del «mundanal ruido». Fue granjero. Luego volvió a Nueva York. Pero nunca obtuvo el reconocimiento literario que mínimamente deseaba. Rudyard Kipling, por el contrario, fue lúcidamente el poeta del colonialismo británico. Fue un hombre enérgico, que nació en la India, vivió luego en Inglaterra, regresó a la India y viajó a Estados Unidos. Su vida no tuvo mayores sufrimientos. No sólo la gloria no le fue esquiva, sino que hasta fue dulce con él. En 1906, ganó el premio Nobel de Literatura.

No por azar, no sin fundamentos se le dice el poeta del colonialismo. Kipling acuñó un concepto riguroso. Habló de *la pesada carga del hombre blanco*. Tratemos de comprender esa frase porque, en ella, reside una verdad muy honda sobre la modalidad en que el homo imperialista se ha visto a sí mismo, sobre todo a través de uno de sus más grandes poetas. ¿Por qué es pesada esa «carga»? Porque hay en ella una gran dosis de sacrificio. El hombre blanco da todo de sí para llevar la civilización a los territorios primitivos, bárbaros. La barbarie es lo Otro de esa civilización, su antinomia. No es la cultura, no son las costumbres de los pueblos refinados, no son los libros, no es la visión de la historia como un progreso constante del género humano. No podría serlo porque esos pueblos no tienen historia. Sólo pasan a tenerla cuando el hombre blanco, asumiendo su pesada carga, los incorpora a la suya y los lleva por sus caminos, que son los de la historia. En suma, la pesada carga del hombre blanco es la carga del colonialismo. Entrar en los pueblos atrasados, llevarles la cultura, incorporarlos a la línea incontenible del progreso humano, a la línea de la historia, entregarles, como gran regalo, la civilización que con tanto sacrificio la modernidad occidental ha conseguido atesorar.

Rudyard Kipling fue el gran poeta de esta epopeya. Nació en Bombay en 1865, se dedicará a la literatura y hasta llegará a ganar el Premio Nobel. Tiene dos poemas célebres por cantar la epopeya del homo colonialista. Uno, aunque ya un poco olvidado, fue el más célebre de los dos: *If* (traducido al castellano por el condicional *Sí*). El otro, más complejo, arduo de traducir, es *La pesada carga del hombre blanco* (*White Man's Burden*). Los dos son poderosos, magníficos. El *If*, en forma de pergamino, fue colgado en innumerables hogares a lo largo-ancho de este mundo. ¿Era la visión que Kipling tenía del homo colonialista? No cabía duda

de esto. ¿Era el superhombre nietzscheano? Bien pudo serlo. Era, en todo caso, un hombre que ninguno de nosotros jamás sería. Pero ¿quién no soñó serlo? No ser el homo colonialista. Quidemos las connotaciones políticas, quidemos al conquistador británico y a su Reina, la codicia irrefrenable del Imperio, su rapiña, su sagacidad para llevar a cabo todos sus planes, para dominar el mundo desde una pequeña isla. Tratemos de leer (o releer) el poema como el de un poeta que nos incita a ser más de lo que somos, que nos incita a la perfección, no a la maldad, sino al diseño admirable de nuestro modo de ser en el mundo. Escribe Kipling: «Si sabes conservar la cabeza/cuando todos los que te rodean/pierden las suyas y te culpan de ello». Sigue: «Si sabes confiar en ti mismo/cuando todos dudan de ti/pero te haces también cargo de sus dudas/Si sabes esperar y no cansarte en la espera/si siendo objeto de mentiras no te ocupas de mentir/o siendo odiado no te entregas al odio/si te sabes encontrar con el éxito y el fracaso/y tratar a esos dos impostores por igual/Si sabes hacer un montón con tus ganancias/y arriesgarlas en una jugada de cara o cruz/y perder y volver a empezar desde el principio/y no pronunciar una palabra sobre tu pérdida/Si sabes (...) seguir cuando no queda nada en ti/excepto la voluntad que te dice: ¡avanza!/ Si sabes llenar el inexorable minuto/con el poderoso valor de sesenta segundos/tuya es la tierra y todas las cosas que hay en ella/y lo que es más: ¡serás un hombre, hijo mío!»^[19].

El otro poema de Kipling es explícito sobre todo por su título. Luego es complejo, no tan claro como el *If*, menos cristalino, menos poderoso, igualmente perfecto en su forma literaria. Pero es el poema que dice más que cualquier discurso o proclama lo que el hombre blanco siente cuando entra en un territorio bárbaro. «Aquí estamos. Les traemos la cultura, la civilización, el lenguaje, los buenos modales, algunas escuelas, algunos maestros, y llegamos con fusiles, cañones, espadas, látigos, con todo lo necesario si no aceptan someterse a nuestra pesada carga. No nos gusta que nuestro sacrificio sea ignorado, o peor aún: recibido con desdén, con odio. Adviertan ya mismo, en el mismo instante en que nos vean llegar, la enorme suerte que tienen, la modernidad, el capitalismo occidental, la rueda de la historia ha llegado hasta ustedes. Los haremos parte de ella. Esa fortuna tienen. Dejarán de vegetar fuera de la historia. Porque ustedes, sin nosotros, son pueblos sin historia. Nosotros se la traemos. Les traemos nada menos que eso: la Historia. Sólo les pedimos que trabajen sumisos a nuestras órdenes. Pero los haremos progresar. Caminarán hacia nuestro mismo, idéntico porvenir. Porque es el único. Solos, retrocederían otra vez hasta la edad de los monos y los dinosaurios. De nuestra mano les aguarda el horizonte. Sólo exigimos sumisión y trabajo duro. Alguna vez soltaremos sus manos y serán libres. Entre tanto, crecerán vigilados por nosotros. Porque ustedes, los bárbaros, sólo pueden crecer, avanzar, formar parte del progreso, de la historia humana, si se aferran a nosotros, si siguen, como les sea posible, nuestro rumbo, el de la civilización».

Kipling lo dice en *White Man's Burden*: «Lleven la carga del hombre blanco/envíen adelante a los mejores entre ustedes/para servir, con equipo de combate/a naciones tumultuosas y salvajes./ Esos recién conquistados y descontentos pueblos/mitad demonios y mitad niños./ Lleven la carga del hombre blanco/las salvajes guerras por la paz/llenen la boca del Hambre/y ordenen el cese de la enfermedad/y cuando el objetivo esté más cerca/en pro de los demás/contemplan a la pereza y a la ignorancia/llevar la esperanza de todos ustedes hacia la nada». He aquí por qué es pesada la carga del hombre blanco. Porque es

inútil. Pesimismo terrible el de Kipling. Esas «naciones tumultuosas y salvajes», esos «descontentos pueblos», «mitad demonios, mitad niños», jamás reconocerán, agobiados por su pereza y por su ignorancia, la esperanza que en ellos depositó el hombre blanco, sometida ahora al abismo, a la nada.

Sin embargo, algún placer o magnífico beneficio habrá de encontrar el hombre blanco en su pesada carga porque la ha llevado y aún la lleva. Aún penetra en tierras que no le pertenecen. Aún dice que asume su cruzada civilizadora. Aún mata en nombre del progreso o de la democracia (palabra con que ha reemplazado a «progreso»). Aún su voluntad, incesantemente, le dice: «¡Avanza!».

Ésta es la palabra-mandato: «¡Avanza!». Ahab, en medio de su demencial persecución de *Moby Dick*, se dice: ¡Avanza! Los ingleses en la India, en China, en Irlanda se dicen: ¡Avanza! Los franceses en Argelia: ¡Avanza! Los norteamericanos en Corea y en Vietnam: ¡Avanza! El Complejo Militar-Industrial, hoy, escucha la voz de sus ideólogos. Sus ideólogos le hablan en secreto o desde los grandes medios. De donde sea, le dicen: ¡Avanza! La voluntad de poder nietzscheana le decía a Hitler: ¡Avanza! Y Hitler reclamaba el espacio vital. Recordemos que el espíritu de dominación es el elemento constituyente del espíritu humano. No hay dominación sin conquista. La interpretación que Heidegger hace de la voluntad de poder nietzscheana —aunque rechazada por algunos nietzscheístas— es perfecta. La voluntad de poder tiene que avanzar incesantemente. Esa voluntad es el devenir de la historia. No puede detenerse al costo de impedir su expansión. «Conservación y aumento (escribe Heidegger) caracterizan los rasgos fundamentales de la vida (...). A la esencia de la vida le toca el querer crecer, el aumento (...). Toda vida que se limita únicamente a la mera conservación es ya una decadencia. Por ejemplo, para un ser vivo asegurarse el espacio vital nunca es una meta, sino sólo un medio para el aumento de vida»^[20]. *Espacio vital* fue la consigna de Hitler para expandir la territorialidad alemana. No es casual que Heidegger la analice y se la endilgue a la *voluntad de poder*. Nada explica mejor la voluntad expansionista del Imperio (de todos los imperios) que los conceptos de *conservación y aumento*. Hay que avanzar (se dice el homo imperialista), porque si meramente nos conformamos con lo que tenemos, vamos a morir. El único medio de conservar lo que ya conquistamos es aumentarlo. Estados Unidos busca también hoy —como lo buscaba Hitler— su espacio vital. No cesará de aumentar lo que tiene. Esto —conceptualmente— se lo requiere el CMI. *Feed me! Feed me!* Crece o moriremos. Pensémoslo así: el que está contra nosotros está contra nuestra expansión. El que está contra nuestra expansión está contra nuestra vida. Por ejemplo: si le hemos pedido a Rafael Correa poner una base en Ecuador y nos lo ha negado, Rafael Correa es un enemigo mortal de Estados Unidos. Al impedir nuestra expansión se pone de lado de los que desean nuestra muerte. El que está contra nosotros no está en mera disensión. Ni siquiera está en actitud de beligerancia. Ni siquiera es nuestro enemigo. Es nuestro asesino. Quiere matarnos. Impedir nuestra expansión es desear nuestra muerte. Aquel que lo haga, que sepa lo que hace. Si lo sabe, las consecuencias lo sorprenderán menos. Pero no lo salvarán.

Otra vez Assange y el *Big Brother* Panóptico

El siguiente diálogo —que tomamos del libro de Julian Assange, *Cypherpunks*— podría ser el comienzo de un relato de ciencia ficción de *terror paranoico*:

—Si compras al vecino de al lado con tu tarjeta Visa, cosa que en una sociedad de mercado tradicional sería prácticamente privada, ¿quién se entera ahora?

—Todo el mundo.

—Todo el mundo. Las principales potencias occidentales controlan entre sí el intercambio de información, todas tienen conocimiento de esta información y la almacenan para siempre.

Es decir, si le compro algo a mi «vecino de al lado» con mi única, personal e intransferible tarjeta Visa, *se enteran las principales potencias occidentales*. Algo anda mal aquí. Algo no funciona con la sencilla (o no tanto) idea que uno tenía del «mundo». Un empleado de una empresa de venta de productos electrónicos le dio esta respuesta al escritor peruano Alfredo Pita durante el año 2001, en la Quinta Avenida de Nueva York:

—No le puedo vender este producto al precio que usted me pide. Si lo hiciera perdería dinero. —El tipo sonríe. Se le acaba de ocurrir lo que va a decirle a Pita y le resulta ingenioso. Sí, lo es. Dice—: No es así como funciona el mundo.

De acuerdo, no es así como funciona el mundo. El que vende una mercancía —que para él tiene valor de cambio, pero no valor de uso— tiene que ganar una cantidad de dinero establecida por las reglas del mercado. El que compra esa mercancía —que tiene para él valor de uso, pero no valor de cambio— la compra porque usándola va a recuperar el dinero que invirtió en comprarla y va a ganar más o mucho más. Así funcionaba el mundo. Lo que esos dos sujetos económicos tenían descartado, eso en lo que ni pensaban, era que las potencias occidentales se iban a enterar de esa transacción y habrían de almacenarla para siempre. Hay un cambio drástico. Estamos al escubierito. Nos vigilan. Vigilarnos es controlarnos. Para eso nos vigilan. Si recordamos la frase de Moreno («Los pueblos nunca saben, ni ven, sino lo que se les enseña y muestra, ni oyen más que lo que se les dice»), debiéramos hoy agregar: Los pueblos, además de no ver ni saber como siempre sucedió, ahora tampoco saben que hay alguien que sabe todo, alguien que los vigila constantemente y sabe lo que ellos no saben, sabe lo que ellos hacen con ese no-saber. Aunque los pueblos sólo sepan lo que el poder les hace saber, el poder también quiere saber qué hacen los pueblos con su ignorancia. Es el cierre perfecto del círculo de la dominación.

Hemos llegado al sujeto panóptico. Es más poderoso que el *Big Brother*. Orwell previó mucho. Pero no podía prever todo. Se equivocó en algo grave por su anticomunismo, que lo llevó a imaginar su sociedad de la vigilancia como una metáfora de sociedad totalitaria encarnada en su momento por el comunismo. Probablemente, en Orwell, privara el deseo de un socialista por salvar la idea más pura de la sociedad comunitaria, que la de un furioso anticomunista en busca de la destrucción de ese régimen. Creo que su visión del mundo capitalista no era ingenua, algo lo llevó a vislumbrar que el *Big Brother* latía en sus entrañas

o ya estaba actuando. La novela se muestra esquiva a señalar alguna de las sociedades existentes como realización efectiva de la sociedad autoritaria del *Big Brother*. Pese a los sistemas de vigilancia que Orwell instala en su sociedad distópica del sometimiento de la libertad, de la muerte del individuo, no llega a imaginar los sistemas de espionaje del mundo actual. Que nadie lo critique por esto. Atención: *siempre es fácil para los perros vivos burlarse de los leones muertos*. Desde la caída del Muro y del sistema comunista en Rusia, el aceleramiento de la historia ha sido enceguedor, ha costado pensarlo. Si el Ave de Minerva levanta su vuelo al anochecer, el día de los acontecimientos sucesivos se ha prolongado en exceso. Pareciera que la noche que requiere la filosofía para pensar los hechos no llegara nunca. Que el Ave de Minerva habrá de quedar paralizada ante el vértigo, ante el largo día de las noticias incesantes e inconexas. ¿Cómo pensar si no anochece? Alguien, sin embargo, piensa. Probablemente no la filosofía. También ella acaso es pensada por el *Big Brother Panóptico*. O adormecida por su participación cómoda y segura en los estamentos del poder. Dejen a todos los filósofos en las academias, amontónémoslos ahí, déjenlos pensar en el lenguaje, déjenlos descentrar al sujeto, trizarlo, debilitarlo, déjenlos hablar de una ontología débil, déjenlos reconstruir eternamente un texto y no salir de esa cárcel. Páguenles bien, aseguren sus vidas. Valoren sus jergas de todo tipo. Pongan cara de entenderlos.

¿Qué es el *Big Brother Panóptico*? Es la mezcla de dos creaciones muy separadas en el tiempo, pero que surgieron en la historia para complementarse hoy, en este inicio del siglo XXI. Y tal vez en este libro. O no. Eso importa poco. El panóptico es —lo dijimos— una creación de Jeremy Bentham. Apareció en un libro titulado *Panoptique. Mémoire sur un nouveau principe pour construire des maisons d'inspection, et des maisons de force*. Bentham le envió el original al diputado de la Asamblea Nacional J. Ph. Garrañ. La Asamblea dio la orden de imprimirlo y así se hizo en 1791. Es un texto breve y Bentham explicita mejor que nadie sus propósitos: «Si fuéramos capaces de encontrar el modo de controlar todo lo que a cierto número de hombres les puede suceder; de disponer de todo lo que los rodea a fin de causar en cada uno de ellos la impresión que quisiéramos producir; de cerciorarnos de sus movimientos, de sus relaciones, de todas las circunstancias de su vida, de modo que nada pudiera escapar ni entorpecer el efecto deseado, es indudable que un medio de esta índole sería un instrumento muy potente y ventajoso, que los gobiernos podrían aplicar a diferentes propósitos, según su trascendencia»^[21]. Aunque se trate de un libro conocido, aunque aún más conocido que el libro sea el pasaje que voy a citar, no puedo darme el lujo de ignorarlo, de describirlo por mi cuenta o de citar meramente el libro. Que es *Vigilar y castigar*. No todos (supongo, y con razón) lo habrán leído. No todos tienen por qué recordar ese pasaje. Además, en el contexto en que nos encontramos todo va a resonar de un modo distinto. Importa diferenciar el panóptico de Bentham, el de Foucault y el *Big Brother Panóptico* que aquí analizamos, no son lo mismo. El de Bentham ya lo hemos visto. La descripción del autor es excelente. Veamos el de Foucault. Empieza por describir el panóptico de Bentham: «Conocido es su principio: en la periferia, una construcción en forma de anillo; en el centro, una torre, ésta, con anchas ventanas que se abren en la cara interior del anillo. La construcción periférica está dividida en celdas (...). Basta entonces situar un vigilante en la torre central y encerrar en cada celda a un loco, un enfermo, un condenado, un obrero o un escolar. Por el efecto de la contraluz, se pueden percibir desde la torre, recortándose

perfectamente sobre la luz, las pequeñas siluetas cautivas en las celdas de la periferia. Tantos pequeños teatros como celdas, en las que cada actor está solo, perfectamente individualizado y constantemente visible. El dispositivo panóptico dispone unas unidades espaciales que permiten ver sin cesar y reconocer al punto (...). El Panóptico es una máquina de disociar la pareja ver-ser visto: en el anillo periférico, se es totalmente visto, sin ver jamás; en la torre central, se ve todo, sin ser jamás visto»^[22]. La función especular de la díada ver-ser visto se mantendrá en el mundo de la sociabilidad. ¿Quién no quiere ver y que lo vean? En un tradicional restaurante de Buenos Aires hay —en una de sus paredes, encuadrada— una página del diario *La Opinión*, que reflejó, antes de que los militares se lo apropiaran, una etapa de la vida de Buenos Aires. Ahí se lee: «Edelweiss, un lugar para ver y ser visto». Es primordial para una sociedad del espectáculo que sus protagonistas vean y sean vistos. Pero esta mirada (la mirada-espectáculo) está destinada al reconocimiento del Otro. De ese Otro al que considero mi igual. La sociedad del espectáculo es la sociedad de los iguales. Es un tema ya tratado. De modo hermético, lo trató Guy Debord a fines de los sesenta. Hasta hizo un documental sobre la cuestión. Aquí, con la llegada de Carlos Menem al gobierno, nos dimos de narices con el pibe-espectáculo. El tipo pasó de ser El Tigre de los Llanos a liderar la farándula, a ser el más espectacular de la espectacular sociedad de los años noventa, cuando la Argentina era un país del Primer Mundo, un dólar valía un peso y el país se remataba entre *pizza* y champán^[23]. Al comienzo de esa década, escribí un libro cuyo título acaso la nombró con propiedad: *Ignotos y famosos. Política, posmodernidad y farándula en la nueva Argentina*. Su primera edición se publicó en 1994. «La sociedad de los famosos (se lee ahí) tiene hoy su apogeo en la sociedad menemista. Digamos —para ser precisos— que la sociedad menemista es impensable sin la apoteosis de la fama, ya que, en ella, sólo existe lo exitoso. Y así como el éxito es la fama, la fama es el éxito, pues ambos conceptos se complementan. Se es famoso porque se tiene éxito —y viceversa— y también, y fundamentalmente, *se es famoso porque se es visto*. Digámoslo así: *la mirada del ignoto constituye al famoso en famoso. El famoso es alguien que es visto por muchos ignotos*»^[24].

La sociedad del *Big Brother Panóptico* no es una sociedad del espectáculo. No es una sociedad de iguales. No es una sociedad del reconocimiento entre pares. El Otro es un objeto a constituir, manipular y vigilar. La globalización neoliberal ha sido impulsada con ese objetivo. Esa globalización (cuya imagen hegemónica, no casualmente, es la del culo-global, la de la circularidad perfecta, deseable e imposible) no expresa tampoco el despliegue del rizoma deleuziano. El rizoma articula una horizontalidad en que cada miembro es el centro. No existe lo Uno. El rizoma es —por decirlo así— un canto a lo Múltiple. El árbol, la raíz, es el totalitarismo de lo Uno. «Cualquier punto del rizoma (escriben Deleuze y Guattari) puede ser conectado con cualquier otro, y debe serlo. Eso no sucede en el árbol ni en la raíz, que siempre fijan un punto, un orden (...) sólo cuando lo múltiple es tratado efectivamente como sustantivo, multiplicidad, deja de tener relación con lo Uno como sujeto o como objeto, como realidad natural o espiritual, como imagen y mundo. Las multiplicidades son rizomáticas y denuncian las pseudo multiplicidades arborescentes»^[25]. Nuestros autores rechazan el esquema arborescente. No hay —en él— horizontalidad. Escriben: «El árbol o la raíz inspiran una triste imagen del pensamiento que no cesa de imitar lo múltiple a partir de una unidad superior, de centro o de segmento»^[26]. *Mil mesetas* es un libro contra el autoritarismo

comunista. Su primera edición (Les Editions de Minuit, París) es de 1980. Los cautelosos filósofos franceses ya presentían la caída del bloque soviético. Había que alejar a la filosofía de las categorías del marxismo. La misión del rizoma es deconstruir la totalidad marxista-sartreana. De aquí que la *French Theory* no haya perdido su protagonismo en la academia norteamericana y en tantas otras. Pero al poder no le importa la democracia. La deja para los claustros. El *Big Brother Panóptico* es arborescente. Hunde sus raíces profundamente en la tierra nutricia del despotismo. Crece hacia arriba y poco le importa la horizontalidad, la detesta. Si quieren escuchar a ese pianista loco, háganlo. Hoy tenemos pianistas de todo tipo. Las más grandes orquestas. Como siempre, somos generosos. Hemos aceptado que el más grande de todos los directores de orquestas sinfónicas sea un venezolano, de la tierra del petro-Chávez. Comete errores: fue al entierro del caudillo y dirigió a la orquesta juvenil Simón Bolívar al ejecutar el Himno Nacional de Venezuela. Anduvo junto a Sean Penn y Oliver Stone. Que hagan lo que quieran. Pero no exageres, Gustavo Dudamel. Tenemos otros. Te queremos a vos, sin embargo. Terminá tu tarea en Venezuela y regresá. Te esperan las mejores salas del mundo. Millones de personas te aman, millones de dólares ganarás por año. No todos lo han querido a Chávez como vos. Esa pianista, Gabriela Montero, que igualmente es venezolana, que consiguió que todos le digan «La Divina», también tocó el Himno de Venezuela. Pero se hizo acompañar por un percusionista con una cacerola. Por primera vez ese Himno fue interpretado por un dúo de piano y cacerola, instrumento que expresa en América Latina la sonoridad de los libres.

La tarea de conceptos como el rizoma (horizontalidad democrática) o lo arborescente (verticalidad autoritaria) fue entregarles a los vencedores de lo Uno stalinista o soviético conceptos para barrer con la dialéctica y su necesidad de la totalización. Deleuze declaró alguna vez que el punto central de su filosofía es rechazar el concepto de negatividad. Eso y escupir sobre la dialéctica es lo mismo. Eso y escupir sobre Hegel, Marx y Sartre también es lo mismo^[27]. De modo que —objetivamente— la función que, desde el pensamiento, cumplieron los estructuralistas, los postestructuralistas y los posmodernos fue llevar leña al incendio neoliberal. En cambio, desde la política, el neoliberalismo hizo lo que necesitaba. La globalización es la forma que el neoliberalismo instrumentó para mantener los más nefastos aspectos del concepto de totalidad. La globalización es una totalidad que no se destotaliza. La globalización es una totalidad arborescente. La globalización es una filosofía de lo Uno. La globalización tiene su centro. La globalización es la globalización del espionaje. La globalización globaliza para someter. Se globaliza lo Uno, pero lo Uno no se des-centra. Lo Uno es el imperio. Es el sujeto bélico-informático. Lo Uno es Internet. Internet es el espionaje globalizado. Tenemos que volver a Assange.

Todos tenemos un soldado debajo de la cama

Que, en su libro, no se priva de nada. Si recurriéramos a las livianas categorías de pesimismo/optimismo, debiéramos decir que su libro es muy, pero muy pesimista. Y que su conclusión —expresada en la última de sus líneas— es escalofriante. Porque ahí, el enemigo que nos muestra su rostro ya no es el imperio bélico comunicacional, sino Julian Assange y los suyos, que no son más que dos o tres. Más no pueden ser: ¿para qué quiere sumar gente una elite tecnológica? Dice Assange (en ese diálogo que sostiene con Jacob Appelbaum, Andy Müller-Maguhn y Jérémie Zimmerman y que es el contenido total de su libro *Cypherpunks*): «Ahora existe una militarización del ciberespacio, en el sentido de una ocupación militar. Cuando te comunicas con alguien a través de Internet, cuando te comunicas a través del teléfono móvil, que ahora está entrelazado a la red, tus comunicaciones están siendo interceptadas por organizaciones de inteligencia militar. Es como tener un tanque en tu dormitorio (...). Todos estamos bajo una ley marcial en lo que respecta a nuestras comunicaciones, simplemente no podemos ver los tanques pero están. Tanto es así que Internet, que originalmente se planteaba como un espacio civil, se ha convertido en un espacio militarizado (...). Así que, de hecho, nuestras vidas privadas han entrado en una zona militarizada. Es como tener un soldado debajo de la cama»^[28]. Y más adelante define —de un modo irónico— al teléfono móvil. No pienso entrar en esta temática. Confieso que me produce cierto pavor ver a tanta gente atrapada por los tentáculos de la telefonía celular. Ahora uno habla con un amigo y si ese amigo tiene alguna empresa se la pasa recibiendo y enviando mensajes desde su telefonito a otro que está tan enajenado y loco como él. El «mensaje de texto» ha pasado a ser el modo de comunicación más intenso entre un ser humano y otro. Uno le pide que abandone ese teléfono y retorne a la conversación «que, hasta que sonó ese aparatito, estábamos teniendo». Las conversaciones han muerto. Hay amigos a los que no veo desde hace años y también desde hace años no les escucho la voz. Creo que ya no podría reconocerlos. Esos deditos veloces que todos accionan sobre el aparatito enajenante parecieran destinados a un piano Steinway y a la interpretación de alguna sonata de Beethoven. No, se están comunicando. Todos se comunican. El teléfono móvil se apropió de su usuario. Que lo pone debajo de su almohada porque, si no, no puede dormir. Si suena, se despierta y atiende. Todo lo que sale del aparatito es *muy* importante. Esa importancia no proviene del mensaje, sino del medio. Aquí sí: el medio es el mensaje. Este mecanismo es un mecanismo de inercia. En sus inicios, un celular era para necesidades importantes, de cierta urgencia. Hoy es para cualquier pavada. Pero, el usuario aún cree o quiere creer que todo lo que surge de ahí es *imperioso*. En medio de este mundo idiotizado, que marcha al acaso sin ningún sentido trascendente, todo es, sin embargo, imperioso. Cada uno le pone a su aparatito-neurosis una música que le resulta divertida o ingeniosa o cree que lo representa o que sus amigos dirán: «¡Qué bueno, qué ingenioso estuviste!». Se lo dirán por medio de un mensaje de texto, claro. Muchos —pero en serio: *muchos*— ponen la música de Bernard Hermann para el film de Alfred Hitchcock *Psicosis*. Los agudos de las cuerdas para la escena

del crimen en la ducha. ¿Qué significará esto? ¿Alguien hallará placer en un aparatito que cada minuto hace sonar una música que recuerda un asesinato feroz? Assange dice, entonces, de la telefonía celular: «El teléfono móvil es un dispositivo de rastreo que también permite hacer llamadas»^[29]. Más claro, agua. (Es una frase hecha: ya no existe el agua clara. Todas las aguas están contaminadas o en proceso de estarlo. Pero el progreso es así. Nada lo detiene).

Uno de los amigos que dialogan con Assange se dispone a enunciar el punto más importante que habrá que tener en cuenta en esta nueva situación mundial: «Que la Agencia de Seguridad Nacional y Google se han asociado en el asunto de la ciberseguridad por razones patrias de defensa nacional»^[30]. Por fin, Assange decide explayarse y clausurar el diálogo y, por consiguiente, el libro. Plantea que «un escenario pesimista también puede ser bastante probable, y que el Estado de vigilancia transnacional y las interminables guerras teledirigidas se ciernen sobre nosotros»^[31]. Hay que reconocer que sí, que *ese* escenario es marcadamente pesimista. Assange penetra en un recuerdo algo lejano o cercano (no importa mucho) pero que gira en torno a una rata. Sí, leyó bien. ¿Qué hizo de excepcional esa rata de Assange? La cosa ocurrió en el teatro de la Ópera de Sidney. «La Ópera de Sidney (describe Assange) es un lugar precioso por la noche, sus grandiosos interiores y las luces refulgiendo sobre el agua y en el cielo de la noche. Al cabo de un rato salí a tomar el aire (...). Y luego volví la vista hacia el interior del edificio a través de los robustos paneles de cristal del frente, y allí, en medio de aquel solitario refinamiento palaciego, vi una rata de agua que había logrado colarse en el interior del teatro de la ópera y que correteaba sin tregua ni dirección encaramándose a las mesas cubiertas con delicados manteles de lino y comiéndose el menú del teatro de la ópera, y luego la vi saltando al mostrador de los *tickets* y pasárselo realmente en grande»^[32]. Afirma, entonces, que ése habrá de ser el escenario que nos traerá el futuro^[33]. «Una estructura sumamente cerrada (...) y dentro de esa increíble complejidad un espacio donde sólo las ratas más listas pueden entrar»^[34]. Aquí uno empieza a preocuparse. ¿Quiénes son, Julian, esas ratas tan listas? Se dedica ahora a describir el futuro. Que, según parece, ya vino, de modo que no lo esperamos más. «Todas las comunicaciones serán vigiladas, permanentemente grabadas, permanentemente rastreadas, cada individuo en todas y cada una de sus interacciones será permanentemente identificado como tal individuo por este nuevo *Establishment*, desde su nacimiento hasta su muerte (...). La vigilancia masiva se aplica desproporcionadamente sobre la mayoría de nosotros, transfiriendo poder a aquellos inmersos en un plan que, pese a todo, creo, tampoco les permitirá disfrutar gran cosa de este nuevo mundo feliz. Este sistema además coexistirá con una nueva raza de armas teledirigidas que eliminarán las fronteras claramente definidas que hoy conocemos (...). ¿Cómo puede una persona normal ser libre en un sistema como ése? Simplemente no puede. Es imposible. No digo que exista un sistema en el que se pueda ser completamente libre, pero las libertades que biológicamente hemos adquirido, y las libertades que hemos conquistado socialmente, serán eliminadas prácticamente en su totalidad»^[35]. ¿Adónde va a parar esto? Todo está cerrado. No hay margen alguno para la libertad. El sistema de dominación instaurado no tiene fisuras. Al menos para las «personas normales» que quieren ser libres. ¿Qué propone Assange? La salvación está en las ratas. Pero ¿quiénes son las ratas? «De modo que (confiesa: ¡y qué confesión!), creo que las únicas personas capaces de conservar la libertad que teníamos, digamos, hace veinte años (...) son aquellas que posean una gran formación en los

entresijos de este sistema. *Sólo una elite rebelde y altamente tecnificada podrá ser libre, esas ratas libres que corretean por el teatro de la ópera*»^[36].

Tal vez hayamos entendido incorrectamente. Sin embargo, la frase «Sólo una elite rebelde y altamente tecnificada podrá ser libre» no acepta demasiadas «lecturas». Lo peor que se le puede añadir a la teoría de la vanguardia es la soberbia (consolidada) del saber tecnológico. Dentro de la teoría del foco o dentro de la teoría de la vanguardia en Lenin y hasta en Mariano Moreno o los Montoneros, eso que autorizaba a determinados militantes a constituirse en vanguardia era el conocimiento superior que tenían de ciertas cosas esenciales. Ese conocimiento los volvía superiores a los otros y autorizaba su liderazgo, su jefatura. La vanguardia establece un desajuste, un orden jerárquico que quiebra la horizontalidad de las organizaciones populares. La vanguardia, incluso, trabaja *desde afuera*. El mismo saber que la autoriza a liderar a los demás la diferencia de ellos. Tanto, que no comparte el mismo estamento ontológico-político. *La vanguardia postula de sí que posee el conocimiento de las leyes de la historia; algo que las masas, no*. Ha podido funcionar así hasta que se reveló que no existían esas llamadas «leyes de la historia». La historia no tiene leyes y el mejor modo de acercarse a su materia prima es acercarse libre y atentamente al oído y la sensibilidad hacia — por decirlo así— el corazón de las masas. A ninguna vanguardia le ha ido bien. Lo que creían conocer no existía. Al creer conocer algo que no existe actuaron siempre en el vacío o fuera de la historia, de su materia áspera, concreta, azarosa y hasta lúdica, nunca predecible. Trazaron sueños en el vacío. En la soledad. En el aislamiento de su soberbia.

Creemos que la propuesta de Assange es peor. Los únicos —dice— que podrán ser libres son «aquellos que posean una gran formación en los entresijos de este sistema». O sea, Assange y los suyos. Los que conocen los secretos, no ya de la historia, sino del sistema informático. ¿Es ésta la elite científico-tecnológica sobre la que había alertado Eisenhower? Recordemos sus palabras: *Sin embargo, con todo el respeto que merece y debe tener la investigación científica, también debemos estar alertas frente al peligro igual y opuesto de que la política pública pueda caer cautiva de una elite científico-tecnológica*. Assange quizá no posea muchos conocimientos de filosofía política y no haga una evaluación precisa de lo que acaba de decir. De las palabras con que dio fin a su libro. Porque sí: *ésa es la frase final*. Y todos sabemos que la última frase, la que un autor prioriza para cerrar un libro tiene una importancia de inevitable relieve. ¿Entonces? ¿Acaso piensa el niño brillante ponerse al frente de todos los ignorantes de este mundo y liderarlos? No, ni esa esperanza hay. Assange postula que sólo habrá libertad para la elite. De los demás nada dice. O sí: que sucumbirán a los designios del sistema. Nadie duda de que él y sus dos o tres amigos han tenido una sólida formación en las entrañas del sistema. Por eso son únicos, irremplazables. También hombres como Manning y Snowden. Conocen al Monstruo por dentro. Por eso son creíbles. Son creíbles hasta para los norteamericanos. Vean, estos tipos no son terroristas, no son comunistas, no son populistas-estatistas-sucios latinoamericanos como ese indio de Evo Morales al que con justo derecho se le negó todo y se lo trató mal ante la sospecha de colaborar con el terrorismo. No, éstos son blancos. Son patriotas que han trabajado para la CIA. ¿Y si los pagaron los terroristas? Es posible. Pero no se sacarán tan fácilmente el problema de encima. El ciudadano medio norteamericano es asediado por la duda. ¿Y si le

están mintiendo? ¿Y si es cierto lo que estos tipos dicen? Entonces, ¿por qué mueren los *children soldiers* —soldados-niños— en ese horrible e indescifrable frente de batalla?

Hay un video en Internet en que se interroga a niños que andan por los diez años. Se les pregunta: «¿Por qué estamos en Irak?». Todos vacilan. Buscan algo, una palabra al menos. Por fin, dicen: *Freedom*. Todos dicen *Freedom*. Ni siquiera *democracy*. Sólo *freedom*. ¿Qué dirán si siguen apareciendo los Manning, los Snowden, los Assange? Cuando algo empiece, el efecto dominó es siempre inevitable. Al dar Rusia asilo político a Snowden se volvió a hablar por primera vez de un «retorno a la Guerra Fría»^[37].

Pero, del modo que sea, los norteamericanos están alarmados. La fuga de técnicos en informática de las entrañas de su poder es altamente peligrosa. Sus revelaciones pueden mermar la fe del pueblo en las causas de las guerras del Complejo Militar-Industrial. No hay poder mediático que frene eso. Para la gente, el poder mediático es independiente de la CIA. No así Snowden y Manning. Éstos tienen que saber la verdad porque la saben desde adentro. Alguien como Bill Maher estaría menos preocupado que la CIA: «Los americanos (declaró en el programa del republicano cuasi o no cuasifascista Bill O'Reilly, un tipo apenas un poco más despierto y algo más perverso que Glenn Beck) son estúpidos». Bill Maher es un *stand-up comedian* demócrata, ácido y muy inteligente. Dice cosas terribles sobre Estados Unidos y las dice ahí, en el mismísimo país. La CIA lo deja. Acaso uno de estos días lo mate. Pero difícil. No deben tener esa orden. Estados Unidos no es un imperio torpe en estas cuestiones. Quieren criticar, critiquen. Quieren hacer películas inteligentes y pacifistas como *In the Valley of Elah*, háganlas. ¿O no hizo Arthur Miller *Las brujas de Salem* en las narices de McCarthy? No somos nazis, caramba. Somos una democracia^[38]. Pero esa democracia sabe que no puede admitir ciertas cosas. No en vano es una democracia con demasiados secretos, y la mayoría inconfesables. Una democracia que invade países, mata y tortura. Todo mientras sus ciudadanos repiten como *zombies*: *Freedom, freedom, freedom*. ¿Por qué el *zombie* se ha transformado en el gran protagonista de los *videogames*? ¿Por qué hay cada vez más películas sobre *zombies* y menos sobre vampiros?

Me pesa no haber podido penetrar, en este trabajo, en el mundo de los *videogames*. Son horribles. Son repugnantes. Son la apología de la muerte. Los *otros* son meramente blancos móviles. O *zombies* o talibanes. El que juega dispone de un arma de alta precisión. Todo el tiempo le aparecen esos blancos. Todo el tiempo debe matarlos. Por cada uno que mata suma puntos. El juego es adictivo. Para sentir eso hay que hacer la experiencia. La experiencia —si la planteo como insustituible— llevará a cada uno a descubrir *the beast inside me*^[39]. No miren de lejos (si ya no son jóvenes o se consideran alejados de esas truculencias) los *videogames* de hoy. Me refiero —insisto— a los de hoy. Agarren el arma. Esperen a que aparezcan los enemigos. Y hagan fuego. Sentirán algo extraño al ver cómo revientan. Cómo la sangre estalla desde sus cuerpos hacia el exterior, exageradamente, hacia el espacio sideral. Eso les dará más placer. Todos somos buenos, racionales, estamos contra la guerra, contra la apología de la muerte. Pero algo demoníaco tienen esos juegos. Mate a un horrible *zombie* y lo verá. De aquí que Snowden le diera ese video a Assange. No hay más que oír los comentarios de los soldados. Son fríos, precisos, matemáticos. Se trata de hacer fuego en el momento correcto. Sólo así se matará al oponente. Cuando disparan y hacen blanco perfecto, se les oye proferir un grito o un rugido de alegría. Uno menos. ¿Dónde hay más? Para estos mercenarios que

sólo ven pequeños seres desde un helicóptero poderoso, todo sigue siendo un *videogame*. Hay una continuidad asesina entre el *videogame* y el helicóptero mercenario. En los dos se mata sin pasión. Para sumar puntos.

Vamos, haga la prueba. Entre en el siglo XXI. Uno de los peores y más venerados se llama: *Killzone: Shadow Fall Gameplay*. Apenas se inicia, un cartel al pie del video le dice dónde y cuándo sucede: *Vekta City 2381, USA Headquarters*. Mienten: eso no pasa en 2381. Pasa hoy. Hoy quieren que usted se sienta un asesino. Cómo es matar. Qué se siente al hacer lo que ellos hacen. Si no lo hace usted, lo hará su hijo. ¿Qué va a hacer? ¿Le va negar jugar con los *videogames*? Claro que no. ¿Qué va a decir mañana en el colegio? ¿Qué es un tarado? ¿Un sometido por sus padres?

Vamos, coraje: *comprenda a su hijo*. Es un joven de hoy. Los *videogames* son una de las más grandes y macabras y tétricas y perversas creaciones del poder mediático. Póngase donde está su hijo gran parte del día. Conviértase en un asesino. Asústese: le gustará. Total, es un juego. Mañana, en cualquier coyuntura fatídica de su vida, le resultará más sencillo llevarlo a la realidad. ¿No se compró un revólver para proteger a su familia, no se compró un revólver por esa zarandeada cuestión de la seguridad? Iba en un taxi con una amiga. Le comenté que los ocho tiros que un periodista le tiró a un delincuente eran muchos. Que después de cuatro, los restantes ya entraban en una zona patológica. El taxista (*ya sé que no todos son así, pero ¡cuántos son así!*), sin que nadie lo invitara a meterse en la conversación y dar su opinión, exclamó: «¡Yo le hubiera metido 500 tiros!».

Pero los *videogames* no exageran ni inventan la realidad. El horror es real y existe. (Aunque figuren en este texto las palabras «real» y «realidad», no me refiero al uso que hace Jacques Lacan de esos conceptos. No son suyos. Podríamos decir —y lo diremos— que para nosotros «lo real» no es esa especie de noúmeno que Lacan toma de la *Crítica de la razón pura*. El horror es real y está en la realidad. No establecemos diferencias ni hacemos conceptos de esas dos palabras. Pero —por supuesto— no somos «realistas». Creo que tenemos una visión más actual y compleja de la que Lacan tenía de la realidad. Si para él, la «realidad» era el espacio de lo simbolizado, nosotros preguntaremos: ¿quién simboliza la realidad? La simbolización de la realidad es también una de las obras esenciales del poder mediático. El «signo» —hoy— son los carteles de propaganda de las corporaciones multinacionales que cubren las paredes de las ciudades. Volveremos sobre esto, pero queríamos plantearlo desde aquí. Si Lacan se hubiera preguntado qué poder —o sencillamente «quién» simboliza la realidad— habría sido verdaderamente un pensador filosófico-político. Tampoco Heidegger se preguntó quién interpreta ese mundo que nos recibe «ya interpretado». De acuerdo, pero no todas las interpretaciones son iguales. El *Dasein* vive en «estado de interpretado» y vive «bajo el señorío de los otros». ¿Quiénes son «los otros» bajo cuyo señorío vive el *Dasein*? El ser humano no habla un idioma, es hablado por él. De acuerdo, pero ¿qué idioma habla al ser humano? Ante todo, ¿el del colonizado o el del colonizador? Esa ceguera —o ese desdén— ante la política marca el pensamiento de estos filósofos).

Consideraciones filosóficas

El *Big Brother Panóptico* quiere un mundo de *zombies*. No es aquí donde haremos un arreglo de cuentas con la filosofía europea contemporánea. Mi amigo Jorge Alemán me dio un buen consejo. Que eso lo haga en un libro breve, exclusivamente dedicado a ese tema, donde no desarrolle el pensamiento de los filósofos en los que habré de concentrarme (como en *La filosofía y el barro de la historia*), sino que vaya directamente al centro de cada temática, aunque él sabe bien que la palabra «centro» es problemática en los filósofos de la deconstrucción y de la ontología del presente. Hoy, sin embargo, el «centro» está más presente que nunca. Lo hemos visto y aún lo veremos: es el *Big Brother Panóptico*. Más aún: lo veremos ya mismo. Esta centralidad del *Big Brother Panóptico* tiene varios planos. Se trata de una tarea de espionaje que lleva a cabo a través de Internet. Todo imperio tiene que saber qué hacen los que están bajo su dominio. Lo decisivo del imperio bélico-informático actual es que su dominio no tiene límites. Alguna vez, un monarca español dijo que en sus dominios nunca se ponía el sol, pero se quedó con eso, con la mera luz del sol y no con la creación del capitalismo que corrió por parte de la monarquía británica y sus piratas, fieros asaltantes de los galeones que transportaban el oro que España extraía de los territorios de ultramar (de nuestra rica y expoliada Suramérica) para llevar a los dominios del rey sol y los azarosos filibusteros desviaban hacia la isla del progreso capitalista incesante, del capital comercial, industrial y luego financiero. El imperio mediático no puede aún decir que en sus dominios nunca se pone el sol, pero en eso está. La política imperial de los actuales Estados Unidos es nueva: quiere, sin más, el dominio del mundo. Tiene, se sabe, serios rivales. Pero nadie posee el armamento y la industria de armamentos de Estados Unidos. Ni —menos aún— nadie tiene ni por asomo su aparato mediático ideológico-propagandístico. Estamos, sin más, ante un imperio que lo quiere todo. Que no se conformará con menos. Su formidable poder mediático convence a su pueblo (no difícil de ser convencido) de que hoy más que nunca el *destino manifiesto* debe hacerse realidad.

El *Big Brother Panóptico* es la culminación de una obra maestra: someter por medio del goce. Pasen horas frente a Internet, jueguen a todo lo que quieran jugar, escribanse *mails* con sus amigos, métanse en Facebook, escriban esas breves, ingeniosas y limitadas palabras en Twitter. Cuando lleguen al final empiecen otro. Twitter puede no terminar nunca, ser infinito. Exhiban su ingenio que antes acaso algún tonto jefe de redacción no supo reconocer y los echó rumbo a cualquier parte que no estuviera dentro del diario. Algo más (y sustancial): insulten. Llenen de insultos a quienes quieran. Es gratis. Es impune. Es anónimo. Se sacan las ganas y se acabó. Siguen siendo los mismos de siempre: simples oscuras personas sumergidas en una vida sin objetivos, errática, que chapotean en la infinitamente poblada ciénaga de los mediocres y no ignorando que la orilla está lejos, cada vez más, para siempre inalcanzable. Al *Big Brother Panóptico* eso no le importa mucho. Sólo quiere saber qué hacen. Incluso a quiénes insultan. ¿Insultan a quienes ellos quieren o insultan a sus representantes en cada rincón del mundo? El *Big Brother* informa: en Ecuador se está insultando mucho a la

oposición del dictador Correa, ese enemigo de la prensa libre, ese autoritario fanático de la Ley Mordaza que cierra la boca del periodismo libre y con ella la boca de la libertad de expresión y con ella, sin más, la boca de la libertad que nosotros defendemos. Recuerden a nuestros niños diciendo: *Freedom, freedom, freedom*. Como *zombies*, de acuerdo. ¿Por qué el *zombie* se ha transformado en el gran protagonista de los *videogames*?

En el campo estrictamente filosófico, el *Big Brother Panóptico* implica una revolución. El sujeto se ha centrado. Se acabó su trizamiento, su deconstrucción, su fragmentación. Este sujeto —el Panóptico— es tan perverso como Heidegger (ese olvidado filósofo campesino) solía describirlo. Sí, está al servicio de la técnica. Palabra vieja, de comienzos del siglo xx. Antes de Heidegger, Oswald Spengler escribió un libro que llevaba por nombre *La decadencia de Occidente* y luego otro llamado *El hombre y la técnica*. La palabra «técnica», para nuestros científicos, huele a naftalina. Estamos mucho más allá de eso.

Este sujeto centrado, no en la razón sino en el poder bélico y comunicacional, se entrega a constituir a los restantes sujetos. Esto ha sido ampliamente analizado en la primera parte de este libro. En la segunda, entramos en el terreno del entretenimiento. *Nos van a entretener hasta morir*. Porque eso quieren de nosotros: erosionar nuestra subjetividad obligándonos a ver culos idiotizantes, culos que son pura ideología pues imponen la del poder.

Tenemos que revisar algunas ideas de nuestros amigos que están en el corazón de Europa desde hace años y aún se aferran a filósofos en los que encuentran respuestas que nosotros no, ni por asomo. Si Lacan quiere tachar al sujeto, si el sujeto barrado implica la precisa determinación de arrancarlo de la teleología inmanente y necesaria de la historia, del decurso histórico (como se han cansado de decir los postestructuralistas y los posmodernos), de la dialéctica hegeliana, de la dialéctica marxista que señalaban un telos inmanente a la historia que la llevaba necesariamente hacia una culminación (mediante el *aufheben*: palabra hegeliana que significa superar conservando), nosotros hace mucho tiempo que, al menos aquí, en la Argentina, estamos en contra de la dialéctica de la superación y de la teleología. Empecé a publicar esos textos en la revista *Envido*, en 1972. Esas ideas no me pertenecen enteramente. El consejo de redacción de *Envido* discutía los materiales que cada uno de nosotros redactaba para el siguiente número de la revista. Entre los que integraban ese consejo estaba Horacio González. Destinada a un análisis que publicó en 1971, figuraba la frase: *El hombre es el centro de la política*. Nunca la olvidé ni la olvidaré. Estoy total y completamente de acuerdo. Mi trabajo de 1972 era sobre Felipe Varela. Ahí ya analizaba que el caudillo de la *Proclama* y el *Manifiesto* luchaba contra las fuerzas racionales y necesarias del decurso histórico. Luego retomé la temática en *La astucia de la razón*, donde un Marx ficcional lo visita en su campamento unas horas antes de la batalla de Pozo de Vargas para pedirle que no libre esa batalla, que ya la perdió. Varela no sabe a qué se refiere, pero Marx es coherente consigo mismo. Los santiagueños (los hermanos Taboada) que enfrentan a Varela responden al poder de Mitre, al poder de Buenos Aires, ese poder —por sus vínculos con la Europa capitalista— necesariamente ganará porque ése es el *telos* de la historia, su teleología, su desarrollo universal y necesario, su lógica interna. Como vemos, el llamado decurso necesario de la historia estaba en contra de los caudillos federales. ¿Cómo podríamos nosotros adherir a él? Nos peleamos con mucha gente. Sobre todo con los compañeros de la izquierda, que apoyaban a Mitre, porque, ellos sí, como Mitre, adherían a

esa teleología histórica que su lineal y devota lectura de Marx les había inculcado. El problema de la visión teleológica de la historia es doble. Porque ese devenir inmanente y necesario requiere un sujeto centrado en el cual reconocerse y del cual ser expresión. Cuando Hegel dice la frase fundante de todo su sistema, cuando dice: *Todo consiste en concebir a la sustancia también y al mismo tiempo como sujeto*, lo está diciendo todo. La historia es dialéctica y el sujeto también. Historia y sujeto son lo mismo. Nosotros —desde 1968— venimos trabajando en el rechazo de esa historia y ese sujeto centrado. Se trata de la historia y el sujeto del colonizador. Marx, para su infortunio y para infortunio de la izquierda argentina, incorporó a-críticamente la dialéctica hegeliana, apelando a esa vieja cuestión de ponerla cabeza abajo. No, Hegel da por terminada la historia. Pero es Engels (sí, Engels en *Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*) el primero en ver que la dialéctica no puede detenerse. Es el inventor de la dialéctica negativa. Señala en Hegel una contradicción entre política y método. Un método revolucionario (la dialéctica) detenido por una política conservadora (el apoyo de Hegel a la monarquía prusiana de Federico Guillermo III). La dialéctica se sigue expandiendo. Marx y Engels se dejan deslumbrar por la tarea destructora de formas arcaicas que emprende la burguesía a través del mundo. Apoyan todas sus conquistas porque de ellas —dialécticamente— surgirá el proletariado redentor de la historia. O sea, hace mucho que nosotros estábamos en contra del teleologismo dialéctico. El texto que voy a citar lo escribí en 1975. Pensaba publicar *Filosofía y nación* a fines de ese año. Motivos que todos conocen me lo impidieron. Pero la frase que escribí fue ésta: «Porque hay que decirlo: la dialéctica, desde la perspectiva teórico-política de la periferia, lejos de ser una herramienta revolucionaria, ha sido una herramienta de colonización, en tanto siempre (ya sea en manos de Hegel o de Marx) concibió los territorios periféricos como momento particular en el proceso de universalización emprendido por las burguesías europeas. Y este proceso, para nosotros: hispanoamericanos, se lo viera como se lo viese, santificado por el monarquismo del viejo Hegel o por el socialismo de Marx, *fue reaccionario*». Publiqué el libro en 1982. Ya se había estrenado *Últimos días de la víctima* y los militares habían sido derrotados en Malvinas. Me sentía más seguro. Las cursivas son del original. Gente como Carlos Altamirano y algunos otros de menor importancia han escupido siempre sobre este libro. Hoy es lectura obligatoria en los colegios y dos generaciones se han formado por medio de su lectura. Tenía 32 años cuando lo escribí. Hoy sólo cambiaría «hispanoamericanos» por «suramericanos».

El sujeto centrado fue el del colonizador. Nosotros nunca tuvimos un sujeto centrado. Si formamos parte de la expansión de la racionalidad histórica fue en tanto víctimas. En tanto la particularidad expoliada, despojada por el universal imperialista. Así las cosas, si Lacan quiere tachar al sujeto, borrarlo para mostrar, gráficamente, que no es el sujeto de la dialéctica, nosotros ya lo hicimos. No somos el sujeto de la dialéctica imperial, somos su esclavo. Y si yo tuviera que tachar la palabra «sujeto», yo, argentino, hermano de los asesinados, esclavizados y torturados de este continente, antes me cortaría la mano. Cuando se dicen estas cosas, se dicen en serio.

La simbolización de la realidad

Vamos a estudiar la relación entre la simbolización de la realidad y las mega-empresas mediáticas. Llamamos mediáticas a estas simbolizaciones porque comunican algo. Hay un notable comercial que se vio hace un par de años en televisión y cuyo enorme cartel de propaganda-signo estaba en todos los *shoppings*. Digo propaganda-signo porque uno se orientaba por él. Ese signo nos permitía andar con alguna seguridad dentro del *shopping*. El signo, dice Heidegger, es el único ente que señala a otro ente. El signo no tiene su finalidad en sí. La tiene en dirigirse, en indicar, a los otros entes intramundanos. La filósofa española Cristina Lafont, partidaria del *giro lingüístico*, le reprocha a Heidegger no haber partido del signo para trazar la estructura óptica y ontológica del ser. Si cada signo remite a otro, para qué perder tiempo en toda esa parafernalia existencial del *Dasein*. Si Heidegger hubiera hecho esto, *Ser y Tiempo* (algo que Lafont no ha visto porque no le importa, porque no ve ni está preparada existencialmente para ver, ya que los especialistas del lenguaje son seres secos, incapaces de encarar los problemas más profundos del *Dasein* y decididos a reemplazarlos por formas lingüísticas y matemáticas), sin el romanticismo subyacente del libro, su oscuridad, su presagioso pesimismo, no sería el magnífico libro que es. Un libro expresionista, salido de las aristas más sombrías de la República de Weimar, un libro sobre la ec-sistencia, sobre la muerte, sobre la ec-sistencia auténtica e inauténtica. Un libro sobre el *Dasein* como el ser-ahí de la pregunta por el ser.

Planteemos esta situación. Uno está en un *shopping* —ese carnaval de la mercancía del capitalismo bélico-informático— y se pierde, algo frecuente. Pregunta entonces a quienes están para solucionar esos problemas, sin duda frecuentes. Le dicen: «La salida está a unos pasos de esa propaganda con Charlize Theron». «O de esa rubia, ¿la vio?». «Cómo no la voy a ver»^[40]. El comercial era así: Charlize, desde lejos, venía caminando hacia cámara. *Primera forma comunicacional*: Charlize está lejana. Viene de algún lado inaccesible para nosotros. Seguramente de Hollywood^[41]. Está malhumorada. Empieza a hablar. «Ya no me interesa nada de lo que llevo encima». Contenemos la respiración. ¿Se desnudará? Buen presentimiento. Charlize sigue avanzando. Es alta, tiene largas piernas, es rubia, ojos claros. «Todas estas joyas (dice) no las necesito». Se las va arrancando y las tira. *Segunda forma comunicacional*: Charlize desdeña la riqueza, nada menos que las joyas. ¿No se vuelven locas las mujeres por las joyas? Charlize no. Sigue caminando. Es Palas Atenea. Se quita todas las joyas. «Hay cosas más importantes que esto». Se quita el top terso, casi transparente que lleva. Su vestido es de una liviandad que acompaña danzando su paso veloz. «Todo me molesta. Todo está de más». *Tercera forma comunicacional*: Charlize va en busca de algo que —para ella— es la pura esencia de las cosas. Entre tanto, se desnuda. Advertimos que lo esencial no son las joyas ni la ropa. Nos late el corazón. Se desnudará. *Ya lo está haciendo*. Charlize atraviesa el eje de cámara. Ahora la enfocan de atrás. Miramos su armónico, bello trasero. (O su bello culo. Ya hemos denunciado —en la segunda parte— a la palabra «trasero» como eufemismo cobarde de la palabra «culo»). Charlize se aleja. Se va quitando toda la ropa. *Cuarta forma comunicacional*: ésta es una verdadera mujer. Su belleza me anonada. Además pasó delante de mí con olímpico desprecio. Ella es así: olímpica, no en vano es eso que es: Palas Atenea. ¿De qué trata este comercial? Lejos, Charlize se desnuda. Apenas

si la vemos. Gira su cabeza. Nos mira con un desdén —desde luego— olímpico y dice: «Sólo necesito dos gotas de Dior». *Totalización de las formas comunicacionales, surgimiento del sentido final*: Dior es un perfume tan exquisito que Charlize puede andar por el mundo con sólo dos de sus gotas. Todo lo demás lo desprecia. Su vestuario Armani. Sus joyas millonarias. Nada. Sólo Dior. La gilada —todos los onanistas sedientos— que han visto el comercial van a comprar un frasco de Dior. Aquí, el sentido o la totalización de la forma comunicacional-Charlize Theron se convierte en constitutiva del sujeto y lo impulsa a una acción que no tenía planeada. ¿Para qué la lleva a cabo? Cree que, si esa noche le pone dos gotas del perfume de Charlize a su mujer, ella tendrá el aroma de la diosa, de Palas Atenea. Algo será. Su imaginación —disparada por el aroma del perfume— completará la tarea. Éste es sólo uno de los triunfos posibles del comercial. Hay otros. Hay muchos. Pero éstas son las formas comunicacionales que dominan la realidad. Formas comunicacionales-mercancía. Dior es una mercancía. Charlize también. Cara e imposible. Diseñada para la imaginación. Otro componente de la realidad. La realidad existe en tanto está simbolizada. Lo real no. *Pero la simbolización de la realidad está a cargo del poder propagandístico-mediático*. Los signos son los signos del poder. Miren una ciudad. La simbología omnipresente es la de las mercancías que el poder capitalista ofrece. En cuanto a lo real, ya se sabe. Es eso que nunca conoceremos. Apenas lo conocemos deviene realidad. Así, lo real se transforma en algo indescifrable y —naturalmente— temible. *Si Borges dijo que la metafísica es una rama de la literatura fantástica, me permitiré decir que el psicoanálisis es una rama de la literatura de terror*. A las pruebas me remito. Tomen una novela de Stephen King: *The Dark Side*. Un caso de esquizofrenia. Tomen *Psicosis*: un Edipo mal resuelto. Doble personalidad también. Hay otra con Robert De Niro y Dakota Fanning. Es de 2005, se llama *Hide and Seek* (títulos en español: *Mente siniestra* o *El escondite*). De Niro es el padre comprensivo que escucha los terrores que sufre su hija. Se le aparece un personaje maléfico, al que no vemos, que se llama Charlie. De Niro le dice una y otra vez que Charlie no existe. Llama a una psicóloga. La mujer aparece muerta, ahorcada. Dakota, poseída por el terror y la desesperación, se arroja sobre su padre y le grita: «¡Basta, Charlie! ¡Eres un monstruo!». Charlie era De Niro. Vaya uno a saber qué lo dominaba desde el abismo no simbolizable de lo real que lo llevaba ser —a la vez— un padre amoroso y un asesino feroz. ¡Oh, la mente humana! Todos lo saben: hay miles de películas y novelas así. El psicoanálisis —arrastrado al campo de las fantasías de la conducta— da para todo. Pero esas fantasías de la conducta están impecablemente alimentadas por esa disciplina que dominó el siglo xx. Y sigue en el xxi, con la pretensión, además, de extenderse a la hermenéutica política. Algo que ni Freud ni Lacan se plantearon. Freud, cuando quiso ampliar sus temas de estudio, escribió ese formidable texto que es *El malestar en la cultura*.

El poder mediático y el superyó

El concepto freudiano del *superyó* tiene relación directa con nuestra temática. El *superyó* señala aquella esfera de lo social que le exige determinadas conductas al *yo*. Esas conductas las hemos desarrollado en la primera parte de este libro, en el primero de sus apartados. Lo hicimos como monólogos que exigían al ente existencial tres formas de conducta

primordiales e ineludibles: *Eso no se dice, Eso no se hace, Eso no se toca*. Son normas de esa instancia que Freud designa como *superyó* y que congrega los mandatos de la ética de una sociedad en una determinada etapa de su desarrollo. Pero aun cuando los contenidos de la ética puedan variar, permanece intacto el estamento en que Freud ha ubicado los condicionamientos externos que dominan las conductas del *yo*. El desdichado *yo* busca su felicidad, mas se halla entre dos instancias que lo sofocan, que le obliteran conseguir lo que quiere. El *superyó* no cesa en imponerle mandatos difíciles de cumplir. ¿De dónde viene esa dificultad? Del pecaminoso *ello*. El *ello* es la zona de los instintos, de las pasiones, de las energías que exigen ser desatadas. El *superyó* —cada vez que el *yo* quiere desatar esas pasiones instintivas, cada vez que quiere satisfacer lo que el *ello* le pide y él también desea— frena ese descontrol que viene desde las profundidades del *ello*, ese animal indomable y enemigo de la cultura. No olvidemos que, en Freud, la cultura es precisamente resultado del triunfo del *superyó* sobre el *ello* por medio de las represiones del *yo*. La cultura es hija de la represión. Al reprimirse, el sujeto cae en la neurosis. Así, la cultura es un producto de la neurosis del *yo* en su lucha entre el *ello* y el *superyó*. Dejemos hablar a Freud: «El *superyó* cultural ha elaborado sus ideales y erigido sus normas (...). Ya sabemos que en este sentido el problema consiste en eliminar el mayor obstáculo con que tropieza la cultura: *la tendencia constitucional de los hombres de agredirse mutuamente* (...). La investigación y el tratamiento de las neurosis nos han llevado a sustentar dos acusaciones contra el *superyó* del individuo: con la severidad de sus preceptos y prohibiciones se despreocupa demasiado de la felicidad del *yo*, pues no toma debida cuenta de las resistencias contra el cumplimiento de aquéllos, de la energía instintiva del *ello* y de las dificultades que ofrece el mundo real»^[42]. Los mandatos del *superyó* son los mandatos del orden-poder. Los mandatos que impone el poder mediático, que son los de la modernidad informática. Desde este punto de vista, no hay un *superyó* del individuo. Hay un *superyó* para toda la sociedad. Ciertamente es que —como el *superyó* rige para la totalidad social— cada individuo lo recibe como si fuera el suyo. Freud se rebela, por considerarlo imposible, al mandato que impone amar al prójimo como a uno mismo. Es, dice, imposible. Nadie puede amar al otro como a sí mismo. Y si lo hiciera, se colocaría en enorme desventaja dentro de una sociedad habitada por seres humanos cuyo principal instinto es el de la agresividad. Sin embargo, y Freud no lo ignoraba, hay otro motivo que me impide amar al otro como a mí mismo. *No siempre los seres humanos se aman a sí mismos*. Ergo, si no me amo a mí mismo, ¿cómo podría amar al otro? No hay mayor merma en la autoestima, la autocompasión o el amor a uno mismo que el proceso de autodestrucción que los individuos, incesantemente, ejercen sobre sí. Bastará mencionar el doloroso (y de difícil lectura, no intelectual, sino emocional) libro de Jean Améry, *Levantar la mano sobre uno mismo*, para comprender que ese amor que podríamos dar al otro a veces no existe en nosotros, que podemos llegar a odiarnos hasta destruirnos. Aun cuando le echemos la culpa al «mundo» de tan extrema determinación, siempre sabremos que la «culpa» es nuestra. Por horrible que fuere el «mundo», debiéramos adaptarnos a él y buscar la felicidad. Jean Améry, en cambio, no pudo soportar la marca de Auschwitz, el largo brazo del horror concentracionario, y se suicidó en la ciudad mozartiana de Salzburgo en 1978. El subtítulo que lleva el libro que hemos citado es: *Discurso sobre la muerte voluntaria*. Tampoco es necesario el suicidio para expresar el desamor que podemos dispensarnos. Hay miles de

formas de la autodestrucción en vida. Si las cosas son así (y suelen serlo con gran frecuencia), ¿qué amor podremos entregar a los otros? Pero el *superyó* —como uno de sus mandatos supremos— nos exige amar al otro. ¿Por qué? Para disminuir nuestra natural agresión. El poder expresa —a través de todas sus usinas de colonización del sujeto— ese mandato de orden. El «amarás a tu prójimo» es correlativo al «no matarás». La sociedad del poder es la del orden. Debe superar ese mundo originario que describió Hobbes: «El estado de los hombres sin sociedad civil, estado que con propiedad podemos llamar estado de naturaleza, no es otra cosa que una guerra de todos contra todos; y en esa guerra todos los hombres tienen el mismo derecho a todas las cosas»^[43]. Se sabe la solución de Hobbes: recurrir a un poder al que todos los ciudadanos se sometan, entregándole su libertad. Ese poder es el Leviatán, en tanto estado absolutista.

Queda claro, entonces, que eso que Freud llama *superyó* son los mandatos del poder, encarnados hoy por la sociedad del *Big Brother Panóptico*, que controla si los mandatos emitidos desde el poder mediático (y de todos los otros poderes de las clases hegemónicas: la escuela, la fábrica, la salud, la religión, etc.) son cumplidos por los individuos. El *ello* deberá vivir controlado por el *yo*. Es posible que los instintos sean poderosos, pero los hombres han aprendido a controlarlos para vivir en sociedad. Son una ofrenda que le entregan al poder. ¿Y el inconsciente? Cito a Rubén Ríos: «Lo inconsciente, con Lacan, se hace estructuralista, lenguaje, pero todavía guarda ese carácter de caja negra, de ombligo nauseabundo del espíritu»^[44]. El poder busca sujetar al sujeto. No se pregunta por otra cosa. Como sea, no es nuestro tema. Aunque, sospecho, lo hemos resuelto a lo largo de este trabajo.

En suma:

- *El ello exige libertad para sus instintos.*
- *El superyó impone sus mandatos.*
- *En el medio, el yo negocia con los dos.*

Freud llega al fin de su breve, intenso ensayo, y no tiene fuerzas, carece de convicciones para entregar salidas que lleven en sí la apertura de un horizonte superior al oscuro presente en que vive. No olvidemos que este libro amargo se escribe en 1930, a tres años de la llegada de Hitler a la Cancillería del Reich. «Así, me falta el ánimo necesario para erigirme en profeta ante mis contemporáneos, no quedándome más remedio que exponerme a sus reproches por no poder ofrecerles *consuelo* alguno. Pues, en el fondo, no es otra cosa lo que persiguen todos: los más frenéticos revolucionarios con el mismo celo que los creyentes más piadosos»^[45]. Poco más adelante, el maestro vienés ofrece sus últimas confesiones: «Nuestros contemporáneos han llegado a tal extremo en el dominio de las fuerzas elementales que con su ayuda les sería fácil exterminarse mutuamente hasta el último hombre. Bien lo saben, y de ahí buena parte de su presente de agitación, de su infelicidad y su angustia. Sólo nos resta esperar que la otra de ambas “potencias celestes”, el eterno Eros, despliegue sus fuerzas para vencer en la lucha con su no menos inmortal adversario. Mas ¿quién podría augurar el desenlace final?»^[46]. Antes, Freud ha dicho que el *superyó* asume la función de «conciencia [moral]»^[47]. Esta «conciencia moral» crea en el *yo* un *sentimiento de culpabilidad*. Lo medular de este planteo radica en afirmar que el *yo* ha sido penetrado por las restricciones de la «cultura». Que del *sentimiento de culpabilidad* surge la necesidad o, diríamos nosotros, la aceptación del castigo. Así, la «cultura» domina al individuo; domina, en rigor, su peligrosa

inclinación agresiva. Para hacerlo, *introyecta* en el *yo* los mandatos del *superyó*. Lo debilita, lo desarma, y lo hace «vigilar por una instancia alojada en su interior, como una guarnición militar en la ciudad conquistada»^[48]. El *yo* es derrotado en su negociación con el *superyó* y la gran víctima es el *ello*, cuyos instintos elementales y sus reclamos son ahogados. Esta *internalización* de los mandatos del poder imperial (utilizamos aquí nuestra terminología) es la tarea de lo *mediático*. El imperio penetra en los sujetos en tanto «conciencia moral». Esa penetración es el triunfo, la conquista del poder mediático, que, asumiendo esa poderosa figura de «conciencia moral», penetra la subjetividad y forma parte de ella o la constituye por completo. Freud ve este complejo desarrollo en tanto derrota de la agresividad del individuo, en tanto su debilitamiento, su desarme. Así, podemos afirmar que, al ubicarse en el interior del sujeto, al *alojarse* en él, el poder informático, el orden-poder, logra constituirse en «una guarnición militar en la ciudad conquistada»^[49]. Esta línea de Freud es poderosa. Podríamos, con gran admiración, reconocer que ha ido más allá de sí. El interior del sujeto es —ahora— «una ciudad conquistada». El poder está en él como «una guarnición militar». El maestro vienés ha relacionado los elementos centrales de nuestro estudio. El sujeto es una «ciudad conquistada» por la introyección de la *verdad* del poder en su interioridad. Esa «ciudad» es vigilada-controlada por una «guarnición militar». En suma, por eso que hemos designado como Complejo Militar-Industrial. Aquí —y avanzando en nuestros planteos teóricos— podríamos decir que el sujeto, ya derrotado, siente que el fin de la lucha lo serena, lo tranquiliza. Ama, entonces, al poder. No dice otra cosa la línea final de la gran novela de Orwell, 1984: «Amaba al Gran Hermano».

Pesimismo y optimismo

Freud, lo hemos visto, se atormenta por no poder ofrecer *consuelo* a sus contemporáneos, ya que, en el fondo, afirma, eso es lo que buscan todos. Pero ningún teórico serio está para consolar a nadie. Para eso están los libros de autoayuda o esos engendros periodísticos destinados a «tirar buenas ondas», embellecer el horror, falsificarlo, mentir y vender libros que entregan vidrios de colores a las almas desesperadas que no toleran la angustia de un presente aún peor del que Freud describía. Porque «el dominio de las fuerzas elementales» es hoy infinitamente superior al de su época. También, por consiguiente, su poder destructivo. Si él, en 1930, imaginaba la posibilidad «fácil» de un «exterminio» que eliminara la entera humanidad, que la eliminara «hasta el último hombre», ¿qué diría hoy? Imposible saberlo, pero bastará con señalar que Freud nunca presenció el estallido de una bomba nuclear.

De esta forma, sólo le entrega piadosamente a su lector la esperanza de que el Eros triunfe sobre la pulsión de muerte, pero no está seguro de tal cosa. ¿Pesimismo? Muchas páginas atrás anticipamos que habríamos de ocuparnos de este tema. ¿Qué significa el pesimismo? ¿Qué, el optimismo? Son dos reacciones subjetivas frente a los hechos de la historia. O se piensa que van en una buena dirección. O que no. Nadie puede fundamentar una cosa ni la otra. Sería nefasto volver a dibujarles a los que luchan por las bellas causas un horizonte en que habrán de realizarse necesariamente. Walter Benjamin ya dijo —en sus *Tesis*— que nada

perjudicó tanto a la clase obrera alemana como creer que nadaba a favor de la corriente. Nada perjudicó tanto a mi generación —hacia fines de los sesenta, comienzos de los setenta— como esa frase que iba de boca en boca: «El mundo marcha hacia el socialismo». El que lo negaba era un pesimista. Heidegger, en 1935, seguramente ante un auditorio incómodo y desagradable para nosotros, dijo, sin embargo, uno de esos pensamientos que hacen de él, pese a todo, un gran filósofo: «El oscurecimiento del mundo, la huida de los dioses, la destrucción de la tierra, la masificación del hombre, la sospecha insidiosa contra todo lo creador y libre, ha alcanzado en todo el planeta tales dimensiones que, categorías tan pueriles como las del pesimismo y del optimismo, se convirtieron, desde hace tiempo, en risibles»^[50].

La cuestión del sujeto

Ya hemos señalado a lo largo de este ensayo los motivos de la destrucción del sujeto a partir de la década del sesenta. Fue una cuestión de los filósofos europeos que querían alejarse drásticamente del marxismo ante el derrumbe del bloque soviético. ¿Adónde ir? Foucault y Deleuze dijeron: Nietzsche. Foucault le agregó Heidegger. Deleuze: Spinoza, y de un modo original, creativo. Lacan: Kojève, Heidegger y Freud. Derrida, el texto, la deconstrucción. No voy a repensar a esta gente porque ya lo hice en *La filosofía y el barro de la historia* y también (mucho) aquí. Nos sirven, siempre nos serán útiles en tanto un momento en que la filosofía francesa se acercó —sobre todo— a Heidegger, el gran aniquilador del sujeto y de toda subjetividad. Por ejemplo: rechazaba la palabra *weltanschauung* por la carga de subjetividad que implicaba. Vamos a lo nuestro. Vamos al presente. A hoy.

Si el sujeto estuviera trizado, descentrado, si fuera una mera fragilidad determinada por todos los elementos de la trama histórica, ¿por qué el sujeto centrado de hoy, el sujeto panóptico, el sujeto informático buscaría con tanto empeño someterlo? ¿Por qué colonizar la subjetividad es hoy la tarea primaria de las usinas poderosas del imperio? ¿Por qué el imperio busca la constitución del sujeto-Otro? Porque el sujeto existe. Está y es siempre peligroso. Una rebelión empieza por muchos lados. Pero una rebelión sin sujeto es ciega.

Será siempre una enorme alegría para mí encontrar un texto brillante de un filósofo joven, lo conozca o no. En el N.º 2-3 de *El Ojo Mocho*, en su segunda etapa, sin la presencia en la dirección de mi entrañable amigo Horacio González, y ligado a los intelectuales de *Carta Abierta*, aparece un trabajo de Darío Capelli, que tiene, hasta donde sé, 39 años y fue discípulo del gran Nicolás Casullo, a quien todos extrañamos. Capelli —que, olvidé mencionarlo, ocupa el terceto del Grupo Editor de *El Ojo Mocho* junto a Alejandro Boverio y Matías Rodeiro— escribe un ensayo con el título de «El sujeto, los sujetos (Política, lenguaje y conocimiento)». Empieza así: «Se trata de pensar las vueltas del sujeto luego de un tiempo que pretendió borrarlo definitivamente. ¿Cuáles son los modos en que la subjetividad retorna? (...) Qué ha de ser del sujeto en el futuro no lo sabemos, sin embargo son sus vibraciones actuales y materiales las que aquí son convocadas»^[51]. *La subjetividad retorna*, dice Capelli. ¿Cuándo se había ido? Lo diré otra vez: el Heidegger I otorga al *Dasein* un papel primordial. Es el ente al

cual en su ser *le va* el ser. O sea, el ente que se formula la pregunta por el ser. Sin el *Dasein* el ser no adviene a la problematización porque sólo el hombre se pregunta por él. El Heidegger II encuentra al *Dasein culpable*. Es el ente que ha olvidado al ser. Es ahora el amo de lo ente desde una subjetividad centrada que pone al hombre en el lugar del ser. Ese sujeto centrado es el correlato subjetivo del hombre de la técnica. El sujeto y la técnica son lo mismo. El ser se retira. *En este viraje (en eso que se nombra la Kehre) está el surgimiento de Auschwitz en la filosofía de Heidegger*. El hombre se transforma en culpable. Lejos de preguntarse por el ser. De estar en estado de abierto se transforma en el devastador de la naturaleza, en amo del mundo. En el ente que posibilitará que —años más tarde—, Heidegger diga: «Esto en lo que el hombre vive ya no es la Tierra». Ese *Dasein* caído, culpable, que ha olvidado al ser, que entre lo óntico y lo ontológico se consagra a la dominación de lo óntico y olvida lo ontológico, es el que se gana el castigo. Auschwitz, Dachau, Treblinka son los escenarios en que se castiga la culpabilidad de un *Dasein* que no sirve para nada, que no vale nada. Un *Dasein* que de la errancia de *Ser y Tiempo* ha pasado a la errancia del judío, errancia que consiste en un alejamiento constante del ser. El perfecto *Dasein* de la errancia es el judío errante. Se trata de una fábula antisemita. Un judío pasa junto al torturado Jesús que —en su extremo sufrimiento— le pide un poco de agua. El judío se niega. Jesús lo condena a la errancia. ¿La diáspora? Es posible. El caso es que esa idea de la errancia funciona —a través de los siglos y la furia de la Iglesia Católica medieval— como una mácula sobre el judío y su impiedad ante el dolor del Cristo^[52]. El concepto de errancia está en *Ser y Tiempo* y expresa una de las características de impropiedad del *Dasein*. Pero si el *Dasein* olvida al ser, ¿merece vivir? Más aún cuando precisamente lo olvida en pleno surgimiento del nazismo exterminador, en el que Heidegger, además, ve la conquista espiritual de la técnica por parte del pueblo ario, el del centro de Occidente, el heredero de la grandeza griega. Establece un Eje filosófico: Atenas-Berlín. Esos dos pueblos jamás olvidaron al ser. El pasado helénico no es pasado. Es el origen. Y mucho más. Es el origen en tanto presente. Heidegger estampa una de sus mejores frases: «El inicio es aún». (*Discurso del rectorado*). Me detengo aquí. Contraigo una deuda: dedicar un libro breve, que contenga las cuestiones esenciales, al tema del sujeto, Heidegger y la ideología francesa. Para mí, el texto de mayor contundencia que Heidegger dedica a la cuestión del sujeto es *La época de la imagen del mundo*. Acaso elijamos partir de ahí.

Volvemos a Capelli. Escribe: «Es una creencia generalizada que hoy, en la Argentina, hay sujeto»^[53]. Es imperioso aclarar el sentido de esta afirmación. Es una buena nueva. Hay sujeto, volvió el sujeto y, sobre todo, nos atrevemos a asumirnos como tales. ¿Por qué volvió el sujeto? ¿Adónde había ido? Se lo llevó la marejada de la caída del marxismo. Entre nosotros, sin embargo, ¿cuándo murió el sujeto, cuándo se fue? Nunca se fue, nunca murió. Sobre todo como posibilidad de conquistar al sujeto. Se lo dio por descentrado, trizado, deconstruido porque el seguimiento a-crítico de los filósofos europeos lo imponía. Pero sería injusto no postular que, desde el surgimiento de la democracia, el país ha ido en busca del sujeto uniéndolo a la práctica política y a la solidificación de las libertades recuperadas. El esfuerzo debía ser intenso: la democracia no había sido «recuperada» por medio de una lucha contra los poderes fácticos del terror. De haberlo sido, ahí habría asomado el sujeto. *Porque —digámoslo— hay sujeto cuando hay una praxis libre que se organiza contra el poder*. A Foucault

le costó tanto desarrollar los mecanismos de su postulada resistencia al poder porque se había desprendido del sujeto. El sujeto se construye en la trama histórica, el sujeto es intersubjetividad si se consolida como sujeto político, la política es la que abre las posibilidades de este sujeto. Retorno a la frase de Horacio González: *El hombre es el centro de la política*. No «el hombre» de la centralidad cartesiana, sino el hombre que busca resistir el asedio mediático y bélico que el sistema que surgió del *cogito* le ha impuesto. Escribe Capelli: «Hablamos (...) del sujeto como el corazón mismo de la motivación política; un sujeto que direcciona su hacer y que es capaz de hablar acerca de lo hecho y de lo por hacer; un sujeto al que el nombre de “actor” con el que suele designarlo la sociología parece quedarle demasiado chico: no actúa la historia sino que directamente la hace, y en condiciones que puede dominar con lucidez. Tal parece la nueva fe»^[54]. Esta afirmación es peligrosa. Se puede tener fe en una lucha joven, nueva. Pero toda fe implica un optimismo que tanto en la superficie como en su fondo proclama la *realización necesaria* del proyecto por el que se lucha. La resistencia de la facticidad del poder bélico comunicacional es demasiado fuerte y presente como para andar derramando las fuerzas de la fe, siempre reñidas con las reales posibilidades propias y del enemigo. Todo militante político necesita un elemento extra-fáctico y otro interno, crítico, concienical, que lo sostenga. Pero el elemento extra-fáctico (llamo así a la fe, ya que su condición de existencia radica en no analizar a fondo lo fáctico y empujar al sujeto de la política hacia un horizonte ya conquistado, seguro) tiene que ser sometido una y otra vez a la lucidez de la conciencia crítica, que surge del juicio de cada sujeto y del grupo de sujetos que encarnan el desafío a la facticidad del poder. Es decir, a la intersubjetividad crítica. «Una de las más potentes productividades de las jornadas decembristas del 2001 argentino fue, justamente, el ramalazo del sujeto»^[55]. Ese ramalazo recuperó una democracia hondamente erosionada por una clase política detestable que se transformó en detestada cuando el sujeto crítico surgió para descubrirla, para verla y señalarla con la lucidez de la praxis, de la acción política humanista. Esa clase política veía en la corrupción y en el vandalaje sobre las entidades que habían simbolizado la soberanía del país (conquistadas, sobre todo, durante el primer peronismo y devastadas por el peronismo de los noventa y todos sus socios económicos y políticos) su razón de ser, su banquete asiático, su fiesta impune. Ahí apareció ese ramalazo del sujeto que menciona Capelli. Pero decir que fue un ramalaje es decir que estaba condenado a no durar, a brillar durante un espléndido momento de la historia (en que la fe se dispara incontenible y voraz y poseída por una peligrosa dosis de inmediatez y exitismo) y luego apagarse. Así ocurrió. La llegada de Néstor Kirchner implicó un renacimiento de esa fe. Al principio —durante la «primavera»— todo parecía raramente posible. Luego no, pero el sujeto había aparecido otra vez. No era un ramalaje. Era una experiencia crítica que trabajaba sobre una constante reflexión sobre los límites. Toda praxis político-crítica debe reflexionar sobre los alcances y los límites de aquello que se propone. En esa reflexión está el sujeto. Y donde está el sujeto también está el hombre político, el que, si decide centralizar su praxis en la política, es porque sabe que esa centralidad es la condición de posibilidad para enfrentar al poder que siempre está centrado. Que justamente es el poder porque es el dueño de la centralidad y eso es lo que hay que discutirle. Hoy, el sujeto imperial es el más poderoso de los sujetos políticos en pugna. Es el *Big Brother* del espionaje informático, globalizado y panóptico. A lo panóptico la

centralidad le es esencial. Para discutirle esa centralidad, los sujetos que están dominados y sujetados en sus prisiones circulares deben abandonar esas celdas. Y reencontrar o conquistar la libertad en medio de la praxis, esa praxis que permite decir «hay sujeto». No hay sometimiento al poder. No hay sujeto-Otro. El sujeto-Otro es la antítesis del sujeto del humanismo político. El sujeto se genera por medio de la praxis que lleva del sujeto-Otro al sujeto crítico, militante. Suramérica, hoy, en esta etapa de la unidad de los países del Mercosur, está edificando algo que nunca existió. Algo que las oligarquías del siglo XIX evitaron. La unidad o, para ser más cautos, la colaboración mutua de los países del continente ante sus enemigos políticos y financieros comunes. Que han sido los de siempre. Con el añadido —hoy— de un poder mediático de excepcional agresividad. Lo agresivo-continuo, en política, suele significar dos cosas: fuerza o desesperación. Se verá.

EL HUMANISMO. La treta de presentar al humanismo como un bien desde el que se civiliza al colonizado es propia del colonizador. Para éste, sin duda, el colonialismo (*que es la humanitas europea llevada a los territorios de la barbarie*) es un genio bueno. Su tarea debe ser hecha. Es la tarea del hombre blanco. Lo que Kipling —como vimos— llamaba «La pesada carga del hombre blanco»: hacer seres civilizados de los bárbaros que habitan los márgenes de la civilización. Pero ese humanismo miente. No es eso lo que se propone, sino esclavizar a los bárbaros y transformarlos en esclavos o semiesclavos que lo sirvan.

Miente también cuando habla de sus otros valores: el progreso, la cultura, el lenguaje, la higiene y hasta los valores religiosos y Dios. Pero no deja de ser «el humanismo europeo» por eso. El «humanismo» no es «lo bueno». La modernidad occidental capitalista «humanizó». Occidente desde el siglo XV. Al hacerlo, hizo monstruos y esclavos en los márgenes y campos de concentración en el centro. Mi diferencia con Sartre es que él cree en un nuevo surgimiento del «hombre» a partir de la descolonización. Cuando él escribió el Prólogo al libro de Fanon era lícito creer eso. Era hasta imposible no creerlo. Hay etapas de la historia que empujan a la esperanza. Son peligrosas. Entre nosotros, muchos o todos los jóvenes de una época exaltada y tumultuosa, leímos el Prólogo de Sartre a Fanon. Se cometió el error de creer en él casi religiosamente. «La descolonización está en camino y nada puede detenerla» (cito de memoria). Aquí la detuvo Videla. No sólo Videla, también el *establishment* civil, Kissinger, la CIA, la Doctrina francesa de la Seguridad Nacional. Y, antes, el propio Perón, cuyo cadáver cayó sobre la izquierda peronista, aplastándola. También, desde luego, la prensa del poder, la que coordina sus intereses con los del imperio. Esa prensa estaba a favor de la defensa de la modernidad capitalista y católica. Se puso (como casi siempre ocurre con la prensa bajo los regímenes dictatoriales o con los Estados terroristas) del lado de los asesinos con —incluso— fervor creativo. Y la Iglesia se cobijó en el silencio o incurrió en la estridencia de la complicidad abierta, deleznable. Cristo y Occidente estaban en peligro. La Iglesia no duda en esos casos. No sólo en éstos, en todos. La Iglesia no duda. La fe prohíbe la duda. La fe no es la conciencia. La fe no piensa. La fe acepta. La fe obedece. Esa fe —coherentemente— ha llevado a la complicidad con las peores matanzas.

Volvamos a la descolonización. A la luz de los resultados de las experiencias socialistas del siglo XX, es lícito pensar: ¿qué habría creado la descolonización? Acaso nuevas formas de dominación en nombre de nuevos dioses: el hombre nuevo, el Tercer Mundo, el partido de la revolución nacional y popular, las organizaciones libres del pueblo, el antiimperialismo

combativo, la unión con los restantes países del Tercer Mundo. Siempre me negué a encontrar permanencias en el hombre, elementos de la condición humana que la designaran unívocamente, que persistieran a través de los años y las diferentes coyunturas históricas. El grito contra estos a los que señalábamos como esencialistas era: «El hombre es historia, no naturaleza». Escupamos sobre el concepto de *naturaleza humana*. La naturaleza es siempre lo que es. El hombre siempre está dejando de ser lo que es para ser otra cosa. ¿Cómo voy a fijar, a cosificar algo en ese ser bullente que se hace a sí mismo en medio de una historia que lo condiciona, lo aliena, lo esclaviza, pero a la que siempre puede vencer por medio del acto libre? Heidegger y sus seguidores (los franceses *post*) han denunciado que esa concepción del hombre lo señala como *autor*. Todo esto porque *Herr* Heidegger, el Rektor de la Universidad de Friburgo en el caliente y peligroso año de 1933, dictaminó que el hombre no es autor. Ni de sí mismo ni de nada. Que concebir al hombre como autor es caer en el humanismo. Nosotros ya no dudamos en responder: concebir, como él, que el hombre no es autor sino que es el amo de lo ente que ha olvidado al ser es caer en la derecha. ¿Dónde está el ser? ¿Qué es el ser? No sé. *El ser libre de significación no se encuentra en ninguna parte en la existencia humana*. Mientras que eso que a nosotros nos llevó siempre a la pasión por la historia, eso que nos hizo agonistas de su astucia, agonistas protagonistas y no entes a la espera del llamado del ser, entes en el claro del bosque con el *pathos* de la escucha a la voz del ser, fue el sufrimiento de los otros. Más importante que el retiro del ser es el sufrimiento de los demás. La filosofía tiene la misión de responder una sola pregunta: «¿Hay o no hay que matar en la lucha de la libertad contra la tiranía?». De la justicia contra la injusticia. Del hambre contra los satisfechos de toda satisfacción, los ostentosos, los dueños de un mundo que conducen hacia el desastre. Cada uno responderá. Yo creo que no. Que no hay que matar. Que el mundo está hoy desbordante de cadáveres. Que el imperio no se detiene ante nada. Que ha desarrollado, y lo seguirá haciendo, una industria de armamentos fabulosa. Que nada detendrá su espíritu de dominación, que hoy se ha globalizado y lo abarca, por consiguiente, todo. Recordemos que el espíritu de dominación es esencial en la constitución antropológica del homo imperialista. Y de todo ser que se constituya en tal. Señalamos, entonces, erosionados en algunas de nuestras convicciones a través de las enseñanzas dolorosas que los años entregan (los años, las desilusiones, los fracasos, los muertos, los mártires que son mártires pero también, siempre, derrotados a los que hay que llorar), que hay elementos con un alto grado de persistencia en la estructura del ente antropológico. El principal, el espíritu de dominación. Sus aliados centrales: la pulsión de muerte y la voluntad de poder. Volvemos, entonces, al triunfo de esa descolonización que Sartre y Fanon señalaban como el nacimiento de un hombre nuevo. No hay ni habrá hombre nuevo. El hombre es uno a través de distintas épocas que lo llevan a tener rostros diferenciados sobre el marco de una permanencia. Los problemas del hombre (los más graves, los que lo angustian: Dios, la muerte, el dolor, la ausencia de un sentido de la historia, el sufrimiento propio y el ajeno, el deseo de matar, el de morir, el mal, la justicia y la injusticia, la opresión, la lucha contra la opresión, ¿se lucha contra la opresión con sus propias armas?, ¿si así la vencemos no seremos los artífices de otro de sus rostros?), no varían a lo largo de los siglos. *No han variado*. Lo que cambió, cambia y cambiará son las respuestas que cada época histórica ha dado a esas cuestiones. Pero así como hay permanencias luminosas en la condición humana, con desaliento comprobamos

que sus aspectos más sombríos se mantienen. Cada vez los vemos más sólidos. Cada vez el mal es más poderoso. Cada vez más débiles las fuerzas que lo enfrentan. Y cada vez más cierta la peor de todas nuestras certezas, la que más nos arroja al desaliento: en todo lugar en que la libertad derrota a la tiranía instaura en poco tiempo otra forma del poder despótico. Lo hace cosificando, transformando en dogmas de Estado los valores por lo que todos lucharon, valores de los que ahora se adueñan algunos pocos, los que dicen encarnarlos ante la traición de los otros, que son casi siempre los que han sido los mejores en la lucha contra la tiranía, pero son los peores ante el nuevo Estado autoritario, ¿cómo no habrían de serlo si fueron los mejores ayer cuando se luchaba contra eso mismo que hoy encarna el nuevo Estado, el nuevo Partido de vanguardia, los nuevos dueños del pensamiento libre devenido dogma oficial?

Lo humano y lo inhumano son las dos caras de eso que se llama «humanismo». Concepto que pretende oponerse al de «inhumano» para justificar las atrocidades de la *humanitas* moderna. Tanto Auschwitz como la trata de esclavos o las masacres de los pueblos originarios son formas de lo humano.

Vamos a *Ser y Tiempo*. La pregunta por el ser la formula el *Dasein*. El *Dasein* (pese a algunas artimañas ya absurdas que se han intentado) es el hombre. En todo *Ser y Tiempo* la cuestión está clara. Si la pregunta por el ser adviene al mundo por el hombre es el hombre el que arranca al ser de la indiferencia que ha padecido por millones de años y que volverá a padecer si el hombre desaparece de ese escenario. ¿Quién sino el hombre podría preguntarse por el ser? El ser es ganado para la filosofía, es entremetido en el corazón de su problemática por el ente antropológico. El ente antropológico hace ser al ser. Su esencial preguntar lo arroja a la luz. El ente antropológico no es —como los otros entes— «a la luz del ser». El ser es a la luz del preguntar del ente antropológico. Hay ser porque el hombre se pregunta por el ser. ¿Qué otro ente intramundano podría hacerlo? Si sacamos al hombre del mundo, ¿qué queda? Un ser del que nadie se hará cargo. Quedan los animales y las piedras. No hay lenguaje, no hay semiología, no hay textos, no hay ontología del presente, no hay despresencia en la presencia, no hay acontecimientos. Sólo hay un ser in-preguntado. Y ni siquiera hay quién pregunte por qué nadie se pregunta por el ser. No hay significantes. No hay sentido.

¿Qué es el humanismo? El simple hecho de que el mundo está habitado por el hombre. Ese hombre pregunta y se pregunta. Ese hombre es humano e inhumano, dos categorías tan comprometidas entre sí, tan entremezcladas que no pueden disociarse. Ese hombre trae el sentido. Crea y fundamenta todo lo que luego lo creará a él, condicionándolo. La alienación. El hombre es sólo fundamento de su mundo. ¿Sujeto constituyente? Claro que sí: de sí mismo y del mundo que crea. Crea a Dios. Y luego lo reencuentra en todas partes. Dios, en la historia de la filosofía, es el *cogito* en Descartes, la sustancia en Spinoza, el sujeto trascendental en Kant, la sustancia-sujeto en Hegel, la materia designada como proletariado redentor en Marx, la voluntad de poder en Nietzsche (o el superhombre: *Übermensch*), el inconsciente en Freud (si alguna vez alguien llegara a saber a qué se referían Freud y su reformulador Lacan con esto), el Ser en Heidegger (¡por supuesto!, en nadie es más clara la cuestión), el ente antropológico en Sartre, la estructura en Althusser, el poder en Foucault, el texto en Derrida.

De todo esto, a mí, pensador argentino, situado, habitante de la ontología de la pobreza, del hambre y de la injusticia social, ¿qué me interesa de modo primero? Una praxis

humanista contra el humanismo de la modernidad. La rebelión contra la modernidad es parte de ella. El sujeto de mi praxis necesita ser libre para actuar. Si advierte que tiene que rebelarse, ahí empieza su libertad, su conciencia crítica. La primera certeza del sujeto crítico es que el humanismo del dominador es inhumano con él. Le responderá con su odio. Si lo derrota, se adueñará del poder. Posiblemente surja su inhumanidad (si ya no surgió en la lucha). Pero la historia es eso. Es lo que dice la vieja palabra griega *agon*: enfrentamiento, conflicto, antagonismo. El escenario histórico no es el de las diferencias que semejan un cielo estrellado, en que cada estrella ilumina a otra y todas expresan una armonía, un respeto por las diferencias que constituye un universo en que cada una de ellas surge en tanto diversidad enriquecedora. No, el escenario histórico es el de los campos antagónicos diferenciados. La diferencia es *agon*. El *agon* puede superarse por el diálogo, los acuerdos, los tratados de paz. Pero se trata de un momento subalterno, no fundante. Lo fundante es el *agon*.

En suma, el humanismo es lo que hace el hombre. Sin el hombre no habría sentido ni pregunta por el ser ni poder relacionante entre las cosas. Pero este hombre —el de la modernidad— ha hecho una historia catastrófica, como dice Benjamin, y bien. También la había hecho el hombre anterior al surgimiento de la subjetividad. El capitalismo se define por lo fáctico (siglo xv) y la centralidad subjetiva (Descartes). Las luchas contra el capitalismo también. Esas luchas son parte de la modernidad en tanto sometimiento a sus conquistas. Los territorios que el conquistador europeo hizo suyos han —incluso— posibilitado el despegue de la modernidad. Somos en tanto expoliados. Pertenecemos a la modernidad en tanto víctimas del saqueo colonial y neocolonial. El sujeto cartesiano nunca ha sido nuestro. Hemos sido parte de su surgimiento en condición de víctimas. *Los países que han padecido el colonialismo son las víctimas del sujeto cartesiano*. Si el hombre europeo pasa del estado de apertura al ser al de amo de lo ente, en ese pasaje se decide el destino de los países subalternos. El amo de lo ente (que es el sujeto capitalista occidental) se arroja a la conquista de lo ente des-oyendo la voz del ser. El ser (según Heidegger) se retira. Algo que —para nosotros— no tiene importancia alguna. Somos la periferia, lo lateral y subalterno de esa Europa que habla en griego y en alemán para expresar cuestiones en las que jamás nos tuvo en cuenta. Hemos sido entes. Hemos sido, no pastores del ser, sino seres despojados, rapiñados, saqueados por los amos de lo ente. Nuestro humanismo será una conquista heroica pues deberá partir de menos-cero. De lo que Europa hizo y nos llevó a creer de nosotros. Que éramos bárbaros, seres ajenos a la cultura. No creo que Heidegger haya pensado jamás en nuestro mundo de entes subalternos. *No formamos parte de la historia del ser*. El ser nace en Grecia, entre los presocráticos, y culmina en la centralidad de Occidente, Alemania. Nuestro humanismo, por nacer en la tierra de los humillados y ofendidos, será eso, humanismo, pero no será mejor que el otro, que el de los opresores. Todo humanismo es, a la vez, en el mismo surgimiento, inhumanismo. La justicia estará siempre del lado de los sometidos. Pero aun los sometidos llevan en sí lo inhumano conviviendo con su humanidad. Una cosa es una rebelión social justa. Otra es la ontología del hombre. Ontológicamente, el humanismo que proponemos es también inhumano. Es la condición del ser humano. Es su ser.

Pregunto desde la más áspera simplicidad: ¿qué habría en este «planeta», o en este cascateo que gira alrededor del Sol, sin el surgimiento de ese ente que llamamos «hombre»?

Sólo erupciones volcánicas, ovejas, lobos, osos y terremotos que no tendrían significación alguna.

En suma, el humanismo es todo lo que hace el hombre. Y todo lo que lo hace a él. El humanismo no es el «genio bueno» de nada. El humanismo es en sí inhumanismo. Si hay un Dios, no lo podemos saber. Sería una petulancia afirmar que no lo hay. El ateísmo es otra forma de teísmo. Si no creo en algo, estoy afirmando que ese «algo» existe, aunque yo no crea en él. Nada sé ni puedo saber de Dios.

Algo puedo saber del ente antropológico. Por de pronto que —el día en que desaparezca— quedará la naturaleza, el estruendo y no el sentido. Es por el hombre que un sentido les adviene a las cosas. Esto no lo diviniza porque se trata de un ente condenado a desaparecer y que durante millones de años estuvo ausente. Es radicalmente finito. No tiene ninguno de los atributos de Dios. Apenas si construye un «mundo» que cada vez controla menos. Que —cada vez más— lo controla a él. Porque, cuando hablamos del «hombre», no hablamos de «el Hombre». No hablamos de un universal. No hay *humanitas*. Hay hombres y hombres. Son todos distintos. Todos, entre sí, establecen diferencias. Cada uno es diferencia del otro. Cada uno —es cierto— es des-presencia en la presencia del Otro. Esa des-presencia es negación, es conflicto, antagonismo.

Después, en el mundo que habita el hombre, están los medios de comunicación, el poder nuclear y el arte. Los medios lo controlan. El poder nuclear acaso lo destruya. Y el arte se ha transformado en pura mercancía.

Decir lo imposible sigue siendo mi posibilidad. Salvo que, si mi posibilidad se realiza, quedará hecha trizas con el resto de todas las cosas, de todos los hombres. Aparece ahí mi verdadera posibilidad. Si el humanismo inhumano del imperio gana otra vez (y sigue ganando), si ya no creo en la posible creación de un mundo histórico en que sea derrotado y superado por una forma social más justa, si ni siquiera —por los fracasos terribles de los intentos por hacerlo, que sólo han consolidado mundos cruentos y crueles, a menudo superiores a su crueldad— soy capaz de imaginar cómo sería ese mundo en que se respetarán la vida y los derechos de los seres humanos, ¿qué me resta por hacer? Hay que luchar contra la brutalidad de los poderosos. Conseguir que todo sea menos brutal. Incomodarlos. Hacerles saber que sí, que acaso ganen otra vez, pero que no nos engañan. No luchan por nada trascendente. Ni por la libertad, ni por la democracia, menos aún por los derechos humanos. Mienten. Luchan por la buena salud de sus billeteras. Por el dinero y por el poder, aliados eternos. Pueden ser buenos y democratizarlo todo. Pueden aceptar críticas. Son democráticos y las escuchan. Que las mujeres sigan su camino de libertad. Serán, ellos, entusiastas feministas. Que se casen los gays y las lesbianas. Irán a sus bodas. Que los ecologistas defiendan el planeta que ellos necesitan destruir. No importa: son democráticos. Que aquéllos libremente lo defiendan. Ellos, libremente, seguirán devastándolo. Hay una sola cosa que no democratizarán jamás: la riqueza. Democratizar la riqueza es algo que los líderes de las potencias occidentales jamás harán. Si lo hicieran, no serían lo que son. Los dueños del mundo. Los que pueden declarar guerras, invadir países, matar y torturar. Ésa es su esencial brutalidad, su brutalidad constitutiva. Cada paso que demos contra ella será un triunfo. Cada pequeña dificultad que le oponamos. Cada lugar donde no los dejemos entrar. Cada vida que salvemos. Cada conquista en esa cultura verdadera que buscamos defender y ellos

buscan destruir mercantilizándola. Cada una de estas cosas será un triunfo. Un pequeño «palacio de invierno» que no esconde a Stalin en sus entrañas. Porque no tomaremos el poder y Stalin es fruto del poder. ¿Qué poder podríamos tomar? En este mundo globalizado, en este mundo sometido al espionaje del *Big Brother Panóptico*, no hay Palacio de Invierno. No está en ninguna parte. El poder, en cambio, está en todas. Que cada vez esté en menos será el objetivo de nuestros pequeños-inmensos triunfos. De nuestros pequeños-inmensos sueños.

Agosto de 2013

BIBLIOGRAFÍA

- AA. VV. *Lo corrieron de atrás*, Minerva, Buenos Aires, 1974.
- Abraham, Tomás, *Vidas filosóficas*, Eudeba, Buenos Aires, 1999.
- Adorno, Theodor W., *Dialéctica negativa*, Akal, Madrid, 2005.
- , *La ideología como lenguaje*, Taurus, Madrid, 1971.
- , *Minima moralia*, Taurus, Madrid, 1999.
- Alonso Barahona, Fernando, *McCarthy o La historia ignorada del cine*, Criterio, Madrid, 2001.
- Alsina Thevenet, Homero, *Cine sonoro americano y los Oscars de Hollywood, 1927-1985*, Corregidor, Buenos Aires, 1986.
- Althusser, Louis, *La revolución teórica de Marx*, Siglo XXI, México, 1967.
- , *Lire Le capital*, F. Maspero, París, 1965.
- Aquino, Santo Tomás de, *El ente y la esencia*, Aguilar, Buenos Aires, 1963.
- , *Suma de teología*, IV, Parte II-II (b), Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1997.
- Ashford, Nigel y Davies, Stephen (dirs.), *Diccionario del pensamiento conservador y liberal*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1992.
- Assange, Julian, *Cypherpunks*, Planeta, Barcelona, 2013.
- Baeumler, Alfred, *Nietzsche, der Philosoph und Politiker*, Reclam, Leipzig, 1931.
- Bataille, Georges, *El erotismo*, Tusquets, Barcelona, 1985.
- Baudrillard, Jean, *El éxtasis de la comunicación en la posmodernidad*, Kairós, Barcelona, 1985.
- , *La Guerra del Golfo no ha tenido lugar*, Anagrama, Madrid, 1991.
- , *La transparencia del mal*. Ensayos sobre los fenómenos extremos, Anagrama, Barcelona, 1993.
- , *Olvidar a Foucault*, Pre-Textos, Valencia, 1978.
- Beck, Glenn, *The real America*, Simon & Schuster Inc., Nueva York, 2005.
- Bender, Thomas, *Historia de los Estados Unidos*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2001.
- Benjamin, Walter, *Discursos interrumpidos*, Planeta DeAgostini, Barcelona, 1994.
- , *Ensayos escogidos*, traducción de H. A. Murena, Coyoacán, México, 1999.
- Bentham, Jeremy, *El panóptico*, Buenos Aires, Quaranta, 2005.
- Bourdieu, Pierre, *La ontología política de Martin Heidegger*, Paidós, Buenos Aires, 1991.
- Bourgeois, Bernard, *El pensamiento político de Hegel*, Amorrortu, Buenos Aires, 1972.
- Buber, Martin, *Yo y tú*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1982.
- Camus, Albert, *El hombre rebelde*, Alianza, Madrid, 2005.
- Capelli, Darío, *El Ojo Mocho, Otra vez*, N.º 2-3, primavera-verano de 2012-2013.
- Cárcano, Miguel Ángel, *El estilo de vida argentino en Paz, Mansilla, González, Roca, Figueroa Alcorta y Sáenz Peña*, Eudeba, Buenos Aires, 1969.
- Castoriadis, Cornelius, *Figuras de lo pensable*, Centro de Cultura Económica, Buenos Aires, 1999.
- Castro, Edgardo, *Vocabulario de Foucault. Temas, conceptos y autores*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2011.

- Cohen-Solal, Annie, *Sartre, 1905-1980*, Edhasa, Barcelona, 2005.
- Corazón González, Rafael, *El pesimismo ilustrado, Kant y las teorías políticas de la Ilustración*, Rialp, Madrid, 2005.
- Correas, Carlos, «Atisbos sobre Sartre: ligereza, inteligencia, aventurerismo», en Tomás Abraham, *Vidas filosóficas*, Eudeba, Buenos Aires, 1999.
- Cowie, Peter, *El libro de «Apocalypse Now». La historia de una película mítica*, Paidós, Barcelona, 2001.
- Cuddon, J. A., *Dictionary of Literary Terms and Literary Theory*, Penguin Books, Londres, 1991.
- Deleuze, Gilles, *Diferencia y repetición*, Amorrortu, Buenos Aires, 2002.
- , *Nietzsche y la filosofía*, Anagrama, Barcelona, 2000.
- , *Spinoza: Filosofía práctica*, Tusquets, Barcelona, 2001.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Pre-Textos, Valencia, 2002.
- Descartes, René, *Œuvres et lettres*, Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, París, 1952.
- , *Discurso del método*, Seix Barral, Buenos Aires, 2004.
- Díaz, Esther, *La filosofía de Michel Foucault*, Biblos, Buenos Aires, 1995.
- Djament, Leonora, *La vacilación afortunada*, Colihue, Buenos Aires, 2007.
- Dostoyevski, Fiodor, *Memorias del subsuelo*, Losada, Buenos Aires, 2004.
- , *Obras completas*, tomo I, Aguilar, Madrid, 1961.
- Engels, Friedrich, *Anti-Düring*, Ercilla, Santiago, Chile, 1940.
- , *Dialéctica de la naturaleza*, Grijalbo, México, 1961.
- , *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, tomo II, Ediciones en Lenguas Extranjeras de Moscú, 1955.
- Eribon, Didier, *Michel Foucault*, Flammarion, París, 1989. [*Michel Foucault*, Anagrama, Barcelona, 1992.]
- Estébanez Calderón, Demetrio, *Diccionario de Términos Literarios*, Alianza, Madrid, 1999.
- Farías, Víctor, *Heidegger y el nazismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998.
- Faye, Emmanuel, *Heidegger, l'introduction du nazisme dans la philosophie, autour des séminaires inédits de 1933-1935*, Albin Michel, París, 2005.
- Feinmann, José Pablo, *Carter en Vietnam*, Planeta, Buenos Aires, 2009.
- , *El peronismo y la primacía de la política*, Cimarrón, Buenos Aires, 1974.
- , *Escritos imprudentes II*, Norma, Buenos Aires, 2005.
- , *Ignotos y famosos. Política, posmodernidad y farándula en la nueva Argentina*, Planeta, Buenos Aires, 1995.
- , *La filosofía y el barro de la historia*, Planeta, Buenos Aires, 2008.
- , *La sombra de Heidegger*, Planeta, edición Pocket, Buenos Aires, 2005.
- Fernández Couto, Rogelio (comp.), *Conmemorando a Heidegger*, Letra Viva, Buenos Aires, 2002.
- Ferns, Henry Stanley, *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, Solar-Hachette, Buenos Aires, 1966.
- Ferry, Luc y otros, *El sujeto europeo*, Pablo Iglesias, Madrid, 1990.
- Ferry, Luc y Renaut, Alain, *Heidegger y los modernos*, Paidós, Buenos Aires, 2001.

- Feuerbach, Ludwig, *La esencia del cristianismo*, Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1976.
- Foucault, Michel, *El poder, una bestia magnífica*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2012.
- , *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.
- , *La arqueología del saber*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.
- , *La hermenéutica del sujeto*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2006.
- , *La verdad y las formas jurídicas*, Gedisa, Barcelona, 2003.
- , *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI, México, 1999.
- , *Nacimiento de la biopolítica*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007.
- , *Seguridad, territorio, población*, curso en el Collège de France (1977-1978), Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2006.
- , *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, México, 1999.
- Fraser, Nancy, «Michel Foucault: A “young conservative”?», en *Posmodernidad e Ilustración: Ontología social y reflexividad del sujeto en el último Foucault*, de Ramón Máiz, recopilado por Pablo López Álvarez y Jacobo Muñoz en *La impaciencia de la libertad: Michel Foucault y lo político*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000.
- Freud, Sigmund, *El malestar en la cultura*, Alianza, Buenos Aires, 1992.
- , *Obras completas*, Siglo XXI, cuatro tomos, Buenos Aires, 2012.
- Fromm, Erich, *El arte de amar*, Paidós, Barcelona, 1982.
- , *El miedo a la libertad*, Planeta-Agostini, Barcelona, 1993.
- , *Marx's Concept of Man*, F. Ungar Pub. Co., Nueva York, 1961. [*Marx y su concepto del hombre*, Fondo de Cultura Económica, México, 1962.]
- Galimberti, Katja, *Nietzsche, una guía*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2004.
- Gallotti, Alicia, *Kama sutra para la mujer*, Booket, Buenos Aires, 2013.
- Ginsborg, Paul, *Berlusconi, televisión, poder y patrimonio*, Foca, Madrid, 2003.
- Grandis, Rita de, *Reciclaje cultural y memoria revolucionaria: la práctica polémica de José Pablo Feinmann*, Biblos, Buenos Aires, 2006.
- Green, Toby, *La Inquisición. El reino del miedo*, Vergara, Buenos Aires, 2007.
- Grüner, Eduardo, *Las formas de la espada*, Colihue, Buenos Aires, 1997.
- Habermas, Jürgen, *El discurso filosófico de la modernidad*, Taurus, Buenos Aires, 1989.
- , *La modernidad, un proyecto incompleto*, en Foster, Hal y otros, *La posmodernidad*, Kairós, México, 1988.
- Hardt, Michael y Negri, Antoni, *Imperio*, Paidós, Buenos Aires, 2002.
- Harnecker, Marta, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, Siglo XXI, México, 1999.
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, *Ciencia de la lógica*, Hachette, Buenos Aires, 1956.
- , *Fenomenología del espíritu*, Fondo de Cultura Económica, México, 1966.
- , *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Alianza, Madrid, 1999.
- , *Lineamientos para una filosofía del derecho*.
- Heidegger, Martin, «Carta sobre el humanismo», en *Hitos*, versión de Helena Cortés y Arturo Leyte, Alianza, Madrid, 2001.
- , «La autoafirmación de la Universidad alemana. El Rectorado», entrevista de *Der Spiegel*, Tecnos, Madrid, 1996.

- , *Caminos de bosque*, Alianza, Madrid, 1995.
- , *Entrevista del Spiegel y otros textos*, Tecnos, Madrid, 1996.
- , *Identidad y diferencia*, Anthropos, Barcelona, 1988.
- , *Introducción a la metafísica*, Nova, Buenos Aires, 1959.
- , *Nietzsche*, tomo I, Destino, Barcelona, 2000.
- , *Ser y Tiempo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1962.
- Hobbes, Thomas, *De Cive. Elementos filosóficos sobre el ciudadano*, Alianza, Madrid, 2000.
- Hobsbawm, Eric, *El Manifiesto comunista: su actualidad*, Grupo Editor Tesis Once, Buenos Aires, 2003.
- , *La era del capital, 1848-1875*, Planeta, Buenos Aires, 1998.
- Horkheimer, Max y Adorno, Theodor, *Dialéctica del Iluminismo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1988.
- Howitt, William, *Colonization and Christianity. A popular history of the treatment of the natives by the Europeans in all their colonies*, Longman, Orme, Brown, Green, & Longmans, Londres, 1838.
- Hume, David, *Investigación sobre el entendimiento humano*, Losada, Buenos Aires, 1945.
- , *Investigación sobre la moral*, Losada, Buenos Aires, 1945.
- Hunt, Tristram, *El gentleman comunista. La vida revolucionaria de Friedrich Engels*, Anagrama, Barcelona, 2011.
- Jaspers, Karl, *El problema de la culpa*, Paidós, Barcelona, 1988.
- , *Nietzsche*, Sudamericana, Buenos Aires, 2003.
- Jay, Martin, *La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Fráncfort*, Taurus, Madrid, 1986.
- Kaufmann, Walter, *Hegel*, Alianza, Madrid, 1968.
- Kempf, Hervé, *Salvar el planeta, salir del capitalismo*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2010.
- Kojève, Alexandre, *Introduction à la lecture de Hegel*, Gallimard, París, 1947.
- , *La noción de autoridad*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2005.
- Löwy, Michael, *Walter Benjamin, aviso de incendio*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005.
- Lukács, Georg, *El joven Hegel y los problemas de la sociedad capitalista*, Grijalbo, México, 1963.
- , *Historia y conciencia de clase*, Grijalbo, México, 1969.
- Lyotard, Jean-François, *La condición posmoderna*, Cátedra, Madrid, 1987.
- , *La fenomenología*, Eudeba, Buenos Aires, 1960.
- , *La posmodernidad (explicada a los niños)*, Gedisa, Barcelona, 1987.
- Marcuse, Grupo, *De la miseria humana en el medio publicitario. Cómo el mundo se muere por nuestro modo de vida*, Melusina, Barcelona, 2006.
- Marrati, Paola, *Gilles Deleuze. Cine y filosofía*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2004.
- Marx, Karl, *Discurso sobre el problema del librecambio*, Bruselas, enero de 1848.
- , *El capital*, tomo I, volumen I, Libro primero, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich, *Obras escogidas*, tomo II, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1955.

- , *Manifiesto del Partido Comunista*, Perfil, Libros Básicos, Buenos Aires, 1997.
- , *Sobre arte y literatura*, Revival, Buenos Aires, 1964.
- , *Sobre el sistema colonial del capitalismo*, Estudio, Buenos Aires, 1964.
- Mayo, Virginia, *The best years of my life. As told to LC van Savage*, Beach House Books, Chesterfield, Missouri, 2002.
- Melville, Herman, *Moby Dick o la ballena blanca*, Sudamericana, Buenos Aires, 2009.
- Mondolfo, Rodolfo, *Breve historia del pensamiento antiguo*, Losada, Buenos Aires, 2002.
- Moniz Bandeira, Luiz Alberto, *La formación del imperio americano. De la Guerra contra España a la Guerra de Irak*, Norma, Buenos Aires, 2007.
- Muchnik, Daniel, *Negocios son negocios. Los empresarios que financiaron el ascenso de Hitler al poder*, Norma, Buenos Aires, 1999.
- Nietzsche, Friedrich, *El Anticristo*, Bureau Editor, Buenos Aires, 2001, p. 12. También, Biblioteca EDAF, Madrid, 2004.
- Ortega Noriega, S., «El discurso teológico de Santo Tomás de Aquino sobre el matrimonio, la familia y los comportamientos sexuales», en *Vida cotidiana y cultura en el México virreinal*, Antología, Seminario de Historia de las Mentalidades, México, INAH (Científica), 2000.
- Perrot, Michelle y Duby, Georges, *Histoire des femmes en occident*, Plon, París, 1991-1992. [*Historia de las mujeres en Occidente*, Taurus, Madrid, 1991.]
- Phelan, Anthony, *El dilema de Weimar. Los intelectuales en la República de Weimar*, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1990.
- Quevedo Villegas, Don Francisco de, *Obras completas. Obras en prosa*, textos genuinos del autor, descubiertos, clasificados y anotados por Luis Astrana Marín, edición crítica, M. Aguilar, Madrid, 1932.
- Ramos Mejía, José María, *Las multitudes argentinas*, La Cultura Popular, Buenos Aires, 1934.
- Revista *Para Ti*, Atlántida, Buenos Aires, N.º 3833.
- Ricardo, David, *Principios de economía y tributación*, Fondo de Cultura Económica, México, 1959.
- Ricossa, Sergio, *Diccionario de Economía*, Siglo XXI, Madrid, 1990.
- Ríos, Rubén H., *Ensayo sobre la muerte de Dios, Nietzsche y la cultura contemporánea*, Biblos, Buenos Aires, 1996.
- , *Michel Foucault y la condición gay*, Campo de ideas, Madrid, 2007.
- , *Nietzsche y la vigencia del nihilismo*, Campo de Ideas, Madrid, 2004.
- , *Pensamiento y laberinto*, texto inédito.
- Rousseau, Jean-Jacques, *El contrato social*, 1819.
- Safranski, Rüdiger, *Romanticismo, una odisea del espíritu alemán*, Tusquets, Fábula, Buenos Aires, 2012.
- Said, Edward W., *Cultura e imperialismo*, Anagrama, Barcelona, 1996.
- Sala Rose, Rosa, *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo*, Quaderns Crema, Barcelona, 2004.
- Sarmiento, Domingo Faustino, *Civilización i barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*, Imprenta del Progreso, Santiago, Chile, 1845.

- , *Facundo*, Estrada, Buenos Aires, 1940.
- Sartre, Jean-Paul, *Baudelaire*, traducción de Aurora Bernárdez, Losada, Buenos Aires, 1957.
- , *Crítica de la razón dialéctica*, Losada, Buenos Aires, 1963.
- , *Cuestiones de método*, Instituto del Libro, La Habana, 1968.
- , *El existencialismo es un humanismo*, Sur, Buenos Aires, 1957.
- , *El hombre y las cosas*, Losada, Buenos Aires, 1960.
- , *El idiota de la familia*, Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1975.
- , *El ser y la nada, ensayo de ontología fenomenológica*, Losada, Buenos Aires, 2004.
- , *La libertad cartesiana*.
- , *La náusea*, Seix Barral, Barcelona, 1984.
- , *La trascendencia del ego*, Caldén, Buenos Aires, 1968.
- , *Las manos sucias* (teatro), traducción de Aurora Bernárdez, Losada, Buenos Aires, 2004.
- , *Las moscas*, Losada, Buenos Aires, 2005.
- , *Las palabras*, Losada, Buenos Aires, 1964.
- , «Materialismo y revolución», en *La república del silencio*, Losada, Buenos Aires, 1968.
- , *¿Qué es la literatura?*, Losada, Buenos Aires, 1950.
- , *Reflexiones sobre la cuestión judía*, Sur, Buenos Aires, 1948.
- Saussure, Ferdinand de, *Cours de lingüistique générale*, Payot, París, 1916. [*Curso de lingüística general*, Losada, Buenos Aires, 1959.]
- Saviani, Carlo, *El Oriente de Heidegger*, Herder, Barcelona, 2004.
- Scavino, Dardo, *La filosofía actual*, Paidós, Buenos Aires, 1999.
- Sloterdijk, Peter, *Crítica de la razón cínica*, Siruela, Madrid, 2006.
- , *Venir al mundo, venir al lenguaje*, Pre-Textos, Valencia, 2006.
- Smith, Adam, *La riqueza de las naciones*, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.
- Spengler, Oswald, *El hombre y la técnica y otros ensayos*, Espasa Calpe, Buenos Aires, 1947.
- , *La decadencia de Occidente*, Espasa Calpe, Buenos Aires, 1998.
- Steiner, George, *Heidegger*, Fondo de Cultura Económica, México, 2001.
- Stille, Alexander, *El saqueo de Roma*, Papel de liar, Barcelona, 2010.
- Terán, Oscar, *Historia de las ideas argentinas*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2008.
- Thomson, David, *Rosebud. The story of Orson Welles*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1996.
- Tolstoi, León, *La muerte de Iván Ilich*, Clásicos de Siempre, Longseller, Buenos Aires, 2005.
- Torres, Augusto M., *El cine italiano en cien películas*, Alianza, Madrid, 1994.
- Tran-Duc-Thao, *Fenomenología y materialismo dialéctico*, traducción de Juan José Sebreli, Lautaro, Buenos Aires, 1959.
- Travaglio, Marco, Peter Gómez y Marco Lillo, *Papi, el escándalo Berlusconi*, Duomo, Barcelona, 2009.
- Traverso, Enzo, *La historia desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*, Herder, Barcelona, 2001.
- Vargas Llosa, Mario, *Desafíos a la libertad*, Aguilar, Madrid, 1994.

- Vasallo, Sara, *Sartre-Lacan, el verbo ser: entre concepto y fantasma*, Catálogos, Buenos Aires, 2006.
- Vatsyáyana, *Kama sutra*, Devás, Buenos Aires, 2009.
- Vattimo, Gianni, *El fin de la modernidad*, Gedisa, Barcelona, 2000.
- , *Hermenéutica y racionalidad*, Norma, Barcelona-Buenos Aires, 1994.
- , *Introducción a Heidegger*, Gedisa, Barcelona, 2002.
- , *Más allá del sujeto*, Paidós, Barcelona, 1992.
- Vattimo, Gianni y otros, *En torno a la posmodernidad*, Anthropos, Barcelona, 1991.
- Voltaire, *Diccionario Filosófico*, Akal, Madrid, 2007.
- Waldenfels, Bernhard, *De Husserl a Derrida*, Paidós, Barcelona, 1997.
- Wells, H. G., *La guerra de los mundos*, Random House Mondadori, Buenos Aires, 2012.
- Wiggershaus, Rolf, *La Escuela de Fráncfort*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2010.
- Wolff, Michael, *The Man Who Owns the News. Inside the Secret World of Rupert Murdoch*, Random House Inc., Nueva York, 2010.
- Zaiat, Alfredo, *Economía a contramano. Cómo entender la economía política*, Planeta, Buenos Aires, 2012.



JOSÉ PABLO FEINMANN (Buenos Aires, 1943). Es licenciado en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires y ha sido docente de esta carrera en esa casa de estudios. Publicó más de treinta libros, que han sido traducidos a varios idiomas. Entre sus ensayos, se cuentan *Filosofía y nación* (1982), *López Rega, la cara oscura de Perón* (1987), *La creación de lo posible* (1988), *Ignotos y famosos. Política, posmodernidad y farándula en la nueva Argentina* (1994); *La sangre derramada. Ensayo sobre la violencia política* (1998); *Pasiones de celuloide. Ensayos y variedades sobre cine* (2000); *Escritos imprudentes* (2002), *La historia desbocada, tomos I y II* (2004), *Escritos imprudentes II* (2005), *El cine por asalto* (2006), *La filosofía y el barro de la historia* (2008), *Peronismo. Filosofía política de una persistencia argentina, tomos I y II*, *El Flaco* (2010), y *Filosofía política del poder mediático* (2013). Entre sus novelas: *Últimos días de la víctima* (1979), *Ni el tiro del final* (1981), *El ejército de ceniza* (1986), *La astucia de la razón* (1990), *El cadáver imposible* (1992), *Los crímenes de Van Gogh* (1994), *El mandato* (2000), *La crítica de las armas* (2003), *La sombra de Heidegger* (2005), *Timote. Secuestro y muerte del general Aramburu* (2009), *Carter en New York* (2009), *Carter en Vietnam* (2009) y *Días de infancia* (2012). Es autor de las piezas teatrales *Cuestiones con Ernesto Che Guevara* (1999) y *Sabor a Freud* (2002), y de los guiones cinematográficos de *Últimos días de la víctima* (1982), *Eva Perón* (1996), *El amor y el espanto* (2000) y *Ay, Juancito* (2004). Su exitoso programa que emite Canal Encuentro, *Filosofía aquí y ahora*, inició este año su séptima temporada.

Notas Introducción

[1] Rita de Grandis, *Reciclaje cultural y memoria revolucionaria: la práctica polémica de José Pablo Feinmann*, Biblos, Buenos Aires, 2006, pp. 135-136. <<

^[2] Alfredo Zaiat, *Economía a contramano. Cómo entender la economía política*, Planeta, Buenos Aires, 2012, p. 9. <<

^[3] *Ibid.*, pp. 9 y 10. <<

Notas Parte 1

^[1] Nosotros somos ensayistas profesionales y novelistas. Tratamos de hacer buena prosa en los dos campos. Porque sobre todo somos una sola cosa: escritores. Pertenecemos —o intentamos pertenecer— a la vieja casta de los escritores integrales: como Voltaire, Sarmiento, Sartre, Camus, David Viñas y Rodolfo Walsh, que hizo de esta mixtura un cóctel explosivo. <<

^[2] En un Congreso de escritores de ficción, en Milán, un francés, que cultivaba una prosa exquisita, dijo con todas las letras: «El estructuralismo mató a toda una generación de escritores en Francia». Tenemos tiempo para volver sobre estos temas. Y si usted los encontró en otros libros que hemos escrito, de acuerdo: los encontró ahí. Pero no aquí. Aquí necesitamos desarrollarlos otra vez. De modo diferente, sin duda. Enriqueciéndolos o reduciéndolos. Pero al estar en este libro y ya no estar en otro, son otra cosa. Apelo también a una frase de Heidegger (que se repite en todos, despiadadamente en todos sus libros): «Lo que se dice dos veces se piensa dos veces». Como fuere, las repeticiones no abundarán porque el tema tratado es original, lozano en nuestra tarea y tendremos que desarrollar nuevos conceptos, nuevas ideas. <<

^[3] Ante la caída del comunismo y, por consiguiente, del marxismo, ante la caída de las historias totalizadoras, se tornaba necesaria una historia de la vida privada, de lo individual, de lo atomizado, casi de cada hogar, de cada familia, para derruir la visión totalizadora —y por ende totalitaria— del marxismo. Esto ya está bastante archivado. Pero fue un aporte posmoderno interesante. <<

[4] Max Horkheimer y Theodor Adorno, *Dialéctica del Iluminismo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1988, pp. 19, 20 y 22. Traducción de Héctor A. Murena —quien introdujo esta corriente en la Argentina—. Sobre la Escuela de Fráncfort acaba de aparecer un formidable libro exquisitamente editado en 2010 por el Fondo de Cultura Económica: Rolf Wiggershaus, *La Escuela de Fráncfort*, ver p. 432 para *Dialéctica del Iluminismo*. En cuanto a Héctor A. Murena, ver el ensayo de Leonora Djament, *La vacilación afortunada*, Colihue, Buenos Aires, 2007, con prólogo de Horacio González. Bienvenido este rescate de Murena, de quien sólo había restado en nuestra cultura una improbable anécdota según la cual David Viñas, en un arranque de sin duda intenso malhumor, le había roto una jarra de agua en la cabeza. Como dijimos: improbable. Improbable que Murena haya sobrevivido a algo semejante. E injuriosa para con Viñas, a quien siempre se le han atribuido cualidades de matón. Algún biógrafo nos entregará alguna vez una mirada más precisa. Para nosotros, Viñas es un valioso escritor y profesor al que respetamos. Simpático no era. <<

^[5] *Ibid.*, p. 17. <<

^[6] *Ibid.*, p. 22. <<

^[7] Martin Jay, *La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Fráncfort*, Taurus, Madrid, 1986, p. 441. <<

^[8] En Tomás Abraham, *Vidas filosóficas*, Eudeba, Buenos Aires, 1999. El trabajo que hemos citado es de Carlos Correas: «Atisbos sobre Sartre», p. 20. <<

[9] Eduardo Grüner, *Las formas de la espada*, Colihue, Buenos Aires, 1997, pp. 118, 121 y 122.

<<

^[10] José Pablo Feinmann, *Ignotos y famosos. Política, posmodernidad y farándula en la nueva Argentina*, Planeta, Buenos Aires, 1995, pp. 45-49. <<

[11] Martin Heidegger, «La autoafirmación de la Universidad alemana. El Rectorado», entrevista de *Der Spiegel*, Tecnos, Madrid, 1996, p. 70. <<

^[12] Karl Jaspers, *El problema de la culpa*, Paidós, Barcelona, 1988. <<

[13] Peter Sloterdijk, *Venir al mundo, venir al lenguaje*, Pre-Textos, Valencia, 2006, p. 109. <<

[14] Si el concepto de la «libertad del individuo» hubiera estado presente en el corpus marxista y en las revoluciones que se hicieron en su nombre, tal vez habría sido otra su historia, o habría sido mejor, sin duda menos violenta y macabra. Pero fue Sartre el que lo introdujo en esa *summa* metodológica poderosa que es la *Crítica de la razón dialéctica*. Y cuando la *Crítica* se publica, las revoluciones socialistas ya se habían llevado a cabo. <<

[15] Peter Cowie, *El libro de «Apocalypse Now». La historia de una película mítica*, Paidós, Barcelona, 2001, p. 217. <<

^[16] Aunque no debiéramos ser ingenuos en este punto: la «diferencia» entre republicanos y demócratas no es tan profunda. Si hay que tirar «la» bomba en Irak o más probablemente en Irán, Obama y el Tea Party estarán de acuerdo. No hay un partido de buena gente y otro de mala en el corazón del Imperio. Cuando hay que llegar a fondo para salvar la libertad, la democracia y los otros valores de Occidente, —Wall Street, por ejemplo— la unidad no se discute. Se tira «la» bomba. Acaso los republicanos quieran tirar diez. Y los demócratas —de tan civilizados y hasta bondadosos que son— nueve. <<

^[17] Ver José Pablo Feinmann, *Carter en Vietnam*, Planeta, Buenos Aires, 2009, pp. 74-85. <<

^[18] Jean Baudrillard, *La Guerra del Golfo no ha tenido lugar*, Anagrama, Madrid, 1991. <<

[19] José Pablo Feinmann, *La filosofía y el barro de la historia*, Planeta, Buenos Aires, 2008, p. 702. <<

^[20] Anthony Phelan, *El dilema de Weimar. Los intelectuales en la República de Weimar*, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1990, p. 11. <<

^[21] Lo aclaramos una vez más: nos importa poco y posiblemente nada lo que digan algunos sobre la prohibición «políticamente correcta» para todo escritor de citar otros textos suyos. ¿De qué se trata? ¿De jugarla de modesto? ¿De demostrar que si hemos escrito algo en otro lado y juzgamos que es adecuado citarlo aquí como citamos a cualquier otro autor no podemos hacerlo por tratarse de un texto nuestro? ¿De que nos hacemos propaganda? ¿Que a partir de esta cita el libro mencionado agotará nuevas ediciones? Terminemos con esta tontería. Porque forma parte del sentido común. No te cites, sé modesto. Ésa es, exactamente, una frase del sentido común. De lo que hay que decir. De lo que hay que hacer para «quedar bien». <<

^[22] José Pablo Feinmann, *La sombra de Heidegger*, Planeta, edición Pocket, Buenos Aires, 2005, p. 89. <<

^[23] *Ibid.*, p. 20. <<

^[24] Rosa Sala Rose, *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo*, Quaderns Crema, Barcelona, 2004, pp. 102 y 103. <<

^[25] *Ibid.*, p. 106. De Albert Speer se podría decir y, en rigor, mucho se ha dicho. Hombre inteligente, algunos lo rescatan por haberse declarado culpable en el Juicio de Núremberg. No pareciera ser suficiente. Sólo fue condenado a veinte años de prisión. Sin duda su aplomo, su elegancia, su brillantez expositiva, sedujeron a los jueces. Hizo las fabulosas escenografías para las reuniones del Partido en Núremberg que luego filmó Leni Riefenstahl. Otro personaje controvertido. En 1969, Speer publica sus *Memorias*, un libro imprescindible para el conocimiento del nacionalsocialismo. <<

^[26] Daniel Muchnik, *Negocios son negocios. Los empresarios que financiaron el ascenso de Hitler al poder*, Norma, Buenos Aires, 1999, pp. 96, 97 y 106. <<

^[27] No le faltaron oportunidades para decirle algo así. Por ejemplo: cuando bajaron juntos al vestuario de los peruanos antes del partido que Argentina ganara por ese irrisorio 6-0 que ha permanecido en los anales del fútbol infamia. Los peruanos —cuando vieron juntos a Videla y Kissinger— comprendieron que debían perder por cuatro goles de diferencia, tal como Argentina necesitaba. En la red del arquero argentino Quiroga —que se había lucido hasta ese momento— entraron seis pelotas al servicio de los campos de concentración. <<

[28] José Pablo Feinmann, *La filosofía y el barro de la historia*, ed. cit., p. 393. <<

[29] Años más tarde, en medio del debate del estructuralismo contra la subjetividad cartesiana y la centralidad del hombre en tanto sujeto, en una humilde revista teórica de América Latina, un joven ensayista que no llegaba a los 30 años, escribirá una frase, para nosotros, todavía fundamental: «El hombre es el centro de la política». (*Envido*, N.º 3). La frase es de Horacio González. Él, al menos hasta hace un par de años, nos decía no recordarla. Si él no la quiere, nosotros nos la apropiamos. Qué tanto. Porque hasta recordamos cuándo la dijo. Estábamos en un bar de Independencia y Urquiza y Horacio tenía en brazos a una pequeña niña. Nosotros nos rompíamos la cabeza tratando de salvar al humanismo sartreano de todas las embestidas estructuralistas. Pero nos faltaba algo. Y de pronto, entre otras frases, Horacio largó esa: «El hombre es el centro de la política». La utilizaremos con tal vez obsesiva frecuencia. A veces lateralmente, a veces sin citarla, pero ahí estará. No lo olviden: ahora nos pertenece. Pero, como un faro, por primera vez, se la escuchamos a Horacio González. <<

^[30] René Descartes, *Œuvres et lettres*, Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, Paris, 1952, p. 126. <<

^[31] *Ibid.*, p. 57. <<

^[32] Luis Arenas, nota a pie de página de Descartes, ob. Cit., p. 57. <<

^[33] Hervé Kempf, *Salvar el planeta, salir del capitalismo*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2010, pp. 170 y 171. ¡Qué notables diseños de vanguardia tienen los libros de Capital Intelectual! Se trata de una cuestión de admirativa justicia, sólo eso. <<

[34] Hace dos meses terminamos una novela y nos dijeron: «No la mandes a ningún concurso. Es terrible. Es bella pero es brutal. La van a odiar». ¿Saben por qué? Porque vivimos épocas de novelas de *mainstream*. Ya la rechazaron lectoras españolas de grandes editoriales. «Porque es terrible. No se aguanta». A joderse, pues. El pesimismo no vende. La negación es lo último que les queda a la mayoría de los idiotas para recibir con buena onda al *tsunami* cuando cualquiera de estos días se presente. En cuanto a la novela que mencionamos no nos permitiremos abrir ningún juicio de valor. No decimos que sea buena ni mala. Sólo que su radical pesimismo o su abierta brutalidad espanta a editores y a lectores a sueldo de editoriales multinacionales. <<

[35] Nancy Fraser, «Michel Foucault: A “young conservative”?», en *Posmodernidad e Ilustración: Ontología social y reflexividad del sujeto en el último Foucault*, de Ramón Máiz, recopilado por Pablo López Álvarez y Jacobo Muñoz en *La impaciencia de la libertad: Michel Foucault y lo político*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000, p. 159. <<

^[36] *De la miseria humana en el medio publicitario. Cómo el mundo se muere por nuestro modo de vida*, Melusina, Barcelona, 2006, p. 193. <<

^[37] Martin Heidegger, *Ser y Tiempo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1962, p. 186. <<

[38] *Ibid.* <<

[39] La bibliografía sobre este tema es más que frondosa. Ver, como guía, el notable libro de Enzo Traverso, *La historia desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*, Herder, Barcelona, 2001. <<

[40] Esa larga palabra alemana quiere decir: concepción del mundo. Los filósofos franceses estructuralistas y *post* han empezado a eliminarla por «la carga de subjetividad que tiene». Por eso mismo la usamos nosotros. Pero ellos son enemigos del sujeto. Quieren sacarlo de la problematización de la filosofía. Son hijos de Heidegger. Los aterroriza la sombra de Marx y el compromiso de Sartre: salir de la academia hacia la calle. A nosotros no. Por el contrario, sostenemos que el Poder cree más que nadie en el sujeto y su poder crítico. Por eso quiere colonizarlo y destruirlo. Pocas cosas hay más incómodas para el Poder que el sujeto crítico. Foucault no lo vio nunca. Muy tarde, demasiado. Y de los otros ni hablemos. Todos profesores de la academia norteamericana y de las aulas de teoría crítica. No de la sociedad. De la literatura. Pero la libertad del hombre se empeñará en luchar por sí misma. No por la libertad de la literatura. En todo caso, se alimentarán mutuamente. El sujeto libre encuentra su libertad expresándose literariamente (y no sólo así), pero la literatura, la verdadera, la grande, sólo puede ser creada por la libertad del sujeto, aunque esa libertad sea un resto minúsculo, el último bastión de un condenado a muerte en un campo de exterminio. <<

^[41] Martin Heidegger, ob. Cit., p. 143. <<

[42] Es importante ver la materialidad del Poder. Ya que Foucault no se ocupa mucho de la historia francesa. El Poder se reduce al análisis de los manicomios y las cárceles pero nunca responde qué clase social, qué tradición histórica, qué fuerzas hegemónicas impusieron — por ejemplo— el panóptico. ¿Quién era Jeremy Bentham, a qué clase pertenecía, qué intereses impulsó en su vida, qué es lo que se defiende con el panóptico? ¿Estableció alguna vez Bentham una relación entre el panóptico y la lucha de clases en el siglo XIX? ¿Qué se expresaba de la Revolución Francesa en el panóptico? ¿Robespierre aprobó el panóptico como parte del plan represivo que encarnaba el Comité de Salud Pública? Pero no son los temas de Foucault: como discípulo de Nietzsche —a través de Heidegger—, como anticomunista con rencores irresolubles, lo que busca es aniquilar eso que Habermas llama «la razón centrada en el sujeto». Con *Historia de la locura* en la época clásica exhibía que la razón sólo podía constituirse al precio de negar la locura y con *Vigilar y castigar* que la sociedad sólo podía existir apartando de sí a los delincuentes, negándolos. Hemos tratado estos temas en otros trabajos. <<

[43] Véase Miguel Ángel Cárcano, *El estilo de vida argentino en Paz, Mansilla, González, Roca, Figueroa Alcorta y Sáenz Peña*, Eudeba, Buenos Aires, 1969. Sobre todo el capítulo IV: «El general Julio A. Roca». El modo extasiado con que Miguel Ángel Cárcano describe al general dice todo lo que hay que saber sobre el estilo de vida argentino. <<

^[44] Además es ya tiempo de aclarar algo. Auschwitz tiene en la cultura occidental y en toda reflexión sobre los derechos humanos una centralidad que oscurece otros hechos. La frase de Löwith debiera poder formularse de otros modos. Ante todo, para ceñirnos al siglo xx (y recordando que Hitler, para justificar el genocidio judío, decía: «¿Acaso alguien recuerda el genocidio armenio?») debiera poder decirse, o debiera decirse más a menudo: Después del genocidio armenio a manos de los jóvenes turcos, es difícil imaginar una divinidad bondadosa. <<

[45] Marta Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, Siglo XXI, México, 1999, p. 131. Conuerdo con los editores de Siglo XXI: el libro de Harnecker tiene ya una estatura histórica y mítica. Haya empujado al error o al acierto, su importancia en América Latina es enorme. No en vano, con orgullo, sus editores consignan que el texto tiene ya treinta años de vigencia. Y la edición que estamos citando es la número 61. Harnecker ha añadido otros textos a su obra. La contundencia es su marca de estilo. La certeza profunda en un sistema de ideas del cual es notable expositora. <<

^[46] *Ibid.*, pp. 131 y 132. <<

^[47] José Pablo Feinmann, *El peronismo y la primacía de la política*, Cimarrón, Buenos Aires, 1974, p. 98. <<

[48] Aún no se había producido la revolución comunicacional. Si algunos advierten que este ensayo no lleva a primer plano la educación enajenante y dirigista que se les da a los niños en la Escuela es porque esa tarea ya ha sido hecha, aunque siempre debe continuar. Nosotros nos concentramos en un hecho nuevo. La derecha —y, muy especialmente, en América Latina— en estos momentos se expresa a través del poder mediático, que es la revolución del capitalismo desarrollada salvajemente luego de la caída del Muro de Berlín. Se expresa —así— globalmente. Porque la característica definitoria de esta revolución mediática es la globalización. Es precisamente esa globalización de lo mediático lo que puede darle la fuerza, la potencia del sujeto trascendental constituyente kantiano o del sujeto absoluto hegeliano: centralizado, logocéntrico, falocéntrico, y, para nosotros, sobre todo colonizador de las subjetividades del mundo. <<

^[49] En Estados Unidos sucede, sin embargo, algo semejante al panorama político argentino. Los republicanos no tienen un candidato potable. Sarah Palin matando a un ciervo con un rifle de mira telescópica y Julianne Moore desplegando en un film una interpretación devastadora de esa mujer del rifle han casi alcanzado para controlar las ambiciones de los republicanos. <<

^[50] Katja Galimberti, *Nietzsche, una guía*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2004, p. 62. <<

^[51] Hay un libro de cuentos *trash* de Robert Bloch, el autor de *Psicosis*, llamado *Yours truly, Jack the Ripper*. <<

[52] Sigmund Freud, *El malestar en la cultura*, Alianza, Buenos Aires, 1992, p. 72. <<

^[53] Walter Benjamin, *Discursos interrumpidos*, Planeta-De Agostini, Barcelona, 1994, p. 57. <<

[54] Demetrio Estébanez Calderón, *Diccionario de términos literarios*, Alianza, Madrid, 1999, pp. 434-436. <<

[55] Walter Benjamin, ob. Cit., p. 56. <<

^[56] Walter Benjamin, ob. Cit., p. 56. <<

[57] Martin Heidegger, *Ser y Tiempo*, ed. cit., p. 143. <<

[58] Cornelius Castoriadis, *Figuras de lo pensable*, Centro de Cultura Económica, Buenos Aires, 1999, p. 175. <<

[59] Revista *Para Ti*, Atlántida, Buenos Aires, N.º 3833, p. 4. <<

^[60] *Ibid.* <<

[61] Cierta amigo mío suele decir que la ingeniera Alsogaray tiene las piernas de Demi Moore; otro cierto amigo mío suele responderle que puede ser, pero que, definitivamente, Demi Moore no tiene la cara de Álvaro Alsogaray. <<

[62] Como señalamiento más que interesante digamos que el hombre europeo del siglo XIX se comportaba como un ave mansa en sus metrópolis y como un tigre sanguinario en sus colonias, por medio de sus ejércitos. El rigor era necesario para educar a los salvajes. Y el rigor es la sangre. No olvidemos que esa frase «la letra con sangre entra» tiene un sentido colonialista insoslayable. Los europeos invaden una colonia. ¿Qué les ofrecen a los sometidos? La cultura. «La letra». Si la aceptan, bien. Si no, la sangre la hará penetrar. El general López Aufranc dice en el documental *Escuadrones de la muerte*: «Con la sangre se aprende mucho». <<

[63] Max Horkheimer y Theodor Adorno, *Dialéctica del Iluminismo*, ed. cit., p. 50. <<

[64] *Ibid.* <<

[65] Nos permitimos recordar —sin duda innecesariamente— que Adorno y Horkheimer residían en California, donde también estaba Schönberg y alguien ajeno por completo a toda esta problemática pero un gran maestro que navegaba en otras aguas: Raymond Chandler. Desde esas aguas, exhibía con más rigor muchas de las tesis de A. y H. Con más rigor, con más estilo y más imaginación. Las exhibía frecuentemente sin proponérselo. Pero sus personajes estaban tan poderosamente delineados que el capitalismo se lee en *El largo adiós* con tanta profundidad y tanto nivel de crítica como en la *Dialéctica del Iluminismo*. Sin que Chandler fuera marxista ni tuviera una teoría de superación del sistema del capital. Sólo era —nada menos— un gran novelista. Por otra parte —abundando— acaso la amistad entre Adorno y Horkheimer fuera sincera y productiva, pero la de Philip Marlowe y Terry Lennox nos parte el corazón. Bebemos en la barra el gimlet que ellos beben. Y sufrimos y hasta se nos humedecen los ojos, de sensibleros que somos, cuando Marlowe, en el sombrío final, le dice a Lennox: «Ya le dije adiós una vez. Y fue triste, solitario y final». De donde tomó Soriano el título de su primera novela, tal vez la mejor. <<

[66] Max Horkheimer y Theodor Adorno, *Dialéctica del Iluminismo*, ed. cit., p. 150. <<

^[67] *Ibid.*, pp. 150 y 151. <<

^[68] *Ibid.*, p. 164. <<

[69] Max Horkheimer y Theodor Adorno, ob. Cit., p. 166. <<

^[70] *Ibid.*, pp. 166 y 167. <<

^[71] *Ibid.*, p. 167. <<

^[72] *Ibid.*, p. 179. <<

^[73] *Ibid.*, p. 156. <<

^[74] David Thomson, *Rosebud. The story of Orson Welles*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1996, p. 98. <<

[75] David Thomson, ob. Cit., p. 101. <<

[76] *Ibid.*, p. 102. El primer capítulo de la novela de Wells —«La víspera de la guerra»— ahonda en sus planteos racionalistas, culpógenos y terroríficos: «Nadie supuso que los mundos más viejos del espacio fueran fuentes de peligro para nosotros, o si se pensó en ellos fue sólo para desechar como imposible o improbable la idea de que pudieran estar habitados. Resulta curioso recordar algunos de los hábitos mentales de aquellos días pasados. En caso de tener en cuenta algo así, lo más que suponíamos era que tal vez hubiera en Marte seres quizás inferiores a nosotros y que estarían dispuestos a recibir de buen grado una expedición enviada desde aquí. Empero, desde otro punto del espacio, intelectos fríos y calculadores y mentes que son en relación con las nuestras lo que éstas son para las de las bestias, observaban la Tierra con ojos envidiosos (...). Y a comienzos del siglo xx tuvimos la gran desilusión (...). Pero es tan vano el hombre y tanto lo ciega su vanidad que hasta finales del siglo xix ningún escritor expresó la idea de que allí se pudiera haber desarrollado una raza de seres dotados de inteligencia que pudiese compararse con la nuestra (...) y al mirar a través del espacio con instrumentos e inteligencias con los que apenas si hemos soñado, ven sólo a cincuenta y cinco millones de kilómetros de ellos una estrella matutina de la esperanza: nuestro propio planeta, mucho más templado, lleno del verdor de la vegetación y del azul del agua, con una atmósfera nebulosa que indica fertilidad y con amplias extensiones de tierra capaz de sostener la vida en gran número». (H. G. Wells, *La guerra de los mundos*, Random House Mondadori, Buenos Aires, 2012, pp. 9-11). Lo que Wells ignoraba es que el planeta Tierra no empezaría su agonía por los marcianos, sino por sus propios habitantes. Los marcianos somos nosotros, señor Wells. Permítanos que volvamos a citar a Cornelius Castoriadis: «Esta destrucción irremediable sigue: en este preciso momento, la destrucción de los bosques tropicales en calidad de especies vivientes continúa. Las medidas tomadas o consideradas para detener esta destrucción son irrisorias. De modo que hablar, como lo hace Marcel Gauchet, de dominación del hombre sobre la antropósfera y el mundo creado por él no hace otra cosa que reproducir la vieja ilusión cartesiano-capitalista-marxista del hombre dueño y señor de la naturaleza, cuando el hombre es, en realidad, más bien como un niño que se encuentra en una casa cuyas paredes son de chocolate, y que se dispuso a comerlas, sin comprender que pronto el resto de la casa se le va a caer encima». (Cornelius Castoriadis, *Figuras de lo pensable*, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 175). <<

^[77] David Thomson, ob. Cit., p. 106. <<

^[78] No por todos. No podemos pasarnos la vida hablando con el gremio de taxistas que a veces parecieran ignorar lo que todos saben. Pero es cierto que el taxista se alimenta de sus clientes: la clase media antiperonista y antiizquierdista y racista y homofóbica. Son ellos los que habitualmente toman taxis en Buenos Aires. Se establece un diálogo armónico entre el conductor y el pasajero. Entre tanto, escuchan Radio 10. Una radio de una derecha que no creemos exagerar si calificamos de ultra, o con frecuencia abiertamente cavernícola. Aún lo era más en el momento en que se produce el Operativo Blumberg. <<

[79] Homero Alsina Thevenet, *Cine sonoro americano y los Oscars de Hollywood, 1927-1985*, Corregidor, Buenos Aires, 1986, pp. 191 y 192. El título de este libro tiene un descuido: el autor llama al cine de Hollywood «cine americano» tal como lo hacen los propios norteamericanos. «Cine americano» también se hace en América Latina, algo que Homero sabía muy bien, de modo que el error sorprende. <<

^[80] Luiz Alberto Moniz Bandeira, *La formación del imperio americano. De la Guerra contra España a la Guerra de Irak*, Norma, Buenos Aires, 2007, p. 122. <<

[81] Homero Alsina Thevenet, ob. Cit., p. 192. <<

^[82] Fernando Alonso Barahona, *McCarthy o La historia ignorada del cine*, Criterio, Madrid, 2001, p. 95. <<

^[83] Virginia Mayo, *The best years of my life. As told to LC van Savage*, Beach House Books, Chesterfield, Missouri, 2002, p. 147. <<

[84] Fernando Alonso Barahona, ob. Cit., p. 99. <<

^[85] *Ibid.*, p. 194. <<

^[86] Paul Ginsborg, *Berlusconi, televisión, poder y patrimonio*, Foca, Madrid, 2006. <<

^[87] Marco Travaglio, Peter Gómez y Marco Lillo, *Papi, el escándalo Berlusconi*, Duomo, Barcelona, 2009, p. 11. <<

^[88] *Ibid.*, p. 79. <<

^[89] *Ibid.*, p. 23 <<

^[90] *Ibid.*, p. 20 <<

^[91] *Ibid.*, p. 12. <<

^[92] Alexander Stille, *El saqueo de Roma*, Papel de liar, Barcelona, 2010, pp. 34 y 35. <<

^[93] *Ibid.*, p. 353. <<

[94] *Ibid.*, <<

^[95] *Ibid.*, p. 431. <<

^[96] *Ibid.*, p. 422. <<

[97] *The incredible Shrinking Man* —El increíble hombre menguante, en castellano— es una película norteamericana de bajo presupuesto hecha en los años cincuenta. Dirigida por Jack Arnold, el gran director de *El monstruo de la Laguna Negra* y *¡Tarántula!*, y *Llegaron del espacio exterior*, se basa en un *script* que Richard Matheson (también un grande) elaboró a partir de su propia novela *The Shrinking Man*. Hace apenas dos años fue designada por la National Film Registry de la Library of the Congress como un bien estético, cultural e histórico tan significativo como para ser preservado para todos los tiempos, para todas las generaciones. Se trata de un hombre que —afectado por una nube radiactiva— empieza a perder altura, espesor, hasta llegar a ser apenas un átomo extraviado en la inmensidad de la naturaleza. Pese a ello, su última reflexión es: «Todavía soy un hombre». Como se advertirá, los propósitos filosóficos y aún teológicos del film no son sencillos de delinear, pero son sin duda de una vastedad asombrosa en una obra humilde, de clase B, destinada a las matinés de los niños alborotadores de la época. Nosotros la vimos —éramos de esa clase de niños durante esos años— y sólo recordábamos la escena en que el hombrecito se encuentra con una araña, inmensa y monstruosa para él, y la enfrenta con una aguja. Creemos que desde entonces pasamos a formar parte de la inmensa serie de personas que padecen en este mundo de irremisible aracnofobia. Todavía algo más. El film de Jack Arnold *Llegaron del espacio exterior* (*It Came from Outer Space*, 1953) era en 3D. El notable director John Carpenter ofreció un testimonio conmovedor (al menos para nosotros) de su visión estremecedora y originaria de la película. «Fui a verla con mi madre. Nos sentamos. Empezó el film. Exhibía el cielo estrellado y una voz grave nos hacía saber que de ahí podían venir los peores peligros para la raza humana. “El que ustedes verán llegó hasta nosotros bajo la forma de un inmenso meteorito”. Entonces una de las aparentemente hermosas estrellas empezó a moverse hacia la Tierra. Cada vez más rápido, más rápido. Hasta que se incrustó en la pantalla y la dejó en blanco. La película era en 3D. No puedo describir el terror que sentí. Arrojé un alarido y empecé a correr como un loco hacia la salida. Cuando llegué ahí... me había enamorado del cine para siempre». <<

[98] Bigelow hizo su film sobre el asesinato de Bin Laden. Nos hemos ocupado de él. Y no como lateralidad. El film de Bigelow no es ninguna lateralidad. Es una centralidad estremecedora.

<<

[⁹⁹] Glenn Beck, *The real America*, Simon & Schuster Inc., Nueva York, 2005, p. 138. <<

^[100] Enzo Traverso, *La historia desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*, Herder, Barcelona, 2001, p. 57. <<

^[101] Michael Wolff, *The Man Who Owns the News. Inside the Secret World of Rupert Murdoch*, Random House Inc., Nueva York, 2010, p. 259. <<

[102] La palabra «oligarquía» se ha puesto de moda. Nosotros le damos el sentido nacional y popular con que hace ya muchos años hemos interpretado a Gramsci. Esa modalidad fue desarrollada por Horacio González en un pequeño y formidable mítico libro de 1974, que, por desdicha, sé que no ha vuelto a editar. Ni quiere. <<

^[103] Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, Fondo de Cultura Económica, México, 1958, p. 546. <<

^[104] *Ibid.*, p. 402. <<

^[105] *Ibid.*, p. 403. <<

[106] Durante estos días preelectorales, los *supermarkets* o supermercados —concentración de los viejos «mercados» y hasta «mercaditos» que los que tienen más de cuarenta han conocido en su infancia y juventud— deciden los precios de las mercaderías que se venden en sus abundosas góndolas. Si quieren generar inflación, aumentarán los precios. Es lo que han venido haciendo. Se trata de una maniobra que tiene un propósito institucional. O, sin duda, electoral. Al generar inflación, los dos o tres grandes supermercados de la Argentina deterioran al Gobierno. El comprador que recorre las góndolas y verifica la suba de precios culpa al Estado. El argentino medio conoce bien la odiosa figura del remarcador de precios. Durante la hiperinflación (cuyo propósito fue derrocar el gobierno de Alfonsín e imponer el de Menem, que venía a expresar sus intereses), los remarcadores de precios hacían su tarea en presencia de los consumidores. Tal era el vértigo de la inflación. Llegaban hasta a empujarlos, a apartarlos de las mercaderías para, abrochadora en mano, meter papeletas con los nuevos precios en todas y cada una de ellas. Eran muchachos jóvenes, fuertes, dinámicos. Nada podía detenerlos. Se deslizaban de una góndola a la otra, siempre con la abrochadora en su diestra, remarcándolo todo. Hoy, por ejemplo, la empresa Disco está en condiciones de convocar a dos monopolios más y acordar los precios de los alimentos. ¿Es libre el mercado? Lo mismo con la información. Al estar monopolizada en dos o tres grandes Grupos lo que se emite no es «información». Menos aún es la «verdad». O sí: es la «verdad» que conviene al grupo monopolístico. Así, la lucha por la verdad es la lucha por la concentración del poder en el mercado de la información. Cuando el mercado de la emisión de «verdades» se monopoliza, la verdad es una. Eso busca todo Grupo Monopolístico: la monopolización de la verdad. ¿Hay algo más autoritario y antidemocrático que eso? Todo despotismo aspira a la unicidad de la verdad, esa unicidad es la suya, la unicidad de su verdad impuesta como la verdad de todos. Lo Uno aspira a devorarse a lo Múltiple. Y no sólo aspira, casi siempre lo consigue. Al menos hasta el exquisito punto en que la balanza se des-equilibra a su favor. Ahí ha triunfado. El monopolio no requiere que todos los sujetos le crean. Requiere que le crean los suficientes como para dar forma a la opinión pública. «Ya está, ganamos: la opinión pública es nuestra». Qué frase: tan buena que sería digna del periodista que le permitió a un famoso vivir un día más por informar su deceso al día siguiente. <<

[107] Escribo entre comillas «música clásica» porque es un tosco nombre que se le ha impuesto. Todos, al menos, lo entienden. Pero la única música que podríamos llamar «clásica» con propiedad sería la de Mozart y Beethoven; Haydn y Bach son barrocos; Schumann, Liszt, Wagner, Chopin y Brahms son románticos; Mahler y Bruckner son románticos tardíos o neorrománticos; Debussy y Ravel son impresionistas; Schönberg es dodecafónico, salvo en *Noche transfigurada*, Webern también, Berg también pero va más allá de cualquier etiqueta porque es un genio, tan genial que hasta parece posromántico; Rachmaninoff es un romántico tardío; Prokofiev, en su séptima sonata, es casi atonal; como lo es Gershwin en pasajes de su poco conocida y maravillosa *Segunda rapsodia para orquesta con piano* y luego vienen los atonales o los que, actualmente, mezclan todos los estilos y ven qué sale. Hace poco comenté la deslumbrante *Tango-Rhapsody* de Federico Jusid que tocaron gloriosamente Sergio Tiempo y Karin Lechner. Bien, pero para ser comprendidos debemos acudir al lugar común de decir que toda esa música pertenece a la calificación de «clásica». Que es mejor que «seria». Y mejor —ni hablemos— que «música de especulación superior». Que sería la más exacta pero resulta ofensiva. Sucede que esta música —aunque sea más compleja que la «popular»— jamás podría reemplazarla. Si se quiere alegrar una reunión no se pone la *Obertura trágica* Opus 81 de Johannes Brahms. No, mejor no. <<

^[108] Adam Smith, *ob. Cit.*, p. 545. <<

^[109] David Ricardo, *Principios de economía y tributación*, Fondo de Cultura Económica, México, 1959, p. 101. <<

^[110] Karl Marx, *Discurso sobre el problema del librecambio*, Bruselas, enero de 1848. <<

^[111] *Ibid.* <<

^[112] Karl Marx, *Discurso sobre el problema del librecambio*, ob. cit. <<

^[113] Sergio Ricossa, *Diccionario de Economía*, Siglo XXI, Madrid, 1990, p. 412. <<

^[114] *Ibid.*, p. 413. <<

[115] *Ibid.*, <<

^[116] Adam Smith, *ob. Cit.*, p. 545. <<

^[117] Nigel Ashford y Stephen Davies (dirs.), *Diccionario del pensamiento conservador y liberal*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1992, p. 224. <<

[118] Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007, p. 97. <<

^[119] *Ibid.*, pp. 163 y 164. <<

^[120] Martin Heidegger, *Caminos de bosque*, Alianza, Madrid, 1995, p. 87. <<

^[121] *Ibid.*, p. 87. <<

[122] José Pablo Feinmann, *La filosofía y el barro de la historia*, Planeta, Buenos Aires, 2008, pp. 370-372. <<

[123] Paola Marrati, *Gilles Deleuze. Cine y filosofía*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2004, p. 34. <<

^[124] Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras escogidas*, tomo II, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1955, p. 383. <<

^[125] Sobre Engels ver Tristram Hunt, *El gentleman comunista. La vida revolucionaria de Friedrich Engels*, Anagrama, Barcelona, 2011. <<

^[126] Oscar Terán, *Historia de las ideas argentinas*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2008. <<

[127] José María Ramos Mejía, *Las multitudes argentinas*, La Cultura Popular, Buenos Aires, 1934, pp. 280-283. <<

[128] Oscar Terán, ob. Cit., p. 128. <<

[129] *Ibid.* <<

[130] *Ibid.* <<

^[131] Oswald Spengler, *El hombre y la técnica y otros ensayos*, Espasa Calpe, Buenos Aires, 1947, p. 25. <<

^[132] *Ibid.*, p. 16. <<

^[133] *Ibid.*, p. 21. <<

^[134] *Ibid.*, p. 14. <<

[135] Michael Hardt y Antoni Negri, *Imperio*, Paidós, Buenos Aires, 2002, p. 16. <<

[136] En estos tiempos la mala onda o el pesimismo no venden. La gente ya sabe que todo está mal, pero no quiere que se lo recuerden. Menos aún en un libro sesudo de apariencia irrefutable. ¿Qué es eso de por toda la eternidad? ¿Tanto habrá que sufrir el poder del Imperio? Se debiera ver, sin embargo, el optimismo implícito en esa frase desmedida de Hardt y Negri. Si el Imperio habrá de durar por toda la eternidad significa que la eternidad existe. Que el ser humano (ese dios con prótesis como lo definió Freud) no habrá de aniquilar el planeta durante los próximos cincuenta años como piensan científicos y ecologistas y filósofos que aman el sabor amargo pero también el ampuloso espectáculo del Apocalipsis. ¿Quién no ansía ver la belleza indescriptible y final del último *tsunami*? <<

[137] Michael Hardt y Antoni Negri, ob. Cit., p. 17. <<

^[138] *Ibid.*, p. 266. <<

^[139] *Ibid.*, p. 278. <<

[140] *Ibid.* <<

^[141] *Ibid.* <<

^[142] Gianni Vattimo y otros, *En torno a la posmodernidad*, Anthropos, Barcelona, 1991, p. 9. <<

^[143] *Ibid.*, p. 19. <<

^[144] Jean Baudrillard, *El éxtasis de la comunicación en la posmodernidad*, Kairós, Barcelona, 1985. <<

^[145] *Ibid.*, p. 194. <<

^[146] *Ibid.*, pp. 196 y 197. <<

^[147] Veamos algunos sinónimos de «soez» para fijar bien la vecindad de esta palabra con otras tan desdeñables como ella: grosero, tosco, bruto, salvaje, descortés, desvergonzado, impertinente, insolente, lenguaraz, ofensivo, cerdo, vil, indigno, indecente, villano, astroso, tabernario. <<

^[148] J. A. Cuddon, *Dictionary of Literary Terms and Literary Theory*, Penguin Books, Londres, 1991, p. 223. <<

Notas Parte 2

[1] Ésta es una de las tesis esenciales del presente ensayo. El papel central que asume la modernidad informática —a través de todos los recursos cuyo desarrollo veremos en estas páginas— es sofocar la libertad del sujeto. Al idiotizar al sujeto, controla el surgimiento de actos libres. Con la obliteración de todo acto libre se elimina la libertad, que yace en los fundamentos de todo acto de rebeldía. No hay rebeldía, no hay acto de insubordinación al poder, sin la dinamización de ese núcleo de libertad que late en cada sujeto y lo e-yecta a la comunicación con el Otro. Mi acto libre reclama y requiere el del Otro. Es una relación de ida y vuelta. El Otro —si encuentra el núcleo de su rebeldía— deberá referirlo a mí, que le doy completud. Es un poco el juego de espejos que encontramos en Levinas pero virado hacia la praxis. No sólo el rostro del Otro me completa, sino que —juntos— debemos llevar ese reconocimiento a la transformación de un mundo estructurado para impedirlo. <<

[2] Don Francisco de Quevedo Villegas, *Obras completas. Obras en prosa*, textos genuinos del autor, descubiertos, clasificados y anotados por Luis Astrana Marín, edición crítica con más de doscientas producciones inéditas del príncipe del ingenio y numerosos documentos y pormenores desconocidos, M. Aguilar, Madrid, 1932, p. 45. El señor Astrana Marín goza desde hace tiempo —y mucho— de ser un abominable traductor de Shakespeare. A tal punto que, si alguien cita erróneamente al genio isabelino, se le dice: «¿De dónde sacaste esa cita? ¿De Astrana Marín?». Se le ha llegado a llamar el Jack el Destripador de Shakespeare. Tal vez sea exagerado pero nadie, en sus cabales, utiliza las traducciones de este buen señor si decide montar —hoy y desde hace mucho tiempo— una obra del autor de *Hamlet* y *Macbeth*. Es decir, del gran Billy, como se le suele decir entre bambalinas. Observemos, sí, que llama a Quevedo príncipe del ingenio, ya que si el Fénix era Lope, el príncipe es Quevedo. <<

[3] Francisco de Quevedo Villegas, ob. Cit., p. 47. <<

^[4] Acaso personas muy sensibles lean esto y se horroricen. Mas tengan en cuenta que están leyendo a uno de los más grandes ingenios del Siglo de Oro español. Un solo culo prefabricado en algún gimnasio, falsedad de falsedades, está a millones de años luz de la prosa de Quevedo Villegas. Y éstos son los culos con los que la TV funcional al sistema idiotizante nos abrumba. <<

^[5] Francisco de Quevedo Villegas, ob. Cit., p. 47. <<

[6] *Ibid.* <<

^[7] Rodolfo Mondolfo, *Breve historia del pensamiento antiguo*, Losada, Buenos Aires, 2002, p. 77. <<

^[8] Nadie podrá negar la jerarquía de Rimbaud y Verlaine, que unieron fuerzas en este poema que de lo sublime se desliza a esas zonas de dudoso gusto que la buena burguesía rechaza. Para atribuir los méritos correspondientes digamos que las dos cuartetos son de Verlaine y los dos tercetos de Rimbaud. Surge, así, un perfecto soneto cuyo único punto discutible es acaso la materia tratada. Y la ausencia de la gracia de Quevedo. Pero es inescindible dar cuenta de él. No quiero dejar pasar el final magnífico de la novela de Leopoldo Marechal *Adán Buenosayres*, que otorga a los ingleses el poder de cederle al pedo una dignidad que sólo ellos parecieran destinados a entregarle. «Más feo que un susto a medianoche. Con más agallas que un dorado. Serio como bragueta de fraile. Más entrador que perro de rico. De punta, como cuchillo de viejo. Más fruncido que tabaquera de inmigrante. Mierdoso, como alpargata de vasco tambero. Con más vueltas que caballo de noria. Más fiero que costalada de chanco. Más duro que garrón de vizcacha. Mañero como petiso de lavandera. Solemne como pedo de inglés». Así termina la novela. Una novela religioso-metafísica de más de seiscientas páginas. Bravo, maestro Marechal. Cómo se empeña la cultura académica de este país en olvidarlo. ¿Habrás sido usted peronista en algún momento de su vida? <<

^[9] Muy especialmente —por ahora— el culo de las mujeres. Los hombres también se hacen el culo para que los *jeans* les calcen mejor, pero no es una tendencia que aún tenga demasiada fuerza. Aunque, lo veremos, los culos masculinos son también atractivos para las mujeres y son capaces de entablar, sobre ellos, interminables conversaciones. Sobre todo las mujeres norteamericanas. <<

^[10] Karl Marx, *El capital*, tomo 1, volumen 1, Libro primero, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002, p. 43. <<

^[11] Hay una excelente edición de las *Normas* de Sloterdijk, de la editorial Siruela, Madrid, 2003. Este trabajo es valioso para el tema del humanismo. Pese a ello, en nuestras últimas páginas desarrollaremos una visión del humanismo desde Suramérica que sólo tangencialmente tendrá algún punto de contacto con las ideas de Sloterdijk, tal vez preso al fin del universo de su maestro Heidegger, al que, sin embargo, notablemente llama filósofo campesino. Tal vez Sloterdijk esté más lejos de Heidegger de lo que algunos pensamos, y otros también. Debiéramos decir que sí, que lo está. <<

^[12] Ver su notable *Romanticismo, una odisea del espíritu alemán*, Tusquets, Fábula, Buenos Aires, 2012. <<

[13] Peter Sloterdijk, *Crítica de la razón cínica*, Siruela, Madrid, 2006, p. 225. <<

^[14] *Ibid.* <<

[15] Sigmund Freud, *El malestar en la cultura*, ob. cit., p. 48. <<

^[16] Peter Sloterdijk, ob. Cit., p. 227. <<

^[17] *Ibid.*, p. 236. <<

[18] Luego del Código Hays todo cambió en Hollywood. Fue el triunfo aplastante de todos los elementos conservadores de la sociedad. Sostengo que fue una estupidez para Hollywood como industria. Los europeos aprovecharon la situación y abordaron temas más maduros, arriesgados y hasta obscenos. Muchas de sus hermosas estrellas empezaron a mostrar eso que las mujeres de Hollywood mantenían oculto. En Francia: Jeanne Moreau, Magali Noel, Martine Carol, Françoise Arnould, Marina Vlady y otras valiosas gemas cuya visión los espectadores agradecían. Ingmar Bergman fue astuto en extremo: mezcló el prestigio intelectual con la procacidad de los desnudos. Desde *Un verano con Monica*, donde Harriet Anderson se exhibía en el afiche con un pulóver detrás del cual no se adivina un *soutien* sino los pezones jóvenes y turgentes de la niña traviesa sueca. Hasta *El silencio*, que se estrenó como «prohibida para menores de 22 años» y que yo no pude ver e imaginaba que todo tipo de ignominias se sucederían en esa película. Más aún cuando mi hermano (diez años mayor que yo) y sus amigos volvían del cine diciendo: «Pero en la escena del palco cogen en serio». Y además, como si fuera poco, ¡Brigitte Bardot! *Y Dios creó a la mujer*. O *La mujer y el pelele*. Nosotros nos consolábamos con los libros de la colección Pandora. Pero no con *Disparen sobre el pianista* en que una infinitamente pajerizante Michelle Mercier se metía desnuda en la cama de Charles Aznavour, un petiso ridículo que no la merecía. Pero el más avisado de todos fue Bergman. Porque logró hacerse llamar «el genio sueco» y que todos —intelectuales e irredentos pajeros— fueran a ver sus películas. En cuanto al Código Hays, fue una catástrofe. Porque las *yankis* estaban bien dispuestas a ponerse en bolas y abordar temas escabrosos. Y si no, hay que ver *Baby Face*, con la gloriosa Barbara Stanwyck. Que nos lleva al tema del sexo utilizado para trepar en la vida. *Baby Face* es de 1933. La chica está dispuesta a cualquier cosa con tal de abrirse vertiginosamente paso en un mundo de hombres, de hombres malos, sedientos de sexo, del sexo de Barbara. Que lo da, pero a quien le conviene. Lo más intolerable para los censores fue que el film pasaba de piso en piso del alto edificio de la corporación exhibiendo así claramente que cada polvo de la *baby face* era un piso más en su indetenible ascenso. Esto, para la época, era pornografía pura. Y más con la Stanwyck, que tenía una voz de Brooklyn gruesa, poco cultivada, que no alentaba dudas sobre su condición de mujer fácil. Pero esa *baby face* habría de convertirse en una de las más grandes actrices de Hollywood. Para mí, en la más grande. <<

[19] O, si se quiere ser educado, los pechos, denominación absurda, porque los hombres tienen pecho, sólo pareciera que tienen uno en tanto las mujeres tienen dos, pero ¿esos dos sólo añaden uno al pecho del hombre o son por completo diferentes? Son —afortunadamente— diferentes de toda diferencia. De modo que jamás apelaremos a esa expresión púdica e impropia, confusional. Las mujeres tienen tetas, lolas, senos o gomas. Algunas de estas denominaciones provienen del lenguaje popular, pero justamente por eso deben ser tomadas en cuenta. Ese lenguaje, aunque pueda ser ofensivo en ciertas circunstancias, es revelador en otras. El lenguaje de las canchas de fútbol es misógino y homofóbico. Sin embargo, desborda ingenio aun en varias de sus dolorosas ofensas, que suelen ser inagotables. Cuando el Bambino Veira fue acusado de seducir a un pibe, no bien entró en la cancha la siguiente vez se escuchó un cántico unánime, atronador: «Todos contra la pared, ¡llegóoooo el Bambino!». <<

^[20] Peter Sloterdijk, ob. Cit., p. 238. <<

^[21] *Ibid.* <<

^[22] Un querido amigo y notable filósofo me advierte: «No sé, José, es un momento ficcional que sobra o deberías abreviarlo». Tal vez tenga razón. Me han señalado la abundancia de malas palabras en este texto. También la abundancia de textos ficcionales en todo el ensayo. No estamos de acuerdo. ¿Por qué no intentar nuevas formas del ensayo? ¿Por qué no tirar por la borda el palabrerío decente y no temer que uno perderá la «seriedad académica» de un texto por escribir palabras tan paganas como «culo» y «pedo»? Pagano es lo «irreligioso». Pero también es lo «pasional». Seamos pasionales. Nada es peor que la hipocresía. Además, un escritor es alguien dispuesto a utilizar cualquier palabra si le sirve. <<

^[23] Peter Sloterdijk, ob. Cit., p. 240. <<

[24] *Ibid.* <<

^[25] *Ibid.*, p. 241. <<

[26] *Ibid.* <<

^[27] *Ibid.*, pp. 242 y 243. <<

^[28] *Ibid.*, p. 243. <<

[29] La palabra «heces» utilizada para nombrar cautelosamente a la mierda entrega un significado polisémico a la cuestión. Es más llevadero comerse las eses que las heces, pero lo más atractivo pareciera ser comerse el país. En los países del Caribe, la palabra comemierda tiene varios usos que aquí sería largo detallar. Pero que hay comemierdas nadie lo duda, los hay. La novela *El coronel no tiene quien le escriba*, una verdadera obra maestra de Gabriel García Márquez, termina con la palabra que tratamos en una acepción contundente. La mujer le pregunta al coronel, que se lo ha jugado todo a la riña de gallos, qué comerán de ahí en más. El coronel responde: «Mierda». Y termina el relato. <<

[30] Además de las fuentes propiamente religiosas (las Escrituras y las definiciones dogmáticas de la Iglesia Católica), Santo Tomás se apoya en la obra de algunos autores: Aristóteles en filosofía y San Agustín de Hipona en teología. También son citados frecuentemente Pedro Lombardo, teólogo y autor del manual más usado en la época (aunque la obra de Pedro Lombardo es, sobre todo, una recolección de textos de otros autores), los escritos del siglo v atribuidos al Pseudo Dionisio Areopagita, y Maimónides, estudioso judío no muy anterior, del que admiraba su aplicación del método. Maimónides es un teólogo y un filósofo cuya importancia no se reduce a las influencias que haya podido tener sobre Santo Tomás. A su vez, las influencias de Aristóteles —a quien Tomás en la *Summa* llama *el filósofo*— son tantas que las enseñanzas y duros dictámenes del Doctor Angelicus han pasado a tener la habitual denominación de pensamiento aristotélico-tomista. <<

[31] Cito de memoria el monólogo de Pacino. También le agregué varios elementos que no perjudican su centro esencial. Busqué la transparencia de las propuestas del Demonio. Esas transparencias las tornan más *diabólicas*. Conjeturo que el Demonio —de existir— ha de ser transparente en sus tentadoras ofertas. Es Dios el que —sin temor a no ser comprendido— incurre en opacas paradojas que los teólogos dedican sus vidas a descifrar. El excelente film *The Devil's Advocate* de 1997 fue dirigido por Taylor Hackford, un director correcto que contó con dos actores formidables. Al Pacino hacía tiempo que no ofrecía una *performance* tan perfecta, llena de humor. Es un Diablo que desafía a Dios y conoce como nadie las debilidades de los seres humanos: «Vanidad —dice al cerrar el film con una sonrisa triunfal—, mi pecado favorito». Y luego Charlize Theron ofrece aquí, joven, su primera gran actuación para la pantalla. El Diablo de Pacino es ordinario, carece por completo de *esprit de finesse*. A él se habrá parecido el Demonio que se le aparece a Stavroguin, gigantesco pecador, en *Los demonios*, la poderosa novela de Dostoyevski. «¿Tú eres el Demonio?», pregunta Stavroguin. «¿Te parezco ordinario? ¿Esperabas otra cosa? ¿Un demonio más suntuoso? Soy el Diablo que te mereces. No esperes nada mejor». Esta novela inmortal, en Dresde, entre 1871 y 1872, fue escrita por el tormentoso genio de Dostoyevski en tanto huía de sus acreedores. <<

^[32] Santo Tomás de Aquino, *Suma de teología*, IV, Parte II-II (b), Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1997, p. 426. Como *Suma de teología* nos suena muy castizo nos referiremos a la obra de Tomás de Aquino como *Summa Theologiae*, que no es exactamente su nombre en latín pero no entrega ese aroma de traducción española, que tiene, sin embargo, el sabor perverso de hacérsela sentir más cercana de Torquemada. <<

^[33] Santo Tomás de Aquino, ob. Cit., p. 428. <<

^[34] *Ibid.*, p. 167. <<

^[35] *Ibid.*, p. 453. <<

^[36] Según María Moliner, «venéreo» es lo relacionado con el placer o el trato sexual. Se aplica particularmente a las enfermedades contagiosas que se contraen en ese trato. <<

^[37] Santo Tomás de Aquino, ob. Cit., p. 455. <<

[38] Desarrollando algunas precisiones de un texto de Ortega Noriega, Erika Gretchen Almady Sánchez escribe: «Es importante señalar que durante el siglo XVI en Occidente, principalmente en España y, por lo tanto, en sus colonias, la Iglesia Católica desempeñaba un papel muy importante dentro de la organización política, económica y social, así como en la vida cotidiana. Era comandada por eclesiásticos, célibes por excelencia, quienes se encargaban de transmitir la imagen de un ser que no conoce el apetito sexual y es enemigo de los placeres de la carne, imagen que repercutió directamente en la forma en que debía ser llevada la sexualidad “correctamente” durante dicha época, haciendo del acto sexual una actividad pecaminosa, al grado de degenerar al ser humano. “En este contexto no resulta desatinado pensar que la sexualidad fuera reprimida y el coito sin fines reproductivos representara un pecado. Paradójicamente, la prostitución era tolerable porque se creía que con ella se evitarían violaciones mayores, como el incesto y el estupro, entre otros, *ideas arraigadas desde el siglo XIII por Santo Tomás de Aquino en su Suma Teológica, documento que sintetiza el pensamiento religioso occidental*” (las cursivas son nuestras). Ver S. Ortega Noriega, “El discurso teológico de Santo Tomás de Aquino sobre el matrimonio, la familia y los comportamientos sexuales”, en *Vida cotidiana y cultura en el México virreinal*», Antología, Seminario de Historia de las Mentalidades, México, INAH (Científica), 2000, pp. 27-73. Para el texto de Erika Gretchen Almady Sánchez consultar scielo. Unam. mx. <<

[39] Santo Tomás de Aquino, ob. Cit., p. 455. Las cursivas son de Tomás. Es una modalidad de estilo que ha elegido: todas las citas de San Agustín van en cursivas o *bastardillas*. Si las bastardillas fueran de Agustín, tal vez su dureza podría explicarse por la fe del converso. Agustín fue un gran pecador y lo dice en sus *Confesiones* sin veladuras, de aquí la fascinación del texto. <<

^[40] *Ibid.*, pp. 457 y 458. <<

^[41] *Ibid.*, p. 462. <<

^[42] *Ibid.*, p. 463. <<

^[43] *Ibid.* <<

[44] Heidegger ha llevado a cabo algunas atinadas reflexiones sobre la verdad profunda del pensamiento y la encrucijada del mundo medieval: «El cristiano ve la humanidad del ser humano, la *humanitas* del homo, en la delimitación frente a la *deitas*. Desde la perspectiva de la historia de la redención, el hombre es hombre en cuanto “hijo de Dios” que oye en Cristo el reclamo del Padre y lo asume. El hombre no es de este mundo desde el momento en que el “mundo”, pensado de modo teórico-platónico, es solamente un tránsito pasajero hacia el más allá (...). En el sentido amplio en que ya se ha citado, también el cristianismo es un humanismo, desde el momento en que, según su doctrina todo se orienta a la salvación del alma del hombre (*salus aeterna*) y la historia de la humanidad se inscribe en el marco de dicha historia de la redención». (Martin Heidegger, «Carta sobre el humanismo», en *Hitos*, versión de Helena Cortés y Arturo Leyte, Alianza, Madrid, 2001, pp. 264 y 265). Recortemos la frase «El hombre no es de este mundo». Así, a secas, pareciera un despropósito. Pero ¿acaso no es cierto? ¿Es de este mundo el hombre que espera ser redimido de sus pecados en un más allá que le ha sido prometido, que desconoce pero en el que cree? Si un hombre cree —y el hombre medieval creía— que le espera un más allá de plenitud, ¿cómo no tolerar los sufrimientos de este mundo? La plenitud prometida, el Reino de los Cielos que espera al final de toda vida y de la misma historia humana constituyen una teoría de la paciencia, de la resignación. No debo esperar nada de este mundo. Sólo incertidumbres y sufrimientos. Pero, por ser un hombre de Dios, un buen cristiano, me ganaré el Cielo. ¿Qué pueden importarme los sofocamientos de este mundo de pecados irredimibles? Debo obedecer a la Santa Iglesia. A sus pastores. Cada sufrimiento que acepto y tolero me acerca a Dios. ¿Cómo no aceptarlo, tolerarlo? <<

[45] Santo Tomás de Aquino, ob. Cit., p. 464. <<

^[46] *Ibid.* <<

^[47] *Ibid.*, p. 467. <<

^[48] *Ibid.*, p. 472. <<

^[49] *Ibid.*, p. 473. <<

[50] *Ibid.* <<

^[51] *Ibid.*, p. 475. <<

^[52] *Ibid.*, p. 483. <<

^[53] *Ibid.*, p. 485. <<

[54] Ese pasaje en que el Aquinate explica que una de las formas no naturales de realizar el coito, a la que llama *vicio sodomítico*, se realiza entre varón y varón o mujer y mujer me recuerda un viejo chiste que expresa la vida pastoral. Ya se sabe el valor de un buen chiste. Al ser un hecho social expresa tanto de la sociedad como las carcajadas que despierta. Es así. Hay alarma en el Vaticano. En un pueblo de Italia se realizan todo tipo de actos contra natura. El pecado y la lujuria reinan. Deciden enviar a un joven sacerdote. Se reúne de inmediato con el Monseñor de la comunidad y le hace saber su misión. «Es cierto cuanto le han dicho», dice el Monseñor. «Pero yo carezco ya de fuerzas para evitarlo. Compruébelo por usted mismo». El joven sacerdote sale a recorrer el pueblo y, en seguida, encuentra a una pareja, a la luz del día, llenos de gozo y lujuria extrema, entregados pasionalmente al deleite carnal. «¡Santo Dios, protégeme!», exclama y huye. Camina unos metros más y encuentra a dos mujeres entregadas también a los placeres de la carne, a la lujuria extrema. Se horroriza y huye. Cuando cree estar a salvo y tranquilo se da de narices con dos varones que, olvidados de todo, a la luz del día, fornican gozosos, profiriendo gritos de placer. «¡Santo Cielo!», exclama y huye esta vez hacia la iglesia del Monseñor. Entra apresuradamente. «¡Monseñor, Monseñor!». «Sí, hijo mío». «Todo era cierto. Esto es horrible». «Serénate y cuéntame». «Primero vi a él con ella. Luego a ella con ella. Y por fin a él con él». «Hijo, suerte que has demorado un poco; si no, me encontrabas a mí conmigo mismo». Durante estos días en que los escándalos sexuales sofocados durante siglos por el Vaticano salen a la luz como un *tsunami* imparable, el chiste tendría otro remate. Eludiría el juego hábil de los pronombres personales (él con ella, él con él, ella con ella), pero expresaría la dura realidad. El Monseñor diría al joven cura: «Hijo, suerte que has demorado un poco; si no, me encontrabas a mí con el monaguillo». <<

[55] Martin Heidegger, *Introducción a la metafísica*, Nova, Buenos Aires, 1959, p. 75. El pensamiento de Heidegger sobre la técnica es muy complejo y no puedo tratarlo aquí. Pero es cierto que su visión cuasiapocalíptica de un mundo sometido a los poderes de la cibernética ya se ha cumplido. Comprendo que los ecologistas recuperen a Heidegger como uno de los suyos. Comprendo que dejen de lado su compromiso nacionalsocialista ante todo lo que se encuentra en él y no en otros. Nadie, en la filosofía, anticipó como Heidegger los temas que aquí tratamos. El mundo se acerca a su fin devorado por la técnica. En la entrevista que concedió a *Der Spiegel* (con la condición de que se diera a conocer después de su muerte) dice verdades imposibles de no atender. No soy precisamente un heideggeriano, pero respeto a un hombre que se anticipa —desde el pensar— a su tiempo y ve el perverso y oscuro camino que transita el ente antropológico. «*Der Spiegel*: ¿Y quién ocupa ahora el puesto de la filosofía? Heidegger: La cibernética». (Martin Heidegger, *Entrevista del Spiegel y otros textos*, Tecnos, Madrid, 1996, p. 74). No hay que olvidar que la sensibilidad de Heidegger ante estos temas proviene de su condición de filósofo-campesino. Detesta el desarrollo de la técnica influido por su elección existencial agraria. «Donde el hombre vive ya no es la Tierra», dice también en el reportaje de *Der Spiegel*. Pero esa posición agraria, que facilitó su nacionalsocialismo, lo abrió a una visión sobre la devastación técnica de la Tierra que no ha hecho más que verificarse. También Cornelius Castoriadis, en *Figuras de lo pensable*, entrega una metáfora escalofriante: el hombre vive dentro de una casa de chocolate a la que va devorando. Esa casa, fatalmente, caerá sobre él. <<

[56] Es un lindo modo de nombrar la mierda. Tiene algo cándido, infantil. Todos los niños, siempre, y también siempre en el momento inoportuno, piden caca. «Mamá, quiero caca». No tengo noticias de alguno que haya dicho «Mamá, quiero hacer mierda». La «mierda» es — hegemonícamente en el lenguaje— un lugar al que mandamos a quienes nos tienen hartos. Debe estar lleno de gente eso. <<

[57] *Biblia de Jerusalén*, Levítico, 18. <<

[58] Friedrich Nietzsche, *El Anticristo*, Bureau Editor, Buenos Aires, 2001, p. 12. También, Biblioteca Edaf, Madrid, 2004, p. 22. <<

[59] La Pontificia Universidad Lateranense (Pontificia Università Lateranense o Lateranum) es una universidad de derecho pontificio con sede en Roma, Italia. La universidad también recibe la sesión central del Pontificio Instituto Juan Pablo II para Estudios sobre el Matrimonio y la Familia. La universidad es conocida como «Universidad del Papa». Gran Canciller de la universidad es el Vicario General del Santo Padre para la diócesis de Roma, por lo que la universidad está directamente bajo la autoridad del Papa. La universidad puede presumir de cuatro santos entre sus exalumnos. Hoy en día la Pontificia Universidad Lateranense tiene una población estudiantil de más de 100 nacionalidades (www.pul.it). En un seminario sobre *¿Existe verdadero amor en el acto homosexual?*, llega a severas conclusiones. El tema sobresaliente del seminario es: *Homosexualidad: alteridad, intimidad y castidad*. El expositor anticipa el desarrollo de sus temas. Así: «Llegando al final de este seminario sobre la Homosexualidad es hora de darles la palabra a los clásicos, en este caso concreto a San Tomás de Aquino. Busco conocer qué entiende por pecado contra natura, amor y placer; y bajo esta luz analizar si el *practicum homosexual* puede constituir una comunión interpersonal. Para esto preguntaré al Aquinate qué es el verdadero amor y qué entiende por plenitud del placer para constatar, después, si puedo encontrarlos en los actos homosexuales (...). Si toda experiencia de amor verdadero implica siempre un bien, ya que amar es querer el bien para la persona amada habría que preguntarse: ¿qué bien puede implicar el acto homosexual?, ¿acaso el hecho de ser un acto contra natura no lo descalifica como bien? Nos encontramos pues en el acto homosexual con el amor de un bien no conveniente, que daña y deteriora al hombre (...). Es importante estudiar el placer y cómo lo entiende Tomás, ya que los homosexuales sostienen que el fundamento de su acción es el encontrarse juntos y que el bien que los une es el gozo de la mutua gratificación. ¿Tiene esta afirmación sustento?». Y se llega a la frase que da fin al seminario: «Iluminados por la reflexión del Aquinate constatamos que: Primero, los actos homosexuales se encuentran entre los pecados contra natura. Segundo, que si el verdadero amor implica el bien para la persona amada, esto no lo encontramos en la relación homosexual que, por el contrario, deteriora al hombre al no tomar en cuenta la diferencia y alteridad de la persona amada. Tercero, como afirma Santo Tomás, el pleno placer se da sólo en el gozo que sigue a los placeres naturales que deseamos según la razón. En el acto homosexual no puede darse un verdadero gozo ya que la intimidad que se crea es una ficción que no se apoya en la diferencia corporal sino en la complacencia afectiva, en el juego sexual cerrado donde el cuerpo es usado como objeto por la satisfacción afectiva que produce. Por lo tanto, podemos afirmar que no existe verdadero amor ni pleno placer en el acto homosexual» (ver Pontificia Universitas Lateranensis, *homosexualidad*). <<

^[60] Toby Green, *La Inquisición. El reino del miedo*, Vergara, Buenos Aires, 2007, pp. 69 y 70. Sobre este libro, el escritor inglés Frank McLynn (en algo más que un comentario de solapa extraído de un texto que publicó en *Arts & Books*), dice: «En un excelente comentario cuasifreudiano, Green observa que la neurosis, la represión y una concepción distorsionada de la sexualidad eran factores clave en la mentalidad de los inquisidores. Desgraciadamente, los descendientes de estos oficiales aún están entre nosotros y trabajan en la Bahía de Guantánamo». <<

[61] Santo Tomás de Aquino, *El ente y la esencia*, Aguilar, Buenos Aires, 1963, pp. 62 y 63. <<

^[62] *Ibid.*, pp. 67 y 68. <<

[63] Alicia Gallotti, *Kama sutra para la mujer*, Booket, Buenos Aires, 2013, p. 89. <<

[64] Sigmund Freud, *Obras completas*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2012. Como todos los libros de esta editorial, las obras de Freud en cuatro tomos están adecuadamente cosidas, tarea por la que, en la medida de mis limitadas posibilidades, seguiré bregando. Ni siquiera el «buen pegado» que alegan algunos editores conseguirá reemplazar la jerarquía del cosido. Al menos podría aceptar que la norma rija para algunos libros. Otros, los libros basura de «investigación» periodística o abierto amarillismo y otras ebriedades, pueden ir pegados. Sería valioso plantearles a los escritores que tienen que ganarse el cosido de sus libros entregando a las editoriales elementos de jerarquía. Aunque no tengo esperanzas de que esto importe a muchos. Pero los verdaderos escritores, los que todavía creen que el libro debe ser un objeto de arte, no pueden cejar en este empeño. La amenaza de Internet se cierne sobre ese amado material que ha dado sentido (o uno de ellos y entre los más valiosos) a nuestras vidas desde niños. El libro pegado, por mejor que se haga esa tarea o por más que se haya mejorado, termina perdiendo sus páginas, se abre, se descompone y deja de ser un libro. El libro cosido, nunca. <<

[65] Sigmund Freud, ob. Cit., tomo II, p. 1354. <<

[66] *Ibid.* <<

^[67] *Ibid.*, tomo II, p. 1356. <<

[68] *Ibid.* <<

[69] *Ibid.* <<

^[70] *Ibid.*, p. 1357. <<

^[71] Veremos, más adelante, la hipótesis del autoatentado. Como fuere, creemos que aún el autoatentado requirió una complicidad del terrorismo islámico. Es inimaginable que un agente de la CIA se inmole incrustando un avión contra un edificio. Las mismas convicciones cristianas de los norteamericanos les velarían o impedirían ese pedido. Ahí es donde entra la complicidad —o más— del islamismo terrorista. Pero la «operación» fue planeada por la CIA y Bush-Rumsfeld-Condoleezza. Si no, véanse los inmensos beneficios que el atentado les entregó. Nada menos que la guerra de colonización que el Complejo Militar Industrial requería. Volveremos largamente sobre estos temas. <<

[72] Hemos utilizado la palabra alemana *ersatz* porque —al menos durante una década— crecimos con ella. Pero no queremos dar por supuesto que el lector deba conocerla. Además, seguramente lo han notado, yo eludo las jergas, sobre todo las provenientes de la semiología, que han ido a dar forma al lacanismo, sin las que no podría existir. *Ersatz* es —a todas luces— una palabra alemana. La usábamos sobre todo en Fenomenología e Historia de las Religiones. La palabra se traduce —y bien, creo— como: 1) sustitución, 2) compensación y 3) reemplazo. *Ersatzdienst* significa prestación sustitutoria. La frase en que recurrimos a ella postulaba que son innumerables los *ersatz* de la divinidad que hay en el mercado. Y enumeramos algunos. En los sesenta —en Fenomenología e Historia de las Religiones— buscábamos los *ersatz* a que se apelaba para sustituir a la divinidad. Eran infinitos. También, creo, porque encontrábamos a «dios» por todas partes. O a lo absoluto. Teníamos razón. El ser humano es un ente con sed de absoluto. Habitualmente la religión busca canalizar esa sed. Pero no puede evitar ofrecer y, al mismo tiempo, reprimir. Los otros *ersatz* de lo absoluto son más tentadores. Las ceremonias de la destrucción son todas *ersatz* de lo absoluto. Porque el más poderoso es la Muerte, ese absoluto que asegura la calma eterna. O lo que el gran Raymond Chandler (si alguien duda sobre la grandeza de Chandler que lea *El largo adiós*, una de las hondas novelas del siglo xx) llamaba *El sueño eterno*. Jugábamos con la palabra. Nos divertían sus usos múltiples, su fecunda polisemia. «Esa mina con la que andás es un *ersatz* de la que te dejó y a la que realmente amabas». «El fútbol es un *ersatz* de todas las cosas de este mundo». «Dios es un *ersatz* de nuestro miedo a morir». «Perón es un *ersatz* de la combatividad de las masas». «La masturbación es un *ersatz* del coito». «Sí, pero ahí uno está tranquilo, tiene el control. En el sexo siempre te tenés que aguantar a otro en un mundo en que todos están locos». Woody Allen, creo, ofreció la mejor defensa de la masturbación: «¿Qué tiene de malo masturbarse? Es sólo tener sexo con una persona que uno conoce bien y desde hace mucho tiempo». <<

^[73] Michel Foucault, *Seguridad, territorio, población*, curso en el Collège de France (1977-1978), edición magníficamente cosida, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2006, p. 159. <<

^[74] *Ibid.*, p. 159. <<

^[75] Si consideramos el «poder pastoral» como la expresión de todo el poder represivo de la cristiandad, debemos atenuar este juicio. Poder pastoral e Inquisición están en un pie de igualdad o son funcionales entre sí. Como sea, Foucault le dedica un espacio casi nulo a la Inquisición. <<

^[76] Michel Foucault, *ob. Cit.*, p. 212. <<

^[77] *Ibid.*, p. 213. <<

^[78] *Ibid.*, p. 214. <<

^[79] Edgardo Castro, *Vocabulario de Foucault. Temas, conceptos y autores*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2011, p. 311. <<

[80] No quiero dejar de señalar que en el libro de Dreyfus y Rabinowitz, *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, hay un texto excepcional: «El sujeto y el poder». Trata muchos de los temas aquí desarrollados. Remitimos —para completar lo dicho en estas páginas— a nuestro ensayo *La filosofía y el barro de la historia*, en que las páginas que se extienden de la 516 a la 651 están dedicadas a Foucault. Tal vez algunos de los textos de este ensayo hayan sido ya utilizados en aquél. Pero éste es éste, aquél es aquél. Lo que significa: son dos libros distintos. Como sea, no creo que sean muchos los textos que aquí se repiten.

<<

^[81] Michel Foucault, *Historia de la sexualidad, la voluntad de saber*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002, pp. 67 y 68. Raro: un libro de Siglo XXI sin coser. Resultado: lo tengo deshecho. <<

^[82] *Ibid.*, p. 68. Hemos subrayado la expresión «mal venéreo» porque ya la hemos encontrado en el Aquinate pero no con el objeto de señalar una enfermedad muy real y muy terrible como lo era a fines del siglo XIX, sino meramente como sinónimo del acto sexual. O sea, del acto venéreo. <<

^[83] *Ibid.*, pp. 69 y 70. <<

^[84] *Ibid.*, p. 72. Las cursivas son nuestras. No en *ars erotica*, sino en la relación del placer con una ley absoluta de lo permitido y de lo prohibido. Durante siglos, para la cristiandad, esa ley —que Foucault extrañamente no menciona— fue la magna obra de nuestro amigo el Doctor Angelicus, el Aquinate, Santo Tomás de Aquino: la *Summa Theologiae*. En ella se reglamentaba todo lo permitido y todo lo prohibido y se advertía acerca de las espantosas enfermedades que acosaban a los que se sometían a la lujuria de la carne, a los vicios contra natura, al vicio sodomítico. <<

^[85] *Ibid.*, p. 73. <<

[86] *Ibid.* <<

^[87] *Ibid.*, p. 85. <<

^[88] *Ibid.*, p. 87. <<

[89] *Ibid.* <<

^[90] *Ibid.*, p. 90. <<

^[91] Michel Foucault, *El poder, una bestia magnífica*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2012, p. 45. <<

^[92] Rubén H. Ríos, *Michel Foucault y la condición gay*, Campo de ideas, Madrid, 2007, pp. 64 y 65. <<

^[93] *Ibid.*, p. 65. <<

^[94] *Ibid.*, p. 59. <<

[95] El concepto de «represión» es complejo en Foucault. Reprimir no es sólo castigar, sino también seducir, agradar. En esto se ha acercado brillantemente al modo actual de la represión. *Cada vez que hablemos del culo-idiotizante estaremos hablando del culo-represivo*. Hace años escribí —creo que en mis *Escritos imprudentes I*— un texto que prenunciaba la tesis de este ensayo: *Nos van a entretener hasta morir*. Este aspecto gozoso de la represión es importante porque el marxismo suele manejarse con la idea de la represión violenta del sistema de producción capitalista. «Suele», dije. Lo hemos visto: no hay en esto nada que ya no haya dicho Heidegger. Esa deconstrucción del sujeto lleva a los representantes de la *French Theory* a dejarnos desarmados ante el sujeto de la dominación. De Foucault siempre se recurre a una de sus fórmulas más célebres. El poder engendra la resistencia al poder. Esto es lo que dice Hegel cuando postula que toda determinación engendra su propia negación. Lo mismo sucede con Hardt y Negri: el imperio engendra la multitud. Al menos Hardt-Negri se formulan el problema que aparece aquí: ¿cómo transformar la multitud en sujeto? Pregunta que responden tarde y mal. Foucault no llega a desarrollar qué es esa «resistencia al poder». Esta condenación de la modernidad occidental capitalista (que compartimos pero buscando primero al sujeto que pueda encarar esa resistencia al poder) lleva a Foucault a una entronización del *ars erotica* oriental, en tanto el perverso Occidente, dominado por el demonio de la técnica (otra vez Heidegger), sólo habría provocado una *scientia sexualis*. <<

^[96] Hay soluciones defensivas para el hombre. Por ejemplo: trasladarle la responsabilidad a la mujer. Señalarse expresivamente su miembro viril triste y decaído y decirle: «¿Y? Hací algo. ¿O tengo que hacerlo todo yo?». También es cierto que se ha avanzado mucho en esto. Pero sólo entre hombres y mujeres sensibles e inteligentes que asumen la situación como algo que les sucede a los dos: «¿Por qué *nos* pasa esto?». El tema es largo. No puedo tratarlo con extensión aquí. <<

^[97] Vatsyáyána, *Kama sutra*, Devás, Buenos Aires, 2009, prólogo y traducción de Susana Aguiar, con ilustraciones de Sanyú, p. 11. Vatsyáyána pasa por ser el laborioso autor de la obra. <<

^[98] *Ibid.*, p. 12. <<

^[99] *Ibid.*, p. 13. Recordar que aquí estamos siguiendo el Prólogo de Aguiar. <<

^[100] *Ibid.*, p. 35. <<

^[101] *Ibid.*, p. 38. <<

^[102] *Ibid.*, p. 43. <<

^[103] *Ibid.*, p. 83. <<

^[104] *Ibid.*, p. 38. <<

[105] Desde niño escucho hablar del Salto del Tigre. Algo que revela que el *Kama sutra*, si bien es un libro que se ocultaba, era clandestinamente conocido y nada impedía que algunas de sus figuras o posiciones salieran a la luz. Recuerdo un chiste que acaso muchos conozcan. Otros no. Una pareja se va de viaje de luna de miel. ¿Alguien todavía se va de luna de miel? Sigamos. La hija le escribe a la madre numerosas cartas. Todas terminan igual. Luego de describir los hermosos paisajes, comidas y albergues que conoce en ese periplo feliz, siempre le dice a su mami: «¡Ah, pero lo mejor de todo es el Salto del Tigre!». Nunca le aclara qué es eso. Intrigada, la madre le envía un telegrama: «Nena, ¿qué es el Salto del Tigre?». En su siguiente carta, la niña describe el hecho: «Yo me acuesto desnuda boca arriba sobre la cama y Raúl (*supongamos que el novio se llama Raúl*) se trepa hasta lo alto del ropero. Desde ahí se me tira encima y... Bueno, madre, el resto es puro éxtasis». Pasa un tiempo. La niña no recibe ninguna carta de su madre. Hasta que, por fin, llega un telegrama: «Nena, urgente, volvé. Tu papá está hospitalizado. Se rompió las pelotas contra la mesa de luz». La vetustez del chiste se nota en la cuestión del ropero. ¿Dónde hay un ropero en estos tiempos? Cabe imaginar que la casa de los padres era muy antigua y aún conservaban uno. Sí, por qué no. <<

^[106] Vatsyáyána, *Kama sutra*, ob. cit., p. 84. <<

^[107] *Ibid.* <<

^[108] *Ibid.*, p. 85. Las cursivas son nuestras. <<

[109] Tuve alguna vez un amigo veterano atormentado por un problema de impotencia. Lo solucionó. Cierta vez me dijo: «Mirá, hoy, con todo ese asunto de que casi no queda un tipo que no sea puto o alguna otra cosa, las minas se enloquecen con cualquiera que vaya para adelante. Con el dedo gordo del pie las dejás locas». Ignoraba que era ya una herramienta aconsejada por el *Kama sutra*. Tal vez él la descubrió ahí y su vida triste se trocó en alegre y dislocada. Que, también, se le dislocó el dedo gordo tardó en confesármelo. De todos modos, ese «amigo veterano», se fue de este mundo como tantos de mis amigos veteranos. Se les da por morir. Qué cosa. Uno no sabe por qué a tipos tan inteligentes se les da por morir y asunto acabado. Para peor, morir se dice también «estirar la pata». De modo que mi amigo no sólo estiró la pata, sino que se quedó, ahora sí, impotente para siempre. Con la pata estiró el dedo gordo. Durante la escritura de este libro, al leer seriamente, el ancestral, mítico *Kama sutra*, advierto que era un campeón. Lo que se dice un *pachá*. <<

^[110] Vatsyáyána, *Kama sutra*, ob. cit., p. 145. <<

^[111] Vatsyáyána, *Kama sutra*, ob. cit., p. 163. <<

^[112] *Ibid.* <<

[113] *Ibid.* <<

^[114] *Ibid.*, p. 164. <<

[115] *Ibid.* <<

^[116] *Ibid.*, p. 165. <<

^[117] Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo*, Estrada, Buenos Aires, 1940, p. 3. <<

[118] Buenos Aires, 22 de enero de 2001, de un reportaje al filósofo argentino León Rozitchner en *Página/12*. León Rozitchner fue velado en la Biblioteca Nacional que dirige Horacio González. Algún tiempo antes había asistido a un acto que lo contaba como expositor. El acto no fue anunciado por la *prensa libre*. González había tomado la decisión de cambiarle el nombre a la hemeroteca porque ese nombre era el de Gustavo Martínez Zuviría, cuyo seudónimo de escritor era Hugo Wast. Martínez Zuviría había sido —como se destacó en el acto— un eficaz director de la Biblioteca Nacional bajo la gestión de Pedro Pablo Ramírez, integrante del GOU. Se alejó durante la presidencia de Perón por las buenas relaciones del General con el Estado de Israel y los judíos de la Argentina. (Perón habrá sido muchas cosas, buenas y malas, pero nunca fue antisemita). Porque —es hora de decirlo— el señor Hugo Wast era un feroz antisemita. Antes del acto, tomé un café con León. Nos conocíamos desde hacía ya mucho tiempo. «¿Qué pasa, León? ¿Estás con la izquierda peronista?». «No, pero ahora los comprendo». Hablaron Horacio Verbitsky, León y cerró Horacio González. Horacio, con esa sencillez que lo hace tan querible, dijo: «Martínez Zuviría hizo bien su trabajo aquí. Pero era antisemita y eso no lo podemos permitir en la Biblioteca Nacional». Se cambió el nombre de la hemeroteca por el de Ezequiel Martínez Estrada, ferviente antiperonista, que se pasó en cama enfermo todo el gobierno de Perón, pero era un buen hombre y un notable ensayista. Esto no lo sabe la comunidad judía, su clase media sobre todo, que cree que *todo* el peronismo es nazi. No todo, el que probablemente van a votar: sí. <<

^[119] Ponemos la palabra *chiste* en bastardilla porque, creemos, éstos no son chistes, sino agudas observaciones de la realidad. Como la mayoría. Supongo que está clara mi admiración por los buenos chistes como instrumentos cognitivos. <<

[120] AA. VV. *Lo corrieron de atrás*, Minerva, Buenos Aires, 1974, p. 61. Obsérvese el pudor aún vigente que obliteraba escribir completa la palabra *culo*. <<

^[121] *Ibid.*, p. 61. <<

^[122] *Ibid.*, p. 62. <<

[123] El Canal Encuentro es un esfuerzo del Estado argentino por mantener una programación digna, tanto de ellos como de los espectadores. Llevo (llevamos, no sólo yo hago el programa) nueve temporadas en el aire. ¡Nueve! Cuando me entrevisté por primera vez con Daniel Filmus y Tristán Bauer sólo yo confiaba en el proyecto. También —hay que reconocerlo— ellos se la jugaron. ¿Un programa de filosofía por TV? La TV argentina se hizo y se hace para un personaje que no existe: Doña Rosa. Personaje creado por el machismo de Bernardo Neustadt, Doña Rosa era una boba señora de barrio a la que había que darle basura porque no entendía otra cosa. Y así habrá de seguir eternamente hasta que no se le dé otra. Ocurría algo distinto: los que quieren dar basura para que nada cambie porque adhieren al sistema miserable bajo el que se cobijan y se hacen millonarios sin pensar, sin arriesgar, son los basureros. Doña Rosa no existe. La creó la mediocridad de los mediocres del medio. La gente de la TV se ha dedicado a ganar dinero. Y la TV no debiera ser eso. ¿Por qué los mejores canales de la Argentina son estatales? Encuentro y Canal 7. ¿Por qué *no hay un solo programa cultural* en la TV abierta? ¿Por qué los multimedios que dicen luchar por la libertad y la democracia le abren las puertas a Tinelli? Porque Tinelli les es funcional. La finalidad del poder no es educar, no es despertar conciencias, es idiotizarlas. *Filosofía, aquí y ahora* se ve en toda Suramérica, en Barcelona, en Madrid. Aquí, muchos preparan sus exámenes de filosofía con el programa. Otros lo graban de principio a fin. Otros decidieron estudiar filosofía impulsados por el programa. A veces necesito redondear un concepto de Kant o de Foucault y recurro a Internet. Aparezco yo. Es, como situación, algo rara. Ese tipo que está ahí —que soy yo— me tiene que explicar a mí —que también soy yo— la duda que tengo. Por qué no. Tal vez cuando grabé el problema tenía claro el asunto. Ahora no. Que quede claro: no hay ultraculos en *Filosofía, aquí y ahora*. Sólo el mío, que soy gordo de caderas, herencia de mi madre. Pero no creo que nadie vea el programa por eso. <<

^[124] Si le sobra tiempo, se puede consultar la versión de *Los originales: Nena mala*. También se ha burlado de ella, entre tantos otros, el grupo *Las Culisueeltas*. Internet es un cambalache. Uno puede saltar de lo ridículo, de lo patético, de lo idiota a lo sublime con sólo presionar el *mouse* un centímetro abajo. O arriba. Por ejemplo: ahí nomás, compartiendo la grilla con la chica Caniggia, está la Sinfonía 9 de Beethoven o Yuja Wang con el N.º 3 de Prokofiev o Bernstein con la Sinfonía 5 de Mahler o Argerich con la sonata en si menor de Liszt. Haga lo que usted haga, lo están vigilando. Ya veremos esto. Hoy, el *Big Brother* es, más que nunca, la mirada absoluta. La del poder, cuál otra. <<

[125] Es decir, la eliminación de todo atisbo de conciencia crítica, la reducción de los espectadores a la simple condición-cosa de mira-culos. La cosificación de las conciencias por medio de los culos cosificados, de los culos-mercancía. <<

Notas Parte 3

[1] Sé que no gustará lo que voy a escribir. Pero es una confesión y no quiero tragármela. *Chapeau a la derecha política y militar norteamericana*. En un mundo en que la evidencia de la primacía del Mal es indiscutible, ellos la encarnan mejor que nadie. Me llevó tiempo creer en el autoatentado a las Torres. Uno es argentino y está moldeado por las visiones conspirativas de la historia. Pero era tan desmedido lo de las Torres. Tan demencial. Ya no lo veo así. Veo la necesidad del hecho. Veo que lo necesitaban. Y cada vez creo más (o por completo) que son capaces de cualquier cosa con tal de atrapar sus objetivos. Es tan enorme el rédito militar y político que los halcones han conseguido con ese acontecimiento (un punto que da inicio a una nueva etapa de la historia, que no es parte de ningún decurso necesario, sino una ruptura cuyos antecedentes se pueden rastrear pero no la explican ni ocurrieron para prefigurarla) que ya es imposible no encuadrarlo como un «Pearl Harbor» del siglo XXI, agrandado hasta lo imposible por su televisación en directo. Es el primer acontecimiento histórico-universal que la humanidad observa en el momento en que ocurre. El CM-I es capaz de cualquier cosa cuando se propone llevar a su país a la guerra. Saludo esa gigantesca locura. O esa, maldad impenetrable. Si se proponen acabar con la «bondad» en este mundo, lo están consiguiendo. Si se proponen el triunfo del mal, también. No, no voy a decir que son el anti-Cristo o Satanás. Pero sí —como humanista, como defensor de los derechos humanos, de la vida— considero que están cerca de convertirse en una de las grandes figuras del Mal. El Mal es matar al Otro. Ellos lo hacen mejor que nadie y frenarlos es (ya) casi imposible. Probablemente sea cierto: han colocado, en el centro de la Tierra, una bomba capaz de destruirla. Probablemente, también, sea cierto: tienen bases en el espacio donde recluirse. ¿Suena poco creíble? También sonaba poco creíble que ellos habían volado las Torres. Hay un libro de Graham E. Fuller, ex Vice *Chairman* de la National Intelligence Council en la CIA, cuyo título dice lo suficiente: *A World Without Islam*. Es de agosto de 2010. <<

[2] Luis Alberto Moniz Bandeira, *La formación del imperio americano*, Norma, Buenos Aires, 2007, p. 673. Supongo que «el espectro del terrorismo» es una errata. Hitler implementó «el espectro del comunismo». También el de la ambición financiera de los judíos, que se comerían a Alemania ante la impericia de los puros arios para los sucios negocios. Y la venganza del Tratado de Versalles. Las tiranías de Hitler y de Stalin son comparables, pero sólo eso. Hasta hoy no se ha conseguido elevar a Stalin a la figura impecable del Mal, algo que nadie le discute a Hitler. <<

^[3] Voltaire, *Diccionario Filosófico*, Akal, Madrid, 2007, p. 501. <<

^[4] Eisenhower señala tres guerras en que Estados Unidos tomó fuerte participación. De las dos primeras (en especial de la segunda) salió fortalecido. De la tercera, no. Las dos primeras son las llamadas «guerras mundiales». La de 1914-1918. Y la de 1939-1945. La tercera es la de 1950-1953, la de Corea. Aquella en la que no intervino fue la de Francia e Indochina, que culminó con el gran triunfo anticolonialista de Dien Bien Phu, donde el genio militar estratégico del General Giap destruyó al ejército mercenario francés. Fue entre 1950-1953.

<<

^[5] Traducción exclusiva al español de SEPA para el diario *El Peso*, www.diarioelpeso.com. <<

^[6] Difícil saberlo. Ike respaldó a McCarthy. Su vicepresidente fue Richard Nixon. Y Woody Allen, en *Annie Hall*, interpreta a un *stand-up comedian* de nombre Alvy Singer. En uno de sus monólogos narra su encuentro con una chica. Ella es muy bonita. Empiezan a salir. Él dice a la audiencia: «Yo quería hacerle lo que Eisenhower le hizo al país». <<

^[7] Esto sucede en nuestro país. Al punto que un rabino propuso reemplazar —en el Himno Nacional— la palabra *libertad* por la de *seguridad*. El concepto es nefasto. Pero —ignoramos si lo advirtió— ese religioso dio en un punto álgido de la condición humana. Todo avance de la seguridad se lleva a cabo sobre una devaluación de la libertad de los ciudadanos. Sucede que muchos ciudadanos se sienten tan «inocentes» que no se preocupan por la libertad. Tienen la que necesitan para las mínimas cosas que hacen. Que se preocupen por el avance de la seguridad los «delincuentes» o esos «zurdos» que escriben en diarios «zurdos» o publican libros «zurdos». Ellos, con tener sus motos resplandecientes, sus autos cero, sus lugares VIP, sus exquisitos lugares de veraneo y sus universidades privadas nada tienen que temer. Los pobres, pobrecitos: ¿cuándo tuvieron seguridad? <<

[8] El 15 de septiembre de 1973, cuatro días después del golpe en Chile, me encontré en un bar de la calle Independencia con mi profesora Guillermina Camusso. La Facultad de Filosofía y Letras estaba, ahora, ahí, en la calle esa, Independencia. Con Guillermina habíamos hecho un inolvidable seminario de un año de duración sobre Sartre y la *Crítica de la razón dialéctica*. Me dice: «¡Vamos, José, no me lo niegue! Allende es la imagen que tenemos de un líder revolucionario. Alguien que se queda junto al pueblo. Que no se escapa. Que muere en su patria y por su causa». Guillermina no era peronista, apoyaba algo a la Jotapé, pero creía que estábamos equivocados sobre el líder al que adheríamos y por cuyo regreso militábamos. Yo le contesté la respuesta que teníamos elaborada para ese tema específico. No sé si se la dije con mucha convicción, pero sé que era la que le tenía que decir. «Profesora, Perón había visto los horrores de la Guerra Civil española y eso lo había impresionado mucho. No quiso repetirlos aquí». Con los años, cuando pienso en Allende y en Perón, creo que este último pudo haber resistido. Pero, sobre todo, me resulta inimaginable que Allende se fuera a exiliar a la España de Franco. Menos aún que Franco lo aceptara. Al que esta reflexión le parezca «gorila», le aclaro que —como muchos otros compañeros— tengo derecho a decir lo que realmente pienso sobre Perón. No en vano —tácticamente o no— lo defendí durante tantos años. Más aún: escribí libros para defenderlo. Cada época reinterpreta el mundo. También uno —a través de los años— lo hace. Lo importante es no cambiar en lo esencial. Tiene que haber una permanencia. Dentro de ella uno puede cambiar. Cuando quiebra la permanencia, se traiciona a sí mismo y a todos. <<

[9] «La muerte de su mujer, con la que tuvo tres hijos, en abril de 1940 dinamitó la moral del presidente y se mantuvo recluido en su departamento varias semanas. Su salud empezó entonces a caer en un pozo. El 20 de junio fue a un acto por el recién instaurado Día de la Bandera y contrajo una fuerte gripe, que junto a su diabetes, la que padecía desde antes de asumir en su cargo, lo obligaron a tomarse una licencia. Esta enfermedad lo dejaría totalmente ciego tiempo después. Ramón Castillo asumía en forma provisional la presidencia. El negociado en la venta de los terrenos hizo que Ortiz presentara su renuncia desde su domicilio, en agosto de 1940. No obstante, la Legislatura rechazó la renuncia con un aplastante 170 a 1. El único voto a favor fue del senador Matías Sánchez Sorondo. En febrero de 1941, Ortiz, en cama, publica un manifiesto en el que afirma su postura en contra del fraude y sostiene las posibilidades de reasumir en sus funciones. Ante esto, una comisión formada por el Senado evalúa el estado de salud de Ortiz con resultados negativos y decide que no puede reasumir la presidencia en su estado. En el comienzo del verano del 41, Estados Unidos, a través de su Departamento de Estado, envía a la Argentina al prestigioso oftalmólogo español Ramón Castroviejo para que evaluara la salud del presidente. Estados Unidos estaba interesado en que Ortiz retomara sus funciones ya que no estaba de acuerdo con el neutralismo de Castillo. El oculista español llegó al país en mayo, tiempo después llegó a la conclusión de que su enfermedad era irreversible y fue así como en junio de 1941 Ortiz presentó su renuncia a la primera magistratura. Un año después, el 15 de julio de 1942, el presidente moría a causa de una afección cardíaca» ([www.historiaparatodos.com. ar](http://www.historiaparatodos.com.ar)). <<

^[10] Hemos tratado el tema largamente en la segunda parte, la dedicada a la culocracia. Algo lo repetimos aquí. Y volvemos a citar esa frase que tanto nos ampara: «Lo que se repite se piensa dos veces». ¿Cómo no la iba a decir un filósofo que se repite incesantemente, aunque de un modo distinto cada vez? Me refiero a Heidegger. <<

[11] Se hizo una *remake* importante en 1986. Pero el film de Corman es el que se ha convertido en materia de «culto» para los cinéfilos de todo el mundo. O de casi todo. El señor Corman ha tenido mucha suerte. La película la hizo con tres dólares. Pues, el señor Corman, como dice Peter Bogdanovich en un documental que le dedicaron, es «un avaro compulsivo». Si lo sabré yo. Cuando en Francia se hizo una nueva versión de *Últimos días de la víctima*, él tenía los derechos por una segunda mala, muy mala versión que había hecho. Cuando Héctor Olivera tuvo la gentileza de decirle si podía devolverme esos derechos, Corman se negó aludiendo que la película no había recaudado lo suficiente. Para compensar semejante catástrofe me pidió 3000 dólares, a depositar en un Banco de Filipinas. Qué importa: él, se supone, descubrió a Coppola, Scorsese, Joe Dante, John Landis y otros. Los descubrió cuando no tenían un dólar en el bolsillo y los contrató por dos dólares para hacer películas con él. El olfato de la avaricia es infalible. En fin, no tengo nada contra el señor Corman. Esas películas que —a comienzos de los sesenta— hizo sobre los cuentos de Poe con Vincent Price y Boris Karloff y Basil Rathbone no estaban mal y las vi con placer. <<

[12] El perfecto ejemplo de esta situación trágica y sin duda paradójica es el notable film *Warlock* (1959), de Edward Dmytryk, que se estrenó en la Argentina con el título de *El valor del miedo* y en España con el de *El hombre de las pistolas de oro*, algo más incómodo. Es un *western* adulto, filosófico y apela a cuestiones éticas extremas. El reparto era de lujo: Richard Widmark, Henry Fonda, Anthony Quinn y Dorothy Malone. Los cinéfilos no han logrado aún rescatarlo para los tiempos presentes, pero podría arriesgarme a decir que, luego de *High Noon*, es el *western* más adulto y complejo de la historia del género. Además, la relación entre Fonda y Quinn es claramente homosexual. Quinn enloquece cuando Fonda lo deja de lado y —borracho y rabioso— lo enfrenta. Fonda mata a Quinn. Lo coloca en la mesa del billar del *saloon* y le prende fuego. Obliga a todos a cantarle una especie de réquiem. Aparece Widmark (cuyo personaje realiza una transición fascinante, ya que era parte de la banda y los abandona para aceptar el puesto de *sheriff* del pueblo, situación que lo enfrenta a Fonda) y le exige a Fonda que abandone el pueblo al día siguiente. Fonda no sabe si creerle. Sabe que lo nombraron *sheriff*, pero ¿se animará a enfrentarlo? Desconoce hasta qué punto Widmark se ha tomado en serio su rol. Apenas lo nombran, va al rancho de los siniestros pandilleros, entra y les dice que no vuelvan a ir al pueblo, que ahora el *sheriff* es él. Alguien le clava un puñal en la mano que apoya sobre la mesa. El dolor es terrible. Lo golpean, lo patean. Widmark, sangrando, se levanta y va hacia la puerta. Desde ahí les dice: «Insisto: no vayan al pueblo mañana». Sale, sube a su cabalgadura. Lo alcanza uno de los maleantes, que lo quiere. Le pregunta si está loco, que lo van a matar, por qué hace eso. Widmark responde: «Soy la ley». Esto, también, es Estados Unidos. El culto del coraje unido al de la ley. Este tipo, —Gannon se llama en el film— se volvió loco. Lo nombraron *sheriff* porque nadie se animaba a serlo. Aceptó y ahora es «la ley». Y va a tener todo el coraje que sea necesario para imponerla. Aún con su mano derecha —la del revólver— destrozada. Esta visión del surgimiento del héroe inesperado, del que se transforma porque la ley se lo pide, porque su conciencia se lo ordena, es típicamente norteamericana. Es la visión imperialista del hombre imperialista. El que pinta —en los *westerns*— la frase: «Un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer». Eso nadie lo dice. Ya se sabe. Un hombre, si tiene que ser un héroe, tiene que serlo y sin duda lo será. La frase también se expresa de otro modo que es, en rigor, el mismo, ya que hacer es lo mismo que ser. Uno es lo que hace. Y lo que hace lo hace ser. De modo que: «Un hombre tiene que ser lo que tiene que ser». El credo del *cowboy* —figura emblemática del destino manifiesto— se lo dice Shane (Alan Ladd) al niño Brandon de Wilde en la escena final de *Shane, el desconocido*: «Crece fuerte y justo». <<

^[13] Hay otra lectura más fascinante. Desliguemos a Ahab de las Torres Gemelas. Su pierna perdida sería, entonces, su Pearl Harbor o sus Torres Gemelas. Sería, digamos, esa injuria, esa terrible ofensa que Estados Unidos siempre ha requerido para arrojar a sus guerras de conquista o de retaliación, que también son de conquista. La pierna de Ahab que *Moby Dick* se ha devorado es, para él, lo que Pearl Harbor para Roosevelt o lo que las Torres para Bush.

<<

^[14] Herman Melville, *Moby Dick o la ballena blanca*, Sudamericana, Buenos Aires, 2009, p. 267. Utilizo la traducción de Enrique Pezonni, que tal vez sea la mejor aunque no faltan otras con la imprescindible seriedad que tal empresa requiere. <<

^[15] Edward W. Said, *Cultura e imperialismo*, Anagrama, Barcelona, 1996, p. 445. <<

^[16] *Ibid.*, p. 445. <<

^[17] Thomas Bender, *Historia de los Estados Unidos*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2001, pp. 199 y 200. <<

[18] Herman Melville, *ob. Cit.*, p. 681. <<

^[19] Hay cientos de traducciones del *If*. Si se empieza a compararlas todas ninguna nos dejará satisfechos. Elegí una y la retoqué, saqué y agregué levemente un par de cosas. Busquen ustedes la suya. Además, no lo transcribí completo. <<

^[20] Martin Heidegger, *Caminos de bosque*, Alianza, Madrid, 1995, p. 207. <<

^[21] Jeremy Bentham, *El panóptico*, Quaranta, Buenos Aires, 2005, p. 15. <<

^[22] Michel Foucault, *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, México, 1999, pp. 203-205. <<

^[23] No se decía *shampein*. La chica Caniggia se habría horrorizado. Pero no por mucho tiempo, ya que habría sido, como lo fue su madre, un impecable personaje protagónico de la era menemista. Esto demuestra que Tinelli —con tal de subir su rating— llevaba otra vez a las pantallas de la tele viejas temáticas de los desagradables tiempos del menemismo, con su ética del todo vale, del éxito y el exhibicionismo. <<

^[24] José Pablo Feinmann, *Ignotos y famosos. Política, posmodernidad y farándula en la Nueva Argentina*, Planeta, Buenos Aires, 1994, p. 14. Las bastardillas son nuestras. <<

[25] Gilles Deleuze y Felix Guattari, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Pre-Textos, Valencia, 2002, pp. 13 y 14. Buscando ser aún más claros, escriben: «Cuando Glenn Gould acelera la ejecución de un fragmento, no sólo actúa como virtuoso, transforma los puntos musicales en líneas, hace proliferar el conjunto». De donde concluimos que Gould introduce pasajes rizomáticos en sus interpretaciones. O, si hablamos en términos políticos, pasajes democráticos. Se aleja de lo Uno y exhibe un despliegue de lo Múltiple. Gould, así, es un pianista democrático. ¿Qué les pasa a los intelectuales con Glenn Gould? Es un pianista canadiense que vivió entre 1932 y 1982, cincuenta años. Tenía todos los tics del artista genial y eso debe ser parte del culto que se le brinda. Pero ¿qué sentido tienen sus interpretaciones de piezas monumentales dedicadas a la orquesta y no al piano? ¿Qué importa si se sienta encorvado, casi quebrado en dos, y a nivel del teclado? Nadie, jamás, tocó así. ¿Así se debe tocar? ¿Vivieron entonces en el error Horowitz, Richter, Rubinstein o Argerich, por citar sólo algunos gigantes? Su versión del N.º 1 de Brahms es desvaída. Para eso le hizo la vida imposible durante los ensayos a Leonard Bernstein. Se lo glorifica por su ejecución de las *Variaciones Goldberg*. Thomas Bernhard le dedicó su novela *El malogrado*. Gould era el genio y Alfred Brendel el malogrado. No es que me guste Brendel, pero no me parece un malogrado. Gould toca abrumadoramente las *Variaciones* de Bach. ¿Es para tanto? ¿Se puede ser el gran pianista de una sola obra, o casi? Además, cuando uno escucha la grabación de Gould, no sólo escucha la música de Bach, ¡también tiene que escuchar la cantata-Gould! El canadiense se canta toda la partitura. Pero ¿quién se cree que es? Un genio, desde luego. ¿Cómo no aceptarle que cante la partitura? Una pregunta a los autores de *Mil mesetas*: ¿Los pasajes que Gould acelera se detectan en el teclado o en su voz? ¿Acaso en ambos niveles simultáneamente? En fin, espero tratar este tema en *Allegro con brio, escritos sobre música*, mi —espero— próximo libro. Entre tanto, seguiré escuchando la sonata en si menor de Liszt por Argerich, las sonatas de Scarlatti por Horowitz o el Concierto para piano y orquesta N.º 2 de Brahms en la gloriosa versión de Sviatoslav Richter. Una duda: Gould, ¿era un virtuoso? <<

^[26] *Ibid.*, p. 21. <<

[27] Con plena y lúcida deliberación, ignoraron los esfuerzos de Sartre en la *Crítica de la razón dialéctica* por desarrollar la idea de una dialéctica que nunca cerraba, que jamás totalizaba, que no tenía *aufheben*, que era —aunque Sartre no lo menciona— hermana de la *Dialéctica negativa* de Adorno. Jamás un pensamiento fue tan traicionado como el de Sartre en medio de las borrascas postestructuralistas. Aún habrá que hablar de esto. La totalidad no es totalitaria, señores. Lo es cuando cierra. Pero no cierra nunca. En Sartre, siempre existe la praxis del sujeto libre para impedir que nada cierre, que nada se cosifique. Hasta el grupo, al que unifica el juramento como presencia de lo práctico-inerte, fracasa por la libertad de los agentes prácticos. Todo el aparato conceptual que subyace en la *Critique* implica que la enajenación es real. Que el sujeto cae en ella. Pero que puede superarla. <<

^[28] Julian Assange, *Cypherpunks*, Planeta, Barcelona, 2013, p. 48. <<

^[29] *Ibid.*, p. 62. <<

^[30] *Ibid.*, p. 69. <<

^[31] *Ibid.*, p. 166. <<

^[32] *Ibid.*, p. 167. <<

[33] Qué poco se oye esta palabra durante nuestros días, ¿verdad? ¿Es que el futuro murió, es que ya no hay futuro o acaso hay un pudor de hablar sobre algo tan errático, tan poco, no sólo conocido, sino imaginado? El futuro exige siempre un horizonte abierto y una confianza en las fuerzas históricas capaces de trazarlo. Aquí, *el elemento nuclear es decisivo*. Estamos inmersos en una historia cuyos protagonistas están armados con elementos de tal poder de aniquilación que el miedo a un desencadenamiento de cualquier conflicto se ve como definitivo, sin retorno. Además (y esto cualquiera lo sabe y lo teme, se haya acostumbrado o no a ese temor), el quiebre de la bipolaridad de la Guerra Fría ha diseminado el poder nuclear. Antes sólo dos lo tenían. Ahora, ¿cuántos? ¿Y cuál es el nivel de racionalidad o de responsabilidad de quienes poseen tan destructivos armamentos? Escaso, demasiado escaso como para esperar que el futuro venga y penetremos en él. <<

^[34] Julian Assange, ob. Cit., p. 167. <<

^[35] *Ibid.*, p. 168. <<

^[36] *Ibid.*, las cursivas son nuestras. <<

[37] «Estados Unidos reaccionó con decepción pero también con furia por la decisión de Rusia de otorgar asilo temporal a Edward Snowden, después de que Washington pidiera reiteradamente en las últimas semanas a Moscú entregar al informante estadounidense. El fiscal general norteamericano, Eric Holder, incluso aseguró públicamente a Rusia que Snowden no tenía por qué temer ser torturado en Estados Unidos. Todo fue en vano. Moscú prefirió no hacer caso al pedido de Barack Obama, y esto justo antes del viaje previsto del mandatario estadounidense a Rusia. ¿Volverá la Guerra Fría entre ambos países?». (*La Capital*, agosto de 2013). La última frase es apenas una expresión del periodismo de nuestros días. Todos saben que la Guerra Fría no puede volver. No, al menos, del mismo modo. Y que es absurdo tomar el «caso Snowden» para empezar a agitar ese fantasma. Hoy sonaría más racional un conflicto nuclear en que Rusia tomara parte en contra de Estados Unidos que un revival de la Guerra Fría. Pero la cuestión Snowden fue insolentemente utilizada en contra de Suramérica. Lo que por aquí —con perdón— llamamos *una tocada de culo*. Esa unidad conceptual y beligerante que forman el Complejo Militar-Industrial y el poder mediático no ve con buenos ojos lo que pasa en Suramérica. La humillación a Evo Morales fue deliberada. Lo acusaron de cobijar en su avión presidencial al traidor Snowden. De ahí a tratarlo con descortesía, de ahí a frenar su vuelo, de ahí a ver en él casi a un delincuente que encubre a un traidor a los intereses del Imperio había un paso. Ese paso se dio. ¿Cómo no iba a darse? Las potencias occidentales saben que no importa, después, tener que pedir disculpas. Las disculpas son asuntos de esas maquinarias de amables hipocresías en que se ejercitan hasta la más sofisticada perfección los diplomáticos de todas las cancillerías del mundo. Era fácil para los racistas de los países europeos, blancos y con tantos siglos de cultura a sus espaldas. ¿Y Evo, quién es Evo? Un indio al frente de un paisito sin importancia. De súbito, Suramérica se unió en el reclamo. CFK llamó a Correas y le dijo: «Rafa, ¿es posible esto? No lo podemos admitir». Las potencias occidentales —queda dicho— pidieron las correspondientes disculpas, pero el daño estaba hecho. Eso piensan de nosotros. ¡Si supieran lo que nosotros pensamos de ellos cuando hacen esas canalladas! <<

^[38] *In the Valley of Elah* —aquí se estrenó como *La conspiración*— es un notable film escrito y dirigido por Paul Haggis. Hay una conmovedora interpretación de Tommy Lee Jones, una impecable de Charlize Theron y Susan Sarandon —cuya presencia es insoslayable en un film como éste— tiene dos escenas que resuelve con su gran jerarquía. Todo es de gran jerarquía, del más alto nivel y terriblemente doloroso. «Señor —le dice un soldado a Tommy Lee Jones— hay que tirar la bomba». <<

[39] En mi programa de radio suelen, jodidamente, tomarme el pelo porque digo algunas frases en inglés. Al final me cansé y les dije: «Ustedes cárguenme nomás. Pero háganme caso. Aprendan inglés. Aprendan, sobre todo, a decir: “¡No disparen!” . O sea, “*Don’t shoot! Please, don’t shoot! I’am not a terrorist. Just an innocent sudaca. Want a coffee?*” . <<

[40] También esto puede ocurrir en otra parte. En la calle, digamos. Alguien quiere comer algo sencillo, es mediodía, tiene que seguir su trabajo, vende productos medicinales, seguros, tiene que hacer algo de tiempo antes de su próxima entrevista. Quiere averiguar dónde comer algo rápido. Pregunta y le dicen: “¿Ve ese aviso de *Coca-Cola*? Camine media cuadra más. Ahí hay un aviso de *Kellogg’s*. Del lado de enfrente, va a encontrar un *McDonald’s*. Si quiere tomarse un café, a media cuadra pusieron un *Starbucks*». Así, la ciudad está simbolizada por los signos del poder. Cuya característica central es remitir a sus pares en la cadena significativa. En suma, ¿qué nos dice esa remisión de Coca-Cola a Kellogg’s, de Kellogg’s a McDonald’s, de McDonald’s a Starbucks? Algo simple y poderoso: *los signos del poder remiten a los signos del poder.* <<

[41] Desde mis años de estudiante, mis relaciones con la lingüística, la semiología, el positivismo lógico, la filosofía de la Ciencia y el Círculo de Viena no fueron buenas. Tampoco, luego, gozó de mis simpatías Jacques Lacan. Donde veo los conceptos de significante, significado, sentido, siento que eso va por un lado y mi sensibilidad por otro. Soy —en un grado altísimamente relevante— un escritor de ficciones, de novelas, de literatura. Y creo que —cuando menos— uno bueno. Seguramente no me darán ni el Cervantes ni el Nobel pero mis novelas han sido siempre bien aceptadas, incluso desde la primera, y a veces pienso que sobre todo ésa, Últimos días de la víctima. Escribo con mucho placer y pasión ensayos y literatura de ficción. (Considero literatura a los ensayos. ¿Acaso no es literatura Facundo? En mis últimos emprendimientos ensayísticos —acaso sobre todo en éste— he mezclado las dos formas para dejar en claro esta situación). No me gusta definirme. Pero es posible que sea un humanista romántico que mira el mundo en situación, desde Suramérica. No van a encontrar jerga en mis escritos. Detesto las jergas. (Aunque acabo de escribir en la anterior nota al pie la frasecita «cadena significante». Pero son muy pocas las que se encontrarán en todo el texto). Comprendo que los lacanianos se esfuercen por demostrar que el plus de goce es la plusvalía marxista, pero ya tengo la plusvalía marxista. Si uno le va a decir a un obrero que eso que el patrón le quita de su salario se llama plus de goce, no va a entender nada y hasta es posible que se enoje con uno porque él no encuentra ningún goce en eso que hace en la fábrica de la mañana a la noche. Cuando lo hace, ya que cada vez hay menos fábricas. De modo que —sin inventar una nueva jerga— he intentado expresar eso que los semiólogos intentan pero con otras fórmulas, creo más comprensibles. Ojalá lo haya logrado. Foucault es —en esto— mi hermano de sangre. Cuando le preguntaron por qué no utilizaba los conceptos de la filosofía de la ciencia, del empirismo lógico, del Círculo de Viena, contestó muy sereno: «Porque desconozco casi todo eso». Y con esa gracia que lo llevaba gloriosamente a disfrazarse de Carmen Miranda cuando visitaba Brasil, remató: *Nobody is perfect*. La frase con que Billy Wilder cierra la mejor comedia jamás filmada: *Some like it hot; Una Eva y dos Adanes* en la Argentina, *Con faldas y a lo loco* en España. Si llamo primera forma comunicacional a lo que otros llamarían significante es porque si escribo significante me comprometo con toda la jerga lacaniana y con el Curso de lingüística general de Ferdinand de Saussure. Para colmo (y no podía ocurrir de otro modo), Lacan tiene una interpretación distinta del concepto significante que Ferdinand de Saussure. Lo siento. Como le dice Malkovich a Michelle Pfeiffer en una escena espléndida de *Las relaciones peligrosas*: *It's beyond my control*. (Está más allá de mi control). Y también diré como Foucault: *Nobody is perfect*. <<

^[42] Sigmund Freud, *El malestar en la cultura*, ob. cit., pp. 84 y 85. Las cursivas son nuestras.

<<

^[43] Thomas Hobbes, *De Cive. Elementos filosóficos sobre el ciudadano*, Alianza, Madrid, 2000, p. 45. <<

[44] Rubén Ríos, *Pensamiento y laberinto*, texto inédito. <<

[45] Sigmund Freud, *El malestar en la cultura*, ob. cit., p. 87. <<

^[46] *Ibid.*, p. 88. <<

^[47] *Ibid.*, p. 64. <<

^[48] *Ibid.*, p. 65. <<

^[49] *Ibid.* <<

^[50] Martin Heidegger, *Introducción a la metafísica*, Nova, Buenos Aires, 1959, p. 76. <<

^[51] Darío Capelli, *El Ojo Mocho, Otra vez*, N.º 2-3, primavera-verano de 2012-2013, p. 24. <<

[52] La utilización de esa fábula absurda que busca exhibir otra cara, una más, de la indiferencia, la crueldad y —por supuesto— el asesinato que los judíos propinaron a Dios en la persona del Cristo, olvida que malinterpreta la figura del profeta de Nazareth. Si Jesús le pidió agua a un judío y éste se la negó, no le faltaban judíos para refrescarlo ya que todos quienes lo seguían eran precisamente eso: judíos. Además, que Jesús, en medio de su padecimiento, condenara a alguien a la errancia no parece compadecerse con su figura. Primero, no se menciona el episodio en el Nuevo Testamento. Segundo, Jesús no es un profeta de la condena. Es el profeta del amor. *Si ese judío no le hubiese dado agua, lo habría perdonado.* Los que le negaron el perdón fueron los jerarcas inquisitoriales de la Iglesia. Encontraron una buena historia para acentuar su odio al judío. La historia se prolongó a lo largo de los siglos. Hasta hay, en el siglo XIX, un grabado de Gustave Doré que expresa la escena. Como Doré era un genio, su trabajo es impresionante. Incluso consigue darle al judío impiadoso un aspecto lóbrego y cercano a un arrepentimiento imposible, dado que ya es tarde. En todo caso, no se ve en él a alguien orgulloso de lo que ha hecho. Bien podría ser Judas. La célebre novela de Eugène Sue, —*El judío errante*— elige el folletín antes que el antisemitismo. <<

^[53] Darío Capelli, ob. Cit., p. 29. <<

[54] *Ibid.* <<

^[55] *Ibid.*, p. 31. <<